

La descripción de las Indias

Reginaldo de Lizárraga

Índice

Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile

○ Libro primero

Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile, para el Excelentísimo Señor Conde de Lemos y Andrada, presidente del Consejo Real de Indias, por Fr. Reginaldo de Lizárraga

▪ Capítulo I

De la descripción del Perú. De qué gente procedan los indios

▪ Capítulo II

De la descripción del Pirú

▪ Capítulo III

Prosíguese la descripción del Perú

▪ Capítulo IV

De la punta de Santa Helena

▪ Capítulo V

Del pueblo de Guayaquil

▪ Capítulo VI

Del valle de Chicama

▪ Capítulo VII

De Tumbes

- Capítulo VIII
 - Del río de Motape
- Capítulo IX
 - Del puerto de Paita
- Capítulo X
 - De la ciudad de Piura
- Capítulo XI
 - [Del valle de Xayanca]
- Capítulo XII
 - De los Llanos
- Capítulo XIII
 - Del camino de la costa
- Capítulo XIV
 - De los demás valles
- Capítulo XV
 - De Nuestra Señora de Guadalupe
- Capítulo XVI
 - Del valle de Chicama
- Capítulo XVII
 - De la ciudad de Trujillo
- Capítulo XVIII
 - De la[s] Guaca[s] de Trujillo
- Capítulo XIX
 - Del valle de Sancta
- Capítulo XX

De los demás valles, a Los Reyes

- Capítulo XXI

Del valle y ciudad de Los Reyes

- Capítulo XXII

De la ciudad de Los Reyes

- Capítulo XXIII

De nuestro convento

- Capítulo XXIV

De las capillas

- Capítulo XXV

De las capillas del lado de la Epístola

- Capítulo XXVI

De la capilla de las Reliquias

- Capítulo XXVII

De los provinciales [que] han aumentado el convento

- Capítulo XXVIII

De los provinciales de nuestra Orden

- Capítulo XXIX

De los demás provinciales de nuestra Orden

- Capítulo XXX

De los restantes provinciales de nuestra Orden

- Capítulo XXXI

De los religiosos que sustenta

- Capítulo XXXII

De los obispos

- Capítulo XXXIII
Del convento de San Francisco
- Capítulo XXXIV
Del convento de San Agustín
- Capítulo XXXV
Del convento de la Merced
- Capítulo XXXVI
Del convento del Nombre de Jesús
- Capítulo XXXVII
Del convento de los Descalzos
- Capítulo XXXVIII
Del monasterio de la Encarnación
- Capítulo XXXIX
Del monasterio de la Concepción
- Capítulo XL
Del monasterio de la Trinidad
- Capítulo XLI
Del monasterio de las Descalzas
- Capítulo XLII
De la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe
- Capítulo XLIII
De las cofradías desta ciudad
- Capítulo XLIV
De la capilla de la cárcel
- Capítulo XLV

De la Universidad

- Capítulo XLVI

De los colegios

- Capítulo XLVII

De la capilla de Nuestra Señora de Copacavana

- Capítulo XLVIII

De los hospitales

- Capítulo XLIX

De la iglesia Mayor

- Capítulo L

De los edificios

- Capítulo LI

De los vestidos de las mujeres

- Capítulo LII

Del acompañamiento del Santísimo Sacramento

- Capítulo LIII

De la cristiandad deste pueblo

- Capítulo LIV

Las cosas contrarias a esta ciudad

- Capítulo LV

De las calidades de los nacidos en ella

- Capítulo LVI

Del puerto y pueblo del Callao

- Capítulo LVII

De los valles que se siguen

- Capítulo LVIII
Del valle de Cañete
- Capítulo LIX
Del valle de Chincha
- Capítulo LX
Del valle de Pisco
- Capítulo LXI
Del valle de Ica
- Capítulo LXII
Del valle de Guayuri
- Capítulo LXIII
Del valle de la Nasca
- Capítulo LXIV
De otros valles siguientes
- Capítulo LXV
Del valle [de] Camaná
- Capítulo LXVI
De la ciudad de Arequipa
- Capítulo LXVII
Del puerto Arica
- Capítulo LXVIII
De los demás valles hasta Copiapó
- Capítulo LXIX
De la ciudad de Quito
- Capítulo LXX

De la provincia de los Quijos

- Capítulo LXXI

De Riobamba y Tumibamba

- Capítulo LXXII

De la ciudad llamada Loja

- Capítulo LXXIII

De la provincia de Cajamarca

- Capítulo LXXIV

De la ciudad de Chachapoyas

- Capítulo LXXV

De la ciudad [de] Guánuco

- Capítulo LXXVI

De la villa de Oropesa, llamada por otro nombre
Guancavilca

- Capítulo LXXVII

Del asiento de minas Choclococ[h]a, por otro nombre
Castrovirreina

- Capítulo LXXVIII

De la ciudad [de] Guamanga

- Capítulo LXXIX

Del río y caminos de Guamanga al Cuzco

- Capítulo LXXX

De la ciudad llamada El Cuzco

- Capítulo LXXXI

De los Andes del Cuzco y Coca

- Capítulo LXXXII

Prosíguese el camino del Cuzco a Vilcanota

- Capítulo LXXXIII

Prosigue el camino al Collao

- Capítulo LXXXIV

De la laguna de Chucuito

- Capítulo LXXXV

De los pueblos que hay en esta provincia de Chucuito

- Capítulo LXXXVI

Del pueblo [de] Copacavana

- Capítulo LXXXVII

Del pueblo [de] Cepita y [De]s[a]guadero

- Capítulo LXXXVIII

Del pueblo Tiaguanaco

- Capítulo LXXXIX

Del camino de Omasuyo

- Capítulo XC

De la ciudad de la Paz

- Capítulo XCI

Del pueblo Calamarca y demás provincias del Collao

- Capítulo XCII

Del tambo de Caracollo y camino por los valles hasta La Plata

- Capítulo XCIII

De los valles y pueblos desde Cliza a Misque

- Capítulo XCIV

De la provincia de Santa Cruz de la Sierra

- Capítulo XCV
Prosigue el camino de Mizque a la Ciudad de la Plata
- Capítulo XCVI
De la ciudad de La Plata
- Capítulo XCVII
De otro camino para la ciudad de La Plata
- Capítulo XCVIII
De los pueblos de españoles en valles cerca de los Chiriguanas
- Capítulo XCIX
De los Chiriguanas y sus calidades
- Capítulo C
Del cerro de Potosí
- Capítulo CI
Del cerro de Potosí
- Capítulo CII
Las vueltas que ha dado Potosí
- Capítulo CIII
De la abundancia de que goza Potosí
- Capítulo CIV
De las parroquias de Potosí
- Capítulo CV
De las cofradías
- Capítulo CVI
De la destemplanza de Potosí
- Capítulo CVII

De la provincia de los Chichas y Lipes

- Capítulo CVIII

Del valle Tarija

- Capítulo CIX

De otros pueblos en frontera y la tierra adentro de los Chiriguanas

- Capítulo CX

Del cerro llamado Porco

- Capítulo CXI

Del camino de Porco a Arica

- Capítulo CXII

De la calidad y costumbres de los indios destos reinos

- Capítulo CXIII

Cómo los gobernaba el Inga

- Capítulo CXIV

Cómo se han de gobernar en algunas cosas

- Capítulo CXV

El azogue consume muchos indios

- Capítulo CXVI

Cómo se crían los hijos de los españoles que nacen en este reino

- Libro segundo

De los prelados eclesiásticos del reino del Perú, desde el reverendísimo don Jerónimo de Loaisa, de buena memoria, y de los Virreyes que lo han gobernado, y cosas sucedidas desde don Antonio de Mendoza hasta el Conde de Monterrey, y de los gobernadores de Tucumán y Chile

- Capítulo I

De los prelados eclesiásticos

- Capítulo II

Del ilustrísimo fray Hierónimo de Loaisa, arzobispo de Los Reyes

- Capítulo III

Del ilustrísimo Mogrovejo

- Capítulo IV

De los reverendísimos del Cuzco

- Capítulo V

De los reverendísimos de La Plata

- Capítulo VI

De los reverendísimos de Tucumán y Paraguay o Río de la Plata

- Capítulo VII

De el licenciado Vaca de Castro, Blasco Núñez Vela y don Antonio de Mendoza

- Capítulo VIII

Del Marqués de Cañete

- Capítulo IX

Del Marqués de Cañete

- Capítulo X

El Marqués llega a Trujillo

- Capítulo XI

Parte el Marqués de Trujillo

- Capítulo XII

Entra el Marqués en Los Reyes

- Capítulo XIII

El Marqués hizo perdón general

- Capítulo XIV

Cómo proveyó por gobernador de Chile a su hijo don García de Mendoza

- Capítulo XV

Nombró el Marqués gentiles hombres lanzas y arcabuces

- Capítulo XVI

El Marqués quiso prender al doctor Sarabia, Oidor

- Capítulo XVII

De las entradas que en su tiempo se hicieron

- Capítulo XVIII

El Marqués mandó traer a Los Reyes los cuerpos de los Ingas

- Capítulo XIX

El Marqués se mostró gran republicano

- Capítulo XX

De la muerte del Marqués

- Capítulo XXI

De las virtudes del Marqués

- Capítulo XXII

Cuán enemigo era de acrecentar tributos

- Capítulo XXIII

Del conde de Nieva

- Capítulo XXIV

Del gobernador Castro

- Capítulo XXV

Del Visorrey don Francisco de Toledo

- Capítulo XXVI

De la guerra que hizo al Inga

- Capítulo XXVII

El Visorrey en su viaje se encontró con el gobernador Castro

- Capítulo XXVIII

El Visorrey don Francisco de Toledo llega a Potosí y de allí a la ciudad de La Plata

- Capítulo XXIX

El Visorrey dio asiento a las tasas y cosas de Potosí

- Capítulo XXX

Salieron los Chiriguanas a besar las manos a don Francisco de Toledo

- Capítulo XXXI

Refiérese la ficción chiriguana

- Capítulo XXXII

El Visorrey don Francisco de Toledo convoca Audiencia, Sede vacante y preladados de las Ordenes, y pide parecer

- Capítulo XXXIII

Hace el Virrey información del milagro

- Capítulo XXXIV

Los Chiriguanas se huyen

- Capítulo XXXV

El Visorrey don Francisco de Toledo determina ir a los Chiriguanas en persona

- Capítulo XXXVI

El Visorrey don Francisco de Toledo pide parecer si dará por esclavos a los Chiriguanas

- Capítulo XXXVII

El Visorrey manda al general don Gabriel entre contra los Chiriguanas en el camino de Santa Cruz

- Capítulo XXXVIII

El Visorrey nombra capitanes y entra en la tierra Chiriguana

- Capítulo XXXIX

El Visorrey nombra capitán a Barrasa, su camarero, y lo envía al pueblo de Marucare

- Capítulo XL

De la hambre que comenzaba en el real, y enfermedad del Visorrey

- Capítulo XLI

El Visorrey manda volver el campo al Perú

- Capítulo XLII

Lo que subcedió al general don Gabriel Paniagua

- Capítulo XLIII

Despide los soldados el Visorrey y llega a la cibdad de La Plata

- Capítulo XLIV

Del capitán Francisco Draque, inglés, que entró por el estrecho de Magallanes

- Capítulo XLV

La Inquisición vino a este reino

- Capítulo XLVI

De las virtudes del Visorrey don Francisco de Toledo

- Capítulo XLVII

Don Martín Enríquez, Visorrey destos reinos

- Capítulo XLVIII

El Conde del Villar, Visorrey destos reinos

- Capítulo XLIX

Su Majestad provee a don García de Mendoza por Visorrey destos reinos

- Capítulo L

Quito no quiere recibir las alcabalas, y medio se rebela

- Capítulo LI

El Marqués tiene aviso de Chile que un pirata inglés ha llegado aquella costa

- Capítulo LII

Parte la armada del puerto en busca del enemigo, agua arriba

- Capítulo LIII

Vuélvese la armada al puerto

- Capítulo LIV

El Marqués despacha segunda vez en seguimiento del enemigo

- Capítulo LV

De la jornada y descubrimiento que hizo el adelantado Álvaro de Amendaña

- Capítulo LVI

[De cómo los nuestros llegaron a una isla poblada de negros, y de las refriegas que con éstos hubo]

- Capítulo LVII

[De la muerte que el adelantado Mendaña hizo dar al maese de campo]

- Capítulo LVIII

[Donde se dice el fin que tuvieron Malope y el adelantado Mandaña]

- Capítulo LIX

[De cómo los nuestros llegaron a las islas Filipinas y luego volvieron al Perú]

- Capítulo LX

Sola una desgracia le subcedió al Marqués

- Capítulo LXI

Del ilustrísimo Arzobispo de México

- Capítulo LXII

Del camino de Talina a Tucumán

- Capítulo LXIII

Del valle de Salta, Comarca y Calchaquí

- Capítulo LXIV

De la cibdad de Esteco

- Capítulo LXV

De la cibdad de Santiago del Estero

- Capítulo LXVI

De la cibdad de Córdoba

- Capítulo LXVII

De los gobernadores que ha habido en Tucumán desde el Marqués de Cañete acá

- Capítulo LXVIII

Del reino del Paraguay

- Capítulo LXIX

Del puerto y pueblo de Buenos Aires

- Capítulo LXX

De la provincia de Cuyo, en términos de Chile

- Capítulo LXXI

De la cibdad de Mendoza

- Capítulo LXXII

Del camino de Mendoza a Santiago de Chile

- Capítulo LXXIII

Prosigue el camino de Copiapó a Coquimbo

- Capítulo LXXIV

De la cibdad de Coquimbo

- Capítulo LXXV

De la cibdad de Santiago

- Capítulo LXXVI

De las demás cibdades de Chile

- Capítulo LXXVII

De algunos otros pueblos deste reino

- Capítulo LXXVIII

De la cibdad de Valdivia

- Capítulo LXXIX

De la cibdad de Osorno

- Capítulo LXXX

De la cibdad de Castro

- Capítulo LXXXI

De los obispos deste reino

- Capítulo LXXXII

De los prelados y religiosos de las órdenes

- Capítulo LXXXIII
De los gobernadores de Chile
- Capítulo LXXXIV
Del gobernador don Alonso de Sotomayor
- Capítulo LXXXV
Del gobernador Martín García de Loyola
- Capítulo LXXXVI
Del gobernador don Francisco de Quiñones
- Capítulo LXXXVII
Del gobernador Alonso de Ribera
- Capítulo LXXXVIII
De las calidades de los indios de Chile

La descripción de las Indias

Reginaldo Lizárraga
Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile

Libro primero

*Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile, para el
Excelentísimo Señor Conde de Lemos y Andrada, presidente del Consejo Real de
Indias, por Fr. Reginaldo de Lizárraga*

Capítulo I

De la descripción del Perú. De qué gente procedan los indios

Lo más dificultoso de toda esta materia es averiguar de qué gentes procedan los indios que habitan estos larguísimos y anchísimos reinos, porque como no tengan

escripturas, ni ellos ni nosotros sabemos quién fueron sus predescesores ni pobladores destas tierras, mucha parte dellas despobladas o por la destemplanza del calor, o por el demasiado frío, o por los médanos de arena y llanos estériles por falta de las aguas. Porque afirmar lo que dice Platón en el libro que intituló *Timeo*, dese ni bocado por el estrecho de Gibraltar en el mar Oceano, no muy lejos de la tierra firme se descubría una isla mayor que la Europa y toda la Asia, que contenía en sí diez reinos, la cual, con una inundación del mar toda se anegó y destruyó de tal manera que no quedó rastro della, sino el mar ancho que hay por ventura desde Cabo Verde al Brasil, lo cual no es creíble, por no se hallar en ningún autor mención dello, ni es posible. Lo que parece se puede rastrear de los primos genitores destes indios descubiertos desde las primeras islas: Deseada, Marigalante, Dominica y las demás, Sancto Domingo, Cuba, Habana, Puerto Rico y la Tierra Firme, reino de México y del Perú, es llegarnos a lo que dice Floriano de Ocampo en la *Historia general* que comenzó de España, que es lo siguiente: Que cuando los cartaginenses eran señores de alguna parte de Andalucía, desembocando con temporal por el estrecho de Gibraltar ciertos navíos de los Cartaginenses se derrotaron hacia el Occidente, corriendo la derrota que agora se navega por aquel mar ancho, y no pararon hasta descubrir unas islas que por ventura son las arriba referidas, y viéndolas tan fértiles, pobladas de arboledas, ríos y sabanas, que son llanos abundantes de yerba, como vegas de pastos, los más allí se quedaron, y volvieron los otros a Cartago, los cuales, proponiendo en el Senado lo que habían descubierto, y fertilidad de la tierra, convenía poblar aquellas islas despobladas. Empero por aquellos senadores cartaginenses fue acordado por entonces se dejase de tratar de aquello, mandando con mucho rigor nadie volviese a aquellas islas, porque tenían por más importante el señorío y riqueza de nuestra España que poblar nuevas tierras.

Destos pudo ser que navegando y buscando tierra firme diesen con ella, y dellos se poblasen estos reinos; y esto no parece dificultoso de imaginar, porque los cartaginenses que se quedaron en aquellas islas, con algunos navíos se habían de quedar, con los cuales pudo ser que navegando para España o buscando tierra firme se derrotaron y dieron en ella, que por lo menos en aquella derecera dista de las islas cien leguas, y más y menos como corre la costa, así de las islas como de la tierra firme; porque el día de hoy, como me refirió un español que estuvo preso y captivo en la Deseada, que los indios della, en sus canoas, que son unas vigas más gruesas que un buey, de madera liviana, cavadas, largas y angostas, atraviesan a la tierra firme a la gobernación de Venezuela, cien leguas por mar, y más; cuando hay viento, a la vela, y cuando les falta, a remo, guiándose de noche por las estrellas que tienen marcadas en aquel tiempo que es verano; donde el pobre remaba como captivo hasta que huyéndose al tiempo que las flotas nuestras vienen a Tierra Firme suelen aportar a la Deseada a tomar agua y leña, fue su ventura buena que a cabo de pocos días después de huido y llegado al puerto, surgió la flota en él y le tomaron los nuestros. De día estaba escondido arriba en las copas de los árboles, que son muy grandes y altos y muy coposos y de ramas espesas, y de noche descendía, con no poco temor, a buscar algunas raíces dél conocidas o algún poco de marisco para comer, porque si sus amos le hallaran, como luego salieron, en echándole menos, en busca dél, sin duda le flecharan y luego se le comieran. Son todos estos indios caribes, que quiere decir comedores de carne humana; bien dispuestos de cuerpo, morenotes, y así los varones como las mujeres andan desnudos, como si vivieran en el estado de la ignocencia; son grandes flecheros y muy ligeros, y el cuero del cuerpo, por el mucho calor, muy duro. Estas islas son abundantes de muchas víboras ponzoñosas y culebras muy grandes que llaman bobas, y muy gruesas; tienen muchas aves de monte y críanse en ellas muchos venados. Lo que con mucha verdad podemos

afirmar, que no se sabe hasta hoy, ni en los siglos venideros naturalmente se sabrá, de qué hijos o nietos o descendientes de Noé los indios de todas estas islas, ni Tierra Firme, ni México, ni del Perú, hayan procedido.

Capítulo II

De la descripción del Pirú

Descendiendo en particular a nuestro intento, trataré lo que he visto, como hombre que allegué a este Perú más ha de cincuenta años el día que esto escribo, muchacho de quince años, con mis padres, que vinieron a Quito, desde donde, aunque en diferentes tiempos y edades, he visto muchas veces lo más y mejor deste Pirú, de allí hasta Potosí, que son más de 600 leguas, y desde Potosí al reino de Chile, por tierra, que hay más de quinientas, atravesando todo el reino de Tucumán, y a Chile me ha mandado la obediencia ir dos veces; esta que acabo de decir fue la segunda, y la primera por mar, desde el puerto de la ciudad de Los Reyes; he dicho esto porque no hablaré de oídas, sino muy poco, y entonces diré haberlo oído más a personas fidedignas; lo demás he visto con mis propios ojos, y como dicen, palpado con las manos; por lo cual, lo visto es verdad, y lo oído, no menos; algunas cosas diré que parece van contra toda razón natural, a las cuales el incrédulo dirá que de largas vías, etcétera, mas el tal dará muestras de un corto entendimiento, porque no creer los hombres sino lo que en sus patrias veen, es de los tales.

Capítulo III

Prosíguese la descripción del Perú

Este reino, tomándolo por lo que habitamos los españoles, es largo y angosto; comienza, digamos, desde el puerto, o por mejor dezir playa, llamado Manta, y por otro nombre Puerto Viejo.

Llábase Puerto Viejo, por un pueblo de españoles, así llamado, que dista del puerto la tierra adentro ocho o diez leguas; no lo he visto, pero sé es abundante de trigo y maíz, y otras comidas de la tierra, de vacas y ovejas, y es abundante de muchos caballos y no malos; el temple es caliente, aunque templado el calor; cría la tierra muchas sabandijas ponzoñosas, y con estar en la línea equinocial, no es muy caluroso. Los aires de la mar le refrescan; llueve en él, aunque no mucho.

Los indios deste puerto son grandes marineros y nadadores; tienen balsas de madera liviana, grandes, que sufren vela y remo; los remos son canaletes; visten algodón, manta y camiseta, desde este puerto, enviando los navíos que vienen la vuelta de tierra, salen con sus balsas, llevan refresco que venden, gallinas, pescado, maíz, tortillas biscochadas, plátanos, camotes y otras cosas. Tienen las narices encorvadas y algún tanto grandes; diré lo que vi, porque pase por donaire: cuando veníamos navegando cerca del puerto, llegó una balsa con refresco; diósele un cabo; traía lo que tengo referido, un criado de mis padres, rescatando algunas cosas destas, y no queriendo el indio, que era el principal piloto de la balsa (hablan un poco nuestra lengua) quebrar de la plata que pedía por refresco, díjole: *¡oh qué pesado eres; no pareces sitio judío!* En oyendo esto el indio, saltó del navío en su balsa; larga el cabo y vira la vuelta de tierra;

ni por muchas voces que se le dieron para que volviese, no lo quiso hacer; tan grande fue la afrenta que se le hizo y tanto lo sintió.

Capítulo IV

De la punta de Santa Helena

Siguiendo la costa adelante, que toda ella desde punta de Manglares hasta el estrecho de Magallanes, que sin dubda hay más de mil leguas, corre Norte Sur (no creo son veinte leguas), está la punta llamada de Santa Helena; tiene pocos o ningunos indios el día de hoy; cuando la vi y saltamos en ella, eran muy pocos los que allí vivían. En esta punta, aunque es playa, suelen surgir los navíos que vienen de Panamá, toman agua y algún refresco. Hobo aquí antiguamente gigantes, que los naturales decían no saber dónde vinieron; sus casas tenían tres leguas más abajo del surgidero, hechas a dos aguas con dos vigas muy grandes; yo vi allí algunas traídas en balsas para hacer un tambo que allí labraba el encomendero de aquellos indios, llamado Alonso de Vera del Peso, vecino de Guayaquil.

Vi también una muela grande de un gigante, que pesaba diez onzas, y más. Refieren los indios, por tradición de sus antepasados, que como fuesen advenedizos, no saben de dónde, y no tuviesen mujeres, las naturales no los aguardaban, dieron en el vicio de la sodomía, la cual castigó Dios enviando sobre ellos fuego del cielo, y así se acabaron todos; no tiene este vicio nefando otra medicina.

Hay también en este puerto, no lejos del tambo, una fuente como de brea líquida, que mana, y no en pequeña cantidad; del agua se aprovechan algunos navíos en lugar de brea, como se aprovechó el nuestro, porque viniéndonos anegando entramos en la bahía de Caragues, doblado el Cabo de Pasao, ocho leguas más abajo de Manta, de donde se envió el batel con ciertos marineros a esta punta por esta brea (creo se llama copey), y traída se descargó todo el navío; diósele lado y con el copey cocido para que se espesase más brearon el navío, y saliendo de allí navegamos sin tanto peligro.

Dicen es bonísimo remedio para curar heridas frescas como no haya rotura de niervo.

Capítulo V

Del pueblo de Guayaquil

De aquí por mar en balsa se va al segundo pueblo de españoles; no sé las leguas que hay, doblando esta punta hasta Santiago de Guayaquil, y también se camina por tierra llana, y en tiempo de aguas, cenagosa. Este pueblo Santiago de Guayaquil es muy caluroso por estar apartado de la mar; tiene mal asiento, por ser edificado en terreno alto, con figura como de silla estradiota, por lo cual no es de cuadradas, ni tiene plaza, sino muy pequeña, no cuadrada. Por la una parte y por la otra deste cerro tiene la ribera de un río grande y caudaloso navegable, empero no se puede entrar en él si no es con creciente de mar, ni salir si no es en menguante; tanta es la velocidad y violencia del agua, creciendo o menguando. Críanse en las casas muchas sabandijas, cuales son culebras, y algunas víboras, sapos muy grandes, ratones en cantidad; están cenando, o en la cama, y vense las culebras correr por el techo tras el ratón, que son como las ratas de España; al tiempo de las aguas, infinitos mosquitos, unos zancudos cantores, de noche

infectísimos, no dejan dormir; otros pequeños, que de día solamente pican, llamados rodadores, porque en teniendo llena la barriga, como no puedan volar, déjense caer rodando en el suelo, y otros, y los peores y más pequeños, llamados jejenes, o comijenes, importunísimos; métense en los ojos y donde pican dejan escociendo la carne por buen rato, con no pequeña comezón.

Es pueblo de contratación, por ser el puerto para la ciudad de Quito, y por se hacer en él muchos y muy buenos navíos, y por las sierras de agua que tiene en las montañas el río arriba, de donde se lleva la ciudad de Los Reyes mucha y muy buena madera. Tiene dos o tres excelencias notables: la primera, la carne de puerco es aquí saludable, las aves bonísimas, y sobre todo el agua del río, particularmente la que se trae de Guayaquil el Viejo, que es donde se pobló este pueblo; van por ella en balsas grandes, en una marea, y vuelven en otra; dicen esta agua corre por cima de la zarzaparrilla, yerba o bejuco notísimo en todo el mundo por sus buenos efectos para el mal francés, o bubas por otro nombre, las cuales se verán aquí mejor que en parte de todo orbe, y sana muy en breve los pacientes, dejándoles la sangre purificada como si no hubieran sido tocados desta enfermedad, con sólo tomarla por el orden que allí se les manda guardar; empero si no se guardan por lo menos seis meses, tornan a recaer; yo vi un hombre gafo en un valle distrito de Quito, llamado Riopampa, que no podía comer con sus manos, y lo pusieron en una hamaca para lo llevar a que se curase en este pueblo, y dentro de seis meses le vi en Los Reyes tan gordo y tan sano como si no hubiera tenido enfermedad alguna, y otros he visto volver sanísimos; suficiente excelencia para contrapeso de las plagas referidas. No se da trigo en este pueblo, mas dase maíz muy blanco, y el pan que dél se hace es mejor y más sabroso que el de nuestro trigo; danse muchas naranjas y limas, y frutas de la tierra en cantidad, buenas y sabrosas, y la mejor de todas ellas son las llamadas badeas por nosotros; son tan grandes como melones, la cáscara verde, la carne, digamos, blanca, no de mal sabor; por dentro tiene unos granillos poco menores que garbanzos, con un caldillo que lo uno y lo otro comido sabe a uvas moscateles las más finas; es regalada comida.

Por este río arriba se sube en balsas para ir a la ciudad de Quito, que dista deste pueblo sesenta leguas, en la sierra y tierra fría, las veinticinco por el río arriba, las demás por tierra.

Al verano se sube en cuatro o cinco días; al invierno en ocho cuando en menos tiempo, porque se rodea mucho: déjase la madre del río y declinando sobre la mano derecha a las sabanas, que son unos llanos muy grandes llenos de carrizo, pero anegados dél agua que sale de la madre del río, llévanse las balsas con botadores, porque el agua está enbalsada y no corre; es cierto que si la tierra no fuera tan cálida y llena de mosquitos, causara mucha recreación navegar por estas sabanas.

En ellas hay algunos pedazos de tierras altas que son como islas, donde los indios tienen sus poblaciones con abundancia de comidas y mantenimientos de los que son naturales a sus tierras: mucha caza de venados y puercos de monte, que tienen el ombligo en el espinazo: pavas, que son unas aves negras grandes, crestas coloradas y no malas al gusto; hay también en estas islas tigres no poco dañosos a los indios, y es cosa de admiración: en estas sabanas hay muchas casas, o barbacoas por mejor decir, puestas en cuatro cañas de las grandes, en cuadro, tan gruesas como un muslo y muy altas, hincadas en el suelo; tienen su escalera angosta, por donde suben a la barbacoa o cañizo donde tienen su cama y un toldillo para guarecerse de los mosquitos; aquí duermen por

miedo de los tigres; muchos destos indios están toda la noche en peso sin dormir, tocando una flautilla, aunque la música, para nosotros a lo menos, no es muy suave; estas barabacoas no sustentan más que una persona.

Todo este río, a lo menos en la madre que yo vi, es abundante de caimanes o lagartos, que son los cocodrilos del río Nilo, muy grandes, de veinte y cinco pies en largo, y dende abajo, conforme a la edad que tienen; encima del agua no parecen sino vigas, y son tantos, que muchas veces vi a los indios que remaban y guiaban las balsas darles de palos con los botadores para que los dejasen pasar.

Y pues habemos venido a tractar destos lagartos o caimanes, será justo decir sus propiedades, las cuales yo he visto. Tienen la misma figura que un lagarto, pero tan largos como acabo de decir; son velocísimos en el agua, duermen en tierra, y en ella son perezosísimos, y esto es necesario, por ser de cuerpos tan grandes y de barriga anchos; los pies y manos cortos; el sueño pesadísimo, porque lo que subcedió con uno destos en Panamá, e yo lo vi muerto en la playa, pasó así: que una mañana de San Juan se salieron tres mujeres enamoradas, las cuales vi en aquella ciudad, con sus hombres a lavarse al río, que es pequeño, y cerca del pueblo; el tiempo es caluroso y de aguas, por ser el invierno, aunque por San Juan suelen cesar por algunos días, y así se llama el veranillo de San Juan; llegaron al río y en una poza se entraron a bañar, en la cual se había un caimán quedado, que con avenida se subió de la mar por el río arriba, y como cesó la avenida no pudo volverse a la mar, donde hay muchos; en este arroyo no se crían.

El caimán estaba durmiendo en tierra; bañáronse estas mujeres, y saliendo una a enjugarse, pareciéndole peña el caimán dormido, sentóse encima dél una, y saliendo la otra llamóla convidándola con la peña tan blanda; salió la tercera y convidándola sentóse más hacia la cola, donde los caimanes tienen unas conchas agudas, y como se espinase con ellas, dijo: ¡Oh! qué espinosa peña, y tentando con la mano, no era aún de día, levantó la cola del caimán, y conociéndolo dio voces: ¡caimán, caimán! las demás levántanse no poco alborotadas; llamaron a sus hombres, que se habían apartado un poco río abajo; a las voces acudieron y con sus espadas mataron al caimán antes que entrase en el agua.

El mismo día por la mañana le trajeron negros arrastrando a la ciudad, y lo pusieron en la playa, donde todo el pueblo lo fue a ver; conocí e traté a uno de los que iban con estas mujeres que se halló presente, llamado Bracamonte, de quien y de otros oí lo referido; tenía de largo 18 pies.

Vi también en esta misma ciudad otro caimano muerto en el portete della, a donde los navíos pequeños y fragatas con la marea entran y con ella salen, que unos negros de un vecino de aquella ciudad, llamado Cazalla, viniendo de una isla de su amo a este portete con la creciente de la marea, acaso le hallaron, que se había quedado en la menguante precedente en la lama (aquí en esta playa de Panamá crece y mengua la mar tres leguas, y todo este espacio es lama); echáronle un lazo y muerto le trujeron por la popa de la fragata; este caimán era muy grande: tenía de largo 22 pies; yo le vi medir, vile desollar, y del buche le sacaron muchas piedras, que me parece habría tres copas de sombrero de los comunes, unas mayores y otras menores, y las mayores tan grandes como huevo de gallina; es cierto comen piedras y con el calor del buche las digieren; estaban lisas, y por algunas partes gastadas; vi también que debajo de los brazos, séame lícito decir, del sobaco, le sacaron unas bolsillas llenas de un olor que no parecía sino

almiscle, esto curan al sol y huele como el mismo almiscle; entonces llegó del Perú un hombre rico llamado Bozmediano, y la piel deste animal le dieron; decía lo había de llevar a España y ponerlo en Santiago de Galicia.

No tienen lengua, sino una paletilla pequeña con que cubren y abren el tragadero, por lo cual debajo del agua no pueden comer; tienen los dientes por una parte acutísimos, por la otra encajan unos en otros; hecha presa no la sueltan hasta que la han despedazado.

Es cosa graciosa verlos cazar gaviotas, pájaros bobos y cuervos marinos y otras aves; cuando éstas se abaten de arriba abajo a pescar, velas venir el caimán, y por debajo del agua va a donde la pobre ave da consigo en el agua, y viniendo con tanta velocidad no puede declinar la caída, como el caballo en medio de la carrera; entonces el caimán antes que llegue al agua abre la boca, y pensando el ave dar en el agua, da en la boca del caimán, y pensando cazar la sardina o otro pece es cazada, y el caimán, la cabeza fuera del agua levantada, trágase la gaviota o cuervo marino. El buche desta bestia es calidísimo; aprovéchanse dél, bebido en polvos, contra el dolor de la ijada; son amicísimos de perros y caballos, y por esto la balsa donde van la siguen muchas leguas.

Cuando están cebados y encarnizados en carne humana son muy dañosos, y hacen el daño desta manera: para hacer la presa en el indio o negro que lava en el río, o coge agua, vienen muy ocultamente por debajo della, y viéndola suya, vuelven con una velocidad extraña la cola, y dan con ella un zapatazo en el indio o negro; cae el indio en el agua, al cual al instante le echan mano con la boca, de donde pueden; llévanlo al río o mar adelante hasta que lo ahogan, y sacándolo a tierra se lo comen.

Destos caimanes hay mucha cantidad en otros ríos, así desta costa como de Tierra Firme y México, como el temple sea caluroso; en ésta del Pirú no pasan del gran río de Motape adelante.

Por este río de Guayaquil arriba (como habemos dicho) se sube en balsas grandes hasta el desembarcadero, veinticinco leguas; hasta el día de hoy hay recuas de mulas y caballos que llevan las mercaderías a aquella ciudad y a otros pueblos que de Panamá vienen a Guayaquil. Viven en esta ciudad y su distrito dos naciones de indios, unos llamados Guamcavillcas, gente bien dispuesta y blanca, limpios en sus vestidos y de buen parecer; los otros se llaman Chonos, morenos, no tan políticos como los Guamcavillcas; los unos y los otros es gente guerrera; sus armas, arco y flecha. Tienen los Chonos mala fama en el vicio nefando; el cabello traen un poco alto y el cogote trasquilado, con lo cual, los demás indios los afrentan en burlas y en veras; llámanlos perros chonos cocotados, como luego diremos.

Desde aquí a pocas leguas andadas, se llega a un convento de San Agustín, fundado en el valle llamado Reque, que tiene por nombre Nuestra Señora de Guadalupe, porque Francisco de Lezcano (a quien el marqués de Cañete, de buena memoria, por ciertos indicios desterró a España), púsola en la iglesia del pueblo de aquel valle, que los padres de San Agustín tenían a su cargo, dándola el Nombre de Nuestra Señora de Guadalupe.

Luego que se puso hizo muchos milagros sanando diversas enfermedades, y particularmente a los quebrados. oí decir al padre fray Gaspar de Carvajal (el cual me dio la profesión), que siendo muy enfermo, como también le vi para espirar desta

enfermedad, fue a tener unas novenas, y las tuvo en aquel convento, y al cabo de los nueve días se halló sano y salvo de su quebradura, como si en su vida no la hobiera tenido, y nunca más padeció aquella enfermedad, viviendo después muchos años; ya han cesado estos milagros, y aun la devoción de la imagen, por la indevoción de los circunvecinos. El convento es religioso y de mucha recreación; sustentanse en él de 16 a 20 religiosos, con mucha clausura y ejercicio de letras.

Capítulo VI

Del valle de Chicama

Pocas leguas adelante, no creo son dos jornadas, corre el valle de Chicama, abundante; los hijos de los españoles que nascen en este pueblo, por la mayor parte son gentiles hombres, y las mujeres les hacen gran ventaja, y aun a todas las del Perú; créese que el agua es gran parte en este particular, porque donde la hay buena, las mujeres son muy bien dispuestas que donde no es tal; esto lo dice la experiencia.

Saliendo, pues, de la ciudad de Guayaquil para la mar en una marea o poco más, menguante, se llega a la isla Lampuna, cuyo nombre corrompido llaman la Puna, cuyos indios fueron belicosos mucho; comían carne humana; era bastantemente poblada. Produce oro y mucha comida; toda su costa es abundantísima de pescado. Produce también cantidad de sabandijas ponzoñosas, culebras, víboras y otros animales; por la costa della, particular la que mira la tierra, se veen muchos caimanes; dista de la tierra firme poco más de ocho leguas.

Estos indios se comieron al primer obispo que hobo en estos reynos, llamado Fr. Vicente de Valverde, religioso de nuestra sagrada Orden, con otros. españoles; fue obispo de más tierra que ha habido en el mundo, porque desde Panamá hasta Chile se prolongaba por mar y por tierra su obispado. Era fama en aquella isla haber un tesoro riquísimo que los indios tenían escondido; despachóle el Marqués Pizarro desde la ciudad de Los Reyes con poca gente para que los descubriese y sacase; los indios eran recién conquistados; los cuales, recibiendo a nuestro obispo y a los que con él iban, de paz, y sabiendo a lo que venían, los descuidaron, y descuidados dan en ellos, mátanlos y cómselos; por esto son afrentados de los indios comarcanos, llamándoles perros Lampuna, como obispo. Estos indios son grandes marineros, tienen balsas grandes de madera liviana, con las cuales navegan y se meten en la mar a pescar muchas leguas; vienen a Guayaquil con ellas cargadas de pescado, lizas, tollos, camarones, etc., y suben al desembarcadero que dejamos dicho del río de Guayaquil; cuando en este río se encuentran estos indios con los Chonos, se afrentan los unos a los otros; los Chonos dícnles: ¡ah! perro Lampuna, come obispo! Los Lampunas: ¡ah! perro Chono, cocotarro! notándolos del vicio nefando; esto vi y oí. Hay en esta isla plateros de oro que labran una chaquira de oro, así lo llamamos acá, tan delicada, que los más famosos artífices nuestros, ni los de otras nasciones la saben, ni se atreven a labrar; destas usaban las mujeres principales collares para sus gargantas; llevóse a España, donde era en mucho tenida.

Capítulo VII

De Tumbes

Prolongando la costa y corriendo Norte, Sur, pocas leguas adelante, no son veinte, llegamos al puerto llamado Tumbes, que más justamente se ha de llamar playa y costa brava; tiene esta playa un río grande y caudaloso de buena agua, pero los navíos que antiguamente allí aportaban no entraban en él por la mucha mar de tumbo y olas unas tras otras que cuotidianamente quiebran en su boca, viniendo más de media legua de la mar, por lo cual es dificultoso entrar en él aun balsas, y si son aguas vivas es imposible, so pena de perderse.

El río tiene otro nombre, que es río de Tumbes; solía ser mucho más poblado que agora, y los más de los indios tenían su Pueblo casi cuatro leguas el río arriba, donde agora están poblados. Los pescadores vivían en la costa; eran belicosos y fornidos. Lluve raras veces en este paraje, e ya desde esta costa, si no es por maravilla, no hay lluvias, y (como adelante diremos) hasta Coquimbo, el primer pueblo de Chile. Los que no vivían de pescar tenían por oficio ser plateros de oro, labraban la chaquira, que acabamos de decir en el capítulo precedente, tan delicada como los indios de la Puna, y aun más; lábrala desta suerte, como lo vi estando en aquel puerto: el indio que labra tiéndese de largo a largo sobre un banquillo tan largo como él, obra de un jeme alto del suelo; la cabeza tiene fuera del banquillo y los brazos, tendiendo una manta, y encima ponen sus instrumentos. Fueron no pocos, agora cuasi no hay algunos; hanse consumido y se van consumiendo; la causa, las borracheras.

Capítulo VIII

Del río de Motape

Pasando la costa adelante y metiéndonos un poco la tierra adentro, por ser la costa muy brava, llegamos veinte leguas andadas, poco más o menos, al gran río de Motape, donde hay un pueblo deste nombre. Quien antiguamente gobernaba esta provincia, que por pocas leguas se extiende, eran las mujeres, a quien los nuestros llaman capullanas, por el vestido que traen y traían a manera de capuces, con que se cubren desde la garganta a los pies, y el día de hoy, casi en todos los llanos usan las indias este vestido; unas le ciñen por la cintura, otras le traen en vanda. Esta capullanas que eran las señoras, en su infidelidad se casaban las veces que querían, porque en no contentándolas el marido, le desechaban y casábanse con otro. El día de la boda, el marido escogido se asentaba junto a la señora y se hacia gran fiesta de borrachera; el desechado se hallaba allí, pero arrinconado, sentado en el suelo, llorando su desventura, sin que nadie le diese una sed de agua. Los novios, con gran alegría, haciendo burla del pobre.

Capítulo IX

Del puerto de Paita

De aquí al puerto de Paita debe haber diez leguas, poco más o menos. Es muy bueno y seguro; no le he visto; es escala de todos los navíos que bajan del puerto de la ciudad de Los Reyes a Panamá y a México y de los que suben de allá para estos reinos; si tuviera agua y alguna tierra frutífera se hobiera allí poblado un pueblo grande; empero, por esta falta, y de leña, hay en él pocas cosas; el suelo es arena, traen en balsas grandes el agua de más de diez leguas, los indios pocos que allí viven.

Las balsas son mayores que las de Tumbes y la Puna; atrevense con ellas a bajar hasta la Puna y hasta Guayaquil, y volver doblando el cabo Blanco, que es uno de los trabajosos de doblar, y ninguno más de los desta costa del Pirú; aprovéchanse de velas en estas balsas, y de remos en calmas.

Capítulo X

De la ciudad de Piura

De aquí nos metemos un poco la tierra adentro, deben ser otras doce leguas, a la ciudad llamada San Miguel de Piura; ésta fue la primera que edificaron los españoles en este reino. Era ciudad de razonables edificios, casa altas y los vecinos ricos; participaban de los indios de los llanos y de la sierra. Llueve en esta ciudad, aunque poco; es abundante de mantenimientos, así de los de la tierra como de los nuestros, y de ganados; es muy cálida, por estar lejos de la mar, y la tierra produce muchas sabandijas sucias, y, entre ellas víboras, culebras y arañas; de las frutas nuestras, cuales son membrillos, granadas, manzanas y otras de muy buen sabor y grandes, son las mejores del mundo. Pero tiene esta ciudad un contrapeso muy notable, que es ser enfermísima de accidentes de ojos, y son incurables, porque al que no le salta el ojo queda ciego, con unos dolores incomportables; apenas vi en aquella ciudad hombre que no fuese tuerto. Esta enfermedad es común en todos los valles que desta ciudad hay a la de Trujillo, aunque no son tan continuos ni ásperos, y a quien mis frecuente les da es a los españoles; a los indios raras veces. En estos valles vi a hombres con semejantes accidentes, encerrados en aposentos oscurísimos, y con el dolor renegaban de quien les había traído a estas partes; los vecinos desta ciudad, dos o tres veces, por esta enfermedad la han despoblado y pasándose a vivir los más dellos a un valle llamado Catacaos (no le he visto); es muy fértil y libre de toda enfermedad, pero todavía han quedado algunos en la ciudad por no dejar sus casas y heredades, aunque de pocos años a esta parte se han mudado seis u ocho leguas más cerca del puerto de Paita, a la barranca del río de Motape.

Capítulo XI

[Del valle de Xayanca]

De aquí se camina la tierra adentro a doce, diez y menos leguas de la costa de la mar hasta la ciudad de Trujillo, que son ochenta leguas tiradas, en cuyo camino hay un despoblado de doce leguas y más sin agua hasta el valle de Xayanca; éste es muy fértil y de muchos indios, y el señor dél, indio muy aespañolado; vístese como nosotros, sírvese de españoles, con su vajilla de plata; es rico y de buenas costumbres.

El valle es tan abundante de mosquitos zancudos cantores, y de los rodadores, que es como milagro poderlos sufrir los indios, ni los españoles; yo he caminado veces por los Llanos, y aunque en todos los valles hay mosquitos, no tantos como en éste.

Capítulo XII

De los Llanos

Y para que se entienda qué llamamos Llanos y Sierra, adviértase que desde este valle Xayanca, y aún más abajo, desde Tumbes, aunque allí alcanzan (como dijimos) algunos aguaceros hasta Copiapo, que es el primer valle del distrito del reino de Chile, a lo menos desde el valle de Santa hasta Copiapó no llueve jamás, ni se acuerdan los habitantes dellos haber llovido. Todo el camino, diez leguas en algunas partes, en otras ocho, en otras seis y cuatro leguas en otras, hasta la costa de la mar, es arena muerta, aunque hay pedazos de arena o tierra fija en algunas partes y a trechos. Entre estos arenales proveyó Dios hobiése valles anchos, unos más que otros, por los cuales corren ríos, mayores o menores, conforme a como tienen más cercana, o vienen de más adentro de la sierra su nacimiento; la tierra de todos estos valles es de buen migajón, la cual regada con las acequias que los naturales tienen sacadas para regarlos, es abundantísima de todo género de comidas, así suya como nuestra; cógese mucho maíz, trigo, cebada, frijoles, pepinos, etc.; tienen muchas huertas, con mucho membrillo, manzana, camuesa, naranjas, limas, olivos que llevan mucha y muy buena aceituna, la grande mejor que la de Córdoba, porque tiene más que comer; en muchos dellos se da vino muy bueno, y la caña dulce se cría mucha y gruesa, por lo cual son cómodas para ingenios de azúcar, en muchos de los cuales los hay, como en su lugar diremos. Extiéndense estos Llanos que llamamos (aunque hay grandes médanos de arena) desde el Puerto de Paita hasta el valle que dijimos de Copiapo por más de 700 leguas o poco menos, siguiendo la costa, sin que en ellas llueva; pero desde mayo comienzan unas garúas, llamadas así de los marineros, que duran hasta octubre; son unas nieblas espesas, que mojan un poco la tierra, mas no son poderosas a hacerla fructificar; son con todo eso necesarias para las sementeras, porque las defiende de cuando está en berza de los grandes calores del sol; con estas garúas en los cerros y médanos de arena se cría mucha yerba y flores olorosas, las cuales son admirable pasto para el ganado vacuno y yeguas; pero tiene un contrapeso grande, porque no falte a cada cosa su alguacil. Cuando estas garúas son muchas críanse grande cantidad de ratones entre estas yerbas, y venido el verano, como se sequen y no tengan qué comer, descienden ejércitos dellos a buscar comida a los valles, viñas y heredades, y comense hasta las cáscaras de árboles; esta plaga es irremediable.

El aire que corre por estos arenales es Sur, algunas temporadas muy recio, y es cosa de ver que remolina en estos cerros de arena y levantando la arena la trasporta a otro lugar, y ha subcedido estar durmiendo en estos arenales, porque por ellos va el camino, el pasajero, y viniendo un remolino destos caer sobre el pobre viandante y quedarse allí enterrado en la arena. Fuera de la abundancia que los valles tienen de mieses, son abundantes de árboles frutales, como son guayabas, paltas, plátanos, melones, ciruelas de la tierra y otras fructas, mucho algarrobal; con la fructa de los árboles engordan los ganados abundantísimamente, haciendo la carne muy sabrosa; pero hay en algunas partes unos algarrobos parrados por el suelo, que llevan una algarrobilla, la cual comida de los caballos o yeguas, luego dan con la crin y cerdas de la cola en el suelo, y porque en el valle de Santa hay más que en otros valles, se llama la algarrobilla de Santa, de donde, cuando algún hombre por enfermedad se pela, le dicen haber comido la algarrobilla de Santa. El rey desta tierra, a quien comúnmente llamamos el Inga, para que en estos arenales no se perdiesen los caminantes y se atinase con el camino, tenía puestas de trecho a trecho unas vigas grandes hincadas muy dentro en el arena, por las cuales se gobernaban los pasajeros. Ya esto se ha perdido por el descuido de los corregidores de los distritos, por lo cual es necesaria la guía.

Entrando en el valle, por una parte y por otra iba el camino Real entre dos paredes a manera de tapias hechas de barro de mampuesto, de un estado en alto, derecho como

una vira, porque los caminantes no entrasen a hacer daño a las sementeras, ni cogiesen una mazorca de maíz ni una guayaba, so pena de la vida, que luego se ejecutaba.

Estas paredes están por muchas partes ya derribadas, y los caminos no en pocas partes van por detrás de las paredes; en tiempo del Inga no se consintiera. Por los arenales ya dijimos no se puede caminar sin guía, y lo más del año se ha de caminar de noche, por los grandes calores del sol; los guías indios son tan diestros en no perder el camino, de día ni de noche, que parece cosa no creedera.

Lo que llamamos y es sierra son unos cerros muy altos, muchos de los cuales, por su altura, aunque están en la misma línea equinoccial como es Quito y mucha parte de aquel distrito, y desde allí a Potosí, que son 600 leguas incluidas entre el trópico de Capricornio, porque Potosí está en veinte grados, es muy frío siempre y no pocas las sierras llenas de nieve todo el año, y otros lugares por el frío inhabitables; lo cual los antiguos filósofos tuvieron por inhabitable respecto del mucho calor por andar el sol entre estos dos trópicos, de Cancro a la parte del Norte y de Capricornio a la parte del Sur, veinte e dos grados y medio apartado cada uno de la línea.

En esta sierra hay muchas y muy grandes poblaciones en valles que hay, y en llanos muy espaciosos, como son los del Collao; corre esta cordillera comúnmente de 17 a 20 leguas de la mar, y lo bueno deste Perú es esta tierra que dista de la cordillera a la mar, y aun de Chile, como en su lugar diremos.

Capítulo XIII

Del camino de la costa

Volviendo a nuestro propósito, desde Xayanca a Trujillo, agora 43 años, poco más o menos, se caminaba a la tierra adentro ocho leguas y diez de la costa de la mar, o se declinaba a la costa, yo vine por la costa, donde las bocas de los ríos eran pobladas de muchos pueblos de indios, muy abundantes de comida y pescado; aquí hallábamos gallinas, cabritos y puercos, de balde, porque los mayordomos de los encomenderos que en estos pueblos vivían no nos pedían más precio que tomar las aves y pelallas, y los cabritos desollarlos, y el maíz desgranarlo. Todos estos indios se han acabado, por lo cual ya no se camina por la costa, que era camino más fresco y, no menos abundante que el otro. Los indios que quedaban, porque totalmente no faltasen, los han reducido el valle arriba, donde los demás vivían. Era realmente para dar gracias a Nuestro Señor ver unos pueblos llenos de indios y de todo mantenimiento, el cual se daba a todos de gracia. La causa de la destrucción de tanto indio diré cuando tratare de sus costumbres, y para aquí sea suficiente decir, las borracheras. Bajando, pues, de Xayanca a la costa y caminando por ella se venía a salir a siete leguas de Trujillo, a un valle llamado Licapa.

Capítulo XIV

De los demás valles

Volviendo, pues, a Xayanca, y continuando el camino la tierra adentro, a pocas leguas unos de otros, se va de valle en valle, lo cual, si bien se considera, no parece sino que desde Xayanca a Trujillo es todo un valle en diversos ríos, empero todos de muy buena agua, que los fertiliza en gran manera. Entre ellos hay uno llamado Zaña,

abundantísimo, a donde de pocos años a esta parte se han poblado un pueblo de españoles de no poca contratación, por los ingenios de azúcar y corambre de cordobanes y, por las muchas harinas que del se sacan para el reino de Tierra Firme; el puerto no es muy bueno; dista del pueblo algunas leguas; ni en toda esta costa, desde Paita a Chile, que es lo último poblado de Chile, los hay buenos; los más son playas. Con el que tienen embarcan sus mercaderías para la ciudad de Los Reyes y para Tierra Firme. Esta población de Zaña destruye a la ciudad de Trujillo, porque dejando sus casas los vecinos de Trujillo se fueron a vivir a Zaña.

Capítulo XV

De Nuestra Señora de Guadalupe

Capítulo XVI

Del valle de Chicama

[Es el valle de Chicama] abundante, ancho y largo, donde había muchos indios dotrinados por religiosos de nuestra Orden, encomendados en el capitán Diego de Mora, varón muy principal en este reino. Entre otros religiosos nuestros de mucha virtud y cristiandad que en la doctrina de aquel valle se han ocupado, fue uno el padre fray Benito de Jarandilla, el cual, después que entró en él nunca del salió para vivir en otra parte; aquí se consagró a Nuestro Señor, predicando el Evangelio a los indios con admirable austeridad de vida en todo lo tocante a su profesión, sin jamás se conocer en él cosa de mal ejemplo, sino gran celo a la conversión de aquellos naturales, donde vivió mas de 55 años, y ha pocos años, no ha dos cuando escribí esto, que Nuestro Señor le llevó, como piadosamente creemos, a pagarle sus servicios. Los indios deste valle tienen dos lenguas, que hablan: los pescadores una, y dificultosísima, y otra no tanto; pocos hablan la general del Inga; este buen religioso las sabía ambas, y la más dificultosa, mejor. Su caridad para con los indios era muy grande, porque curarlos en sus enfermedades, repartir con ellos su ración y quedarse o contentarse para su mantenimiento con un poco de maíz tostado o cocido, era como natural. Varón de mucha oración y penitencia, doquiera que estaba se había de levantar a media noche a rezar maitines, y a cualquiera hora que le llamaban para confesar al enfermo, con toda la alegría del mundo se levantaba, y aunque el río viniese muy crecido, no le temía más que si no llevara agua, y es muy grande al verano. Este es común lenguaje entre los indios, que decían pasaba el río en un macho que la Orden le había concedido a su uso, por cima del agua, a cualquier hora y cuando más agua traía el río. Esto no lo escribo por milagro, sino como cosa comúnmente dicha entre los indios.

En este valle tiene nuestra sagrada Religión un convento priorato que este religioso venerable fundó, donde se sustentan de ocho a diez religiosos, y favoreciéndolo Nuestro Señor se sustentarán mas, porque las haciendas van en crecimiento. El valle es abundantísimo de pan, vino, maíz y demás mantenimientos, danse en él admirablemente los olivos, que cargan de aceituna muy buena. Los demás mantenimientos a la tierra naturales, bonísimos; es famoso por un ingenio de azúcar que allí plantó el capitán Diego de Mora; una cosa que por ser peregrina la diré, que hay en este ingenio, y es que con ser cálido el temple en todo tiempo y todos los valles de los Llanos abunden en moscas y éste las tenga dentro y fuera de las casas de los indios y de los españoles, en la

casa que llaman del azúcar y donde se hacen las conservas y están las tinajas llenas de todo género dellas no se halle ni vea una ni más.

Helo visto, por eso lo digo, pues la miel y el azúcar, madre es de las moscas.

Capítulo XVII

De la ciudad de Trujillo

Dista la ciudad de Trujillo del valle de Chicama cinco leguas tiradas.

La primera vez que la vi era muy abundante y muy rica; los vecinos, conquistadores, unos hombrazos tan llenos de caridad para con los pasajeros, que en viendo en la plaza un hombre no conocido o nuevo en la tierra (que llamamos chapetón), a mía sobre tuya lo llevaban a su casa, lo hospedaban, regalaban y ayudaban para el camino, si allí no le daba gusto hacer asiento; un vecino de aquéllos, cuando salía de su casa ocupaba toda la calle, no había mesón entonces, ni en muchos años después, ni carnicería; a todos sobraba lo necesario y aun más, y el que no lo tenía no le faltaba, porque los encomenderos les enviaban el carnero, la vaca y lo demás de cada día. Liberalísimos para con los pobres; sus casas muy hartas y sus cajas muy llenas de oro y plata. Ya todo ha cesado y sus hijos han quedado pobres, porque no siguen la cordura, y raras veces retienen las sillas de sus padres.

Dista esta ciudad del puerto, si así se ha de llamar siendo costa brava, dos leguas; surgen los navíos más de legua y media de la playa; en el desembarcadero hay mares de tumbo, unas tras otras, con tanta violencia cuanta experimentan los que allí desembarcan. Aquí hay un poblezuelo que del puerto toma el nombre, llamado Guanchaco. Los indios son grandes nadadores y pescadores; no temen las olas, por más que sean; entran y salen en unas balsillas de juncos gruesos, llamados eneas, que no sufren dos personas, y las que las sufren han de ser muy grandes. En llegando a tierra, cuando vienen de pescar, toman la balsa a cuestras y la llevan a su casa, donde, o en la playa, la deshacen o enjugan, y cuando se quieren aprovechar della tórnanla a atar.

Conocí en esta ciudad, entre otros vecinos y encomenderos, al capitán don Juan de Sandoval, hombre muy amigo de los pobres, gran cristiano, muy rico, casado con una señora muy principal de no menores partes que su marido, nascida en el mismo pueblo, llamada doña Florencia de Valverde, hija del capitán Diego de Mora y de doña Ana de Valverde. Este caballero tenía antes que muriese capellanías instituidas en todos los monasterios; su enterramiento escogió en el de San Agustín, cuya capilla mayor edificó; aunque no quiso, el altar mayor fue suyo; al lado del Evangelio hizo un altar advocación de los Angeles, que adornó con retablos famosos y muy ricos ornamentos labrados en España; dejó mucha renta y poca carga de misas, con la cual se va edificando el convento, o por mejor decir se ha edificado. En el convento de nuestro padre Santo Domingo se le dice perpetuamente la misa de Nuestra Señora todos los sábados del año, y cada día la Salve cantada, después de Completas, como es antiguo uso en la Orden desde su fundación; dejó bastante renta.

En el convento de San Francisco también tenía su memoria de misas, y dejó renta para que se pague la limosna dellas.

Mucho tiempo del que vivió tenía en el puerto desta ciudad indios pagados a su costa, para que en llegando el navío al surgidero, que ya dije es de la playa más de legua y media, saliesen en sus balsillas, fuesen al navío y avisasen saliesen o no saliesen a tierra, porque como el navío surge tan lejos, no venía quebrazón de las olas en tierra; avisados no corren riesgo. Antes de que este caballero tuviese pagados indios para esta bonísima obra perdíanse muchos bateles, y los que en ellos venían, porque viniendo a desembarcar, metíanse en tierra, no viendo el peligro, y cuando querían volver al navío no podían, por lo cual era necesario zozobrar y perderse. Solía esta ciudad ser de buena contracción respecto del mucho azúcar y corambre que los vecinos tenían, y por el ganado porcuno que della se llevaba a la de Los Reyes; ya se va perdiendo.

Aunque dije arriba que desde Xayanca a Copiapo no llueve, añadí que a lo menos desde el Puerto de Santa, lo cual es así, porque de cuando en cuando suele llover en estos valles y arenales que hay desde Xayanca y aun más abajo hasta Trujillo y un poco más arriba-, y tan recio, y con sus truenos, y en tanta abundancia, que saliendo los ríos de madre destruyen los valles, pastos y heredades, como subcedió agora 16 años, poco más, que llovió tanto desde Trujillo para abajo, que se destruyeron muchas haciendas y hobo mucha hambre; oí certificar en Trujillo, donde llegué acabada de pasar esta inundación, que se temió mucho no se llevase el río la ciudad; hicieron los reparos posibles, pero como eran sobre arena, permanecían poco tiempo; llegó a tanto, que ya se había pregonado que, oída la campana, cada uno se pusiese en cobro como mejor pudiese. Proveyó nuestro Señor con su misericordia que el río divirtió por otra parte. Perdióse mucha cantidad de vestidos; arruináronse muchas casas, porque como no se cubren con tejas, ni son a dos aguas, sino terrados y éstos muy leves, llovíanse todas y no había dónde guarecer la ropa y comida. Los ornamentos de las iglesias, con dificultad se guardaron. Oí decir a personas que se hallaron en Trujillo en aquella sazón, y a los que en ella había, que desde el valle de Chicama a Trujillo, que dijimos poner cinco leguas, corrían tres ríos que no se podían vadear. Las madres dellos de muy antiguo se ven y se conocen haber por allí corrido ríos; los nuestros decían haber quedado desde el diluvio. Los indios afirmaban haber oído a sus viejos que de muchos en muchos años acontecían semejantes aguas e inundaciones, y ahora un año subcedió tal azote, aunque no tan pesado.

Viviendo yo agora 15 años en Trujillo en nuestro convento (celebramos allí la fiesta de Nuestra Señora de la Visitación con toda la solemnidad posible) cuando salíamos con la procesión ya se había revuelto el cielo; tronó, relampagueó, llovió, y si las cubiertas de las casas fueran de tejas, corrieran las canales por un poco de tiempo.

Empero estos aguaceros no llegan al valle de Santa. Pasadas estas aguas, son tantos los grillos que se crían en los campos y tierras de pan, y en las casas, que es otro azote y plaga no menor; comense lo sembrado y lo no sembrado, y en las casas hacen no poco daño. Demás desto, con la putrefacción de la tierra con las aguas, críanse muchos ratones, que es otra peor plaga. Llueve también en esta costa más continuamente que por estos llanos de Trujillo para abajo, en un asiento llamado, mejor diré en unas lomas llamadas Ariquipa; pero esto es porque la mar, haciendo una grande ensenada, se mete casi a las faldas de la tierra, donde alcanzan muchos aguaceros, por lo cual los indios

que aquí habitan más son más serranos que yungas. Visten como serranos. Lo uno y lo otro he visto muchas veces.

En esta ciudad, como las demás de los Llanos, combatida de terremotos, aunque no tan recios como desde ella para arriba.

Capítulo XVIII

De la[s] Guaca[s] de Trujillo

Hállanse en estos reinos, y particularmente en los Llanos, unos enterramientos, comúnmente llamados Guacas, que son como unos cerros de tierra amontonada a manos, debajo de la cual los señores destos Llanos se enterraban, y con ellos, según es fama, y aun experiencia, ponían gran suma de tesoros de oro e plata y la mayor cantidad de plata, tinajas grandes y otras vasijas y tazas para beber, que llamamos cocos. La guaca más famosa era una que estaba poco más de media legua de la ciudad de Trujillo, de la otra banda del río, de un edificio en partes terraplano, en partes de ladrillos grandes, o por mejor decir de adobes pequeños.

Este edificio era muy alto, y en circuito o de box (si como marineros nos es lícito hablar) debía tener poco menos de media legua.

Quien lo edificase no hay memoria, ni los indios tal oyeron decir a sus antepasados. Para edificarlo es imposible, sino que se pasaban muchos años y labraban en él suma de indios. Si no se ve no se puede creer. Siempre se entendió era enterramiento, y aun enterramientos o sepultura de muchos señores, cuales fueron los de aquel valle de Trujillo, que se entiende fueron mucho antes que los Ingas, y poderosísimos así en riquezas como en ánimo para sujetar mucha parte de este reino, porque a cuatro leguas de la ciudad de Guamanga se ha hallado otro edificio, aunque diferente, pero figuras de indios como las de los deste valle de Trujillo, de donde se colige hasta allí haber llegado el señorío destos señores, y aun pasado hasta el Collao. Porque en un pueblo deste Collao, Tiaganuco, se ve otro edificio de cantería y piedras muy grandes, muy bien labradas, semejantes a este cerca de Guamanga, que los que allí hacen noche lo iban a ver a maravilla; la primera vez que por allí pasé, habré 29 años, con otros dos religiosos, lo vimos y nos admiramos, porque no *habiendo* tenido estos indios picos ni escodas, ni escuadras, para labrar aquellas piedras, verlas labradas como si canteros muy finos las hubieron labrado, causaba admiración; había puertas de tres piedras y grandes: las dos que servían a los lados, la otra de umbral alto. Vimos allí una figura de sola una piedra que parecía de gigante, según era grande, corona en la cabeza y talabarte como los anchos nuestros, con su hebilla.

Preguntar qué noticia se tiene desta gente no hay quien la dé, y porque este edificio es semejante al de junto a Guamanga, se cree haberlo hecho un mismo señor, y que éste era señor de Trujillo, que para memoria suya donde le parecía lo mandaba edificar. Cosa cierta no hay.

Los señores principales deste valle de Trujillo se llamaban, como propio nombre, Chimo, y de uno hasta el día de hoy hay memoria deste nombre, añadiéndole otro como por sobrenombre, Capac, que junto se nombraba Chimopacac, que quiere decir chimo riquísimo. Lo que se colige es que destos Chimos era la guaca de Trujillo enterramiento.

Los vecinos de Trujillo, viendo aquel famoso edificio y teniendo noticia haber allí gran tesoro enterrado, sin que hobiese rastro ni memoria quien allí lo puso, ni a qué herederos les hobiese de venir, juntáronse algunos vecinos de indios y no vecinos, y hecha compañía determinaron cavar a la ventura como dicen; dieron en algunos aposentos debajo de tierra, y finalmente, dieron en mucho tesoro, y no en el principal como se tiene por cierto. Cúpoles a más de 160.000 pesos, pagados quintos, pero no sé qué se tenía aquella plata, que ninguno la gozó; fuésoles como en humo. verdad sea que gastaban a su albedrío y sin orden alguna; otros cavarían en otras partes, sacaron alguna plata, no tanta como los desta compañía. Comenzando a sacar plata desta guaca, todos los valles de los Llanos se hundían cavando guacas, y registrando sacaron plata de la bolda pagando jornaleros cavadores y mucha tierra; nunca, empero, hallaron lo que deseaban. Hobo en este tiempo en el valle de Lima un famoso hereje, creo inglés, que junto al pueblo de Surco, él solo cavaba una guaca, que llaman de Surco, y por lo que después, cuando preso y descubierto ser hereje se entendió, aguardaba otros de su herejía que habían devenir; allí se estaba de día y de noche cavando y sacando la tierra él propio, mal vestido; venía a la ciudad, que dista de la guaca una legua, pedía por amor de Dios y llevaba poco que comer, hasta que se descubrió ser hereje, preso por el Santo Oficio justísimamente. Le quemaron en el primer aucto que los señores inquisidores hicieron.

Capítulo XIX

Del valle de Sancta

Desde esta ciudad de Trujillo, 18 leguas más adelante, la costa en la mano, llegamos al valle y puerto llamado Sancta, abundante mucho de todo género de mantenimientos, donde se comienzan a hacer trapiches de azúcar y muy bueno; muy cerca del puerto se ha poblado un pueblo de españoles, el cual si tuviera indios de servicio fuera en mucho crecimiento; tiene pocos indios naturales; bajan los de la sierra de la provincia que llamamos Guailas; es en notable daño de los indios; son serranos y corren gran riesgo sus vidas, como en todas partes e todas las veces que a los Llanos bajan. Tienen muchas y muy buenas tierras, todas de riego, con acequias de un río de bonísima agua y muy grande, que pocas veces se deja vadear; pásase en balsas de calabazos, y es lo más seguro. Estas balsas las hacen los indios mayores o menores, como es la gente o hato que se ha de pasar. Los calabazos son muy grandes y redondos; ponen en una red a la larga ocho o diez, otros tantos en otra, y así la ensanchan conforme son los que han de balsear; hácenla de seis, siete y ocho hileras de calabazas. Las redes atan unas con otras; atadas, encima echan leña y rama porque no se mojen las personas y el hato. Luego dos indios grandes nadadores como lo son todos los de los Llanos, atan unas sogas a la balsa, y ciñéndosela por el hombre toma cada uno su calabazo grande, y echándose sobre él nadan, y desta suerte llevan y pasan la balsa de la otra parte del río por poco precio que se les da. Este río desemboca viniendo de Trujillo, un poco más abajo del puerto, por cuya boca no se puede entrar ni tomar agua; empero, de la acequia principal que pasa por cima del pueblo, sale una pequeña que cae en la playa del puerto.

Capítulo XX

De los demás valles, a Los Reyes

Desde este valle al de Chancay ponen cincuenta leguas, en las cuales a trechos pasamos por seis valles, todos abundantísimos, si los naturales no hubieran faltado, que los labraban, para todo género de mantenimiento, con agua bastante de riego; sus acequias sacadas, pero ya perdidas.

El primero es Cazmala baja y Cazmala alta, donde han quedado pocos indios, que apenas pueden sustentar un sacerdote; de aquí vamos a Guarme, mejor valle y de más indios, con puerto no muy seguro por la mar de tumbo que hayal desembarcar; tiene mucho pescado, mucha arboleda, algarrobas que se llevan a Los Reyes para las carretas, e yo vi desde este valle llevarse navíos cargados a Los Reyes de carbón, que no era poco provecho a la ciudad y al señor del navío, llamado el Carbonero.

Ocho leguas siguiendo la costa por do se caminaba es el de Parmunguilla, valle estrecho, de bonísima agua el río, y que en su nacimiento se halla oro; abundante de trigo y maíz; ya no se camina por la costa, porque haberse consumido los indios fue causa de cerrarse con mucho cañaveral bravo; rodéanse más de cuatro leguas metiéndonos la tierra adentro, el cual pasado, parte términos con el de la Barranca, que le es muy cercano; las pocas tierras que tiene son muy buenas.

Luego entramos en el de la Barranca, fertilísimo de trigo y maíz, y de tierras muchas y muy gruesas; de aquí se lleva la mayor parte del trigo que en Los Reyes se gasta; hay en él dos ingenios de azúcar bonísimo; el río no es tan grande como rauda y pedregoso, por lo cual en todo tiempo es dificultoso de pasar, tiene puente tres leguas arriba, a la cual por no ir, algunos se han ahogado.

Aquí hay unos pocos de indios poblados; pasado el río, luego se sigue el de Gaura, que tiene las mismas calidades que éste, con otros pocos de indios, y de donde se lleva mucho maíz y trigo a Los Reyes por mar; tiene puerto no muy seguro.

Prosiguiendo por la costa adelante (si no nos queremos meter cuatro o cinco leguas la tierra adentro) llegamos, once leguas andadas, al valle de Chancay, donde hay un pueblo de españoles llamado Arnedo. Este valle es muy ancho y de bonísimas tierras para todos mantenimientos, vino y olivares; de aquí se provee la ciudad de Los Reyes del mucho maíz y otras cosas, y aun melones de los buenos del mundo. Hácese buen vino, y fuera mejor si el vidueño fuera del que llamamos torrontés.

Tiene puerto, donde los vecinos de Arnedo embarcan sus harinas para Tierra Firme, y trigo y maíz para Los Reyes.

El río es no de tan buena agua como los precedentes. De aquí a la ciudad de los Reyes ponen once leguas, en cuyo camino se atraviesa la sierra de la arena áspera, y larga, por ser arena muerta; en tiempo de verano no se puede caminar sino de noche, con riesgo de negros cimarrones.

Ocho leguas andadas entramos en el valle de Carvaillo, donde hay muy buenas estancias o chácaras de maíz e trigo, con un río de buena agua, con que las tierras se riegan; este valle dista de la ciudad de Los Reyes tres leguas, desde donde aun podemos decir comienza aún el valle desta ciudad, que tiene dos ríos, porque en medio de un valle y otro no hay arenas que los dividan, sino todo este trecho son tierras de pan, maíz, viñas, aunque pocas, pobladas con sus casas de los señores de las heredades. Hay

en este valle de Carvaillo un poblezuelo de indios el río arriba, donde se sustenta un sacerdote con las chácaras anejas.

Capítulo XXI

Del valle y ciudad de Los Reyes

El valle donde se fundó la ciudad de Los Reyes, llamado Rimac en lengua de los indios, sin hacer agravio a otro, es uno de los buenos, y si dijere, uno de los mejores del mundo, muy ancho, abundante, de muchas y muy buenas tierras, todas de riego, pobladas de chácaras, como las llamamos en estas partes, que son heredades donde se da trigo, maíz, cebada, viñas, olivares (a las aceitunas llamamos criollas, son las mejores del mundo), camuesas, manzanas, ciruelas, peras, plátanos y otros árboles frutales de la tierra, membrillos y granadas, tantos e tan buenos como los de Zahara; las legumbres, así de nuestra España como las de acá, en mucha abundancia todo el año.

El agua del río no es tan buena como la de los demás valles destos llanos, respeto de juntarse con el río principal otro no de tan buena que la dañe. Pero proveyóle Dios de una fuente a tres cuartos de legua de la ciudad, de una agua tan buena que los médicos no se si quisieran fuera tal. Oí decir a uno dellos, y el más antiguo que hoy vive, que la fuente desta agua le habría quitado más de tres mil pesos de renta cada año, porque después que el pueblo bebe della, las enfermedades no son tantas, particularmente las cámaras de sangre, que se llevaban a muchos.

Esta agua se trujo a la ciudad, y en medio de la plaza hay una fuente muy grande, bastante para dar la agua necesaria; pero porque es grande y más sin costa se aprovechase della, en los barrios hay sus fuentes, como en la placeta de la Inquisición, en la esquina de las casas del licenciado Rengifo, en el barrio de San Sebastián y en todos los monasterios y en casas de hombres principales, y en las cárceles y en el palacio hay dos, porque como las calles sean en cuadro, y el agua vaya encañada por medio de las calles, es fácil de la calle ponerla en casa.

Llamaron los fundadores, que fueron el marqués don Francisco Pizarro y sus pocos compañeros, a este pueblo, la ciudad de Los Reyes, porque en este día la fundaron; diéronle, aunque acaso, auspiciatísimo nombre, porque si muchos Reyes la hobieran ennoblecido, en tan breve tiempo como diremos, no hobiera crecido más, ni aun tanto; mas como el favor del cielo sea mayor que el de los hombres, Nuestro Señor, por intercesión de los Santos Reyes, la ha Multiplicado; es la silla metropolitana de todo este reino de Quito a Chile; aquí reside el Virrey con el Audiencia, la Santa Inquisición, y aquí se fundó la Universidad.

De todo diremos adelante más en particular lo que a esto toca, cuando tractaremos de los Virreyes y perlados eclesiásticos.

El río desta ciudad, en tiempo de aguas en la Sierra, que llueve como en nuestra España, es muy grande y extendido; no tiene madre, como no la tienen los demás destos llanos; corre por cima de mucha piedra rolliza; antes que tuviese puente, muchas personas se ahogaban en él queriéndole vadear, porque aunque tenía un puente de madera hecho de horcones hincados en el suelo, estaba tan mal parada, que no se atrevían a pasar por ella, y no podían pasar sino uno solo, y con sus pies. Lo cual visto

por el marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, llamado el limosnero, gran amigo de pobres, dio orden cómo se hiciese puente toda de ladrillo y cal, de siete o ocho ojos, que comenzase desde la barranca del río a donde casi llegaban las casas Reales, y desde los molinos del capitán-Jerónimo de Aliaga, secretario que fue de la Audiencia, que hacen casi calle con las casas Reales; al cual diciendo los oficiales maestros de la obra que mejor se fundaría más abajo, donde estaba la puente de madera que acabamos de decir, aunque había de ser más larga, porque haciéndola allí el río se iba su camino, sin echarlo a la ciudad, lo cual forzosamente se había de hacer haciéndola donde el Virrey mandaba, y que la barranca era señal evidente ya el río había llegado una vez allí y había de llegar otra, por el común refrán, al cabo de los años mil vuelve el río a su carril, respondió la mandaba hacer en aquel sitio porque los pasajeros que viniesen de abajo, y pliegos de Su Majestad de España, por tierra, entrasen a una cuadra de las casas Reales donde el Virrey viviese, y por la calle derecha a la plaza una cuadra della, y cuanto a echar el río a la ciudad, que no habían de ser los Virreyes tan flojos quel río la hiciese daño; palabras realmente de gran republicano, como lo era.

Con todo eso, como diremos, ha hecho daño el río si los Virreyes no tienen ánimo para remediarlo.

Capítulo XXII

De la ciudad de Los Reyes

No creo ha habido en el mundo ciudad que en tan breve tiempo haya crecido en número de monasterios, ni iguale a los religiosos que en ellos sirven a Dios, alabándole de día y de noche, y ejercitándose en letras para el bien de las ánimas, como esta de Los Reyes, habiendo ayudado muy poco o nada los príncipes y gobernadores destos reinos al edificio dellos.

El más principal y el primero della es el nuestro, llamado Nuestra Señora del Rosario; no ha 68 años que se fundó; el primer fundador fue el padre fray Juan de Olías; su sitio es una cuadra de la plaza y muy cercano al río. Oí decir a los viejos lo que aquí refiriré de su fundación.

Llegado el marqués Pizarro con los demás conquistadores a este valle, después de haber preso en Cajamarca a Atabalipa y habiéndole muerto, vinieron con él dos religiosos, uno nuestro, el sobredicho, y otro de la orden del glorioso padre San Francisco; eligieron para fundar su ciudad el sitio que agora tiene, que es el mejor del valle junto al río, a la parte casi del Oriente; a la del Sur por la parte de arriba, una acequia de agua ancha que atraviesa todo el valle de Oriente a Poniente. Por la parte del Poniente, el puerto llamado el Callao, dos leguas de la ciudad de Los Reyes; carreteras, por la parte del Norte el camino real para Trujillo, y dende abajo, señalaron sus cuadras y sitios para casas, y a los dos religiosos dijéronles: vosotros no sois más que dos, vivid agora juntos en este sitio que os señalamos, que es el que tiene agora nuestro convento; llana la tierra, y conquistados los indios del valle (que a la sazón eran muchos), el que se quisiese quedar con ese sitio se quedará con él; al otro le daremos el que más cómodo le pareciere. Sucedió así, aceptando los dos religiosos el partido, que un día vinieron todos los indios del valle, y otros llamados, sobre los nuestros, los cuales dijeron a los religiosos: Padres, vosotros no habéis de pelear; tomad en esas botas vino y biscochos, y

a los que estuvieren cansados y, flacos dadlos de comer y beber, y a los heridos recogedles y lavadles las heridas con vino. Los indios llegaron donde los nuestros les esperaban, con gran vocerío, así pelean; el padre de San Francisco, pareciéndole no le convenía esperar el fin de la batalla, ni hacer lo encomendado, que en aquel trance le era muy lícito, puso faldas en cinta, tomó la vía del puerto, llega cansado, lleno de polvo, sudando, y a los pocos de los nuestros que allí había dejado el Marqués con dos navíos y no muchos soldados con dos caballos, dales nueva aquel Marqués y los demás eran muertos, y, sólo él se había escapado. El capitán de los navíos (creo era el capitán Juan Fernández, de quien abajo haremos mención), con los demás, hicieron el sentimiento justo, tuvieron por perdido el mejor reino del mundo, y perplejos no sabían qué se hacer, si por ventura desamparaban el puerto y se volverían a Panamá o a Trujillo, o aguardarían otra nueva; el buen padre instaba en ser verdad lo por él afirmado; finalmente, resolvieron en que dos soldados, los más valientes, con sus armas tomasen los caballos, y caminando para la ciudad fuesen a ver si era así, y cuando lo fuese, no era posible todos quedasen muertos, algunos se escaparían y encontrarían en el camino, o fuera dél, y a éstos recogiese n o volviesen al punto, y entonces deliberarían lo que mas conviniese. Salen nuestros dos valientes soldados en sus caballos armados, llenos de tristeza e no con menos temor; en el camino, que muy poblado era de arboleda, a lo menos la legua y media, cada hoja que se meneaba les parecía ejércitos de enemigos; pero prosiguiendo su camino, sin encontrar hombre viviente llegan a la ciudad y hallan a los nuestros, alcanzada la vitoria, curando a los heridos, y los sanos descansando del trabajo de la batalla.

Su alegría fue muy grande cuando vieron cuán al contrario era lo que el padre de San Francisco dijo, de lo que por sus ojos vieron; llegan donde estaba el Marqués, dan cuenta de lo dicho, y la razón por que vinieron, el cual con los demás estaban cuidadosos que hoviese sido de aquel padre, no imaginando que se hubiese huido, sino que por ventura los indios se lo hubiesen llevado. Empero, sabida la verdad del hecho, el Marqués mando embarcarlo, y en el primer navío que despachó a Panamá lo llevaron, con juramento que hizo que mientras viviese no le había de entrar fraile de San Francisco en su gobernación, y así se cumplió, no siendo bien hecho ni lícitamente jurado. Aquél no fue defecto sino de un fraile particular, pusilánime, y por este defecto no se había de perder ni carecer del bien grande que la religión del seráfico padre San Francisco donde quiera que vive hace. Si los del puerto le desamparan, creyendo lo dicho por este religioso, en gran riesgo ponían al Marqués y a los demás de perderse, porque como el reino sea muy grande y muchos los indios, si les faltaran navíos con que enviar a pedir socorro a Tierra Firme, totalmente se perdería. Nuestro religioso puso también sus faldas en cinta, arrebató su bota, biscocho y queso; no tenían conservas, ni regalos, y a los cansados dábales de beber y un bocado, a los heridos curaba como mejor podía, y así andaba en medio de los que peleaban. Desta suerte quedamos con el sitio que agora tenemos, el cual, aunque entonces pareció el más cómodo, agora no lo es, por no poderse extender tanto cuanto es necesario, y por el río, que es mal vecino en todas partes.

Después muchos años poblaron los padres de San Francisco y tienen el mejor sitio del pueblo, y más que todos los conventos juntos, aunque del río corren un poco de riesgo, como nosotros, y se correrá más si no se remedia.

Capítulo XXIII

De nuestro convento

Quedando, pues, con este sitio, que es de cuadra y media de largo; de ancho no tiene cuadra entera (porque la barranca del río no da lugar a ello, por correr al sesgo), se comenzó a edificar el convento; empero, quien con más ánimo, fue el valeroso, y no menos religioso, gran predicador, gran servidor, de Su Majestad, fray Tomás de San Martín, a quien por otro nombre llamaban el Regente, por haberlo sido en la Española o isla de santo Domingo.

Este religiosísimo padre, siendo provincial en esta provincia, y el primero, a quien dio por nombre San Juan Baptista, comenzó el edificio de la iglesia de bóveda, de tres naves, y hizo la mitad de la iglesia, dejando los cimientos de lo restante sacados.

Oí decir al padre fray Antonio de Figueroa, un religioso nuestro muy esencial, gran siervo de Dios, verdadero hijo de Santo Domingo, que fue mi maestro de novicios, que le acaecía a este ínclito religioso, siendo como era provincial, salir de casa por la mañana con un bordón a pie, e ir una legua, poco más o menos, a la Caleta, y estar allí todo el día en peso hasta la noche, en que se venía al convento, sin comer, y lo que hallaba en el convento era un poco de capado fiambre, porque entonces no se había multiplicado el ganado nuestro mayor ni menor, que hobiese carnero, ni se comía en la ciudad, y con tanta alegría pasaba este trabajo como si tuviera todo el regalo del mundo. Parecía adivinaba el aumento que nuestro Señor había de hacer en breve tiempo, de religión, cristiandad y letras, en aquella casa. Después fue este varón heroico primero obispo de la ciudad de La Plata, aunque no llegó a sentarse en su silla, llevándole la majestad del muy alto primero a gozar de su gloria.

El día de hoy ya se ha acabado la iglesia con la buena diligencia del maestro fray Salvador de Ribera, hijo deste convento, aplicando justísimamente todo cuanto puede de los religiosos que se ocupan en doctrinar a los indios, y tan bien acabada, que en Indias ninguna hay mejor: sola una falta se le pone, y sin invidia, que la capilla mayor es pequeña, la cual tiene un retablo muy aventajado.

Capítulo XXIV

De las capillas

Las capillas colaterales por la parte del Evangelio. La primera se llama del Crucifijo; ésta es del capitán Diego de Agüero, varón famoso entre los conquistadores deste reino, el segundo después del marqués de Pizarro; dotóla bastantemente; dícensele dos misas cada semana, rezadas, sin vísperas, y misa mayor el día de Santiago, en el cual día tiene un jubileo plenísimo, y sin los aniversarios. Dejó demás desto la renta de unas casas, para reparos de la capilla, que hoy rentan más de quinientos pesos cada año. Su hijo el capitán Diego de Agüero la ha ennoblecido mucho; puso en ella un retablo grande a proporción de la capilla, con un crucifijo de muy buena y devota figura, y en el retablo muchas reliquias de santos en sus medallas que le dio el convento.

Luego se sigue la capilla nombrada de San Juan de Letrán, donde tiene un enterramiento junto al altar al lado del Evangelio el capitán Juan Hernández, quien dijimos era el capitán de los navíos que estaban en el puerto cuando el padre de San Francisco se huyó de la batalla que tuvo el marqués Pizarro con los indios en la plaza.

Dotóla su dueño muy aventajadamente con limosna para dos misas rezadas cada semana: en las octavas de Todos Santos, vigilia y misa cantada, y el día de San Juan Bautista, vísperas e misa con sermón, con bastante limosna, y dejó para reparos de la capilla y ornamentos buena renta que la cobra el convento y la gasta en el uso dicho.

El arcediano de la sancta iglesia desta ciudad viene cada año, por nombramiento del señor de la capilla, a tomar cuenta en qué se distribuye la renta para el ornato de la capilla, y se le da un tanto señalado por el capitán Juan Fernández por este cuidado y trabajo. Helas visto tomar a un provincial nuestro, Fr. Salvador de Ribera, susodicho, con poco acuerdo y aun con no poca nota; quiso quitar esta capilla y la advocación della y darla a no sé qué otras personas; súpolo el heredero, salió a la contradicción, y viendo el provincial el agravio, a lo menos avisado lo hacía por el señor arzobispo de México, Bonilla, la volvió a sus herederos. Y no sé cómo tal cosa, no quiero decir injusticia, pretendió hacer, ni cómo los padres de consejo en ello vinieron. Porque esto oí decir muchas veces al padre fray Antonio de Figueroa, que fue mi maestro de novicios, y si no fue el primero, a lo menos el segundo hijo deste convento, varón verdaderamente hijo de Santo Domingo, que el capitán Juan Fernández trujo en sus navíos a la tierra desta capilla desde Panamá, porque en ella todos los que se quieren enterrar se les da sepultura de gracia, y para que los cuerpos se comiesen presto trujo esta tierra; vi un año de un catarro pestilencial que la capilla, con ser espacio de dos los que en ella se enterraban, que fueron muchos, al tercero día los cuerpos estar consumidos, y quería un provincial quitar esta capilla a su dueño y darla a otros. Pero Dios volvió por la verdad y la justicia.

Todos los que aquí se entierran ganan indulgencia plenaria, y las gracias que los que se entierran en San Juan de Letrán en Roma, y para el día de San Juan Bautista hay jubileo plenísimo. Muchos años vi que el día deste gloriosísimo sancto, Virrey, Audiencia y toda la ciudad venían a nuestra casa a celebrar en este día la fiesta de San Juan; ya por descuido de los padres prelados se ha caído, digo el venir los virreyes. El oficio se celebra este día en esta capilla.

Luego se sigue la capilla de Santa Caterina de Sena, muy bien aderezada con retablo y imagen desta gloriosa sancta; los tintoreros desta ciudad la tomaron para su enterramiento y la tienen muy bien adornada; celébrase en ella la fiesta de la gloriosa virgen Caterina con mucha solemnidad y con un jubileo plenísimo, que los fundadores trujeron para los cofrades, todo el pueblo con sus cofrades, y si no me engaño los tintoreros instituyeron la cofradía de los nazarenos que el Miércoles sancto de noche sale de nuestra casa con túnicas de burriel y cruces a los hombros, grandes, y muchos llevan consigo sus hijos niños con sus cruces. Gástase mucha cera.

Capítulo XXV

De las capillas del lado de la Epístola

Por la parte del lado de la Epístola, la primera capilla es de San Hierónimo; dotóla el capitán Hierónimo de Aliaga con dos misas rezadas cada semana, vísperas y misa el día de San Hierónimo y sus aniversarios; dejó bastante limosna, pero como al tiempo de la rebelión de Francisco Hernández fuese a España por procurador destes reinos, y no volviese más a ellos, muchos años la vimos muy mal parada, que no decíamos misa en ella, por no tener ornato, hasta que habrá seis años que una nieta suya, doña Juana de

Aliaga, hizo un retablo al óleo, grande a proporción de la capilla, con una imagen de la Concepción arriba, que le costó más de tres mil pesos, añadiendo paños de seda para las paredes y ornamentos para el altar; empero Nuestro Señor la llevó para sí a pagarle lo que en su servicio había hecho, la cual si más vida le fuera concedida hiciera más.

A esta capilla se sigue la del Rosario, con un retablo hecho en España, bueno, y una imagen de bulto de Nuestra Señora en el cóncavo del retablo, de las buenas piezas que hay en todo España, porque en Indias ninguna llega. A la redonda de la imagen los quince misterios del Rosario, de bulto, cuanto la proporción del retablo los sufre. En el pedestal la muerte de los niños inocentes, que parece cosa viva, con la adoración de los Reyes al niño Jesús en el pisebre; fuera desto tiene en cuatro encasamentos cuatro santos de la orden, de bulto, de muy galana proporción y figura.

Lo alto de la capilla es dorado con unas piñas de yeso pendientes, grandes, todas escarchadas de oro. Adórnase la capilla en las fiestas del Rosario con paños de damasco y terciopelo carmesí más veces, otras con paño de damasco verde y terciopelo verde. Tiene tres lámparas de plata grandes, que por lo menos la una arde perpetuamente.

Todo esto ha hecho la cofradía del Rosario con la industria de los devotos y mayordomos. Los primeros domingos de cada mes se hace una procesión por el claustro, que para los que en ella se hallaren confrades (creo confesados) se les concede indulgencia plenaria. Sácase una imagen de bulto de Nuestra Señora, muy devota, que llevan diáconos. Sírvese de mucha cera de cirios que llevan los veinticuatro sin la demás para los demás confrades religiosos. Concorre mucha gente por la devoción grande que se tiene particularmente a la imagen puesta en el altar. El segundo domingo se hace procesión con el niño Jesús por la confradía de los juramentos, fundada en nuestra casa, ni puede fundarse en otra parte, por concesión de los sumos pontífices, o con licencia del provincial donde no hubiere convento de la Orden, de la imagen de Nuestra Señora puesta en el altar. Si no fuéramos descuidados hubieran muchos milagros escritos que ha hecho.

Siendo yo prior deste convento pretendí, dándome los señores inquisidores licencia para ello, sacarlos a luz, haciendo las diligencias necesarias; empero, el provincial que a la sazón era, no sé por qué respeto lo impidió.

Capítulo XXVI

De la capilla de las Reliquias

Luego más abajo se sigue la capilla de las Reliquias; llámase así porque tiene un retablo con sus vidrieras tan grande como un guadamecí, lleno dellas, traídas de Roma. Trújolo el reverendísimo fray Francisco de Victoria, primer obispo de Tucumán, hijo de esta casa, varón docto; fuimos novicios juntos y discípulos en las Artes y Filosofía.

Esta capilla de las Reliquias es celebrada por la multitud que dellas hay, mayores y menores en cantidad, de famosísimos sanctos; hay entrelas un poquito del verdadero *lignum crucis*, donde Cristo murió, y un cabello de Nuestra Señora. El provincial que quiso mudar o quitar la capilla de San Juan de Letrán dio esta capilla a los ministros del Santo Oficio, con una carga pesadísima, que fuese el convento por sus cuerpos y sacerdotes los trujesen en hombros, como si fueran sacerdotes, cosa bien excusada, si se

diera a los señores inquisidores y en ella se enterraran, pasara, pero darla a oficiales no se puede tolerar, y sin ninguna limosna. Y aunque entre ellos hay personas nobles, hay familiares que tienen oficios bajos, y a éstos enterrarlos, como vi a uno, como si fuera inquisidor, es igualar lo alto con lo bajo y la nobleza con los que no la tienen, y con todo esto, algunos destes familiares se entierran en otras partes y la capilla está sin marido, como las demás lo tienen, dotadas con muchas ventajas.

Luego se sigue la del glorioso San Jacinto, con retablo dorado y figura del sancto muy buena; la capilla bien adornada; hízose una solemnísima fiesta el día que en esta ciudad se celebró la canonización del santo, con admirable adorno de la iglesia y más del claustro, con un coloquio famosísimo de la vida de este santísimo hermano nuestro, con tanta riqueza que parecía incomparable, y con ser tanta, no se perdió ni un alfiler.

Aquí se ha juntado la imagen de San Raimundo, agora nuevamente canonizado por el mismo Clemente octavo, que canonizó a Jacinto, en cuya fiesta fue mucho más el ornato admirable del claustro y iglesia que en tres días no se pudo impedir al pueblo que no viniese a verlo, y no se hartaban; tampoco faltó cosa de momento.

Debajo del coro al uno y otro lado hay dos capillas; al de la Epístola, una de los indios, con imagen de nuestra Señora, de bulto, y otra de los negros, asimismo con imagen de bulto, de la misma Señora, que, conforme a su posible, no están mal aderezadas.

Los mulatos toman otra, que es por donde se sale al claustro; ésta es la menos adornada; será nuestro Señor servido se adorne a su servicio y de su santísima madre.

Capítulo XXVII

De los provinciales [que] han augmentado el convento

Dijimos arriba que el principal fundador deste convento fue el religioso y no menos valeroso padre fray Tomás de San Martín, primer provincial, el cual, después de haber comenzado la obra de la iglesia fue el que buscó y atrajo a todos aquellos capitanes y otras personas a que tomasen las capillas y las dotasen; buscó y atrajo al convento mucha renta de otras partes, como fue que a su persuasión el capitán Gabriel de Rojas hizo limosna a este convento de 6.000 pesos ensayados, con no más obligación de que le encomendasen a nuestro Señor en los capítulos, lo cual perpetuamente se hace y en las misas, como a principal bienhechor nuestro; ganó chácaras y tierras de pan y solares para casas, con no poco trabajo de su persona, a quien subcedió en provincial fray Domingo de Santo Tomás, maestro en sancta Teología, varón realmente apostólico, castísimo, libre de toda cobdicia y ambición, gran predicador, así para los españoles como para los indios, y más dado a la predicación y conversión de los indios que a la de los españoles; fue el primero que imprimió y redujo a arte la lengua general deste reino. Varón de grande entendimiento y prudencia cristiana, ferventísimo en el celo del bien y aumento de los naturales deste reino, por lo cual era de algunos aborrecido; empero decía lo que San Pablo: si agradase a los apetitos dañados de los hombres, no seria siervo de Dios. En el convento no sé qué haya aumentado, porque siendo provincial le fue forzoso ir a España y dende allí pasar en Italia al capítulo general que se celebraba de provinciales, y por esta razón no pudo augmentar como quisiera la casa, aunque, por no dar nota de aplicar más para su casa que para otras partes, hizo una cosa donde

mostró el poco amor que a los bienes temporales tenía, ni para su convento, que para sí, ninguno.

Esto la ciudad toda lo vio y los religiosos, porque estábamos en el convento. Había en la ciudad un mercader llamado Nicolaso Corso, hermano de Juan Antonio Corso, el rico; estando para se ir a España con 80.000 pesos y más, ensayados, dióle el mal de la muerte; envía a llamar al padre nuestro fray Domingo de Santo Tomás, que había pocos días llegado de España; dice le confiese y que allí tiene 80.000 pesos y más, ensayados; que como le fía el ánima, le fía y entrega la hacienda para que haga della lo que quisiere, en bien y descargo de su conciencia, porque no tiene heredero forzoso.

No creo otro que este apostólico varón hiciera lo que hizo. Toda la hacienda repartió entre pobres, y particularmente al Hospital de los naturales desta ciudad dejó la mayor cantidad, donde hizo una capilla y la dotó; no a su convento, con poderle dejar toda, instituyendo un colegio para bien de todo el reino, con renta, al modo de los de San Gregorio, de Valladolid, y no fuera esta obra menos acepta a nuestro Señor que dejarlo al Hospital de Santa Ana. Porque no se dijese aplicaba para su casa, huyendo esta nota, lo dejó al Hospital de los naturales, y no dejó a su convento más que a los otros, que fueron 100 pesos corrientes de limosna para cien misas, ni en el acompañamiento del difunto que de aquella enfermedad murió, pidió más religiosos de un convento que de otro. Bastante argumento es del poco amor que a la plata tenía. Luego dende a poco le hizo merced Su Majestad de la silla episcopal de la ciudad de La plata; lo que allí hizo y su muerte, cuando tractáremos de los señores obispos destes reinos lo diremos.

Capítulo XXVIII

De los provinciales de nuestra Orden

A este excelentísimo varón sucedió el gran fray Gaspar de Carvajal, religioso de mucho pecho y no menos virtud carretera y llana, el cual a todos los conventos que llegaba, cuando los iba a visitar en lo espiritual y temporal, favoreciéndolo el Señor, dejaba aumentados. Varón abstinentísimo, de gran ejemplo, de una simplicidad extraña. En su tiempo, en parte del fue prior desta casa el muy religioso fray Tomás de Argomedo, varón docto, de mucho ejemplo, buen predicador y acepto, el cual, el año de 60 me dio el hábito; a quienes, si no era cual o cual, nos quitaba los nombres y nos daba otros, diciendo que a la nueva vida, nuevos hombres se requerían. Yo me llamaba Baltasar; mandóme llamar Reginaldo, y con él me quedé hasta hoy.

Este religiosísimo varón y padre fue el primero que en nuestro convento comenzó a poner orden en el coro; hasta entonces no la había, por no haber religiosos que lo sustentasen; en pocos meses tomamos el hábito más de treinta, con los cuales y los demás sacerdotes del convento se comenzó de día y de noche, como en el más religioso de España, a guardar la observancia de la religión, y lo mismo se comenzó en los demás desta ciudad, porque hasta este año de sesenta muy pocos religiosos había en los conventos, los cuales faltando, no puede haber tanto concierto en el coro, ni en lo demás; de suerte que podemos decir, y justísimamente, que desde este año 60, o cuando mucho del 58, comenzaron los conventos a se aumentar; para que se vea cuán en breve tiempo la mano del Señor ha venido favorabilísima sobre todos ellos. Diome la profesión el padre provincial fray Gaspar de Carvajal, cumplido mi año de noviciado, que ojalá y en la simplicidad que entonces tenía hubiera perseverado.

Capítulo XXIX

De los demás provinciales de nuestra Orden

A este bonísimo varón sucedió el padre fray Francisco de San Miguel, venerable por sus canas y vida ejemplar, gran predicador conforme a lo que entonces se usaba, que era (creo lo mejor) no tantas flores como agora, ni vocablos galanos; no se daba tanto pasto al entendimiento como agora se da, pero dábase más a la voluntad y más la aficionaban a la virtud; dióle nuestro Señor este don: tenía en su mano el auditorio para le alegrar y para le compugir y hacer derramar lágrimas; era de su natural grave, más acompañaba a su natural gravedad mucha humildad y no menos sufrimiento; ninguna cosa aumentó en el convento, por no haber cómodo para ello.

Después del cual fue provincial el padre fray Alonso de la Cerda, hijo de este convento, varón recto, de unas entrañas humanísimas y muy llanas, gran religioso y de muy buen ejemplo, libre de toda cobdicia y muy observante; siendo prior compró el retablo para el altar mayor, de madera talla de bonísimas figuras, que costó 3.500 pesos puesto en el altar; fue el primero que comenzó a edificar el convento, haciendo una enfermería muy buena, con muy alegres celdas altas y bajas, como se requieren para el regalo de los enfermos. Ayudó mucho a esto una legítima que dejó, siendo novicio, para edificarla, el padre fray Tomás de Heredia, que al presente vive, maestro en sancta Teología y Lector que ha sido della, hombre religioso y de muy buen ejemplo, nacido en Guánuco, de nobles padres. La legítima mandó se echase en renta, y así se echó y permanece, y no se puede gastar en otra cosa que en el regalo de los enfermos.

Todos los que en esta enfermería mueren ganan indulgencia plenaria, como yo he visto las letras apostólicas que están guardadas en el archivo del convento. Siendo provincial el padre fray Alonso de la Cerda, fue prior el padre fray Antonio de Ervias, doctísimO varón y maestro mío en la Teología y no menos religioso; hizo el refectorio, que es muy buena pieza; después fue obispo de Cartagena en el reino de Tierra Firme, como después diremos.

Esta enfermería se edificó en aquella parte del convento que cae sobre el río, la cual con una avenida que el río trujo se llegó tanto a la barranca, que rompiendo por ella se llevó un poco, y desde este tiempo no se puede pasar por detrás de nuestra casa entre la barranca del río y nuestras paredes, por donde muy descansadamente podían ir dos carretas a la par. Otra vez, siendo yo prior en este convento, me vi en gran riesgo de que el río rompiera por nuestra portería que llamamos del río. Fui a pedir favor de indios para remediar mi casa y buena parte de la ciudad, al Virrey, que era el conde del Villar, y no le pedía sino indios para amontonar piedras y reparar el daño que se esperaba; la paga de los jornales yo la daba, y respondiómeme con mucha flema: ¡ah, este río! ¡ah, este río, Empero, viendo el poco remedio que se me daba, todas las noches destas avenidas, que son las mayores en Cuaresma, hice que después de maitines a media noche se rezase la letanía de Nuestra Señora, mediante el fervor de la cual una noche que creí el río había de romper por el convento, por ser la avenida muy crecida y el ruido de las piedras que traía notable, fue Nuestro Señor servido, por intercesión de su santísima madre, que nos amontonó mucha piedra frontero de nuestra portería, y recodando hacia el Rastro, derribó parte dél y nuestra casa hasta hoy, gracias a Dios, quedó libre; ya aquel año no hobo mas avenida; luego con ayuda de la ciudad, que nos dio mil y quinientos pesos de limosna, la cual ayudé a pedir, y con otros tantos que el convento

gastó, hicimos un reparo de cal y canto con que al convento y a la ciudad habemos librado del río, el cual, si hasta entonces el marqués de Cañete, de buena memoria, viviera, no nos pusiera en tanto estrecho, pero no te mereció el reino y llevóselo Nuestro Señor para sí.

Volviendo a nuestro provincial fray Alonso de la Cerda, en los cargos que en la orden tuvo fue muy bien quisto de los religiosos por su llanísima condición y bondad. Fue después obispo de Puerto de Caballos, y luego de Los Charcas, como escribiremos en su lugar.

Sucedióle en el provincialato el padre fray Andrés Vélez, hombre docto y buen predicador, de agudo ingenio; fuese a España, y por eso no tenemos nada que tratar del en el aumento deste convento.

A quien sucedió el padre fray Gaspar de Toledo, varón, cierto, religioso, de bueno y galano entendimiento, pero no amplió cosa en el convento, como se pensó, y en su elección lo prometió el virrey don Francisco de Toledo, deudo muy cercano suyo; a cabo su cuadrenio, fue electo el padre fray Domingo de la Parra, también varón religioso y muy observante, aunque nimio en algunas cosas muy menudas en que los provinciales no se han de entremeter, sino avisar se guarden; donde no, castigar a los prelados. El tiempo que fue provincial hizo guardar en este convento nuestra constitución que no se coma perpetuamente carne en el refectorio, y él la guardaba infaliblemente. Si no la guardábamos era por dispensación que para ello tenemos en estos reinos, respecto de ser la tierra de los llanos enferma y la de la sierra falta de pescado, y en este convento haber cuotidianamente muchos enfermos, y la costa ser mucho mayor; y con decirle los médicos el riesgo de la salud de los religiosos, respondía un poco secamente: mueren en lo que profesaron. Fue a España y no volvió más; en acabando fue electo en el Cuzco el padre fray Domingo de Valderrama, maestro en sancta Teología, buen predicador, el cual comenzó la casa de novicios, de las buenas que hay en la orden y fuera de ella; tiene casi 50 celdas altas y bajas, frescas y alegres, porque así lo pide la tierra. Hizo este edificio, digo la mayor parte dél, porque en su tiempo no se pudo acabar, con lo que aplicaba de los salarios que se dan a los religiosos que se ocupan en la doctrina de los naturales.

Capítulo XXX

De los restantes provinciales de nuestra Orden

Acabado el cuadrenio del mismo padre fray Domingo fue electo en provincial el padre fray Agustín Montes, Presentado en sancta Teología, hijo deste convento, donde tomó el hábito de quince años, varón religioso y amigo de ampliar con edificios su casa, el cual acabó la casa de novicios, lo tocante a las celdas, de todo puncto.

Hizo el claustro bajo, adornándolo con unos lienzos al olio de figuras e imágenes de santos, muy perfectas y muy devotas; aumentó la sacristía con ornamentos y mucho servicio de plata, y un cáliz todo de oro. Aumentó también el retablo del altar mayor; a lo menos dejó con un entablador concertado el aumento de imágenes de media talla, y pagada parte de la hechura; hizo un cofre grande de plata, en que en el retablo se collocase el Sanctísimo Sacramento, porque hasta entonces no estaba sino en una cajita de madera. Trabajó lo que pudo con mucho y buen ejemplo. Puso mucha orden en las

lectiones y estudio. Ordenó que hobiese cierto número de religiosos collegiales, y para ser recibidos pasasen por examen muy riguroso, lo cual hasta hoy se guarda como conviene, porque desta suerte los no muy hábiles se animan, y los hábiles trabajan más, sin que en el coro se pierda punto. A quien sucedió el padre maestro fray Salvador de Ribera, hijo deste convento, en el cual tomó el hábito de 17 o diez e ocho años, buen predicador; es hijo de padres nobles de todos cuatro costados; su padre se llamó Niculás de Ribera el viejo, respecto de otro vecino desta ciudad llamado del mismo nombre, pero el mozo. Su padre fue uno de los de la Fama de la isla del Gallo, varón liberal; su casa era hospital de todos los de su patria y enfermería deste nuestro convento, porque todo lo necesario para los enfermos con toda liberalidad y caridad se hacía, y con sus propios hijos se inviaba de día y de noche, y desto soy testigo de vista. La madre se llamaba doña Elvira de Avalos, de cuya virtud en breve no se puede tratar. En su tiempo se acabó a gloria de Nuestro Señor dichosamente todo el cuerpo de la iglesia con tanta perfección que puede competir con las buenas iglesias de mucha parte de España. Adornó la capilla mayor de tal manera que se encubre la falta (que dijimos) ser pequeña. Acabó el aumento del retablo; hiciéronse paños de terciopelo carmesí bordados para la capilla mayor, con oro, que la cubren de alto a bajo, tan buenos que en nuestra España se hallan pocos iguales. Acabó el claustro y la portería tan buena como las muy buenas de Castilla, sin otras cosas tocantes a la sacristía. Todo lo cual hasta aquí augmentado en este nuestro convento han hecho los provinciales con lo que han aplicado de los salarios de las doctrinas donde viven los religiosos. Al sobredicho padre sucedió el Presentado fray Diego de Ayala, hijo también deste convento, el cual por vivir poco e irse a España, y pasando en Italia murió en Roma, hay poco que decir dél. Sucedióle el padre maestro fray Juan de Lorenzana, el más docto destes reinos, hijo, creo, de Salamanca, buen religioso, de claro y galán ingenio, el cual, después de haber leído muchos años Teología en este convento, fue electo en Provincial; gobierna a la hora que esto escribo, lo que haya augmentado no lo sé.

Capítulo XXXI

De los religiosos que sustenta

Y porque dije que en muy breve tiempo se ha multiplicado esta casa, favoreciéndolo la Majestad del muy Alto, el día de hoy sustenta 130 religiosos y dende arriba, lo cual causa admiración porque no hay en toda la cristiandad conventos, de cuatrocientos años a esta parte fundados, si no son cual o cual, que sustenten otros tantos. Celébranse en esta casa los oficios divinos, de día y de noche, con tanto concierto como en el más religioso de la Orden.

Los estudios con todo el rigor posible, y las demás ceremonias muy al justo. El coro tiene sillas altas y bajas, de madera de cedro, labrados los respaldares, altos, de madera de talla, de admirables figuras de sanctos, que si fueran doradas no había más que desear; costaron 18.500 pesos de a nueve reales, y el oficial perdió mucha plata.

Capítulo XXXII

De los obispos

En este breve tiempo, como acabamos de decir, han salido deste convento siete obispos, y tres casi a un tiempo juntamente, en lo cual excede a todos los conventos, no

sólo de nuestra Orden, pero de las demás en España y fuera de España, porque a conventos de muchos años fundados no ha sucedido otro tanto. El primero fue el reverendísimo fray Tomás de San Martín, de quien trataremos arriba y trataremos algo más cuando escribiéremos los obispos que en este reino he conocido; primer obispo de la ciudad de La Plata, el cual obispado concluía en sí, entonces, todo el reino de Tucumán y la provincia de Santa Cruz de la Sierra.

El segundo, el reverendísimo fray Domingo de Santo Tomás, de la misma ciudad; el tercero, el reverendísimo fray Alonso de la Cerda, primer obispo de Puerto de Caballos. El cuarto, el reverendísimo fray Alonso Guerra, primer obispo del Río de la Plata, y después de Mechoacán, o Yucatán; el quinto, el reverendísimo fray Francisco de Victoria, primer obispo de Tucumán. Estos tres señores obispos son hijos deste convento, y todos tres se vieron obispos junctos en su casa, y su madre, que es esta casa, los vio todos juntos en ella. El sexto, el reverendísimo fray Antonio de Ervias, obispo de Cartagena, en el reino de Tierra Firme.

En un mismo tiempo sacó Su Majestad para obispos, estando todos tres presentes, al reverendísimo fray Alonso de la Cerda, fray Alonso Guerra, fray Antonio de Ervias, en lo cual, aunque hizo mucha merced a la Orden, sirviéndose della a nosotros, llamo a nosotros los que acá estábamos y tomamos el hábito, la hizo, pero dejónos sin canas que nos gobernasen, lo cual hasta hoy sentimos; no me acuerdo haber leído que de un convento tres personas tales a un mismo tiempo se hayan sacado para iglesias, como deste nuestro de Los Reyes. El séptimo y menor y más indigno de todos soy yo, a quien la Majestad de Dios levantó a obispo de la imperial, reino de Chile, y espero en Nuestro Señor se han de sacar más.

Demás destes señores obispos, ha hecho nuestro Señor merced a nuestra sagrada religión en nuestros tiempos, dándole en estas partes varones apostólicos que con mucho celo del servicio de nuestro Señor y de las ánimas han predicado a los naturales la ley evangélica, con claro ejemplo de constumbres y, vida. Uno dellos fue el padre Melchior de Los Reyes, que por muchos años se ejército en este ministerio y murió en este convento de Los Reyes y se enterró en el capítulo, donde es costumbre enterrarse los religiosos nuestros, y abriéndose su sepultura a cabo de siete años y más, se halló su cuerpo entero y los hábitos y capa de anascote, sin lisión alguna, y esto el Señor arzobispo de México, Bonilla, visitador de la Audiencia Real, lo vio, e yo también, y todo el convento, queriendo echar en aquella sepultura otro religioso difunto.

En esta misma sala de Capítulo se hallo otra sepultura con otro cuerpo, del padre fray Domingo de Narvaez, hijo desta-nuestra provincia, buen religioso, entero, con todos sus hábitos y capa de anascote, sin lisión alguna. Este religioso se había ocupado en doctrinar los naturales deste reino con gran llaneza y sinceridad.

El padre fray Cristóbal de Castro, gran siervo de Dios, celosísimo de la conversión de los naturales, de clarísimo ejemplo y abstinentísimo, murió en su oficio loablemente. A este religioso, los curacas del valle de Chíncha, donde por la mayor parte vivió ocupado en este ministerio, le ofrecían un navío cargado de oro y plata, y jamás se pudo acabar con él recibiese un grano, y haciéndole fuerza los curacas a que tomase alguna cosa, jamás lo pudieron acabar con él, ni para sí, ni para la Orden, ni para hombre viviente. Lo que hizo fue decir a los curacas hiciesen un cáliz de oro para su iglesia, como lo hicieron, y fue el primer cáliz que se hizo en el Pirú; a cuya sancta emulación

los curacas del valle de Lunaguaca hicieron para dos iglesias suyas en cada una un cáliz de oro, que yo he visto y dicho misa con ellos.

El padre fray Benito de Jarandilla, verdadero hijo de Santo Domingo, el cual por más de cuarenta años, en el valle de Chicama, cinco leguas de la ciudad de Trujillo, se ejercitó en la conversión de los naturales sin salir de aquellos valles, donde vivió con admirable ejemplo, así para con los naturales como para los españoles, y deprendió muy de raíz la lengua de los indios pescadores de aquel valle, que es dificultosísima de aprender. Los naturales le tenían por un hombre sancto, porque le vían guardar con mucho rigor su profesión, como verdadero hijo de Santo Domingo, Y dicen dél que como le viniesen a llamar a cualquier hora de día o de noche, para confesar algún indio enfermo que viviese de la una parte o de otra del río, que en tiempo de aguas no se deja vadear, que es en verano, no temía el río y en un macho en que andaba lo vadeaba, y los indios decían iba caminando por cima del agua. Acabó sus días llenos de buenas obras, con buena vejez.

El padre fray Baltasar de Heredia fue un religioso esencial, el cual, aunque no se ocupó tanto en doctrinar a los naturales, viviendo en conventos de pueblos de españoles se ejercitó en obras de mucha virtud y de gran caridad; es fama que le hallaron muerto hincado de rodillas en una chácara de la ciudad de La Plata, aviándose para venir al reino de Chile por vicario provincial y visitador, por tierra: lo cual este varón religioso acetó con gran humildad, aunque el trabajo y riesgos de tierra, caminos, ríos e indios de guerra, por donde había de pasar algunas veces, eran notables.

El padre fray, Antonio de Figueroa, hijo deste convento, fue un varón religioso y muy esencial, gran trabajador en las cosas de la comunidad, muy libre de cualquier interés humano; para consigo riguroso y paupérrimo, pero las cosas del culto divino deseaba, y de la sacristía, que fuesen riquísimas.

Fue muy muchos años subprior deste convento, con mucho ejemplo de vida y costumbres.

Fue mi maestro de novicios, a quien debo más que a mis padres. Cuando a este gran religioso, por su virtud y trabajos y ejemplo, se le había de mandar descansase, quitándole la carga del cuidado del convento, le mandó la obediencia ir a España a negocios de mucha calidad de la Orden: lo acetó con mucha humildad y se puso en camino, y llegando a Cartagena, de Tierra Firme, le llevó nuestro Señor para sí con una muerte como había vivido; finalmente, murió obedeciendo.

Cuando llegó la nueva cierta de su muerte cayó tanta tristeza sobre todos los religiosos que en él vivíamos, y cuando se le hizo su sufragio, que no osábamos mirarnos los unos a los otros: tanto era el amor que le teníamos, porque a casi todos nos había criado y había entonces en el convento poco menos de ochenta religiosos. A todos estos padres conocí y traté mucho y no hablo sino de vistas.

Otros más ha habido buenos religiosos; empero éstos, conforme a lo que dellos conocíamos, son los más aventajados que para estos defectuosos tiempos son afamados.

Capítulo XXXIII

Del convento de San Francisco

Hay en esta ciudad otro convento del seráfico padre San Francisco, que en breves años ha florecido y, floresce en religión, santidad, letras y número de religiosos, con admirable ejemplo, donde yo he conocido famosos varones, grandes predicadores, de mucho pecho y celo para las ánimas y conversión de los naturales.

El padre fray Luis de Oña, que fue provincial, varón consumado y no menor púlpito; el padre fray Hierónimo Villacarrillo; el religiosísimo fray Diego de Medellín, deudo nuestro, obispo de Santiago de Chile, donde murió como un sancto, habiendo vivido en la Orden con gran religión, cristiandad, ejemplo y observancia más de sesenta años; halléme en su muerte siendo en aquel reino el primero provincial de mi Orden, no lo mereciendo, y fue Nuestro Señor servido hacerme esta merced: que porque el día de sus obsequias no hobo sermón, respecto de ser los oficios muy largos, y las ceremonias con que se entierran estos señores obispos, el día del novenario, aunque se había encomendado al guardián del convento de nuestro padre San Francisco por cierta ocasión no lo predicó, y se me mando predicase: lo cual hice lo mejor que pude fundando mi sermón sobre esta sentencia: *proetiosa est in conspectu Domini mors sanctorum eius*. El padre fray Juan del Campo, gran varón en opinión de santidad y letras, todos los cuales fueron provinciales y algunos vicarios generales o comisarios, como en esta sagrada religión se nombran.

Es mucho más moderno quel nuestro, que no creo ha 45 años se fundó, por lo arriba dicho. Ha crecido, favoreciéndolo la mano del muy alto, en este breve tiempo, en edificios, porque está acabado; la iglesia, sombría e no de bóvedas.

El edificio de la casa bueno y alegre, con muchas fuentes, y un estanque que llaman, dado por el Marqués de Cañete el viejo, de buena memoria, el cual era como casa de recreación del marqués Pizarro, de mucho sitio y de muchos parrales y árboles frutales, así de la tierra como de los nuestros; sustenta 130 y más religiosos, y estudio.

Han salido della tres obispos: el reverendísimo fray Diego de Medellín, de quien poco ha tractamos el reverendísimo fray Juan izquierdo, obispo de Puerto de Caballos y agora obispo de Yucatán; el reverendísimo fray Hernando Trejo, obispo de Tucumán, los dos últimos hijos desta provincia, y se espera habrá otros muchos más.

El padre fray Hierónimo Villacarrillo, y el padre fray Juan del Campo, no quisieron iglesias, enviándoles cédulas dellas Su Majestad. Tanta era la humildad y religión destos venerabilísimos padres.

Capítulo XXXIV

Del convento de San Agustín

El convento de nuestro padre San Agustín, o por mejor decir nuestro abuelo, es más moderno, empero de buen edificio la iglesia, si un temblor muy grande no le abriera la capilla mayor. Comenzóse la iglesia toda de ladrillo y cal y de muy buena traza. También ha crecido en número de religiosos en breve tiempo, porque no ha 44 años que se fundó esta orden en este reino; hobera crecido en más si las obras de los edificios

dieran lugar a recibir novicios. Sustenta 60 religiosos y más, con mucha religión, letras y ejemplo.

Ha habido famosos varones, los cuales yo he conocido.

El padre fray Juan de San Pedro, tres o cuatro veces provincial, varón de gran opinión y crédito. El padre fray Andrés de Santa María, varón gran religioso, murió siendo provincial; el padre Cepeda; el padre Corral, gran predicador que por predicar la verdad padeció un poco el riesgo en el Cuzco. El padre maestro fray Diego Gutiérrez; muchos años lector de Teología en su casa, maestro de los que agora son en su Orden varones doctos. El padre fray Juan de Almaraz, maestro en Sancta Teología, discípulo deste sobredicho padre, fue catedrático de Escritura en la Universidad, murió provincial y electo obispo del Río de la Plata, hijo deste convento. El reverendísimo fray Luis López, obispo de Quito, varón docto y predicador, maestro de los que agora predicán y enseñan en su Orden, hombre prudente mucho, y de gran ánimo, emprendió el edificio de la iglesia todo de ladrillo y cal como acabamos de decir; otro que su amor no lo imaginara, siendo provincial y después prior, varón derechamente religioso, de gran ejemplo y, bondad. El padre maestro fray Alonso Pacheco, agora provincial y lo ha sido otra vez, hijo desta casa, donde tomo el hábito agora 37 años, siendo de 16, varón de letras, púlpito, ejemplar, gran religioso. Otros muchos religiosos tiene, que la brevedad no da lugar a tractar dellos.

A su Orden se le quede este cuidado. La capilla del Crucifijo de los plateros es muy devota y tiene cofradía de sangre; celébrase con mucho concurso de gente y mucha cera.

Capítulo XXXV

Del convento de la Merced

El convento de Nuestra Señora de las Mercedes, después del nuestro, es el más antiguo en esta ciudad; la iglesia es bien edificada, aunque no de bóveda, con sus capillas colaterales. Conocí en este convento al padre Orense y al padre fray Juan de Bargas, que fueron provinciales, ambos varones religiosos y, de mucho y buen ejemplo. El padre Angulo y, el padre Civalle, catedrático de Prima en la Universidad, de Teología, varón religioso. A las derechas sustenta 60 a 70 religiosos; la sacristía es adornada de muchos e buenos ornamentos.

Capítulo XXXVI

Del convento del Nombre de Jesús

En nuestros días (siendo ya sacerdote) se fundó el colegio del Nombre de Jesús, de los Padres de la Compañía, habrá 30 años. Es para dar muchas gracias al Señor y, a su santísimo nombre, ver en cuan breve tiempo ha crecido en número de religiosos y haciendas, porque el día de hoy sustenta más de ochenta religiosos, sin la casa de los novicios que tiene fuera de la ciudad.

El primer fundador fue el padre Portillo, gran predicador y bonísimo religioso, con otros padres que con él vinieron. Hospedámoslos en nuestra casa, y de allí salieron para irse al sitio donde agora viven, uno de los mejores del pueblo. Ayudóles nuestro

convento y acreditóles en todo lo posible, y los regaló el tiempo que en nuestra casa estuvieron; reconocen la buena obra que se les hizo, por lo cual, cuando llegamos a las suyas nos hacen toda caridad, como en particular la he recibido, hospedándome y regalándome con mucho amor- después la aumentó el padre Acosta, provincial, gran predicador y muy docto, aceptísimo por su religión y buen ejemplo. Otros religiosos tienen grandes siervos de Dios muy consignados a su servicio, para predicar a estos naturales, y con ánimos de se entrar por la tierra de guerra a predicar la ley Evangélica, sólo con las armas de la fe.

Capítulo XXXVII

Del convento de los Descalzos

De pocos años a esta parte se ha comenzado a fundar de la otra parte de la puente y río, no son catorce años pasados, el convento de los Descalzos, con gran abstinencia, religión y cristiandad. Este convento Nuestro Señor lo prosperará como cosa suya y donde se sirve mucho a su Divina Majestad.

Capítulo XXXVIII

Del monasterio de la Encarnación

El monasterio de la Encarnación, de monjas, que ha se fundó poco más de 45 años por doña Leonor Portocarrero y doña Mencia de Sosa, su hija, es como cosa de milagro ver en cuán poco tiempo cuánto ha crecido en toda virtud, y ahora recién profesó cuando se fundó, y se mudó de un sitio corto y breve que tenían junto al convento de San Agustín, que ahora es la parrochia de San Marcello y convento de monjas de la Trinidad, al Sitio que ahora tienen, y en aquel día de nuestra casa se hizo el oficio; yo serví de acólito en la misa mayor.

Ha crecido tanto el número de religiosas profesas, con favor del Altísimo Dios, que el día de hoy sustenta más de 140 monjas, sin más de 40 novicias, y sin el servicio que tiene de las puertas dentro, con toda religión y ejemplo, cuanta Nuestro Señor la prospere en su servicio. Madre e hija fueron las dos principales fundadoras, las cuales han gobernado, e agora doña Mencia de Sosa abadesa (porque a su madre la llevó Nuestro Señor a gozar al cielo de Su Majestad por el servicio que se le hizo y hace tanta virgen alabando de día y de noche a su sanctísimo nombre) con tanta prudencia y discreción, que parece más que humana. Con madre y hija entraron otras dueñas y doncellas: Antonia de Castro y Antonia Velázquez, doña Juana Girón, dos hermanas, doña Isabel y doña Inés de Alvarado, doña Mariana de Adrada, doña Juana Pacheco; todas casi viven el día de hoy: el cuidado en celebrar los oficios divinos; la solemnidad y concierto, con tanta música de voces admirables, con todos géneros de instrumentos, que no parece cosa de acá de la tierra, y sobre todo los sábados a la Salve, donde concurre la mayor parte del pueblo y de las Ordenes muchos religiosos a oírla. Yo confieso de mí que si todos los sábados, hallándome en esta ciudad, me diesen mis prelados licencia para oírla, no la perdería.

Los señores inquisidores muchos sábados no la pierden, y los Virreyes hacen lo mismo.

Ha usado Nuestro Señor con este convento, como el de la Concepción, de su larguísima misericordia y particular cuidado en conservarlos en su servicio, que con no ser los edificios muy altos los ha guardado y guarda de suerte que jamás se ha imaginado cosa que no sea virtud y religión, porque ni duerme ni dormirá el que guarda a Israel.

Guardan la profesión y regla de las monjas de San Pedro de las Dueñas de Salamanca sujetas al Ordinario.

Pretendieron con todas sus fuerzas ser monjas nuestras; empero nunca pudieron acabar con el padre fray Gaspar de Carvajal, de quien arriba brevemente tractamos, siendo provincial, que las recibiese, aunque el prior del convento, el padre maestro fray Tomás de Argomedo, las favorecía todo lo posible y por muchos días no perdieron la esperanza, y rezaban el orden de rezar nuestro, y guardaban las constituciones de nuestras monjas, hasta que va perdida tomaron la que tienen y, profesan; celebran en este convento el Tránsito de Nuestra Señora.

Capítulo XXXIX

Del monasterio de la Concepción

El monasterio de monjas de la Concepción habrá veinticinco años se fundó; fue fundadora dél doña Inés de Ribera, con gran pujanza de hacienda, así en muebles como en raíces. Hale aumentado Nuestro Señor mucho a su servicio; susténtanse en él hoy más de 120 monjas de velo, y muchas novicias. Hay en él grandes siervas de Dios, grandes religiosas de mucha penitencia, buen gobierno, y entre ellas han gobernado no poco tiempo, con título de superioras, hasta que Nuestro Señor llevó al cielo a la fundadora, a pagarle el servicio con su favor hecho y el que se hace y se ha de hacer: María de Jesús, gran religiosa, después de la cual han gobernado dos hermanas: doña Leonor de Ribera y doña Beatriz de Horosco, ya con título de abadesa (porque acabando la una de ser abadesa elegían a la otra), con gran ejemplo, religión, prudencia, modestia y blandura y no poca penitencia, con lo cual a las demás animaban al cumplimiento de lo profesado. Víanlas en los trabajos las primeras, por lo cual nadie se excusaba. Hacen lo que Cristo nos enseñó: El mayor entre vosotros sea como menor, y el que manda sea siervo de los demás. Gracias a Nuestro Señor, ansf no se ha dicho deste monasterio, como ni del otro. Son sujetas al Ordinario.

En lo que toca a la celebración de los Oficios Divinos, si no son iguales en la música al de la Encarnación, vanles pisando los carcañales, y no les hacemos en este agravio, porque el otro, como más antiguo y principio, proveyóle Nuestro Señor de voces y destreza en el canto y todo género de música cual se requiere para alabar a su Majestad. No quiero decir más, no me apedreen. Aunque es así, que en este convento hay Religiosas muy diestras, y de voces admirables, y en el órgano famosas.

Capítulo XL

Del monasterio de la Trinidad

Fundóse otro monasterio de monjas llamado de la Trinidad, habrá veinte años, de la Orden de San Bernardo; fundadoras fueron madre e hija doña Lucrecia de Soto y doña

Mencia. Doña Lucrecia fue casada con Juan de Rivas, vecino de la ciudad de La Paz, por otro nombre llamado el Pueblo Nuevo; siendo ambos ya viejos y la hija viuda, aunque moza, se concertaron marido y, mujer de que se metiesen monjas madre e hija y, fundasen este monasterio con la hacienda que tenían, era mucha. Salieron con su intento la madre e hija; escogieron para sitio el que dejaron los padres de San Agustín, donde gastaron mucha plata en un dormitorio alto y bajo y en sacar los cimientos de la iglesia de tres naves, y se mudaron a medio de la ciudad donde no tienen tanto sitio como tenían. Aquí, que es el sitio muy grande, tiene tres cuabras en largo; una huerta muy espaciosa y, buena eligieron para fundar un monasterio, pared en medio de la parroquia de San Marcello. Vívese aquí con gran recogimiento, tienen bastantemente lo necesario, pueden recibir seis monjas sin dote, y en muriendo algunas éstas luego reciben otra guardan su profesión al pie de la letra. El locutorio y libratorio se frecuentaba tan poco, que no parecía haber en aquella casa monjas. En este breve tiempo se ha multiplicado, porque hay en él más de treinta monjas de velo, y novicias se van recibiendo. No comen carne en el refectorio perpetuamente.

Los edificios se van labrando y Nuestro Señor lo multiplicará todo. No quieren música de canto de órgano, su canto es llano y muy devoto, y órgano solamente, y proveyóles Nuestro Señor de una monja tan hábil en la tecla, que es cosa de admiración.

Capítulo XLI

Del monasterio de las Descalzas

En esta ciudad de Los Reyes fue doña Inés de Sosa, hija legítima de Francisco de Talavera, de los antiguos conquistadores, y de Inés de Sosa. Habiendo sido casada dos veces, en vida del segundo marido murió, y no dejando hijos, toda su hacienda dejó para que se instituyese un monasterio de monjas descalzas debajo de título de la Concepción de Nuestra Señora. Edificóse junto a la plazuela de Santana y para él salieron del monasterio de la Concepción las dos hermanas arriba dichas, doña Leonor de Ribera y doña Beatriz de Orozco, con otras cuatro o cinco religiosas, donde guardan la observancia con mucho rigor; creo es constitución no pueda haber a lo más largo más que veinte monjas de velo. Espero en Nuestro Señor se ha de servir aquí grandemente.

Capítulo XLII

De la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe

Fuera desta ciudad, junto al camino de Pachacama, fundó Alonso Ramos Cervantes y su mujer doña Elvira de la Reina una iglesia con invocación de Nuestra Señora de Guadalupe, a su costa, por orden y licencia del reverendísimo arzobispo Mogrobejo, a instancia de un religioso de la Orden de San Jerónimo del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe de España, cuya primera piedra del fundamento de la iglesia puse yo ya consagrado obispo. El fundador es natural de Medellín, e yo nací en aquel pueblo, para que se entienda que sabe Dios de pueblos pequeños sacar un marqués del Valle, don Fernando Cortés, y un obispo, aunque indigno para el cargo, y un fundador de la iglesia de Nuestra Señora. Todo esto sea a gloria del hijo y de la madre. Es cosa admirable ver en cuán poco tiempo ha crecido la devoción a aquella iglesia; tiene un retrato al vivo de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe puesta en el altar mayor, que retractó el mismo religioso de San Hierónimo arriba dicho, con muchas piedras preciosas.

Tiene muchos y bueno, ornamentos y cuatro lámparas de plata y dos altares colaterales en el encaje de las paredes. Es mucha la frecuencia de la devoción de los fieles, porque cada día se dicen allí más de doce misas por devoción, con que pobres sacerdotes se sustentan, y algunas veces sobran las limosnas. Un buen hombre luego que se puso la imagen, todos los sábados a cuatro sacerdotes da a cada uno cuatro reales porque canten la Salve, y un hermano del fundador, sacerdote, llamado Esteban Ramos, dejó instituida una capellanía en esta iglesia, de más de doscientos y cincuenta pesos de renta. Es cosa admirable la devoción que los fieles tiene a la advocación desta iglesia, y cómo se va multiplicando, porque hasta en la mar, los que se hallan en tormenta reciben mil favores de Nuestra Señora, y así ningún navío deja de traer limosna a esta iglesia.

Un religioso del convento de Nuestra Señora de Monserrate fundó también otra iglesia con la misma advocación.

El reverendísimo desta ciudad ha hecho otro monasterio, con título de Santa Clara, en el mejor sitio della, con limosnas que ha pedido a naturales y a todo género de gentes cuando visita su obispado, y con parte de su hacienda. Cuando esto escribo debe estar acabado, pero hasta agora no se sabe que hayan entrado en él ningunas monjas; tiene mucho y grande sitio y muy bien cercado. Entraron en él este año 605 cinco monjas de la Encarnación, priora, supriora, portera, maestra de novicias, sacristana; las doce monjas novicias para hábito son legas, sin dote alguno.

Los clérigos han hecho otra iglesia llamada San Pedro, una cuadra más arriba del convento de San Francisco, donde se entierran los sacerdotes pobres y los curaran de sus enfermedades; entiérranlos con mucho acompañamiento; fue fundadora *la Caridad*.

Capítulo XLIII

De las cofradías desta ciudad

La cofradía de la Caridad es rica; tiene una casa de recogimiento del mismo nombre, donde se recogen algunas doncellas pobres debajo del gobierno de una matrona honrada y buena cristiana y se les provee de lo necesario. El día de la Asunción de Nuestra Señora sacan desta casa seis doncellas y las traen en procesión a la iglesia mayor, y aqieste mismo día se les dan maridos y su dote señalado.

La cofradía del Sanctísimo Sacramento es muy rica y acompaña en esta ciudad cuando sale fuera con mucha cera y mucho concurso de gente, tanto como en cualquier parte del mundo. Las varas del palio llevan sacerdotes con sus sobrepellices, y el guión asimismo, y dos maceros con dos mazas grandes de plata, delante del Sanctísimo Sacramento. A los sacerdotes que llevan las varas y al del guión y a los maceros les da la cofradía por cada vez a cada uno cuatro reales de limosna. Esta cofradía está fundada en nuestro convento, con las gracias de la de la Minerva de Roma.

La cofradía de la Vera Cruz asimismo está fundada en nuestra casa. Tiene bastantemente lo que ha menester, con su capilla por sí, detrás de la capilla del capitán Diego de Agüero, bien adornada, donde los días de la Cruz se saca en procesión un pedacito del *lignum crucis* en que Cristo Nuestro Señor murió, con gran veneración y concurso de todo el pueblo, y muchas hachas de cera y de más de a media libra, para todos los cofrades.

En otros monasterios hay otras, como en San Francisco, la de la Concepción de Nuestra Señora, muy rica; en San Agustín, la de Santa Lucía y del Crucifijo, que tienen los plateros, y todas tienen sus cofrades que llaman veinticuatro, los cuales en los días señalados que hacen sus procesiones llevan cirios encendidos, y cuando algunos de estos veinticuatro muere, los demás han de acompañar el cuerpo con sus cirios, y le han de mandar decir, cada uno, una misa rezada, y acaece ser uno de veinticuatro en tres o cuatro cofradías, y todos le han de acompañar con sus cirios.

Los negros tienen sus cofradías aparte, y veinticuatro; es cosa de ver qué cirio sacan muriendo algunos veinticuatro; yo vi un acompañamiento de una negra que me admiró: es cierto que acompañaban el cuerpo más de treinta cirios, sin la cera menuda; esta cofradía tienen los negros fundada en la iglesia mayor; en San Diego tienen los negros otra capilla y cofradía; demás desto, en San Francisco otra.

En nuestra casa tienen los indios cofradía y capilla y veinticuatro, y lo mismo en San Francisco, y en la Compañía otra del Niño Jesús, todas con sus veinticuatro, y es cosa de ver los solemnes enterramientos que se hacen con cera, cirios y posas.

Capítulo XLIV

De la capilla de la cárcel

La capilla que llaman de la cárcel, donde los presos, así de la cárcel de corte como los de la ciudad, oyen cada día misa, es una de las buenas cosas que en provecho de los pobres presos se ha fundado en el mundo, y tuvo su principio desta suerte: habrá 47 años que los mercaderes se juntaron y determinaron entre pocos, no creo fueron diez, de pedir limosna cada semana, o cada mes (los presos pobres no eran tantos como agora), dos dellos, y de las limosnas tener cuidado de proveerlos de comer, y cuando las limosnas no alcanzasen, ellos de sus haciendas suplirlo; consultáronlo con el Sr. Arzobispo don Jerónimo de Loaysa, de felice recordación; aprobó su intento, dioles licencia para que pidiesen limosna, y señalóles un tanto que su mayordomo les daría sin ninguna falta; los segundos que pidieron para esta obra santísima fueron dos mercaderes que yo conocí mucho y traté: el uno se llamaba Juan Vázquez y el otro Juan Baz; andando pidiendo, determinaron de entrar a pedir limosna al marqués de Cañete, de buena memoria, y para hablarle no fue necesario aguardar mucho, luego les mandó entrar; bésanle las manos, suplicanle les mande dar limosna para los pobres de la cárcel, dícenle lo que entre sí habían determinado; alabóles la obra, y de primera instancia mandóles dar cien pesos, y que para cada mes, dende en adelante, tuviesen cuidado de pedir a su mayordomo cincuenta pesos, que luego se les darían, como así fue. Desta suerte comenzaron a pedir y a tener cuidado de los pobres. Nuestro Señor ha favorecido tanto esta obra de caridad, que la capilla tiene capellán señalado con muy buena prebenda, y el capellán ha de ser graduado, docto, para confesar a los presos, y predicarles, y para que los que han de justiciar, animarlos y salir con ellos.

Agora hay señalados mayordomos s, oficiales y tiénese por mucha honra ser de los principales desta cofradía. La advocación de la capilla es de San Pedro, celébrase la fiesta el día de su Cátedra con mucha solemnidad, y porque en la capilla no cabe el pueblo, cúbrese la plaza buena parte con velas de navíos y el púlpito pónese a la puerta de la capilla, de suerte que en la capilla y plaza cubierta entra toda la gente que concurre.

Capítulo XLV

De la Universidad

Su Majestad del Rey Felipo 2.^o, de inmortal memoria, celoso del bien deste reino como lo es de todos los que gobierna con tanta justicia y cristiandad cuanta ningún Rey ha gobernado hasta agora, mandó se fundase una Universidad donde se leyesen las ciencias, y a los que en ella se graduasen les concedía las exemptiones que gozan los graduados en Salamanca. Por orden de Su Majestad la instituyó y fundó el Visorrey don Francisco de Toledo, donde se lee, por muy doctos maestros y doctores, Latinidad, Artes, Lógica, Filosofía, Cánones, Leyes, con suficientes salarios, y Escritura divina. Medicina hasta hoy no se ha leído, ni Retórica, ni Astrología; corren a estudiar de Quito a Chile, nacidos en estas tierras, buenas habilidades. Con esta Universidad ha hecho gran bien y merced Su Majestad a estos reinos, halos ennoblecido y ha descargado mucho su conciencia real, gratificando y haciendo hombres a los hijos, nietos y tataranietos de los conquistadores y pobladores, a cuyos antecesores no se les había hecho merced, y sí ha hecho, no tanta cuanta sus servicios merecían. De los nacidos acá se han graduado, y con rigurosísimo examen, algunos doctores y maestros en la facultades dichas, y se graduarán muchos más, e van graduando, por lo qual, cuando hay doctoramiento, es de ver en tan breve tiempo muchos doctores y maestros; ni los graduados en otras Universidades se desdeñan de incorporarse en ésta.

Capítulo XLVI

De los colegios

También por orden de Su Majestad se fundó un colegio, llamado El Real, donde sustenta cierto número de colegiales a costas de Su Majestad, para descargo de su real conciencia, bien y merced de sus vasallos; llámase San Felipe; dáseles lo que se suele dar en otros colegios.

El arzobispo D. Toribio Mogrobejo fundó otro, que es el seminario que manda el concilio Tridentino; hay pocos colegiales.

Los padres de la Compañía tienen otro colegillo a las espaldas de su casa, donde enseñan solamente latín, nombrado San Martín a devoción del Virrey D. Martín Enríquez. Por cada muchacho que allí entra paga 120 pesos cada año.

Capítulo XLVII

De la capilla de Nuestra Señora de Copacavana

En la provincia del Collao (como en su lugar diremos) hay un pueblo de indios llamado Copacavana. Aquí hay una imagen de Nuestra Señora que ha hecho no pocos milagros agora en nuestros días. A devoción desta imagen, en todos los pueblos casi de españoles y en muchos de indios, se han puesto imágenes de Nuestra Señora con la misma advocación; en esta ciudad se hizo una capilla junto a la puerta del perdón de la iglesia mayor, con una imagen nombrada así: Nuestra Señora de Copacavana, la cual debe haber veinte años Poco más que se puso, donde con gran devoción concurre el

pueblo, la cual tiene muy adornada, y un capellán que sirve en esta capilla y sustenta muy abundantemente con las limosnas.

Capítulo XLVIII

De los hospitales

Sustenta esta ciudad quatro hospitales; uno de españoles, llamado San Andrés por respeto del marqués de Cañete, D, Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, a quien de su hacienda dio muchas limosnas y crecidas, pasadas de 30.000 pesos, como diremos cuando tractáremos de su gobierno y virtudes.

Aquí se curan solamente españoles y negros, de todas las enfermedades, con mucho cuidado y regalo; la enfermería de las enfermedades cotidianas es a modo de cruz; el un brazo más cercano a la puerta sirve de cuerpo a la iglesia; los otros tres para enfermos, en las paredes hechos sus encajes, donde está la cama del enfermo con su cortina delante y de donde pueden ver misa. El altar se colocó en medio destes brazos. Después acá no sé qué Virrey le haya hecho tantas limosnas, ni con mucho que llegue a ellas. Fuera destas enfermerías hay otros apartamientos para curar otras enfermedades contagiosas.

Quien con más cuidado comenzó a tenerlo de los pobres hasta que la edad no lo permitió, fue el padre Molina, sacerdote, gran celador del bien de los enfermos, y augmentador de las haciendas del hospital, con notable ejemplo de vida y cristiandad, con lo cual acabó el Señor.

Su hermano el secretario Molina se metió a servir a los pobres, donde acabó también.

El segundo se llama Santa Ana, donde solamente se curan indios; fundólo a su costa, así la iglesia como la capilla mayor de bóveda, y lo demás de buenos edificios, el ilustrísimo y reverendísimo fray Jerónimo de Loaysa, primer arzobispo desta ciudad y reino, de felice recordación, dejándole bastantísima renta, donde murió y está enterrado. El día de su advocación se gana una y muchas veces indulgencia plenísima, mejor diré jubileo plenísimo; cúranse aquí los indios de todo el reino que caen enfermos, con todo el cuidado y regalo posible, donde ha habido grandes siervos de Dios, seculares, que se han venido por esclavos ellos mismos, y dedicado al servicio de los indios, y entre ellos floreció en nuestros tiempos el padre Machín, sacerdote vizcaíno, y otro gran siervo de Dios, que todo el día se ocupaba en pedir limosna a pie por la ciudad, y de noche velaba su cuarto a los enfermos, como si no hobiera trabajado nada entre día, sin que nadie fuese parte a que descansase. Acabó loablemente; llamábase fulano Ruiz.

El tercero es nombrado el Espíritu Santo; aquí se curan solamente los marineros, porque ellos a su costa le han fundado, y han hecho una buena iglesia; los edificios van labrándose; cada navío le acude con una soldada, fuera de las limosnas que piden en los viajes y otras que marineros e pilotos les dejan al tiempo de su muerte.

Hase fundado otro, que es el cuarto llamado San Diego, de convalescientes; éste muy moderno; aquí se da bastante recaudo a los tales, hasta que enteramente han recuperado la salud y puedan trabajar.

Hay otro, llamado San Lázaro, pasado el río; es el más pobre; comenzóle a fundar, y a su costa, muy poco a poco, un buen hombre, muy conocido en esta ciudad, e yo le conocí mucho, Antón Sánchez, espadero de oficio y muy enfermo de grandes dolores. Murió este buen hombre, después del cual se entró a servir allí el padre Cristóbal López Bote, sacerdote muy conocido en este reino, y de mí muy en particular y tractado, a quien Nuestro Señor hizo admirables mercedes, porque habiendo por cierta ocasión muchos años tenido una enemistad que le inquietó mucho y desasosegó, y en lo demás de su sacerdocio hombre muy concertado y muy eclesiástico, le tocó la mano del señor y se consagró allí a servir a los pobres, no sólo españoles, sino negros esclavos e pobres indios, de tales enfermedades que en los demás hospitales no les querían recibir, e los curaba (yo lo vi, y otros muchos) de aquellas enfermedades contagiosas y asquerosas, tan sin asco y con tanto amor y caridad como si fueran sus hijos o hermanos. Después le dio Nuestro Señor una enfermedad muy larga y trabajosa, la cual sufría con tanta paciencia cuanta el Señor que se la dio sabía era necesaria para llevarla; su cama, una tabla, murió loablemente en el señor.

Capítulo XLIX

De la iglesia Mayor

Hasta agora la iglesia Mayor desta ciudad era muy pobre de edificios; solamente la capilla mayor era de bóveda, del marqués don Francisco Pizarro, dotada por él con una rica capellanía, y al lado del Evangelio, en la pared, tiene su sepultura. Agora se ha hecho una muy buena, de cal y ladrillo, de tres naves, donde se celebran los divinos oficios con mucha puntualidad y canto de órgano; en esta santa iglesia está fundada la cofradía de las ánimas del Purgatorio, y son tantas las que cada día se dicen, que al cabo del año pasan de cuatro mil, y al sacerdote que la dice se le da luego su limosna acostumbrada; de suerte que se sustentan sacerdotes pobres, porque allí tienen la limosna cierta. Otras capillas de vecinos particulares hay en ella, como es, al lado del Evangelio, la de Nicolás de Rivera, el Viejo, de quien dijimos arriba, con la advocación de Santa Ana, con buena renta, y al de la Epístola, la de Francisco de Talavera, de quien también hicimos breve mención, con invocación del Crucifijo.

Los carpinteros tienen aquí su cofradía con la invocación de San José, y celebran su fiesta con mucha solemnidad. Los zapateros tienen también su cofradía, con invocación de San Crispino y Crispiniano, que los celebraban como mejor pueden. Los negros tienen también su cofradía, como ya dijimos.

Capítulo L

De los edificios

Los edificios desta ciudad son de adobe, pero buenos, y como no llueve, los techos de las casas son chatos. Las casas principales tienen sus azoteas; desde fuera no parece ciudad, sino un bosque, por las muchas huertas que la cercan, y no ha muchos años que casi todas las casas tenían sus huertas con naranjos, parras grandes y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan; pero agora, como se ha poblado tanto, por maravilla hay casa que tenga dentro de sí árbol ni parra.

La plaza es muy buena y cuadrada, porque toda la ciudad es de cuadradas; tiene la plaza dos frentes cercadas de arcos de ladrillo y sus corredores encima, o por mejor decir doblados en los portales; arriba mucho ventanaje y muy bueno, de donde se ven los regocijos que en ella se hacen. Estos portales y arquería adornan mucho la plaza y defienden el sol a los tractantes, el cual a su tiempo es muy caluroso; debajo de estos portales hay muchos oficiales de todo género que en la plaza se sufre haya.

Capítulo LI

De los vestidos de las mujeres

Lo que en esta ciudad admira mucho y aun lo que se había de refrenar, es los vestidos e trajes de las mujeres; son en esto tan costosas, que casi no se sabe cómo lo pueden sufrir sus maridos. La soberbia dellas es demasiada, y no sabemos en lo que ha de venir a parar; plegue a Dios y no sea en lo que pararon aquellas de quien dice Nuestro Señor: Porque las hijas de Sión se ensoberbecieron (esto es, las ciudadanas); cuando salían de su casa llevaban las gargantas extendidas, los ojos altos a una y otra parte, guiñándolos, los pasos muy compuestos; el Señor las volverá calvas y les rauerá los cabellos de sus cabezas, les quitará sus chapines y jerbillas bordadas, las medias lunas, rodetes, las cadenas y collares de oro, las ajorcas, los tocados costosos, los punzones de oro para partir las crenchas, los zarcillos y los olores, los anillos e piedras preciosas, etc., y por los olores se les dará muy pestilencial olor, y por las cintas de oro, sogas de esparto, etc.

No creo yo hay en lo descubierto del mundo ciudad en su tanto, ni cuatro veces mayor, que a tanta soberbia, en este particular, como esta nuestra ciudad, llegue; acuérdome que los años pasados, más ha de 38, que llegando un religioso nuestro de España, nacido y criado en Toledo, a nuestro convento, desta ciudad, cerca de la fiesta del Corpus Christi, tratando della y de la sumptuosidad, majestad y riqueza que aquel día en Toledo en calles y ventanas, se mostraba, le decíamos que no nos espantase, porque en nuestra ciudad vería como no le hacían mucha ventaja Toledo. Llegó la fiesta, vio la riqueza que se mostró en los vestidos de las mujeres, adornos de ventanas, altares y calles; dijo que la riqueza de Toledo, en este día mostrada, no hacía muchas ventajas a la de esta ciudad. Pues es cierto que hay tanta diferencia de entonces agora, en la que vamos tratando, como de vestidos de aldea a vestidos de corte, con justo título se podría moderar por los virreyes esta soberbia, pero no sé por qué no se modera; y sí se, porque ni los maridos no tienen ánimo para moderarlo, ni los gobernadores tampoco.

Capítulo LII

Del acompañamiento del Santísimo Sacramento

Había en esta ciudad una costumbre muy loable, mas ya se va cayendo por la mucha cobdicia, y era que, en tocando la campana del Santísimo Sacramento para se dar a los enfermos, por maravilla quedaba hombre en su casa que no acudiese a la iglesia Mayor; las tiendas de los mercaderes se cerraban, y ellos y sus criados, con gran fervor, iban a acompañar al Señor del cielo y de la tierra, y realmente era cosa de ver tanta gente como se llegaba, sin que se viese una capa parda ni de color, sino todos vestidos de negro, y para todos había cera de media libra, que es gran excelencia, sin reparar si eran cofrades o no.

Vi esto, siendo seglar, día del Santísimo Sacramento en la iglesia Mayor. Los mayordomos de las cofradías sacaron su cera; llegóse a ellos uno de los mayordomos del Santísimo Sacramento y díjoles: Volved, señores, vuestra cera a vuestras casas, porque la cofradía no tiene necesidad de cera de otra, y no les consintió dar ni una vela. ¿A dónde, en todo el mundo en la cristiandad, hay ciudad cristiana que haya sucedido tanta grandeza? en aquel tiempo, los oficiales sacaban sus pendones; agora saca cada género de oficio imágenes de bulto en sus andas, en hombros, muy bien labradas y guarnecidas, acompañadas de muchas hachas y cera de media libra, que es no menos grandeza, porque se trae la cera de España.

No conocemos ciudad en ningún reino cristiano que tal tenga.

Hasta las cofradías de los indios y de los negros llevan sus imágenes de bulto, en andas y con sus hachas de cera.

Esta cofradía es muy rica, tiene muy buenas posesiones de casas y tiendas en la Plaza; hizo una custodia, toda de plata de muy buena labor, y muchos pilares macizos de plata, poco menos que un estado de hombre, y para llevarla en hombros el día del Santísimo Sacramento son necesarios doce sacerdotes de remuda; ya se lleva en un carretón.

Esta cofradía dimana de la que está fundada en Roma, en la Minerva, que es convento nuestro; tiene suma de gracias, indulgencias y jubileo más que otra alguna, y justísimamente, por concesión apostólica, tenemosla en nuestro convento; subcedió, pues, así, viviendo yo en él, recién sacerdote: El domingo siguiente después del jueves que se celebra la fiesta en la iglesia Mayor, se celebra en nuestra casa; el sábado antes tráese la custodia de la iglesia Mayor a nuestra casa, para sacar en ella en nuestra procesión el domingo el Santísimo Sacramento, la cual se celebra con mucha pompa y alegría, saliendo del convento y andando una cuadra en torno, y una frente de la cuadra es la plaza. En la peana desta custodia, sobre que se arma toda ella, se fija otra custodia de oro toda, muy bien labrada, con que el ilustrísimo fray Hierónimo de Loaisa, arzobispo desta ciudad, sirvió a la Majestad del Señor, que vale tres mil pesos, encima de la cual, en su veril, se pone el Santísimo Sacramento. El padre sacristán era un sacerdote muy esencial que yo conocí e traté mucho; fuimos novicios juntos; en un bufete puso las andas en la iglesia, en la capilla del capitán Diego de Agüero, de quien habemos arriba sumariamente tratado. Cubriólas con unos manteles, de los que hay sobrados para los altares; sucedió, pues, así: que aquella noche, quienquiera que fue, notó bien dónde se ponía la custodia, y después o antes de maitines de media noche, fuese para la custodia, desclavó la de oro y fue nuestro Señor servido que con ser la peana sexavada y por cualquiera de las puertas de los sexavos podía entrar y salir la custodia de oro (no se fija en este lugar ni está en él, sino cuando ha de salir en ella el Santísimo Sacramento) que no acertase aquel infame ladrón a sacarla; acertó a desclavarla y no acertó a sacarla. El sacristán era gran siervo de Dios y de nuestra Señora muy devoto; llamábala nuestra Ama; cuando vio por la mañana la custodia de oro desclavada y que no la pudo sacar aquel más que pérfido ladrón, arrimada a una de las puertas del sesavo, dio muchas gracias a Nuestro Señor y a su Madre santísima, y si no fui el primero, fui el segundo a quien lo dijo. Este sacrílego ladrón debía ser algún impío luterano.

Capítulo LIII

De la cristiandad deste pueblo

Pues porque digamos a gloria de Nuestro Señor lo que resplandece mucho en este pueblo, aunque es así que en los trajes es demasidamente soberbio, con todo eso es muy cristiano; la cofradía de la Caridad casa tantas doncellas como habemos dicho, y fuera desto, como en todos los monasterios haya tantos jubileos, indulgencias y perdones, los más de los cuales para ganarse requieren confesar y comulgar, es cosa de gran alegría ver en los monasterios tanta frecuencia en confesiones y comuniones. Son, pues, tantos los jubileos que en esta ciudad a los monasterios, Iglesias y capillas son concedidos, que no sé yo si, fuera de Roma, hay otra en toda la cristiandad de tantos, ni donde con tanto fervor se acuda a ganarlos, haciendo y tomando los medios que para ganarlos los Sumos Pontífices que los concedieron mandan se tomen.

A toda esta ciudad por una parte la cerca el río, por las otras tres huertas y viñas llenas de árboles frutales, como dejamos escrito; de los de la tierra, si no son plátanos, ya casi no hay otros, por ser de tan buena fruta como los nuestros. El vino, pan y carne que se gasta es cosa increíble, buena población es la que consume en el rastro más de 50.000 carneros, sin los que se gastan en la carnicería, y más de 100 reses vacunas cada semana; cane de puerco no hay quien se atreva a dar abasto; dan tantos para cada día; oficiales, tanto género dello como en Sevilla. El puerto, uno de los mejores y más capaz del mundo, abundantísimo a su tiempo de mucho pescado, donde jamás faltan de cuarenta navíos grandes y pequeños, y dende arriba, de Panamá, México, Chile y Guayaquil. Empero tiene un gran contrario temeroso y enfadoso, y es los temblores de tierra que la suelen descomponer, como los años pasados sucedió uno que derribó muchos edificios; mas en breve se han tornado a redificar muy mejor que antes, y después que se tomó en suerte por abogada la fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, ha sido Nuestro Señor servido, por intercesión de su santísima Madre, no haya venido temblor dañoso; celebra la ciudad esta fiesta con procesión, que sale de la iglesia mayor, anda en contorno de la plaza con la solemnidad casi que se celebra la del Corpus Christi, y con tanto concurso del pueblo.

No sale el Santísimo Sacramento, ni las cofradías ni oficiales con sus andas; en lo demás, la misma solemnidad se guarda.

Capítulo LIV

Las cosas contrarias a esta ciudad

Es combatida esta ciudad de enfermedades que de cuando en cuando Nuestro Señor por nuestros pecados envía, y en otros tiempos lo era de cámaras de sangre, por causa del agua del río, como dijimos; después de traída la fuente, esta enfermedad ha cesado. Las enfermedades cotidianas son, en alcanzando algún nortecillo, romadizo, catarros, juntamente con dolor de costado. El viento Norte en todas estas partes, en Tucumán y Chile, es pestilencial, porque como es de su natural muy frío, en corriendo son estas enfermedades con nosotros, y en todo lo que habitamos, desta tierra y de los demás dos reinos no corren otros vientos sino Norte o Sur, el Sur sano, el Norte enfermo, demás esto, como las mercaderías se traigan de otros reinos, si en ellos han pasado algunas enfermedades contagiosas, nos vienen y cáusanos mucho daño y gran disminución en los naturales, como ahora lo causa una enfermedad de viruelas juntamente con sarampión, llevándose mucha gente de todas naciones, españoles, naturales, negros,

mestizos y de los demás que en estas regiones vivimos, y escribiendo este capítulo, agora actualmente corre otra no de tanto riesgo acá en la Sierra, como fue en los llanos, de sarampión solo, el cual en secándose acude un catarro y tose que de los muy viejos e niños deja pocos, y en la ciudad de Los Reyes hizo mucho daño, particularmente en negros.

Alcancé en esta ciudad algunos de los conquistadores viejos, a los cuales oí decir que llegados a este valle les parecía era imposible morirse, aunque también decían haber oído a los indios que no fueran poderosos a conquistarlos si pocos años antes no hubiera venido una enfermedad de romadizo y dolor de costado que consumió la mayor parte dellos. Las frutas nuestras, como son melones, higos, pepinos, etc., y otras de la tierra, en gente desreglada causa grandes calenturas; a los cuales si les halla un poco faltos de virtud, fácilmente los despacha; pero desto es la causa la incontinencia de los necios. Dejo otras particularidades, por no ser prolijo, y no se diga de mí que como aficionado las trato. Serla aficionado no lo niego, por tenerla por patria; en los demás no digno tanto de bien como en ella, por la bondad de Dios, ha crecido en tan breves años.

Capítulo LV

De las calidades de los nacidos en ella

Los que nascen en esta ciudad meros españoles son gentiles hombres por la mayor parte y de buenos entendimientos, y animosos, y lo serían más si lo ejercitasen en cosas de guerra; son muy buenos hombres de a caballo y galanos, y para otras cosas que adornan, la policía humana, no les falta habilidad. Por la mayor parte son más pródigos que liberales, y transportados hacen muchas ventajas a los naturales. En una cosa tienen gran falta, ésta no es la culpa suya, sino de los que gobiernan; déseme licencia para tratarlo, porque a ello no me mueve quererme entremeter en cosas de gobierno, sino advertir del daño que podría suceder. La falta que tienen es que esta ciudad es puerto de mar. Pues los nacidos en puerto, que no sepan nadar, que no sepan qué cosa es mar, que no entren en ella, y que si entran luego se marean como si vivieran muy apartados della; ésta es la falta. Hasta agora no se sintía, porque no se imaginaba que enemigos de la iglesia católica y del nombre español nos habían de venir a robar: pero ya que por nuestros pecados lo experimentamos, debían los gobernadores a todos los nacidos en esta ciudad desde muchos años, mandar llevarlos al puerto, enseñarlos a nadar, meterlos en barcos y hacerlos llevar por lo menos dos veces en la semana cuatro leguas y más a la mar, porque se hiciesen a ella, y no como testigo de vista hablo.

Cuando don García de Mendoza, marqués de Cañete, envió contra el inglés tres navíos grandes y otros patajes, yo iba en la Almiranta, y cuantos criollos, así los llamamos, iban en ella, y hombres bien nacidos, en entrando en la mar cayeron como amodorrados, y el día que vimos al enemigo, de mareados que estaban no eran hombres, y en tierra riñeran con el gran diablo de Palermo, los cuales si estuvieran hechos a entrar en la mar no les subcediera.

Esto no es falta de ánimo, sino falta de ejercicio marítimo; lean los gobernadores a Platón en los libros de sus Leyes, y en los de la República, y deprendan de allí en que han de ejercitar los muchachos para que puedan y sepan defender su república. Que los nacidos en puerto a la lengua del agua no sepan ni conozcan la mar, notable descuido es; y desto no más. De las mujeres nacidas en esta ciudad, como en las demás de todo el

reino, Tucumán y Chile, no tengo que decir sino que hacen mucha ventaja a los varones; perdónenme por escribirlo, y no lo escribiera si no fuera notísimo.

Capítulo LVI

Del puerto y pueblo del Callao

Dos leguas desta ciudad a la parte del Poniente demora (hablemos como marineros) el puerto desta ciudad, llamado el Callao, poblado de muchos españoles y otras naciones, con su jurisdicción. Ha crecido mucho y crecerá más, por ser temple más fresco y más sano que la ciudad de Los Reyes, a causa de ser fundado a la orilla o costa de la mar; solamente le falta agua y tierra para los edificios, porque lo uno y lo otro se trae más de media legua, porque el suelo todo es cascajo, y si alguna tierra hay es salitrosa, y de leña no tiene sino mucha falta. Tiene su iglesia mayor, sustenta cuatro conventos; Santo Domingo, llamado por otro nombre Nuestra Señora de Buena Guía, el cual fundó, con autoridad de la Orden, el venerable fray Melchior de Villagómez; después se ha aumentado de suerte que es priorato. San Francisco, San Agustín, los padres de la Compañía, la Merced: todos se sustentan razonablemente, aunque con pocos religiosos; los más son los nuestros, que son de seis para arriba, y fue necesario fundarlos porque los religiosos que se embarcan y desembarcan se vayan a sus conventos, y no a casa de seglares, que es inconveniente.

También es castigado de temblores de tierra, y de tarde en tarde en inundaciones de la mar, porque cuanto ha que le conosco, que son más de 50 años a esta parte, sola una ha subcedido, que fue gobernando el conde del Villar, de la cual cuando dél tractaremos diremos lo que le subcedió.

Sólo una cosa quiero decir, por ser cosa tocante a nuestro convento. Antes de la inundación, o juntamente con ella, vino un temblor de tierra muy grande, que derribó y arruinó muchos edificios; en el altar mayor de nuestro convemo está la caja del Santísimo Sacramento, y encima desta caja, en un tabernáculo, una imagen de Nuestra Señora de bulto grande; con el temblor cayó la imagen saliendo de su lugar, y fue la Majestad de Dios servido que, habiendo de caer la cabeza las gradas abajo, y los pies en las gradas altas, que son tres o cuatro, la hallaron los religiosos, pasado el temblor, acudiendo luego a la iglesia, la cabeza y rostro en la última grada del altar mayor, y los pies en la última grada junto al suelo, como postrada, pidiendo a su hijo benedictísimo misericordia por aquel pueblo, sin que se le hallase ninguna lesión; solamente el pico de la nariz tanto cuanto como desollado; en el encaje de la caja del Sanctísimo Sacramento ni en la caja no se halló cosa alguna más que si no hobiera pasado temblor alguno, ni la caja se movió de su lugar.

Todos los hombres de la mar tienen su singular devoción a esta imagen y convento; los navíos que salen llevan sus alcancías señaladas para pedir limosna para Nuestra Señora, y cuando vuelven acuden con la recogida, con mucho amor. Tiene el puerto abundancia de pescado al verano, que es de Noviembre hasta fin de Abril; luego entran las garúas y hace un poco de frío, y entonces hácese los peces a la mar a buscar abrigo.

Capítulo LVII

De los valles que se siguen

Siguiendo la costa adelante al Sur, llegamos luego al valle nombrado Pachacámac, no muy ancho, aunque en partes tiene dos leguas y más de fértil suelo; hay en él muy pocos naturales; las borracheras los han consumido el día de hoy. A la entrada del valle vemos aquel famoso adoratorio o guaca, que es un edificio poco menor que el de la guaca de Trujillo, dedicado por los indios al demonio, que les hacía creer era el criador de la tierra, y así llamaron Pachacámac, que quiere decir criador de la tierra. Es fama en esta guaca haber gran suma de tesoro aquí enterrado y ofrecido al demonio. Han algunos cavado en ella, empero no han dado en él, sino sacado plata de la bolsa; es necesaria mucha suma de plata y muchos años para atrevesarla. Hoy la vemos casi cubierta de arena que los aires sobre ella han amontonado. A este valle, cinco leguas adelante, se sigue el valle de Chilca, que son unas hoyas naturalmente cercadas de arena, en las cuales se da mucho maíz y, demás mantenimientos de la tierra; de nuestras frutas, uvas, higos, granadas, membrillos y melones, los mejores del mundo, y las demás frutas muy sabrosas, porque la tierra pica en salitre. Este valle ni hoyas tienen agua con que se rieguen, ni del cielo ni de la tierra, pero tiene bastante humedad con el agua que por debajo de la tierra se trasmina, la cual es poderosa para que las comidas crezcan, se multipliquen y lleguen a sazón; hállanse en estas hoyas jagüeyes, que son unos pozos poco fondos, con la mano alcanzamos a ellos, de agua salobre; otros, y éstos pocos, de agua un poco mejor que se puede beber y con ella se sustentan los indios y los españoles que por aquí caminan. Para sembrar el maíz usan los indios una cosa extraña: el grano de maíz lo meten en una cabeza de sardina, y así lo ponen debajo de la tierra; es mucha la que da en la costa (donde muy cerca están estas hoyas) huyendo de los peces mayores, si no dan en la costa, tienen cuidado de pescarlas. La costa es abundantísima de pescado, lizas, corbinas, lenguados, tollos y otros. Los indios usan sus balsas de junco como los demás desta costa y valles; puerto ninguno tiene. Los naturales se van consumiendo por la razón en el otro capítulo dicha.

Luego a cuatro leguas se sigue el valle llamado Mara, a quien corrompiendo la r en l llamamos Mala; de mucha y muy buena tierra, con un río de la mejor agua destes llanos; es río de oro, de aquí se sacaban cinco u seis leguas más arriba para el Inga. Dos leguas el río arriba de la costa está un pueblo pequeño de cien indios casados, poco menos, nombrado Calango, que lo doctrina nuestra Orden. Doctrinándolo un religioso nuestro, llegó a él un indio con una piedra de metal, que la mayor parte era plata, y díjole que él le enseñaría la mina; sábenlo los caciques; éste fue indio que hasta hoy no ha parecido, mas entiéndese lo mataron por que no descubriese aquel cerro, y así se ha quedado. El valle es fertilísimo de maíz, trigo y demás mantenimientos, todo acequiado; cultívase poco, respecto de haberse consumido los indios por las borracheras dichas.

Dos leguas adelante, poco más, se sigue el de Acia, o por mejor decir el de Coaillo; tiene pocos indios, consumidos por lo dicho, y malas aguas. El río se sume más de seis leguas antes de la mar, y junto a ella revienta en poca agua en una laguna pequeña que se hace cerca del tambo llamado Acia.

Tiene buenas tierras, aunque es angosto de riego. Fueron los indios deste valle ricos de oro, y entre ellos los naturales destes Llanos, los más nobles de condición; fue muy poblado; ya son pocos.

Capítulo LVIII

Del valle de Cañete

Prosiguiendo la costa adelante, a siete leguas andadas entramos en el valle ancho y fertilísimo, llamado Guarco, de los indios, y de nosotros Cañete, por un pueblo que en él se fundó llamado Cañete, de españoles, respecto del marqués de Cañete el viejo, de laudable memoria, que fue quien le mandó poblar; tiene puerto, aunque no muy seguro. Las tierras deste valle son muy apropiadas a trigo, maíz, y es cosa no acreedera lo que acude por hanega. Son bonísimos para viñas, olivares y para los demás árboles frutales y mantenimientos, así de la tierra como nuestros; no tiene río que por medio dél corra; riégase con dos acequias sacadas desde el tiempo de los Ingas, grandes del río de Lunaguani, y el agua es buena; es abundante de ganados nuestros y de crías de mulas muy buenas; aquí no hay uno ni algún indio natural; tiene una fortaleza que guarda el puerto fácilmente. El pan de aquí es de lo bueno del orbe, por lo cual ya es proverbio: *en Cañete toma pan y vete*, porque como no hay servicio de indios en el mesón y muy poco recado para los caminantes, no se puede parar mucho en el pueblo. Parte términos con este valle otro (yo lo he atravesado) de más de tres leguas de ancho y siete de largo, todo acequiado, de fertilísimo suelo, si lo hay en el mundo: el cual no se labra por se haber perdido una acequia con que todo se regaba, que hizo sacar el Inga a los naturales, del río de Lunaguaná. Derrumbóse un pedazo de una sierra sobre ella y cojo la toma, y nunca más se ha abierto, que si se abriese, sólo aqueste valle era poderoso a sustentar la ciudad de Los Reyes de trigo e maíz; y aunque algunos Virreyes han pretendido desmontar la toma, no se atreven por ser necesarios más de 50.000 pesos. Yo conozco quién daba orden cómo se sacase el acequia, limpiase y desmontase, sin que a Su Majestad, ni a indio, ni a español le costase blanca, aunque se gastaran 100.000 pesos, y era ésta que el Virrey, la renta de los indios que vacasen y se habían de encomendar en beneméritos, como su Majestad lo manda, que encomendase los indios, pero que la renta de un año o dos la aplicase para esta obra, y desta suerte se juntara la cantidad de plata necesaria, y al encomendero no se le hiciera muy pesado, porque como había estado años sin encomienda, teniéndola ya cierta, y la posesión, de muy buena gana la tomara, y dos años en breve se pasan, y cuando esto se quisiese moderar, para que el encomendero tuviese con qué comer, le diesen el tercio o cuarto de la renta; lo demás, se aplicase para la dicha acequia.

Tratóse este medio con el ilustrísimo señor arzobispo destes reinos, y parecióle bien, tratólo con don Martín Enríquez, a la sazón Visorrey, y aunque no le pareció mal, respondió que las mercedes que había de hacer en nombre de Su Majestad no las quería aguar con aquella carga, y fue respuesta de ánimo generoso, y correspondiente a la magnanimidad de nuestro católico rey, y así se quedo hasta hoy, y se quedará si este medio no se toma, porque no hay hombre a quien, aunque le den todo el valle por suyo, se atreva a gastar tanta plata, y desta suerte se desmontaba y abría la acequia, y sacada, cuando su Majestad quisiera vender aquellas tierras, sacara mucha más plata, lo cual es necesario hacerse, porque la gente se va multiplicando, y todos nos habemos de ocupar en cavar y arar, y que a los que se les hiciese merced, con esta carga la tomarían. Es cierto yo conocí un pretensor y benemérito en este reino que vacando un repartimiento lo pidió con esta condición: que por cinco años los tributos se cobrasen para Su Majestad, y pasados fuesen suyos; dióselo el conde de Nieva, pasáronse los cinco años y él vivió gozando su renta más de otros quince, y a muchos pareció disparate; pues con esta condición pidió estos indios, mejor los aceptara el que se los dieran por un año o dos con esta carga, y es así que desde este tiempo acá, digo desde que se trató deste medio, han vacado muchos y muy buenos repartimientos, con que se hobiera sacado la acequia aunque se gastaran en ella ducientos mil pesos; a dicho de los oficiales no son necesarios 60.000.

El valle de Lunaguaná, por donde pasa este río, dista un poco más la tierra adentro cuatro leguas deste valle; es angosto pero abundante de mucho y muy buen vino, y frutas nuestras y de la tierra; aquí se han conservado los indios un poco más que en los otros valles; con todo eso se van apocando.

Capítulo LIX

Del valle de Chíncha

Síguesele a este valle de Lunaguaná el de Chíncha a pocas leguas, muy ancho y espacioso, sino que le falta agua. Cuando los españoles entraron en este reino había en él 30.000 indios tributarios; agora no hay seiscientos, y porque no tiene agua suficiente para que todos pudiesen labrar la tierra, el Inga señor éstos los tenía repartidos desta suerte: los 10.000 eran labradores, los diez mil pescadores, los 10.000 mercaderes. Los pescadores no habían de labrar un palmo de tierra: con el pescado compraban todo lo que les era necesario para sustentar la vida. Los labradores no habían de entrar a pescar: con los mantenimientos compraban el pescado, y entre estos labradores había algunos oficiales buenos plateros, y el día de hoy han quedado algunos. Los mercaderes tenían licencia de discurrir por este reino con sus mercaderías, que las principales eran mates para beber, muy pintados y tenidos en mucho, hasta la provincia de Chucuito, que en el Collao no se había de entremeter el uno en el oficio del otro, no debajo de menor pena que de la vida. Con este concierto se sustentaban en el valle tanta cantidad de indios varones con sus casas, que por lo menos, chicos e grandes, habían de ser más de 100.000; el día de hoy no se hallan en él 600 indios casados, lo cual causa mucha compasión; la disminución han traído las borracheras; son dados mucho a ellas, las cuales les abrasan las entrañas; particularmente hacen la chicha de maíz entallecido, que es puro fuego, y no se contentan con ella, sino águanla con vino nuevo; añaden fuego a fuego, y borrachos caen en el suelo; pasa el fervor del sol por ellos, calor en el cuerpo, exterior; fuego en las entrañas, interior, háceselas ceniza, mueren los más súpitamente, y desta suerte se han acabado y consumido y los pocos que quedan se consumirán. Acuérdomé que tratando con un Oidor de Su Majestad que se pusiese algún remedio y castigo en esto, respondió que no había leyes de emperadores, ni de los Virreyes de España, que a los borrachos diesen castigo, ni se señalase. Fundados los que gobiernan en esto, no se ha puesto remedio en cosa que tanto convenía, y es de tal manera el menoscabo de los indios en todos los valles de los Llanos, que de aquí a pocos años no habrá algunos, ni se caminará por ellos.

Los indios deste valle les ha cabido en suerte por la mayor parte religiosos nuestros varones muy esenciales que le doctrinassen, y entre ellos dos grandes siervos de nuestro Señor, y aun tres: el primero el maestro fray Diego de Santo Tomás, de quien habemos comenzado a tratar, que en este valle doctrinándolos gastó lo mejor de su vida con admirable ejemplo y obras y después fue primer obispo de los Charcas. El segundo fray Melchior de Los Reyes, varón, cierto, apostólico, gran siervo de Dios, libre de todo vicio, que es contrario a la predicación del Evangelio; paupérrimo, castísimo, abstinéntísimo, varón de grandes partes. El tercero, el venerable fray Cristóbal de Castro, el cual, aunque no era tan docto como los dos referidos, no le hacían ventaja en religión y caridad para con los indios; todos tres grandes lenguas. A este padre fray Cristóbal, cuotidianamente, y aun hasta que murió el ilustrísimo fray Hierónimo de Loaysa, porque conocía la entereza de su vida, le ocupaba en visitar todo su arzobispado, por lo cual los indios le llamaban el hermano del señor arzobispo; todos

tres acabaron loablemente. Otros religiosos han tenido los indios deste valle, pero no de tanto nombre. Pero pareceme se puede argüir diciendo: si estos indios tuvieron religiosos tan esenciales ¿cómo se hizo tan poco fruto en ellos? A esto responderé dos cosas: la primera, que estos indios y todos los demás reciben muy mal las cosas de la fe, y esto por sus pecados y por los nuestros, y como es gente que se ha de gobernar con mucho castigo, faltándoles el gobierno del Inga, que por muy leves cosas mataba a los delincuentes e inocentes, gobernándolos como a hombres de razón y políticos, no viendo el castigo, no acudían sino cual o cual cosa de virtud; y para confirmar esto diré lo que pasó al padre maestro fray Domingo de Santo Tomás en la ciudad de Los Reyes. Este padre nuestro, siendo provincial fue a España a un capítulo nuestro general, donde todos los provinciales se habían de hallar; volvió; llegado a nuestro convento de Los Reyes viniéronle a ver muchos indios de los de Chíncha, de los principales. A uno dellos preguntóle la doctrina; no la supo, o no quiso responder; díjole el padre maestro: Pues cómo, ¿no te enseñé yo la doctrina cristiana, y la sabias muy bien? respondió el indio: Padre, enseñándosela a mi hijo se me ha olvidado. lle dicho esto para que se vea la calidad desta gente. Lo otro es lo que acabé de decir, que como les faltó el rigor y castigo del Inga, facilísimamente se vuelven a sus malas costumbres y inclinaciones, y borracheras, y no hay otro Dios sino su vientre, y mientras no se les castigare con mucho rigor, no se espere enmienda, sino su total disminución y destrucción, y lo mismo, aunque no tanto, en los indios de la Sierra.

Los indios, particularmente los señores, eran riquísimos de oro, y los que agora son señores creo lo son: tiénelo enterrado, y hay en este valle muchas guacas en algunas de las cuales españoles han cavado, mas han sacado ellos tierra y plata de la bolsa. Cuando andaba la grita dellas, como arriba dijimos, un curaca, el principal deste valle de Chíncha, dijo al padre fray Cristóbal de Castro (teníanle en gran veneración por su cristiandad y ejemplo), que si quería, le daría tanto oro y plata que cargase un navío: el buen religioso díjole: un hábito roto me basta, sácalo para ti y para tus hijos, que eso es vuestro, e yo no lo truje de Castilla, ni me es necesario; y por importunación del curaca no quiso recibir más de un cáliz de oro para la iglesia, el cual tiene hoy, y es el primero que vi en este reino, bastante argumento de su ninguna cobdicia; si lo sacaron o no, no lo sé; lo más cierto es hasta hoy estar enterrado y oculto.

A cinco o seis leguas llegamos al valle de Yumay, de las mismas calidades del de Chíncha, no tan espacioso; no fue tan poblado, y en él hay muy pocos naturales; pasa por él un río caudaloso, que pocas veces se vadea.

Capítulo LX

Del valle de Pisco

Seis leguas adelante llegamos al valle de Pisco, ancho y espacioso, con puerto y agua bastante, sacada en acequias del río de Yumay; fue poblado de muchos indios; hanse consumido como los demás de los Llanos y por las mismas razones. Es abundante de todo mantenimiento y de muchas heredades, donde ya casi está fundado un pueblo de españoles; abunda también en pescado; entre este valle y el de Ica puso Dios aquellas hoyas que llamamos de Villacori, muy mayores que las que dijimos haber en Chilca, donde se da mucho vino, granada, membrillo, higos, melones y demás fruta, sin riesgo alguno, ni del cielo ni de la tierra; hay en estas hoyas algunos jagüeyes de agua razonable, porque por la mayor parte es salobre; vemos aquí hoyas donde se plantan

4.000 cepas, y es cosa de admiración que en medio de unos médanos de arena muerta pusiese Dios estas hoyas tan fértiles. En estos arenales de Villacuri desbarató el tirano Francisco Hernández Girón al capitán Lope Martín, y es fama algunas noches oírse pífanos y atambores y grita de batalla, tropel de caballos con cascabeles, que pone no poca grima.

Por estos arenales no se puede caminar sin guía yendo. o viniendo a Ica y de noche, por los muchos calores, y los indios de guía, oyendo estas gritas y voces animan a los españoles, diciéndoles que el demonio por espantarlos causa aquellos temores.

Capítulo LXI

Del valle de Ica

Otras seis leguas dista el valle anchísimo y largo de Ica, doce leguas de la costa de la mar, pobladísimo de muchos algarrobos muy gruesos, con un río no muy grande, con muy buena agua, y fuera mucho mayor si no se trasminara por todo el valle; por lo cual las heredades que hay en este valle, muchas y muy buenas, de viñas y demás mantenimientos no tienen necesidad de mucho riego. El vino, que aquí se hace alguno, es muy bueno, de donde, porque en el mesón del pueblo no hay tanto recaudo para los caminantes, ya es común sentencia: En Ica, hinche la bota y pica. Fundóse aquí un pueblo de españoles; algunos dellos son ricos de viñas y chácaras, sus casas llenas de todo mantenimiento. Era valle de muchos indios; agora no hay sino dos o tres pueblos dellos; vanse consumiendo como los demás destos Llanos y por las mismas razones.

Todos los Llanos y la tierra que se habitaba desde las vertientes de la sierra y cordillera nevada, hasta lo último del reino de Chile, es grandemente combatida de temblores de tierra, y este valle lo es mucho; ya dos veces lo ha derribado un temblor de tierra, y la iglesia del convento de San Francisco, que era buena, dos veces ha dado con ella en el suelo, lo cual desanima mucho para que aquel pueblo no pase muy adelante.

Capítulo LXII

Del valle de Guayuri

De aquí al vallecillo de Guayuri se ponen quince leguas de despoblado y sin agua; a las cinco leguas, a la salida del valle de Ica, solía haber un jagüey y una ventilla; cególo un temblor y despoblóse la venta. Guayuri es muy angosto, de poca agua, pero buena; plantáronse en él solas dos viñas; no hay espacio para más; la una de 500 cepas y la otra de 1.500; cargan tanta uva y dellas se saca tanto vino, que si no se ve no se puede creer; de las 500 se cogen 1.500 botijas de vino, y de las otras, 4.000; fuera desto, danse muy bien nuestros árboles fructales, grandes membrillos, higos y melones y otras legumbres. El vino es el mejor de todo el reino.

Capítulo LXIII

Del valle de la Nasca

Saliendo deste vallecillo, a nueve leguas adelante, entramos en el gran valle de la Nasca, muy ancho y largo; fue muy poblado de indios; agora le faltan, por las causas

arriba dichas; es fértil, como los demás destos Llanos, de vino y demás cosas. El cacique dél fue siempre tenido en mucho de los indios y de los españoles.

Por este valle y el de Chincha, así por la multitud de los indios como por la fertilidad, cuando alguno de los antiguos pretensores, por sus servicios, quería encarecerlos, decía: Chincha o Nasca o nada, lo cual ha quedado como en proverbio. Es falta de agua al invierno, que es el tiempo que en la Sierra no llueve, y acá el de las garúas; pero al verano, que es el tiempo de las aguas en la Sierra, es río grande y aun peligroso. Hame sucedido llegar a esta valle en tiempo que en la madre del río no se hallaba una gota de agua, y un solo día que allí holgué, a otro pasé el río por tres brazos; aprovéchanse los indios, para el tiempo de la seca, de pozas hechas a mano, a trechos, y en lugares altos, como estanques grandes de agua, de las cuales sacan acequias para comenzar a sembrar y sustentarse dellas hasta que viene el río; dista de la mar más de catorce leguas, todas arenales y sin aguas. Con todo eso en carretas llevan el vino al puerto, que es seguro.

Capítulo LXIV

De otros valles siguientes

Quince leguas se ponen desde este valle a Acari, de despoblado, grandes arenales y sin agua, si no es en una pequeña quebradilla, muy angosta, a las siete leguas, de muy poca agua, gruesa y cenagosa. Es Acari buen valle y de la cualidades de los demás; había en él muchos indios; hanse consumido, como los de los otros valles y Por las mismas causas.

Desde donde a Ariquipa (que dijimos ser casi sierra) hay catorce leguas de despoblado, sin agua y arenoso; luego se sigue el valle de Atico, estrecho y no tan abundante como los demás. Luego el de Ocaña, angosto pero de buenas fructas y viñas y abundante maíz. Los indios son pocos y se van disminuyendo.

Capítulo LXV

Del valle [de] Camaná

Siguiese a éste, ocho leguas adelante, el valle de Camaná, de las mismas calidades de los pasados, donde se fundó un pueblo de españoles; su trato es vino, pasa, higo, de lo bueno deste reino; es abundante de pescado; el puerto es playa; pasa por él un río grande que pocas veces se deja vadear. El año de 604, víspera de Santa Catalina mártir, lo destruyó casi todo un temblor de tierra. Desde aquí a Arica y aun hasta Chile, ya fenecieron los valles grandes y fértiles y se siguen vallecillos angostos y no de las cualidades de los pasados; por eso haremos dellos poca memoria. Desde aquí nos comenzamos a meter la tierra adentro, caminando para la ciudad de Arequipa, distante dél veintidós leguas y más, en las cuales hay dos valles, uno llamado Ciguas, de muy buena agua y mejor vino; ya casi sin indios, por se haber consumido, como habemos de los demás referido. Cinco leguas adelante entramos en el valle llamado Víctor; éste es más ancho y donde los más de los vecinos de Arequipa tienen sus heredades; cogen mucho vino y muy bueno, que se lleva al Cuzco, 65 leguas, y a Potosí, más de 140, y se provee todo el Collao.

Esta ciudad fue los años pasados de mucha contractación, hasta que don Francisco de Toledo, visorrey destos reinos, le quitó el puerto y lo paso a Arica, por lo cual la contractación ha cesado porque no llega allí navío, sino el que forzosamente va fletado para el puerto de aquella ciudad, con mercaderías para ella misma o con algún balumen, hierro, jabón, aceite y otras cosas así llamadas, para el Cusco, de donde se lleva por tierra con carneros. Los navíos surgen más de una legua en el mar, lejos de la Caleta, donde se embarcan y desembarcan, que dista de la ciudad diez y ocho leguas no de muy buen camino y faltísimo de agua, y es cosa de admiración que con surgir tan en la mar, en aquel paraje nunca hay, tormenta ni los navíos han garrado, y aunque es así que en el tiempo del invierno, que es en el de las garúas, anda la mar tan brava, que no se puede entrar ni salir de la Caleta, la mar donde el navío tiene echadas sus anclas no se alborota.

Después de entrado el batel en la Caleta la mar es llanísima, y es tan angosta que se recogen los marineros los remos de una parte y por otra por que no se hagan pedazos con las peñas, hasta que se abre un poco más, y así llegan a tierra o salen a lo ancho; pero en cualquier tiempo es peligroso entrar o salir della si los marineros no bogan con mucha fuerza. Tiénese este cuidado en comenzando a entrar en lo peligroso: que viendo venir la ola de tumbo, antes que quiebre se dan mucha prisa en bogar, porque la ola no quiebre en el batel, porque si en él quiebra, lo aniega y se pierde sin remedio. Conocí en este puerto un hombre extranjero, residente en él, el cual tenía ya tanta experiencia y conocimiento cuando se podía desembarcar y venir a tierra, que en surgiendo el navío levantaba una banderilla blanca, y si no, los marineros no venían hasta verla. Empero en cualquier tiempo, como sean aguas vivas, por tres días antes y tres después es muy peligroso desembarcar. Tiene este asiento poca agua; una fuentecilla hay en él, que para deshacer la piedra de los riñones es muy aprobada. Es combatido de muchos temblores de tierra, y lo que más admira, que la mar también tiembla.

Capítulo LXVI

De la ciudad de Arequipa

Volviendo a la ciudad de Arequipa, es del mejor temple deste reino, por estar fundada a la falda de la sierra, de buen cielo, aunque un poco seco; dentro del pueblo se dan muchas uvas, y todas las frutas nuestras, en particular peras no mayores que cermeñas; son malsanas; en conserva son buenas: El agua del río es malsana por ser crudia; deciente de la tierra, y pasa por lugares salitrosos. Fundóse al pie de un volcán llamado de Arequipa, a cuya causa, y por ser la tierra cavernosa, es combatida por frecuentes terremotos, y tantos, que acaesce tres o cuatro veces temblar al día, otras tantas a la noche, unas veces con más violencia que otras. Los años pasados, gobernando don Francisco de Toledo, sucedió uno, y tal que arruinó toda la ciudad; a nuestro convento echó todo por el suelo, sin quedar celda donde se pudiese vivir, ni donde poder decir misa; las casas que no cayeron quedaron peores que si totalmente dieran consigo en el suelo. Hase tornado a edificar, aunque mal; es faltísimo de madera para edificios. Cuotidianamente la puesta de sol es muy apacible por la diversidad de arboles en los celajes a la parte del Poniente. Comiézase a plantar olivares, y son bonísimas las aceitunas; es abundante de pan, vino y carnes y demás mantenimientos, y todo de riego; llueve poco y no con mucha tempestad.

Los indios deste asiento, que son en cantidad, usan del trébol en lugar de estiércol, con lo cual los maíces crecen y multiplican mucho, siémbrenlo de propósito, y maduro lo cogen y entierran en la tierra que han de sembrar; fertilízala mucho, en lo cual nosotros no habemos advertido, y la razón lo dice; porque el trébol es calidísimo; y antes, aunque sus chácaras estercolaban con otras cosas, no eran tan fértiles; críanse gran cantidad de pájaros dañosísimos al trigo ya granado; el enemigo es muchos muchachos con voces y hondas ojearlos, y no aprovecha tanto como quisiéramos. Porque no haya cosa sin alguacil, si no fuera tan combatida de temblores hobiera crecido mucho. Sustenta cinco conventos: Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, la Merced; los Teatinos, que aunque llegaron tarde, tienen el mejor puesto. Los vecinos viejos eran ricos; sus hijos son pobres, porque no siguen la prudencia de sus padres, y los nietos de los conquistadores y vecinos serán paupérrimos. El año de 604 otro temblor lo destruyó; el mismo que a Camaná.

Capítulo LXVII

Del puerto Arica

Desde esta ciudad al puerto, o por mejor decir playa de Arica, hay más de cuarenta leguas, en el camino de las cuales hay algunos valles angostos, donde se dan las cosas que en los demás, pero no en tanta abundancia, por ser estrechos; viven en ellos algunos españoles que allí tienen sus haciendas, donde como mejor pueden pasan su trabajo. La Playa de Arica es muy grande ni muy conocida por un morro (así lo llaman los marineros) blanco, que desde muchas leguas en la mar se parece. Es blanco por respeto de los muchos pájaros que en él vienen a dormir, cuyo estiércol le ha vuelto tal. El valle es muy angosto, y de poca agua, y no muy buena. En la misma playa, junto al cerro, cuando es baja mar, y baja poco, se muestran dos o tres manantiales de agua dulce y buena, y en creciendo la mar los cubre; han sido para poco los corregidores en no haber hecho cavar y limpiar un poco más arriba a donde la marca no llega: hobieran descubierto aquellas fuentes y tuviera el pueblo buen agua. Desta playa hizo don Francisco de Toledo, siendo Virrey, puerto (como arriba dijimos) para las mercaderías y azogue que va a Potosí; la ocasión que tuvo para quitar la contratación de Arequipa y pasarla a Arica fue acrecentar los derechos a Su Majestad de las ganancias de los mercaderes, diciendo que, aunque ya los hobiesen pagado en Lima, porque las mercaderías las sacaban de un puerto a otro, habían de pagar los de las ganancias; hacia este reino tres: el de Los Reyes por todo el distrito de las apellaciones para el Audiencia: el de las Charcas por el suyo, y el Quito por el suyo; y porque si en Arequipa, que es distrito de la Audiencia de Los Reyes, se desembarcaran las mercaderías de las ganancias, por ser dentro de un mismo reino, no se debían derechos (creo son dos y medio por ciento), pasó la contratación a Arica y puso allí Casa Real y oficiales. Los mercaderes fuéronse a la Audiencia de Los Reyes por vía de agravio, trujeron pleito con el Rey; condenáronle por dos sentencias, declarando la Audiencia no haber derechos, teniendo por todo un reino y sólo de Quito a todo el distrito de los Charcas; sacaron los mercaderes su ejecutoria, notificáronla a los oficiales reales (y en ella como presidente firmó el Virrey don Francisco de Toledo), los cuales escriben al Virrey la notificación, y que allí viene su firma si han de cobrar o no; respondióles que cobre de las ganancias los derechos señalados, y que si allí firmó fue como presidente, que lo demás mandaba como gobernador, y así se ha quedado hasta hoy y se cobran los derechos como se impusieron. Por esta razón se ha poblado aquesta playa y es frecuentada de navíos que llevan allí las mercaderías y los azogues de Su Majestad para Potosí.

Reside allí el corregidor cuotidianamente y es necesario, porque en este pueblo (helo visto tres veces) viven de todas las naciones que sabemos; aquí hay griegos, frisonos, flamencos, y ojalá no hobiese entre ellos algunos ingleses y alemanes, luteranos encubiertos, y siendo como es escala donde los navíos que vienen de Chile paran, y los luteranos, que desde el año de 78 acá han venido a reconocer y han surgido en él, ¿cómo dejan vivir allí tanto extranjero? hay más de 150 hombres, y no creo son los cuarenta meros españoles; esto ya es tratar de gobierno; cesemos, porque acá se recibe mal.

No se puede desembarcar en él sino es en una caletilla donde no pueden entrar ni salir dos bateles juntos, sino uno a uno, y es necesario saber la entrada por unos peñascos que a una y otra mano tiene, en los cuales asentándose los bateles fácilmente se trastornan. Los navíos surgen más de tres cuartos de legua desta caletilla. Vemos en él una cosa admirable: que ningún navío puede llegar al surgidero, sino es de medio día para abajo, hasta las cinco de la tarde, porque en todo tiempo la marea del aire comienza a las nueve de la mañana, y cuando son las cinco ya ha cesado. Puesta una atalaya sobre este morro, como ya la hay, descubre más de diez leguas de mar, por una parte y por otra, y antes que llegue cualquier vela al puerto, de más de seis leguas ya le ha descubierto, por lo cual de noche pueden dormir segurísimos que enemigo no entrará en él; hay en él cuatro o cinco piezas gruesas de artillería muy buena, que alcanzan una legua y más, bastante para defender la entrada al enemigo. Tres leguas el valle arriba se dan muchas uvas y buen vino y frutas de las nuestras muy buenas. El trigo, maíz y harina se trae de fuera parte, y por esto sale caro. Al tiempo del verano es abundante de pescado, y bueno. Es muy enfermo; siempre hobo en él pocos indios; agora no creo hay seis.

Capítulo LXVIII

De los demás valles hasta Copiapó

Desde aquí se va prolongando la costa derecha al Sur, con algunos valles angostos en ella, y despoblados, de quince y más leguas; el camino, arenales, y pasadas creo sesenta leguas, luego se entra en el valle de Atarapacá; éste solía ser muy buen repartimiento y rico de minas de plata, de donde se camina por un despoblado de ochenta leguas hasta Atacama, por el cual sin guía no se puede caminar. Los indios de Atacama han estado hasta agora medio de paz y medio de guerra; son muy belicosos, y no sufren los malos tratamientos que algunos hombres hacen a los de acá del Perú; no dan más tributo de lo que quieren y cuando quieren. Al tiempo que esto escribo dicen se ha domado un poco más. Es fama ver en su tierra minas de oro riquísimas, y a su encomendero, que es vecino de Los Charcas, Juan Velázquez Altamirano, a quien han tenido mucho amor, dos o tres veces le han enviado a llamar para descubrirse; las más en llegando allá se arrepienten, y no se les puede apremiar, esto el mismo encomendero me lo dijo.

Desde aquí se entra luego en el gran despoblado de 120 leguas que hay de aquí a Copiapó, que es el primer repartimiento del reino de Chile; el camino es de arena no muy muerta, y en partes tierra tiesa; en este trecho de tierra hay algunas caletillas con poca agua salobre, donde se han recogido y huido algunos indios pescadores, pobres y casi desnudos; los vestidos son de pieles de lobos marinos, y en muchas partes desta costa beben sangre destes lobos a falta de agua; no alcanzan un grano de maíz, no lo tienen; su comida sola es pescado y marisco. Llaman a estos indios Camanchacas, porque los rostros y cueros de sus cuerpos se les han vuelto como una costra colorada,

durísimos; dicen les previene de la sangre que beben de los lobos marinos, y por esta color son conocidísimos.

Volviendo al camino, unas veces es por la playa, otras a tres, cuatro y seis leguas y más la tierra adentro, a causa de los muchos peñascos que hay en la costa, a donde proveyó Nuestro Señor, sus jornadas de seis y siete leguas y la que más de ocho, de vallecillos muy angostos, con agua no muy buena y leña delgada y alguna yerba; no es camino que sufre mucha compañía ni de hombres ni de caballos; camínanse estas 120 leguas de Atacama a Copiapó en veinte días, dos más o menos, si las nieves no lo impiden, porque en algunas partes se mete el camino hacia la cordillera, donde por Junio, Julio y Agosto suele nevar; el matalotaje de los caminantes es biscocho, queso y tocino; los indios de guía, que son dos, se pagan primero que se pongan en camino, doce pesos a cada uno; llevan galgos y porque no se les despeen, con sus zapatillas, con las cuales cazan venados y guanucos, y son tan diestros en esto que como lo columbren es cierto le han de cazar; desta carne, que es buena, se sustentan.

Este camino pocas veces se anda, porque si no es algún desesperado o fugitivo homiciano no se pone a tanto trabajo.

Caminando por aquí se llega a un río que en la lengua de los indios se llama Anchallullac, que quiere decir río gran mentiroso, porque verémosle correr particularmente a la tarde y parte de la noche, y si luego no se toma el agua necesaria y da de beber a los caballos, dende a poco rato no hay gota de agua, y no es río pequeño.

La causa es que con el calor del sol se derriten las nieves de la cordillera Nevada, y corre el agua a la tarde y parte de la noche, y cuando resfría a la noche cesa la corriente; por lo cual los que piensan a la mañana hallar agua, hállense burlados y la madre del río seca. Hay otro río, que como viene corriendo el agua se va cuajando en sal. Por esta parte se mete mucho la mar hacia la cordillera, y en los tres meses dichos hace mucho frío y suelen caer nieves.

Los indios pocos que habitan en las caletillas desta costa desde Arica a Copiapó, que es el primer pueblo del reino de Chile, salen a pescar en balsas de cueros de lobos marinos llenos de viento; cósenlos tan fuertemente que no les puede entrar gota de agua; la costura está para arriba y el ombligo en medio de la balsilla, en el cual cosen una tripilla de dos palmos de largo, por donde la hinchan, y luego la revuelven o tuercen y enroscan. Cuando sienten que la balsilla está floja, desenroscan la tripilla y tornan a hinchar su balsa, usando de canaletes por remos, y no sufre cada balsilla sino una persona: la que sufre dos es muy grande; entran la mar adentro, en ellas, seis leguas y mas.

En medio deste gran despoblado de Atacama a Copiapó hay un cerro muy conocido, llamado morro Moreno de los marineros, al cual llegando por tierra parece ser el que divide los términos del Pirú de los de Chile, y comenzar los de Chile, otra nueva región.

Aquí casi fenecen los arenales y la tierra es ya dura, pero inhabitable por ser muy seca, sin aguas ni leña más de la que habemos dicho; desde este morro comienzan a ventar a su tiempo los Nortes, que es de mediado Abril hasta Noviembre, unas veces un poco más temprano, otras más tarde, y en este tiempo, no cada día, sino a veces, porque

el Sur es el que más reina, y desta Payta hasta este morro en la mar, a lo menos en la costa, muchas, y la mar adentro no alcanzan Nortes.

En la sierra del Perú corren y muy recios, pero desde este morro ya vientan, y mientras mas nos vamos llegando al polo Antártico, más vehementes. Como diremos tractando del reino de Chile, sucede una cosa, cuya causa no se alcanza, y la he visto dos veces que de Chile por mar he bajado a la ciudad de Los Reyes, y es: que en llegando al paraje del morro Moreno, el vino que de Chile se saca, aunque sea añejo, y lo hay muy bueno, da vuelta y se pone turbio y de tal sabor que no se puede beber, y desta manera persevera más de seis meses; después vuelve a su natural.

Esto, a los que no lo han experimentado les parecerá fábula; no lo es, sino que es mera verdad. Por lo cual, aunque los navíos se hallen con alta mar, viendo vuelto el vino, conocen llegar al paraje de morro Moreno, y luego poco a poco van declinando a tierra, si han de hacer escala en Arica.

Este viaje por mar del puerto del Callao a Chile, agora veinte años, solía ser muy tardío, porque no hacían cada día más que dar un bordo a la mar, otro a la tierra y surgir en la costa, y así están toda la noche, a cuya causa tardaban un año y más en llegar a Chile, conocí en aquel reino un español, que embarcándose sus padres para aquel reino, se engendró y nació en la mar y tornó su madre a se hacer otra vez preñada, y no habían llegado al puerto de Coquimbo; agorase navega en veinticinco días y a lo más largo de treinta, porque en saliendo el navío del puerto del Callao se arrimarán el bordo a la mar quince días más, y luego vuelven sobre la tierra otros tantos, y se hallan en el puerto, algunas veces adelante del puerto en cuya demanda navegan. La primera vez que fui a Chile, agora 27 años, no tardamos en llegar al puerto de Coquimbo más que veintidós días en sólo dos bordos, que fue el mejor y más breve que se ha hecho; y esto cuanto a la descripción de la costa del Pirú desde Puerto Viejo a Copiapó, en toda la cual costa hay muy pocos puertos, y esos no muy seguros, que es la fuerza destes reinos. Agora volvamos a las ciudades deste nuestro Perú por el camino de la Sierra, y luego trataremos de la calidad de los indios della y sus costumbres.

Capítulo LXIX

De la ciudad de Quito

La ciudad de Quito es un pueblo grande, cabeza de Obispado, y donde reside una Audiencia real; su comarca es fértil, así de trigo como de maíz y demás mantenimientos de la tierra y nuestros, abundantísima de todo género de ganados mayores o menores; dista de la línea Equinocial un tercio de grado, y con distar tan poco es muy fría y destemplada, lluviosa, que casi todos los meses poco o mucho llueve, y a su tiempo, que es desde diciembre a abril, es de muchas aguas, muchos truenos y rayos; oí decir a los conquistadores, que cuando venían conquistando la tierra desde Riobamba a Quito, que son veinticinco leguas, mataban los caballos y se metían dentro para guarecerse del frío, porque desde Guayaquil se subieron a la sierra, a donde hay páramos bastantemente fríos y destemplados; agora parece se han moderado los tiempos.

Fundaron la ciudad entre cuatro cerros; los de la parte del Septentrión son altos, los otros pequeños; dentro del mismo pueblo se da maíz y legumbres, muchas y muy buenas, duraznos, membrillos y manzanas, que no se pensó tal se dieran en ella.

Hase augmentado mucho esta ciudad; reside en ella la Audiencia real; tiene muchos indios en su comarca, y las tierras muy abundantes, los campos llenos de ganados mayores y menores, de donde hasta la ciudad de Los Reyes, que son más de trescientas leguas, traen ganado vacuno, y aun carneros.

Lo que han multiplicado yeguas y caballos parece no credero. Hay fundados en esta ciudad conventos de todas órdenes y un monasterio de monjas.

Nuestros religiosos tienen provincial por sí, y los del glorioso San Francisco; divididos desta provincia del Perú, los padres de San Agustín y Teatinos, sujetos a los provinciales de Los Reyes.

El convento del seráfico San Francisco fue el primero, y la ciudad se fundó el día de San Francisco, por lo cual se llama San Francisco de Quito.

Esta sagrada religión, como más antigua, comenzó a doctrinar los naturales con mucha religión y cristiandad, donde yo conocí a algunos religiosos tales, y entre ellos al padre fray Francisco de Morales, fray Jacobo y fray Pedro Pintor. El sitio del convento es muy grande, en una plaza de una cuadra del, a donde incorporado con el convento tenían agora cuarenta y cuatro años un collegio, así lo llamaban, do enseñaban la doctrina a muchos indios de diferentes repartimientos, porque a la sazón no había tantos sacerdotes que en ellos pudiesen residir como agora; además de les enseñar la doctrina les enseñaban también a leer, escribir, cantar y tañer flautas; en este tiempo las voces de los muchachos indios, mestizos, y aun españoles, eran bonísimas; particularmente eran tiples admirables.

Conocí en este collegio un muchacho indio llamado Juan, y por ser bermejo de su nacimiento le llamaban Juan Bermejo, que podía ser tiple en la capilla del Sumo Pontífice; este muchacho salió tan diestro en el canto de órgano, flauta y tecla, que ya hombre lo sacaron para la iglesia mayor, donde sirve de maeso de capilla y organista; deste he oído decir (dése fe a los autores) que llegando a sus manos las obras de Guerrero, de canto de órgano, maeso de capilla de Sevilla, famoso en nuestros tiempos, le enmendó algunas consonancias, las cuales venidas a manos de Guerrero conoció su falta. Esto no lo decimos sino por cosa rara, y porque no ha habido otro indio semejante en estos reinos.

Combaten a esta ciudad, y toda su comarca, grandes y violentos temblores de tierra, a causa de que la ciudad a la parte del Septentrión tiene uno o dos volcanes, y el uno dellos que casi siempre humea; toda aquella provincia tiene muchos, tantos, que en lo restante del Perú no se ven sino cual o cual allí a cada paso. Los años pasados, debe hacer 23 o 24, salió tanta ceniza de este volcán cercano a la ciudad, que por algunos días no se veía el sol, y el pueblo, campos y pastos llenos de ceniza, por lo cual todos los ganados se venían a la ciudad a buscar comida bramando. Hiciéronse procesiones y de sangre; fue Nuestro Señor servido proveer de algunos aguaceros que limpiaron la ceniza, y se descubrió la yerba para el ganado. En este tiempo la ciudad era combatida de frecuentes temblores y muy recios, de tal manera que pensaban ser las señales últimas del día del juicio; reventó este volcán, y declinó a la mar del Sur; arruinó algunos pueblos de indios y se los llevó el agua que salió del, y porque por esta parte del Septentrión no dista muchas leguas el volcán, de la mar del Sur, hacia el paraje de Puerto Viejo, bahía de Caragues y de San Mateo, alcanzó parte desta ceniza, que el

viento la llevaba, y en alta mar en el mismo paraje los navíos que en aquella sazón navegaban viniendo de Panamá a estos reinos, veían la claridad de la lumbre del volcán.

Oí decir a persona fidedigna que entonces se halló en Quito, que salieron muchas personas, y entre ellas ésta, a ver una laguna junto al volcán, que ardía como si fuera de tea.

El edificio de la iglesia mayor es de adobe, la cubierta de madera muy bien labrada; labróla un religioso nuestro, fraile lego, de los buenos oficiales que había en España. En medio de la plaza hay labrada una fuente muy buena y de muy buena agua, y en la plaza de San Francisco otra; las casas para sus huertas no tienen necesidad de acequias; el cielo les da abundantes pluvias, y a las veces no querrían tantas.

Capítulo LXX

De la provincia de los Quijos

A la parte del Sur desta ciudad demora la provincia llamada de los Quijos, o por otro nombre de la Canela, por se hallar en ella y de allí se trae ya por estas partes tan buena y mejor que la que viene de la India, porque, como más fresca, pica y quema más. Hay en esta provincia tres ciudades de españoles; es tierra calida y lluviosa, y en ella un río muy grande; los indios no son tan bien agestados como los de por acá; es gente pobre; los años pasados, gobernando don Francisco de Toledo, al fin de su gobierno se quisieron alzar-y lo hicieron; mataron algunos españoles, y creo dos religiosos nuestros; estaban concertados con los de Quito, y si no se descubriera el alzamiento en Quito, fuera el daño muy mucho mayor, y como en Quito se descubrió fue desta manera: para el servicio de las ciudades hay señalados indios que se reparten tantos en número como jornaleros, porque sin esto no se podrían sustentar las ciudades; señálaseles por cada día un tanto por su trabajo, que se les paga infaliblemente; estos indios repártense por los repartimientos, rata por cantidad, y vienen a sus tiempos algunos curacas de los menos principales, a los cuales si algunos de los indios jornaleros faltan, o se huyen (no los puede tener atados), les echan los corregidores o alcaldes en la cárcel, y a veces azotan y trasquilan (si es bien hecho o mal esto, no me entremeto en ello); sucedió que a uno destos curacas le faltaron o se le huyeron parte de los que había de dar, la justicia envióle a llamar con un indio lengua; trújole; el pobre curaca veníase afligiendo, temiendo los azotes y cárcel; el indio lengua, que le llevaba preso y sabía del alzamiento, consolóle diciendo: No tengas pena, que para tal día nos habemos de alzar y matar todos estos españoles y quedaremos libres, y los Quijos han de hacer lo mismo; sucedió (Nuestro Señor lo ordenó así) que iban en pos de los indios acaso dos españoles, a los cuales no vieron los indios; oyeron y entendieron lo que el indio lengua dijo; callaron su boca y fueron siguiendo los indios; llegados delante de la justicia, declararon lo que oyeron; la justicia prende al indio, pónole a cuestión de tormento, declaró la verdad, y los conjurados: hicieron justicia de algunos; a los Quijos no pudieron avisar por ser corto el tiempo. Los Quijos, no sabiendo lo que pasaba en Quito, y entendiendo que no faltarían, alzáronse el día señalado, y hicieron el daño que habemos dicho. Pero castigáronlos, y el día de hoy sirven pacíficos como antes.

Capítulo LXXI

De Riobamba y Tumibamba

Saliendo de la ciudad de Quito, por el camino real del Inga, para venir por acá arriba, a 25 leguas desta ciudad, llegamos al valle llamado Riopampa, antes del cual hay cinco pueblos de indios, buenos. Este valle no tiene una legua de largo, poco más; de ancho no alcanza a media legua; no era poblado de indios, pero muy fértil de pastos para ganados; multiplicaban admirablemente, lo cual visto por otros, se metieron en él, y agora es un razonable pueblo de españoles, rico de todo género de ganados y de trigo; es falto de leña, y algún tanto destemplado, porque hace frío; en el mismo asiento del pueblo nacen unos caños de agua buena, que como sale debajo de tierra son templados.

En este valle y pueblo (creo gobernando don Francisco de Toledo) andaba un hereje luterano, extranjero, en hábito de pobre y sustentábase de limosnas que como a pobre le hacían, y en este estado vivió tres u cuatro años, que sin duda debía esperar algunos otros de su secta, y como se tardaron, un día de fiesta, estando la iglesia llena de gente. oyendo misa, el impío luterano arriba, junto a la peana del altar mayor donde el cura decía misa, así como el sacerdote consagró la hostia y la levantó para que el pueblo, consagrada, la adorase, se levantó, y con ánimo endemoniado la quitó con sus manos sacrílegas de las manos del sacerdote y la hizo pedazos; echando mano a un cuchillo carnicero que tenía escondido, creo hirió livianamente al sacerdote; el pueblo, viendo esta maldad sacrílega, admirado, los que se hallaron más cerca se levantaron, las espadas desnudas, y llegando al luterano le dieron de estocadas y mataron, sin advertir que fuera muy mejor cogerle vivo a manos y echalle en una cárcel a muy buen recaudo y dar aviso a los inquisidores que residen en la ciudad de Los Reyes, para que supieran dél qué fue la causa de su hecho endemoniado y si por ventura había otros como él en el reino; empero en semejante caso ¿qué católico puede tener reportación?

Otras 25 leguas adelante entramos en el valle, muy espacioso y abundante, llamado Tumipampa, donde ningunos naturales dejó el Inga, porque cuando iba conquistando estos reinos, llegando aquí le hicieron mucha resistencia; pero, vencidos, a los que dejó con la vida, que fueron pocos, los trasportó por acá arriba. En el valle de Jauja, que dista deste más de 300 leguas, puso algunos pocos, descendientes destes; llámanse Cañares, y este valle está casi en medio de la provincia. Corren por él dos ríos en tiempo de aguas, grandes, y no distando mucho el uno del otro; en el uno se crían peces, en el otro ninguno.

Antes de llegar a este valle, una jornada o dos, vivía, con un apacible asiento, el señor desta provincia de los Cañares, en su pueblo formado, el cual, cuando Guainacpac, que fue el más poderoso señor destes reinos y penúltimo dél, conquistaba la tierra, llegando aquí los Cañares le vencieron en batalla campal y prendieron, e preso lo pusieron en un pozo poco hondo; yo he visto el lugar; de donde, sacándole una mujer suya con una faja que las indias se ceñían, llamada chubi, de noche, los Cañares, borrachos, le puso en libertad; volvió a rehacerse y vino con tan poderoso ejército sobre esta provincia, que, no se hallando los Cañares poderosos para resistirle, le enviaron 15.000 niños con ramos en las manos, pidiendo paz; el cual a todos los mandó matar, y haciendo grandes crueldades y muertes a los Cañares despobló este valle Tumipampa, y al pueblo del gran señor de los Cañares, que era el principal, donde le tuvieron preso, le dejó con tan pocos indios, que, agora 43 años, no eran ochocientos los vecinos, y al presente tienen muchos menos.

Son estos Cañares hombres muy belicosos y muy gentiles hombres, bien proporcionados, y lo mismo las mujeres; los rostros aguileños y blancos; son muy

temidos de todos los indios del Perú, y grandes enemigos de los Ingas; sucedió así: que cuando se alzó toda la tierra contra los españoles, a pocos años después de conquistada, y muerto el señor della, Atabalipa, tuvieron los indios serranos y Ingas cercada la ciudad de Los Reyes, y en no poco estrecho, y en el valle de Jauja mataron más de treinta españoles, y en otras partes los que podían haber, y al Cuzco también cercaron: un vecino, de Quito (conocílo), llamado el capitán Sandoval, encomendero, si no de toda esta provincia, de la mayor parte della, sabiendo el aprieto en que estaban los nuestros, juntó cuatro o cinco mil indios Cañares y vino en favor de los españoles. Púsose en camino con ellos, y prosiguiéndolo, sabido por los indios cercadores que venían los Cañares contra ellos, alzaron el cerco, y los cercados, saliendo contra ellos, les hicieron volver a sus tierras, y desde entonces hasta hoy no se han atrevido a se rebelar, aunque lo han procurado.

El día de hoy, donde hay fuera de sus tierras Cañares, las justicias se sirven dellos así para prender indios fugitivos como españoles facinerosos; sácanlos de rastro, aunque se metan en el vientre (como dicen) de la ballena.

En este valle Tumipampa comenzaron a hacer sus estancias algunos españoles de todo género de ganado, el cual ha crecido y multiplicádose tanto, que él solo es poderoso a dar carnes a todo el Perú, lo cual he visto; se fundó en él un pueblo de españoles, y bueno, rico destos ganados, donde muchos millares de novillos se sacan y vienen a Los Reyes para el sustento desta ciudad; pues la abundancia de ganado ovejuno, porcuno y caballuno parece no tener número, y los caballos e yeguas valen tan poco, que se compran a cuatro o cinco pesos, escogidos, que son a 32 o 40 reales; llámase la ciudad Cuenca; el temple es bueno, donde se dan las frutas nuestras, si no son uvas. Sustenta tres conventos, no de muchos frailes: Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, habrá que se fundó treinta años.

Capítulo LXXII

De la ciudad llamada Loja

Prosiguiendo el camino adelante, del Inga, a 35 ó 40 leguas entramos en el valle donde la ciudad de Loja se fundó, llamado en la lengua del inga Cusipampa, que es tanto como decir: valle de placer, y así lo es realmente; es alegrísimo, de grata arboleda, por medio del cual corre un río de saludable agua; casi en todo el año se siembra y cógese el trigo y maíz: uno en un mismo tiempo está en berza, otro se riega; en otras partes aran para sembrar; no es muy ancho el valle, pero bastante para sustentar la ciudad, que no es muy pequeña; tiene muchos indios de encomienda, la comarca fértil e más templada que la de Quito, y más lluviosa; en su distrito caen las minas de oro que llaman de Coruma; sustenta tres monasterios de las ordenes mendicantes, aunque no de muchos religiosos; el nuestro es el más antiguo.

Desta ciudad, declinando al Oriente la tierra adentro, se camina a la ciudad de Zamora, y gobernación que llamamos de Salinas, donde hay tres o cuatro pueblos de españoles, algunos dellos ricos de oro; particularmente lo fue, y agora no le falta a Zamora, en cuyas minas se hallaron dos granos, uno que pesaba 1.600 pesos, y otro la mitad, 800.

Para ir a esta gobernación se pasan uno o dos páramos despoblados y muy fríos: los cuales pasados, lo demás es tierra muy cálida, montuosa y de muchas aguas del cielo, llena de sabandijas ponzoñosas.

A esta provincia no he visto, por eso trato brevemente della.

Capítulo LXXIII

De la provincia de Cajamarca

Saliendo desta ciudad y valle por el camino real del Inga, de la Sierra, hasta llegar a la provincia de Cajamarca, no sé las leguas que hay, ni las particularidades del camino; no lo he visto; la ciudad de Los Reyes, desde la de Loja bajamos a Tumbes, por un camino, mejor diré sin camino, ibamoslo abriendo; haría dieciséis años no se caminaba por él, y desde entonces no se ha caminado, ni bajado a Tumbes otra vez, y porque a nuestro intento hace poco, no trataré dél. Lo que he oído desta ciudad a Cajamarca, que quiere decir tierra o provincia de espinas o cardones espinosos, es que por la mayor parte el camino es áspero, de muchas piedras, cuevas y de algunos despoblados, hasta llegar a esta provincia, donde fue preso Atabalipa, señor de todos estos larguísimos reinos; desde Pasto, 40 leguas más abajo de Quito, hasta la ciudad de Santiago de Chile y aún 18 leguas más adelante y todo el reino de Tucumán, en esta provincia se enseña (no lo he visto) el lienzo ancho y largo de pared con quien dieron los indios del ejército de Atabalipa en el suelo, huyendo de un caballo y caballero, empujándose los unos a los otros.

Es bien poblada esta provincia de indios y abundante de todo mantenimiento, porque aunque es por la mayor parte fría, tiene algunos valles templados donde se coge mucho maíz y trigo, y en los altos, abundante de papas, que son como turmas de tierra, empero, de mejor nutrimento. Los padres de San Francisco la han doctrinado desde el principio y la doctrinan con mucho ejemplo de cristiandad y religión.

Capítulo LXXIV

De la ciudad de Chachapoyas

A las espaldas de Cajamarca, la tierra adentro, caminando hacia el Oriente, se fundó la ciudad llamada comúnmente Chachapoyas, a los principios rica de oro y poblada de gente más bien dispuesta que la del Perú, más gallarda y de mejor disposición, pero grandes ladrones. Es región más cálida que fría, los valles son cálidos, lluviosos y con abundancia de víboras y otros animales sucios y ponzoñosos; oí decir a un portugués que había residido en el Brasil y sabía un poco de la lengua de aquella tierra, que viviendo en un valle éstos salieron allí unos indios, y conociéndoles por el traje, y pareciéndole eran del Brasil, les hablo en la lengua de aquella tierra, y le respondiéndole en ella, preguntándole de dónde eran y venían, le dijeron ser del Brasil y que acaso se habían entrado la tierra adentro huyendo de sus enemigos, y habían aportado allí no siguiendo camino, sino do la ventura les guiaba, que yo seguro anduvieron más de 900 leguas y pasaron ríos muy caudalosos, a los cuales no temen por ser grandes nadadores. En la provincia de Bracamoros, que esta más hacia el Norte, se fundó otra ciudad llamada Jaén; no tiene mucho nombre porque no es más que abundante de comida: es el paraíso de Mahoma; tiene las calidades la tierra que la de los Chachapoyas.

Capítulo LXXV

De la ciudad [de] Guánuco

Volviendo, pues, a nuestro camino por la sierra adelante desde Cajamarca, dejándolo a mano derecha llegamos a la ciudad de Guánuco, nombrada de los Caballeros porque se pobló de hombres muy nobles.

Esta ciudad tiene buena comarca, y muchos indios de repartimiento; no la he visto, pero sé lo que voy diciendo por relación y tracto de los que en ella han vivido; es fértil y abundante. En el mismo pueblo se da todo el año higos, naranjas, limas, unos están recién nacidos, otros un poco más gruesos, otros maduros, danse muy bien membrillos y manzanas con las frutas de la tierra. Es el temple ni caluroso ni frío, y más declina al calor. Es abundante de muchas carnes, a causa de tener en su distrito muy buenos pastos. Los edificios buenos; de medio día para abajo, en el verano, son tan recios los vientos, que no se puede andar por las calles.

Sustenta monasterios de todas Ordenes bastantemente, no de muchos frayles. El que más tiene hasta doce. De aquí salieron el capitán Serna y Juan Tello, los cuales teniendo rendido a Francisco Hernández Girón, que fue tirano, llegó el capitán Juan de la Serna, echóle mano y prendióle y llevóse la honra de la prisión; con lo cual se acabó aquella rebelión, y desde entonces acá, que han pasado más de 42 años, no ha sucedido otra ni se espera sucederá, si Nuestro Señor por nuestros pecados no nos quiere castigar, porque las cosas ya están tan bien asentadas, y tanta justicia en el reino, que los españoles no quieren sino ganar de comer. Saliendo desta ciudad y volviendo al camino real, a 30 leguas andadas entramos en el valle de Jauja, donde al presente escribimos este breve compendio, uno de los mejores y más poblados deste Reino; es abundantísimo de trigo, maíz y otros mantenimientos de la tierra, y carnes. Pasa por medio dél un río grande y caudaloso al tiempo de las aguas, pero el más desaprovechado del mundo, porque no se puede sacar dél una sola acequia para regar los sembrados; lleva pescado y bueno; sustentanse en él trece pueblos de indios, los siete por la una banda y los seis por la otra, poblados con sus cuadradas, las iglesias de adobes y tejas, adornadas de razonables ornamentos. Vanse disminuyendo estos indios, a lo menos los varones, por estar tan cerca de Guancavilca, la causa diré en el capítulo siguiente. Cásanse en algunos pueblos pocas indias solteras, en particular en el que agora resido doctrinándolos, llamados Chongos, porque dicen que si, casados, los maridos las han de tractar mal, como lo hacen estando borrachos, que más quieren su libertad y buen tractamiento, que a veces llegan a matar a las mujeres, como soy testigo, no hay de qué maravillarnos. Tiene de largo este valle nueve leguas tiradas, y por lo más ancho dos; es falto de leña, que si la tuviera ya se hobiera poblado en él un pueblo de españoles; es templado, aunque no sufre naranjos ni limones; danse algunos membrillos y duraznos, y de las legumbres nuestras algunas.

Capítulo LXXVI

De la villa de Oropesa, llamada por otro nombre Guancavilca

Cuatro jornadas deste valle, no muy grandes, se descubrieron, creo en tiempo que gobernaba el marqués de Cañete, de buena memoria, o al fin de su gobierno y principio del Conde de Nieva, las minas que llaman del azogue, en un valle llamado Guancavilca,

asaz fría, porque está en medio de la cordillera de las Sierras Nevadas que atraviesan todo este reino de Perú y Chile, hasta el estrecho de Magallanes, a donde se pobló un pueblo de españoles gobernando don Francisco de Toledo, por cuyo respecto se nombró Oropesa, con título de villa. Descubrieron estas minas unos indios de la encomienda de Amador de Cabrera, vecino de Guamanga, en cuyo distrito se hallaron, de donde sacó y se vio prosperísimo en riqueza; no murió con tanta, y su mujer y hijos agora padecen necesidad. Al principio repartióse el cerro en minas a hombres particulares, como si fueran minas de plata; ellos las labraban pagando su quinto al Rey; después acá, su Majestad, y justísimamente, las quitó y aplicó para sí; sólo dejó con propiedad de su mina al descubridor, Amador de Cabrera, y a sus herederos.

Arrienda estas minas Su Majestad a cierto número de españoles, con condición que todo el azogue que sacaren lo metan en el almacén, y Su Majestad les paga el quintal a quarenta pesos ensayados; Su Majestad les reparte indios de los comarcas, pagándoles su trabajo los arrendadores conforme a lo que el Virrey señala. Este cerro de azogue ha sido la vida deste Perú, porque si no se hobiera descubierto, fuera el más pobre y más costoso del mundo. Con los azogues ha revivido, porque toda la plata que en Potosí y en Porco se saca, como tractando dellos diremos, es por azogue y con azogue. Los que comenzaron a labrar el azogue fueran poderosísimos de plata si tuvieran juicio para guardar y gastar; faltóles, y el día de hoy están alcanzadísimos, porque como el azogue se va en humo, así sus riquezas se han resuelto en él. Que haya uno solo que se entienda está rico, aunque lo disimula, no es contra lo que decimos, porque una golondrina no hace verano. Solíase labrar el cerro, como dicen, a tajo abierto, y labrándolo así no era dañoso a la salud de los que entraban a labrar y quebrar el metal; de pocos años a esta parte, no creo son ocho, labran por socavón, lo cual es la total destrucción de los miserables indios; que a labrar en tierra, al socavón no le hicieron respiraderos para que por ellos el humo o polvillo del metal exhalase; todo aquel humo éntrase por la boca, ojos, narices y orejas de los indios, el polvo de azogue es azogue y el humo del azogue es azogue; salen los pobres azogados, no los curan; luego viénense a sus tierras así enfermos; ninguno escapa que venga enfermo de Guancavilca; viven seis y ocho meses y un año y medio, con gran apretamiento de pecho, y así enferman y acaban la vida.

Esta es la causa de la disminución destes naturales y de los que se habían de multiplicar dellos; yo confieso verdad, que en dos años que vivo en este pueblo de Chongos, los más que llevo enterrados son deste azogue. Avisamos dello, no creo se nos da crédito, y lo que es deste valle es de los demás que de más cerca y lejos van a trabajar a las minas, y desto son testigos también los repartimientos de Guamanga, y en particular el del primer descubridor, era uno de los buenos del reino, del Cuzco para abajo; agora está menoscabadísimo. Que si al socavón hobieran hecho sus respiraderos, o se labraran las minas como antes, no padecían este detrimento la vida de los naturales, lo cual viendo los miserables huyen por no ir a Guancavilca, como es justo se huya de la muerte.

No se puede dejar de creer, sino que si Su Majestad deste menoscabo de sus vasallos fuese informado, que mandaría, o cesar la labor, o que se labrase como antes, porque el rey sin vasallos es como cabeza sin miembros, sin pies, sin manos, sin ojos, etc., y quien tanto cela el bien destes pobres, con tanto amor y cristiandad, no es posible no lo mandase remediar, y aun castigaría a quien no lo pusiese luego en ejecución.

Capítulo LXXVII

Del asiento de minas Choclococ[h]a, por otro nombre Castrovirreina

Quince leguas, declinando a los Llanos, deste cerro Guancavilca dista un cerro de minas llamado Choclococha, al pie del cual, porque se descubrió y pobló gobernando el marqués de Cañete, don García de Mendoza, por ser casado con la ilustrísima Sra. Doña Teresa de Castro, que a estos reinos trujo consigo, le pusieron por nombre Castrovirreina, asiento frigidísimo más que Potosí; no es tan rico con mucho.

Este cerro también ha consumido parte de los indios que se repartieron para la labor de las minas; porque aunque la labor de las minas de plata no consuma la vida como la del azogue, porque los indios repartidos vienen por tierras frigidísimas, y aquel asiento lo es, y primero que hicieron casas donde guarecerse de las nieves y aguas del cielo, el temple desabridísimo y malo los hacía enfermar y morir como han muerto muchos; ya esto ha cesado con el reparo de las casas.

Capítulo LXXVIII

De la ciudad [de] Guamanga

Volviendo al camino real (es necesario hacer estas digresiones por no volver a ellas) desde Jauja a la ciudad de Guamanga ponen 36 leguas, no de muy buen camino, en el cual no hay pueblo ninguno de indios, sino cinco tambos con servicio de naturales para los pasajeros, donde se halla recado de pan, vino, maíz y carnero, y caballos de alquiler de jornada en jornada, como ya casi en todos los tambos, que son ventas desde Quito a Potosí, y aun más adelante. Cinco leguas antes de llegar a esta ciudad entramos en el valle llamado Assangaro, donde casi todo el año hay uvas para vender, respecto de tener allí cerca una viña de un vecino de Guamanga, de donde se proveen, y a una legua, poco más, hay un ingenio de azúcar deste mismo vecino, y muy bueno. Dos leguas más adelante de Assangaro es el valle llamado Viñaca, en el cual hay algunas viñas muy buenas que dan buen vino, y parece adivinaron los indios llamándolo así Viñaca, por lo que en él se ha plantado de viñas; es caliente mucho, aunque a su tiempo hiela, no mucho, y el río arriba a mano izquierda, por una parte y otra del río, se han plantado y plantan viñas.

La ciudad de Guamanga es de buenos edificios y son los mejores del reino. particularmente las portadas de las casas son muy buenas, de piedra, que la tienen junto al pueblo y la sacan cuan grande quieren, y la cal no está lejos; los monasterios, que son tres, Santo Domingo, San Francisco, La Merced; las tienen buenas, donde en cada convento se sustentan de ocho a diez religiosos; es falta de agua, porque es falta de río; empero tiene una muy buena fuente en medio de la plaza y de muy buena agua.

Cuando los conquistadores vivían era pueblo muy rico; agora no lo es tanto por haber quedado en poder de nacidos en ella. La comarca es muy buena y abundante de mucho ganado de toda suerte, y no menos de pan y demás mantenimientos, así nuestros como de los que había en la tierra. El temple es el mejor de los que yo he visto de Quito a Chile; llueve poco; tiene su alguacil, que son pedriscos a la entrada de las aguas, y aun algunos rayos.

Había en este pueblo la mejor casta de caballos del reino; ya se han perdido por la negligencia de los que con ellos quedaron. No sé yo si en lo descubierta se hallará mejor temple ni más sano para fundar una Universidad, porque ni el calor ni el frío impide en todo el año que no se pueda estudiar a todas horas. Yo tuve casi concertado con un hijo de un vecino, hombre principal, fundase con su hacienda en nuestra casa un colegio con que ennobleciese su ciudad; sacóme la obediencia para este asiento y quedóse. Fuera obra heroica y de gran provecho para todo el reino, la ciudad se aumentara y de todo el reino acudieran a oír Teología, porque los nacidos en la sierra corren mucho riesgo de su salud en Los Reyes. Por maravilla alcanza aquí temblor de tierra, y cuando llega viene tan cansado, que casi no se siente; la comarca es rica de todo género de minerales, por una parte y por otra.

Edificó aquí un vecino desta ciudad, llamado Sancho de Ure, gran cristiano y no menos su mujer y casa, cuyo nombre corresponde con los hechos, porque Sancho es o quiere decir Santo; edificó, digo, un convento de monjas de Santa Clara a su costa, con una iglesia, la capilla mayor de bóveda, el cuerpo de la iglesia bueno, y es el mejor del pueblo; dejóles renta bastante, la cual con las que han entrado se ha aumentado y crecido. Puso en él cuatro hijas, que todas profesaron; las tres viven hoy, religiosas muy principales y de mucha cristiandad y gobierno. El fundador no tenía mucha renta de indios, aunque tenía haciendas; oí decir en aquella ciudad que mientras edificaba el convento le proveyó Nuestro Señor en una mina que labraba bastante plata para el edificio, el cual acabado cesó la veta, y aun las demás del cerro, porque el día de hoy nadie labra en él.

Fue dichoso este fundador en hijos, porque tuvo muchos, once: los seis varones, las cinco mujeres; de los varones los cuatro son religiosos de la Orden del Seráfico San Francisco; los tres muy buenos predicadores, así para españoles como para indios, que todos cuatro viven hoy con gran ejemplo de cristiandad y virtud, a quien la Orden les ha encomendado oficios honrosos y han dado muy buena cuenta dellos.

Al fundador deste convento le dio Nuestro Señor una muerte cual fue, su vida, porque demás de la obra famosa deste monasterio, era un hombre de mucha oración y disciplina, y en esto su mujer le era bonísima compañera, la cual, aunque le vio espirar, no hizo los extremos ni tragedias que otras suelen hacer, sino con el semblante alegre ella propia le amortajó, puso en el ataúd, y en su casa aquel día no se vieron lágrimas ni voces, sino un silencio, una tristeza subjecta a la razón y muchas gracias a Nuestro Señor y conformidad con su voluntad, y si lágrimas hobo, fueron piadosas y cristianas; murió esta señora como vivió, con gran satisfacción de su vida.

Capítulo LXXIX

Del río y caminos de Guamanga al Cuzco

De la ciudad de Guamanga dista la del Cuzco sesenta leguas, si no son 70, divididas en doce jornadas; el camino es malo y destemplado, porque en algunas jornadas hay dos temples diferentes; salimos de uno templado y llegamos a dormir a donde hace un frío incomportable, como saliendo de Guamanga y parando en los Tambillos de Illaguaci; otras veces salíamos de lugares fríos y a tres leguas bajábamos a hornos encendidos, valles calidísimos, y luego subíamos a temple frío, cual es la jornada de Villcas a Uramarca, y desta suerte es casi todo el camino. En esta distancia encontramos con tres

ríos muy grandes en valles calidísimos: el primero es el de Villcas, a 16 leguas de Guamanga; en tiempo de aguas poderoso, pásase por puente de creznejas; en tiempo de seca se vadea, y esto como deja el vado, unas veces lo deja pedregoso, otras no con tantas piedras, y cada año muda el vado, no se puede hacer en él puente de cal y canto por no haber cómodo para ello. El agua es gruesa y cálida como las demás de Guamanga al Cuzco, que lo del arroyo es de buena agua.

Pasado este río, dos jornadas adelante, entramos en el valle de Andaguailas, templado, donde se da maíz y trigo; es bien poblado de indios, abundante de ganados nuestros y de la tierra. También aquí se van apocando los indios, por dos vías, la una por Guancavilca y la otra porque de aquí se sacan indios para labrar en los Andes del Cuzco las chácaras de coca, y dales allí una enfermedad en las narices que se les ponen como una trompa muy gruesa y colorada, de que algunos mueren, fuera de las enfermedades que allá les dan mortales, como diremos en su lugar. Más adelante se sigue el valle nombrado Amancay por unas flores olorosas blancas que en él nacen en abundancia, así llamadas. Este río nunca se vadea; tiene puente de cal y canto, mandada hacer por el buen marqués de Cañete, de felice recordación el primero.

Aquí hay, por ser templado, uno o dos trapiches donde se hacen buenas cosas de azúcar. Más adelante llegamos al río de Aporimac; éste también no se vadea; pasase por una puente de creznejas asaz larga y angosta, donde hay cantidad de mosquitos zancudos cantores, amicísimos de beber sangre humana, y no menos cantidad de los rodadores, tan sedientos como esotros; hay agua gruesa y muy cálida; todos estos tres ríos se juntan con el de Jauja y otro que pasa cuatro leguas del Cuzco, por el valle de Yucay, no menor que cualquiera déstos, y hacen aquel grande y famoso río del Marañón, que desemboca en la mar del Norte con 80 leguas de boca. Es el mayor río del orbe.

Prosiguiendo nuestro camino adelante, cuatro leguas antes de la ciudad del Cuzco entramos en el valle de Xaquixaguana, donde fue desbaratado el tirano Gonzalo Pizarro y sus valedores, sin rompimiento de batalla, por el gobernador licenciado Pedro de la Gasca y demás servidores de Su Majestad. Valle ancho y largo, donde hay dos o tres pueblos de indios apartados un poco del camino real; es más frío que templado, aunque se da maíz en él y trigo; empero, si acierta a helar un poco temprano, arrebátase el hielo al maíz; el trigo sufre más, y por eso no le hace tanto daño.

Es abundante de ganado del nuestro, de todo género. Las aguas son malas, gruesas y salobres.

Capítulo LXXX

De la ciudad llamada El Cuzco

De aquí a la ciudad de El Cuzco ponen cuatro leguas buenas.

Era el asiento principal de los reyes destos larguísimos reinos, a quien llamaban Ingas. El sitio es malo y las aguas malas; fundaron aquí su ciudad los españoles en el mismo lugar donde la tenían fundada los indios, que es al principio del valle, el cual, en esta parte, es angosto, aunque más abajo, como va corriendo casi al Oriente, se ensancha un poco más. Siémbrase en él trigo e maíz de riego y dase bien si los hielos no acuden

temprano. Parte desta ciudad está fundada en una ladera, y aun la mayor parte; no la dividieron los fundadores por cuadras, como las demás deste reino, ni tiene calle derecha ni proporcionada, porque no quisieron los españoles romper los edificios de piedra que en ella hallaron, no siendo muy aventajados; hállanse en ellas muchas calles muy angostas, que apenas pueden ir dos hombres de a caballo a las parejas, a cuya causa en invierno es muy sucia y lodosa. Pasa por medio della un arroyo de poca agua al verano y aun al invierno, si no es por alguna gran avenida que luego cesa, por tener su nacimiento muy cercano; este río es muy sucio y de mal olor; hanle hecho sus alcantarillas para pasar de unas calles a otras. El Inga le tenían tan bien acanalado y recogido con una muralla de piedra, por una parte y por otra, y por donde corría el agua, enlosado, que ni se divertía a otra parte, ni paraba cosa en él. Agora con el buen gobierno de los nuestros se derrama por muchas partes y anega no poca parte del valle, y la huerta de nuestra casa corre riesgo, porque rompiendo el río el reparo y no reparándolo, se le ha llegado mucho. Gobernando los Ingas, en cayéndose una piedra, se ponía luego otra o la misma en su lugar, porque el daño no pasase adelante.

Las casas de los españoles por la mayor parte son sombrías y tristes, si no es la del capitán Diego de Silva, que la labró alegre. Es un pueblo muy rico, por la gran cantidad que tiene de indios de encomienda.

Los vecinos antiguos todo lo fueron: sus hijos o agora, tienen abundancia de deudas y no les alcanza la sal al agua; gastan sin orden y sin discreción. Sustenta cinco monasterios religiosos y uno de monjas de Santa Clara.

Nuestra casa es la que antiguamente se llamaba gobernando los ingas, la Casa o Templo del Sol, a quien, adoraban por principal de todos sus dioses falsos. Conforme a lo que los indios edificaban, es bueno el edificio; la piedra es parda y labrada, y tan juntas unas con otras, que parece no tener mezcla alguna, y tiénela, y es de plata delgadísima, la cual no sale fuera de las juntas de la piedras.

La piedra es durísima y el edificio fijísimo, que para romperlo se pasa mucho trabajo. Permanece en nuestro convento una pila grande desta piedra, ochavada por de fuera, que de hueco debe tener, por cualquiera parte que la midan, más de vara y media, y de fondo más de vara y cuarta. A esta pila hinchían con cantidad de chicha, escogida de la que el Inga bebía, para que bebiese el Sol, y lo que en ella se embebía creía esta gente bárbara que el Sol lo bebía; cubría la boca desta pila una lámina de oro, en la cual estaba el sol esculpido. Cuando los españoles entraron en esta ciudad le cupo en suerte a uno de los conquistadores, que yo conocí, llamado Manso Sierra, de nación vizcaíno y creo provinciano, gran jugador; jugó la lámina y perdióla: verificóse en él que jugó el Sol.

Sustenta nuestro convento 25 religiosos, y dende arriba, vase poco a poco edificando como los demás; está casi fuera de la ciudad; los demás, dentro. La huerta de nuestra casa era la Huerta del Sol, y la tierra della dicen fue traída en hombros de indios del valle de Chíncha, por muy buena; venían a su tiempo todos los indios a labrarla, vestidos de riquísimos vestidos, y aún permaneció por algunos años, e yo vi una vez que se juntaron los más de los ingas y por sus cuarteles la labraron y desmontaron con gran alegría, y ésta fue la última vez, porque se tenía por inconveniente y con mucha justicia se les vedó.

Lo que en esta huerta se sembraba eran unas cañas de maíz, todas de plata, las mazorcas de oro; éstas no han aparecido, ni se sabe dónde están; será la huerta poco menos de media cuadra; tiene un pilar donde caen dos caños de agua, el uno un poco salobre, el otro algo mejor. No se sabía de dónde o por dónde venía el uno, hasta que el río, con una avenida grande se llevó dos o tres losas, a lo menos las sacó de su lugar, por debajo de las cuales venía encañada el agua a la Huerta del Sol.

Es fama haber en nuestra casa una gran mina de oro enterrado, pero no se sabe dónde; unos dicen, y aun se tiene por lo más cierto, que en la capilla mayor; otros, que en la huerta, han cavado en muchos lugares, pero hasta hoy no se ha hallado cosa alguna. Don Carlos Inga salía a este partido: que le dejasen cavar debajo del altar mayor, y de lo que sacase daría tanta parte, y si no hallase cosa alguna, tornaría a reedificar lo derribado, a su costa, de la misma manera que antes estaba. No se le admitió el partido, y así quedó.

El monasterio más rico es el de Nuestra Señora de las Mercedes, y el que tiene mejor sitio, por ser en medio del pueblo y en una de tres plazas, aunque los padres Teatinos se pusieron en la plaza que está delante de la iglesia mayor y bien junto a la Merced.

El de San Francisco tiene plaza y bien grande; sustenta más de treinta religiosos; ya está acabado. El de San Agustín; e va edificando. Sustenta veinte religiosos.

El temple es frío y desabrido, y luego que los españoles poblaron, no se criaba ningún niño mero español; ya se crían, y en cantidad. Al verano, que es cuando llueve, desde mediado Abril hasta Noviembre, es más frío que lo restante del año al tiempo de las aguas, aunque en este tiempo hay bastante frío y en un día se hallan tres temples: unas veces, antes que venga el agua mucho calor, arde mucho el sol; en comenzando a llover, frío; en acabando, mucho más, porque como viene el aire de tierra mojada y fría, por cualquier parte que venga viene más frío, lo cual causa mucha destemplanza en los cuerpos. En el tiempo de las aguas es muy lodoso y sucio, y de mal olor, porque como las más de las calles sean angostas y el concurso de pasearlas mucho, así de indios como de españoles, no se puede evitar este inconveniente. Después de la ciudad de Los Reyes y Potosí es el mejor pueblo destos reinos a la redonda; hay seis o siete parroquias de indios que bastecen a la ciudad; el valle es muy poblado de muchas chácaras, fuera de que la comarca es muy fértil.

Esta ciudad es cabeza de obispado, y lo era de todo el reino, y aunque así se nombra en los contractos y escrituras que se hacen en ella, va perdiendo este título, porque la ciudad de Los Reyes se lo lleva con la asistencia del virrey, Audiencia y Santa Inquisición, y o tras calidades.

La iglesia Catedral es paupérrima en edificios, aunque en renta es la más aventajada de todas las Indias, muy mejores, la causa porque no se haya edificado no la sé; algunos echan la culpa a personas ya muertas, otros a vivos; no me quiero entremeter en esto.

Ha muchos años, cuando no tenía tanta renta, que se comenzaron a traer materiales, juntáronse muchos, y en la plaza hay no poca cantidad de cal y arena mezclada, ya perdida con el tiempo; así se ha quedado. En ornamentos es rica, pero en lo que más florecía era en la celebración de los divinos oficios, viviendo el chantre primero que en ella hubo, porque todas las Horas se cantaban cada día, y el Oficio menor de Nuestra

Señora; a media noche no se sigue el Coro por la destemplanza del frío en todo tiempo, y aunque es así que en España los fríos son mayores y se sigue el coro a media noche, es de otra calidad el uno quel otro: el de España es frío y húmido; el nuestro, en todo el reino donde lo hay, es frío y seco, muy contrario a la salud corporal.

Carece esta ciudad de leña, por lo cual no ha crecido más; yo la he visto repartir como carne en la carnicería; ni tiene de donde le venga, ni carbón. De cuando en cuando le alcanzan temblores de tierra, y recios, y a las veces son tan vehementes los truenos, que parece temblar los cielos.

Junto a la ciudad, saliendo della caminando para el Collao, hay una fuente de agua salada clarísima y abundante, la cual recogida en un estanque grande que desde el tiempo de los Ingas está hecho, se reparte por la tierra, en contorno del estanque, la cual dentro de pocos días se vuelve sal blanquísima.

La tierra en que cae se dividió por chácaras (que así se llaman) por los vecinos de indios y conventos. Tenemos allí nosotros nuestra chacarilla. Hacen los indios desta sal mil pajaritos, leones, tigres y otros animales, y así la venden.

Un poco más adelante entramos en el llano donde se dio la batalla nombrada de la Salinas, por ser cerca destas, entre Hernando Pizarro, o por mejor decir, por parte del Marqués Pizarro, y don Diego de Almagro; fue la primera que hobo entre españoles, y don Diego de Almagro y los suyos fueron vencidos; fue bien reñida, pero tratar della no hace a nuestro propósito. Y esto quanto a la ciudad del Cuzco.

Capítulo LXXXI

De los Andes del Cuzco y Coca

Muchas cosas hacen a esta ciudad muy rica: los muchos indios de repartimientos; los que tiene en contorno del pueblo; la contractación de los mercaderes; pero lo que más le enriquece es la contractación de la coca, que comen los indios; esta coca es un arbolillo pequeño que no se levanta del suelo cuando mucho una vara, las ramas delgadas, la hoja casi como de zumaque, aunque es más ancha; otra hay más pequeña, pero ésta no tractamos. Esta coca no se da sino en tierra muy cálida y lluviosa; siémbrese a mano; tres o cuatro jornadas del Cuzco, hay una tierra llamada los Andes, donde hay estas chácaras de coca, con las cuales los vecinos y muchos otros han enriquecido, porque se sacan destos Andes, para Potosí particularmente, cada año más de 60.000 cestos de coca, que cada uno debe pesar de 20 a 25 libras; sácanlos en carneros de la tierra y lleva un carnero cuatro y cinco, y por la mayor parte cinco. Desde Potosí vienen al Cuzco con las barras de plata a comprar esta coca. Vale el cesto, cuando menos, tres pesos, que es imaginación, o tiene esta hoja en sí alguna virtud de sustentar, lo cual parece falso; pero los indios, si han de trabajar, y no traen un poco dello en la boca, o han de caminar, luego se desmayan, y como la lleven, trabajan y caminan todo el día, si no es cuando se sientan a comer, que brevemente concluyen.

Estos Andes donde se da es tierra calidísima, muy lluviosa, llena de mil género de sabandijas ponzoñosas, que en las mismas chácaras se crían y hacen no poco daño, y la picadura es irremediable, hasta agora, que de pocos años se ha hallado el remedio, y es el más fácil del mundo y más manual. Uno de los primeros que lo supo fui yo, y lo

enseñó un perro. Pasó así: que andando a caza de perdices un soldado gentilhomme, arcabuz, llamado Pedro Ruiz de Ahumada, a un perro suyo picóle una víbora en el hocico; hinchósele la cabeza como una bota; viniéndose ya tarde para su casa, que era en el campo, el perro veníase así tras de su amo, pero en viendo un arroyo de agua que cerca de la casa corría, fuese a toda furia para el agua; el amo, pensando que la rabia de la muerte lo llevaba, paróse; viole poner la cabeza en el agua; dejóle el amo por muerto; pero ya quería cenar, entra el perro sano y bueno y halagando a su amo. Venido al pueblo, luego me lo dijo: esto era en la ciudad de La Plata; sabido, escribí a un religioso nuestro que residía en una doctrina en un pueblo de indios cinco leguas de la ciudad, donde se crían cantidad dellas, que hiciese la experiencia en dos perros; hízola, y a uno echó en un estanque de agua, al otro dejóle fuera; el que fue lanzado en el agua, al cabo de media hora que en ella estuvo saltó el pretil, sacudióse y comenzó a retozar con otros perros; el que no fue lanzado, dentro de pocas horas murió. De suerte que en picando la víbora habemos de buscar el agua: si es corriente mejor, si es embalsada no es inconveniente, y poner el pie o la mano en el agua, de suerte que sobrepuje un jeme el agua a la picadura, y dejarlo estar allí por espacio de una hora, y no es necesario más cura.

Los indios han enseñado otra manera de curar, y es ésta: toman la víbora que picó, y aunque sea otra no creo es inconveniente; córtanle tres o cuatro dedos de la cola y échanla a mal; luego de allí junto cortan cantidad de tres dedos en ancho, quitan la piel, y tres veces en tres días continuos dan de comer aquella carne al herido; acuéstanlo y abríganlo; suda, guarda dicta, y no es necesario más cura desta suerte curaron en una chicara dos leguas de la ciudad de La Plata a una ama suya unos indios del Río de La Plata que con ella vinieron, y su marido e yo propio se lo pregunté y me dijo que desta suerte la curaron no haría dos meses.

Matar la víbora que picó (principalmente si es de las que llamamos y son de cascabel, porque cuantos años tienen tantos cascabeles les nacen en las colas, y cuando van deslizándose por suelo van haciendo ruido como si llevarsen cascabeles), no es dificultoso, porque son torpes en andar, en picar velocísimas; no la han pisado cuando vuelve a picar, cuyos colmillos son más agudos que alesnas; helas visto grandes y gruesas como un grueso brazo.

En el Brasil hay cantidad destas sabandijas, como va se comunican aquellos dos reinos, es fácil saber lo que en ellos sucede; sucedió pues así: que una víbora pico a un portugués en un pie y le pasó unas botas de baqueta que llevaba calzadas; murió de la ponzoña de la víbora; hízose almoneda de sus bienes; las botas comprólas otro portugués, y calzándose las murió; torna otro a comprarlas y, cálzaselas; murió también, viendo esto los médicos advierten que la causa de la muerte de los dos fueron las botas rotas con la picadura o diente de la víbora; quemáronlas y no las compró más portugués alguno, y así cesó la muerte dellos; la fe desto y crédito dése a los que lo refirieron; no lo vi, oílo por cierto. Estos Andes del Cuzco son fértiles destas víboras, y de culebras que llaman bobas; estas son muy grandes y muy gruesas; no hacen daño, sino es cuando, como dicen, andan en celos. Porque en aquellos Andes sucedió lo que diré: tres soldados volvíanse a sus casas de las chácaras de la Coca, a pie; no es tierra para caballos. El uno quedóse un poco atrás a cierta necesidad corporal; acabada siguió su camino solo, pues los compañeros iban un poco adelante; prosiguiéndolo, ve atravesar una culebra destas que tienen de largo más de 16 pies y gruesas más que la pantorrilla de un hombre, silbando, y otra culebra en pos della, de la misma calidad; la postrera,

viendo a nuestro soldado, cíñele todo el cuerpo, y la boca encaminaba a la garganta; el pobre que se vio ceñido y la boca de la culebra cerca de su garganta, con ambas manos afierra de la garganta de la culebra con cuanta fuerza pudo, no dejándola llegar a su garganta; la culebra, sintiéndose apretada de las manos del soldado, apretábale con lo restante de su cuerpo fortísimamente, de suerte que le hizo reventar sangre por la boca, ojos, narices y orejas; el pobre, viéndose de aquella suerte, gemía; no podía gritar, sino bramar.

Los compañeros, pareciéndoles tardaba, pararon un poco, oyendo los bramidos; vuelven corriendo en busca de su compañero, halláronle de la suerte que le hemos pintado. Uno sacó una daga que traía en la cinta y metiéndola entre el sayo y la culebra la cortó; luego aflojo la culebra hecha dos partes, y acabáronla de matar. El soldado quedó como muerto; lleváronle y albergarónle; volviósele la color del rostro y cuerpo amarilla como cera; vínose al Cuzco, y dentro de tres meses murió. Oí esto a hombres que le conocieron.

Era este soldado vizcaíno; otro por ventura no tuviera tanto ánimo a echar mano a la culebra de la garganta con ambas manos.

En estos Andes no hay indios naturales: llevan, para el beneficio de la coca, del distrito del Cuzco, indios bien contra su voluntad, porque es llevarlos a la casa de la muerte, como dijimos tractando del valle de Andaguaylas y su menoscabo.

Religiosos nuestros lo han contradicho y predicado contra ello, viendo la disminución de los naturales que allá entran; pero como es interés de diezmos y de otros particulares, creo hallan aun entre otros religiosos valedores. Vase disminuyendo esta contractación, porque los indios ya mas quieren pan y vino que coca.

La tierra es muy contraria a la salud de los pobres indios y aun a la de los españoles, sino que a nosotros no nos da la enfermedad de las narices como a los indios; es tierra llena de montaña calurosísima, como habemos dicho, y abundantísima de lluvias. Pero el interés la hace habitable por más indios que en ella perezcan, lo cual debían considerar y aun remediar los que nos gobiernan.

Capítulo LXXXII

Prosíguese el camino del Cuzco a Vilcanota

Volviendo, pues, al camino Real, y pasando del llano do fue la batalla de las Salinas, va corriendo el valle del Cuzco, ensanchándose un poco más; si le queremos prolongar hasta la rinconada llamada Mohina, terná de largo poco menos de cinco leguas; por medio del cual, el río los Ingas llevaban acanalado, de suerte que no declinaba a una parte ni a otra; agora, por el descuido de los nuestros, con mediana avenida aniega la mayor parte del valle a mano derecha y siniestra, como lo he visto y pasado con no poco riesgo, compelido por la obediencia, con lo cual en medio del invierno caminaba. Fenecido este valle, diez leguas más adelante llegamos al pueblo e valle de Quiquejana; la mitad del pueblo fundado de la una parte del río, la otra mitad de la otra; es río grande y pocas veces se vadea, de gruesa agua; pásase por puente de criznejas, sin riesgo alguno. Luego proseguimos nuestro camino por el Collao el río arriba, pasando por muchos pueblos de indios que a la mano izquierda dél hay poblados; a la derecha uno

solo, o cuando mucho dos, hasta llegar a su nacimiento, que es una laguna llamada Vilcanota, que se hace de nieves que corren de un cerro alto e nevado, antes de la cual hay unos baños de agua caliente, que de lejos no parece sino que hay allí cantidad de fuegos; tanto es el vapor como humo que de los manantiales sale, y tan caliente el agua, que no se puede poner la mano en ella; hierve a borbotones, y en muchas partes; confieso que la primera vez que vi tanto humo imaginé había allí muchos indios y fuego; es lugar muy frío. Esta agua, si es de piedra azufre, es singularísimo remedio para el mal de ijada e piedra; bebiéndola caliente cuanto se pudiere sufrir, deshace la piedra de los riñones y límpialos: es experiencia hecha, y si se trae y se vuelve fría has de callentar y beberla caliente como está dicho, y tiene el mismo efecto: ya se puede decir que de historiador me he vuelto médico; no, es inconveniente tratar en historia, o descripción de tierras, las cosas provechosas que en ella se hallan para la salud de los hombres.

Volviendo a nuestra laguna Vilcanota, que terná en torno, o será tan grande como seis cuadras, es digno de encomendar a la memoria lo que en ella hay.

Este asiento es muy alto y muy frío; la laguna y camino Real entre dos cordilleras nevadas. Vierte a dos partes; el un desaguadero a la mar del Norte, que es el principio deste río grande de Quiquejana, el cual juntándose con el de Apurimac, Amancay, Vilcas, Jauja y otros, hace el famoso río del Marañón, que dijimos desembocar en la mar del Norte con ochenta leguas de boca. La otra vertiente o desaguadero hace el río que llamamos de Chungara y Ayaviri, que entra en la laguna de Chucuito, y ésta desagua por una parte, como diremos, a la mar del Sur.

Un poco más adelante, como media legua, vemos una pared de piedra de mampuesto que corre desde la nieve del un cerro al otro atravesando el camino Real. Esta pared dicen los viejos se hizo por orden y concierto de paz entre los Ingas y los indios del Callao, los cuales trayendo guerras muy reñidas entre sí, vinieron en este medio: que se hiciese esta pared en el lugar dicho, de un estado de un hombre, no muy ancha, la cual sirviese como de muralla para que ni los Ingas pasasen a conquistar el Collado, ni los Collas al cuzco; rompieron por su mal los Collas las paces y quisieron conquistar a los Ingas, mas los Ingas revolviendo sobre ellos los conquistaron y no pararon hasta Chile. Esta pared se ve el día de hoy descender desde la nieve del un cerro, y atravesando el valle y camino Real sube hasta la nieve del otro.

Capítulo LXXXIII

Prosigue el camino al Collao

Puestos en este paraje de Vilcanota luego comenzamos a bajar (aunque la bajada no es agra, que casi no se siente) hasta el tambo de Chungara, donde en todo el valle se apacienta copia de ganado vacuno, y a la mano derecha no poco ovejuno y ganado de la tierra. Este tambo es muy frío, y desde aquí a la provincia de los Charcas ya no se da maíz, sino papas y quinua, y ha de ser muy buen año, por que si los yelos se anticipan las papas corren riesgos; la quinoa mejor lo sufre. De aquí vamos al primer pueblo del Collao, llamado Ayavire, asaz ventoso y frío, pueblo grande y rico de ganado de la tierra, como lo son los demás desta provincia de Ayaviri. Siete leguas adelante llegamos al pueblo llamado Pucará, también pueblo grande, famoso porque aquí se desbarató el tirano Francisco Hernández Girón; cególe Nuestro Señor, como andaba en deservicio

suyo y de su Rey, porque si se tuviera diez días más, que no saliera del sitio y fuerte donde estaba, siendo señor de las comidas y teniendo agua y leña, no se les podía quitar, y el sitio suyo inexpugnable, y servicio de los indios, que le obedecían por ser de su encomienda; era imposible el real del Rey sustentarse, hablase de deshacer por falta de mantenimientos. Salió una noche a dar en el campo de Su Magestad, pero avisado por un soldado que aquella noche se vino al servicio de su Rey, levantóse el campo de donde estaban dejando las tiendas armadas, y púsose en escuadrón en una hoya donde el tirano no le pudo ver; llegó a las tiendas, desbaratóse en ellas, y viéndose desbaratado, recogióse con hasta 160 soldados descontentos, y a pie y por tierra fragosa y frigidísima tomó la vuelta de Quito; pero llegando al valle de Jauja, o poco más adelante, salieron a él dos capitanes de la ciudad de Guánuco y lo prendieron, y a los pocos que con él iban, como dejamos dicho tractando del valle de Jauja; los demás ya se le habrían quedado cansados y sin armas; trajéronle a la ciudad de Los Reyes, donde como a tirano y traidor a la Corona Real, le cortaron la cabeza y la pusieron en el rollo en medio de la plaza en una jaula de hierro a vista de todo el pueblo, con su letrero que decía: ésta es la cabeza del tirano Francisco Hernández.

Capítulo LXXXIV

De la laguna de Chucuito

Pasando adelante por el camino Real, a pocas jornadas de aquí, no son ocho, damos en la laguna de Chucuito. Es la más famosa del mundo y mayor, muy poblada por una parte e por otra. Tiene en torno, y si hablamos como marineros, de boj, ochenta leguas y cuarenta de travesía; casi a la playa della son las poblaciones; los vientos causan en ella tormentas como en la mar, y, aun más ásperas, por no tener puerto fondable. Lo que sirve de puerto son totorales, que son una juncia gruesa como el dedo pulgar, y más; aunque allá dentro (digamos en alta mar) se hunda con vientos y tempestades, en llegando a la totora la ola, cesa toda la tormenta; el agua es muy gruesa, nadie la bebe, con no ser tan salada como la de la mar; es abundante de peces por la una y otra costa. Algunas veces se mete la tierra adentro, pero porque el camino Real del Inga iba muy derecho no lo torcía, antes por medio de la ensenada, más o menos conforme a la derecera del camino, se proseguía, hechas a mano unas calzadas derechas como una vira, y a trecho sus ojos llanos, por los cuales corría el agua. Hay calzada de dos leguas y más, a lo menos, por el otro camino, llamado de Omasuyo; también las has, menores, conforme a como es la ensenada; pero va muchas dellas por esta parte se han perdido por descuido de nuestras justicias, y se rodean en partes de más de dos leguas, en otras menos, y ver aquellas calzadas y, caminos derechos perdidos es compasión.

El remedio al principio era fácil, agora es irremediable. Casi a la orilla, o costa, y un poco más adentro, a legua y más, tiene sus islas pequeñas en donde vivían indios pescadores llamados en ambas provincias Uros.

Estos no comían maíz, lo cual de fuera parte se traía, ni otra cosa sino pescado, y la raíz desta totora, que es muy blanca, fría y desabrada; gente barbarísima, con lengua diferente de los demás de la tierra firme y la del Inga; muy raros la entendían, ni sabían, por lo cual dificultosamente recibían la fe; decían eran como puercos, pues comían totora como ellos; ya son un poco más políticos, después que los redujeron a pueblos sacándolos de las isletas de la laguna; van a Potosí a trabajar a sus tiempos, y hacen sus mitas en los tambos, que es decir sirven en ellos y dan recado, que es regularmente por

noviembre, pero malo, porque son faltos de carneros para las cargas e para los demás necesario, aunque se les paga conforme al arancel. Diré lo que me sucedió con uno éstos: yo bajaba de la ciudad de La Plata por orden de mi perlado a la de Los Reyes por este mismo mes, y venía a la ciudad de Arequipa; llegué a un tambo donde servían estos Uros, y habiéndome de partir pedí uno o dos carneros de carga; diéronseme, y un indio que los llevase y volviese; llegando al otro tambo, pagando su trabajo y de los carneros al Uro, díjome: Padre, cómprame un real de pan; yo le respondí: ve tú a comprarlo; respondió: no me lo dará el indio tambero, porque me conoce, soy Uro; repliquéle: Pues tú, Uro, ¿ya sabes comer pan?, respondió: sí padre, después que servimos en los tambos. Hales aprovechado la reducción para que coman pan y beban vino, y para la doctrina ha sido lo principal. Pero verlos antes que amanesca en sus balsas de totora, casi desnudos y navegar y pescar y meterse tres y cuatro leguas y más, por una parte es para dar gracias a Dios, por otra se les tiene mucha lástima, porque caminamos por tierra muy arropados, no nos podemos valer de frío y éstos, desnudos en el agua no lo sienten, o si lo sienten lo sufren no con tanta pesadumbre como nosotros. Lo que no vi en la mar del Norte, ni en esta del Sur, vi en esta laguna: fue una manga de agua, la cual vista me admiré mucho: no había visto otra; en la compañía caminábamos cuatro o cinco de conformidad; venía un piloto que huyendo de la mar quiso ver a Potosí, pero volviéndose a su inclinación natural, no le había parecido bien la tierra, y volvióse; preguntéle qué era aquello; entonces me dijo: aquélla se llama manga de agua, y si cae en navío sin puente, sin remedio le anega, y de noche son muy peligrosas, porque no las vemos; de día huimos della como de la muerte; cae de lo alto de las nubes hasta el agua; al viso parecía tan gruesa como un mástil muy grueso de una carraca, y como va descargándose va adelgazando, a la cual, delgada, el viento la pone como un arco hasta que totalmente la nube se queda sin agua; todo esto vi entonces. He dicho esto para pobrar las tormentas que aquí se padecen; por lo cual, Y porque no hay puertos, no se puede navegar con bergantines; uno se hizo e se comenzó a navegar en él, pero con una tormenta se perdió y nunca más se ha hecho otro, ni intentado hacerle. Los indios en sus balsas también usan y se aprovechan de velas conforme a como la balsa la sufre.

Capítulo LXXXV

De los pueblos que hay en esta provincia de Chucuito

Tomó la denominación esta laguna acerca de los españoles, llamándola la laguna de Chucuito, por razón de una provincia así llamada Chucuito, la más rica del Collao, cuya cabeza es un pueblo así llamado, fundado casi a la playa desta laguna por la una parte, y por la otra sobre un cerro no agrío de subir. Aquí reside, a lo menos tiene su casa, el curaca principal y la justicia, con título de gobernador, Los pueblos sujetos son: a dos leguas, Acora; a tres, Hilavi; a Juli, cuatro; otras tantas a Pomata, y cinco a Cepita, que todas son 18 leguas. Son grandes y ricos de ganados de la tierra, y de los nuestros no hay falta. Nuestra sagrada religión la tuvo a su cargo desde el principio que se redujeron a la Corona Real de Castilla, para la doctrinar, en cuya doctrina se ocupó muchos años aumentando siempre el número de los religiosos, conforme a como nos aumentábamos.

Hobo en ella, ocupados en este oficio evangélico, muchos y muy buenos, y entre ellos el padre fray Melchor de los Reyes, de quien en breve dejamos hecha mención; el padre fray Agustín de Formicedo, que hoy muy viejo vive el padre fray Domingo

Narváez, cuyo cuerpo dijimos, enterrado en el Convento de nuestro padre Santo Domingo de los Reyes, en el capítulo pasados siete años se halló entero y los hábitos sin lisi3n; el padre fray Miguel Cerezuela, y el padre fray Domingo de la Cruz, a quien un demonio perseguía de día y de noche, con otros muchos grandes religiosos y grandes lenguas de la que llamamos Aimará, que es diferente de la general de los Ingas, más abundante y más galana; con cuyos trabajos, artes, vocabularios, cartapacios y sermones otros el día de hoy triunfan, como si ellos lo hubieran trabajado; quitóla a la orden don Francisco de Toledo, residiendo en ella treinta religiosos; si con justicia o con pasión, ya ha dado cuenta a nuestro Señor dello; diola primeramente a clérigos; después al pueblo mayor, qu'es Juli, dio a los padres de la Compañía. Pero cuánta diferencia haya (no tracto de los padres de la Compañía, que hacen su oficio religiosamente) del un tiempo al otro, del concierto y ornato de los templos y servicio del altar, los ciegos que pasan por el camino lo ven. Hallábanse en estos pueblos 20.000 indios tributarios; agora no sé si hay tantos, porque se han huido muchos (fama es más de 6.000) a una provincia de infieles y de guerra de los Chunchos, dejando sus mujeres, hijos, casas y haciendas. Por qué causa no es de mío decirla en este lugar; en otro, si me viese sin ningún temor de mal subceso humano, creo lo diría.

En este pueblo de Juli, digo en su término, no lejos, descubrió un indio una veta de plata rica; quiérensela quitar diciendo que el indio no puede tener mina de plata; el procurador del indio apeló para la Real Audiencia de la ciudad de La Plata (yo estaba a la sazón en ella); quítansela; perdióse la veta hasta hoy; no sé en qué se pueda fundar que yo, en mi tierra, como el extraño, no pueda tener mina, principalmente descubriéndola yo.

Capítulo LXXXVI

Del pueblo [de] Copacavana

Desde Pomata, tomando el camino sobre mano izquierda, dejando el Real a la mano derecha, ocho leguas dista el pueblo Copacavana, a donde se redujeron muchos indios que de diversas provincias deste Perú vivían en una isla de la laguna, dos leguas deste asiento y tierra firme, una por mar, otra por tierra; llámase esta isla Titicaca, donde era el más famoso adoratorio que el demonio en todos estos reinos tenía, y para su servicio mandaba que de las más provincias dél que señalaba le sirviesen allí indios; solos unos exceptaba, llamados Puquinas, que viven la mayor parte en el camino de Omasuyo, que es de la otra parte de la laguna, por ser gente como de suyo es muy sucia, más que otra destes reinos, como si el demonio fuera muy limpio; antes que estos indios se redujesen y se deshiciese aquel famoso y falso adoratorio, todavía el demonio por los pecados éstos, aunque ocultamente, era reverenciado y obedecido, para comprobación de lo cual diré lo que un religioso nuestro me refirió le había pasado no ha 25 años, viviendo en un pueblo y doctrinándolo, llamado Tarama, distrito de la ciudad de Guánuco, siete leguas del primer pueblo del valle de Jauja, llamado Butun Jauja, que es decir el gran pueblo de Jauja.

Sucediole, pues, que estando en esta doctrina llegó a él un fiscal della, indio, y díjole: Padre, aquí está un Cacha, que es un mensajero, de Titicaca; el religioso, aunque no había vivido por allá arriba, tenía noticia deste adoratorio, y luego advirtió a lo que podría ser; dijo al fiscal: traémelo aquí. Trújoselo. Era un indio bien dispuesto; llegó a guisa de caminante, la manta ceñida; preguntóle: ¿De dónde eres, hijo? Respondió: de la

isla Titicaca. Replicóle: ¿Dónde vas? Respondió: A Quito. (Hay desde Titicaca a Quito más de quinientas leguas.) ¿Quién te envía? Responde: El Apo, que es el Señor de Titicaca. Bien entendió el religioso que el que le enviaba era el demonio. ¿Así Titicaca te envía? pues yo os doy mi palabra que no habéis de ir allá y que os tengo de castigar por el mensaje. Del demonio sois mensajero. Respondióle el indio: Padre, yo tengo de ir. El padre: No iréis; yo os azotaré y tresquitaré primero y echaré en la cárcel, Responde el indio: Padre, los azotes y tresquilarme, no lo quitará Titicaca; mas dejar de ir no lo impedirás. Viendo esto el religioso, ¿qué había de hacer? Mándale azotar y tresquitar, a la justicia, por mensajero del demonio, y que lo echen en la cárcel, en el cepo, y toma la llave de la cárcel y cepo; a la mañana va a ver su indio allá en la cárcel; él va a buscar el indio; el cepo hallólo cerrado; pero el indio nunca más le vio. ¿Este fue indio o demonio, que no pareció más?

El religioso que esto me dijo, y a otros muchos, en la ciudad de Los Reyes, se llama fray Juan de Torrealba, que agora vive en España, hombre de mucha verdad, y no tenía para qué fingirlo.

Para deshacer este adoratorio, que llamamos guacas, fue acertadísimo sacar los indios de aquella isla y poblarlos en la tierra firme, a la lengua casi del agua, en un cerro no alto, llamado así Copacavana. Este pueblo tenía a su cargo un clérigo gran lengua de la Aymará y de la Quichua; así se llama la de los Ingas, llamado el bachiller Montoro: la iglesia es buena; hicieronla religiosos nuestros, porque este pueblo y otro que dista deste una breve legua, llamado Yunguyo, se incorporaron, cuanto a la doctrina, con la provincia de Chucuito. El buen clérigo mandó hacer a un indio una imagen de bulto, que colocó en la iglesia, al lado de la Epístola, en un altar, por sí; intitulóla de la Purificación; yo la he visto tres o cuatro veces; tiene de largo, sin la peana, una vara y cuatro dedos; salió hermosa de rostro, con su Niño Jesús entre los brazos, y aunque es así (como luego diremos) que los indios tienen poca fe o ninguna, algunos hay en quien Nuestro Señor la ha infundido. Estos son pocos.

En aquel pueblo había un indio casado que a su mujer daba mala vida y aborrecía grandemente; ella era buena cristiana y devota de aquella imagen de Nuestra Señora; el marido, persuadido del demonio, sacóla al campo para ahorcarla; echóle la soga a la garganta y quisola ahorcar; la india, muy de veras se encomendó a Nuestra Señora, y teniéndola ya su marido para lanzarla de un árbol abajo, apareciósele Nuestra Señora en figura de aquella imagen; el indio dejó la mujer e pone pies en polvorosa, mirando para atrás, lleno de temor; la india quedó libre hallándose en el suelo, la cual también vio a Nuestra Señora en su favor; vínose a la iglesia, hincóse de rodillas delante del altar de Nuestra Señora, dándola gracias; da noticia deste milagro al clérigo, hácese la averiguación, traen al marido, confiesa la verdad, que todavía estaba temerosísimo; llámase al corregidor de aquel partido, que a la sazón era don Jerónimo Marañón, convocáronse los clérigos comarcanos, hízose una solemne procesión con los indios del pueblo y otros que acudieron y algunos españoles que por allí se hallaron; luego se comenzaron a multiplicar milagros, que pintaron en las paredes de la iglesia; hízose libro dellos, pero algún luterano oculto que por allí pasó lo hurtó, mas no pudo hurtar la memoria dellos, que como eran frescos no se habían olvidado y tornáronse a escribir.

Los milagros han sido muchos y notables, de los cuales escribiré dos aquí, que oí al mismo bachiller Montoro: el uno fue que habiendo falta de aguas para las comidas, los indios determinaron hacer una procesión a instancia deste sacerdote, sacando la imagen

de Nuestra Señora, y para esto la parcialidad que llaman *Hanan saya*, que es la principal, tractó con la menos principal, llamada *Urin saya*, ésta no quiso venir en ellos; los Hañan sayas hacen su procesión; fue Nuestro Señor servido, para confundir a estos indios de poca fe, que, con tener las chácaras juntos, parten linderos, lloviese en las de los Hañan sayas y no en las de los Urin sayas. El otro fue: dos indios, marido y mujer, trujeron de más de cuarenta leguas un hijo solo que tenían contrecho, a Nuestra Señora que se lo curase; en abriendo la puerta de la iglesia por la mañana, tornaban su hijo, que ya sabía hablar, tenía de siete a ocho años, y ponían delante del altar de Nuestra Señora. desta suerte le ponían por espacio de diez o doce días; sucedió que el niño un día comenzó a hablar con la imagen de Nuestra Señora y decirla: Señora, ya ha muchos días que mis padres me ponen aquí delante Vos, para que me sanéis, y, no me sanáis; la comida ya se les ha acabado, y están lejos de nuestra tierra; sáname ya, Señora, y si no, volverémos a nuestra tierra; dicho esto se levantó el niño sano y salvo, como si no hubiera padecido lesión alguna, y salió a buscar a sus padres que fuera de la iglesia en el patio o cementerio delta estaban.

Volviéronse con su hijo a sus tierras. Las palabras del niño, los demás que allí se hallaron las refirieron. A la fama desta imagen y milagros concurrían en romerías desde el Cuzco, que son más de cien leguas, y desde Potosí, que hay otras tantas, muchas personas, y las que no, enviaban sus limosnas aventajadas; de suerte que si se hubiera tenido un poco más de cuidado fuera riquísima la capilla. Arden delante del altar tres lámparas muy grandes y muy bien labradas, que personas particulares han enviado para el culto de Nuestra Señora; coronas tiene muchas; anillos con piedras riquísimas; quitóse la doctrina al clérigo poco antes que muriese, y dióse por orden de Su Magestad e buena diligencia que se dieron, a los padres de San Agustín, donde tienen un priorato. Ya los milagros no son tan frecuentes, por nuestros pecados, y aun no han cesado los que con las medidas de la imagen se han hecho: el contador Garnica, quebrado, ciñéndose la medida sanó. Los hechos no es de mío escribirllos, porque piden un libro entero. Los Padres Augustinos ternán cuidado dello.

Fue Nuestro Señor servido, para confusión del demonio y para alumbrar a estos miserables, que cerca de aquel lugar donde con tanta reverencia el demonio era adorado, allí se hiciesen muchos milagros por Nuestra Señora a gloria de Su Majestad y de su Madre sacrosanta.

No creo hay cibdad, en lo que he visto de la de Los Reyes y Potosí, donde no haya capilla de Nuestra Señora de Copacavana, y en pueblos de indios hay no pocas desta advocación, y en algunos se dice se han hecho milagros, como es en Pucarani, ocho leguas de la ciudad de la Paz; el indio que hizo esta imagen, aunque ha hecho otras, ninguna ha sacado como ella; ha sido llamado a muchas partes y las ha hecho, y estando en la ciudad de La Plata le llamó el presidente de la Audiencia para conocerle, el licenciado Cepeda, y dióle silla, diciendo: Quien hace imagen de Nuestra Señora que obra milagros, merece se le dé silla delante de un Presidente.

Capítulo LXXXVII

Del pueblo [de] Cepita y [De]s[a]guadero

De Copacavana volvemos al camino Real, sobre mano derecha, en demanda del último pueblo de la laguna de Chucuito, ocho leguas tiradas.

Es pueblo frío y destemplado como los demás, y ninguno tanto como éste en toda esta provincia, del cual dista el Desaguadero desta laguna dos leguas y media. El Desaguadero es tan ancho como un tiro de piedra; el agua tiene muy poca corriente, parece como embalsada. Comúnmente se trata en este reino que no se le halla fondo, y que el agua por abajo corre con tanta velocidad que, por mucho que pese una piedra, si con ella la quieren sondar, se la lleva el agua.

La primera vez que pasé por este Desaguadero llevaba intención de sondarlo y averiguar esta verdad; llegando con más de cincuenta brazas de sogas que saqué de Cepita, me puse en medio de la puente con una piedra como medio adobe; echéla al agua y luego se fue la piedra derecha al fondo como si no hubiera corriente alguna; sompeséla y sacándola hallé cuatro brazas y media de agua, de suerte que lo que se dice es fábula; también decían que cayendo alguna cosa en el agua era imposible salir; también lancé un perro y fácilmente salió nadando; y, que por abajo no haya corriente es fácil de persuadir, aunque no lo hubiera experimentado con la sonda, porque como toda aquel agua sea un solo cuerpo, si por abajo fuera tan raudo y corriente, por el medio y por arriba había de correr de la misma suerte.

Tiene este Desaguadero una puente, la mejor, más fácil y segura del mundo; es llana y de totora asentada sobre tres o cuatro maromas de icho, muy estiradas- hacen los indios unas balsas fuertemente atadas desta totora, a manera de media luna cuando se muestra después de la conjunción; el convexo, que es el lomo, asientan sobre las maromas muy bien atado, y luego junto a esta otra, y así las multiplican desde el principio al fin y las unas con las otras las atan. El vacío que hay entre una y otra, porque estas balsas son redondas, hínchenlo con enea o totora suelta, que es lo mismo, de suerte que la punta queda llana y rema de ancho tres varas largas; es segurísima y puédese pasar a caballo, aunque yo muchas veces que la he pasado me apeo, llevando la cabalgadura de diestro. Hay aquí indios con pescado, los cuales tienen cuidado a su tiempo de renovarla, y son tan diestros en ello, y en saber, por la experiencia que tienen, cuándo conviene hacerlo, que no pierden punto, porque ya saben cuándo han de renovar las maromas y las balsas.

Deste Desaguadero se hace otra laguna que llaman de Paria o de Chaltacollo por otro nombre, no tan grande, ni con mucho, como ésta; desagua contra la mar del Sur, sumiéndose sin que responda a alguna parte; por ventura por las entrañas de la tierra va a dar a la mar.

Capítulo LXXXVIII

Del pueblo Tiaguanaco

Seis o siete leguas delante del Desaguadero llegamos al pueblo de Tiaguanaco, donde hay, apartado un poco del camino Real, sobre mano derecha, unos edificios antiguos de piedra recia de labrar, que parecen labradas con escuadra, y entre ellas piedras grandísimas; casi no pasa por aquel pueblo hombre curioso que no las vaya a ver.

La primera vez que por allí pasé con otros dos compañeros las fuimos a ver, donde vimos unas figuras de hombres de sola una piedra, tan grandes como gigantes, y junto a ellas de muchachos, la cintura ceñida con un talabarte labrado en la misma piedra, sin

tiros, como usan los que traen tahelíes. Paredes no había altas, ni casa cubierta; ocuparía este edificio más que cuatro cuadras en torno. No saben los indios quién lo edificó, ni de dónde se trujeron aquellas piedras, porque en muchas leguas a la redonda no se halla tal cantera. Es fama haber allí gran suma de tesoro enterrado; hase buscado con diligencia, mas como andan a ciega los buscadores, no han dado con ello, sólo dan con la plata que sacan de la bolsa para el gasto.

Agora se aprovechan de aquellas piedras para el edificio de la iglesia deste pueblo. De aquí a Calamarca, otro pueblo de indios, hay dos jornadas largas, donde se junta el otro camino de Omasuyo, que corre por la otra parte de la laguna; por lo cual es necesario volver a tractar dél.

Capítulo LXXXIX

Del camino de Omasuyo

Desde el pueblo de Ayaviri, que dijimos ser el primero del Collao, tomando sobre mano izquierda, comienza el camino y se sigue la provincia llamada Omasuyo, que corre por la otra parte de la laguna de Chucuito; esta provincia es muy poblada, y por la mayor parte son Poquinas; son recios de ganados de la tierra, y participan de más maíz e trigo que los de la otra parte, por tener sobre mano izquierda la provincia de Larecaja, abundante de lo uno y de lo otro.

Esta provincia es montuosa, llena de sabandijas ponzoñosas, de tigres y osos y leoncillos; de aquí se proveen de madera para las iglesias, así los de la una parte de la laguna como los de la otra, y de otra más menuda para sus casas. Por esta parte la laguna (digamos) se mete más la tierra adentro con esteros, por medio de los cuales llevaba su camino el Inga, derecho, como habemos dicho; agora, por descuido de los corregidores, que con tiempo no lo han querido remediar, está perdido en muchas partes, y rodeamos por algunas enseñadas más de dos leguas, y en otras menos, conforme es la calzada perdida. Tiene también esta provincia, a la propia mano izquierda, primero, o un poco más abajo que a Larecaja, la provincia de Caravaya, o por mejor decir las montañas, porque no son pobladas, cálida, lluviosa y montuosa, donde antiguamente se sacaba oro en abundancia, subido de la ley; agora también se saca, pero mucho menos; la razón es porque siendo tan cálida para los indios que lo han de sacar, que los llevan desta provincia de Omasuyo, es muy enferma, y justísimamente se prohíbe vayan los indios a ella contra su voluntad, ni con ella, a sacar oro; con todo eso, hay españoles y corregidor, y no pienso va mal aprovechado el que lo es. junto a esta laguna hay un pueblo llamado Arapa, de donde dos leguas, o poco más, según me dijo un sacerdote clérigo que en él residía, que tiene otro desaguadero esta laguna, no de tanta agua como el que habemos dicho, de suerte que desagua a una y otra mar.

En toda esta provincia no he visto, dos veces que por ella he caminado, cosa digna de memoria, si no es el pueblo de Guarina, dos leguas adelante del cual fue la batalla desgraciada entre el general Diego Centeno, que defendía la parte del Rey, y el tirano Gonzalo Pizarro, éste con cuatrocientos hombres y Centeno con 1.200; aquí fue desbaratado, y la flor de los vecinos y capitanes muertos y presos, y enterrados más de cuatrocientos hombres en un hoyo donde agora está una ermita harto mal parada, sin que los hijos de los que allí tienen sus padres le reparen ni aun hayan gastado un real, y son algunos éstos vivos y muy ricos; mas de sus padres creo se acuerdan poco.

Capítulo XC

De la ciudad de la Paz

De aquí de Guarina a la ciudad de La Paz son dos jornadas, la cual se llamó así por ser poblada en medio de Potosí y el Cuzco, donde había, los años pasados, o de donde se temían algunos alborotos, y porque de aquí se había de salir a apaciguarlos se llama la ciudad de La Paz, en la cual, por la mayor parte, hay poca entre los vecinos della. Poblóse en valle hondo por ser lugar más abrigado, junto a un río pequeño de buena agua; no lleva peces por la frialdad del temple, pero proveese y bastantemente de la laguna, que la tiene a ocho leguas, poco más: aquí no se da sino muy poco maíz en unas quebradillas junto al pueblo, donde hay un poblezuelo pequeño de indios para su servicio. El río abajo, a seis leguas y más, se dan viñas y fructas de las nuestras muy buenas, y a diez, y dende arriba, hay valles callentes, principalmente uno llamado Caracato, en el cual se han plantado viñas y se coge mucho y buen vino, y alguno tinto, a quien no hace ventaja el de España.

En este valle tienen los más de los vecinos sus heredades. El trigo e maíz les traen de la provincia de Larecaja, y de otro valle más bajo dicho Cochapampa: los vecinos de aquí, a lo menos los viejos, eran muy ricos así de plata como de ganados nuestros, particularmente ovejuno, por los muchos y buenos pastos que hay en la comarca y cerca del pueblo; a cuya causa en el mismo pueblo conocí un obraje de paños, donde se hacían blancos y pardos, mejores que los que nos traen de Castilla, frezadas y otras cosas. Sustenta cuatro monasterios: San Francisco, San Agustín, la Merced y Teatinos, que en breve se han hacendado y muy bien; tienen su sitio en una cuadra de la plaza, y en él tiendas no pocas para mercaderes y pulperos. Es pueblo de mucha contractación, a lo menos solía lo ser, y donde se remediaban soldados pobres hasta que se proveyeron corregidores de naturales.

Capítulo XCI

Del pueblo Calamarca y demás provincias del Collao

De aquí al pueblo Calamarca, que quiere decir pueblo fundado en pedregal, y así es, ponen ocho leguas tiradas y largas y llanas, a donde, no una legua dél, se junta con el camino Real que viene de Chucuito el que viene de Omasuyo a la mano derecha, del cual dejamos la mano derecha la provincia llamada de los Pacajes, donde los más de los vecinos de La Paz tienen sus repartimientos. Es provincia riquísima de ganado de la tierra, y es el mejor, los carneros más bien hechos y que llevan más carga y valen más que los de otras partes. Es tierra llana, muy fría en todo tiempo, de grandes tempestades con truenos, rayos e nieves, como las demás de la Sierra.

Luego se sigue la provincia de Paria, de la misma calidad, fértil juntamente de ganado porcuno, porque se cría mucho en la ribera de la laguna que dijimos se hacía del Desaguadero; de aquí se siguen los Quillacas; ya éstos son del repartimiento de la ciudad de La Plata, y también Paria, provincia más seca, pero de la misma calidad en lo demás y desde el Desaguadero hasta los Quillacas, todo comúnmente se nombra Pacajes; en todas estas naciones hay pueblos de indios grandes y ricos de ganados,

faltos de leña para cubrir las casas y aun para el fuego, aunque les proveyó Nuestro Señor de una que llaman tola, que casi la hoja tira a nuestro romero, y quemada huele bien, no mucho. Hay en estas provincias grandes salinas, por lo cual agora pocos años se descubrieron unas minas de plata que por este respecto se llamaron de las Salinas; ya creo han cesado por su pobreza.

Capítulo XCII

Del tambo de Caracollo y camino por los valles hasta La Plata

De Calamarca al tambo de Caracollo, asaz frío y destemplado, se ponen cuatro jornadas, en medio de las cuales se fundó el pueblo llamado Sicasica; tiene este pueblo nombre por una fuente de agua que se le trujo bonísima, y por un espinillo que no crece un palmo, salubérrimo, tomando un sahumero, para catarros, toses y apretamiento de pecho, y para otras enfermedades bebida el agua de su conocimiento, tanto que de España se pide como cosa preciada. De aquí a Caracollo son doce leguas: las siete a una ventilla, en torno de la cual solía andar un mestizo, famoso ladrón de caballos y mulas; esta venta no tiene recado para poner las cabalgaduras en caballeriza; andan al campo al pasto; salía este mestizo de unas quebradas, recogía todos los caballos con dos o tres indios que traía al tracto, y daba con ellos en Arica; allí las vendía por poco precio; cogióle la justicia, y preguntándole por qué siquiera no dejaba algunas, respondió: porque no fuesen tras mí; finalmente, pago en la horca sus delitos.

De Caracollo, tomando el camino por la mano siniestra, quince leguas andadas, llegamos al valle de Tapacari y pueblo; en las ocho de las cuales, en medio de una cordillera muy fría, se hizo una ventanilla con solas dos casas, que lo más del año no habita nadie en él por destemplanza del frío, y a dos leguas andadas comenzamos a bajar una cuesta no menos que de tres leguas, hasta que damos en el valle y pueblo sobredichos; ya esta tierra es más templada, aunque Tapacari, por estar al pie de la sierra, es más frío que los demás valles y pueblos; dase maíz y trigo, duraznos y membrillos en lugares abrigados- hay aquí un convento de los padres de San Agustín con título de priorato. Los padres que en él residen son dos o tres. Los demás en otros pueblos.

De Tapacari hay dos jornadas al gran valle y ancho llamado Cochabamba, que quiere decir tanto como valle cenagoso, porque todo está lleno de ciénagas, si no son a las faldas de los cerros, que por la una parte son muy altos y nevados; en estas faldas se da mucho maíz y trigo y aun algunas parras, frutas de las nuestras todas, y árboles, y en medio dél hay algunos altozanillos donde se da lo mismo. Es este valle el sustento de Potosí, de trigo, maíz, tocinos, manteca: habrá 34 años se pobló un pueblo de españoles en él que va en mucho augmento, cuyos vecinos, algunos son ricos de plata, pero de ganados nuestros, casi todos. Hay en este valle dos repartimientos de indios y muy buenos. Aquí tenía su repartimiento el licenciado Polo, con una cría de famosos caballos caminadores y aun corredores; ya se ha perdido después que murió; su hijo no tiene tanto cuidado como su padre. Es templado el valle, pero tiene una plaga irremediable, ya la hay desde Tapacari en toda esta provincia de Los Charcas, que desde Taquiri comienza y no cesa en todo Tucumán, y llega hasta los primeros pueblos de Chile, y es unas cucarachas llamadas acá hitas, tan grandes como las medianas de los navíos de la mar del Norte, de aquella color, con alas, mas diferéncianse, que éstas tienen un aguijón casi invisible con que pican, y tan delicadamente que no se siente, de noche después de

apagada la lumbre; empero dende a dos días se levanta una roncha como una haba, con tanta comezón, que no se puede sufrir, hasta que una poquita de agua que allí se cría la echamos fuera, luego se descansa; mas al que no tiene buena encarnadura se le hace una llaga que da pesadumbre; tienen miedo a la lumbre, mas apagada o bajan por las paredes o del techo se dejan caer a peso sobre el rostro o cabeza del que duerme. Las que bajan, pican en las piernas; las que se dejan caer, en la cabeza y rostro. No pican a ninguna persona que de suyo sea melancólica, o que tenga mal olor de cuerpo, o pies, con ser ellas de muy mal olor; helo visto por experiencia; son torpes de pies por los tener largos y delgados, y llena la barriga con la sangre que han chupado, no pueden andar. También se crían chinches pequeñas como las de España. Críanse en todos estos valles muchas víboras de las de cascabel, de que habemos tratado, y en los altos, con otras pequeñas como las de España, y otras que se abalanzan tanto como una lanza a picar; en las montañas y árboles se suben otras, y de allí se arrojan a picar a los caminantes; éstas dicen ser áspides. Todas las picaduras destas víboras son irremediables si luego no se les acude con el remedio que ya dijimos y enseñamos, otro se me olvido poner allí: curase con una raizilla de que hay abundancia en esta provincia, junto a la ciudad de La Plata; esta es delgada como el dedo, negrilla, huele como higuera; dase en polvos poca cantidad, sudase con ella, y hase de tener dicta; llamámosla en estas partes contrayerba.

Capítulo XCIII

De los valles y pueblos desde Cliza a Misque

De Cochabamba a Pocona ponen quince leguas, en medio del cual cae el valle de Cliza, muy ancho, de más de cuatro leguas, y de largo más de ocho; vice aquí Eolo con todos los vientos (si nos es lícito hablar como los poetas), porque al verano son incomfortables, por cuya razón el trigo deste valle es bonísimo y de lo mejor del mundo, y el maíz es lo mismo; no tiene agua, que si tuviera abundancia della era suficiente él solo a dar trigo e maíz a Potosí, de donde dista más de cuatro leguas, y aun a todo el Collao.

El río que sale de Cochabamba, y divide estos dos valles, no es provechoso para sacar acequias, porque corre casi al fin dél. Diré lo que hay por muy cierto, que sucedió en este río a un soldado (así llamamos a los solteros que no tienen casa conocida): el pobre había jugado y perdido lo poco que tenía en una chacara deste valle, e ya que anohecía, medio desesperado, tomó su camino para Cochabamba; llegando a este río ya a media noche, hallóle de avenida; no tiene puente; no se atrevió a vadearle, y apeándose del caballo buscaba por donde pasar; no hallando, dijo: ¿No hobiera algún diablo que me pasara? No lo dijo a sordas, y Nuestro Señor, que le quiso castigar, arrebatánle y pásanle de la otra parte por medio del agua y tórnanle a pasar; desta manera lo llevaban y traían de una parte a otra, hasta que finalmente lo dejaron bien mojado de la otra parte del río, donde halló su caballo. El miserable, medio muerto y no poco temeroso, tomó su caballo y siguió su camino hasta Cochabamba, una legua poco más, donde contó en una posada lo sucedido; otro día confesó, y después vivió pocos días. Esto oí a personas que conocieron a este soldado, y lo nombraban; cuando lo oí no tenía intención de escribir esto y así no encomendé a la memoria el nombre. A la ribera de un arroyo que tiene este espacioso valle viven algunos españoles en sus chacaras, donde fuera de las sementeras tienen algunas viñuelas, más para uvas que para vino, con algunos árboles de los nuestros, membrillos, manzanas y duraznos. Cuando descubrimos el valle parece estar lleno de indios que lo labran, y son unos hormigueros

tan altos casi como un estado. Críase en él mucho ganado ovejuno, muy sabroso por la yerba que nace en tierra salitral, y el agua es salobre.

No faltan aquí víboras de toda suerte, y en las casas muchas hitas. El temple del pueblo Pocona, siete leguas más adelante, es muy frío, por estar más alto. Hay en él 3 000 indios tributarios; doctrínanlos padres de San Francisco y es guardianato; son indios trasplantados deste valle de Jauja; trasplantólos el Inga; a los cuales llamamos mitimas; son indios muy ricos, así por los ganados como por la coca que sacan de tierra caliente, llamada los Andes de Pocona, y aunque es enferma, no tanto como los Andes del Cuzco. Es fértil de las sabandijas que dijimos haber en los demás Andes. Críanse allí osos muy grandes, que trastornan las mujeres, y ellas viéndoles, ninguna resistencia hacen; hay terribles tigres, y ha sucedido llegar un tigre a la casa donde dormían muchos indios, y de en medio dellos, si había alguno no bautizado, llevárselo en las uñas sin hacer daño a los bautizados; esto no es fábula.

A ocho leguas de aquí entramos en el valle de Mizquel y antes de llegar a él pasamos por dos vallecillos pequeños pero de muchos cedros finísimos, donde hay algunas chácaras de españoles; hay viñas en las cuales se coge bonísimo vino, y el agua donde se dan los cedros es tal; parece que no sufre el cedro regarse con agua gruesa.

Mizque es valle ancho, con dos ríos, uno mayor que otro; el mayor lleva sábalos grandes y buenos; en él hay un pueblo de indios; es abundante este valle de viñas y vino muy bueno, y frutas de las nuestras y hortalizas; pero lo que mejor se da son cardos, que por no espantar los oídos de los que leyeren estos borrones, no quiero decir cuán grandes los he visto; es abundante de víboras como los demás, y de hormigas a los pies de las cepas, que les roen las raíces y luego se secan; el remedio es en el hormiguero echar agua hirviendo; mátalas, y salen arriba huyendo, donde a escobazos las matan.

Todos estos valles, con toda la provincia de los Charcas, tienen al cielo por contrario, por los grandes pedriscos que sobre ellos vienen y descargan; la causa natural es ser esta provincia llena de minerales, y como los vapores que dellos saca el Sol sean gruesos, fácilmente se convierten en pedriscos, y si alguno dellos es combatido, es este valle de Mizque, y a la viña que da, o árbol frutal, en tres años no vuelve en sí. Tiene otra plaga, y es que se crían, así en los indios como en los españoles, papos, que acá llamamos cotos, en la gargantas; yo he visto hijos de españoles nacer con ellos; el remedio experimentado es atarse a la garganta una o dos cabezas de víboras, y con esto se resuelven.

Conocí a un hombre llamado Simón Albertos, con uno muy grande; y sabiendo este remedio, se echó dos cabezas de víbora al cuello, y le vi sano, como si no hubiera tenido tal en toda su vida. Pues ¿no hay remedio para apocar las víboras? Sí hay, y son los puercos; éstos las apocan; pero en el tiempo de las aguas se crían muchas por la costelación del cielo y por la humedad y fertilidad de la tierra. Es cosa de admiración ver pelear un puerco con una víbora. En viéndola, eriza todas las cerdas del cerro; la víbora, en viéndole, levanta la cabeza cuanto naturalmente puede y estése queda. El puerco rodéala hozando y guardando con la tierra el hocico, no le pique en él; si le pica, como un gamo vase al agua y pone el hocico en ella, hasta que se siente sano; vuelve con la misma velocidad a la batalla; la víbora no se aparta de su lugar; el puerco vásele llegando hozando, y cuando ve la suya, es prestísimo, con la una mano pónela encima de la cabeza de la víbora, y dando con ella en el suelo la aprieta tan fuertemente con la

tierra que no la deja volver a picar, y con la boca hácela dos pedazos y luego se la come. He dicho esto para alivio del prudente lector.

Capítulo XCIV

De la provincia de Santa Cruz de la Sierra

Desde este valle Misque se toma el camino, sobre mano izquierda, para la provincia de Santa Cruz de la Sierra; esta provincia es abundante de maíz y en algunas partes de trigo; el temple de la ciudad es bueno; dista deste valle más de 120 leguas, en partes, de mal camino, falto de agua.

Para ir a esta ciudad se pasa por unas montañas donde viven indios Chiriguanas que comen carne humana, y algunas veces suelen salir hasta bien cerca del valle de Mizque, donde hacen el daño que pueden, y a los caminantes lo hacen saliéndoles de través y si los cogen descuidados lo pasan mal los nuestros, como lo pasaron ha muchos años, que saliendo de la ciudad de Santa Cruz la mujer del general Nuflo de Chaves, de quien luego trataremos, salieron, al camino y la quitaron a los soldados que con ellos venían, peleando. Mas viendo los soldados lo subcedido, se concertaron, como hombres nobles y valientes, de morir o recobrarla, y siguiendo los enemigos los alcanzaron, y sin riesgo de las mujeres quitaron la presa y se volvieron su camino, sin que los indios se atreviesen más a pelear con ellos. Fue capitán Francisco de Montenegro, bien experto entre los Chiriguanas y dellos conocido; y algunos años después, un buen hombre llamado Romaguera, viviendo en una chácara, no dos leguas apartado de Mizque, de noche dieron en su casa los Chiriguanas y le mataron y se llevaron mujer y dos o tres hijas y mucho servicio, y hasta hoy, si no las han muerto, se las tienen allá.

Estos indios, aunque comen carne humana, no comen la de ningún español, porque los años pasados, comiendo uno, a todos los que lo comieron les dieron cámaras de sangre y murieron; los restantes, avisados del suceso, no la comen; pero al que toman vivo, para matarle usan de exquisitos tormentos.

Pasadas las montañas destes Chiriguanas, se siguen unos llanos muy grandes, donde hay gran cantidad de miel y mucho ganado nuestro vacuno, cimarrón, muy gordo, que se multiplica allí de un poco que se quedó de un pueblo de españoles que hubo a la vera de un río grande que llamaron de la Barranca. No se pudo sustentar; despobláronle, o por la guerra continua con los indios comarcanos, llamados los Chiquitos, belicosos y de yerba, aunque no caribes, o por la pobreza de la tierra; despoblando, no pudiendo sacar todo el ganado sin que alguno se quedase, de lo cual se ha multiplicado mucho para proveimiento de los pasajeros, porque de gordo no puede correr, particularmente las terneras, que al primer apretón se quedan estacadas. Agora me dicen se ha tornado a poblar este sitio, que será freno para los Chiriguanas.

De aquí a Santa Cruz de la Sierra, todo o lo más es despoblado y sin agua, si no son unos jagüeyes, a quien lo más del tiempo falta agua; es tierra llana, y ésta es la causa. Este pueblo pobló el general Nuflo de Chaves, hermano del padre nuestro fray Diego de Chaves, doctísimo, verdadero hijo de Sancto Domingo, varón integérrimo en todo género de virtud, primer confesor del Príncipe nuestro señor don Carlos y después del Rey nuestro señor Filipe segundo, sin que jamás se le conociese amor a cosa terrena.

El general Nuflo de Chaves, subiendo por el Río de la Plata arriba, muchas leguas de la Asunción, pueblo principal de aquella gobernación, dio en este asiento, pobló y púsole el nombre susodicho, en medio de muchos indios chiriguanas, porque a la una parte y otra del pueblo los hay. Cercó la ciudad de tres tapias, fortaleció las puertas; en todos estos reinos no hay ciudad cercada; velase por los enemigos tan comarcanos y malos. De aquí salió en demanda de unos cerros donde se entendía hacer minas de plata, en tierra de guerra; llevaba consigo españoles y mestizos, buenos soldados, y también chiriguanas, por amigos, que le ayudaban, por ser gente belicosa.

En un recuento que tuvo con los indios de guerra, alcanzada la victoria, los chiriguanas pidiéronle parte de los indios captivos y presos para comérselos, diciendo le habían ayudado. El general no se los quiso dar; guardáronse, y dejando a don Diego de Mendoza, creó cuñado suyo, con todo el ejército, apartóse con doce o catorce soldados y los chiriguanas 15 leguas, pocas menos, a cierto paraje, en el cual los chiriguanas determinaron de matarle, y no lo trataban tan secreto que no se entendiese su mala intención; avisaron los soldados a su General; hizo burla de los que lo avisaban, y un día, que fue el de su muerte, viniendo los chiriguanas determinados de poner en ejecución lo concertado, estaban con el General tres o cuatro soldados, Juan de Paredes y Diego de Ocampo Leyton, ambos extremeños y hombres de vergüenza, ánimo y hidalgos, con sus arcabuces y cuerdas en las serpentes; dijéronle: Señor, estos indios vienen con mal pecho. Si vuestra merced manda, aquí los despacharemos. Enojóse el General y díjoles: Quitaos de ahí. ¿Para qué me ponéis miedos? Apagad las cuerdas y dejadme con la lengua, un mestizo que servía della. Replicáronle; no aprovechó nada. Apagaron las cuerdas y no fueron cuerdos, y fuéronse a un bohío donde estaban los demás. El General estaba en una hamaca, entre las piernas la celada, encima de una rodilla, y sin espada, vestida una cota; como quedó solo con el mestizo lengua entran los chiriguanas, comienzan a quejarse que no les daba parte de la presa; descuídánle, llega uno por detrás, que el pobre General, ni la lengua lo advirtió, alza la mano y con una macana de palma da un golpe en la cabeza que le aturdió y dio con él de la hamaca abajo. El lengua salió dando voces ¡Al General han muerto! ¡Al General han muerto! Los pocos soldados túrbanse, y como no tenían mecha encendida, uno de los de arriba referidos arrebató un tizón y puso fuego al arcabuz; dispara sin saber a donde tiraba y acertó a dar en un caballo y matóle. Los indios pensaron que los soldados venían sobre ellos; retiráronse a una montañuela que cerca estaba, para guarecerse de los arcabuces, que si vinieran sobre los nuestros allí los mataran a todos. Retirados, tuvieron lugar los pocos españoles, pero bravos, de encender sus mechas y hacerse fuertes en la casa y recoger los caballos. El pobre General murió dende a pocas horas, sin poder hablar palabra.

Entre los soldados había un mestizo, del Río de la Plata, llamado Juan de Paredes, y por diferenciarle del que habemos tractado le llamo Paizunu; a los dos conocí y tracté mucho, y a éste no tanto, que me dijeron lo que voy refiriendo. Este Pazunu dijo: Aquí estamos perdidos; si me dan un caballo, el que yo pidiere, yo romperé por los enemigos, iré a dar aviso a don Diego, y si esto no hacemos, aquí nos han de matar; y muertos, como don Diego no sepa lo sucedido, luego darán sobre él y los demás, y todos pereceremos y la ciudad asolarán. Y fuera así si Nuestro Señor otra cosa no ordenara por su misericordia: los chiriguanas habíanse puesto en medio del camino para que no fuese a dar mandado a don Diego. Don Diego fue uno de los buenos capitanes para contra indios que había en estas partes, mestizo del Río de la Plata; no le conocí, mas por su fama, y después tractaremos dél, cuando tractáremos de lo sucedido en el tiempo

que gobernó don Francisco de Toledo. A los soldados pareció bien el consejo; dan el caballo que pidió, armóse y armaron al caballo; toma una lanza y un arcabuz pequeño, sale, dispara su arcabuz y luego echa mano de la lanza y rompe por medio de los Chiriguanas, y sin parar, aunque con algunos flechazos peligrosos, en él y en el caballo, da aviso a don Diego de Mendoza, que había quedado donde dijimos. En el real hízose el sentimiento debido. Parte con su ejército luego, da en los Chiriguanas por una parte, los pocos por otra; mató muchos, y a los que hubieron a las manos metiéronlos en un buhío y pusiéronlos fuego; castigo merecido por la maldad cometida, porque el General era nobilísimo y valentísimo. Sucedió esta maldad y desgracia gobernando este reino el licenciado Lope García de Castro; Su majestad le había hecho merced de aquella gobernación, para sí, hijo y nieto; dejó dos hijos pequeños y tres hijas. El gobierno encomendóse a don Diego de Mendoza hasta que su sobrino el mayor tuviese edad. Después quitósele don Francisco de Toledo, siendo Visorrey destos reinos; proveyó en él a Juan Pérez de Zurita, más para pelear que para gobernar; después tornóse a proveer en el mismo don Diego, el cual muerto, como diremos, quedó un poco de tiempo el gobierno en los alcaldes; después de lo cual, no sé si por Su Majestad o por qué Virrey, se proveyó a don Lorenzo de Figueroa, un caballero muy noble y de muy buenas partes, y no menos cristiano, el cual descubrió una provincia de gente política como ésta del Perú, muy poblada y que fácilmente se le dieron y aun le convidaron con la paz, porque los librase de los Chiriguanas, que los comían. Murió este caballero; agora no sé quién la gobierna.

Capítulo XCV

Prosigue el camino de Mizque a la Ciudad de la Plata

Volviendo al valle de Mizque, y prosiguiendo camino, a diez leguas andadas llegamos al río Grande, que corre por un valle desaprovechadísimo, si no es para víboras, tigres y osos; caluroso y sombrío respeto de la mucha montaña de una parte y otra, y los árboles infructíferos, silvestres, los más espinosos. Aquí no habitan sino las creaturas dichas, y no pocos mosquitos. Al tiempo de las aguas, es el río muy grande; no se puede vadear, y al de la seca es necesario saber bien el vado. Por el riesgo de los que se ahogaban y por ser camino muy pasajero, el marqués de Cañete, de buena memoria, el viejo, mandó se hiciese una puente, y para ello se cortó mucha madera, juntóse mucha piedra, hízose gran cantidad de cahíces de cal, sogas, maromas, acequia para desaguar el río; todo se perdió, por respecto de un religioso, no de mi Orden, y así se quedó y se quedará por muchos años. La puente no puede ser más que de un ojo, y éste, según lo afirmaba el artífice, había de ser de más de sesenta pasos. Luego se siguen otros valles angostos, empero fértiles de maíz en las laderas, y en los altos de trigo, donde jamás entraron indios ni en ellos poblaron; era montaña cerrada, llena de los animales que hemos dicho. Los españoles, acabadas las guerras civiles, como no tenían en qué ocuparse, se metieron, desmontaron, araron y cavaron, hicieron sus chacaras, donde de Potosí les vienen a comprar las comidas; siémbrese aquí el maíz con ceniza; en haciendo el hoyo para echar los granos y echándose en él, luego otro indio anda con una taleguilla de ceniza derramándola a la redonda y dentro, por que las hormigas no coman el grano; llegando a la ceniza no pasan adelante, y nacido el maíz no llegan a la hoja. Así en este valle como en otros tres que hay de aquí a la ciudad de La Plata, las aguas son muy gruesas y salobres, y en todas hay las plagas referidas, con pedriscos a su tiempo; danse también en estos valles algunas viñas y fructas de las nuestras. A una parte dellos viven algunos indios llamados Moyos, barbarísimos en extremo, y

holgazanes, más bárbaros que los de la laguna de Chucuito; éstos comen cuantas sabandijas hay; culebras, sapos, perros, aunque estén hediendo; y si pueden haber a las manos los potranquillos, no los perdonan, y como tengan un sapo para comer aquel día, luego se tienden de barriga en el suelo. No creo se ha descubierto, ni hay en este Perú, gente más bárbara. Críanse en estos valles cedros altísimos, gruesísimos.

Capítulo XCVI

De la ciudad de La Plata

La ciudad de La Plata fue uno de los ricos pueblos del Perú, y los vecinos della fueron de los más aventajados de todo este reino; aquí fue vecino el general Hinojosa, el general Diego Centeno, el general Lorenzo de Aldana, D. Pedro de Portugal, Gómez de Solís, el general Pablo de Meneses, licenciado Polo y otros muchos capitanes y valerosos varones, de todos los cuales ya no hay memoria, si no es de cual o cual; fueron todos a una mano riquísimos por las minas que tomaron en Potosí, las cuales entonces acudían a muchos marcos por quintal; su población es en unas lomas llanas no mucho, pero como las requiere la tierra donde llueve. Es cabeza de obispado y muy rico. Agora cuatro años que estuve en ella, estaban los diezmos solamente del distrito de la ciudad y algunos pueblos recién poblados de españoles hacia las montañas de los Chiriguanas, en 76.000 pesos ensayados, y el año pasado en 82.000 sin los diezmos de la ciudad de La Paz y provincia de Chucuito; los cuales todos juntos pasan de 100.000 pesos; tiene el señor Obispo, de su cuarta de la mesa episcopal, 25.000 pesos, sin lo que Je viene de la cuarta funeral, que yo seguro no le falta mucho para 40.000 pesos, que no es mal bocado para un pobre clérigo o fraile. Agora 28 años no llegaba la renta del obispo a 7.000 pesos, siéndolo nuestro religioso el Rmo. fray Domingo de Sancto Tomás, porque nunca tal cuarta pidió, ni las cosas se habían subido tanto; después vinieron clérigos a ser obispos, deseados por los clérigos del obispado, los cuales, cuando vino la nueva y poderes para tomar la posesión por el Rmo. don Fernando de Santillán, haciendo grandes regocijos de noche a caballo y con hachas y repiques de campanas, decían: capillas fuera, capillas fuera; emperó, sucedióles como a las ranas; entablaron estos señores obispos la cuarta episcopal, y agora lloran las capillas pasadas y reniegan de sus deseos, y más viéndolos cumplidos.

Es cosa de admiración ver lo presto que los prebendados hincen las cajas de plata. La iglesia catedral es de bóveda y de una nave bien labrada; es rica de ornamentos, y bien servida en lo que toca a los oficios divinos, con mucha música. Sustenta seis monasterios: uno nuestro, otro de San Francisco, otro de San Agustín, otro de la Merced, otro de Teotinos y uno de monjas sujetas a los padres Augustinos; ninguno hay acabado; el nuestro estuviera en muy buen puesto si se hiciera en él una iglesia moderada, mas quisieron hacerla de tres naves, mayor que la nuestra de Los Reyes, y en hacer y deshacer han gastado priores poco discretos muchos millares de plata.

El monasterio de San Francisco es el que tiene más edificado; la iglesia es cómoda, de una nave, cubierta toda a dos aguas con madera de cedro. En entrando en ella huele muy bien. Los padres augustinos van edificando el convento; la iglesia dejan para la postre. Los materiales para cal son bonísimos, y la piedra para de mampuesto muy cerca del pueblo. Reside aquí Audiencia Real, necesarísima para los pleitos de Potosí, y más para la quietud de la tierra. No tiene río; tiene un manantial a la parte del Sur, de donde se trujo una fuente a la plaza, bien labrada, y para algunas casas se les repartió agua. El

temple es bueno, porque en todo el año no hace tanto frío que sea necesario llegarse al brasero, de donde se vino a decir que esta ciudad excedía a las de más deste reino en templo, temple, fuente y puente, y cascos, etc. La puente se hizo en un río, legua y media de la ciudad, camino de Potosí, muy bien labrada, de un solo un ojo. Está en altura de veinte grados; corren aquí casi todos los vientos; el más cotidiano es el Oriente; cuando alcanza el Sur en junio y julio, a quien llamamos Tomahavi, se cubre la tierra de una niebla, pero dura pocos días, cuando llega a ocho es lo sumo, y entonces es desabrido.

Temblores de tierra, por maravilla alcanzan en esta ciudad; viviendo yo en nuestro convento, en ella, pasó uno que en nuestra casa, y dende arriba, no se sintió, y el convento de San Francisco, tres cuadras más abajo, se sintió mucho; era hora de misa mayor, y había gente en la iglesia, y toda salió huyendo unos en otros tropezando. El año pasado de 602 sucedió otro que hizo daño en toda la ciudad, particularmente en el convento de San Francisco derribó el campanario, abrióse el coro y en la iglesia mayor hizo mucho más daño. En la nuestra muy poco, y así en las casas que están de la plaza para arriba, los temblores han hecho poco; de la plaza para abajo se ha recibido mayor. He dicho esta particularidad porque muy de tarde en tarde suele suceder temblor alguno.

Empero, es toda esta provincia tan combatida, a la entrada de las aguas, y salida, de truenos, rayos y pedriscos, que parece temblar los cielos. No sé si hay en el mundo provincia más combatida destas cosas. Diré un dicho discreto del gobernador Castro; visitando el Audiencia una noche (y en las noches son las tempestades mayores) sucedió una tormenta tal; el huésped de la casa donde posaba, a la mañana vínole a ver, y díjole: Poco habrá vuestra señoría dormido esta noche, por los muchos truenos; respondió: ¿Truenos? Uno he oído. El huésped dice: Bien ha dormido vuestra señoría, pues sólo uno oyó; respondió el presidente: No quiero decir eso, sino que toda esta noche ha sido un trueno; y dijo discretísimamente, porque comienza uno, y al tercio otro, y luego otro, y así alcanzándose los unos a los otros no parece sino todo un trueno.

Los rayos son muy frecuentes que hacen daño, y si no fuera por salir de mi intento dijera cosas raras que han sucedido en el tiempo que viví en ella. Llueve poco en toda esta provincia. Es grande y poco poblada de indios. Comienzan las aguas a mediado diciembre, y por abril han cesado. Si el cielo fuera más lluvioso se pudiera comparar con todas la provincias fértiles del mundo. En toda ella no hay casi cosa de riego, si no es en cual o cual valle a la redonda de la ciudad; juncto a las casas se siembra trigo, cebada, maíz.

La comarca de la ciudad es buena y abundante por los valles que tiene en contorno, donde se da el maíz, y en los altos el trigo. Las chacaras son de mucha tierra, y por ella se han enriquecido no pocos. Conocí en esta ciudad, agora cuatro años, un vecino que vendió una chacara suya con tres o cuatro piedras de molino en 52.000 reales de a ocho; para ser un chacarero rico no es necesario más que el año sea un poco estéril, y que en su chacara haya llovido. Pocas veces el agua es general; son aguaceros con tanto ímpetu de vientos, truenos, rayos y relámpagos, que es cosa temerosísima; a los que suben de los llanos háceseles muy pesado; veráse ahora, más en particular de noche, el cielo sereno y muy claro y en un instante cubierto de una oscuridad que pone grima. Toda esta provincia de los indios Charcas es abundantísima de miel de abejas; no crían en colmenas como en España, porque no las han recogido en ellas, ni de eso se tiene cuidado; crían unas en la tierra, debajo della, y por un agujero entran y salen a su labor;

ésta suele ser agria; otras crían en troncos y huecos de árboles: ésta es mucho mejor; otras hacen sus panales (acá llamámosles chiguanas) colgándolos de una rama de un árbol, sobre la cual los fraguan redondos y algunos tan grandes como botijas peruleras: ésta es la mejor, más blanca y para muchas cosas buena.

A cuatro leguas de la ciudad, al oriente, entramos en el valle llamado Moxotoro, que quiere decir barrio nuevo, angosto, mas tiene algunas anconadas todas de riego con las acequias que del río sacan; a su tiempo es muy caluroso, y a su tiempo frío. Aquí hay muy buenas chacaras y huertas con todos los frutales nuestros, y muy buenas viñas, adonde de Potosí, que son 22 leguas, vienen los indios con los reales a comprar la fruta, desde las cebollas y ajos hasta las camuesas y peras. Una legua más adelante, en un valle llamado Chuquichuqui, hay un ingenio bonísimo de azúcar y de más cosas, pero es una caldera de fuego de Babilonia.

Todos estos valles desta provincia son abundantes de las plagas arriba dichas: víboras, hitas, chinches y otros animales ponzoñosos; pero proveyó Dios de muchas yerbas medicinales y árboles, más que en ninguna otra parte destos reinos.

Pocas leguas desta ciudad se coge la contrayerba, que dijimos ser una raíz negra que huele a higuera. Otras raíces hay aprobadísimas para cámaras de sangre. Lleva esta tierra mechoacán tan bueno como el que se trae de México.

Entre los árboles hay tres muy conocidos y salubérrimos: el uno llamado Tareo, que entre mil de los demás es muy señalado; antes que eche las hojas produce una flor como campanillas, morada, de la cual se hace una conserva probada contra el mal francés. El otro se llama Quinaquina; destila un goma muy olorosa, remedio principal, sahumándose con ella, contra toda tose, catarro y apretamiento de pecho. He conocido personas, a lo menos un religioso nuestro, que cortaba una rama y en la punta colgaba un calabacillo, de suerte que la rama estuviese enarcada; destilaba el bálsamo. Este árbol llora unas pepitas grandes como habas y más largas, llenas de goma, de las cuales se aprovechan para mil enfermedades; tuve la memoria dellas, no sé qué se me hizo; sahumáse con ello contra la tose, y para la jaqueca no hay remedio más eficaz; tarda en destilar tiempo.

Lo que en más abundancia se cría son molles, aprobadísimos para muchas enfermedades frías; todos estos árboles son como grandes encinas. Los molles, dándole una cuchillada en la corteza, y sin que se les dé, pero dada destilan una goma blanca con un poquito de cárdeno, al gusto poco mordaz; usan della para purgar flegmas; yo la he tomado; pónenla en un paño limpio, mójanla en agua y exprímenla como cuando se hace una almendrada, y cuanto una escudilla, échanle un poco de azúcar, y puesta al sereno, a la mañana se bebe, sin más preparación; hace su efecto admirablemente; lleva unas uvillas coloradas que son como las majuelas de España, sino que son todas redondas, sin la coronilla que tienen las majuelas; destas uvillas se hace miel y chicha muy dulce y calidísima. Con la corteza curten suelas y muy buenas. Hay entre estos árboles macho y hembra: el macho es más coposo y más grato a la vista; la hembra crece más y las ramas más extendidas. La fruta del macho jamás madura; quédase como la uva, en cierno; la hembra la llega a sazonar. Pero de lo que más es abundante esta provincia de toda suerte de minerales, a cuya causa son las tempestades tan recias, y si Potosí faltase, no faltarían otros cerros llenos de plata.

Capítulo XCVII

De otro camino para la ciudad de La Plata

Volviendo a Caracollo, de donde proseguimos el camino para la ciudad de La Plata por los valles, y tomándolo por el más seguido, de aquí una jornada llegamos a la venta de las sepulturas; llámase así porque se pobló en un llano donde hay cantidad dellas, y en todo el camino, particularmente desde Siquisica; son sepulturas de indios, donde en su infidelidad se enterraban en estos lugares fríos; la causa debía ser por que no corrompiesen los cuerpos; son altas de más de estado y medio, todas, en general, angostas como una vara, de cuatro paredes; unas portezuelas que todas miran al Oriente junto al suelo; aquí se enterraban los indios y sus mujeres; para los hijos hacían otras pequeñas junto a éstas. Ha sucedido ir caminando por esta tierra llana el español y alcanzarle un aguacero de los buenos, y meterse dentro de una destas sepulturas, sin tener grima de los cuerpos muertos; no la dan como los nuestros.

Algunos indios sacan los cuerpos dellas y abrazaditos marido e mujer los ponen en los caminos, sola la osamenta, entera, sin despegarse de las coyunturas, porque en estas sepulturas no come la tierra los cuerpos, sino consúmese la carne; lo demás queda entero; tampoco se crían gusanos; la frialdad y sequedad de la tierra no da lugar a ello.

Algunas sepulturas vemos más altas y labradas, digo pintadas; éstas por ventura eran de los curacas. Por estar puesta esta venta en un lugar donde había muchas, se quedó con el nombre de la venta de las Sepulturas. Hácese aquí mucha y muy buena pólvora, y aquí vive un oficial della que con licencia de los Virreyes la hace. Siete leguas adelante es la venta de En Medio, así llamada por ser fundada en parte donde se toma a mano izquierda el camino para la ciudad de La Plata y sobre mano derecha para Potosí; dase en ella buen recaudo a los pasajeros; los caballos a la sabana.

Prosiguiendo para Potosí, porque no volvamos más a ella, son cinco jornadas; todas son de ventas, sin que en el camino haya cosa que sea digna de memoria, más de que antes de llegar a Potosí, como legua y media, no se ha de dar más priesa a la cabalgadura de la que ella quisiere; fáltales el aliento, y si se la dan se quedan muertas en el camino.

Tomando, pues, el camino sobre mano izquierda, nueve leguas, si no son diez, dista de aquí el pueblo llamado Chayanta, poblado en una llanada bien fría, antes de llegar al cual, hay en medio del camino un arroyo abajo, de mala agua, con muchos manantiales de aguas calientes, pero una fuente hay en una peña viva que cae sobre este arroyo; la piedra terná en contorno como braza y media; vase arrugando como un pan de azúcar, y por la corona della sale un caño de agua como la muñeca, y para caer en el arroyo hace su charco muy formado; no pasa hombre por allí que no se detenga un poco a mirarla y considerar la fuerza del agua que rompiese aquella peña viva; estas. aguas calientes, si son de piedra azufre, dan salud a los enfermos de la ijada y orina, como ya dijimos; las del alumbre les hacen más daño.

De aquí son dos jornadas al pueblo llamado Macha, en distrito del cual hay una mina de plata, que hasta agora no se ha descubierto, ni se espera se descubrirá. Un religioso nuestro, a quien yo conocí en este reino siendo seglar, agora cuarenta años, acaso dio con ella, y conociendo el metal echó alguno en unas alforjas; llevólo a Potosí, fundiólo;

acudió mucha plata; luego conoció ser la mina que tanta fama tiene, empero no lo dijo sino a uno o dos amigos, para ir a ella y registrarla; sucedióle en este tiempo, antes que la fuese a descubrir, hacer un viaje forzoso a Arequipa, donde se metió fraile nuestro, y así se quedó; ya profeso y viviendo en nuestro convento en Huánuco, y estando a la sazón allí nuestro provincial el padre fray Francisco de San Miguel, a quien se lo oí decir muchas veces, llegaron dos hombres que venían de Potosí en busca del religioso para que les descubriese la mina y cerro; encuentran con el provincial, dícenle por qué razón tomaron tanto trabajo, viaje largo, y que si el religioso les descubre el cerro y mina se obligarán a hacer un convento entero en la ciudad que el provincial señalase. Al provincial no le pareció mal el partido; tractólo con el religioso, y con ser un hombre tosco y no de mucho entendimiento, respondió al provincial, era verdadero, sabía el cerro y mina, pero que no convenía descubrirlo porque los indios de Macha, en cuyo distrito estaba, y cuya era, la labraban (por lo que él vio) para pagar sus tributos y para sus necesidades; la cual si se descubría la habían de quitar a los indios, y quedarían privados de su hacienda. La respuesta del religioso pareció bien al provincial, y respondió a los dos compañeros que no la descubriría aunque le hiciesen tres conventos, y así se quedó hasta hoy. Desde este pueblo son tres jornadas a la ciudad de La Plata, de muy mal camino, como lo es todo el desta provincia.

Capítulo XCVIII

De los pueblos de españoles en valles cerca de los Chiriguanas

Saliendo de la ciudad de La Plata, entre el Oriente y el Sur, puso Dios muchos valles muy buenos y fértiles, donde los indios nunca habitaran, ni entraron, llenos de montañas calientes, fértiles de trigo y maíz, árboles nuestros y otros mantenimientos, donde en chacaras viven españoles; en los altos pastan sus ganados mayores y menores; allí a sus casas les vienen de Potosí a comprar los mantenimientos, con los costales llenos de reales. De pocos años a esta parte, en dos valles éstos se han fundado dos pueblos, recogiendo los chacareros a ellos: uno en el valle llamado Tomina, otro en el valle de la Lagunilla, fronteras de Chiriguanas, con lo cual se les ha puesto freno para que no hagan el daño que solían hacer antes que se redujesen a pueblos, y aun agora también; las casas de las chacaras todas eran fuertes, y de noche los amos y los indios dormían debajo de una puerta y llave, y algunas veces se velaban, por miedo desta mala gente, que por la mayor parte sus saltos son de noche, y por que se sepa qué gente es ésta, en breve diré sus calidades.

Capítulo XCIX

De los Chiriguanas y sus calidades

Los indios Chiriguanas viven muy cerca destes valles, en unas montañas calurosas y ásperas por donde apenas pueden andar caballos. No son naturales, sino advenedizos; vinieron allí del Río de la Plata; la lengua es la misma, sin se diferenciar en cosa alguna. Son bien dispuestos, fornidos, los pechos levantados, espaldudos y bien hechos, morenazos; pélanse las cejas y pestañas: los ojos tienen pequeños y vivos. No guardan un punto de ley natural; son viciosos, tocados del vicio nefando, y no perdonan a sus hermanas; es gente superbísima; todas las naciones dicen ser sus esclavos. Comen carne humana sin ningún asco; andan desnudos; cuando mucho, cual o cual tiene una camisetilla hasta el ombligo; usan pañetes; son grandes flecheros; sus armas son arco y

flecha; el arco tan grande como el mismo que lo tira, y porque la cuerda no lastime la mano izquierda, en la muñeca encajan un trocillo de madera, y allí da la cuerda. Pelean muy a su salvo, porque si les parece el enemigo les tiene ventana, no acometen. Pocas veces con nosotros pelean en campo raso, si no es a más no poder, y si les parece han de perder un chiriguano, no acometerán; son grandes hombres de forjar una mentira, tardan mucho tiempo en ella, y enseñanla a todos, de suerte que los niños la saben, y si se les pregunta no difieren de los mayores, particularmente para engañarnos, como adelante diremos.

Si han de ir a la guerra es por orden de las viejas, que les traen a la memoria los agravios recibidos, y los afrentan con palabras llamándolos cobardes, borrachos, ociosos y flojos. Entre estas viejas hay grandes hechiceras, y hállanse en ellas las pitonisas que dice la Escritura, en cuyo ombligo habla el demonio. El mayor de los pueblos es de cinco casas; lo común es de tres; mas son muy largas, de más de 150 pasos, a dos aguas, con estantes en el medio sobre que se arma la cumbre, y de estante a estante vive una parentela. Con los indios que más enemiga han tenido son con una provincia que cae a las espaldas destas montañas, tierra llanísima, falta de agua, que se llama los Llanos de Manso, o la provincia de los Chaneses; éstos, que es gente desarmada, aunque bien dispuesta, de mejores rostros y más bien inclinados que los Chiriguanas, se han comido más de 60.000, y no creo digo muchos, porque aquellos llanos eran muy poblados; agora no hay indio sino muy pocos, y como no tienen quien los defiendan, es la carnicería desta bestialísima gente. Son tan sujetos a los Chiriguanas, que en viéndolos no hay más que sentarse, sin resistencia alguna, para que el chiriguana haga dél lo que quisiere; tráenlos como ovejas en manadas: comen los que se les antojan, de los demás se aprovechan para el servicio de sus casas y sementeras. Cuando se quieren comer alguno no hay más que decirle se vaya a lavar al río, lo cual hace sin replicar; viene desnudo; mandan a sus hijos tomen los arcos y flechas, y el pobre chanés en una plaza huyendo de aquí para allí de las flechas, sin se atrever a salir della, de los muchachos es flechado y muerto con gran alegría de los que le miran; le hacen pedazos y se lo comen, o asado, o cocido con maíz y mucho ají. De los que ven valientes y de buenos cuerpos, aprovéchanse para la guerra; hácenlos a sus bárbaras costumbres y cuando han de pelear pónenlos en la delantera, y si no pelean bien, fléchanlos por las espaldas. Es gente traidora y que no guarda palabra, porque como dijimos, no tiene un punto de ley natural, ni cosa de policía; es poca gente; no llegan a 4.000 indios de guerra; la aspereza de la tierra en que habitan les ha sustentado tanto tiempo contra los españoles; en ella hay ríos grandes, poco temidos destes, por ser grandes nadadores. Los ríos llevan sábalos, armados, bagres y otros peces, los cuales pescan desta suerte: al verano echan un pedazo del río por otra parte; quedan los peces en el brazo del río desaguado; en agua hasta la cinta, entran en ella con sus arcos y flechas, allí los flechan, y el que se escapa de la flecha, las mujeres van detrás con unas redes en que caen. Son también astutísimos en cazar o enlazar las víboras, las de cascabel; éstas comen, y cuando un chiriguana halla una dellas y la mata se la echa al hombro y se viene muy contento a su casa; cómenlas desta suerte: córtanles la cabeza, con dos o tres dedos más, y otro tanto de la cola; luego la desuellan y hecha trozos ponen encima de las brasas, y así asada con ají la engullen; oí decir a dos personas fidedignas que las habían visto asar, y que olía la carne como si la hobiera lardado con muchos olores, porque al olor de una que asaban sus yanaconas en su cháraca, salieron de casa a ver lo que era y hallaron los indios chiriguanas en una gran candelada asando una para se la comer. Toda la tierra que habitan es fértil de muchas víboras de cascabel y de las pequeñas que habemos dicho; hay otras culebras grandes de más de tres varas; éstas no pican, pero en viendo al

hombre abalanzasele, cíñele por el cuerpo y luego con una espina acutísima que tienen en la cola es cierta al sieso por donde la meten, y desta suerte le mata, y luego se lo come. Hállanse lagartos de sequera, el cuerpo de una vara y más, sin la cola, que es poco menos; éstos acometen a un muchacho y se lo comen. En Tucumán vi uno déstos, como diremos cuando tractaremos de aquella tierra. Entre los árboles tienen muchos cedros, pero hay otros que llevan tanta garrapata, que arrimándose un hombre a él caen a mía sobre tuya sobre el pobre, que le cubren como si una saca dellas le hobieran derramado por encima. Contra éstos más que bárbaros hombres entró don Francisco de Toledo, Visorrey del Perú; lo que le sucedió diremos cuando tratáremos de lo que le sucedió en el tiempo que gobernó estos reinos.

Con ser esta gente de la calidad referida y la tierra asperísima, el capitán Andrés Manso, natural de la Rioja, con sólo sesenta hombres los subjectó e repartió; sirviéronle y a sus encomenderos como sirven los indios destos reinos, y no trabajó mucho en la conquista dellos, y menos en los de los Chaneses. Agora 29 años, cuando subí la primera vez a la provincia de los Charcas, ya era muerto; no creo habría siete años.

Este capitán pobló un pueblo que confina con las montañas de los Chiriguanas y con los llanos de los Chaneses; el sitio, llamado por un nombre Condorillo y por el otro el río de los Sauces. Los que lo han visto, que son muchos, dicen no hay en lo descubierto de las Indias temple más saludable; el suelo fértil y alegre. Viviendo aquí con toda paz, y no distando de la ciudad de La Plata ochenta leguas a lo más largo, estos Chiriguanas le engañaron con una ficción, de las cuales, como habemos dicho, son grandes hombres para fingirlas; fingen, pues, y engañan al pobre capitán, que a pocas leguas de allí había un valle donde vivían unos indios de extraña figura, muy ricos de oro (entre los Chiriguanas, ni en toda aquella montaña, ni oro ni plata se ha descubierto); que si quiere, ellos le llevarán allá y se los conquistarán, y de los españoles no es necesario más que la mitad, y la otra mitad se queden en el pueblo. Creyóse (que no debiera) dellos, y salió con treinta soldados; los otros treinta con las pocas mujeres dejó en el pueblo; llevó consigo parte de los Chiriguanas, los cuales dejaron concertado con los demás que para el servicio del pueblo se habían quedado, que para tal día tomasen las armas, y a tal hora de noche; que ellos en el propio día y hora darían en Andrés Manso, y sus soldados, y desta suerte los matarían a todos. Al día, pues, o por mejor decir, a la hora de la noche señalada, los unos dan en el pueblo, los otros en Andrés Manso; matáronlos a todos sin dejar uno ni ninguno, y desde entonces se han quedado señores como agora lo son, y tan enemigos nuestros como antes, y del nombre cristiano; sólo se escapó un mestizo llamado fulano de Almendras, a quien prendieron en el pueblo, y un cacique déstos Chiriguanas le quitó que no le matasen y puso en salvo, porque tenía con él amistad; cosa nunca entre Chiriguanas guardaba. Vínose a la ciudad de La Plata, donde a pocos años murió estando yo presente, a quien entonces confesé y ayudé lo mejor que supe en aquel trance; escapóse otra mestiza que debía estar amancebada con algún Chiriguana, porque se quedó con ellos hasta hoy, como otra vez della diremos; y esto en suma de los Chiriguanas y sus costumbres; prosigamos agora nuestro viaje.

Capítulo C

Del cerro de Potosí

Volviendo a nuestra provincia de Los Charcas, cansado de tractar de la gente más que bárbara Chiriguana, es esta provincia ancha y larga, empero poco poblada y muy,

áspera, de malos caminos., los indios son más bien dispuestos que los del Collao, más fornidos, los rostros más llenos y, en sus vestidos más bien tractados, hablando en común; son conocidísimos por el vestido, y muy ricos de plata y de ganados, aunque en ganados les hacen ventaja los del Collao, y oro no les falta, sino que no quieren descubrirlo; es fama en el distrito de Chayanta haberlo, no de río, sino veta, pero guárdanla para sí, y no hacen mal.

El Visorrey don Francisco de Toledo, desde Potosí envió con un yanacona que le prometió descubrir esta mina a un religioso nuestro; fue y hallo una veta pobre, aunque trujo una piedra pasada toda con clavos de oro; túvose por cosa que no se podía seguir, y así se quedó. También es fama y común que entre Potosí y Porco, que son ocho leguas, hay minas de azogue, y no es difícil de creer; empero el que la sabe no la quiere descubrir, diciendo que si luego se la han de quitar, se esté por todos; la cual si se descubriese, Su Majestad aumentaría grandemente sus tributos porque como el azogue necesariamente bajase, no sería necesario seguir veta, sino a tajo abierto labrar en el cerro, y como fuesen las costas menos y más los mineros, los quitos habían de subir; pero esto es ya salir de nuestro intento; dejémoslo a los Contadores.

De la ciudad de La Plata se ponen a Potosí 18 leguas, divididas en tres jornadas, en las cuales hay cinco ventas, y en la primera dos ríos; el primero llamado Cachimayo, que es decir río de la sal, por la sal que en algunas partes por donde corre se hace, porque no es necesario otra cosa que el agua echar en los lugares señalados, y dentro de pocos días se congela, y buena sal, con ser el agua no muy gruesa, pero no es salobre ni salada. El otro es río Grande, y solamente al verano se vadea y conviene saber tomar el vado, porque si no, no parará el que lo quisiere vadear hasta los Chiriguanas. Tiene sus puentes de piedra que mandó hacer el famoso marqués de Cañete, de felice memoria, el viejo; la primera del Achimayo; por descuido de las justicias, con una avenida se la llevó el río; hase hecho legua y media más abajo otra, que se ha tardado en hacella más que se tardó en las dos, porque las dos en dos veranos se hicieron; ésta han pasado más de seis.

Es Potosí de forma de un pan de azúcar; sólo a la parte del Poniente se le desgaja una cordillera de un cerro que no creo tiene una legua de largo, y baja. Por la parte del pueblo tiene un cerrillo pegado a sí, a quien llaman Guaina Potosí, como si dijésemos el grande, el viejo Potosí, y, a este otro el mozo. Este cerro es conocidísimo entre mil hobera; parece que la naturaleza se esmeró en criarle como cosa de donde tanta riqueza había de salir; es como el centro de todas las Indias, fin e paradero de los que a ellas venimos. Quien no ha visto a Potosí no ha visto las indias. Es la riqueza del mundo, terror del Turco, freno de los enemigos de la fe y del nombre de los españoles, asombro de los herejes, silencio de las bárbaras naciones. Todos estos epítetos le convienen. Con la riqueza que ha salido de Potosí, Italia, Francia, Flandes y Alemaña son ricas, y hasta el Turco tiene en su Tesoro barras de Potosí, y teme al señor deste cerro, en cuyos reinos corre aquella moneda; los enemigos del magno Filippo y de los brazos españoles y de su cristiandad, en trayendo a la memoria que es señor de Potosí, no se atreven a moverse de sus casas; los herejes quedan como despulsados, y cuando los potentados del mundo se quieren conjurar contra la Majestad católica, no aciertan a hablar. Es el más bien hecho cerro que se ha visto en todas las Indias, y si dijésemos en el mundo, no creo sería exageración; del pie hasta la cumbre y corona dél hay una legua larga. Vese de más de veinte leguas, porque desde un pueblo llamado Aravati, tres leguas de la ciudad de La Plata, más adelante, se ve, y a la parte del Sur, por el camino de los

Chichas, de muchas leguas le conocemos. Por todas partes, Oriente y Poniente y Norte y Sur, es abundante de vetas de plata; las ricas que se labran y siguen son las que miran al Oriente; luego diremos sus nombres. Jamás por los indios, antes que los españoles entrasen en este reino y lo poseyesen, fue conocido tener plata, ni jamás indio lo labró, ni vivió en él; era despoblada la tierra a la redonda dél, y el mismo cerro, por ser frigidísimo con estar en veinte grados; ocho leguas dél se labraba el cerco llamado Porco, como diremos concluido con Potosí. Todo él de arriba abajo era una montaña espesa de unos árboles que llamamos quinquas, torcidos, sólo buenos para leña y carbón, en lo cual puede competir con la encina; para enmaderar nadie se aprovecha dél. Su descubrimiento fue desta suerte, y si no me engaño lo descubrieron unos yanaconas de fulano Zúñiga, hombre antiguo en este reino; y si no fue tesorero de la hacienda Real, a lo menos fue uno de los oficiales, a quien conocí en Potosí, y me dijo lo que referiré. Cuando los españoles entraron en este reino, conquistado el Collao y esta provincia de los Chacas, no la tenían por rica más que de miel, por lo cual muchos rehusaron los repartimientos y encomiendas en esta provincia, diciendo que no querían tributos de miel. Verdad es que se labraba el cerro de Porco, de donde se sacaba plata para el Inga antes de la venida de los nuestros. Acobardábales el temple, en partes desabrado, y el cielo como le tenemos pintado, áspero, con tantas tormentas de truenos y rayos, y que Porco a pocas brazas daba en agua. Con todo eso quedaron algunos de los conquistadores antiguos, pero los más fueron de los que llamaban pobladores, venidos después de llana la tierra. Porco se labraba, y los vecinos de la ciudad de La Plata, que deste cerro dista 25 leguas, iban y venían a sus minas; también sus criados, así españoles como indios, que llamamos yanaconas. El camino era tan cursado como agora, en el cual encontraban ganado silvestre, llamado guanacos y vicuñas; son de la misma figura que el ganado doméstico, sino que la color es bermeja de los guanacos y el hocico que tira a negro. La vicuña es más cenceña, de la misma color; el hocico tira un poco a blanco, y el pecho y pescuezo por la parte de abajo blanco. Pues como todo el camino desde la ciudad de La Plata fuese despoblado hasta Porco, algunos indios y españoles llevaban galgos para si saliese algún guánaco, o vicuña, cazarlo. Sucedió así que yendo o viniendo algunos indios yanaconas deste fulano de Zúñiga y de otro compañero suyo, y pasando por las faldas de Potosí (va por aquí el camino), salió un guanaco; échanle los perros; el guanaco tira el cerro arriba, y los perros; siguen los indios a los perros y guanaco, el cual subiendo al cerro arriba hizo la fuerza con los pies en una veta en la superficie de la tierra, y derrumbó un poco de metal. Los yanaconas que le seguían, como quien conocía el metal, viéndolo dejan de seguir el guanaco; tomándolo e conociéndolo, en su lengua comienzan a decir: caimí mamacolqui, caimí mamacolqui; que quiere decir: esta piedra es de plata, o madre de plata. Recogen más piedras, llévanlas a su amo, hacen el ensayo: acudió a muchos marcos por quintal, a más de cincuenta; a la voz vino Zúñiga, y vinieron los demás, y registraron minas en el cerro.

Este fue el principio y origen del descubrimiento de Potosí, y es así verdad; desde entonces dejaron de seguir las minas de Porco con aquella frecuencia que antes. La principal veta que se descubrió se llamó y llama la veta Rica; luego la del Estaño, porque la plata es sobre estaño, y la de Mendieta, y éstas son las que agora principalmente se labran, de las cuales ha salido tanta cantidad de plata que asombra al mundo. Si estas vetas desde fuera las miran, parecen como sangraderas, o quebradas muy angostas, que vienen de arriba abajo. Agora no hay más memoria de leña en él que en la palma de la mano. Al principio los metales eran muy ricos, porque las vetas lo eran, y acudían cuarenta marcos y más por quintal; agora, como están muy bajas, son

mucho más pobres. El quintal que acude a tres pesos ensayados, que es a tres cuartos de marco, es muy rico, que son seis onzas; son todas las minas de plata que en este reino se descubren de cabeza, que es decir la riqueza tiénela en la superficie; como las tierras que se labran la fertilidad es la superficie; y a esta causa los árboles no echan las raíces sino a la haz de la tierra, y por esto, conformándose las minas con los árboles, mientras más fondas se labran, más pobres.

Capítulo CI

Del cerro de Potosí

A la fama de tanta plata, luego se comenzó a despoblar, aunque no del todo, el asiento de Porco y se pasó a Potosí, y poblaron los españoles desta otra parte de un arroyo que pasa al pie del Guayna Potosí; los indios, de la otra parte del arroyo, al pie del cerro; mas como se fue multiplicando la gente, también a la parte de los españoles se poblaron no pocos indios, y entre ellos los Carangas a las espaldas de los nuestros. El asiento, así del pueblo de los españoles como de los indios, no es llano, sitio en una media ladera, como se requiere en tierra que llueve; el un asiento y el otro lleno de manantiales de agua que Dios nuestro Señor proveyó allí para el beneficio que agora se hace de los metales; si no, ya se hobiera despoblado la mayor parte por falta della, y los manantiales y fuentes, unos están sobre la faz de la tierra, otros a un estado, y a menos; el que a dos es muy hondo. El agua en unas partes es mejor que en otra, poca para que se pueda beber; guísase con ella de comer y lávase la ropa; no se halla casi cuadra que no tenga muchos manantiales, ni casas sin pozos, y en las calles en muchas dellas revienta el agua. Cuando los metales acudían a mucho más que agora, no los fundían los españoles, sino los indios se los compraban y beneficiaban, y, acudían con el precio al criado del señor de la mina. Desta manera el señor de la mina tenía su mayordomo que della tenía cuidado, de hacer los indios o yanacunas barreteros labrasen, y sacasen el metal a la boca de la mina, adonde cada sábado llegaba el indio fundidor mirábalo, concertábase por tantos marcos y a otro sábado infaliblemente la traía la plata concertada; estos indios llevaban el metal a sus casas, y, lo beneficiaban, y fundían, no con fuelles, porque el metal deste cerro no las sufre; la causa no se sabe; el metal cernido y, lavado echábanlo a boca de noche en unas hornazas que llaman guairas, agujereadas, del tamaño de una vara, redondas, y con el aire que entonces es más vehemente, fundían su metal; de cuando en cuando lo limpiaban y añadían carbón, como veían era necesario, y el indio fundidor para guarecerse del aire estábase al reparo de una paredilla sobre que asentaba su guaira, sufriendo el frío harto recio; derretido el metal y limpio de la escoria, sacaba su tejo de plata y veníase a su casa muy contento. Había a la sazón en el cerro que dijimos se desmiembra de Potosí, y a la redonda del pueblo, más de 4.000 guairas, que por la mayor parte cada la noche ardían, y verlas de fuera y aun dentro del pueblo no parecía sino que el pueblo se abrasaba. La que menos desta fundía salía con un marco de plata, que es riqueza nunca oída. Los indios fundidores ganaban plata, y los señores de las minas no perdían.

El viento con que más cotidianamente fundían era con el Sur, que dijimos llamarse Tomahaví. Proveyó Dios en aquel tiempo deste viento, que casi no faltaba en todo el año, y cuando descansaba algunos días, luego se hacían procesiones por viento, como por falta de agua cuando se detienen. Cesaron totalmente las guairas desde que se comenzó el beneficio del azogue, que fue en el segundo año del gobierno de don Francisco de Toledo.

Capítulo CII

Las vueltas que ha dado Potosí

Agora treinta años ya casi Potosí estaba para totalmente perder todo su crédito, si nuestro Señor no proveyera de que se acertase a sacar plata con azogue. Es así, que si en esta sazón llegara un hombre con 200.000 pesos, comprara todas las minas del cerro; las costas muchas, los metales pobres, las minas muy hondas, no parecía se podía sustentar. Empero luego el año adelante se descubre el beneficio del azogue, y torna a revivir de tal manera, que en estos treinta años es casi innumerable la plata que del ha salido, y pasó así: que muchos años antes, más de diez, llegaron allí unos extranjeros con azogue, y quisieron fundir por él; hicieron las diligencias posibles, y no atinaron a fundir, o a incorporar, por lo cual las bolas del metal incorporado dejaron con el azogue, desesperados de salir con su intento, y en este tiempo el que las tenía, como por cosa desechada, las tornó a moler y fundir, y sacó plata de donde los otros no atinaron a sacar un grano, que parece prodigio. Después de hallado este beneficio, y usado muchos años, como los metales fuesen bajando en ley, ya los señores de las minas no se podían sustentar; el ingenio del hombre, dando y tomando, vino un beneficiador a mezclar escoria de los herreros molida con el metal; fundiólo, salióle bien, donde infirió: si la escoria es provechosa, mejor lo será el hierro; da en deshacer el hierro, y con el agua del hierro deshecho incorporó el metal: salióle con más ley y sacó más plata. Pues para deshacer este hierro ¿qué remedio? Eran necesarias muelas de piedra como de barbero, más anchas que altas y de grano más grueso; provee Dios junto a los mismos ingenios tanta piedra desta, que algunos ingenios no a media legua, otros a una, y el que más lejos no la tiene a dos leguas; estas piedras andan con el movimiento del ingenio grande, en el cual debajo de la piedra ponen una artesa bien estanque, con agua, de donde la muela coja agua dando vuelta, y encima de la piedra se pone la plancha del hierro, la cual se va gastando como se gasta el cuchillo en la muela del barbero; de cuando en cuando se requiere verla para que siempre esté encima de la muela; con cada cajón de cincuenta quintales de metal molido y encorporado con azogue se mesclan diez libras de agua. y si a estos cincuenta quintales echan menos, no sacan nal; si más, pierden el agua más que echan, porque no se saca más plata que si echasen las diez libras. Lo necesario a cincuenta quintales es diez libras de agua. En todos los ingenios tienen sus vasos de madera, en que al justo caben diez libras de agua; con éstos las sacan de la artesa donde cae el agua en que se deshace el hierro. Este beneficio es el frecuentado y cierto; algunos han procurado descubrir otros, más sádeles al revés, y si no al revés, no hay quien los siga. En todo este tiempo me hallé en la ciudad de La Plata, que es casi como vivir en potosí, porque lo malo o bueno que sucede en aquella villa, luego se publica en La Plata, por la frecuencia de los que van y vienen.

Capítulo CIII

De la abundancia de que goza Potosí

Goza Potosí (a lo menos gozaba) de las mejores mercaderías, paños, sedas, lienzos, vinos y de las demás, de todo lo descubierto de las Indias, porque como en España se cargase lo mejor para la ciudad de Los Reyes, de allí la flor se llevaba a Potosí.

Agora no es así, porque como sea tierra de acarreto, y las mercaderías, que sean buenas que sean malas, se hayan de gastar, no se tiene tanta cuenta como los años

pasados. Es pueblo muy abundante de mantenimientos, porque de Cochabamba, que dista dél cincuenta leguas, le llevan el trigo, harinas, tocinos, manteca, y de la ciudad de La Plata, todas las frutas nuestras y mucho trigo e maíz, y de las costa de más de cien leguas el pescado casi salpreso, porque agora cuatro años se obligaron tres o cuatro de dar pescado salpreso en Potosí, con condición que otro que ellos no lo pudiese meter; señalándoles la villa el precio, y salieron con ello; tenían en paradas caballos con que lo llevaban; si agora lo hacen, no lo sé. Finalmente, todos los pueblos que se han poblado y se pueblan de españoles en aquella provincia de los Charcas, podemos decir que Potosí los puebla, porque con la confianza de llevarle lo que tienen de labranza y crianza, anima a los españoles a meterse en las montañas de los Chiriguano, y fundar pueblos en valles calorosísimos, llenos de las plagas referidas, y todo lo allana Potosí.

El pueblo tiene sus plazas donde se venden las cosas necesarias, en cada plaza la suya; la plaza del maíz en grano, la de la harina, la de la leña, la del carbón, la del alcacer y la del metal, y plaza donde se vende el estiércol de los carneros de la tierra, el cual me certificaron se compraba y se vendía cada año en cantidad de 10.000 pesos y más. Pues ¿qué diremos de la de la coca? La plaza principal es muy bien proveída, donde casi todo el año se hallan uvas, las demás frutas, camuesas, manzanas, membrillos, duraznos, melones, naranjas y limas, granadas a su tiempo en cantidad, y ha introducido que no pierde el más estirado nada de su opinión en entrar donde estas cosas se venden, que es una calle larga en la misma plaza junto a la iglesia mayor, hecha por los indios que traen estas cosas, y escoger el propio lo que más gusto le da y enviarlo a su casa; no se repara en la plata. Pues en el mismo cerro hay sus plazas con todas estas cosas, y vino y pan, hasta en la misma coronilla del cerro, que llevan los indios, donde lo venden así a indios como a españoles.

Capítulo CIV

De las parroquias de Potosí

Si no me engaño, deben ser las parroquias de Potosí de ocho a diez, las cuales dividió don Francisco de Toledo, siendo Virrey, cada una con 500 indios tributarios para servicio del pueblo, mejor diré del cerro, que todos con hijos e mujeres llegan a 30.000 indios, y ninguno hay, si quiere trabajar, que no gane plata; hasta los niños de seis a siete años, a mascar maíz para hacer levadura para chicha, la ganan; multiplícanse aquí los niños de los indios que es admiración; de los españoles, cual o cual nace, y esos contrechos y luego se mueren. Vanse las españolas a un valle caliente, doce leguas de Potosí, a donde se quedan con sus hijos tres y cuatro meses, hasta que ya el niño tiene un poco de fuerza, aunque como el temple se ha moderado un poco, ya comienzan a nacer y a criar, mas son raros.

La iglesia mayor es buena, de adobe y teja, y de una nave, rica de ornamentos y de servicio de plata para el altar, y de aquella suerte son las demás iglesias de los monasterios de todas Ordenes, ricos de ornamento y plata para el culto divino; susténtanse en cada convento dominicos e franciscos, augustinos, teatinos, de ocho a diez religiosos, unas veces más, otras menos, porque es temple desesperado, a lo menos, desde mayo hasta agosto, y no todos pueden vivir en él, sino los que son recios de complexión o temperamento; en el de la Merced es donde siempre hay menos.

Tiene buenas carnes y buen agua si la traen de una fuente que llaman de Castilla.

Es pueblo de mucha contractación, y una de las mayores es la coca, que del Cuzco le viene cada año al pie de 60.000 cestos, y si hay logrereros en el mundo, creo son los coqueros, porque según el tiempo a que fían, así acrecientan el precio, y puesto que se les predique, es cantar a los sordos.

Las Ordenes habían de tener aquí uno o dos de los más doctos dellas, por las muchas e malas contractaciones que se hacen. En esto han ganado mucha tierra con todas ellas los padres de la Compañía, que han tenido y tienen varones doctos que alumbrén a los contractantes. Aquí se hacía una contractación que llamaban de los seguros de los metales, aprobada por el Audiencia y por dos teólogos, uno augustino, otro teatino de la Compañía, tres coronistas y juristas, que era usura clara, sino que no se había entendido bien; fue Nuestro Señor servido que yendo yo a Chile, con su favor, contra todo el torrente del pueblo y letrados, se declaró la verdad della; costóme mucho trabajo; animóme mucho a tomarlo el Rmo. del Paraguay, que a la sazón allí estaba, fray Alonso Guerra, de nuestra Orden, que la tenía por mala; finalmente, de ochos años a esta parte no se ha tractado más della, como si no se hobiera hecho; a Nuestro Señor las gracias, de quien todo bien procede. Los religiosos de mi orden no la aprobaron, ni los de San Francisco; uno de los juristas que la aprobó, convencido, dijo que ¡ojalá y cuando la firmé tuviera manca o quemada la mano!

Perdíanse los hombres a remate; conocí quien en ella había perdido más de 100.000 pesos; otros a 80.000, otros a menos, conforme a las veces que la hacían, lo cual por ser largo de referir, y ser más de escuelas que de relaciones breves, no se tractará más dello. Solamente esto se ha dicho para comprobar que es necesario tener los provinciales en este pueblo hombres doctos, por las muchas contractaciones usurarias que en él se tractan y se inventan, con muy poco temor de Nuestro Señor y menos de sus conciencias, por las cuales debemos, conforme a nuestro estado, mirar y alumbrarlas.

Capítulo CV

De las cofradías

Las cofradías de Potosí son muchas y muy bien servidas, con mucha cera, y casi todas tienen sus veinticuatro, los cuales en las fiestas señaladas que cada una tiene se han de hallar, en vísperas y misa mayor, con un cirio que les da la cofradía, y aquel día confiesan y comulgan. La del Santísimo Sacramento es una de las bien servidas de cera del mundo, y la del Rosario y juramentos, en nuestra casa, y así lo son las demás, porque son ricas, y aunque la cera cuotidianamente vale a 150 pesos el quintal, y dende arriba, no se disminuye el servicio della.

Es pueblo donde se hacen muchas y grandes limosnas; yo me hallé una Cuaresma en él y me certificaron algunos mayordomos que, tractando entre sí lo que se habría juntado de limosna para ellas, pasaban de cinco mil pesos en la Semana Sancta. La procesión de la Soledad, fundada en nuestra Señora de la Merced, se celebra con tanta solemnidad que no llega la celebración de Los Reyes a ella, con ser solemnísima, pues la cera que sale en la procesión el día del Santísimo Sacramento parece increíble; los indios en sus cofradías van imitando a los españoles: tienen sus veinticuatro y gastan mucha cera.

Cuando algún veinticuatro muere, los demás le han de acompañar de todas cuantas cofradías fuere veinticuatro; acaesce ser de tres o cuatro, y todos le acompañan con sus hachas o cirios; suelen ser más de ciento, que es cosa de ver, porque aunque se llaman veinticuattos, el número no es sólo de veinticuatro, sino de cincuenta y más; finalmente, Potosí, podremos decir es España, Italia, Francia, Flandes, Venecia, México, China, porque de todas estas partes le viene lo mejor de sus mercaderías. De las naciones extranjeras hay muchos hombres, que si no los hobiera no perdiera nada el reino, y quien no ha visto a Potosí no ha visto las Indias, por más que haya visto, como habemos dicho.

Capítulo CVI

De la destemplanza de Potosí

Con tener todo esto bueno, no deja de tener un alguacil y contrario, como las demás ciudades y provincias, porque al tiempo de las aguas, y en particular a la entrada y salida del invierno, son muchas las tempestades de truenos, rayos, pedriscos y nieve, desde Diciembre hasta Abril, y en el verano el viento que decimos llamarse tomahavi, por venir de un cerro alto así llamado, suele venir con tanta furia, que en aquellos días que corre no hay sino cerrar puertas y ventanas y no salir a la plaza.

Este viento levanta (lo que no hacen los demás) cuantas plumas, lana, cabellos, pajas y otras cosas livianas que hay por las plazas y calles, y cubre el pueblo de una niebla que parece se puede palpar, y aquellos días está frío, que no se puede vivir sino tras los tizones. Oí decir allí a una señora discreta, que cuando corrían estos tomahaviis, y salía de su casa a oír misa en los días forzosos, a la vuelta traía un fieltro dentro en el pecho, por el polvo, lana y cabellos que le hacía tragar Tomahavi, mal que le pesase; con todo esto, la cobdicia de la plata y diligencias para adquirirla y sacarle hace en estos días trabajar y pasear las calles a los hombres.

Capítulo CVII

De la provincia de los Chichas y Lipés

Desde este pueblo de Potosí, declinando un poco al Oriente, se entra en la provincia de los Chichas, a dos jornadas andadas, los cuales son indios bien dispuestos, belicosos; su tierra, rica de oro y plata, sino que no la quieren descubrir. Llega esta provincia hasta el último pueblo dellos, y de la jurisdicción del reino del Perú, llamado Talina, cincuenta leguas buenas de Potosí, el camino no malo, y los valles donde están los indios poblados, de moderado temple, con abundancia de mantenimientos y ganados, así de la tierra como de los nuestros; a cuya mano derecha queda la provincia de los Lipés, no de muchos indios, muy fría y destemplada, donde no se da maíz; en los demás de poca fama, si no es por las piedras medicinales que della se traen, que yo he visto y en todo el reino se usan: la una de color azul, con la cual se curan cualesquier llagas viejas con poca mordacidad, con la cual las castra y en breve sanan; las otras son para la ijada aprobadas, unas de color de aceite y otras (éstas son las mejores) de color de carne de membrillo; digo ser aprobadas, porque yo comenzaba a ser enfermo della, y de cuatro años a esta parte, gracias a Nuestro Señor, que traigo dos conmigo cosidas en un jubon, una un lado y otra a otro de la ijada, la una de la una color y la otra de la otra, no he sentido cosa de pesadumbre; la de color de carne de membrillo dicen los lapidarios ser

contra ijada, riñones y para estancar flujo de sangre. No dejan fraguar piedra; deshácenla, y deshecha se lanza por la orina; experiencia cierta.

Capítulo CVIII

Del valle Tarija

Quince leguas a la mano izquierda de Talina, declinando más al Oriente, entramos en el gran valle de Tarija (no le he visto, pero lo que dél dijere sélo de hombres fidedignos que han vivido en él), ancho y espacioso, abundante de todas comidas nuestras y de la tierra, y de ganados de los nuestros, donde se dan viñas y buen vino con las demás frutas españolas., los años pasados, deben ser más de 45, fue poblado de estancias de ganados nuestros; la más principal era del capitán Juan Ortiz de Zárate, que después fue Adelantado del Río de la Plata, de quien habemos de tractar en breve, donde tenía copia de ganado vacuno.

Los indios Chiriguanas, creó en las guerras civiles contra el tirano Francisco Hernández, viendo la poca gente de los nuestros, y sin armas, dieron en ellos, mataron algunos, otros huyeron y se salvaron, de los cuales conocí dos o tres. los Chiriguanas se apoderaron del valle, a lo menos quedaron libres de los nuestros que en aquella frontera vivía; dejóse allí el ganado vacuno, que en grande abundancia se multiplicó, vuelto silvestre y bravo, y como acá llamamos cimarrón. Visitando este reino el Visorrey don Francisco de Toledo, y llegando a la ciudad de La Plata, sabida la calidad del valle, y la importancia de ser poblado, para el freno por aquella parte de los Chiriguanas, que por allí hacían no poco daño a los Chichas y aun les pagaban tributo, nombró por corregidor e para edificar allí un pueblo de españoles al capitán Luis de Fuentes, con el cual fue alguna gente con sus armas y caballos, y un religioso nuestro, llamado fray Francisco Sedeño, predicador y fraile esencial, por cura y vicario de los españoles, con licencia del padre fray García de Toledo, que a la sazón era provincial, y comisión de la sede vacante, porque clérigo ninguno quiso ir; llevaba también orden de nuestro provincial para edificar convento, lo cual hizo; llegaron sin dificultad, aunque entonces era un poco peligroso el camino, pero tuviéronla en la población, por tener a los Chiriguanas muy cerca que los molestaban, mas fueron poca parte; hicieron sus casas fuertes en el lugar más cómodo que hallaron, y en menos de treinta años ha crecido tanto, que hay en él hombres cuyas haciendas valen más de 30.000 pesos, y si tuviera indios de servicio, hubiera crecido más.

Fueles de mucha ayuda el ganado, porque como desamparado y sin dueño lo mataban y se sustentaban del, y agora no hay poco, pero más arredrado, huyendo de las mechas de los arcabuces, que de muy lejos las huelen. Primero se mandó por pregones que los señores de aquel ganado lo sacasen dentro de tanto tiempo, so pena darlo por desamparado; mas como no hobiese, o no pareciese dueño, y aunque pareciera y trujera el ejército del Turco no lo pudiera sacar, declaróse o diose por cimarrón desamparado; agora no hay vecino que no tenga, cual mas, cual menos, manso y corralero, no de aquello, sino de otro manso que han llevado, y no les falta ovejuno y porcuno; de Potosí vienen a comprarles lo que tienen, y si no, ellos lo llevan; en el *valle* menor fundaron *otro pueblo*, de buenas aguas y sábalos con otros géneros de peces; es abundante de víboras y sabandijas ponzoñosas, como los demás valles de los Charcas, empero ellas huirán de los españoles o se acabarán. Cae en tierras de la provincia de los Chichas. El inga, cuando era señor desta tierra, tenía aquí guarnición de gente de guerra contra estos

Chiriguanas, los cuales, entrando los nuestros en este reino, la dejaron y se volvieron a sus tierras.

Hállanse en este valle a la ribera y, barrancas del río sepulturas de gigantes, muchos huesos, cabezas muelas, que si no se ve, no se puede creer cuán grandes eran; como se acabasen ignorase, porque como estos indios no tengan escrituras, las memorias de cosas raras y notables fácilmente se pierde.

Certificóme este religioso nuestro haber visto una cabeza en el cóncavo de la cual cabía una espada mayor de la marca, desde la guarnición a la punta, que por lo menos era mayor que una adarga; y no es dificultoso de creer, porque siendo yo estudiante de Teología en nuestro convento de Los Reyes, el gobernador Castro envió al padre fray Antonio de Ervias, que nos la leía, y después fue obispo de Cartagena, en el reino de Tierra Firme, que actualmente estaba leyendo, una muela de un gigante que le habían enviado desde la ciudad de Córdoba del reino de Tucumán, de la cual diremos en su lugar, y un artejo de un dedo, el de en medio de los tres que en cada dedo tenemos, y acabada la lección nos pusimos a ver que tan grande sería la cabeza donde había de haber tantas muelas, tantos colmillos y dientes, y la quijada cuán grande, y la figuramos como una grande adarga, y a proporción con el artejo figuramos la mano, y parecía cosa increíble, con ser demostración, oí decir más a este nuestro religioso, que las muelas y dientes estaban de tal manera duros, que se sacaba dellas lumbre como de pedernal.

Capítulo CIX

De otros pueblos en frontera y la tierra adentro de los Chiriguanas

Dos jornadas no largas deste valle de Tarija, sobre mano izquierda, hay un valle que llaman San Lucas, donde un hombre poderoso, llamado Jerónimo Alanis, manco de la mano derecha, tenía una gran hacienda de vacas y cría de mulas, con gente bastante, yanaconas y un mestizo y mulato, y casa fuerte para el beneficio della; pero como era muy cerca de las montañas Chiriguanas, porque no le hiciesen daño pagábanles tributos, cuchillos, tijeras, algunas hachas para cortar árboles y alguna chaquira. El señor de la hacienda de cuando en cuando iba a verla; sucedió (y no había tres años que Tarija se había poblado) que yendo a verla, de allí despachó un indio a nuestro religioso, con quien tenía amistad, haciéndole saber estaba allí, rogándole viniese a confesarle la gente; era después de Pascua de Resurrección; recibida la carta, concertóse con el capitán Luis de Fuentes y otros tres soldados ir con sus armas, arcabuces y recado; quiso nuestro Señor que el día que habían de llegar vinieron más de cien Chiriguanas a pedir su tributo a nuestro Alanis, y con tanta soberbia entraron, que sin duda venían determinados de hacerle mucho mal, matarle y a toda su gente; el capitán, religioso y los demás, ni vieron a los Chiriguanas ni dellos fueron vistos, por causa de una niebla muy obscura que aquel día cubría la tierra; entran en casa de Alanis, hallan allí parte desta bárbara nación (los demás no habían llegado), que ya comenzaban a querer disparar sus flechas en el Alanis, que sólo tenía una cota puesta y una espada en la mano izquierda, porque la derecha la tenía cortada. Los nuestros que llegan, si no fue el religioso, comienzan a desenvolverse contra los Chiriguanas; en su ayuda acuden el mestizo y mulato con sus arcabuces; despacharon a los que hallaron dentro, y luego en sus caballos salen a los que venían; mataron más de sesenta gandulazos, los demás se escaparon y, algunos heridos e mal. Entre estos indios venían algunos Chaneses, de los cuales dijimos que se aprovechan éstos como gente en la guerra, e ya los nuestros

descansando, y habida esta victoria, entra por las puertas un indio muy, mal herido de un arcabuzazo, y aun lanzada, diciendo era Chanés, y pidiendo, o diciendo ¡cristiano, cristiano! que era decir lo quería ser y le bautizasen; bautizóle nuestro religioso, y luego se murió. Esto me escribió nuestro religioso a la ciudad de La Plata, donde yo vivía a la sazón. Pues para refrenar a estos enemigos comunes del género humano, aquí se ha poblado otro pueblo de españoles, al cual agora cuatro años, llegando yo a la ciudad de La Plata, volvían más de cincuenta hombres que con un capitán habían salido a descercar el pueblo, porque los Chiriguanas, le tenían cercado, y el capitán había enviado a pedir favor; sabido por los Chiriguanas, alzaron el cerco y, no los osaron a esperar. Otros dos pueblos, a lo menos uno, he oído decir se ha poblado por los nuestros en el gran río de Pilaya, ya en la tierra Chiriguana, a donde llegó y pasó el Visorrey don Francisco de Toledo, y entonces (como diremos) le llamaron el río Incógnito. Estos indios andan agora más soberbios que antes, porque los vanda un perro mestizo nacido en el Río de la Plata; yo le conocí, gran oficial herrero, llamado fulano Capillas, ladino como el demonio, y blanco, que no parece mestizo, casado y con hijos en la ciudad de La Plata, no sé por qué ocasión se fue o le envió la Audiencia, y esto fue lo más cierto, a tratar con ellos no sé qué medios de paz, y él decía no le envasen, porque no le habían de dejar salir los indios; fue y quedóse con ellos; este maldicto les hace unos cascquillos de acero para las flechas, tan bien templados que no tienen resistencia; antes usaban de cañas como las nuestras, el ñudo tostado por la punta; lo demás servía de cuchilla. con las cuales tan bien pasaban una cota como un nabo. Contra estas armas Chiriguanas usan los nuestros cotas y encima escaupiles sueltos en vanda, porque en el algodón se entrape la flecha. Vive este mestizo entre los Chiriguanas con ellos, con las mujeres que quiere; anda casi desnudo, y por no ser conocido cuando sale a hacer daño en los nuestros, se embija como indio; dicen ha enviado a decir a la Audiencia que de buena gana dejaría aquella vida, porque es cristiano, si le perdonasen; pero que teme, si se reduce, le han de castigar por los daños que ha hecho; pero como desta gente alguna sabe a la pega, en ella se queda.

Capítulo CX

Del cerro llamado Porco

Volviendo a nuestro Potosí, porque siendo el centro de las Indias habemos de tratar o traerle a la memoria muchas veces, como del centro salen muchas líneas a la circunferencia, así de Potosí hay y salen muchos caminos y entran en él de diferentes partes; digo, pues, que volviendo al de aquí, salimos para el puerto de Arica, cien leguas tiradas; a las siete o ocho llegamos al cerro de Porco, de quien habemos tractado un poco, al pie del cual tienen su asiento los pocos españoles que allí viven, y pobres respecto de los de Potosí; no he llegado a este asiento, pero he pasado media legua dél, y quien vive en Potosí puede decir vive en Porco, así por la poca distancia de camino, como porque todo lo que pasa en Porco se sabe luego en Potosí y al contrario. Es cerro más alto que el de Potosí, metido entre otros cerros y no tan bien hecho. Es más destemplado, y más rico si no diera en agua, y el metal más fino; he visto alguno que certificaron a don Francisco de Toledo, Visorrey destos reino, acudía a ochenta marcos por quintal; este metal es poco, y luego se descubre agua, y tanta que es imposible desaguarla. En la misma cumbre del cerro certifican haber fuentes de agua, lo cual en Potosí no se ha hallado. Tiene otra cosa, que no son vetas seguidas de donde se saca la plata, sino pozos, y como se dé en uno, hace a su amo presto rico. Síguese algunas veces la labor con esperanzas al parecer certísimas, mas al mejor tiempo atraviésase un

peñisco, o una fuente de agua, y veis aquí las esperanzas perdidas. Si estos dos contrarios no tuviera, o la del agua, que es la mayor, mucho más rica era que Potosí, y el metal más suave de quebrar, y una de las excelencias que puso Dios nuestro señor en Potosí es no haber dado en agua. Toda la puso al pie del cerro de una parte y otra del arroyo que divide a los indios de los españoles.

Capítulo CXI

Del camino de Porco a Arica

Media legua de Porco, sobre mano derecha, pasa el camino Real de Potosí a Arica, que son cien leguas tiradas (como dijimos) llanas, muy frías y de algunos arenales no muy pesados para caballos, empero para carneros de la tierra, cuando van cargados, son lo mucho, y para las recuas de mulas, por lo cual las recuas de carneros que llevan el azogue a Potosí desde Arica, y las mercaderías, los que llamamos balumen, vino, hierro, jabón, etc., a las nueve del día han de tener su jornada hecha, que es de tres leguas, comenzando a caminar a las tres antes que amanesca, y aun antes, porque en toda la Sierra, con ser en partes inhabitable por el mucho frío, y lo más deste camino lo es, desde las nueve del día hasta las cuatro de la tarde son los calores del sol muy crecidos, tanto y más abrasan que en los Llanos y valles calientes; es muy trabajoso este camino por la destemplanza del frío, y no haber en tres o cuatro jornadas tambos donde albergarse, sino unos paredones mal puestos; e ya que comenzamos a abajar para Arica lo es mucho, porque veinte leguas que hay desde donde se comienza a bajar por una quebrada abajo, llamada de Contreras, en quince leguas no hay gota de agua; aquí es donde los carneros de la tierra, de carga, corren riesgos y se quedan muchos muertos, y en echándose el carnero en esta quebrada, no hay sino descargarle y dejarle; allí se muere de hambre y sed; si comieran arena, y no bebieran en ochos días, muy gordos salieran; ver en toda esta quebrada tanta osamenta de carneros es lástima, por lo que pierden los señores de los carneros (y éste es el mejor camino) por lo cual llevan para las cargas la mitad más de los necesarios; subidos a la sierra, no tienen ese riesgo, porque ni pastos ni agua les falta, y en llegando el carnero a la jornada suya, no le harán pasar adelante cuantos aran y cavan. Las recuas de mulas en medio día y una noche concluyen con estas quince leguas. El subir a la Sierra a los unos y a los otros es más dificultoso, y Potosí lo allana. A tres o cuatro jornadas de Potosí se toma el camino para las minas que llaman de las Salinas, que ha pocos años se descubrieron; mas como no hacen ruido, no hay que tractar dellas.

Capítulo CXII

De la calidad y costumbres de los indios destos reinos

Habiendo tractado con la brevedad que prometimos de las ciudades, caminos y otras cosas particulares tocantes a los españoles, ya es tiempo tractemos de las condiciones destos indios. Lo primero que tienen, y es el fundamento de las malas o buenas costumbres morales, es un ánimo el más vil y bajo que se ha visto ni hallado en nación alguna; parece realmente son de su naturaleza para servir; a los negros esclavos reconocen superioridad; llámanlos señores, con saber son comprados y vendidos, y lo que les mandan obedecen muy mejor que lo mandado por nosotros. Es gente cobarde, si la hay en el mundo, de donde les viene lo que a todos los cobardes, son cruelísimos cuando ven la suya o son vencedores. No quieren ser tractados sino con rigor y

aspereza, porque en tractando bien a un indio, aunque se haya criado en casa desde niño como hijo, dicen que de puro miedo lo hacemos, y por eso no nos atrevemos a castigarlos.

En tractándolos mal sirven con gran diligencia. Cuando tienen necesidad de nosotros, en cualquiera que se vean, o de enfermedad, o de hambre, o de otras semejantes, con grandes humildades y subjectiones piden nuestro favor; pero si estamos en ella y con palabras mansas y amorosas les pedimos nos socorran, hacen burla de nosotros mofando y escarneciendo, y aunque sea su amo, que le haya criado, si se ve en peligro de muerte, en río, caída de caballo, o en otro peligro, se pone a mirarlo sin socorrerlo, pudiendo, y se ríe de buena gana; la gente más ingrata que hay en lo descubierto, al bien que se la ha hecho o hace; por lo cual sólo por amor de Dios les hacemos bien, que dellos esperar gratitud es en vano. La nación más sin honra que se ha visto; no la conoce ni sabe qué cosa es, pues es más mentirosa que se puede imaginar; de donde les viene no temer levantar falsos testimonios, que los levantan gravísimos, y como no se les castiga por ellos, quédanse en su mala costumbre; que unos indios a otros los levanten, no es tanto el daño, ni pierden honra (como dicen), ni casamiento; mas levántanlos a los religiosos, a clérigos, a españoles, tan sin asco, como si en ellos no fuese nada, y cuando se averigua la falsedad, los que los habían de castigar dicen son indios, y mientras no se averigua padece el pobre fraile o clérigo. Pero lo que más me admira es que todos cuantos vivimos en estas partes, conociendo la facilidad déstos en mentir y levantar falsos testimonios, dígnanos mal éste o de aquél, le creemos; esta falta es nuestra, y en los gobernadores nuestros la hay, porque confesando que es así, cuando vamos a volver delante dellos por la fama y honra del clérigo o religioso, dice el Virrey: conozco su facilidad en mentir; pero ya que dicen tantas cosas, en algo deben decir verdad; algo hay; házeme respondido así a mí propio por un Virrey destos reinos, haciéndole demostración de muchos y graves testimonios falsos que a un religioso nuestro habían levantado. jurar falso no lo tienen en más de cuanto se les da una taza de vino, o un mate de chicha, y cuando les reprehendemos, ¿cómo juraste en falso? la excusa es, y responden: díjome un amigo, o mi vecino, o mi curaca (que es lo más común) que lo hiciese, sin más sentimiento; pues volver la fama, ni desdecirse, no se hable en eso.

Para mentir y en un instante forjar la mentira, los más fáciles son que hay hombres en el mundo, grandes y pequeños, mayores y menores; es cosa admirable cuán en el pico de la lengua tienen las mentiras. No parece sino que muchos días han estudiado y imaginado: esto me han de preguntar y esta mentira tengo de responder, y tan sin vergüenza, como si dijese mucha verdad; ellos no han de tractar verdad, y nosotros no les habemos de mentir, y ojalá en algunos acá nacidos de los nuestros no se hallase este vicio. No es afrenta entre ellos decirles mentiras, ni ellos decir a otro lo mismo. Alábanse mucho que mintieron al padre que los doctrina, o engañaron, y lo propio es que mintieron al español con quien tractan, y hacen gran plato desto, y como no tienen color en el rostro, por lo cual, demudándose, conoscamos si mienten o engañan, mienten tan disimuladamente, que parece es toda verdad lo que afirman, y con unos ademanes o afectos que nos hacen creerlo; también se alaban si dejaron algún español (habiéndole pagado su trabajo) en medio de un despoblado o en medio de la nieve, sin camino; hay muchas partes donde no se puede caminar sin guía, y en estos caminos dejan al pobre caminante a la luna de Paita; borrachos, es nunca acabar tractar desto.

Si han de comenzar viaje, aunque sea de pocas leguas, primero se han de emborrachar; si vuelven, lo primero es emborracharse; dicen que se emborrachan porque si se muriesen en el camino, o donde van, ya se morirán habiéndose emborrachado, y cuando vuelven se emborrachan porque no se murieron y volvieron con salud a sus tierras, o casas; así me lo han dicho; borrachos tratan muy mal a sus mujeres, y son deshonestos con sus hermanas y aun madres, y cuando están borrachos entonces hablan nuestra lengua, y se preguntan, ¿cuándo los cristianos nos habemos de volver a nuestra patria? y ¿por qué no nos echan de la tierra? pues son más que nosotros, y ¿cuándo se ha de acabar el Ave María? que es decir cuándo no les habemos de compeler a venir a la doctrina. Porque en la semana dos días juntamos al pueblo para enseñársela y predicarles, a lo cual vienen por fuerza los más; finalmente, su Dios es su vientre y la chicha; y no hay más mundo.

No tienen veneración alguna a sus padres, ni madres, agüelos, ni agüelas; finalmente, les dan de palos y bofetones; yo he castigado a alguno por esto, delante de todo el pueblo, y les he hecho les besen los pies. Pues ayudarlos en sus necesidades, ni por imaginación; si son dos hermanos, y el uno es casado y el otro no, muriendo el casado, el otro se revuelve con la mujer de su hermano luego; he visto muchos de estos castigados por la justicia, pero no sé si con el rigor debido. Este vicio más se halla en los curacas y indios principales que en el común. Ojalá y el día de hoy no tengan sus idolatrías, como antes, y porque no han justiciado las justicias a los curacas, ojalá no se estén con ellas, Luego entra una piedad dañosa (¡oh! son nuevos en la fe) y desto tenemos los religiosos mucha culpa, y cuando aquesto no tengan, ojalá no tengan sus hechiceros ocultos, a quien consultan como en el tiempo de la infidelidad de sus padres. No tienen vergüenza de hacer a sus mujeres alcahuetas, las cuales, como son pusilánimes, temiendo el castigo, se las traen; todos duermen casi juntos, porque las casas de los indios no tienen algún apartamiento; hácenlas de obra de veinte pies en largo, y de ancho diez o poco más; otras son redondas, donde viven con la mayor porquería del mundo; jamás la barren; todos viven juntos, padres, madres, gallinas, cuchinillos, perros y gatos y ratos; por maravilla hay quien duerme si no en el suelo, sobre un poco de paja de juncia. Su asiento es perpetuamente en el suelo, y luego escarban la tierra con las uñas; solos los curacas principales usan de una como banquilla de zapatero, de una pieza, que llaman duo, no tan alta ni con mucho. A los hijos, sin policia alguna los crían; no es gente que los castiga, es gran pecado entre ellos castigarlos o reñirlos; con cuanto quieren se salen; jamás les lavan los rostros, manos ni pies, y así traen las manos y brazos con dos dedos de suciedad; las uñas nunca se las cortan, sírvenles como de cuchillos; amicísimos de perros, acaece caminando llevar el perrillo a cuestas, y el hijo de cuatro a cinco años por su pie. No guardan los padres ni madres a las hijas, ni les buscan maridos; ellas se los busquen y se concierten con ellos. Entre los indios la virginidad no es virtud, ni la estiman en lo que es justo: que su infidelidad no la tuviesen por tal, no hay por qué nos admiremos, pero ya predicados y avisados es gran ceguera; no nos creen. La hija del más estirado se va y se viene como quiere, por lo cual por maravilla se casa alguna mujer doncella; dicen los varones no debe ser para servir, pues así persevera. Si se han de casar, primero se amanceban seis y más meses que se casen: dicen que esto hacen para conocer la condición el uno al otro, y deste error no los podemos sacar; una cosa tienen buena las mujeres: aunque antes de casarse hayan corrido ceca y meca, después de casadas pocas son las que adulteran; las que han tratado antes con españoles faltan mucho en esto. Algunos varones hay que no se quieren casar con mujeres mozas, diciendo no saben servir; cásanse con viejas, porque les hacen la chicha y los vestidos. Son ladrones para con nosotros; para con los

indios no tanto, y los más ladinos, mayores y atrevidos. Pues si les mandamos restituir, ni por sueños; si alguna cosa se hallan, dicen que Dios se la da; no hay buscar al dueño, sino cual o cual; los indios de los llanos, que llamamos Yungas, sobre todas estas desventuras tienen otra mayor: son dados mucho al vicio sodomítico, y las mujeres estando preñadas fácilmente lo usan. Entre los serranos raros se dan a este vicio, por lo cual a los indios Yungas los ha castigado Nuestro Señor, que ya no hay casi en los valles sino muy pocos, como habemos dicho. Son levísimos de corazón, inconstantísimos; cualquiera cosita los admira; los mayores pleitistas del mundo, por lo cual la Sierra deciente a Los Reyes, a los Virreyes, donde o mueren o enferman, por ser la tierra contra su salud y embutirse en vino. En lo que toca a la doctrina, como aprovecharon en ella no quiero tractar, porque no se puede decir sino con palabras muy sentidas, y éstas me faltan.

Capítulo CXIII

Cómo los gobernaba el Inga

Conoscida, pues, la calidad de los indios por el Inga, y su ánimo peor que servil, los gobernaba con leyes; rigurosísimas, porque las penas eran muerte, y no sólo al delincuente, más a toda su parentela llevaba por el mismo rigor, El que hurtaba, por muy leve que fuese el hurto, pena de muerte; la misma se ejecutaba en el que levantaba del suelo alguna cosa que a otro se le hobiese caído; allí la había de dejar, fuese de mucho precio o de ninguno, por lo cual, el dueño que la perdió, allí la había de hallar; por esto no se hallaba ladrón entonces, y casi era necesario este rigor, porque las cosas de los indios no tienen puertas, ni cerraduras, ni el día de hoy, si no es cual o cual usa de puerta, más de un haz de leña delgada, o unas cañas o palos atados unos con otros; ya tienen necesidad de puertas y cerraduras. Ningún indio había de entrar en chácara de otro, ni le había de coger una hoja de maíz, so la misma pena. A los soldados tenía con tanta disciplina, que el mayor o el menor no habían de hacer agravio, ni tocar en un grano de maíz ajeno, so la misma pena, y por eso les tenía depósitos de todo género de sus comidas, de vestidos y armas, no como los nuestros soldados, que en escribiéndose en la matrícula, en poniéndose debajo de bandera, le parece que todos los vicios le son lícitos y como naturales.

Mentir no se usaba ni por imaginación; verdad se había de decir, burlando o de veras; agravio no se hacía a nadie, so pena de la vida, y si un indio a otro agraviaba, el que recibía el agravio íbase al gobernador o capitán del Inga, contánbale el caso; luego enviaba a llamar al que había agraviado, y lo primero que le decía era tractase verdad, porque una oreja le tenía guardada para oírle; no era necesario más; luego confesaba de plano, y era castigado; lo mismo guardaba el Inga en las residencias que tomaba a sus gobernadores o capitanes; enviaba un chasqui, que es un correo, a esta o aquella provincia; juntaba los indios, decíales cómo el gran señor le enviaba para saber si su señor o capitán había hecho algún agravio, que el agraviado viniese y se lo dijese. Con los agravios oídos partía para el inga, y referíaselos; el Inga depachaba otro a llamar a su gobernador o capitán; venido y pareciendo en su presencia, decíale: este agravio he oído con esta oreja derecha, que has hecho; la izquierda te he guardado para oír tu disculpa, di la verdad. Si agravio, era castigado con quitarle la vida; si no, al que mintió daba la pena del talión; finalmente, no había pena sino de muerte. Con este temor y leves rigurosísimas no había quien se atreviese a mentir, ni se a emborrachar, sin licencia del gobernador, ni llegar a mujer ajena, ni cometer otros vicios que agora son

muy usados. Conocíales ser amigos de ociosidad y por esto de día y de noche habían de trabajar; no había palmo de tierra en todo este Perú, que pudiese ser labrado, que no se labrase para las comidas; por esto andaban sus ejércitos muy hartos y abundantes, y sus reinos bien gobernados; digo a su modo, porque tanta crueldad en cosas livianas, y que los parientes inocentes pagasen por los delincuentes, ni se puede alabar ni excusar. Acuérdomme de haber oído decir a algunos antiguos, que cuando Atabalipa, el último señor destos reinos, se vio preso en poder del marqués don Francisco Pizarro, le dijo: El mejor reino tienes del mundo, pero cada tercer año, si te han de servir bien estos indios; has de matar la tercera parte dellos; el consejo no lo alabamos, porque es cruelísimo, el cual ni se aceptó ni se ha de aceptar, sino comprobamos el ánimo servil déstos, que si no es por miedo, no se aplican a cosa de virtud; para malicias, vivísimos son.

Fuera de lo que en otras partes habemos tractado de caminos y puentes, el Inga y sus gobernadores tenían tanto cuidado acerca de los caminos, que siempre habían de estar limpios y aderezados; y tan anchos que casi dos carretas a la par sin estorbarse la una a la otra podrían caminarlos pueblos comarcanos a los caminos tenían cuidado de aderezarlos si se derrumbaban, y lo era de las puentes, entre las cuales, fuera de las crezeñas, hay en ríos grandes, donde no se pueden hacer puentes, una manera de pasarlos jamás inventada si no es en este reino del Perú, y facilísima de pasar y segura, y es que de la una hilera a la otra del río, de barranca a barranca, tiene echada una maroma tan gruesa como el brazo, muy estirada, de paja que acá llamamos hicho, que es mucho más blanda que esparto, y en ella ponen una como taravilla con una soga recia de lana, pendiente para abajo, con la cual atan al que ha de pasar y va sentado en ella; en la misma taravilla tienen dos sogas delgadas y recias como las que se ponen en las cortinas o en los velos de los retablos, que tiramos de una y recogemos la cortina, y tirando de la otra la extendemos; así de la otra parte del río tiene una de las sogas que está en la taravilla, tiran della y en dos palabras ponen de la otra parte al pasajero, y cuando los indios conocen que el que pasa es chapetón, o nuevo en la tierra, y le ven con temor antes que le aten, cuando le tienen en medio del río cesan de halar o tirar la soga, y el pobre chapetón piensa que allí se ha de quedar o ha de caer en el río, y con palabras halagüeñas y humildes les ruega le acaben de pasar; puesto de la otra banda se ríe de su poco ánimo; confieso de mí que la primera vez que pasé el río de Jauja por esta oroya, que así se llama, que temía, aunque por no dar muestras de flaqueza mostraba ánimo y mandé a un ordenante que venía conmigo, entre otros, que pasase, y como vi que tan presto y seguramente estaba de la otra parte, luego me puse y en menos espacio de cuatro o cinco credos pasé mi río. Por aquí y desta manera se pasan las cajas, almofrejes y mercaderías; págaseles a los indios su trabajo, y cada uno se va con Dios; yo creo que para los que no han visto esta oroya, ni manera de pasar, le parecerá son ficciones peruleras; hacérseles ha increíble que un río caudaloso se pase de la suerte dicha, y menos creíble les será decir que un indio solo pasa por esta moroma, él mismo tirando la soga; lo uno y lo otro he visto y experimentado. Demás desto los tambos, que son como ventas en los caminos, eran muy bien proveídos de lo necesario para los caminantes, gobernando el Inga, sin interés ninguno, y desto tenían cuidado los indios comarcanos. Después que los españoles entraron en el reino, mandó el gobernador Vaca de Castro, que vino a pacificar la rebelión de don Diego de Almagro y a gobernarlo, que los caminos, tambos, puentes y recaudo para ello estuviesen a cargo de los mismos indios, como antes estaba, y esto yo lo conocí y alcancé por muchos años, sin que a los indios se les pagase nada por su trabajo ni por la comida que nos daban. Después el marqués de Cañete, de buena memoria, mandó quel trabajo y comida que dieseen los indios se les pagase por arancel que los corregidores de las ciudades pusiesen, y así se

hacía infaliblemente, y los indios vendían sus gallinas, pollos, carneros, perdices, leña y yerba, y todo se les pagaba; agora los corregidores de los partidos venden todas estas cosas, y el vino y lo demás, pan, y maíz, y tocinos, y ponen los araceles subidos de punto, como cosa propia, y se aprovechan para sus granjerías de buena parte de los indios que están repartidos para el servicio de los tambos o ventas, y cuando los indios tenían a su cargo los tambos, les era no poco provechoso y ayuda para pagar sus tributos. Yo vi apuñearse algunos indios, y puse paz, sobre cuál había de llevar las cargas de un pasajero, no a sus cuestras, sino en sus carneros de la tierra, que los cargan como asnillos en España; después que los corregidores de los partidos se ocupan en sus granjerías, con no poco daño, de que también soy testigo de vista y he predicado contra ello delante de Virreyes y Audiencias, y en particular les he avisado de sus costumbres; no por eso se remedia mucho, y los indios del servicio del tambo, más trabajados.

Capítulo CXIV

Cómo se han de gobernar en algunas cosas

Teniendo, pues, consideración a la calidad desta gente, parece en ley de buena razón que no deben ser gobernados en muchas cosas como los españoles, y en particular en los pleitos, en los cuales, por ser tan amigos dellos, gastan sus pobres haciendas y pierden las vidas, si no fuesen de tal calidad (como en cacicazgos, en sucesión de grandes haciendas y otros semejantes) que requieren sus plazos y traslados y lo demás que el Derecho permite y justísimamente tiene establecido, porque los más de los pleitos son de una chacarilla que no es de media hanega de sembradura, y de otras cosas de poco momento; por lo cual, si el corregidor, aunque las aplique al que tiene justicia, el otro fácilmente apela para el Audiencia, principalmente los sujetos a la de Los Reyes, donde van con sus apellaciones, y lo primero que hacen es atestarse de vino, y lo más es nuevo; andan por el sol, son derreglados, mueren como chinches; si no, vayan a las matrículas de los hospitales de los indios, y verán tractamos verdad, y cuando vuelven con salud a sus tierras, en el camino enferman, y en llegando mueren. Un vecino de la ciudad de La Plata, en tiempos antiguos, llamado Diego de Pantoja, conquistador del descubrimiento de Chile (oíselo al mismo), siendo alcalde en aquella ciudad, tenía este modo para averiguar los pleitos destes miserables, y era: en viniendo los indios contrarios, poníalos en un aposento, cerrábalos con llave y decíales: no habéis de salir de aquí hasta que me llaméis; aquí estaré y vosotros conveníos en quién tiene justicia; ellos se concertaban, y llamando a la puerta y abriéndoles el alcalde, le decían: señor, éste tracta verdad y pide justicia; yo no la tengo; esto oído, tomábalos nuestro alcalde a encertar y decíales: otra ved os conformad y veamos con qué salís; ellos llamaban a la puerta conformes totalmente, y diciéndole lo mismo, adjudicaba la hacienda sobre que se traía pleito, y ponía perpetuo silencio al mentiroso, reprehendido o levemente castigado; desta suerte se averiguaban los pleitos en breve. Esto era antes de fundada la Audiencia en aquella ciudad, lo cual me decía condoliéndose de ver a los pobres indios gastar sus haciendas, con no correr allí riesgo de la salud, por ser el temple como el de sus tierras. Conocí allí un Oidor que se malquistó grandemente con los secretarios y procuradores (y a fee que le costó no poca inquietud) porque pretendió con los demás sus compañeros que los pleitos de los indios se averiguasen a su modo, y como esto era quitar los derechos a los secretarios, levantáronse contra él y no salió con su intención. Lo que vamos tractando las mismas Audiencias lo han hecho, porque ya ha sucedido un curaca hallar en adulterio a su mujer, y matar al adúltero y a ella, y le condenaron a muerte y justificaron, porque aunque era curaca no tiene tanta honra como

el español, al cual en semejante caso no le justician, sino le dan por libre, como vemos muchas veces; pues sí en esto, ¿por qué no será lo mismo en otras cosas?

El otro vicio en que es necesario poner remedio, así en los Llanos como en la Sierra y en los Llanos (y que verná tarde), es en las borracheras. Estas han consumido los indios de los valles, de los Llanos, y consumirán los pocos que han quedado, y los de la Sierra no menos se acabarán. Hacen los unos y los otros una chicha o bebida, llamada sora, de maíz talludo; echan el maíz en unas ollas grandes en remojo, y cuando comienza a entallecer sácanlo, pónenlo al sol, y después hacen su bebida. Es calidísima la bebida que deste maíz hacen en extremo, y muy fuerte; abrásales las entrañas, e para que más presto les emborrache, si tienen vino, mézclanlo con ella, añaden fuego a fuego, y mueren muchos. Esta chicha y el vino ha consumido los indios de los Llanos, en particular los de la ciudad de Los Reyes para arriba, y aun para abajo; testigo ocular es el valle de Chíncha, donde tractando dél dijimos sustentaba 30.000 indios tributarios; el día de hoy no tiene seiscientos. El de Ica va siguiendo los pasos de su vecino, y el de la Nasca los de ambos, y viendo las justicias el menoscabo de los indios no lo han querido remediar con castigarlo; este castigo es del gobierno de los Visorreyes, por lo cual Su Majestad ha perdido sus vasallos y tributos, y la tierra sus habitantes, solo por gobernarlos como a nosotros; no digo se gobiernen con la crueldad del Inga, ¿qué cristiano, y menos qué religioso ha de decir tal? sino con castigo que temieran emborracharse, y se enmendaran; bien sé que don Francisco de Toledo, en sus ordenanzas, pone castigo para los borrachos; faltan los ejecutores. El daño es evidente, porque si donde había 30.000 indios tributarios no hay seiscientos, en tan breve tiempo ¿por qué no se había de poner ley rigurosa contra este vicio? Bien sé que en Flandes, y Alemaña, y en otros reinos, se emborrachan, y en nuestra España dicen se multiplican; pero no se mueren por las borracheras a manadas como éstos, ni la tierra se despuebla. Si Flandes y Alemaña, se despoblara, porque los borrachos se morían, el señor de aquellos reinos ¿no estaba obligado, so graves penas, prohibir y castigar las borracheras? ¿Quién dubda? Pues ¿por qué acá no se había de hacer lo mismo? Acuérdomé que en la ciudad de La Plata, tractando esto con un Oidor de Su Majestad, me dijo: Mire, padre, no hay ley que al borracho castigue por solo borracho, si no es darle por infame. Es verdad, pero cuando un reino o provincia se despuebla por las borracheras, ¿por qué no se añidirán penas, para que se enmiende tan mal vicio de donde tantos proceden? Pues la tierra sin habitantes y el reino sin vasallos, ¿qué vale? Aquel rey y reino es más tenido que más poderoso es en vasallos, y la riqueza destes reinos, en que los naturales se conserven y augmenten consiste. De los demás vicios no quiero tractar, porque no es de mi intento; baste decir las calidades desta servil gente, para que conforme a ellas se les den las leyes que les convienen.

Capítulo CXV

El azogue consume muchos indios

El asiento de las minas de azogue de Guancavilca ha consumido y consume muchos indios tributarios; si no se me cree, véanse los repartimientos más cercanos de los Angareyes, y pregúntenselo a este valle de Jauja; la causa es labrar las minas por socavón, porque como no tenga respiradero el humo del metal, al que los quiebra lo azoga, asentándoseles en el pecho, y como no curan al pobre indio. azogado, viene, cumplida su mita, a su tierra, donde ni tiene quien le cure ni remedio; el azogue hásele asentado y arraigado en el pecho; con grandes dolores del cuerpo muere, y ninguno

viene así enfermo que dentro de pocos meses no muera; unos viven más que otros, pero cual o cual llega a un año. Cuando se labraban (que fue al principio) sin socavón, ningún indio enfermaba, iban y venían los indios contentos; agora, como mueren tantos, dificultosamente quieren ir allá. Escribimos y avisamos a los que lo pueden remediar; empero no se nos responde, y desto no más, porque, tractando de Guancavilca, no sé si dijimos más de lo que se querría oír.

Lo que he tractado de las calidades y condiciones de los indios es verdad, y es lo común; si alguno se hallare sin ellas, será cisne negro; por lo cual lo que dejamos escrito no puede padecer calumnia.

Capítulo CXVI

Cómo se crían los hijos de los españoles que nacen en este reino

Habiendo dicho la razón por qué los naturales se consumen, estamos obligados a decir si los hijos de los nuestros se multiplican, y cómo se crían; multiplicarse los hijos de los españoles no es necesario probarlo, porque las escuelas de los muchachos en todos los pueblos son bastantes testigos. Pero críanse o críanlos sus padres muy mal, con demasiado regalo, y no ha nacido el muchacho, cuando ya le tienen hechos los grigüescos, monteras, etc., y lo llevan a la iglesia, cuando lo van a bautizar, en fuentes de plata grandes; un abuso jamás oído, digno de ser prohibido. Nacido el pobre muchacho, lo entregan a una india o negra, borracha, que le críe, sucia, mentirosa, con las demás buenas inclinaciones que habemos dicho, y criase, ya grandecillo, con indiezuelos, ¿cuál ha de salir este muchacho? sacará las inclinaciones que mamó en la leche, y hará lo que hace aquel con quien paca, como cada día lo experimentamos. El que mama leche mentirosa, mentiroso; el que borracha, borrachos; el que ladrona, ladrón, etc., y si de Cayo Calígula vemos haber salido cruelísimo, porque su ama, cuando le criaba, untaba los pezones de la teta con sangre humana, ¿qué diremos en estas partes? Tito, hijo de Vespaciano, se crió enfermo porque su ama era enfermiza. Pues ya que así los crían las amas negras, e indias, después de cinco años para adelante, ¿críanlos con el rigor que es justo para que lo malo que mamaron en la leche pierdan? No por cierto; con todas sus ruines inclinaciones los dejan salir, por lo cual, viendo el descuido de los padres en criar sus hijos he dicho a alguno: Señor, ¿por que no crías a vuestros hijos con el rigor y disciplina que os criaron vuestros padres? ¿es mejor que vos? Pero en esto pueden tanto las madres, que no consienten castiguen a los hijos. Acuérdomme que en los sermones que el Illmo. de Los Reyes, fray Jerónimo de Loaisa, predicaba, cuotidianamente reprehendía a los vecinos de Lima la mala crianza de sus hijos, el regalo con que los criaban, y amas que les daban, los vestidos e compañías, ¿para qué buscan a los hijos de los príncipes y reyes, los médicos, amas de buenas costumbres y buena leche? Luego algo va en esto, y porque no quiero cansar al prudente lector, le ruego lea el segundo libro del *Teatro del mundo*, donde verá los inconvenientes irremediabiles que de las malas costumbres de las amas han subcedido, y ganado los niños, y cuánta ventaja en este particular hacen los animales a los hombres, porque no consienten otros que ellos críen sus hijos. Pues aunque me den con una higa en los ojos de las que dicen hay en Roma, si los que gobiernan este nuevo mundo mandasen, y con mucho rigor y pena, y la ejecutasen en los maridos, que a ningún mero español criase negra ni india, otras costumbres esperaríamos; y desto no más, no se conjure todo el reino contra nos. De las costumbres de los nacidos de españoles e indias

(que llamamos mestizos) o por otro nombre montañeses, no hay para qué gastar tiempo en ello.

Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile.

Libro segundo

De los prelados eclesiásticos del reino del Perú, desde el reverendísimo don Jerónimo de Loaisa, de buena memoria, y de los Virreyes que lo han gobernado, y cosas sucedidas desde don Antonio de Mendoza hasta el Conde de Monterrey, y de los gobernadores de Tucumán y Chile

Capítulo I

De los prelados eclesiásticos

Habiendo tractado con la brevedad posible la descripción deste reino del Perú, sus ciudades, caminos, y las costumbres y calidades de los naturales, y de los que nacen en él, no es también forzoso tractar de los obispos y arzobispos que habemos conocido y tractado, y comenzando desde la ciudad de Quito, el obispo primero de aquella ciudad fue el reverendísimo don García Díez Arias, clérigo, de cuya mano recibí siendo muchacho la primera tonsura; varón no muy docto, amicísimo del coro; todos los días no faltaba de misa mayor ni vísperas, a cuya causa venían los pocos probendados que a la sazón había en la ciudad, e iglesia, y le acompañaban a ella y le volvían a su casa. Los sábados jamás faltaba de la misa de Nuestra Señora; gran eclesiástico; su iglesia muy bien servida, con mucha música y muy buena de canto de órgano. En esta sazón el obispado era muy pobre; agora han subido los diezmos y tiene bastante renta. Era alto de cuerpo, bien proporcionado, buen rostro, blanco, y representaba bien autoridad y la guardaba con una llaneza y humildad que le adornaba mucho. Murió en buena vejez de ocasión de una caída de una mula, no con poco sentimiento de todo el pueblo, que por padre le tenía. El obispado comienza desde la ciudad de Pasto, cuarenta leguas más abajo de Quito, hasta el valle de Jayanca, de quien habemos dicho.

Sucedióle el reverendísimo fray Pedro de la Peña, religioso de nuestra sagrada religión, habiendo sido primero provincial en la provincia de México, maestro en Teología, donde vivió y la leyó más de veinte años; varón docto y muy cristiano, y gran predicador y celoso del servicio de Nuestro Señor y del bien y conversión de los indios; murió en la ciudad de Los Reyes; dejó su hacienda a la Inquisición.

Después de la muerte del cual fue algunos años gobernado aquel obispado por la sede vacante, hasta que fue proveído por obispo della el reverendísimo fray Antonio de San Miguel, de la Orden del seráfico San Francisco, varón apostólico, el cual habiendo sido provincial en este reino fue proveído por obispo de la imperial, del reino de Chile,

donde gobernó con mucha prudencia y cristiandad, y de allí fue proveído a Quito; pero antes que llegase a sentarse en su silla, veinticinco leguas de su iglesia, en un valle llamado Riobamba, le llevó Nuestro Señor a pagar sus trabajos; dicen que poco antes que expirase, con un ánimo y rostro muy alegre dijo: *in domum Domini letantes ibimus*; que es decir: con alegría iremos a la casa del Señor. Mueren los siervos de Dios con alegría.

A quien sucedió y gobierna al presente aquella iglesia el reverendísimo fray Luis López, de la orden de nuestro padre San Agustín, varón de gran gobierno, docto y de prudencia cristiana y humana, el cual, en este reino, en su orden, fue dos veces provincial (como habemos dicho), gobernando sus religiosos con vida y ejemplo, libre de toda cobdicia, y finalmente, con las obras enseñaban en lo que le habían de imitar sus religiosos, porque en los trabajos y observancia era el primero.

Capítulo II

Del ilustrísimo fray Hierónimo de Loaisa, arzobispo de Los Reyes

El ilustrísimo fray Hierónimo de Loaisa, primer arzobispo de Los Reyes, religioso de nuestra sagrada religión, desde su niñez comenzó a dar grandes esperanzas de lo que fue después, y de lo que más fuera si, como le cupo la suerte de Iglesia en estos reinos, le cupiera en España, donde, así del Emperador, de gloriosa memoria, Carlos V, como del rey nuestro señor Felipe II fuera en mucho tenido, y se le hiciera mucha merced, conocido su talento general para todas cosas, y no le hiciera muchas ventajas su tío el ilustrísimo fray García de Loaisa, arzobispo de Sevilla, de la misma sagrada religión nuestra, con haber sido uno de los valerosos varones que ha producido nuestra España. Fue varón de claro y admirable entendimiento, muy docto y bonísimo predicador, aunque esto pocas veces lo ejercitaba, si no era los días de Ceniza, domingo de Ramos, y el día de la Asunción de Nuestra Señora, con tanta autoridad y gravedad, que representaba bien el estado y dignidad archiepiscopal; su ingenio era general para todas cosas, para paz y para guerra, por lo cual en la rebeldía y tiranía de Francisco Hernández fue nombrado por capitán general del campo de Su Majestad, juntamente con otros dos Oidores, el doctor Saravia y el licenciado Hernando de Sanctillán, hasta que se nombró a Pablo de Meneses por General; gobernó su obispado con gran rectitud y cristiandad muchos años, creo fueron pocos menos de cincuenta, sin que del menor vicio del mundo fuese notado, ni un si no dél se dijese. Con los señores era señor; con los doctos, muy docto; con los religiosos, muy religioso, y con todos los estados se acomodaba con toda prudencia, que era admiración. Con los Visorreyes y guardaba y tenía la autoridad que se requería. Oí decir que en una consulta que el Visorrey don Francisco de Toledo tuvo luego que vino de España, donde se halló el arzobispo y otros prelados, reprehendiéndole de que no habían remediado algunos vicios que competía a ellos remediarlos, les dijo: Si vosotros los obispos y arzobispos tuviéades el cuidado que debíades, no había yo de venir a remediar esto. Tractaba de ciertos amancebamientos públicos de personas principales; a quien el arzobispo respondió entre otras cosas: Si vosotros, Visorreyes, tuviéades el celo que se requiere al servicio de Dios, y favorediéades a los prelados de las iglesias como debéis, no era necesario que viniéades a remediarlo; nosotros en muchas cosas tenemos necesidad de vuestro favor, como vosotros del nuestro. Era don Francisco de Toledo amicísimo de ganar honra con los prelados y con todos.

Su consejo en todas cosas era acertadísimo, como de quien era dotado de bonísimo entendimiento. En todo el tiempo que gobernó, la renta que le venía de su cuarta nunca llegó a 7.000 pesos ensayados, y con ser tan poca, su casa tenía muy llena y harta y bastantes criados, y le lucía más que a otros que mucha más tenían, y daba a caballeros pobres largas limosnas sin que ellos se las pidiesen. Hizo a su costa el hospital de los indios de Santa Ana, donde todos los indios que vienen a sus negocios a la ciudad de Los Reyes, y enferman, son curados con todo el regalo posible, y dos o tres años antes que muriese hizo donación al hospital de toda la vajilla suya, mucha y muy buena, y de toda su hacienda, esclavos, mulas, tapicerías, con condición que por el tiempo de su vida fuese como usufructuario dello, con obligación de pagar lo que se gastase o perdiese. Celosísimo del bien y conservación de los naturales deste reino, tanto como ha habido en todas las indias prelado, y si dijere más no engañaré; por el bien de los cuales no temía barbadamente oponerse a los Virreyes y Audiencias, en lo cual a Nuestro Señor hacía servicio, y no menos al Rey; de sus prebendados y demás clérigos del obispado era temido y amado por la entereza de su vida. Tenía unas entrañas piadosísimas para los pobres, a los cuales recibía y consolaba como padre; de los indios de todo el reino era grandemente amado, porque sabían cuánto en lo justo les favorecía, y así con todas sus cosas venían a él, a los cuales cuando era necesario reprehendía y castigaba como padre amantísimo. Todo el tiempo que vivió, su iglesia fue muy bien servida con mucha música y buena; los oficios divinos con gran cuidado celebrados, y porque los prebendados los días principales solían darse prisa a decir la última Hora, después de misa, les mandó que la sexta o nona, conforme al tiempo que era después de misa, la cantasen como cantaban tercia antes della, y desta suerte, cuando acababan, ya toda la gente había salido de la iglesia. A un clérigo que yo conocí, y era muy conocido en la ciudad, y tenía bastante hacienda para tractar bien su persona, como es decente un sacerdote se trate, le vistió graciosamente, porque el vestido era muy mugriento. Llamóle y díjole: padre fulano, tengo necesidad; préstame una barra de plata, yo os la devolveré presto. El clérigo, aquélla y más le ofreció, y diola luego. El buen arzobispo mandó se la diese a su mayordomo, el padre Ribera, sacerdote bueno, a quien dende a pocos días le dijo: tomad aquella barra y con ella vestime muy bien al padre Godoy (así se llamaba); de suerte que todo se gaste en vestirle, que por la buena obra le quiero dar de vestir. El padre Ribera, de allí a ocho días o diez llamó al padre Godoy y dícele: Padre Godoy, su señoría os hace merced de datos de vestir por la buena obra de la barra; de aquí me mandó desta tienda os sacase dos pares de vestidos. El clérigo no los quería recibir, pero, finalmente, pensando ahorrar, tomó sus vestidos; de suerte, que la barra se consumió menos 17 ó 18 pesos. El mayordomo llevó al padre Godoy a casa de un sastre donde le hicieron de vestir, y concertadas las hechuras librósele en la tienda donde se puso la barra, y se sacaron los vestidos. Toma la cuenta y la resta, y da cuanta al Arzobispo de lo hecho; entre los vestidos sacó una sotana de chamelote de seda, un manteo de paño veinticuatreño, otro de raya; hasta zapatos. Nuestro padre Godoy, que pensaba ser vestido a costa del señor Arzobispo, con su sotana [de] chamelote, fue a besar las manos al señor Arzobispo y rendir las gracias por la merced de los vestidos. Entró con la sotana rugiendo; cuando el Arzobispo le vio y oyó el ruido de la sotana y tan bien vestido, dice: Sanctos, Sanctos, mas no tantos; nuestro padre Godoy hincase de rodillas pidiéndole las manos por la merced, a quien haciéndole levantar le dijo: Padre Godoy, aquella barra no os la pedí prestada para mí, sino para vos; della se os ha dado estos vestidos; yo poca necesidad tenía; necio venís pensando que yo os hacía merced; id al mayordomo, que os dé la resta, y de aquí adelante tractá muy bien vuestra persona y andad muy bien vestido como sacerdote honrado; si no, yo os vestiré otra vez y mejor; y desta suerte vistió y despidió a nuestro padre Godoy, que pensaba a costa del

Arzobispo ser vestido. Adornó su iglesia de buenos ornamentos, a su costa, de brocado, bordados, etc., y mandó hacer la custodia de que agora se usa para el Sanctísimo Sacramento, de plata, como dejamos dicho, y dio la custodia de oro en que se pone el Sanctísimo Sacramento que vale tres mil pesos, todos de oro.

En su tiempo, gobernando el marqués de Cañete, de buena memoria, una moza liviana se fingió endemoniada, la cual alborotaba la ciudad, y como era ficción, los conjuros y exorcismos de la iglesia no aprovechaban más que en una piedra; llevábanla a la iglesia mayor a los curas con gran copia de muchachos tras ella, en cuerpo, con un rostro muy desvergonzado. El Arzobispo afligióse; mandó que se la llevasen al hospital de Santa Ana, donde la mayor parte del tiempo vivía; lleváronse la, exorcizola, como quien exorciza a una piedra. Sucedió que un día le fue a visitar y besar las manos un religioso nuestro, gran predicador y de mucha opinión, llamado fray Gil González Dávila; hallóle muy afligido y lloroso, y preguntándole la causa respondió: ¿No me tengo de afligir, que sea yo tan desventurado que en todo mi arzobispado no haya quien pueda echar un demonio del cuerpo de una moza, e yo propio la he exorcizado y no aprovecha más que si exorcizase a un poste? ¿No me tengo de afligir? El religioso nuestro le dijo: Suplico a vuestra señoría mande que me la lleven mañana a casa; yo la exorcizaré, y mal que la pese la compeleré a que me responda en la lengua que yo le hablare. Hízose así, y otro día mandó llevasen la moza a nuestro convento, y llamado el padre fray Gil a la capilla de San Hierónimo, donde estaba la endemoniada fingida, en viéndole entrar díjole ciertas palabras afrentosas llamándolo capilludo, ¿qué quería? ¿qué buscaba? El religioso luego conoció ser ficción y maldad, y al cura que la llevaba, llamado el padre Valle, dícele: Diga vuestra merced al señor Arzobispo que esta desvergonzada no tiene demonio, y el que tiene se le han de sacar del cuerpo con muchos y crudos azotes; y acertó en esto, porque volviéndola a su casa no fingió más el demonio, y se conoció que por usar de su cuerpo deshonestamente con un hombre fingió aquella maldad y remaneció preñada. En hacer órdenes era muy recatado, como es necesario, aunque al principio, por haber falta de ministros, no sé si ordenó a algunos no muy suficientes, pero de buenas costumbres y lenguas, para que lo que en la sciencia faltaban en las costumbres y buen ejemplo supliesen. Nunca tractó de pedir cuarta a los clérigos de su obispado, como después acá se ha pedido y puesto; a las ordenes la quiso pedir, empero no salió con ello, y esto creemos lo hizo insistido por los prebendados, que por otra cosa. Tuvo con ellos algunos recuentros; presto los fenecía, y no por eso dejaba de comunicarlos y hacerles cuanto bien podía, y con su prudencia y cristiandad en breve eran concluidos. Muchas cosas, si de años atrás fuera mi intento hacer este breve compendio, se pudieran escribir; por ventura otros las ternán notadas, las cuales, si por extenso se hubieran de tractar, requerían un libro entero; para nuestro intento sea suficiente decir que fue un prelado en toda virtud consumado, y que la majestad de Nuestro Señor provea de que los sucesores suyos sean como este ilustrísimo señor; finalmente, lleno de buenas obras dio su ánimo al Señor, y está enterrado en Los Reyes, en su hospital, en la capilla mayor, llorado de todo el reino, pobres y ricos.

Capítulo III

Del ilustrísimo Mogrovejo

Sucedió en la silla arzobispal el ilustrísimo don Toribio Alfonso Mogrovejo, que al presente loabilísimamente vive; varón consumado en toda virtud, celosísimo de sus ovejas, y en particular de los naturales, por el bien de los cuales nunca deja de andar

visitando su arzobispado con admirables obras, dignas de ser imitadas. El cual no creo que ha vivido, en más de 26 años que tiene la silla, los tres en la ciudad de Los Reyes, ocupado en caminos bien ásperos, confirmando a los niños y desagráviando a los indios que halla agraviados de los sacerdotes que entre ellos residen. Es gran limosnero; porque le ha sucedido llegar a pedir limosna un buen cristiano que en la ciudad de Los Reyes se ocupa en tener cuidado de buscar de comer, llamado Vicente Martines, para los pobres, y de acudirles con limosnas de lo que pide desde los Virreyes abajo, llegar y decirle: Señor, los pobres no tienen qué comer, y librarle buen golpe de plata en don Francisco de Quiñones, casado con una hermana del señor arzobispo, en cuyo poder entran las rentas; y respondiéndole no tener plata, porque se ha dado limosna, llegar el mismo arzobispo y echar mano de la tapicería y mandar se descuelgue, se venda y dé la plata a los pobres; otras veces mandar sacar las mulas, y que asimismo se vendan; libérrimo de toda avaricia y cobdicia, castísimo y abstinentísimo; no es amigo de comidas regaladas, ni en los caminos, donde se requiere algún regalo, por su aspereza y destemplanza, porque es varón muy preeminente, de mucha oración y disciplina. Las penas en que condena a los clérigos descuidados y que su oficio no lo hacen como deben, las aplica para un colegio que hace en la ciudad de Los Reyes, que será cosa principal; con limosnas que han pedido a todo género de hombres, indios, españoles, negros, mulatos, ha hecho un monasterio llamado Sancta Clara, etc. En ordenar es, como se requiere, escrupulosísimo; los intersticios se han de guardar al pie de la letra, y han de pasar los que pretenden ordenarse por examen riguroso de vida, costumbres y ciencia. Cuando reside en Los Reyes, pocos domingos ni fiestas deja de hallarse en los oficios divinos, amicísimo de que todos los domingos del año haya sermones en todas partes. Con el marqués de Cañete el segundo tuvo no sé qué pesadumbre sobre las ceremonias que a los Virreyes se hacen en la misa, por lo cual huía de venir a la ciudad; más quería vivir ausente della en paz, que en ella con pesadumbre; finalmente, hasta agora hace su oficio como un apóstol.

Capítulo IV

De los reverendísimos del Cuzco

La catedral del Cuzco también ha tenido bonísimos preladados. El primero el reverendísimo fray Juan Solano, de nuestra sagrada religión, el cual, gobernando don Hurtado de Mendoza, de buena memoria, marqués de Cañete, se fue a España y de allí a Roma, donde vivió muchos años y acabó loablemente en buena vejez, con admirable ejemplo de virtud, haciendo crecidas limosnas. Sucedióle don Sebastián de Lartaum, doctor por Alcalá de Henares, guipuscuano, varón doctísimo y por sus letras nominantísimo en aquella Universidad, y de allí por la buena fama de su cristiandad fue promovido a esta silla; gran eclesiástico, amigo de toda virtud, temido de los que no la seguían; tuvo muchos trabajos en este reino, en que Nuestro Señor le ejerció, así con sus prebendados como con otras personas; empero el mayor fue un falso testimonio que le levantaron, diciendo que en el Cuzco había hecho compañía para sacar un tesoro con el licenciado Gamarra, médico, y según fama con el capitán Martín de Olmos, vecino encomendero de la misma ciudad, del hábito de Santiago; los cuales todos tres lo sacaron y ocultaron por defraudar al Rey nuestro señor de su parte y quintos, y cupo a cada uno trescientas y sesenta y tres cargas y media de oro, el cual se sacó en casa (según afirmaron) del licenciado Gamarra; esta fama llegó a oídos de don Francisco de Toledo, Visorrey, y luego envió al Cuzco al licenciado Paredes, Oidor de la Real Audiencia de Los Reyes, el cual procedió contra el licenciado Gamarra; prendiólo, y a

su mujer doña Catalina de Urbina; dióles tormento, y al capitán Martín de Olmos tuvo preso; no pareció nada. ¿Cómo había de parecer lo que no era?

Al reverendísimo mándanle bajar a Lima, y no pudo hacer otra cosa; decían que debajo de una torrecilla edificada junto a la escalera de la casa del licenciado Gamarra, de allí lo habían sacado, y por eso la derribaron, y es cierto que yo me hallé en el Cuzco cuando la torrecilla se cayó, por ser el año de muchas aguas; y entonces no se dijo tal ni estaba el reverendísimo en el pueblo, y dende a dos años adelante se publicó el falso testimonio; fueron, si no me engaño, tres clérigos los autores desto, y todos tres pararon en mal. El uno, estando preso en un navío en el puerto del Callao de Lima, se quemó, con otras muchas personas, en él. El otro, saliendo de su casa en un pueblo de indios que doctrinaba, cayó un rayo y lo mató; no habían pasado tres días que pasando yo pocas leguas de aquel pueblo por el camino de Potosí a Arica, así lo referían, y así pasó. El otro también acabó en mal, y porque la honra del dicho señor obispo no perezca, porné aquí la suya se hiciese, y la sentencia que por el Concilio provincial de Lima en su favor se dio el año de 83 pasado.

«Alonso de Valencia, escribano público de la ciudad de Los Reyes, da fe cómo ante el reverendísimo de Tucumán, don fray Francisco de Victoria, de la orden de Santo Domingo, y ante el mismo Alonso de Valencia, Alonso García Salmerón, vicario de Ariquipa, Beltrán de Sarabia, Bartolomé Ximénez y Pero López, sacerdotes, el reverendísimo del Cuzco don Sebastián de Lartaum, hizo una declaración en ocho de octubre del año de 83, estando enfermo de la cual enfermedad murió, del tenor siguiente:

«Item que por cuanto en el santo Concilio provincial que se celebra en esta ciudad se han tractado y tractan muchas causas civiles y criminales de parte de muchas personas contra su señoría reverendísima, y su señoría, contra ellos, en defensa de su honra y auctoridad episcopal, quiere y es su voluntad que las dichas causas se sigan y fenezcan en cuanto toca a la defensa de su honra y fama, y la definición dello quiere se lleve ante Su Santidad y del Rey nuestro señor, si fuere necesario, para que conste de su limpieza, y en lo demás, que su señoría perdona de muy buen corazón y voluntad a todas aquellas personas que le han ofendido e injuriado, por escrito o por palabra, o de otra manera, por que Dios Nuestro Señor le perdone sus culpas y pecados, y les pide perdón si los ha injuriado.»

Siguiéronse sus causas después de muerto, por sus procuradores y partes contrarias en el dicho Concilio, y finalmente por los señores obispos jueces nombrados por el Sancto Concilio, conviene a saber, don fray Francisco de Victoria, obispo de Tucumán; don Alonso Dávalos Granero, obispo de la ciudad de La Plata; don fray Alonso Guerra, obispo del Paraguay, por otro nombre del río de La Plata, cuya sentencia es la que se sigue:

«Fallamos que la parte del bachiller Sánchez de Renedo, fiscal, no probó cosa alguna de lo contenido en su acusación y capítulos della, fecha por la dicha delación del dicho Diego de Salcedo y puesta contra el dicho reverendísimo del Cuzco; damos y declaramos su intención por no probada, y que el dicho reverendísimo del Cuzco y sus procuradores en su nombre probaron sus ecepciones y defensiones bien y cumplidamente, y así lo declaramos; en cuya consecuencia debemos dar y damos al dicho reverendísimo obispo don Sebastián de Lartaum por libre de todo lo contra él

pedido y acusado en esta causa, y declaramos haber sido injustamente acusado, por estar inoscente y sin culpa de lo contenido en los dichos capítulos y querellas que le fueron puestos, los cuales parece haber sido calumniosos, y con odio y enemistad contra él puestos, y así lo declaramos y damos por libre dellos y de la dicha acusación, condenando, como condenamos, al dicho delator y al fiador por él dado en las costas y gastos por el dicho reverendísimo obispo hechos, cuya tasación en nos reservarnos por esta nuestra sentencia definitiva, etcétera.»

Diose esta sentencia en Los Reyes, a 7 de Noviembre de 83; notificóse a las partes y pregonóse en la plaza públicamente con trompetas en 12 de Diciembre del dicho año; fue secretario del Concilio en esta causa Hernando de Aguilar, sacerdote.

Los seglares que persiguieron al reverendísimo del Cuzco fueron Francisco Valverde, que le mató un clérigo en su propia casa; el dicho Diego de Salcedo, que murió excomulgado, y otro vecino del Cuzco.

Era varón de buenas y loables costumbres; vestido de pontifical parecía admirablemente de bien; alto de cuerpo, bien proporcionado, con unas venerabilísimas canas que adornaban mucho el rostro; hablaba cerrado como si no hubiera estudiado, ni criándose en escuelas, pero en las cosas de Teología y lingua latina no se echaba de ver; hizo una amplia limosna al reverendísimo del Paraguay luego que llegó al Concilio, por ser muy pobre; acabó sus días en la ciudad de Los Reyes; mandóse enterrar en nuestro convento; diósele sepultura junto al altar mayor, a la peana del altar al lado de la Epístola, porque en el otro lado tiene la suya el reverendísimo de los Charcas, fray Tomás de San Martín, como diremos en el capítulo siguiente; fue su muerte muy sentida, y con mucha razón, particularmente de la nación vizcaína.

Sucedióle el reverendísimo fray Gregorio de Montalvo, de nuestra sagrada religión, obispo primero de Yucatán, en los reinos de México, varón religioso, muy docto, bonísimo predicador, de quien no sé qué poder decir, porque vivió poco y con pesadumbre con sus prebendados. Quién tenía justicia, no es de mío definirlo; dióle Nuestro Señor una enfermedad trabajosísima, que le llevó desta vida, como se cree, a gozar de la eterna.

Al presente acaba de llegar a Los Reyes, venido de España, el reverendísimo de la Camara y Raya; no le conozco; su fama es mucha de cristiandad y todo género de virtud. Nuestro Señor le conserve por muchos años.

Capítulo V

De los reverendísimos de La Plata

El primer obispo nombrado para la ciudad de La Plata fue el Regente fray Tomás de San Martín, de nuestra orden, de quien, tractando en el libro precedente de nuestro convento de Los Reyes, dijimos alguna cosa; varón de mucho pecho y valor, muy docto, gran predicador, de bonísimo y acendrado ingenio, de mucha prudencia, con la cual, después de vencido el tirano Gonzalo Pizarro, y repartida la tierra, hallándose muchos descontentos, por haber quedado sin suerte, de los servidores de Su Majestad, temiéndose otra rebelión peor que la pasada, en un sermón los quieto, diciéndoles que lo menos que había que repartir se repartió; porque había tal y tal descubrimiento y

conquista, de noticia y riquezas nunca oídas; que esto se dejaba para los ánimos valerosos, con lo cual y con otras razones quietó los ánimos que estaban ya medio rebelados. No le alcancé, porque cuando llegué a la ciudad de Los Reyes había poco era muerto; pero lo que dél se decía es que en el tiempo que duró la tiranía de Gonzalo Pizarro, el cual siempre lo tuvo por sospechoso, y aun le quiso matar, y después de llegado a estas partes el presidente Gasca, andando siempre en el ejército de Su Majestad, más soldados y capitanes le acompañaban que al Presidente, ni al ilustrísimo de Los Reyes; tan bien quiso era de todos, y tanto le amaban. Diré lo que a personas que le oyeron el sermón dijo hablando con el presidente Gasca en favor de un caballero de Cáceres que había servido bien, y había quedado sin suerte; llamábase el caballero Mogollon; quejósele que no le habían gratificado sus servicios, y rogóle con el presidente Gasca fuese parte para ello; prometiéndole hacerlo, y en un sermón que se ofreció, presente el Presidente, muy a propósito trujo: Agora, cosa es digna de que nos admiremos que coman todos de Mogollon y que Mogollon muera de hambre; no es de vuestra señoría consentir tal cosa. Esto fue bastante para que se le diese un repartimiento, creo en Arequipa, y así fue. Predicó a Su Majestad del emperador Carlos V, de gloriosa memoria, Rey y señor nuestro, en Flandes, domingo, en las octavas de Nuestra Señora de la Asunción, y el día propio de Nuestra Señora había predicado un religioso del seráfico Francisco, y hecho una escalera de doce gradas por donde había subido Nuestra Señora; dejó admirada a la corte la fama del regente y provincial de las Indias; además de la presencia del Emperador y cortesanos, concurrió todo el mundo, y refiriendo en breve las gradas de la escalera que había traído el presidente de San Francisco, dijo: pues más gradas faltaron, y añadió otras ocho más, con lo cual todos quedaron pasmados. Allí le hizo Su Majestad merced por sus méritos, y porque más merced merecía, del obispo de La Plata, diviéndolo del Cuzco, de donde se partió para estas partes, habiendo dado primero larga relación de todo lo pasado en la rebelión de Gonzalo Pizarro (fue con el presidente Gasca) a Su Majestad, y Su Majestad, teniéndose por muy servido, le dio licencia para volverse. Llegó a la ciudad de Los Reyes, donde en breves meses dio el ánima al Señor y fue enterrado en nuestro convento e iglesia, que siendo provincial había hecho, en la capilla mayor, al lado del Evangelio, con gran sentimiento de toda la ciudad, y mayor de nuestros religiosos, sin llegar a sentarse en su silla. Todo lo que tenía dejó al convento.

Quedando vaca esta silla, Su Majestad el Rey nuestro señor Filipo II hizo merced della al padre fray Domingo de Santo Tomás, maestro en sancta Teología, doctísimo, gran predicador, gran religioso, gran celador del bien y conversión de los naturales, y no menos de las conciencias de los españoles, varón benemérito desta villa y de otra mayor; debía haber un año o poco más había venido de España, donde siendo provincial había ido a un capítulo general en que se juntaron todos los provinciales de la Orden, y con traer recado del General de la Orden para ser vicario general y visitador suyo, nunca quiso usar deste poder, ni mostrarlo hasta haber aceptado; vivía en el convento de Lima, con título solamente de la Universidad que entonces en nuestra casa estaba, y en las conclusiones generales, particulares y conferencias se hallaba y presidía: entonces era yo estudiante de *Súmulas*. Llegadas las bulas y cédulas de Su Majestad, no quería aceptar, aunque el conde Nieva y comisarios le daban priesa aceptase; retrújose a nuestra chacara, que dista de la ciudad una legua pequeña; finalmente, allí aceptó; aunque algunos religiosos nuestros, particularmente un buen viejo que vivía en Chincha, le persuadía no aceptase, y finalmente aceptó, y el propio día, viniendo de la Chácara al convento acompañado de muchos caballeros y religiosos, en el camino le dio un tan gran dolor de ijada, que llegando a la ciudad, y habiendo de pasar por el convento de

San Agustín, que es donde agora está la iglesia y parroquia de San Marcelo, no le dejó el dolor llegar a nuestro convento, sino que allí quedó hasta que se aplacó, y aplacado se vino a casa. Sabido por el buen viejo en Chíncha, escríbele y dícele: Señor, ¿no persuadí a vuestra señoría no aceptase el obispado? Advierta bien a lo que le sucedió el día que aceptó, y sepa que no le han de faltar grandes trabajos. Parece le fue profeta el buen religioso, porque, como luego diremos, tuvo muchos, y la orina e ijada le acabó. Ello es cierto que *honores afferunt secum dolores*, que es decir: los cargos traen consigo muchos trabajos. Acordábase muchas veces el buen obispo de la carta de su amigo.

Aceptado el cargo, luego le consagró el ilustrísimo y reverendísimo de Los Reyes con mucha pompa y aparato, donde concurrió a la iglesia mayor todo el pueblo, por ser el primer obispo que en ella se consagraba; hizo la fiesta y gasto el ilustrísimo de Los Reyes, con mucha magnificencia; luego se celebró un Concilio provincial; acabado, fuese a su iglesia, donde fue recibido solemnísimamente, y en el primer pueblo de indios de su obispado, creo ser Paucarcolla, por el camino de Arequipa, viéndolo sin iglesia, la mandó hacer a su costa, con ser los pueblos y indios ricos buena, de una nave de adobe, sus portadas de ladrillo; el enmaderamiento es lo más costoso, porque se traen de lejos las vigas; no reparó en eso. Llegado a la ciudad de La Paz, el primero pueblo en su camino de españoles, dio prisa a la labor de la iglesia mayor, a la cual ayudó de su renta un tanto cada año, aunque no se acabó viviendo, pero después años; llegando a la ciudad de la Plata, fue recibido con gran aplauso de la ciudad e indios de toda la marca, y de los que vinieron de Potosí; amábanle como padre, y visitado su obispado, bajó otra vez a Lima, a otro Concilio provincial, y volviendo a su silla y llegando a ella diole Nuestro Señor un purgatorio o por mejor decir dos: el uno con sus prebendados (no con todos) que yo conocí, no agora tales como su estado requería, y favorecidos por la mayor parte de la Audiencia, a los cuales queriendo corregir no podía. El otro fue el mayor, pues le acabó la vida: una enfermedad, por muchos meses, de ardor de orina (con ser templadísimo en comer y beber) que en fin le llevó a la sepultura. Dos meses antes que moriese, sintiendo ya se le acercaba la hora de su partida para el Padre, pidió al padre prior de nuestro convento, que no está más que la calle en medio de su casa, le fuésemos allí a servir y acompañar cada uno ocho días, hasta que Nuestro Señor fue servido de llevarle; fuimos de muy buena gana, donde yo serví las semanas que me cupieron. El Padre de misericordias que le dio aquel purgatorio le doctó de una paciencia admirable, porque todas las veces que había de orinar, y eran más de cuarenta entre noche y día, cuando los dolores más le afligían, y la orina más le abrasaba, nunca le oímos decir otra cosa más de: *Pecavi, Domine; pecavi, Domine*; que es decir: Señor, pequé; Señor, pequé. Lo cual muchas veces repetía, y descansando un poco decía: Ah, Señor, ¿a un hombre miserable enfermedad de caballeros? *Fiat voluntas tua*. Desabrirse con el servicio de su casa, ni tener la menor impaciencia del mundo si no se acudía tan presto con lo que pedía, ni por imaginación. Esto es don de Dios y merced que a los suyos hace; cuando les da trabajos, los provee de fuerza y virtud para con alegría llevarlos. Viéndose ya cercano a su partida, reconcilióse; confesarse hacía muchas veces; mandó se le trujese el Santísimo Sacramento; diré lo que le vi hacer, y todo el pueblo presente: trújolo el cura, llamado por el padre Prieto, que después fue religioso de San Francisco, y acabó loablemente en Tucumán; esforzóse cuanto pudo, mejor diré, esforzóle Nuestro Señor; levantóse de la cama, vistióse su hábito de religioso, el cual nunca mudó, con su capa negra. Cerca del altar en que se había de poner el Santísimo Sacramento se hincó de rodillas sobre una alfombra; quisieronle poner un cojín; mandólo quitar; púsosele un escabelo corto sobre que se recostase, la enfermedad no le dejaba hacer otra cosa. Pues como llegase el cura y pusiese el Santísimo Sacramento

sobre el altar, volvióse para este gran varón, comenzóle a hablar con la cortesía y reverencia que se debe a un obispo, y díjole: ¿no veis, hermano, que está presente el Señor de los señores, Rey de reyes, Señor del cielo y de la tierra? no me habéis de tratar sino como a uno de los del pueblo, delante del Rey no hay señoría; y así le dio el Santísimo Sacramento como si fuera el menor del pueblo, con tantas lágrimas de todos los presentes, cuantas era justo allí se derramasen. Poco antes que expirase recibió el Sacramento de la Extremaunción, y expirando, con ser un poco moreno de rostro, y la nariz aguileña, pequeño de cuerpo, quedó tan hermoso que parecía otro; era cierto maravilla verle y vestido de pontifical; parecía vivo. A cosa de su casa ninguno de sus criados llegó antes ni después, más que si estuviera vivo, lo cual pocas veces suele suceder en las muertes de los obispos, como sucedió en la muerte de otro que luego diremos.

Diré también lo que vimos todos cuantos acompañábamos su cuerpo desde su casa a la iglesia: fue uno de los religiosos que volvió por el bien y conservación de los naturales que ha habido en estas partes, y si dijere que ninguno le llegó, no mentiré. Era conocido de todos los curacas y no curacas del Reino, y como le habían tratado muchas veces teníanle amor. Sabida en Potosí (que dista de la ciudad de La Plata 18 leguas) su enfermedad, que le iba consumiendo, muchos curacas de los allí residentes le vinieron a ver, y a llorar con él, cuando estaba en la cama. El día de su enterramiento, con toda la Audiencia y la ciudad, los indios se hallaron en su acompañamiento, y dábanse mucha priesa a llegar al ataúd, donde le llevábamos vestido de pontifical, particularmente en las posas, a las cuales más de golpe se llegaban; los españoles deteníanlos, y ellos decían: dejanos ver a nuestro padre, pues ya no le veremos mas, y no queda quien mire por nosotros; hiciéronsele las obsequias debidas, con gran sentimiento de todo el pueblo, y los canónigos, que no le eran muy aficionados, derramaban abundancia de lágrimas: Creemos piadosamente que desde su pobre cama, no era rica, sino casi como de pobre fraile, Nuestro Señor se lo llevo al cielo. Todo el tiempo que vivió, así en la orden como fuera de ella, dio muestras de mucha virtud; jamás se le conoció vicio notable; de los descuidos cotidianos ¿quién se libra de ellos? libérrimo de toda cobdicia y avaricia, y muy observante en los tres votos esenciales; y en las ceremonias de la orden; era de mucha prudencia y cordura, y que delante de los príncipes del mundo podía razonar; humilde en gran manera, amigo de los pobres y limosnero, su renta nunca llegó a 8.000 pesos, los cuales, dejando para su casa gasto moderado, lo demás repartía entre pobres; fundó en la ciudad de La Plata un recogimiento que se llama Santa Isabel, donde se criaban hijas de hombres buenos, pobres; sustentábalo con su hacienda; después que murió creo no se tiene tanto cuidado. Con ser religioso nuestro, en su testamento no dejó más limosna a nuestro convento que a los demás. Entre los tres mendicantes mandó repartir igualmente su librería, que era mucha y muy buena.

Sus casas, a una cuadra de la plaza, buenas, que rentan más de dos barras, dejó a su iglesia con obligación de que cada uno el día de su enterramiento le digan los prebendados vigilia y misa; no hizo ni fundó mayorazgo alguno, sino, a lo que creemos, en el cielo.

A quien sucedió el reverendísimo don Fernando de Santillán, que fue Oidor de Lima y Presidente de Quito, donde tuvo muy grandes trabajos y testimonios falsos que le levantaron; sacóle Nuestro Señor dellos y sublimóle a la catedral de la Plata; no llegó a sentarse en su silla, porque murió en Los Reyes. Su muerte fue bien llorada; no había un

mes que se había tomado la posesión del obispado por él, cuando luego llegó la nueva de su muerte. Varón de grandes prendas y de mucha virtud, aunque fue primero casado.

A este famoso varón sucedió el reverendísimo Granero de Avalos, clérigo; no sé que dejase memoria de sí más de haber entablado la cuarta funeral en su obispado, como ya lo está en los demás destos reinos, con lo cual en breve, y con lo mucho que crecieron las rentas de los diezmos, se enriqueció mucho. Oí decir en la ciudad de Guamanga, que tractó casar un sobrino suyo con una hija de un vecino de aquella ciudad, con el cual ofrecía dar al sobrino 300.000 reales de a ocho; pero, finalmente murió, y sus criados le desampararon, y viéndose morir vía le descolgaban la tapicería, y dejaban las paredes mondas; e ya que estaba para expirar, en la cámara le tenían puesto un candelero de plata con una vela, y llegó uno, no hallando ya otra cosa, le quitó y se lo llevó poniéndole la candela entre dos medios ladrillos, y desta suerte acabó sus días. La hacienda no sé qué se hizo; más vale morir pobremente con bendición del Señor, que rico y desamparado. Dicen estaba muy mal quisto con sus prebendados y con otros; por eso se hallaron tan pocos en su casa al tiempo de su muerte.

Sucedióle el reverendísimo fray Alonso de la Cerda, de nuestra sagrada religión, hijo del convento nuestro de Los Reyes; acabó loablemente; vivió poco en el obispado; varón religioso y ejemplar y limosnero.

Al reverendísimo fray Alonso de la Cerda subcedió el reverendísimo don Alonso Ramírez de Vergara, varón de grandes prendas y muy docto y muy galano predicador, limosnero, y que en su iglesia catedral de los Charcas labró, según soy informado, dos capillas y las dotó con abundante renta, de quien yo recibí y me invió quinientos reales de a ocho de limosna para ayuda a venir a este reino de Chile al obispado de la imperial, que si con ella no me favoreciera, con dificultad viniera a él. Fue Dios servido de llevarlo casi súptamente con una sangría que sin discreción de los médicos se le hizo. A la hora que esto se escribe tengo por nueva cierta es promovido a aquel obispado el reverendísimo de Quito, de quien arriba tenemos hecha mención.

Capítulo VI

De los reverendísimos de Tucumán y Paraguay o Río de la Plata

La provincia de Tucumán, con distar muy lejos del obispado de los Charcas por más de 200 leguas, las más despobladas (como tractaremos adelante), era del obispado de los Charcas; dividióse habrá treinta años, poco mas o menos. El primer obispo fue don fray Francisco de Victoria, de nación portugués, hijo de nuestro convento de la ciudad de Los Reyes, en el Pirú, donde fuimos novicios juntos; varón docto y agudo; fuese a España, donde murió en Corte, y hizo heredero a la majestad del Rey Filipo Segundo, de mucha hacienda que llevo, y loablemente lo hizo así.

Sucedióle el reverendísimo don fray Francisco Trejo, que agora reside en su silla y resida por muchos años.

De los reverendísimos del Paraguay, o Río de la Plata, después que el reverendísimo fray Alonso Guerra salió de aquel obispado promovido a otro en el reino de México, como dijimos arriba, no sé cosa en particular que tractar, más que le sucedió el reverendísimo Liaño, varón apostólico y de grandes virtudes: fue Nuestro Señor servido

llevarlo para si dentro de pocos años después que llegó a su obispado; a quien sucedió el reverendísimo don fray, Ignacio de Loyola, fraile descalzo, que hasta agora lo gobierna loablemente.

Capítulo VII

De el licenciado Vaca de Castro, Blasco Núñez Vela y don Antonio de Mendoza

Habiendo brevemente tratado, no conforme a las calidades de las personas, de los reverendísimos obispos e ilustrísimos arzobispos deste reino, por no quedar cortos, con la brevedad que más pudiéramos tractaré, y con toda verdad, sin género de adulación ni malevolencia, de los Virreyes que he conocido en estos reinos de cincuenta años a esta parte, y tomando un poco atrás la corrida.

El primero que los gobernó después de la muerte del marqués de Pizarro, por Su Majestad, fue el licenciado Vaca de Castro, el cual, quanto al gobierno de los indios y de los españoles, lo que dél se tracta fue buen gobernador, porque desembarcó en la Buena Ventura, y de allí atravesando la gobernación de Belalcázar vino a la ciudad de Los Reyes; vio la tierra y calidad della y de los indios, que es gran negocio y principio para acertar a gobernar; halló alterado a don Diego de Almagro y tiranizado el reino; juntó campo contra él, habiéndole primero requerido se redujese al servicio de su rey; dióle batalla campal en Chupas, legua y media de Guamanga, donde le venció y cortó la cabeza como a traidor; allanó la tierra, hizo ordenanzas buenas, conforme al tiempo, para los indios y españoles, principalmente mandando que para el servicio de los tambos, y aderezarlos, sirviesen los mismos que el Inga tenía señalados; estas ordenanzas se guardaron algunos años; ya no hay memoria dellas.

Sucedióle el Visorrey Blasco Núñez Vela, que luego le prendió e puso en un navío en el puerto del Callao; de allí fue a España, donde muchos días y años estuvo preso; la causa no sé, mas después salió de allí y fue presidente del Consejo de Indias.

Blasco Núñez Vela, por no moderar su condición y dejar las cosas para su tiempo, perdió en la batalla de Quito la vida, y puso el reino en riesgo de que perpetuamente se apartase de la corona de Castilla. Es suma prudencia en un Rey y en un Virrey disimular quando no se puede hacer otra cosa, so pena que se recrecerán gravísimos males, irremediabiles por fuerzas humanas; desto en las divinas Escrituras leemos una prudencia digna de ser imitada, y para esto se puso y escribió por orden del mismo Dios, en David, el cual, no se hallando poderoso para castigar a su sobrino y capitán general Joab la muerte de dos capitanes generales que había cometido, Abner, fijo de Ner, y Amasa, disimuló con él, y el castigo cometió a su hijo Salomón, el cual hízolo por superior mandado, y aunque David dilató el castigo, no por eso le reprehende la Escritura. No es inconveniente seguir el tiempo que pide el tiempo.

Al virrey Blasco Núñez Vela sucedió el prudentísimo y bonísimo Visorrey don Antonio de Mendoza, primero Visorrey de México; el cual, por venir muy enfermo, y acabar presto sus días en este reino, no sé cosa notable que dél se pueda tractar, sino que así enfermo y tendido en la cama era temido y amado de los españoles y naturales.

Capítulo VIII

Del Marqués de Cañete

Al visorrey don Antonio de Mendoza sucedió don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, cuya memoria permanece con alabanza perpetua; varón realmente de muchas y admirables virtudes, dignas de ser imitadas de todos sus subcesores, y alabadas de los historiadores, y puestas sobre las nubes, pues para tractar dellas se requería otro talento qu'el mío, y facundia más aventajada; por lo cual confieso ser atrevimiento mío, criado (puedo decir) en estas remotas partes, a quien lenguaje y orden de escribir le falta, que ni he visto cortes de Reyes ni príncipes, ponerme a escribir lo que otros, haciéndome grandes ventajas, han reusado; mas viendo que no era decente que sus virtudes y hechos en el río del olvido quedasen anegados, en breve escribiré lo que todo este reino de su gran cristiandad experimentó, ánimo generosísimo, entrañas más que de padre para los pobres, afabilidad para los humildes y pecho para rebatir los ánimos soberbios, y finalmente, mereció ser llamado padre de la patria.

Partió de España el año de 56, y llegando con buen tiempo a Tierra Firme, halló en ellas muchas cartas de la Audiencia de Los Reyes, en que le avisaban que don Pedro Luis de Cabrera, vecino del Cuzco, se había retirado medio casi rebelado a la ciudad de San Miguel de Piura, teniendo en su compañía algunos de los notablemente culpados en la rebelión y tiranía de Francisco Hernández Girón, uno o dos de los cuales habían sido sus capitanes, por lo cual viesse lo que convenía ser hecho; y porque se entienda lo que vamos tractando, don Pedro Luis de Cabrera, caballero conocido, natural de Sevilla, era vecino (como dijimos) del Cuzco, y de muy buen repartimiento; concluida la guerra de Francisco Hernández, y tiranía, donde sirvió muy bien, bajando a Lima no se con que ocasión, con alguno o con todos de los Oidores se desabrió, por ventura por la compañía que sustentaba, y desabrido se vino con los suyos a Trujillo, de Trujillo a Piura, donde muchas veces fue requerido por la Audiencia de Los Reyes despidiese aquellos traidores: si no, procederían contra él.

El Audiencia por entonces no era poderosa contra don Pedro de Cabrera, por no alborotar la tierra, porque los ánimos de los que en la guerra habían servido a su costa, hallándose pobres y sin remedio de que se les gratificasen sus servicios, no sabiendo quién era proveído por Virrey, y no lo esperando tan presto, decomedíanse, y aun hacían algunas befas, y hobo día que muchos destos pretensores juntos se fueron al acuerdo donde los Oidores estaban, a pedirles les diesen de comer, con no poco descomedimiento; bastante fue ir juntos a esto; de suerte que por ver a la tierra en la condición y estado referido, los señores de la Audiencia sufrían más de lo que en otro tiempo no sufrieran.

Don Pedro de Cabrera hacía poco caso destos requerimientos o cartas, ni despedía la compañía de traidores; ya dije que no eran todos. Despachó el Audiencia al factor Bernardino de Romaní, hombre de pecho, y prudente; pero no se atreviendo a ejecutar lo mandado, ni llegar donde don Pedro de Cabrera estaba, se volvió a Los Reyes. Luego la Audiencia, temiendo alguna rebelión, despachó al licenciado Hernando de Santillán, Oidor, que después fue Presidente de Quito y obispo de la ciudad de La Plata, contra don Pedro de Cabrera, con copia de criados, porque ruido de armas no convenía, porque la tierra no se alborotase si con soldados y armas descubiertas le despachara, para que le redujese, y si fuese necesario prendiese, y preso lo trujese a Los Reyes; sabido esto por don Pedro de Cabrera, salióse de Piura con toda su gente y dio la vuelta sobre la isla de la Puna, donde se hizo como fuerte y estaba como medio encastillado; por lo cual el

licenciado Santillán se quedó en Piura, no pasando más adelante, casi como en frontera, para que si don Pedro se desmandase le pudiese refrenar. Vistas, pues, estas cartas por el Marqués, ignorando que don Pedro estaba en la Puna, despachó luego de Tierra Firme a un caballero de su casa, don Francisco de Mendoza, nobilísimo caballero, deudo suyo, muy discreto y no menos gentil hombre, con cartas para don Pedro de Cabrera, regaladas y discretas (yo las vi y leí en Túmbez), en que le mandaba que, recibidas, se partiese luego para Los Reyes y allí le aguardase, porque no pensaba desembarcar en ningún puerto hasta llegar al del Callao, adonde le vería, porque traía orden de Su Majestad el emperador Carlos Quinto, de gloriosa memoria, de tenerle muy cerca de sí de quien se había de informar del estado de todo el reino, y con su parecer hiciese merced a los beneméritos. Llegó don Francisco a Paita, y sabiendo don Pedro se había retirado de Piura para la Puna, despachó luego las cartas del Marqués con un criado suyo, las cuales recibidas, con gran alegría se embarcó con aquellos capitanes y soldados en balsas, para la playa de Túmbez, adonde llegando en dos días y aun antes se desembarcó con todos ellos, confiadísimo que el Marqués había de hacer muchas mercedes a los que traía consigo.

Llegado a Túmbez, luego se partió para Trujillo; perdióse en el camino antes de llegar a Piura, adonde Nuestro Señor le proveyó de un aguacero; si no, pereciera de sed, y los suyos, o porque olieron el postre o porque fueron mejor aconsejados, desde Piura cada uno tiró para su parte, que nunca más se vieron; llegó a Trujillo y, luego cayó en la cama indispuerto.

Capítulo IX

Del Marqués de Cañete

El marqués de Cañete, embarcándose en Panamá con su casa mucha y muy buena, y con muchos caballeros pobres que salieron de España con el Adelantado Alderete para Chile, el cual muriendo en la isla de Perico o Taboga, los dejó pobres y desamparados; mas el buen marqués los recogió y a la mayor parte dellos recibió en su casa; a los demás dio pasaje. Con próspero viento, en el navío de Baltasar Rodrigues, en breves días (era tiempo de brisas) llegó a Paita, y de allí, prosiguiendo su viaje, con la intención dicha, de no desembarcar en puerto hasta el Callao, enfadado de la navegación, saltó en tierra en un puerto no seguro, conforme a su nombre, llamado Mal Abrigo, diez leguas más abajo de la ciudad de Trujillo, adonde no halló ni había recado, ni para el Marqués ni para sus criados, sino fue un asnillo, el cual le aderezaron lo mejor que pudieron sus criados, y en él vino hasta un poblezuelo tres leguas de allí, o poco menos, llamado Llicapa, de la encomienda de un vecino de Trujillo, llamado Francisco de Fuentes, de donde ya con todo recado llegó al valle de Chicama, dos leguas de camino, donde le aposentaron en el ingenio del capitán Diego de Mora. En breve tiempo, desembarcado el Marqués en Mal Abrigo, se supo la nueva en Trujillo, donde a la sazón le estaban aguardando muchos caballeros y capitanes de Su Majestad que en la guerra contra Francisco Hernández le habían servido, gastados della, e para comer también allí habían venido, entre ellos, el general Pablo de Meneses, aunque no había venido sino a besar las manos al Virrey que viniese y a darle noticia del estado del Reino; de Huánuco, a lo menos de Chachapoyas, habían venido vecinos y capitanes a lo mismo; todos estos caballeros, capitanes y vecinos de Trujillo, sabida la nueva, luego vinieron a Chicama, donde le besaron las manos y fueron del marqués muy alegre y benignamente recibidos.

Don Francisco de Mendoza, que dijimos haber venido despachado por el Marqués para don Pedro de Cabrera, llegando a Piura hizo no sé qué liviandad de caballero gentil hombre y cortesano, la cual en desembarcando el Marqués se la dijeron; sintiólo mucho, y luego propuso de los embarcar para España, y lo tractó o amenazó lo había de hacer. Su hijo don García de Mendoza, caballero de 22 años, de grandes esperanzas, allí en Chicama una noche, andándose paseando el Marqués por una sala, con no poca pesadumbre de lo sucedido en pie, en cuerpo, la gorra quitada, suplicábale templase aquel rigor y no embarcase a don Francisco de Mendoza, ejecutando la primera justicia en un deudo y caballero de su casa, representándole lo que le había servido en mar y tierra; a lo cual el cristianísimo Marqués le respondió, oyéndolo todos aquellos caballeros que esperaban la resolución y deseaban se quedase en la tierra don Francisco de Mendoza, el cual ya les tenía con su tracto cortesano y nobilísimo ganadas las voluntades, dijo: Por vida de la marquesa, que si como don Francisco hizo esta villanía la hicieras tú, del primer árbol te dejara ahorcado. No traigo yo hijos, deudos ni criados, para que agravien al menor indio del mundo, cuanto menos a ningún hombre honrado y vecino, sino para que los sirvan, agasajen y honren. A estas palabras no se atrevió su hijo a replicarle más, y todos aquellos caballeros quedaron muy tristes y entendieron el pecho cristiano que el Marqués traía, y que no se habían de burlar con él. Todo esto y lo que se sigue vi con mis ojos.

Capítulo X

El Marqués llega a Trujillo

Aquí en Chicama fue servido el Marqués con todo el regalo posible, porque así lo mandó doña Ana de Valverde, mujer que fue del capitán Diego de Mora, en cuyo ingenio fue hospedado (como habemos dicho) con gran abundancia y todos que iban y venían; de donde partió para la ciudad de Trujillo, cinco leguas de camino, en la cual fue recibido con mucha alegría y gasto de aquellos vejazos vecinos, en palio. Entro en un caballo blanco que le dio la ciudad y lo compró el comendador Melchor Verdugo, vecino de aquella ciudad. Trujo mucha casa: un mayordomo mayor, hombre muy principal, de mucho gobierno, de pocas palabras pero muy discretas y graves, llamado Diego de Montoya; cuatro mestresalas; dos capellanes, y luego recibió en su servicio otro, un hermano mío, llamado Juan de Ovando; dos caballeros, mayor y menor; muchos pajes y lacayos, y su guarda con su capitán; tanta y tan buena casa, que ningún Visorrey la ha traído tal, harta ni abastada. Fuese a posar a las casas del Capitán Diego de Mora, donde fue servido como era justo se sirviera un varón y señor de tanto valor y ánimo. Prestólo allí doña Ana de Valverde 12.000 pesos ensayados para su gasto; volviélos de la Audiencia de los Reyes en oro. En llegando, la primera cosa que hizo fue mandar embarcar a don Francisco de Mendoza en un navío que acertó a estar en el puerto, para le llevar a Tierra Firme y se volviese a España, con lo cual los ánimos soberbios comenzaron a humillarse y a temer.

Entre otros capitanes y caballeros pobres gastados de la guerra que habían bajado a Trujillo a matar la hambre, bajó el capitán Rodrigo Niño, caballero pobre y adeudado de los gastos de la guerra, el cual a la sazón estaba en la cama enfermo, que no tenía sobre qué caer muerto, en casa de doña Isabel Justiniano, señora principal, que movida de caridad le regalaba en su casa y curaba. El cual así enfermo, diciéndole y pidiéndole albricias, que ya el Marqués había desembarcado en la tierra y costa del Perú, preguntó que dónde; respondiéronle en Mal Abrigo; entonces dijo: Más quisiera desembarcara

quinientas leguas más abajo, porque quien desembarca en Mal Abrigo no nos puede abrigar bien: mas engañóse diciéndolo, porque luego que el piadosísimo Marqués supo estaba enfermo, y sus servicios, le envió con un paje 1.500 pesos ensayados, para su enfermedad, animándole a que procurase su salud, que dándosela Dios, en nombre de Su Majestad le haría merced, como se la hizo dándole 5.000 pesos de renta, y no los quiso; mandó el Visorrey al paje no recibiese un grano del capitán Rodrigo Niño; vuelto el paje y dada la respuesta, preguntóle: ¿qué te pasó con el capitán? respondió: señor, porfió mucho conmigo que tornase las barras para calzas, y como llevaba orden de Vuestra Excelencia que no recibiese un grano, no las quise recibir. Entonces dijo el Marqués: ¿es posible que un hombre que no tiene un grano de plata, tenga tanto ánimo? ¿quién ha de hartar los ánimos de los hombres deste Perú? y quien esto hacía con el capitán Rodrigo Niño, no le quería abrigar mal. Oí decir que el Marqués en España era tenido por escaso.

No se puede creer, por la liberalidad que mostró en estos reinos en todas sus cosas, siendo, como es así, verdadero refrán que los que pasan la mar mudan los aires y no los ánimos; que es decir: múdanse de un reino a otro, de una región a otra, pero no mudan sus inclinaciones naturales. En esta ciudad se detuvo casi un mes, en el cual tiempo muchas veces enviaba a visitar a don Pedro de Cabrera, el cual, como dijimos, llegado a ella enfermó, y don Pedro deseaba mucho la salud, por besar las manos al Marqués, pensando había de destruir a todos los Oidores, según tenía contra ellos cosas verdaderas o fingidas, y fingidas debían ser, porque los Oidores de aquella sazón eran varones muy libres y enteros de lo que a algunos suelen infamar. Ya que estuvo con salud, envió pedir licencia al marqués para le besar las manos.

Envíale a su capitán de la guardia con cuatro alabarderos y una mula para que lo lleve al puerto y lo embarque en el navío donde estaba embarcado don Francisco de Mendoza, y de allí lo lleven a Tierra Firme, y dende a España, como se hizo. Fue justísimo embarcarlo, con que admiró a muchos y sosegó a otros.

Cuando llegó a esta ciudad, la justicia tenía preso a un vecino della, llamado Lizcano, por sospecha que había hecho un libelo infamatorio, contra el cual hobo algunos indicios, los cuales si se le probaran corriera riesgo de la vida, como lo merecen semejantes malos hombres y peores cristianos; no se le probó. El Marqués muy buenos, sí los mostraba, de le mandar justiciar; mandoló desterrar a España, y embarcáronle en el mismo navío.

Hiciéronse muchas fiestas de toros y cañas, y el Marqués, como aficionado a caballos y ejercicio dellos, los domingos y fiestas salía a caballo y hallábase en la carrera; hízosele allí un picón gracioso.

En la ciudad vivía Salvador Vázquez, muy buen hombre de a caballo de ambas sillas, pero de la jineta mejor; tenía bonísimos caballos hechos de su mano; un día en la carrera tractó con el general Pablo de Meneses, y comendador mayor Verdugo, de hacer el picón, y puesto en ella parte con su caballo, y ya se le caía la capa, ya la gorra, ya estaba en las ancas del caballo, ya en el pescuezo; finalmente, paró, y fínjese muy enojado, y vuelve a pasar delante del Marqués, Cuando emparejó djóle el Marqués: bueno está, señor, no os pongáis en más riesgo; la culpa fue del caballo; no paséis adelante, por mi vida. Salvador Vázquez, responde: suplico a Vuestra Excelencia sea servido darme licencia para pasar otra vez la carrera, porque estoy corrido y afrentado que este caballo

delante de Vuestra Excelencia haya hecho tantos desdenes y a mí caer en una falta semejante.

Los que sabían el caso suplicaron al Marqués lo dejase volver a pasar la carrera; consintiólo, y puesto en ella, parte Salvador Vázquez con su caballo como un gamo, y antes de parar el caballo hecha mano a la capa y espada, y desnuda, jugó della muy bien, y tornó a ponerla en la vaina y su capa en su lugar. El buen Marqués recibió mucho gusto y dijo riéndose: Bueno ha estado el picón; yo me he holgado de ver la segunda carrera, porque delante del príncipe nuestro señor se pudiera hacer.

Capítulo XI

Parte el Marqués de Trujillo

Partió desta ciudad de Trujillo para la de Los Reyes en un machuelo bayo que trujo desde Tierra Firme, en el cual, llegando al río de Sancta, en todo tiempo grande y pedregoso, lo pasó a vado por más que le suplicaron tomase un caballo, y en el mismo vadeó el de la Barranca, que es el más raudo, mayor y de más piedras de todos los Llanos.

Al valle de Guarmey, que es la mitad del camino, le salió a besar las manos don Pedro Portocarrero, vecino del Cuzco, maese de campo en la guerra contra Francisco Hernández, el cual fue haciendo la costa al Marqués con mucha abundancia, trayendo lo necesario en sus camellos y mulas, hasta la ciudad de Los Reyes, y abajando a la sierra de la Arena, seis leguas de Los Reyes, en un arenal hizo banquete general a yentes y vinientes, y otro aparte para el Marqués, con bastante agua fría para todos, que es el mayor regalo, porque allí ni caliente la hay; ramadas hechas, debajo de las cuales se pusieron las mesas; llegando a tambo Blanco, que es en el valle de Chancay, nueve leguas de Los Reyes, le salieron a besar las manos los criados que habían sido del Visorrey don Antonio de Mendoza, su mayordomo mayor, Gil Ramírez Dávalos, y el secretario, Juan Muñoz Rico, y otros, y algunos vecinos de Los Reyes. Conociendo el Marqués la suficiencia de Juan Muñoz Rico, le mandó sirviese en el mismo oficio que había servido al Visorrey don Antonio de Mendoza. Podía servir en aquel oficio al gran monarca Carlos Quinto, lo cual Juan Muñoz Rico hizo en el tiempo que vivió con toda la fidelidad que el oficio requiere; empero no vivió tres años y murió súbitamente. Llegando a media legua de la ciudad, o poco menos, a una chacara o viña de Hernando Montegro, vecino della, de los antiguos conquistadores, adonde le tenía aderezada la casa como se requería, aquí se detuvo hasta el día de San Pedro, que debieron ser dos días, mientras la ciudad acababa lo necesario a su recebimiento. Antes de llegar a esta viña, los vecinos viejos le hicieron una escaramuza a la jineta en un bosquecillo que había antes de llegar a la viña; holgó mucho el Marqués de verla y dijo: Así, ¿esto hay por acá? ¿esto hay por acá?, galanísimamente han escaramuzado; casi parecía de veras. Luego se hizo un combate de un castillo por infantería, los infantes muy bien drezados, la cual acabada entró en la viña y estuvo el tiempo que habemos dicho.

Capítulo XII

Entra el Marqués en Los Reyes

Día de San Pedro partió desta viña después de comer, y llegando a la ciudad fue recibido de la Audiencia y de toda ella debajo de patio, en un bonísimo caballo muy ricamente aderezado, los regidores llevando las varas, y dos de los más antiguos el caballo de diestro, con sus ropas rozagantes de terciopelo carmesí, gorras de lo mismo bien aderezadas y cadenas riquísimas de oro, con gran alegría de todo el pueblo, como aquel que se esperaba ser padre de la patria, como lo fue; delante del cual marchaba un escuadrón de infantería, el que hizo la escaramuza, con diferentes vestidos; desta suerte llegó a la iglesia mayor, donde el Deán y Cabildo della con toda la clerecía le recibió con la cruz alta, cantando: *Te Deum laudamus*, y hecha oración y la ceremonia acostumbrada, dio la vuelta para las casas llamadas de Antonio de Ribera, a una esquina de la plaza, las más cómodas para le aposentar, porque no están de las casas Reales más que una calle en medio, y a ellas se pasa por un pasadizo de madera, donde fue aposentado. Dende a pocos meses llegaron los procuradores de las ciudades, los más principales vecinos dellas, con mucho aparato de gasto de casa y criados, y luego tractó de reformar el reino. Envió por corregidor del Cuzco al licenciado Muñoz, que trujo consigo de España, hombre docto en su facultad, el cual cortó las cabezas a los capitanes Tomás Vázquez y a Piedrahíta, y a otros vecinos, porque fueron los principales en la tiranía de Francisco Hernández Girón. Esto hizo por orden del Marqués, y el Marqués por orden del Emperador Carlos Quinto, de gloriosa memoria, que le mandó que a los que hobiesen sido cabezas, despachase.

Estos vecinos y capitanes siempre anduvieron con Francisco Hernández hasta que fue desbaratado en Pucara, como dijimos; pero viéndose perdidos y sin cabeza, se vinieron al campo de Su Majestad, y los Oidores les perdonaron, volvieron sus indios y haciendas, y los hijos las tienen hoy día por los padres, mas ellos se quedaron justiciados., si justamente, otros lo juzguen.

En este tiempo también mandó ahorcar a Pavía, por traidor, que había sido criado del Visorrey don Antonio de Mendoza, el cual fiando en esto, o en no sé qué se andaba paseando por la ciudad, y con avisar el Marqués a los criados de don Antonio le dijese se le quitase delante los ojos, avisado no lo quiso hacer, antes un día principal pasó la carrera delante del Marqués, el cual enfadado de tanto desacato le mandó prender y justiciar, y porque entendió había de ser muy importunado le otorgase la vida, el día que le ahorcaron se salió de la ciudad muy de mañana debía la muerte bien debida, porque no se redujo al servicio de Su Majestad hasta ver desbaratado de todo punto en Pucara a Francisco Hernández; he dicho esto porque algunos tuvieron por riguroso al Marqués por la muerte de Pavía.

Capítulo XIII

El Marqués hizo perdón general

Día de Sant Andrés adelante se celebraron fiestas en la ciudad, con una sortija y muy costosas libreas; los más principales del reino corrieron; hallóse presente el Marqués, y dio perdón general a los culpables en la tiranía de Francisco Hernández, si no fueron aquellos cuyas causas estaban pendientes y presos, entre los cuales en la cárcel de Corte había algunos, no llegaron a veinte; a éstos, porque el Marqués era humanísimo y nada amigo de derramar sangre, los condenó a que aherrojados con grillos trabajasen en la labor de la puente que mando hacer en el río desta ciudad, como arriba tractamos; mas trabajaron pocos meses, algunos de los cuales, teniendo amigos conocidos o

conterráneos mercaderes, se encomendaron que les pidiesen limosna y comprasen negros, y por ellos los diesen al Marqués; hicieronlo así los mercaderes (era mucha lástima ver aquellos miserables cargar ladrillo y mescla, aherrojados); fuéronse al Marqués y dícele: Señor, vuestra excelencia tiene condenado, y justísimamente, a fulano a que trabaje en la puente, como trabaja; vuestra excelencia sea servido recibir un esclavo negro que traemos por él, y desterrarlo o hacer lo que vuestra excelencia fuere servido; el negro ofrecemos a vuestra excelencia para que perpetuamente sirva como lo es, y después de acabada la puente aplíquelo vuestra excelencia a quien fuere servido. El Marqués holgó extrañamente con la merced que se le pedía, y alabóles el hecho, porque ya sus entrañas no sufrían ver españoles en estos reinos trabajar aherrojados como esclavos en la puente con indios y negros; concedió lo pedido, y uno desta manera libre, los demás así se libertaron, a los cuales desterró del reino, y embarcó, unos para México, otros para el reino de Tierra Firme; fuéronse y no volvieron más. Los negros creo se aplicaron para la ciudad. Después desto, porque el capitán Martín de Robles, suegro del general Pablo de Meneses, se descomidió (según dicen) a decir que el Virrey venía mal criado y era necesario bajar a Los Reyes a ponerle crianza mandó por una carta al licenciado Altamirano, Oidor de la Audiencia, a quien había hecho corregidor de la ciudad de La Plata y Potosí (entonces este corregimiento, como agora, era uno) que hiciese justicia dél. Prendiólo y ahorcólo; que fuese justamente justificado o no, no es de mí juzgarlo; a lo menos, las palabras fueron demasiadamente descomedidas (no digamos desvergonzadas), porque sabían a rebelión, y por ellas y por otras que se escribían al Marqués, libérrimas, mandó lo referido. Era el capitán Martín de Robles (no le conocí) hombre que se picaba de gracioso y decidor y no perdonaba por un buen dicho (así lo llamaba el vulgo necio, siendo mal dicho y pernicioso) ni a su mujer ni a otro, y por eso por donde pecó pagó. Era fama en Los Reyes que el Marqués, enfadado desto, decía al general Pablo de Meneses, yerno de Martín Robles: escribid a vuestro suegro venga a esta ciudad; pero que el general Pablo de Meneses le escribiese, o no, no lo sé; a lo menos del ánimo generosísimo del Marqués se collige que si bajara, no muriera como murió. Fue su muerte en Potosí, donde a la sazón estaba.

Capítulo XIV

Cómo proveyó por gobernador de Chile a su hijo don García de Mendoza

Hecho esto, luego determinó remediar el reino de Chile, porque demás de la guerra con los indios araucanos, que se habían rebelado y muerto al gobernador don Pedro de Valdivia, entre dos capitanes, Francisco de Aguirre y Francisco de Villagrán, había disensiones sobre el gobierno, cada uno pretendiéndolo para sí; por lo cual nombró por capitán general a su hijo don García de Mendoza que consigo trujo, de 23 a 24 años de grandes esperanzas, como las ha cumplido, y diremos cuando de su gobierno en estos reinos tractaremos; con quien fueron muchos y muy buenos soldados, vicios y bisoños, y caballeros principales desta tierra, con los cuales y con el favor de Nuestro Señor en breve redujo al servicio de la corona Real los indios rebelados; repartiólos y dejó el reino tan llano como este del Perú, y porque esta historia en la *Araucana* de don Alonso de Ercilla se puede ver desto no más.

Compuesto el reino y gozando de mucha paz, trató de hacer mercedes a los beneméritos, así capitanes como soldados principales, que en la tiranía de Francisco Hernández habían servido a Su Majestad gastando lo poco que tenían y de sus amigos, como fueron los capitanes Diego López de Zúñiga, Rodrigo Niño (de quien dijimos),

Juan Maldonado de Buendía, y otros bravos y famosos soldados, a los cuales llamándoles y, haciéndoles su razonamiento, con esperanzas de les acrecentar las mercedes, les daba a uno 7.000 pesos ensayados por dos vidas, a otros cinco, a otros cuatro, a los soldados, a dos mil pesos, porque la tierra no sufría más por entonces, no había repartimientos vacíos; empero ellos, no usando de la cordura que se requería, no quisieron recibir la merced que se les hacía, y dijeron les diese de comer conforme a sus méritos, y si en breve relación se ha de tratar verdad, y en larga, otros méritos no tenían más de haber servido de capitanes, porque hacienda no tenían mucha; pues experiencia de guerra, no creo ninguno dellos habría servido en Italia, y por eso dijo Martín de Robles: Malograda de la madre que este año no tuviese hijo capitán; y en esta guerra contra Francisco Hernández, ninguno derramó gota de sangre, porque con él nunca llegaron a las manos, y cuando Francisco Hernández se desbarató y perdió, como referimos, no hobo quien contra los traidores echase mano a la espada; de suerte que muy bien pagados eran los unos y los otros, y yo sé que se arrepintieron más de seiscientas veces por no haber admitido las mercedes que en nombre de Su Majestad el buen marqués les hacía.

El cual, oyendo la respuesta, no tan prudente ni humilde como era justo, les respondió: en hora buena, yo os daré muy bien de comer; los cuales despedidos, luego llamó a su mayordomo Diego de Montoya y dícele: Mañana han de comer conmigo los capitanes; aderécese bien de comer; hízose así, convidólos a comer; comieron espléndidamente; empero túvoles aparejadas mulas y su guardia, con el capitán de ella, y embarcólos a España, diciéndoles que Su Majestad les daría de comer allá, porque tenía mucha necesidad dellos para la guerra de San Quintín, donde el rey nuestro señor, entonces príncipe, estaba ocupado; dioles cartas de recomendación, alabándoles de valientes, y suplicando les gratificase conforme a sus servicios; dioles alguna plata para el camino, a unos más, a otros menos; naipes y cintas para que jugasen en la mar, y encomendó los llevase a España el capitán Gómez Zerón, el cual, en la mar, antes de llegar a Tierra Firme, ahorcó a uno de los soldados embarcados, llamado fulano Chacón, bravatón y de muy buena presunción, porque le quiso matar, y si le acertara de lleno, acabárale. Destos capitanes y soldados ninguno volvió a casa, si no fue el capitán Diego López de Zúñiga, y el capitán Juan Maldonado de Buendía; el primero murió pobre y ninguno Visorrey le hizo merced, ni pudo cumplir las cédulas de Su Majestad en que mandaba se les hiciese, por no haber vacos indios; el otro volvió casado y pobre, e yo le vi en Los Reyes, y toda la ciudad, padecer gran necesidad; agora vive en el Cuzco, creo con 3.000 pesos de situación; los cuales si recibieran la merced que el Marqués les hacía agora cuarenta años, hobieran della gozado todo este tiempo y murieran ricos; empero la imprudencia no puede ser causa de sosiego.

Capítulo XV

Nombró el Marqués gentiles hombres lanzas y arcabuces

Embarcados estos no muy prudentes capitanes y soldados, no con poco asombro de la ciudad, para enfrenar y sosegar la soberbia de los soldados de la necia valentona, y para gratificar a otros más cuerdos, y visto lo que pasaba, se humillaban, instituyó cien gentiles hombres, que llamó lanzas, con 1.000 pesos ensayados cada año, con su capitán general y alférez. Por capitán nombró a don Pedro de Córdoba, caballero muy principal y discreto, del hábito de Santiago, deudo suyo, que con el Marqués vino de España, con 5.000 pesos ensayados; alférez fue nombrado Muñoz Dávila, vecino de Los Reyes, de

poca renta, con 3.000 pesos, encomendero de Guarnei; estos pesos se pagaban por sus tercios de cuatro en cuatro meses infaliblemente; los lanzas eran obligados a tener caballos y armas y cuartago, coracinas o cotas, y lanzas y adargas. Dos días antes de la paga salían a la plaza en reseña con sus dobladuras, ellos en sus caballos, los criados en sus cuartagos. Poníase el Marqués en los corredores de las casas de la Audiencia y pasaban delante de la carrera, y, al tercero día les pagaban el tercio de los 1.000 pesos, que son 333 pesos, 2 toníes y 8 granos. Con esta paga vivían de dos en dos; tenían sus casas muy concertadas, sus caballos muy gordos, ellos bien vestidos y contentos. Los arcabuces gentiles hombres fueron cincuenta con 500 pesos de acostamiento; éstos habían de tener sus cotas, arcabuces y mulas; nombró por sus capitanes a Domingo de Destra y a Juan de Ribera, vizcaínos, bonísimos soldados; éstos salían el mismo día que los lanzas a su reseña en sus mulas y arcabuces; pagábaseles su tercio de la plata el mismo día que a los lanzas. Decía el prudentísimo Marqués que los instituía para que anduviesen, fuesen y viniesen con el Visorrey, y cuando se tractase alguna cosa contra el servicio de Su Majestad, los lanzas y arcabuces se hallasen a pique para hacer lo que se les mandase.

Era mucho gusto ver las barras que atravesaban de las casas Reales por medio de la plaza para las casas de los Mercaderes, que a este crédito daban a los unos y a los otros sus haciendas. Esta paga perseveró todo el tiempo que vivió el Marqués, y después algunos años; mas agora no se pagan con tanta solemnidad ni tan bien y un Virrey les quita un pedazo, otro, otro. Para esta paga señaló ciertos repartimientos que halló vacos, y otros que vacaron, de donde bastantemente se pagaba día a día; a sus tres capellanes también señaló a 1.000 pesos ensayados, y se les pagaba en el mismo día que a los lanzas, y es cierto que si los lanzas fueran pagados y arcabuces, y de hambre los unos no se hobieran comido las armas y lanzas y los otros los arcabuces, cuando el cosario capitán Francisco, inglés, entró en el Callao, no se saliera riendo ni robara lo que robó. Pero ni los gentiles hombres lanzas las tenían, ni los arcabuces, escopetas, ni polvo de pólvora; no les pagaban, habiéndoselos comido, y por eso el enemigo se fue riendo con tanta riqueza, y no menor infamia de los leones del Perú. Nombró otro capitán de artillería al capitán Ximeno de Berrio, hombre en quien cabía muy bien el cargo. Esta artillería se guardaba en palacio con bastante copia de municiones, para cuando fuesen necesarias; desta suerte enfrenó los ánimos indómitos y necios deste reino, que les parecía para cada uno el Perú era poco.

Capítulo XVI

El Marqués quiso prender al doctor Sarabia, Oidor

Gobernando, pues, el valeroso Marqués con la prudencia suya el Reino, no sé qué cizaña se comenzó a sembrar entre él y el doctor Sarabia, Oidor más antiguo de la Audiencia; por lo cual el Marqués, enfadado, y con razón, determinó prenderle y ponerle en la fortaleza que hizo reparar de Cañete, donde tenía por castellano al capitán Hierónimo Zuzbano, hombre principal. Esta fortaleza no es tan perfecta y acabada como las de nuestra España. El Inga a su modo la hizo; reparóse, hiciéronse en ella algunos aposentos donde el castellano viviese, y donde si algún hombre principal se hobiese de prender y no estuviese seguro en la ciudad, le llevasen a aquella fortaleza, pero ya ni hay castellano, aunque la fortaleza así persevera. Una noche envió a don Pedro de Córdoba, general de las lanzas, a llamarle; el doctor Sarabia entendió la balada; acabada de cenar; dijo: en hora buena, luego salgo; mientras, me visto; levantóse de la mesa,

donde estaba con una ropa de levantar; entróse en su cámara, y por una ventana, no era alta, descolgóse a la huerta, y de allí por la puerta falsa que sale al río, dio consigo en nuestro convento, donde le pusieron en casa de novicios. Don Pedro, viendo se tardaba, entró en el aposento no le hallando, y hallándose burlado, se volvió al Marqués, el cual viendo que no se lo trujo, luego de mañana despachó a Chancay a nuestro provincial, que a la sazón era fray Gaspar de Caravajal, que allí estaba en una hacienda del convento visitándola, dándole relación de lo pasado; que luego se partiese y viniese a tratar de las amistades, sin que se entendiese que por su parte se comenzaba primero. Nuestro provincial vino luego y tractó de la confederación; salió el doctor Sarabia de nuestro convento, fuese a su casa y de allí a la Audiencia, sin que más sobre este particular se tractase.

El vulgo decía que el Marqués, si le viera de sus ojos aquella noche, le diera garrote en palacio; es falso. Lo que pretendió no era sino enviarlo a la fortaleza de Cañete, y para esto tenía aparejadas acémilas con respuesto, hasta cocinero, uno de dos que tenía, y para el aposento tapicería y servicio de plata. Sobre qué se armase este nublado, no sé; unos dicen que tractaba mal el doctor Sarabia del gobierno del Marqués, y sobre ello, con otros personajes graves, habían escrito a Su Majestad, y aun otros añaden le imputaban se quería alzar con el Reino; esto, porque sería temeridad afirmarlo, no haré tal; pero colígesse por lo que el magnánimo Marqués dijo en los corredores de la Audiencia a los mismos Oidores y otros caballeros que allí estaban, que fueron estas palabras: Bueno sería, por cierto, que perdiese yo un estado que vale millón e medio por ser capitán de bellacos. Sea lo que fuere, yo me metería en un fuego por la inocencia del Marqués en este particular.

Capítulo XVII

De las entradas que en su tiempo se hicieron

Hay en este reino grandes noticias de entradas y nuevos descubrimientos; los más son sobre mano izquierda, al Oriente. El generosísimo Marqués, para descargar el reino de gente ociosa, pidiéndole el capitán Gómez Arias una entrada a las espaldas de Huánuco, donde era vecino, se la dio con las instrucciones cristianas necesarias; esta entrada se llama de Rupa Rupa; salió de Huánuco en prosecución de su jornada con doscientos hombres, pocos más o menos, pero dando en unas montañas asperísimas, calurosísimas y despobladas, no se atreviendo a pasar más adelante, que fuera locura, se volvió sin hacer otro efecto más que gastar mucha hacienda; murieran todos de hambre si la prosiguiera.

Dio también descubrimiento adelante los Bracamoros al capitán Antonio de Hoznayo; fueron con él algunos lanzas, por mandado del Marqués, y casi 150 soldados; también se volvieron temprano, porque no hallaron sino lo mesmo que el capitán Gómez Arias; perdiéranse si pasaran adelante.

Vino después desto el capitán Pedro de Orsúa de Tierra Firme, a quien había encomendado la pacificación de los negros cimarrones, que llaman la pacificación de Ballano; después de pacificados, aunque se entornaron a rebelar, llegó a la ciudad de Los Reyes; era de buen cuerpo y conforme a él gentil hombre; de nación guipuzcoano, si no era navarro; muy bien criado, afable, y parecía en viéndole ser hombre noble; llevábase los ánimos de los hombres tras sí; realmente tenía muchas y muy buenas

partes, a quien el Marqués para acabar de limpiar la tierra, dio el descubrimiento y entrada del río Marañón, para lo cual le ayudó con plata y municiones bastantes, y en la ciudad de Los Reyes se le juntó mucha gente, y de otras ciudades bajaron soldados para irse con él, como se fueron. Esta entrada se había de hacer por la ciudad de Chachapoyas, el Río Grande abajo, y como por río habían de ir, dióle el Marqués todo lo necesario para hacer bergantines. Túvose por cosa cierta que los que allá fuesen habían de hallar montes de oro, porque como no hay casamiento pobre ni mortuorio rico, así no hay descubrimiento pobre. A esta fama bajó del Cuzco, y aun de más arriba, un viscaíno llamado Lope de Aguirre, de mediana estatura, no muy bien tallado, cojo, gran hablador y jurador, si no queremos decir renegador, con una hija suya mestiza, no de mal parecer; vi a este Lope de Aguirre muchas veces siendo yo seglar, sentado en una tienda de un sastre vizcaíno, que en comenzando a hablar hundía toda la calle a voces. Llegóse también a Pedro de Ursúa un caballero, creo de Xerez, llamado don Fernando de tal, pequeño de cuerpo, de buen rostro, la barba un poco roja, y después allá en Chachapoyas, o cerca, otro soldado casado en Los Reyes, llamado Juan Alonso de la Valentona, bien dispuesto el rostro, nariz aguileña, de buen color, que por cierta pendencia no le convenía quedar en la tierra. Nombro a estos tres por lo que adelante sucedió; y aunque tracté al don Fernando, más a este Juan Alonso. En Los Reyes había un clérigo llamado Henao, de edad al parecer de 50 años, y para su estado tenía con suficiencia lo que había menester; dio su hacienda a Pedro de Ursúa, como otros se la daban, y fuese con el despacho Pedro de Ursúa de Los Reyes, con los que se juntaron (no hobo atambor ni bandera) y todos, unos en pos de otros tomaban su camino para Chachapoyas, cuales por la Sierra, cuales por los Llanos. Pedro de Ursúa tomó el suyo por Trujillo, donde estaba viuda aquella señora con quien don Francisco de Mendoza, siendo casada, tuvo ciertos dares y tomares; concertáronse los dos fácilmente (dicen era muy hermosa mujer) y llevóse la consigo, que no debiera, por ser la causa de su perdición. Llegó Pedro de Ursúa a Chachapoyas, donde juntó 400 hombres, o poco menos, bien aderezados de armas. Los que nombró por capitanes creo fueron a don Fernando y a Lope de Aguirre, y creo al Lope de Aguirre hizo maese de campo; con esta gente y lo necesario para hacer los bergantines caminó en demanda del Río Grande, que se hace de todas las vertientes de la cordillera de Pariacaca y de Villcanota, de donde dijimos una laguna vertía a una y otra mar; componen este río el de Jauja, Villcas, Amancay, Apurimac y el de Quiquixana, que es el que comienza de la laguna de Villcanota con los demás que con éstos se juntan. Llegado a él (hasta entonces ni poblaciones de indios, ni tierra donde pudiesen parar hallaron) hacen sus barcas y bergantines, y échanse el río abajo, mientras más bajo mayor, y la vuelta arriba imposible; finalmente, a lo que me refirieron soldados conocidos antes, que con él fueron, y después volvieron acá, andadas a su cuenta más de 200 leguas el río abajo, sobre mano derecha dieron en una barranca grande, encima de la cual había gran cantidad de indios con sus arcos y flechas bien dispuestos, que le prohibían salir a tierra, y en canoas les daban en qué entender; pero, finalmente, los arcabuces y versetes los aojearon; saltaron en tierra, toda llana y rasa; la de la mano izquierda, montosa e cenagosa, inhabitable, y el río ya de más de tres leguas de ancho, aunque llano. Saltando en tierra hallaron un camino anchísimo y más trillado, que venía a dar al río; no vieron poblaciones; siguieron algunos soldados con su capitán el camino; empero como le iban siguiendo se iba ensangostando, y sendillas a una y otras parte. Estos indios deben vivir sin república ni señor, cada uno en su casa por sí, y de sus casas venían al río a tomar agua, y a pescar por sus sendillas, hasta que cerca del río hacían, juntándose las sendillas, aquel camino ancho. El capitán con los soldados volviéronse sin traer más relación que la dicha.

Parten de allí, y por la barranca otro día parecen también muchos indios, no tantos como el primer día, diciendo: ¡Omagua, Omagua! muchas veces. El capitán y los demás ¿qué pensaron? que el descubrimiento que buscaban se llamaba Omagua, donde los arroyos manaban oro, y no les querían decir sino: abajo, abajo, como si les dijeran: no pareís aquí, pasá adelante. El desdichado Pedro de Ursúa, habiendo de parar donde los indios le salieron a defender salir a tierra, y enviar a descubrirla, sus pecados que le cegaron, siguió el río abajo, más de otras 200 leguas de aquí, donde no vían indio en la costa ni barranca, y la vuelta al Perú más imposible. Los soldados ya murmuraban del capitán, y principalmente por la mujer que llevaba, de suerte que los tres, don Fernando, Lope de Aguirre, Juan Alonso, se concertaron de matar a su capitán Pedro de Ursúa y a la pobre mujer, y como lo concertaron así lo hicieron; llegan todos tres, no creyendo Pedro de Ursúa sino que le querían hablar como otras veces, danle de puñaladas y mátanle, y luego matan a la desventurada señora, que ni lágrimas, ni lástimas, ni su hermosura le aprovechó para librarse destos malos hombres. Luego tocan arma y levantan por rey a don Fernando; júranle por tal todos, más de temor que de amor. Luego se les reviste el demonio en el cuerpo a estos sacrílegos demonios (nómbrolos así por lo que luego diré) y principalmente a Lope de Aguirre, y conjurado, era esto de mañana, llaman al padre Henao, hácenle decir misa en una ramada en tierra, y mándanle consagre dos hostias, que consuma la una y deje la otra. El pobre y pusilánime sacerdote hízolo así; dice misa, consagró dos hostias, consumió la una, dejó la otra sobre los corporales en el ara; acabada, llégase Juan Alonso (si no me acuerdo mal, éste fue, a lo que me dijeron): toma la hostia con sus sacrílegas manos, consagrada; hácela tres partes ¡oh, Señor! y cuánta es vuestra misericordia y paciencia; es misericordia y paciencia de Dios, pues allí no se abrió la tierra y vivo tragó a este más que sacrílego demonio; da la una a don Fernando, otra a Lope de Aguirre y toma él la otra, y allí se conjuraron de no ir ni venir el uno contra el otro, ni el otro contra el otro, y en señal partían la hostia; invención de más que demonios. Los demás soldados estaban atónitos y fuera de sí viendo una maldad, un sacrilegio jamás oído; empero Nuestro Señor, que no deja sin castigo semejantes impiedades, dentro de pocos días ya el Lope de Aguirre tenía muertos a puñaladas a los dos, al negro rey y a Juan Alonso, que si no me engaño era nombrado maese de campo, y el Aguirre coronel, o al revés; poco va en esto: Lope de Aguirre volvióse la bestia y tirano más cruel que ha habido en nuestros tiempos, ni en pasados, y lo que más admira, que con abominar los soldados aquellas impiedades, le temían tanto que no se atrevían ni a mirarle; mató a muchos: si se reían, los mataba; si estaban tristes, los mataba; si se juntaban, los mataba; si se paseaba uno solo, le mataba; no se ha visto ni leído semejante ánimo de demonio. Parte, pues, de donde cometieron esta más que impía maldad, su río abajo (el temple todo desde que se echaron al agua hasta desembocar en la mar del Norte, calidísimo) y ya cerca de la mar dieron en muchas islas pobladas de indios desnudos, de las costumbres Chiriguanas; las casas como las tenemos dichas ser las de los Chiriguanas; duermen en hamacas, gente desnuda y bestial; adonde ocupaba a los soldados que deshiciesen las hamacas y destruyesen para aderezar los bergantines, y la cabuya sirviese de estopa, porque su intención era en desembocando procurar volver al Perú. Allí se rehízo lo mejor que pudo; comida no les faltaba de la que tenían los indios, y mucho pescado y marisco, y entre los peces unos que llamaron roncadores, porque en pescándolos roncaban como un hombre cuando duerme, grandes y sabrosos. vino a desembocar por el río en la mar del Norte, llamada la Burburata, donde dicen tiene ochenta leguas de boca; es el mayor del mundo. De allí vino a la Gobernación de Venezuela, y saltando en tierra, persuadía con oraciones, como un Cicerón, no le dejasen hasta que sus ojos viesan al Perú y sus pies hollasen aquella tierra, donde los pensaba hacer señores della; llamábalos mis

marañones, porque se tenía por desgraciado morir en otra parte, y más en aquella miserable y pobre Gobernación. El desventurado bien conocía que, vista la suya, todos los soldados se le habían de huir. Aquí mató uno, si no fueron dos religiosos nuestros, porque persuadían a los soldados les dejasen, pero de temor hasta que vieron el estandarte Real no lo hicieron; llegó la voz al gobernador; juntó gente; vino contra este peor que demonio; los que con él venían, visto el estandarte Real, luego todos le desampararon; pero era tanto el temor que le tenían, que ni los que con él vinieron, ni los de la tierra le osaron llegar a prender, si no de fuera le arcabuceaban a un hombre solo, cojo, con una partesana en las manos, el cual viendo su perdición, llega a su hija y dala de puñaladas, diciendo: No te han de llamar hija de traidor. Luego diéronle un arcabuzazo y dijo: Este no; pero al segundo, diciendo: Este sí, cayó muerto el más que miserable, muriendo como un gentil y que no tuviera conocimiento de Dios. Decía: Yo bien sé que me tengo de condenar, pero en el infierno no tengo yo de estar con la gente bahúna, sino con Alejandro Magno, con Julio César, con Pompeyo y otros príncipes del mundo; puede ser que se halle con otros más infames pecadores que éstos, y sus tormentos sean mayores, por tener conocimiento de Dios más que aquellos gentiles, y ser cristiano, y sin puede ser lo podemos decir, porque un hombre sacrílego como éste, y que murió impenitente, habiendo hecho tantas crueldades y muerto dos sacerdotes ¿por qué lo habemos de poner en puede ser? Desta manera acabó este impiísimo tirano, que quien le conoció en este reino e oyó decir las maldades que hizo, se admirará. Todos los que con él fueron también perecieron, unos en unas partes, otros en otras; en este reino tres vi, los cuales en diferentes tiempos informándome de lo que habían pasado, me refirieron en suma todo este suceso. No tracto de las cartas que dicen escribía a Su Majestad del Rey nuestro señor; algunas vi en pedazos, llenas de mil disparates, aunque daba algún poco gusto leerlas, por sólo ver el frasis, que no sé quién se lo enseñó. Su Majestad mandó que a todos los que con él llegaron a la Venezuela y la Burburata, las justicias hiciesen castigo en ellos; mas los que lo olieron no se descubrían a todos. También mandó aprestar dos navíos, en que envió a descubrir el estrecho de Magallanes, en uno al capitán Ladrillero, vecino de La Paz, a quien subjectó el otro navío; capitán un maestresala suyo, llamado el capitán Cáceres. Salieron del Callao; el capitán Cáceres, no pudiendo sufrir los temporales de Chile, arribó a Valparaíso. El capitán Ladrillero pasó más adelante, pero no entró en el Estrecho, y si entró, por ser el tiempo de nieves, habiéndosele muerto marineros y soldados, volvió la tierra de la Concepción, donde una negra, viendo la tierra y puerto, de alegría se quedó muerta, y sin hacer ningún efecto cesó este descubrimiento.

Capítulo XVIII

El Marqués mandó traer a Los Reyes los cuerpos de los Ingas

Cuando aquel más que impío tirano Lope de Aguirre tractaba de crueldades y de hacer grandes ofensas contra Nuestro Señor, el Marqués de Cañete tractaba de componer la tierra, y quitar a los naturales cualquier ocasión del deservicio de Dios Nuestro Señor; por lo cual, sabiendo que en el Cuzco los indios tenían en mucha veneración y como por dioses suyos, a quien adoraban y reverenciaban, los cuerpos de Guaina Capac y de otros Ingas que fueron señores destos reinos, mandó los sacasen de su lugar y los trujesen a Los Reyes para quitar esta ocasión a los indios y darles a entender no eran más que cuerpos muertos; hízose así y trujéronlos a Los Reyes, enteros, sin corrupción. Tienen estos indios sus yerbas, que antiguamente en su infidelidad a los cuerpos de los señores aplicaban, con las cuales no se corrompían, como

si los embalsamaran. Mandó, pues, los pusiesen en el hospital de los españoles, en un aposento donde ningún indio los viese. Después desto, sabiendo también que en los Andes, que son unas montañas muy calurosas y lluviosas, a las espaldas de Guamanga, y no lejos della, se había retirado un Inga, y allí vivía con otros Ingas en unos valles asaz cálidos, procuró reducirlo y sacarlo y hacerle merced, por lo cual envió a dos religiosos nuestros el uno llamado fray Melchior de los Reyes, hombre docto, gran cristiano, y que todo el tiempo desde que llegó a estos reinos se ocupó en predicar el Evangelio a estos indios, gran lengua y de muchas y buenas partes, y con él fue otro religioso nuestro llamado fray Pedro de Arrona, hombre esencial y buen fraile; juntamente con un vecino del Cuzco llamado Betanzos entraron en los Andes, hablaron a el Inga, que lo reverenciaban los demás que allí vivían, y servían con las mismas ceremonias que en tiempos antiguos en estos reinos; descendía de los Ingas, señores desta tierra; persuadiéronle saliese con todos los demás, que el Marqués les enviaba a este efecto, con protestación de le hacer muchas mercedes en nombre de Su Majestad; finalmente, tanto pudieron con él y con algunos de sus capitanes, que le persuadieron a que saliese. Otros Ingas le persuadían lo contrario, y éstos no quisieron salir, dando allá sus excusas, no muy fuera de razón; finalmente, el inga salió, vino a la ciudad de Los Reyes; trujéronle los indios en unas andas guarnecidas con plata. El Marqués le recibió muy alegre y afablemente, prometióle mucha merced en nombre de Su Majestad si se volvía cristiano y se quedaba en la tierra; mirase lo que más le convenía, y si se quería volver, libremente se volviese; dióle de su hacienda algunas preseas buenas y el Inga determinó quedarse y bautizarse, aunque no se bautizó en Los Reyes. Esto asentado, con orden del Marqués volvió al Cuzco, donde se bautizó y casó con una deuda suya, en grado para los indios no prohibido, y dispensado por la Sede Apostólica, llamada la Coya, que quiere decir la Emperadora doña María, mujer de no mal parecer y de buen entendimiento; hízole el Marqués merced, en nombre de Su Majestad, de 12.000 pesos, de renta perpetuos en indios.

Tuvo una hija, llamada doña Beatriz, heredera, porque no tuvo hijo varón, a la cual criaron, muerto el padre (no vivió muchos años después desto), en casa de un vecino principal donde la enseñaron toda buena policía y costumbres con las demás cosas que se suelen enseñar a las mujeres generosas; la cual casó después el Visorrey don Francisco de Toledo con el comendador Martín García de Loyola, como después diremos.

La madre, digamos la Coya, así la llaman los Ingas que se quedaron en los Andes y en aquellos valles, luego levantaron por cabezas a otro Inga de la casa destes señores, pariente más propincuo; de los cuales, tractando de don Francisco de Toledo, y lo sucedido en su tiempo, habremos de volver a tractar dellos.

Capítulo XIX

El Marqués se mostró gran republicano

En todo el tiempo que el generosísimo Marqués gobernó, se mostró gran republicano, y quien lo es merece nombre de padre de la patria, y el que no mira por el bien de la república no merece el nombre de padre della, y en una de las cosas en que el buen príncipe se muestra ser padre de la patria, es en traer siempre delante de los ojos lo que los filósofos antiguos con lumbré natural alcanzaron, que el príncipe es por el reino, y no el reino por el príncipe; de donde luego el buen príncipe, con todas sus fuerzas

procura la conservación de su república y aumento della; que se guarde justicia y se haga que los vasallos sean ricos y prósperos, y otras cosas que ni deste lugar ni tiempo es agora tractarlas.

Todo esto pretendía el buen Marqués y en esto se desvelaba.

Sabiendo que en este reino había ríos, y muy grandes, donde perecían a los inviernos algunos indios y españoles, mandó hacer puentes y se hicieron: la de Lima; en el río del valle de Jauja, dos; en el de Abancay, otras; en los dos ríos que hay de la ciudad de La Plata a Potosí, en cada uno la suya, y si viviera, la del río Grande de Chunguri, como habemos dicho, la acabara, y la de Apurima.

Los caminos bien aderezados, los tambos bien proveídos lo fueron, pagando a los indios comidas y trabajo. La justicia siempre estuvo en su punto, y los indios muy favorecidos y amparados. Pretendía que todos los que viviesen en estos reinos fuesen ricos; los nobles como nobles y los labradores como tales, y si alguno por su suerte buena alcanzaba a ser rico, dándosela Dios San Pedro, se la bendijese (como dicen), y por esto muchas veces entre semana se iba a las huertas de los hombres pobres, que en contorno de la ciudad tenían, animábalos a que plantasen, trabajasen; preguntábalos qué fructa buena tenían, y decíales le enviase della, y el servicio, y si era necesario más, que les favorecería; porque no siendo, como no era, hombre de letras, Nuestro Señor le dio un entendimiento acendrado, con el cual alcanzaba que la proporción que hay de los miembros a la cabeza ésa hay de los vasallos al Rey. Entonces el Rey es poderoso, rico y temido, cuando los vasallos son ricos; entonces se defienden y ofende; ofende digo a quien le quiere ofender, y fácilmente le conquista. Entonces el brazo defiende bien la cabeza y sufre el golpe que sobre ella viene, cuando es recio y sano; el manco no tiene fuerza, no se puede levantar, y siendo esto así, ¿cómo defenderá la cabeza? Los vasallos ricos muy bien defienden el reino; al reino pobre, como no tenga fuerzas para defenderse cualquiera un poco más poderoso se le atreve, y fácilmente lo conquista. Por eso, el otro, para conquistar cierta fuerza, o cibdad, pedía dinero y más dinero.

Un año, habiendo mucha falta de trigo, llamó a los vecinos que lo tenían sobrado; persuadíalos lo trajesen a la plaza, y moderasen el precio; hízoseles de mal; tomó cantidad de plata, envióla en barcos grandes por los valles, trujo bastante trigo; socorrió a su cibdad; hizo alhóndiga, y los vecinos quedáronse con su trigo comido de gorgojo, por no hacer lo que el justísimo Marqués les mandaba y aconsejaba, y perdieron, de lo que pensaron ganar, no poca plata.

Saliéndose a pasear un día de trabajo, volviendo para palacio, en la plaza vio a un espadero, llamado Mendoza, que con un jubon de raso carmesí, y calzas de terciopelo carmesí aforradas en los mismos, estaba acicalando una espada; paró el caballo, y díjole: Buen hombre, ese vestido más es para los domingos y fiestas que para entre semana; por mi vida que lo guardéis para entonces; en algo nos habemos de diferenciar en estos días; y luego, volviendo la cabeza a un criado llamado Parrilla, díjole: De aquel paño pardo que me envió la marquesa, dad a este buen hombre para que haga un vestido con que entre semana trabaje, y pues la marquesa (dice al espadero) me lo envió para que yo hiciese un vestido, bien podéis vos vestiros dél. El espadero estaba en pie, su gorra quitada; besóle las manos diciendo haría lo mandado por Su Excelencia; luego, preguntábale: ¿Cómo os llamáis?; respondió: Mendoza; dijo el Marqués: ¿Mendoza?, parientes somos; y volviéndose a sus criados mandóles diciendo: Todas vuestras armas

traérselas a Mendoza como las habéis de llevar a otro; es mi pariente; habémosle de ayudar todos.

Fue amicísimo de que todo el reino viviese en servicio de nuestro Señor, y así casó muchas mujeres principales, y no principales, principalmente de las que venían con el Adelantado Alderete, que traía muchas. Mis padres vivían en Quito, y allí les caso dos hijas, y todos los casamientos subcedieron bien; sólo uno salió avieso. Entre estas señoras venía una llamada doña Graciana, mujer principal, discreta, no muy hermosa, pero gallarda. Casóla con un vecino del Cuzco, rico, llamado Villalobos; allá en el Cuzco no sé qué desabrimiento tuvieron; el vecino era mal acondicionado, ella mal sufrida; el desabrimiento no fue por cosa que doña Graciana no debiese hacer conforme a su calidad; no fue cosa que tocase a honra, y el demonio, que no duerme, el Villalobos diola de puñaladas; la justicia prendióle y encubóle y perdió la vida con este ejemplar castigo; desto no tuvo la culpa el buen Marqués, sino los pecados del Villalobos; esto me pareció no dejar en olvido, cosa rara y que en reinos más extendidos subcede pocas veces.

Los vecinos que tenían hijos diéronselos para que le sirviesen, a los cuales en su casa les enseñaban toda buena crianza y policía, y les daba estudio dentro de palacio; algunas veces comiendo tomaba un plato y llamaba al que le parecía y decíale: Ve a tu madre y dile que, por que me sabía bien esto, por amor de mí lo coma. Partía el paje: llamábalo y preguntábale: ¿qué te dije? Señor, respondía, esto, y esto; decíale: Mas mira que cuando entres delante de tu madre le has de hacer la reverencia con el pie izquierdo; con el derecho a Dios y a sus imágenes; y cuando volvía preguntábale cómo la hallo, cómo hizo la reverencia.

Parecerá esto cosas muy menudas y no dignas de un Visorrey del Perú, que es lo mejor que Su Majestad tiene que proveer; no es sino muy esencial, porque la crianza de los muchachos conviene mucho les sea enseñada, y mejor lo toman del señor que del maestresala, y más le temen, Día de la Asunción de Nuestra Señora, habiéndose de hacer fiestas en la plaza, de toros y cañas, se dijo en el pueblo, sin saber de dónde, ni cómo había salido: El Emperador es muerto. Viniendo de misa de la iglesia mayor, después de comer, el mayordomo mayor le dijo: Señor, esto se tracta en el pueblo, que el Emperador es muerto; Vuestra Excelencia, aunque no sea sino por esta nueva, mande no haya hoy fiesta. Sintió la nueva el Marqués, porque el Emperador le tenía en mucho y dél hacía mucho caso; en diciéndoselo, dice: bien decís; avisá a los alcaldes deshagan las barreras, y si así es, yo no soy Virrey del Perú. Fue así, que aquel día ya era enterrado el Emperador, de gloriosa memoria, y Su Majestad del Rey nuestro Señor había proveído por Visorrey destes reinos a don Diego de Acevedo, aunque no llegó asá, por morir en Sevilla. Tardó la nueva cierta más de seis meses; llegada, mandó se hiciesen las honras del Emperador con mucha solemnidad; hiciéronse en la iglesia mayor; salió todo el pueblo del monasterio de Nuestra Señora de las Mercedes, los principales llevando las insignias. Otro domingo adelante se hicieron las fiestas del nuevo rey con mucha solemnidad, y el Marqués tomó la posesión por Su Majestad deste reino; juróse con la solemnidad acostumbrada, batióse moneda, y derramóse cantidad della, así en la iglesia mayor como en la plaza, con gran alegría de todo el pueblo.

Capítulo XX

De la muerte del Marqués

Cuatro años había, poco más, que gobernaba el Marqués, padre de la patria, siendo amado y tenido de los buenos y de los malos, cuando Nuestro Señor fue servido llevarle para sí, recibidos devotísimamente todos los Sacramentos, que muchas veces frecuentaba, sabida ya la venida del conde de Nieva por Visorrey destos reinos, proveído luego que murió don Diego de Acevedo. El día de su muerte fue muy triste para la cibdad de Los Reyes, y para todo el reino; fue llorado de todos y en particular de los pobres. Enterróse en el convento del seráfico San Francisco, de donde, sacados sus huesos, fueron llevados a España por el padre fray Juan de Aguilera, comisario de aquella Orden en estos reinos.

Era hombre de mediana estatura, más grande que pequeño, espaldudo, y de miembros fornidos, de gran ánimo y generoso; nada amigo de derramar sangre, empero que se hiciese justicia; amigo de los hombres animosos. No se espantaba de que hobiese algunas pendencies, porque es imposible menos. Sucedió lo que diré: Acabando de comer (no dormía la siesta, sino por maravilla), salióse a pasear a una sala cuya ventana en la esquina salía a la plaza; cuando a ella llegaba, sacaba el cuerpo fuera y miraba si había algo en ella; a una vuelta, mirando la plaza, vio que se encontraron dos caballeros de Jerez, enemistados, o escogieron aquel lugar para reñir a tiempo que en ella no pareciese nadie; echaron mano a sus espadas don Yelmo de Gallegoso y el capitán Patiño, y comenzaron a reñir con gentil donaire y ánimo. El Marqués recostóse sobre el pretil de la ventana mirando cómo reñían, en lo cual tardaron buen rato sin que la justicia ni hombre acudiesen a meterles en paz; hiriéronse ambos y mal; acude la justicia, préndelos; entonces el Marqués mandó al paje de guardia que vaya alcalde y le diga de su parte no los lleve a la cárcel, sino a cada uno les dé la posada por tal, que aquella causa tomaba para sí; y luego envíales a cada uno una barra de plata diciéndoles les ha visto reñir desde el principio, y se había holgado, y lo habían hecho como muy buenos caballeros; se curasen y recibiesen cada uno su barra para pollos, y sanos, tractaría de las amistades. Los heridos besáronle las manos, y que Su Excelencia hiciese dellos lo que fuese servido. Sanaron, hízoles amigos; don Yelmo siguió su viaje a España; el otro se quedó acá en el reino. Hacía burla de cosas de alzamientos y rebeliones, de lo cual otros han hecho gran descargo de servicios a Su Majestad. Hobo en Los Reyes cierto rumor de alzamiento; salióse a pasear una y dos veces cada semana, y las fiestas y domingos íbase por las chácaras, y a los que le acompañaban mandaba se quedasen, y con un solo paje se iba buen trecho solo. Su mayordomo mayor decíale: Señor, ¿cómo se va Vuestra Excelencia solo sabiendo lo que se ruge en la ciudad? Respondióle diciendo: Por eso me aparto solo, para ver el ánimo déstos. Pues esta gente ¿se ha de atrever a eso? Sucedió así que de la cibdad del Cuzco le enviaron un soldado, con información no muy bastante sino de indicios leves, que se quería alzar o tractaba dello, que el Visorrey le mandase castigar. En una visita de cárcel (no perdió ninguna), salió el pobre soldado aherrojado, y leída en breve la causa de su prisión, llamóle y díjole: ¿Vos os queríades alzar con el Cuzco? el miserable, temblando, respondió: No, señor; ¿quién soy yo ni qué calidad tengo para eso? Enemigos que el Cuzco tengo me han impuesto ese testimonio. El Marqués llama al alcalde (el pobre ya pensó estaba ahorcado), y dícele: Quitad las prisiones a ese hombre; y al hombre dícele: Andad, id luego derecho a Cuzco, y alzáoosme con aquella ciudad; sino, por vida de la marquesa, que tras vos envío para que si no lo hiciéades os hagan cuartos. ¿Cada chirrichote se ha de alzar contra la Majestad del Emperador y rey nuestro señor? El otro, en saliendo de la cárcel, no pareció más ni fue al Cuzco; bien sabía el magnánimo Marqués que no había de ir aquel miserable al Cuzco.

En manos de otro cayera, que por lo menos fuera a remar a las galeras.

Capítulo XXI

De las virtudes del Marqués

En tiempo que vivió en estos reinos fue castísimo y muy amigo que todos los de su casa, como es justo, lo fuesen, y mirando por esto y por el buen ejemplo que están obligados a dar los que gobiernan. Diré lo que dijo el padre Molina. Este padre Molina se consagró a servir a los españoles en el hospital llamado San Andrés; en él era capellán, mayordomo, y toda la casa quien la gobernaba, y todas las haciendas. El piadosísimo Marqués acudía a hacerle muy crecidas limosnas, porque le dio más de 30.000 pesos de su hacienda; el padre Molina venía de noche a tractar con el Marqués las necesidades del hospital, y como de clérigo, los vestidos eran largos; díjole el Marqués: Padre Molina, ya sabéis que para vos no hay puerta cerrada, ni hora ocupada; no vengáis más de noche; traéis esas faldas largas; algún malicioso pensará sois mujer: mirad que en público y en secreto somos obligados a dar buen ejemplo.

Como se preciaba tanto de ser padre de pobres, fuera de las limosnas hechas al hospital de los españoles, y aun al de los indios y al convento de San Francisco, hizo otras en particular, no pocas, pero destas referiré dos o tres. Un buen hombre vino de México, casado y pobre; entró a pedirle limosna (para los pobres no había puerta cerrada); mandóle dar una barra; las limosnas luego se daban sin réplica ni libramiento, porque luego mandaba a su mayordomo y mandábale diciendo: Dad tanto a este buen hombre; luego era cumplido. El buen hombre, muy contento con su barra, antes que saliese de la sala, tornólo a llamar el piadoso Marqués y dícele: Buen hombre, ¿sois casado? respóndele: Sí, señor, y traigo mi mujer e hijos; dice al mayordomo: Montoya, dadle otra barra; no tiene para zapatos; y luego pregúntale: ¿Tenéis oficio? y respondióle: Sí, señor; sé mucho de labranza y crianza; el buen marqués dícele: Mucho me alegro de eso, porque agora mando poblar un pueblo 22 leguas desta ciudad, de muy fértil suelo; ¡dos allá con vuestra mujer e hijos; yo os daré una carta para el capitán Zurbano; allí os dará solar para casa, tierras para pan y para viñas; hacedme allí una heredad muy buena para vos y para vuestros hijos, y cuando tuviéredes necesidad, no vengáis acá, sino escribídmela, yo os la remediaré. Con esto se fue el hombre muy contento, y de aquí a Cañete.

Levantábase muy de mañana, y sólo con un paje de guardia se iba al río arriba, rezando en unas Horas; prosiguiendo su camino oyó lloros como de mujer que se estaba acuitando, porque una sola negra que tenía, con que amasaba un poco de pan, y lo sacaban a la plaza, y desto se sustentaba trabajosamente, se le había muerto aquella mañana. El pientísimo Marqués ¿qué pensó, cuando oyó los gemidos y voces? que la hacían alguna fuerza; alargó el paso y púsose a la puerta para oír lo que pasaba, y como entendió a la mujer que se lamentaba y la causa, diciendo: ¡Ay! cuitada de mí, que sola una negra que tenía, que me ayudaba a pasar mi trabajo, me ha llevado Dios; ¿qué tengo de hacer, miserable? y otras cuitas que las mujeres pobres en semejantes trances suelen hacer. Luego el padre de pobres y buen Marqués da la vuelta y con el paje que le acompañaba le envió una barra de plata de 250 pesos ensayados (entonces aún no valían tanto los negros bozales, diciéndola no se afligiese más, y que con aquella barra comprase otra negra y supliese su necesidad, y con las demás acudiese, que se las remediaría. Desta manera favorecía a los pobres y les hacía bien y mercedes y limosnas.

Otras muchas limosnas hizo a caballeros pobres y a personas necesitadas, que sería largo de contar, y nuestro intento no lo permite; pero decillas en breve, pídelo; finalmente de su hacienda dio de limosnas pasados de 80.000 pesos, por lo cual su hijo, don García de Mendoza, bajando de Chile, bien pobre, hallando muerto a su padre y en el gobierno al conde de Nieva, que consigo trujo a don Juan de Velasco, su hijo, estando juntos los dos, don Juan de Velasco dijo a don García de Mendoza, como por baldón y mofando: ¿Qué hizo su padre de vuestra merced en este reino? Al cual con mucha prudencia respondió don García de Mendoza: Un monasterio de San Francisco, donde se enterró, y un hospital de españoles, donde como a pobre me den de comer; y guárdele Dios a vuestra merced no muera su padre en el Perú, y vuestra merced entonces se halle en él, porque se vera uno de los mas desventurados caballeros del mundo. Parece le fue profeta, porque se vio paupérrimo y con suma pobreza, y esto allí le vimos y tractamos.

En su tiempo los mercaderes de la ciudad de Los Reyes, juntándose, tractaron de pedir limosna para los pobres de la cárcel, que se iban multiplicando, no con título de cofradía, sino por vía de caridad; después se constituyó cofradía y creció como habemos dicho.

Concertáronse que dos cada semana pidiesen por amor de Dios para los pobres della, y les diesen de comer, y cuando las limosnas no alcanzasen, de su casa les proveyesen; la segunda semana cupo a dos, Juan Vázquez y Juan Vaz, hombres de caridad, casados y ricos; conocílos y tractélos mucho; convinieron en ir a pedir limosna al Marqués; entraron y dícnle lo que habían ordenado, y que suplicaban a Su Excelencia les mandase dar limosna; alabóles mucho la buena obra, y mandóles dar, para aquella semana (como tractando de la fundación desta cofradía dejamos dicho), cien pesos, y para cada mes cincuenta, y que no se los viniesen a pedir, sino a su mayordomo, lo cual infaliblemente el tiempo que vivió se cumplió así.

Diré otra, que fue graciosa. Pocos meses después de llegado a la ciudad de Los Reyes, cantó misa un clérigo llamado el padre Roberto; hallóse presente el Marqués y el Audiencia y todo el pueblo; entonces de tarde en tarde se cantaban; salió el misacantano a ofrecer. El Marqués había pedido al mayordomo un pedacillo de oro de 25 pesos; ofreciólo; luego los Oidores, los cuales no ofrecieron, mandaron, y las mandas se escribieron; en las fuentes llevaban papel y tinta, hobo quien dijo dellos (si no me acuerdo mal fue el licenciado Santillán, de quien arriba tractamos): Escriban 50 pesos; el Marqués casi corrióse, y dijo: Pues dijérame que se usaba mandar por escrito; yo también mandara; escriban 100 pesos, y así ofreció 125 pesos, los 25 en oro; y a quien era tan limosnero y liberal, no es necesario alabarle que jamás recibió dádiva, ni nadie se atreviera a ello, ni a cohechar al menor de su casa; y que esto se entienda ser así, es verdad lo que diré: había en la ciudad un mercader rico y de mucho crédito, llamado Gonzalo Fernández, de cuya casa se proveía todo lo necesario para la del Marqués, y era como el cambio del mayordomo mayor, y el salario del Marqués todo entraba en casa deste mercader. Tractábase como criado del Marqués, y no perdía en ello nada. Quiso hacer un servicio a la marquesa, y tuvo para servirla un cofrecito de plata como el segundo del terno, y en él no sé qué sortijas con esmeraldas y otras piedras; no faltó quien se lo dijo al Marqués, ignorándolo Gonzalo Hernández, y, un día llamóle y díjole: Dícnme que envías a la marquesa no sé que regalo; por mi vida ¿qué es? El mercader respondióle: Es verdad, señor, que a mi señora la marquesa tenía determinado servir con un cofrecito de plata, y otras cosas no de mucho valor, conforme a mi posible y no conforme a quien es mi señora la marquesa. Mandóle lo trujese; holgóse de verlo, y

díjole: ¿Qué vale esto? El mercader respondió: Señor, no tracte, suplico a Vuestra Excelencia, deso; es muy poco; finalmente, dijo a su mayordomo que supiese de los oficiales lo que valía y lo pagase al mercader, y que él lo quería enviar en nombre del mismo Gonzalo Hernández. Quien esto hizo no puede ser notado de avariento, ni cobdicioso, ni que jamás recibió cohecho.

Las vísperas de Pascua, en las visitas de cárcel, jamás ningún Virrey (sin les hacer agravio) dio tantas limosnas, pagando por los pobres que no tenían dónde pagar, lo cual con suma liberalidad hacía. Ninguna destas visitas le costaba menos de 1.000 pesos, pues para cobrarlo no era necesario más que pedirlo al mayordomo. ¿Quién ha hecho tal? Pero no lo echaba en saco roto; Nuestro Señor se lo ha pagado cien: doblado, y porque para todas las limosnas y mercedes que hacía de su hacienda no había libramientos, mandó en su testamento que no pidiesen a su mayordomo, sus herederos, más cuenta de la que él quisiese dar, ni libramiento para lo que hobiese dado de limosnas, y bien seguramente lo mandó, porque el mayordomo no le hiciera menos un grano.

Capítulo XXII

Cuán enemigo era de acrecentar tributos

Siempre miró mucho por la conservación de los naturales, para que con todo el descanso posible pagasen sus tributos. Sucedió así: proveyó por corregidor de la provincia de Chucuito a García Diez de San Miguel, hombre muy cuerdo, y benemérito y noble, al cual mandó que visitase toda aquella provincia; hasta entonces no se habían hallado más que 17.000 indios tributarios; éstos pagaban del tributo 24.000 pesos en plata ensayada y 12.000 pesos en ropa de la tierra; visitados, parecieron mil indios más. García Diez de San Miguel, pareciéndole ganaría gracia con el Marqués, avisóle del aumento de los indios, y que se les podía acrescentar el tributo, pues para tantos indios era poco, mayormente que para pagar los 24.000 pesos de plata, en Potosí residían 500 indios que fácilmente los pagaban; a quien respondió: Escribiéradesme vos que abajara los tributos, de muy buena gana lo hiciera; pero aumentarlos, no haré tal; ¿qué cosa hay más grave que el tributo? otro lo subió a 102.000 pesos ensayados en plata y ropa, como diremos.

Decía que si su parecer se hobiera de seguir, que de toda la renta que Su Majestad tiene en este Perú se habría de hacer tres partes: una, que se llevase a Su Majestad: otra, para pagar los ministros de la justicia, así acá como de España; otra, que se quedase en este reino para lo que puede suceder y para casar hijas de conquistadores y pobladores pobres a quien Su Majestad no ha hecho merced ni gratificado sus servicios. Por lo cual comenzó a edificar en el lugar donde agora es la Universidad una casa de recogimiento, a quien llamó San Juan de la Penitencia, a donde se recogieron algunas hijas destes conquistadores y pobladores, con renta para su sustento; mas como murió temprano cesó el edificio y agora no hay memoria dello; y para hacer puentes, hospitales, iglesias y otras obras pías y públicas, como los reyes han hecho en España, y para socorrer a caballeros pobres que vienen de Castilla encomendados de Su Majestad, que le han servido y no les ha gratificado, mientras vaca en qué ocupallos. A los negros horros que había en Los Reyes, qu'es la ladronera de los cimarrones, sacó de la ciudad y envió al asiento de minas de Carabaya, que es tierra calurosa y lluviosa, y era tan humano con ellos, que no se desdeñaba de responder a las cartas que le escribían.

Esto así en breve se ha dicho del magnánimo marqués de Cañete, de buena memoria, padre de la patria y de pobres, como epílogo de sus virtudes, dejando de tractar más difusamente a otros que sean dotados de más facundia y mejor estilo que el nuestro; concluyamos que fue gran vengador de los juramentos falsos en daño de tercero; mandó quitar los dientes a un Fulano de Quintana porque juró falso delante de la justicia. También mando que ningún negro cargase con botija de agua ni otra cosa a ningún indio, al negro so pena de caparle y a la negra de doscientos azotes, y en quien primero se ejecuto la sentencia fue en un esclavo suyo; vio que traía a un indio con una botija de agua cargado del río; llamó al caballero; preguntóle cuántos caballos tenía, y cuánto servicio de esclavos; respondióle que para los caballos tenía bastante servicio; ¿pues cómo esclavo mío ninguno ha de cargar a indio libre? luego mandó se ejecutara la ordenanza, y de allí adelante no se atrevió negro a cargar indio. Era lástima, y hoy lo es, que el negro y negra esclavos se vienen las manos en el serio, y el indio libre las trae en la botija de agua, la canasta de la ropa y la carne de la carnicería, o del rastro, como si ellos fueran señores y los indios los esclavos. Duró poco esta ley, no más de cuanto vivió el Marqués.

Capítulo XXIII

Del conde de Nieva

Al liberalísimo y cristianísimo marqués de Cañete sucedió el conde de Nieva don... de Velasco, bonísimo caballero y buen gobernador, de quien no podemos decir cosas notables que en su tiempo subcedieron; no las hobo; el reino gozó de mucha paz y abundancia. Entre otras cosas buenas que tenía era ésta, gran paciencia para oír a los pretendores que les parecía estar agraviados del liberalísimo marqués de Cañete por no les haber dado todo el Perú, y para los demás negociantes.

Diré una cosa de admirable paciencia para quien tenía la suprema del reino: acabando de comer se levantaba y oía a los negociantes y pretendores, arrimado a una ventana; llegó un pretensor, y por ventura fatigado de la hambre, y por otra parte demasadamente atrevido, por sus servicios, y pidiendo remuneración dellos, levantó la voz más de lo justo; a quien el Conde con gran paciencia y con voz baja le dijo: Hablá más paso: el nescio pretensor, no curando del buen consejo, levantó más la voz, representando sus servicios; díjole otra vez el Conde: Ya os he dicho que habléis paso; respondió el pretensor: ¡Oh, señor, soy colérico! a esto respondió el Conde con la paciencia de que había usado: También soy yo colérico y me moderó en mis palabras; andad con Dios, y otro día venid más moderado. Los circunstantes admiráronse de tanta paciencia y salieron alabándola. Después desto, dijéronle que un soldado escribía a Su Majestad cosas del gobierno del Perú, y algunas no muy en favor del Conde; mandóle llamar, y díjole: Dícenme que escribís al Rey Nuestro Señor. El soldado respondió: Sí, señor, han dicho verdad a Vuestra Excelencia. A quien no dijo más palabra: En hora buena, escribidle; pero advertid que le escribáis verdad, porque si no, la carta que le escribiédes ha de volver a mis manos, y lo que no fuere verdad pagaréis.

Trujo buena casa y música, la cual ni hasta entonces ni después ningún Visorrey la ha traído. Con el Conde vinieron el licenciado Muñatones, Diego de Vargas Caravajal, el contador Melgosa, a tractar la perpetuidad de los vecinos y encomiendas, pero no se concluyó cosa alguna.

En el tiempo que gobernó fue amado de todo el reino por su mucha nobleza y, afabilidad, si no fue de algunos pretensores por que no les daba de comer, no habiendo cosa vaca. Murió al fin de cuatro años de su gobierno, teniendo ya nueva que el gobernador Castro venía y estaba en el reino por subcesor suyo. Su muerte fue de mucha lástima en toda la ciudad; murió de una apoplejía. No bebía vino, sino agua, y muy fría con nieve. Es así que el licenciado Álvaro de Torres, médico muy experto, estando comiendo, le dijo: Vuestra Excelencia no beba tanto y tan frío, por. que si frecuente esta bebida, dentro de pocos días morirá de apoplejía y dejará a todo el reino muy lloroso; hizo burla dello, y murió en breve. Su hijo don Juan de Velasco se halló presente, y muerto su padre se vio en la ciudad de Los Reyes uno de los caballeros más pobres que se ha visto en él; salióle el pronóstico de don García verdadero.

Capítulo XXIV

Del gobernador Castro

Dende a pocos meses de la muerte del nobilísimo conde de Nieva entró en la ciudad de Los Reyes, con título de gobernador, el licenciado Lope García de Castro, del Consejo de Indias, y aunque con título de gobernador, con todo el poder que traen los Visorreyes; hízosele el recibimiento que a los Visorreyes se suele hacer. Gobernó poco más de cinco años, con mucha paz y algunos rumores de motines, y no eran rumores, sino más, con todo eso los apaciguo sin derramar gota de sangre. Fue gran cristiano y afabilísimo, y muy amigo de hacer merced a los hijos, nietos y demás descendientes de los conquistadores, porque como vacase repartimiento destos tales, no lo había de quitar a los hijos segundos, nietos o tataranietos de los conquistadores, y así lo decía, como lo hizo con don Juan de Ribera, el viejo (hijo de Nicolás de Ribera), el cual muriendo, y por su muerte heredando el hijo mayor, Alonso de Ribera, que murió sin heredero, los indios de la encomienda dio a don Juan de Ribera, hijo segundo, mandándole se llamase don Juan de Ribera, y no de Avalos, como se llamaba, porque la memoria de su padre no pereziese, pues los indios no se los encomendaba por ser Avalos, sino por ser Ribera; y lo mismo tenía determinado hacer, y la cédula firmada, si muriera el capitán Diego de Agüero, el mozo, de una enfermedad de que estaba desafuciado, para dárselos al mayor de sus hijos, porque las dos vidas en él se concluían, en lo cual mostraba bien el ánimo suyo para con los conquistadores, sus descendientes. Tuvo algunos émulos en los pretensores, y, no pudo satisfacerlos, porque en el tiempo que gobernó vacaron muy pocos repartimientos, y no vacando no tenía que encomendar, por lo cual para entretener, con acuerdo de la Audiencia y del ilustrísimo Arzobispo y, prelados mayores de las Ordenes, instituyó corregidores en partidos de los indios, que por entonces parecía convenía; mas dende a poco tiempo se vieron grandes inconvenientes, y no tantos como agora; señalábales salario repartido por cabezas de los indios, para los que eran corregidores; no los sacaban de las tasas como agora se sacan. Por lo cual en nuestro convento de Los Reyes nos mandaron los prelados, a los que podíamos confesar, no confesásemos a corregidor, ni que lo hobiese sido, ni lo pretendiese; buscasen otros confesores; destos corregidores por ventura volveremos a tractar adelante, y no será muy tarde, cuando tractáremos del gobierno de don Francisco de Toledo.

En su tiempo despachó a un sobrino suyo, llamado Álvaro de Mendaña, caballero de 25 años, pocos más, de grandes esperanzas, nobilísimo y de muy buenas partes, con dos navíos y muchas y muy buenos soldados antiguos y modernos, al descubrimiento de las

islas de Salomón, con título de gobernador y capitán general, y por su maese de campo a Pedro de Ortega Valencia, hombre de mucho gobierno, a quien, si Álvaro de Mendaña faltase, le instituía en el mismo cargo; con próspero viaje, en breve tiempo caminando, o por mejor decir navegando al Poniente, sin se apartar de la línea equinoccial más que a doce grados de la una y otra parte della, descubrió cantidad de islas, todas pobladas, y algunas muy grandes, y en particular una que, por descubrirla el maese de campo, natural de Guadalcanal, le puso el nombre de su patria. Esta es muy grande y pobladísima, la gente es morena, y alguna que come carne humana; bien dispuesta y valiente; usan arco y flecha, qu'es el arma más antigua del mundo, y dardos de palma arrojadizos, con los cuales fácilmente pasan una rodela; los que fueron eran pocos para poblar, y se habían de dividir, porque el un navío necesariamente había de volver con la nueva y relación de lo descubierto, y en él algunos de los soldados, y los que quedaron eran pocos para sustentarse; determinaron dar la vuelta al Perú, donde aportaron. Después fue Álvaro de Mendaña a España, hizo relación de lo que había visto y descubierto; hízole merced Su Majestad del Adelantamiento dellas, y diole cédulas y recados para que el Visorrey le diese lo necesario.

Vino con ellos a tiempo que gobernaba don Francisco de Toledo, el cual dilató el cumplimiento de las cédulas. Lo mismo hicieron sus sucesores, hasta que don García de Mendoza las cumplió, el cual, partiendo del puerto del Callao con dos navíos y una fusta para correr la costa y reconocer los puertos, con su mujer y la gente que pudo juntar y le pareció bastante para su intento; el piloto que llevaban no era tan experto como el primero, erraron la derrota, aunque dieron en otras islas pobladas, creo mucho más adelante de las que descubrió primero, por lo cual, o por no sé qué ocasión, su maese de campo, Fulano Merino, se le quiso amotinar con parte de los soldados, de quien hizo justicia, y de los más culpados. Pero dende a poco murió el pobre caballero, y su mujer, con parte de la gente, aportó a las islas de Manila, adonde se casó segunda vez con un hermano del gobernador de aquella isla, y, dio la vuelta para este reino, y desta muerte se desbarató y, perdió aquella jornada. Vi una carta en que decía les había Nuestro Señor ofrecido muy buena y gran ocasión para que tuviera buen fin este viaje, pero no la supieron conocer, porque no llevaba capitanes expertos, y por eso la perdieron; algunos de los soldados que fueron; han vuelto pocos; no los he visto para informarme de lo sucedido; otros lo escribirán.

Un año antes o poco más, en la ciudad del Cuzco se tractó una rebelión contra la Majestad Real, por un soldado llamado Fulano de Tordoya, emparentado en el Cuzco, el cual, no se atreviendo ponerla en ejecución, se salió de la ciudad y con sus valederos, unos por una parte y otros por otra, en número más de 130 se fueron a una provincia llamada de los Chunchos, indios de guerra, adonde en alguna manera se hicieron fuertes, teniendo tractado con un Fulano Galván, que residía en la provincia de Chucuito, valentón, que había de ser maese de campo, que juntase los más soldados que pudiese en aquella provincia y otras comarcas al Cuzco y avisase al Tordoya, con quien se comunicaba, de la gente que tenía persuadida a la rebelión, y entonces Tordoya con los suyos había de salir, y juntándose con Galván tiranizar la tierra.

Descubrióse este tracto y llegó la nueva a la ciudad del Cuzco, de donde por la posta salió el capitán Sotelo, vecino de aquella ciudad, a dar favor a Diego de Galdo, corregidor que a la sazón era de la provincia de Chucuito, donde Galván solicitaba traidores; el cual capitán Sotelo cuando llegó, ya el corregidor Diego de Galdo había hecho cuartas a Galván y puesto la cabeza en el rollo de Chucuito, y hecho justicia de

algunos traidorcillos que halló culpados, a cuyo castigo salieron también el corregidor con los vecinos de la ciudad de Arequipa, que dista del pueblo de Chucuito cuarenta leguas, poco más. El capitán Sotelo tenía comisión, desde el Cuzco para adelante, del gobernador Castro, hasta la provincia de Chucuito, para cognocer de semejantes delitos y castigar los culpados; mas como halló hecho el castigo, componiendo algunas cosas se volvió a su casa.

Sabido por el Presidente de la ciudad de La Plata, licenciado Juan Ramírez de Quiñones, y Oidores, despacharon al licenciado Recalde, Oidores de aquella Real Audiencia, con poderes bastantes para cognocer y hacer justicia y lo demás necesario; el cual, llegando a la provincia de Chucuito, y poniéndose lo más cerca que pudo de la provincia de los Chunchos, donde estaba Tordoya con sus secuaces, los curacas de los indios Chunchos te enviaron sus mensajeros a decir qué quería que hiciese de aquellos españoles que allí se habían recogido; les respondió que los matasen todos; lo cual los indios hicieron de muy buena gana, porque ninguno dellos jamás salió de aquella provincia.

Proveyó Su Majestad por Visorrey destos reino a don Francisco de Toledo, el cual, llegando a la ciudad de los Reyes, tomó residencia al gobernador Castro, contra quien no halló en qué condenarle, porque Su Majestad le mandaba que, dada la residencia, subiese a visitar el Audiencia de la ciudad de La Plata, subió a visitarla, lo cual hizo con toda la rectitud, y cristiandad posible; yo me hallé entonces en aquella ciudad; a unos privó, a otros condenó, a otros de los Oidores suspendió. Contra quien no halló querrela ni otra cosa fue el fiscal, el licenciado Rabanal, que hacía su oficio muy cristianamente. Hecha esta visita volvió a la ciudad de Los Reyes, y dende a España con próspero viaje, donde dentro de pocos meses murió (dicen) Presidente del Consejo de Indias, loablemente.

Capítulo XXV

Del Visorrey don Francisco de Toledo

Sucedió (como acabamos de decir) al humanísimo gobernador Castro don Francisco de Toledo, caballero del hábito de Alcántara, de bonísimo y delicado entendimiento; fue recibido en Los Reyes con la solemnidad acostumbrada. Luego dentro de pocos meses procuró reformar algunas cosas en la ciudad dignas de reformatión, de servicio de Dios Nuestro Señor, que fueron ciertos públicos amancebamientos, los cuales reformados, y aun castigados, y acabada la residencia del gobernador Castro, en la cual tuvo poco que éntretenerse, salió a visitar todo el reino, como traía orden de Su Majestad para ello, cosa necesarísima para todo el reino, de Lima hasta Potosí, que es lo principal, y siendo Informado, y viéndolo en muchas partes por vista de ojos, cuán derramados vivían los indios en pobleuelos pequeños, si no eran los del Collao, que éstos tenían sus pueblos grandes y formados, y aun aquí se redujeron no pocos que había en la Puna, o Xalca (Puna o Xalca llamamos a la tierra fría donde se cría el ganado), mandó hacer esta reducción, de muchos años por los sacerdotes deseada; obra de mucho trabajo, por la dificultad que en los indios se halló para dejar sus casillas donde sus antepasados habían vivido, pero de gran bien para la instrucción de los naturales en la doctrina cristiana, porque antes pueblos que ahora son de trescientos vecinos y cuatrocientos, y más, estaban divididos en más de diez y doce pobleuelos, en circuito de más de tres leguas; por lo cual el sacerdote vivía en perpetuo movimiento, fuera de que, como en esta

miserable gente ha entrado tan mal la fe y ley evangélica, volvíanse fácilmente a sus idolatrías y ritos antiguos. Agora, viviendo el sacerdote con ellos y ellos con el sacerdote, evítanse grandes inconvenientes, y acúdense a las confesiones y administración de sacramentos con mucha facilidad. Tasó de nuevo la tierra, y en muchas partes, por hallar multiplicados los indios, o por ser la tierra más rica, subió los tributos. Pocos, creo, rebajó; a la provincia de Chucuito (como habemos dicho) lo que va a decir: de 36.000 pesos ensayados a 102.000, en lo cual si acertó o erró, Nuestro Señor lo ha ya juzgado. En las tasas señaló el salario a los sacerdotes, a los corregidores de los partidos, porque antes pagábanlo los indios fuera de la tasa y al curaca principal; luego al encomendero. Las mas de las tasas redujo casi a plata, quitando no pagasen los indios tributos en cosas que en sus tierras tenían, conforme a las cédulas de Su Majestad hasta entonces usadas N, guardadas. por lo cual la tierra ha venido a carecer de las menudencias que antes andaban rodando.

La tierra estaba más harta, y las casas de los vecinos más abundantes y llenas, y, los indios con menos trabajo pagaban sus tributos, porque como parte fuese en plata, parte en ropa, parte en trigo, maíz, sogas, alpargatas, gallinas, huevos, cebones, etc., si no era la plata, lo demás tenían en su tierra sin salir della; agora en las partes donde las redujo a plata, han de salir los miserables a buscarla a otras partes, a donde no pueden ayudarse de sus mujeres, y así las dejan, y hijos, y unos se mueren, otros se quedan, otros se meten en valles apartados de su natural, donde ojalá y no se casen otra vez; y con estos y otros inconvenientes, los más de los pueblos padecen detrimento, lo cual experimentados con evidencia, porque en pueblos de 1.000 vecinos tributarios no se juntan a la doctrina, los domingos y días para ellos forzosos, 250, y al respecto en lo demás. Allégase a esto para que acudan menos los tractos y contractos de los corregidores, que ocupan los indios enviándolos lejos de sus tierras, particularmente los del Collao, por trigo e maíz, más de treinta y cuarenta leguas, y por vino a la ciudad de Arequipa y a otras tierras de los Llanos, adonde corren riesgo de salud; por lo cual lo que se pensó que poner los corregidores había de ser para bien de los naturales y para librarlos de las tiranías de los curacas, y malos tractamientos de algunos españoles, y para el aumento de sus haciendas, es la total destrucción de las haciendas de los indios, y mayor cuando se les ponen administradores, como los más los tienen, y para disminución de los naturales.

Libráronlos, y no quedaron muy libres de las manos de los curacas, pero los malos corregidores apodéranse dellos, y si no digo la provincia de Chucuito, que es fama pública en el reino haberse ido della, dejando sus mujeres, hijos Y haciendas, más de 8.000 indios a la provincia de los Chunchos, indios de guerra, de donde han enviado a decir no volverán a sus tierras mientras asini los tractaren; no es posible sino que sean apóstatas, y se vuelvan a sus idolatrías; yo he visto muchas veces esta tierra desde Los Reyes a Potosí, donde la obediencia me ha enviado a servir con lo que mi pobre talento alcanza, y he tenido muchos dares y tomares con los corregidores de los partidos, y administradores, sobre las haciendas de los indios y sus menoscabos, y no hay hacerles creer a los administradores que son como tutores de los indios, y que así como el tutor no puede sacar para sí, ni por sí, ni por tercera persona, la hacienda de la menor, ellos tampoco la pueden sacar, por más razones que se les traigan delante, porque están persuadidos que, dando lo que otro diera por ella, ellos la pueden sacar, y no hay sacarlos de aquí, y corregidores, preguntándoles si juran guardar las ordenanzas de corregidores, me han dicho que no, y por esto los tractos y contratos son no pocos, en sus distritos, con gran detrimento de los indios, de los cuales pusiera aquí algunos si

fuera deste intento tractarlo; los cuales he visto con mis propios ojos; también para los caminantes es inconveniente, porque como los corregidores malos vendan en ellos todo lo necesario, pan, maíz, vino, tocino y otras cosas, ¿cómo han de poner los precios en el arancel? lo más subidos que pudieren, de suerte qu'el arancel y lo en él contenido es del corregidor. Los bienes de las comunidades que se sacan a vender en pregones, cuales son carneros de los nuestros, carneros de la tierra, coca, maíz y otras cosas, los que los han de ramatar lo sacan para sí, echando terceros, y luego se sabe es para el corregidor, portector o administrador, y por ventura para todos tres; porque el lobo y la vulpeja, si alguno lo quiere poner en precio, luego le dicen a la oreja: no hable en ello, porque es para el corregidor, so pena que si lo hace se malquista con los tres, y lo echan del repartimiento, donde el pobre anda afanando un tomín, y desta suerte ¿cómo no se han de menoscabar las haciendas de los indios? Diré lo que me dijo un indio, agora catorce años, yendo a Potosí, y llegando a la venta llamada de En Medio; pedíle una frezada para una noche, que es como bernia de marinero, y es uso darla a los pasajeros; respondiόμε no la tener; díjele: ¿Tú no eras del general Lorenzo de Aldana? respondiόμε: Sí; díjele: Pues ¿qué es de tanta hacienda como os dejó, vacas, ovejas y otras más, para que me digas no tienes un chusi? Así se llaman estas frezadas; respondiόμε: Estos administradores lo han destruido todo. Pues es así verdad, que tenían tanto ganado de todo género, y principalmente vacas y ovejas nuestras, cuando los padres de san Agustín que doctrinan a estos indios eran los administradores de sus haciendas, por institución del general Lorenzo de Aldana, que viviendo yo en la ciudad de La Plata, donde cae este repartimiento, que es el de Paria y Capinota, se vendieron en la plaza, en pública almoneda, 3.000 cabezas de vientre, de vacas, a 30 reales, puestas donde el comprador las quiso, Pues de donde se sacan 3.000 cabezas para vender ¿cuántas han de quedar? más habían de quedar de 6.000; si agora tienen ganado, sea testigo la experiencia. En esto que vamos tractando no culpemos al Visorrey don Francisco de Toledo, porque esto es cierto que no puso los corregidores para la destrucción de los indios, ni para que se aprovechasen de la plata de la comunidad, como parece por las ordenanzas que hizo, muy justas y buenas, y por las penas puestas a los corregidores, tractantes y administradores, sino para el bien de los naturales; pero la avaricia ha crecido tanto que por ventura convenía quitarlos; porque yo sé de un corregidor, proveído por el mismo don Francisco de Toledo, hijo de un Oidor de Lima, y corregidor del repartimiento que vamos tractando, que diciéndole tractaba con la plata de la comunidad, envió a hacer información secreta contra él, y le castigara, por más hijo de Oidor que fuera, por las penas puestas, sino que fue avisado, y cuando el que había de hacer la información llegó, halló las cajas llenas y enteradas. Poner administradores para las haciendas de los indios no sé si fuera tan acertado, porque más haciendas tenían cuando ellos las gobernaban, puesto un indio de razón por administrador, y también sé que gobernando don Francisco de Toledo, no se atrevían los corregidores a tractar ni contractar tan públicamente como agora. Oí decir a uno y delante de muchos: El Visorrey no me envía para que me esté mano sobre mano, sino para que me aproveche; y así, juro a tal, que en viendo la ganancia al ojo no se me ha de ir de las manos, y en dos años sacó con que vive honradamente.

Capítulo XXVI

De la guerra que hizo al Inga

Prosiguiendo su viaje don Francisco de Toledo, Visorrey destos reinos, desde Guamanca al Cuzco, y llegando a esta ciudad, fue recibido solemnísimamente por el

cabildo della y demás ciudadanos, y en la puerta de la ciudad, jurando de guardar los fueros y derechos della; al tiempo de firmar, el escribano de cabildo le dio una pluma de oro con que firmase. El primero día de fiesta se hicieron muchas con toros y juegos de cañas guarnecidas con plata. Descansando allí unos pocos días del trabajo del camino, que lo es y muy áspero, aunque para Virreyes, obispos, prelados y otros personajes desta ciudad no lo es tanto, llevando desde Guamanga noticia de los daños que los Ingas que se quedaron en los Andes y no quisieron salir cuando el marqués de Cañete el Viejo, de felice memoria, sacó al Inga (como dijimos), determinó por bien o por mal sacarlos, allanarlos y reducirlos al servicio de Su Majestad, porque salían con mano armada y hacían particularmente daño, robando y matando en los términos de Guamanga y el camino Real que hay desde allí al Cuzco; por lo cual nombró sus capitanes a Martín de Arbieta de Mendoza, capitán general, a Martín de Meneses capitán, vecino del Cuzco, y a otros, e publicó la guerra con toda solemnidad acostumbrada; envió algunos criados de su casa, lanzas y arcabuces, que salieron desde Lima acompañándole, como tenían obligación, mal pagados; entraron en las montañas de los Andes; los Ingas habían alzado y jurado a su modo por el rey a un Inga, muchacho de 18 a 20 años, de la casa de los Ingas señores, porque el viejo ni otro no había más cercanos; los cuales, viendo la pujanza de los españoles, ni los esperaron a batalla ni acometieron; antes se fueron huyendo un río grande abajo, en pos de los cuales en balsas los nuestros se echaron; alcanzáronlo y prendieron al pobre muchacho y los principales de sus capitanes, con los cuales se volvieron al Cuzco muy victoriosos, porque ni de la parte de los nuestros ni de los Ingas hubo derramamiento de sangre.

Llegados al Cuzco, mandó el Visorrey que en la fortaleza que llaman del Cuzco, casa de don Carlos Inga, hijo de Paulo Inga, el cual ayudó a los españoles a conquistar el Collao con 40.000 indios que traía consigo, e fue con don Diego de Almagro el viejo a Chile, que no es muy fuerte, le mandó poner preso, creo sin prisiones; empero a sus capitanes todos en ellas y a buen recado con guarda de españoles lanzas y arcabuces, y de indios Cañares. Procedió contra el Inga y sus capitanes, y mandó a religiosos de nuestro convento del Cuzco los industriasen y enseñasen las cosas de la fe, para que si quisiesen ser cristianos los bautizasen, y lo mismo al Inga, los cuales, particularmente el Inga, como era de poca edad, en breve comprendió las oraciones, y persuadiéndole fuese cristiano y pidiese el sacramento del Bautismo, lo hizo e fue bautizado. El Visorrey procedía y hacía sus informaciones contra el Inga e los demás, que cometió al capitán general, y por lengua a un mestizo que consigo traía para este objeto, muy gran lengua y en la nuestra muy ladino, llamado Fulano Jiménez, empero en común llamado Jimenillo; hechas, pareció, conforme a lo que el Jimenillo interpretaba, tener mucha culpa el Inga de los robos e muertes que los suyos hacían, saliendo a hacerlos al distrito de Guamanga y camino Real de allí al Cuzco, y, condenóle el Visorrey a cortar la cabeza; hicieron en la plaza su cadahalso para el día señalado, y aunque fue importunado el Visorrey por el reverendísimo de Popayán, augustino, que se halló en el Cuzco, varón religiosísimo, tenido en su obispado y acá por un hombre perfecto, no quiero decir sancto, amado de todo el reino, que, de rodillas, no es encarecimiento, le suplicó no le justificase, sino lo enviase a Su Majestad, porque era muchacho y había poco tiempo le habían jurado por rey, y no era posible que entendiese ni mandase hacer aquellos robos ni muertes que se habían hecho; y cargando los prelados de las Ordenes, no fueron poderosos para que no ejecutase la sentencia dada; sacáronle, y subiéndole al cadahalso para cortarle la cabeza, y viendo el pobre muchacho que no había remedio, sino que había de morir, dijo: Pues ¿para matarme me persuadieron me bautizase y fuese cristiano? Lo cual en los que se hallaban presentes causó muchas lágrimas y

sentimiento, pero no aprovechó cosa alguna para que se le otorgase la vida. Cortáronle la cabeza y a los capitanes ahorcaron, y en una frontera llamada Villcamba mandó el Visorrey poblar un pueblo, donde puso por capitán general de aquella frontera y provincia al mismo Martín de Arbieta, y el día de hoy está poblada, y la tierra pacífica; empero Martín de Arbieta es ya muerto y el Visorrey también, los cuales de la justificación han dado cuenta, y si fue justa, lo habrá Nuestro Señor pagado, y lo mismo si injusta.

De las informaciones hechas por la interpretación de Jimenillo, resultó alguna culpa contra los Ingas que vivían en el Cuzco, y en particular contra don Carlos, casado con una española, de la cual tenía entonces un hijo niño, llamado don Melchor; decían que los Ingas de los Andes y los demás del Cuzco le habían jurado por rey destes reinos, por lo cual se procedió contra don Carlos. Quitóle el Visorrey la casa y puso en ella guarnición de soldados lanzas y alguna artillería, e indios Cañares, en la cual se guardaban las costumbres que en las fortalezas, y por castellano a don Luis de Toledo, caballero muy principal y deudo suyo.

Privó a don Carlos de los indios que tiene perpetuos; empero apelando por vía de agravio, el Audiencia de Los Reyes se los ha vuelto, y casas y demás haciendas, y por su muerte las posee su hijo, ya hombre, casado con una española; a los demás Ingas desterró para Lima, y no sé si aun para Tierra Firme, los cuales apelando como don Carlos, los más murieron en Los Reyes, como mueren muchos de los serranos, y de los que volvieron de sus casas al Cuzco libres por el Audiencia, venían tales de la tierra caliente, que en llegando acabaron sus días; de suerte que de los Ingas descendientes de Guaina Capac, ninguno, o pocos, ha quedado.

Capítulo XXVII

El Visorrey en su viaje se encontró con el gobernador Castro

Todas estas cosas concluidas y dado asiento en otras, salió el Visorrey don Francisco de Toledo del Cuzco, prosiguiendo su visita para el Collao, en el cual, en el pueblo llamado Pucara, famoso porque allí se desbarató el tirano Francisco Hernández, se encontró o halló al gobernador Castro, que bajaba de la visita de la Audiencia de la ciudad de La Plata, a quien preguntando el Visorrey y diciendo: ¿Qué te ha parecido a vuestra señoría de la tierra que ha visto, e yo tengo de ver? respondió: Paréceme, señor, que Su Majestad debe hacer merced a los hijos e descendientes de los conquistadores, muy crecidas, porque si nosotros, que caminamos en hombros de caballeros (y es así, en lo llano caminaban en literas de acémilas, y en los malos pasos, o cuestras, en literillas de hombros), comiendo a cada paso gallinas, capones, manjar blanco, con todo el regalo posible, y no nos podemos valer del frío por la destemplanza del aire y altura de la tierra, los desventurados que andaban por aquí a pie, descalzos, las armas acuestas, con un poco de maíz tostado y papas cocidas, conquistando el reino a Su Majestad ¿qué no merecen, y por ellos sus hijos? Palabras verdaderas que procedieron de un ánimo cristiano, benignísimo, muy prudente y gran servidor de Su Majestad, pues conocía las mercedes que Su Majestad, para descargo de su conciencia, debía hacer a los descendientes de los conquistadores; pero es la desventura de los conquistadores, pobladores, y de los que de muchos años en estas partes vivimos, o por mejor decir, son nuestros pecados, y de nuestros padres, que no hay quien venga de España, en la cual no se saben tener en una burrica, ni limpiar las narices, ni en su vida echado mano a la

espada (helos visto, en todo género de estado), que no les parezca, los que vivimos en estos reinos de antiguo, que somos poco menos que indios, y merecen ellos más en venir, que los miserables conquistadores, pobladores, ni sus hijos e nietos, ni los que ayudan a sustentar este reino y lo han ayudado a sustentar de cincuenta años a esta parte; pero hase de cumplir como se ha cumplido y se va cumpliendo, que por ser un discurso notable lo quiero escribir.

En el reino de Chile hay una ciudad llamada Valdivia, de la cual tractaremos cuando de aquel reino tractáremos; poblóla don Pedro de Valdivia, el primero gobernador de aquella tierra; fue muy rica de oro y de indios; estaba el don Pedro de Valdivia en la plaza sentado en un poyo arrimado a la pared de la iglesia, en buena conversación, alegre, con otros vecinos conquistadores con él allí asentados; levantóse a deshora y començóse a pasear delante dellos, la cabeza baja y mustio; admirados los vecinos, uno dellos le preguntó: Señor, ¿no estaba vuestra merced agora (no había señoría para los gobernadores) aquí con nosotros en buena conversación y alegre?, ¿qué tristeza es ésa? Respondió: Rueguen vuestras mercedes a Nuestro Señor por mi salud; paréceme tengo de vivir poco (y no vivió seis meses), y la causa de parecer estoy triste es que se me ha representado aquí agora que están en Valladolid (la corte residía allí entonces) los niños en las cunas y otros que se andan paseando o pasearán por ella muy pintados con medias de aguja y zapatos acuchillados, que han de venir a gozar de nuestros trabajos, y nuestros hijos e nietos han de morir de hambre; si así pasa, testigo es todo el reino, éste y el otro, y el otro.

Capítulo XXVIII

El Visorrey don Francisco de Toledo llega a Potosí y de allí a la ciudad de La Plata

Despidiéndose de Pucará el Visorrey del gobernador Castro, el uno para España y el otro para Potosí, el Visorrey llegó a Potosí, donde se le hizo un costoso recibimiento y muy bueno, como en las demás partes, y deteniéndose allí poco tiempo, no creo fueron tres meses o cuatro, por la destemplanza del asiento (entraba ya el verano, que es el tiempo más frío) para dar asiento a las cosas de aquel pueblo, muchas y muy graves, vínose a la ciudad de La Plata, temple más moderado mucho, y donde a todo tiempo y todas horas se puede negociar, y donde reside el Audiencia, y los vecinos de aquella provincia; presidía en el Audiencia el licenciado Quiñones; los Oidores, el licenciado Haro, licenciado Matienzo, licenciado Recalde, doctor Barros; fiscal, licenciado Rabanal, todos en facultades eminentes y buenos jueces; hízosele al Virrey muy bueno y costoso recibimiento; sirviósele la ciudad con un caballo en que entrase, del más galano pellejo que se ha visto; no parecía sino un brocado de tres altos, crin y cola blanca, y muy bueno, en quien entró debajo de su palio. El Audiencia (esto vímoslo todos los religiosos y otras personas eclesiásticas, prebendados y los demás que allí estábamos aguardando para recibir en la iglesia con la Sede vacante al Visorrey); el Audiencia, digo, había mandado llevar sus sillas Con asientos y respaldares de terciopelo carmesí, fluecos grandes de oro y seda; no faltó quien dello dio aviso al Visorrey, y viniendo ya cerca de la ciudad envió un criado o portero que las quitase y pusiese una de las más comunes con guarniciones de cuero, y no muy nuevo. Es el Audiencia avisado desto; envían un portero y quitan las mandadas poner por el Visorrey, e pone las de la Audiencia, las cuales se quedaron. Los que allí estábamos, viendo quitar unas sillas e poner otras, admirábamos; en la rueda estaba el licenciado don fray Pedro Gutiérrez, su capellán, que fue del Consejo de Indias y dijo: como su

excelencia fue criado del Emperador Rey nuestro señor, es muy ceremoniático (propias palabras) y así quiere que todo se guarde muy puntualmente; pero el Audiencia se asentó en sus sillas, y dende adelante sin innovarse otra cosa.

Capítulo XXIX

El Visorrey dio asiento a las tasas y cosas de Potosí

En esta ciudad de La Plata concluyó la tasa de los indios a ella sujetos, y los de la provincia de Chucuito, y dio asiento a muchas cosas acerca del cerro de Potosí y azogue; tasó los jornales que se habían de dar a los indios señalados para el cerro; hizo muchas ordenanzas acerca del buen gobierno de los naturales y españoles, justas, aprobadas después por el Consejo Real de las Indias; empero pocas se guardan y no nos admiramos, porque la ley de Dios es más justa y a cada paso la traspasamos. En estas ordenanzas manda se castiguen con rigor las borracheras, que si los corregidores de los partidos las ejecutasen, no habría tan poca cristiandad en los indios.

En este tiempo se descubrió el beneficio de los desmontes, que es el metal desechado de los señores de las minas, y sacado fuera dellas sin hacer caso dello más que de escoria, y por el tiempo que duró, que fue poco, se sacó mucha cantidad de plata, lo cual viendo, hizo una o dos ordenanzas acerca desto, muy buenas y justificadas: la una, que los declaraba por bienes comunes, pero que ninguno pudiese recoger más metales de aquellos que en quince días pudiese beneficiar, so pena de tanto; ley bonísima para que los que tenían muchos indios, beneficiasen como muchos; los que no tantos, como no tantos; y porque los que tenían muchos indios no se ocupasen en amontonar, y a los pobres no dejasen desmontes, mandó también que los señores de minas no se pudiesen aprovechar de desmontes ni los beneficiasen, aunque estuviesen dentro de sus pertenencias y les hobiese costado su plata sacarlos fuera de sus minas.

Esta entre teólogos no se tuvo por tan justa, pues de los bienes comunes nadie debe ser privado sino por delito; si otro se puede aprovechar de la escoria del herrero, aunque la haya echado al muladar, ¿por qué no el herrero? Ésta hizo diciendo que los señores de minas labrasen sus minas, y los que no las tienen, los desmontes, y así se sacaría más plata.

Estos desmontes fueron de mucha riqueza, porque algunos dellos, y todos generalmente, acudían a cinco pesos por quintal, que es mucho, y hobo algunos de a siete y a más; y porque no volvamos a ellos, cuando el Visorrey salió de los Chiriguanas halló que muchos (aunque les predicábamos no lo podían hacer sin injusticia) habían recogido a 20.000 y a 30.000 y dende arriba quintales de metal, traspasando su ordenanza: penólos a tres tomines por quintal, de donde sacó más de 40.000 pesos, con que enteró la caja Real de lo que había gastado della, y satisfizo a algunos que fueron con él, que gastaron mucho en la jornada, sin hacerse cosa de provecho, por nuestros pecados. Asimismo en esta ciudad, como en las demás, había algunos amancebados con indias; quísolos castigar públicamente, y cierto día a deshora vemos entrar en el gato al presidente Quiñones, licenciado Matienzo y licenciado Recalde, y ellos propios sacar las indias de los tales españoles, y entregándolas a los alguaciles las llevaron a la cárcel; a unos pareció poca autoridad de Presidente y Oidores; a otros no pareció tan mal; otros Oidores reían grandemente dello.

Así las desterró y condenó a plata a los españoles, y algunos revueltos con mujeres casadas, no de calidad alguna, los desterró del pueblo. También en esta ciudad concluyó las cuentas que había comenzado a tomar en el asiento de Potosí a los oficiales reales, a dos particularmente, el tesorero Robles y al factor Juan de Anguciana, que eran propietarios; el contador había poco era proveído por el mismo Visorrey por muerte del contador Ibarra, contra quien no hobo las cosas que contra los dos, a los cuales privó de los oficios, quitóles las minas e ingenios que tenían en Potosí: túvolos presos y aun a canto el uno dellos que se te volara el juicio; e los desterró a España, o envió, o ellos apelando de la sentencia fueron, donde les mandaron volver sus oficios y hacienda, y condenados en costas, a lo menos la factor Juan de Anguciana (vi la ejecutoria) como no pasasen de 400 ducados de Castilla. Pero el pobre caballero viniendo murió en Panamá; el tesorero Robles llegó a Potosí; volviéronle sus haciendas y le vimos servir en su oficio.

Capítulo XXX

Salieron los Chiriguanas a besar las manos a don Francisco de Toledo

En esta misma ciudad salieron ocho indios chiriguanas, no llegaron a diez, a besar las manos al Visorrey don Francisco de Toledo; alegróse dello, recibióles muy, bien y agasajóles, y fingídamente (como es su costumbre) le dijeron no querían ya mas guerra ni enemistad con los cristianos, ni les hacer mal en las chácaras, como dos años antes lo habían hecho, sino toda paz y concordia, a lo cual salían para que si su Excelencia la quería admitir, volverían a sus tierras y traerían curacas y indios principales con quien se asentase. El Visorrey admitió su demanda y envió con algunos dellos, quedando otros como en rehenes de que no harían mal, a un soldado, por nombre Mosquera, mestizo del Río de La Plata, hombre de bien, y en la lengua chiriguana, y en la nuestra, bien experto; entre los Chiriguanas que quedaron fue un muchacho de 18 a 20 años, que se comenzó a hacer medio chocarrero, a quien, aunque no le bautizaron, llamaron en Palacio don Francisquillo; vistiéronle como a español, y entraba e salía en palacio, y comenzaba a gorjear en nuestra lengua, agudo y vivo como un fuego; fue Mosquera y volvió, y con él más de treinta naturales, Chiriguanas como veinte, y los demás de servicio indios Chaneses, y entrellos dos Chiriguanas más principales, el uno llamado Marucare y el otro por excelencia Inga Condorillo, y otro indio de nación Chicha, que confinan con estos Chiriguanas, de los cuales habemos tractado y habemos de tornar a tractar cuando prosiguiéremos el camino de Talina a Tucumán; este indio se llamaba Baltasarillo, bautizado, a quien desde niño le crió en este reino el capitán Baltasar Velázquez, hombre principal y rico, teniendo a su cargo las haciendas de Hernando Pizarro, de cuyo repartimiento era este indio, porque los Chichas eran de Hernando Pizarro, digo de su encomienda; bien dispuesto y en la lengua general y en la nuestra bien ladino. No le pareciendo bien vivir como cristiano, ni en su natural, se pasó a los Chiriguanas y había ya tomado sus costumbres, y los capitaneaba contra nosotros y contra su propia nación y sangre. A estos Chiriguanas se les señaló casa por sí, y proveyóseles de mucha comida y bebida, entre los cuales no Chiriguanas salieron dos de servicio, varón e mujer, que si fueran bien proporcionados eran de género de gigantes; eran de nación Chaneses. El Visorrey fue deteniendo a estos indios más de lo que ellos quisieran, y los parientes que allá en sus tierras los esperaban, aunque es así que a cabo de muchos meses casi a la mitad dellos dio licencia para que se volviesen, y entrellos a Marucare, detuvo al Inga Condorillo y al Baltasarillo. Como los de acá se tardaban, los Chiriguanas que allá en sus tierras vivían, deseando saber si los suyos eran

mueritos o vivos, hacen y componen una ficción, y con ella envían cuatro indios mozos, bien dispuestos, a la ciudad de La Plata, para que con ella engañando al Visorrey los dejase volver a todos, y la ficción fue: los cuatro indios Chiriguanas que vinieron, cada uno traía una cruz hecha de madera, colorada, de una pieza, tan grande y gruesa como un bordón, y lisas que no parecían sino bruñidas; realmente bien hechas. Con éstas partieron de sus tierras, y entrando en los términos de la cibdad de La Plata, por los valles que habemos dicho ser poblados de chácaras de españoles, aunque pasaban por las chácaras pedían comida y eran conocidos ser Chiriguanas, ninguno les hacía mal, antes les daban matalotaje, principalmente viéndolos con cruces en las manos, y preguntando por el Apo, que es decir el Virrey, y encaminaban de valle en valle, hasta que entraron en la cibdad, en la cual cuando los indios de la plaza los vieron se alborotaron como quien vía a enemigos capitales y comunes, y de algunos nuestros españoles se alborotaban, no para tomar armas, sino por verlos con cruces, y preguntando por el Visorrey, con estas palabra: Apo, Apo, no decían más, y ésta no es de su lengua, de la deste reino la han tomado, con la cual bien se entendía, buscaban o preguntaban por el Visorrey. Digo, pues, que los nuestros españoles se admiraban verlos con cruces en las manos, como cosa nueva. Preguntando, pues, por el Apo, encamináronlos a la casa del Virrey, donde llegados, aunque el Virrey estaba enfermo mandó se les diese entrada; en la cuadra donde yacía enfermo tenía un adoratorio bueno como el de Visorrey, en un encaje de una pared, guarnecidas las paredes con paños de seda; en entrando y viendo el adoratorio, ningún caso hicieron del Visorrey, sino del adoratorio, hincándose de rodillas; no rezaron mucho; no son muy amigos de saber las oraciones; levantándose a su modo hicieron su reverencia al Visorrey; esto le admiró mucho y a sus criados y a otros que a la sazón con el Visorrey estaban, y entre ellos al padre fray García de Toledo, deudo muy cercano del Visorrey, y religioso nuestro, de quien dijimos haber sido provincial, pero fuelo después desto. La cibdad aguardaba saber esta novedad, y en la sala y patio había mucha gente de toda suerte.

Capítulo XXXI

Refiérese la ficción chiriguana

Vistos por el Visorrey los Chiriguanas, mandó llamar un lengua, y fue uno de dos, o Mosquera, de quien dijimos haber sacado los treinta Chiriguanas, o aquel mestizo Capillas, que habemos referido vive agora con los Chiriguanas, que junto a las casas de la morada del Visorrey vivía, y creo fue éste, por estar más cerca; venido, sea o el uno o el otro, proponen su embajada y dicen que los curacas de los Chiriguanas y demás indios los envía al Apo para hacerle saber cómo ellos no quieren guerra con cristianos, ni quieren ya comer carne humana, ni tener acceso a sus hermanas, ni casarse con ellas, ni los demás vicios que dejamos referidos, de que son contaminados, sino servir a Dios y al rey de Castilla, y ser bautizados y cristianos, porque Dios les había enviado un ángel, a quien después llamaron Santiago, que de parte de Dios les dijo se apartasen destos vicios y enviasen al Apo del Perú a pedirle hombres de la casa de Dios, que son sacerdotes, para bautizarlos e industrialos en cosa de la fe; y en señal desto ser verdadero traían aquellas cruces, y pues no dijeron se las había dado aquel ángel fueron inadvertidos, porque también fueran creídos. Visto e oído Por el Visorrey y de los de su casa allí presentes, y al padre fray García, lloraban de gozo dando gracias a Nuestro Señor por tantas mercedes como a estos bárbaros había hecho. Luego el Visorrey mandó tomar por relación lo dicho por éstos come hombres, lo cual hizo el secretario Álvaro Ruiz Navamuel, y mandó se diese aviso a la Sede vacante, para que salgan a la puerta

del Perdón, de la iglesia mayor, cercana a la puerta de palacio, con cruz alta, un prebendado con capa reciba las cruces y las ponga en el altar mayor al un lado y otro del altar, porque estos Chiriguanas vean la reverencia que los cristianos hacemos a la cruz, lo cual así se hizo, y el arcediano, que a la sazón era el doctor Palacio Alvarado, se vistió, recibió las cruces y las puso en el altar mayor, y allí estuvieron muchos días a vista de todo el pueblo.

Capítulo XXXII

El Visorrey don Francisco de Toledo convoca Audiencia, Sede vacante y prelados de las Ordenes, y pide parecer

Hecho esto, otro día, el Visorrey, para las dos después de medio día, convocó el Audiencia, Sede vacante, prelados de las Ordenes, cabildo de la ciudad y letrados del Audiencia, y los más principales del pueblo, para leerles la relación que se había tomado de los Chiriguanas que trujeron las cruces; en nuestra casa a la sazón, porque el superior estaba ausente, el vicario del convento mandóme fuese a ver lo que el Visorrey quería; no sabíamos qué. Llegada la hora y entrando en la cuadra donde el Visorrey yacía en su cama, a la cabecera se asentó el Presidente Quiñones, y luego los Oidores por su antigüedad: de la media cama para abajo corrían las sillas para los prelados de las Ordenes; yo tomé el lugar de mi orden; luego el guardián de San Francisco, prior de San Agustín, y comendador de Nuestra Señora de las Mercedes. Leyóse la relación, de tres pliegos de papel; los que viven a placebo, admirándose, muchos visajes con el rostro y cuerpo; otros, los menos, reñanse que se diese crédito a indios Chiriguanas; finalmente, el Virrey habló en general, refiriendo algunas cosas de las en la relación puestas, y luego volvió a hablar con las Ordenes, pidiendo parecer sobre lo que los indios pedían, haciendo grande hincapié en la veneración y, reverencia que hicieron al adoratorio, y la que tenían o mostraban tener a la cruz, y repitiendo cómo, visto el adoratorio, se humillaron sin hacer caso del mismo Visorrey ni de los demás que allí estaban, y pidió parecer si sería bien enviar a la tierra Chiriguana algunos sacerdotes, creyendo ser milagro la fictión destes come gente; porque pedir parecer si era fictión, no le pasó por el pensamiento; siempre el Visorrey, y los de su casa, creyeron ser verdad. Es así cierto, que como se iba leyendo la relación, y viendo el crédito que se daba a estos más que brutos hombres, come gente, me carcomía dentro de mí mismo, y quisiera tener autoridad para con alguna cólera decir lo que sentía, sabía y había oído decir de las costumbres destes Chiriguanas y sus tractos. Empero, guardando el decoro que es justo, luego que el Visorrey pidió parecer a las Ordenes, yo, aunque no era prelado, sino representaba el lugar de nuestra religión, levantándome y haciendo el acatamiento debido, sin saber hasta aquel punto para qué éramos llamados, y tornándome a sentar, dije: No se admire Vuestra Excelencia que estos indios Chiriguanas hagan tanta reverencia a la cruz, porque yo me acuerdo haber leído los años pasados dos cartas que el reverendísimo desta ciudad, fray Domingo de Santo Tomás, que está en el cielo, de nuestra sagrada religión, llevó consigo a Los Reyes, yendo al Sínodo episcopal, de un religioso Carmelita, scriptas al señor obispo, el cual entre estos indios andaba rescatando indios Chaneses. En diciendo estas palabras, no habiendo concluido una sentencia, sin dejarme pasar más adelante, el Presidente de la Audiencia, el licenciado Quiñones, dice: No hobo tal Carmelita. Empero, estando yo cierto de la verdad que quería tractar, respondí: Sí hobo. El Presidente, por tres veces y más contradiciendo, e yo por otras tantas, no con más palabras de las dichas, afirmando mi verdad; en fin, el licenciado Recalde, Oidor de la Audiencia, volvió por ella, y dijo: Señor Presidente,

razón tiene el padre fray Reginaldo: un religioso carmelita anduvo cierto tiempo entre ellos. Callando el Presidente, y esta verdad declarada, prosigo mi razonamiento y dije: Estas dos cartas, el Reverendísimo, cierto día, después de comer y de una conclusión que cuotidianamente se tiene de Teología en el general della, las sacó al padre prior, que a la sazón era el padre fray Alonso de la Cerda, después obispo de esta ciudad, y dijo: Mande vuestra paternidad se lean estas cartas, que dará gusto oírlas a los padres. El padre prior me mandó las leyese, y en ellas el padre Carmelita, después de dado al Reverendísimo alguna cuenta del sitio de la tierra, le decía haber no sé cuantos años, de tres o cuatro, que entraba y salía en aquella tierra, tractaba con estos Chiriguanas y les predicaba, y no le hacían mal alguno, antes le oían de buena gana, a los que mostraban, y tenia hechas iglesias en pueblos, a las cuales llamaba Santa María, en cuyas paredes hacía pintar muchas cruces, mas que no se atrevía a bautizar a ninguno, ni decir misa, ni para esto llevaba recado; dejábalo en la tierra de paz. A los niños junctaba cada día a la doctrina, y se la enseñaba en vuestra lengua, y la letanía. Delante las iglesias había hecho su placeta, en medio de la cual tenía puesta una cruz de madera, muy alta, al pie de la cual en cada pueblo enseñaba la doctrina, y otras veces en la iglesia. Persuadía a todos los indios, grandes menores, que pasando delante de la cruz hiciesen la reverencia; y más decía, que faltando un año las aguas, y las comidas secándose (no es tierra muy lluviosa), vinieron a él los Chiriguanas del pueblo, donde residía, y le dijeron: Las comidas se nos secan; ruega a tu Dios nos dé aguas; si no, te mataremos. El cual oyendo el amenaza, dice que se recogió en su corazón lo mejor que pudo, encomendose a Dios, junctó los niños de la doctrina, púsose con ellos de rodillas en la plaza delante de la cruz, comenzando la letanía con la mayor devoción que pudo. Al medio de la letanía revuélvese el cielo y, llovió de suerte que no pudiendo acabarla donde la había comenzado, se entró con los niños en la iglesia para acabarla, y dende entonces les proveyó Nuestro Señor de aguas; el año fue abundante de sus comidas; hecho esto y pasada aquel agua, luego hizo su razonamiento a todos los indios que a la letanía se hallaron presentes, persuadiéndoles diesen gracias a Nuestro Señor, se enmendasen y reverenciasen mucho a la cruz; decía más, que entre otras cosas que les procuraba persuadir, algunas veces salía con su intento, era no comiesen carne humana, por lo cual, viendo que ya tenían a pique de matar al chanés para se lo comer, se lo quitaba, y aun casi por fuerza, y, no se enojaban contra él; otras veces no podía tanto; reprehendíales gravemente el ser deshonestos con sus hermanas, y refería que un Chiriguana, enamorado de su propia hermana, y, ella no arrostrando a esta maldad, hallándola un día aparte donde le pareció poner podía su maldad en ejecución, ella se le escapó de las manos y corriéndose le entró en la iglesia, donde el perro Chiriguana y bestial no se atrevió a entrar, y visto por la hermana le dijo: Bellaco, yo diré al padre te castigue; ¿no se te acuerda que nos dice que manda Dios no hagamos esta maldad? La muchacha diciéndoselo reprendió al hermano ásperamente. Reprehendíales gravemente el vicio bestial de comer carne humana, a lo cual algunas veces le respondían que si la comían era asada o cocida, pero que no treinta leguas de allí había otros indios muy, dispuestos, llamados Tobas, que la comían cruda; éstos eran malos hombres, y no ellos, porque cuando van en el alcance, al indio que cogen, echándose al hombro y corriendo tras los enemigos, se lo van comiendo vivo a bocados; y que si quería, le llevarían a la tierra destes gigantes, a los cuales por verlos hizo le llevasen allá, y decía que los habían visto desde un cerro, mas que no se atrevieron a bajar al llano, y a su parecer serían de estatura de tres varas y media, o cuatro de alto, fornizados, y visto, dio priesa a los Chiriguanas se volviesen antes de ser sentidos, y este valle dista, a su parecer, no cien leguas de la ciudad de La Plata. Todo esto, dije, yo leí en el lugar referido; por lo cual, no es milagro reverencien tanto a la cruz, enseñados

por aquel padre Carmelita. En lo tocante al milagro que dicen Dios les ha enviado un ángel que les predica y ha mandado vengan a Vuestra Excelencia a pedir sacerdotes, y lo demás, téngolo por ficción, y aun por imposible, porque ésta es una gente que no guarda un punto de ley, natural, tanta es la ceguera de su entendimiento; y a éstos enviarle Dios ángel no es creíble, porque es doctrina de varones doctos, que si hobiese algún hombre que en la edad presente, gentil, que guardase la ley natural, volviéndose a Nuestro Señor con favor suyo, Su Majestad le proveería de quien le diese noticia de Cristo, porque dice San Pedro que en otro no hay ni se halla salud para el ánima, como envió a San Pedro a Cornelio, y a Filipo diácono al eunuco, y a los Reyes Magos trujo con una estrella; aunque no niego que Nuestro Señor, usando de su infinita misericordia, no puede hacer con éstos lo que dicen, pues los hombres igualmente le costamos su vida y sangre; mas lo que agora éstos dicen téngolo por falsedad y ficción. En lo que toca a irles a predicar, si la obediencia no me lo manda (no me atreveré a ofrecerme a ello) iré trompicando. Lo que éstos pretenden es: saben que Vuestra Excelencia hizo guerra al Inga, le sacó de las montañas donde estaba, trújolo al Cuzco e hizo dél justicia, y temen Vuestra Excelencia ha de hacer otro tanto con éstos, por los daños que en los vasallos de Su Majestad y en los pobres inocentes han hecho y hacen, y quieren entretener a Vuestra Excelencia hasta que tengan todas sus comidas recogidas y puestas en cobro, y los Chiriguanas que están agora en esta ciudad, a la primera noche tempestuosa se han de huir y dejarán a Vuestra Excelencia engañado. Dicho esto y otras cosas, hecho mi acatamiento, concluí mi razonamiento. El padre guardián de San Francisco, llamado fray Diego de Illanes, pidiéndole su parecer, dijo: No parece, Excelentísimo señor, si no queremos negar los principios de Filosofía, sino que Nuestro Señor ha guardado la conversión destes Chiriguanas para los felicísimos tiempos en que Vuestra Excelencia gobierna estos reinos; y poco más dicho, cesó. El padre prior de San Agustín, fray Hierónimo, no era hombre de letras, buen religioso, remitióse al parecer de los que mejor sintiesen; lo mismo hizo el padre Comendador de las Mercedes. El padre fray Juan de Vivero, que acompañaba al padre prior de San Agustín, dijo que iría de muy buena gana a predicarles, como en público y en secreto lo había dicho muchas veces.

El Visorrey, oído esto, pidió parecer al padre fray García de Toledo, de quien habemos dicho ser hombre de muy bueno y claro entendimiento, que un poco apartado de nosotros tenía su silla, diciéndole: y a vuestra merced, señor padre fray García, ¿qué le parece? No respondió palabra al Visorrey, sino vuelto contra mí, dice: con el de mi Orden lo quiero haber; yo púseme un poco sobre los estribos, viendo ser una hormiguilla, y mi contendedor un gigante, y dijo: ¿cómo dice vuestra reverencia lo afirmado? ¿no sabe que Dios envió un ángel a Cornelio? Respondí: Sí sé, y sé también que antes que se lo enviase, ya Cornelio (dice la Sagrada Escritura) era varón religioso temeroso de Dios, cuando llegó San Pedro hacía oración al mismo Dios. Luego nos barajaron la plática, e yo quedé por gran necio y hombre que había dicho mil disparates, sin haber quien por la verdad ni por mí se atreviese a hablar una sola palabra. Es gran peso para inclinarse los hombres, aun contra lo que sienten, ver inclinados a los príncipes a lo que pretenden, por ser necesario pecho del cielo para declararles la verdad. No digo lo tuve ni lo tengo, mas diome Nuestro Señor entonces libertad cristiana.

Capítulo XXXIII

Hace el Virrey información del milagro

Persuadido el Visorrey don Francisco de Toledo que los indios Chiriguanas le tractaban verdad, para más en ella confirmarse y confirmar a otros determinó hacer una información de todo lo dicho por los indios que trujeron las cruces, y los testigos que tomaban y examinaban eran los mismos que dijeron la ficción, y algunos de los que estaban acá; hízose la información con esta solemnidad; hallóse presente a ella el mismo Visorrey, el Presidente de la Audiencia, Quiñones; el deán de La Plata, el doctor Urquiza; el licenciado Villalobos, vicario general por la Sede vacante, un hombre gran cristiano; tres secretarios: el de gobernación, Navamuel; el del Audiencia, Pedro Juarez de Valer; el de la Sede vacante, Juan de Losa; tres lenguas: un religioso nuestro nacido y lego en el Río de la Plata, llamado fray Agustín de la Trinidad; Mosquera, de quien habemos tractado, y el mestizo Capillas. La hora señalada era de las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche; yo me hallé a toda ella, porque iba por compañero del religioso lego, y así lo pedí para ver en qué paraba esta ficción. Los indios que vinieron con las cruces fueron los primeros examinados, y declararon como habían referido en su embajada. Luego llamaron a otros de los que estaban acá que decían saber lo propio, y nunca tal dijeron hasta venidos los de las cruces; declararon también el don Francisquillo, y sucedió lo que diré: declaraban dos juntamente, y disparaban de lo que los otros habían declarado; a este tiempo el don Francisquillo, haciendo fuerza al portero del Virrey, como lo tenían Por medio truhán, y el Visorrey gustaba de verle tartamudear en nuestra lengua, entró dentro de la sala donde el Visorrey y los demás estábamos, y arrimóse a la pared frontera de donde era el examen; el cual, oyendo como disparaban de lo qué y los demás examinados habían declarado, díjoles: Hermanos, ¿no os dije ayer todo lo que habíades de decir? ¿como decís al contrario? y todos tres lenguas fueron tan cortos, que no advirtieron al Visorrey de lo que aquel don Francisquillo les dijo, para que se entendiera la ficción déstos. Dijéronlo ya que nos veníamos a nuestras casas acompañando al deán, porque era todo camino entonces, y, aun más de una cuadra; lo dijeron porque veníamos tractando que era ficción y mentira, Y ellos Para confirmarlo dicen lo que el Francisquillo dijo a los que disparaban de los demás encaminados, y fue promisión de Dios, porque aunque los dijeran, no fueran creídos. Con mi poco talento yo me deshacía viendo lo que pasaba, y que el Visorrey nos detuviese allí tanto tiempo, y otra noche siguiente díjele: Suplico a Vuestra Excelencia sea servicio oírme; respondióme: Decid; Señor, dije, si es verdad lo que éstos dicen que aquel ángel les predica, y afirman que unas veces le ven, otras no, y cuando le ven entra en la iglesia muy resplandeciente y hermoso, no hay duda sino que, para confirmación de que es ángel o Sandiago, como ellos dicen, enviado de Dios, que para que le crean habrá hecho algún milagro. Porque esta es orden de Dios, como consta de Moisés, con los hijos de Isrrael, que para que le creyesen hizo milagros delante dellos, y lo mismo hicieron los apóstoles y otros sanctos para confirmación de la fe y, predicación evangélica; mande Vuestra Excelencia se les pregunte si ha hecho algún milagro. El Visorrey dijo: Bien decís; preguntenselo. Pregúntanles las lenguas si aquel ángel o Sandiago ha hecho algún milagro; responden haber hecho tres; el primero fue que le llevaron una yegua picada de una víbora, que era de un curaca, para que la sanase, y la sano; este buen milagro es, porque convenía no se perdiese la casta de los caballos en los Chiriguanas. El otro, que a un muchacho picado de otra víbora, llevándoselo, lo sanó. El tercero fue, que no queriendo unos Chiriguanas salir de las casas donde estaban, a oírle su predicación, les dijo: ¿así, no queréis oír la palabra de Dios? pues yo haré venga del cielo fuego y, os abraze, y descendió fuego del cielo y los abrasó; y aun añadieron otro, que son cuatro: que en un pueblo llamado Cuevo, no le queriendo oír, les dijo: Pues yo me iré, y os dejaré; e se fue, y la cruz que estaba en la plaza de la iglesia se levantó y se fue en pos de Sandiago y se plantó en la plaza del otro

pueblo. Examinando a otros dos indios, y preguntándoles destes milagros, en los dos primeros confirmáronse: en lo del fuego de la casa, dijeron haberse quedando acaso, pero que dentro della nadie pareció; y lo de la cruz de Cuevo no hobo tal, sino que allí está, y en el otro pueblo los indios dél pusieron una cruz delante de la iglesia; y con todo esto se pasó adelante con la ficción, y se creyó, y en la información se escribieron ochenta hojas, o pocas menos; empero, cuando se huyeron los Chiriguanas (como en el capítulo siguiente diremos), ya entonces se creía la ficción ser mentira, e yo me atreví a hablar cerca desta materia y que había salido verdad lo por mí dicho, que no querían sino engañar al Visorrey, y a la primera noche que sucediese tempestuosa, huirse a sus tierras, como lo hicieron.

Capítulo XXXIV

Los Chiriguanas se huyen

El Visorrey don Francisco de Toledo, hecha la información, fue deteniendo a los indios Chiriguanas, sin dejarles volver a sus tierras, lo cual ellos sintiendo determinaron de huirse; esto fue descubierto, y el Visorrey mandó que de una casa que les había dado, un poco apartada del pueblo, en la parroquia de San Sebastián, se mudasen a otra dentro del pueblo, donde se tuviese un poco de más recaudo con ellos, y si se huyesen luego fuese sabido; subcedió, pues, así, que venida una noche muy tempestuosa, como las suele hacer en aquella cibdad y en toda la provincia, se huyeron todos los que habían quedado, y entre ellos Baltasarillo y el Chiriguana llamado Inga Condorillo. Sabido en casa del visorrey por sus criados, antes que amaneciese dispiertan al Visorrey, a quien ni en aquella hora ni en otra, como durmiese, se atrevían a despertar, y dícenle: ¡Oh! señor, los Chiriguanas se han huido; entonces dícele: No me quede ninguno de vosotros en casa que no los vaya siguiendo y me los traya; sale la voz por el pueblo, de donde algunos de los criados del Visorrey y otros de la ciudad, con sus vestidos negros, sin esperar a más, toman sus caballos, y aun los ajenos, que hallaban a las puertas de sus amos, y sin más detenerse, unos por una parte y camino, otros por otra e por otro camino, se parten en busca de los Chiriguanas, sin saber el camino que llevaban; dióse aviso luego a los chacaros de los valles por donde necesario habían de pasar, y a los que a las riberas de los ríos tenían sus haciendas, que velasen e procurasen haberlos a las manos. Prendieron al Baltasarillo y a otros tres, que trujeron al Visorrey. El Inga Condorillo con los demás aportó al valle de Oroneota, donde hay un poblezuelo pequeño de los indios llamados Churumatas; en el paso estaban un mulato con dos indios, a donde llegando el Inga Condorillo con sus compañeros, con un cuchillo carnicero hirió al mulato, que luego huyó, y luego acometen a los indios, hiérenlos a ambos, al uno de muerte, de que dentro de breves días murió; al otro más livianamente, con lo cual se escaparon hasta hoy, de suerte que lo que yo dije salió verdad; pero primero que saliese andaba como corrido, sin atreverme a hablar, ni haber quien se atreviese de los pocos que conmigo concordaban y sentían, aunque después que los recogieron a la cibdad, algunos libremente decían su parecer.

Capítulo XXXV

El Visorrey don Francisco de Toledo determina ir a los Chiriguanas en persona

Sintió gravemente el Visorrey la huida de los Chiriguanas, como a quien unos indios bárbaros así burlaron, por lo cual, y porque convenía hacerles guerra, subjectarlos, o

echarlos a lo menos de aquellas montañas y carnicerías donde vivían, dende a pocos días determinó él en persona ir a castigarlos, y de allí entrar en Santa Cruz de la Sierra y sacar a don Diego de Mendoza y justificarle, como lo hizo después, y de un tiro matar dos pájaros; sacó tiendas, las cuales armaron delante de su casa, en la cuadra de la iglesia mayor; nombro por capitán general a don Gabriel Paniagua, vecino de la ciudad de la Plata, hombre muy rico, comendador de Calatrava; por maestre de campo, a don Luis de Toledo, su tío. Antes de se determinar tuvo muchos acuerdos y consejos, en los cuales por el Audiencia siempre fue contradicho su parecer de ir en persona, y se lo requirieron, porque para aquella guerra era suficiente un capitán general con ciento y cincuenta soldados y tres capitanes, a quien mandase ir al puesto del río de los Sauces, dond'el capitán Andrés Manso tuvo poblado, y de allí hiciese la guerra como convenía hacerse a estos come hombres, lo cual mejor que otro lo haría Pedro de Segura, de nación vizcaíno, cursado, en guerra contra los Chiriguanas, a quien va tenía perdido el miedo; envióle a llamar, que vivía pobremente con su mujer y hijos en un valle llamado Sopachui, más de veinte leguas de la ciudad de La Plata, el cual venido y ofreciéndose a servir a Su Majestad y al Visorrey en lo que le mandase, conforme a su obligación de hijodalgo; empero pidiéndole algún socorro para dejar a su mujer y hijos, no se le dio, y le despidió diciéndole se volviese a su casa.

Determinóse, pues, el Visorrey, contra el parecer del Audiencia y de los demás vecinos y hombres que tenían experiencia cómo se había de hacer aquella guerra, de ir en persona, y así aderezó y mandó aderezar las cosas necesarias.

Capítulo XXXVI

El Visorrey don Francisco de Toledo pide parecer si dará por esclavos a los Chiriguanas

Determinado el Visorrey de entrar en persona contra estos come hombres, enemigos comunes del género humano, llamó a consulta al Audiencia, Sede vacante, Cabildo de la ciudad de La Plata y a las Ordenes, y en particular a estas, y letrados, si podía lícitamente dar por esclavos a los Chiriguanas que se prendiesen en aquella guerra; juntos a la hora señalada, y pidiendo parecer, y dando las causas que le movían a poderlo hacer, hablando primero el doctor Urquizu, deán, le dijo que en la guerra justa, como era la presente, era lícito al rendido captivarle, por ser ya Derecho y común consentimiento de las gentes, porque si a un enemigo, en la tal guerra, teniéndole rendido, le puedo quitar la vida, gran beneficio le hago, dándosela, hacerle mi esclavo; empero porque él había visto una cédula del Emperador y rey nuestro señor Carlos V, en que mandaba que a ningunos indios, por delictos gravísimos que tuviesen, ni porque se hobiesen rebelado contra su corona Real, ni por comer carne humana, ni por otros ningunos de sus Virreyes, gobernadores, ni capitanes generales, les pudiesen dar por esclavos, ni a los ya reducidos a su servicio, ni a los que de nuevo se reduciesen, y así ponía en su libertad a todos los indios que como esclavos servían, vendidos y comprados; por lo cual, conforme a esta cédula, usada e guardada, no era lícito darlos por esclavos, por ser ley de nuestro Rey y príncipe, en la cual para con estos indios moderaba la ley y Derecho de las gentes de que arriba hicimos mención que en la guerra justa al rendido justamente se hace esclavo; a esto respondió el Virrey, aquella cédula haberla Su Majestad despachado y establecido aquella ley para los vecinos de México, donde el Visorrey don Antonio de Mendoza tuvo muchos esclavos indios con sus ingenios, y que no se entendió en estos reinos. Oído esto por el doctor Urquizu, dijo: Si

Vuestra Excelencia esa ley puede así interpretar, con justo título los puede dar Vuestra Excelencia por esclavos. Con este parecer fueron todos los demás preladados de las Ordenes, y casi concluida la consulta, y en este parecer resuelta, viéndome el Visorrey, mandóme decir lo que sentía, y es cierto que no siendo yo sino un muy simple y sencillo religioso de mi Orden, era compañero de mi prior, me había asentado muy abajo, y aun casi me escondía, porque ni me viesen ni me preguntasen, pareciéndome ya en este particular de los Chiriguanas me tenían por sospechoso. Pero no me pude esconder qu'el Visorrey no me mandase decir ni parecer, al cual dije (no parezca a nadie alabo mis agujas; tracto verdad *coram Deo et Christo Jesu*): Señor, si la ley del Emperador y rey nuestro señor, de gloriosa memoria, no se entiende en estos reinos, lo que a Vuestra Excelencia se ha respondido se puede justísimamente hacer; pero aunque sea así, Vuestra Excelencia debe mandar se modere este rigor desta suerte, pareciendo conviene que los niños y mujeres inocentes, excepto las viejas, porque éstas son malditas, por cuyo consejo estos Chiriguanas van a la guerra, no se den totalmente por esclavos, sino que el que los captivase se sirva dellos toda su vida como de tales, no los pudiendo vender ni enajenar, y que si algún otro se los hurtare o sosacare, sea castigado como si cosa propia se le hobiera hurtado; los demás inocentes queden libres como vasallos de Su Majestad, para que Vuestra Excelencia los encomiende a quien fuese servido. Muévome a esto, porque todos estos reinos se han de reducir a la corona de Castilla, y en contorno de los Chiriguanas hay indios, y lejos dellos, que no están reducidos. Pues si estos tales oyeren decir que los cristianos han hecho esclavos, compran y venden y han destruido a estos como hombres, no sabiendo la razón e justicia de parte de Vuestra Excelencia para mandarlo, ternos han más aborrecimiento del que nos tienen, y el nombre de cristiano se hace más odioso. El Visorrey dijo era piadoso parecer; empero, no lo queriendo admitir, mandó al general don Gabriel saliese a la plaza y con la solemnidad acostumbrada publicase a fuego y a sangre la guerra contra estos Chiriguanas, declarándolos y dando por esclavos a todos cuantos en ella se rindiesen y prendiesen; lo cual hizo luego, y en la plaza públicamente se publicó y pregonó como el Visorrey lo mandaba.

Capítulo XXXVII

El Visorrey manda al general don Gabriel entre contra los Chiriguanas en el camino de Santa Cruz

Publicada la guerra a fuego y sangre, y dados por esclavos los Chiriguanas, mandó el Visorrey al general don Gabriel que con 120 soldados, sin la gente de su casa, entre contra estos enemigos comunes por el camino que va a Santa Cruz de la Sierra, y procure allanar al cacique Vitapue, que está en medio del camino, o a lo menos impedirle que no pueda ir a socorrer a los demás contra quien el Visorrey entraba. Apercibióse el General de lo necesario, y con los soldados dichos, muy buenos y bien aderezados, tomó su camino. Lo que le subcedió diremos cuando hobiéramos concluido con lo que *aconteció* al Visorrey.

Capítulo XXXVIII

El Visorrey nombra capitanes y entra en la tierra Chiriguana

Nombró también otros capitanes: por la ciudad de La Plata, a don Fernando de Zárate, vecino delta; por la villa de Potosí, a Juan Ortiz de Zárate, su criado. Mandó que

todos los vecinos del Pueblo Nuevo viniesen a servir a Su Majestad en esta jornada, o enviassen personas en su lugar con sus armas y caballos; los más vinieron; los otros enviaron soldados a su costa: otros muchos hijosdalgo, conforme a su obligación, se ofrecieron a servir y fueron sirviendo sin interés ni socorro alguno. Partió, pues, el Visorrey llevando en su compañía los lanzas y arcabuces para la guarda de su persona, y para hacer lo que se les mandase. Por justicia mayor del campo, al licenciado Ricalde, con buena casa de soldados vizcaínos y mucho gasto. Salieron con él de la ciudad de La Plata poco más de 400 soldados, todos deseosos de concluir con esta maldita canalla y de vengar la injuria hecha al Visorrey, engañándole como le engañaron; fueron también con él otros soldados que tenían sus haciendas en los valles fronteras desta gente, y que aquella tierra la habían visto muchas veces.

La primera jornada fue legua y media de la ciudad, a un valle llamado Sotala, a donde se acabaron de juntar las cosas necesarias de mantenimientos, y carneros para llevarlos; vinieron también allí indios de servicio y de los Chichas, que es gente buena y belicosa, con sus arcos y flechas. En este valle quisieron algunos criados del Virrey saber qué tan fuerte era el arco Chiriguana, y tomando una cota la pusieron en un costal de paja y a los indios Chiriguanas que llevaban para guías hiciéronlos tirasen a la cota, y a los Chichas; los Chichas desembrazaron primero, pero sus flechas resurgieron. Los Chiriguanas desembrazando pasaron la cota y costal de banda a banda, de lo cual fueron no poco admirados; es el Chiriguana bravo hombre de arco y flecha, como dejamos dicho: y aunque es así que se llevó gran cantidad de comida, porque siempre se temió hambre, y temiéndola, los cursados en aquella tierra y el camino que llevaban, dijeron al Virrey que para tal tiempo proveyese, a lo menos dejase proveído, que de la ciudad de la Plata y sus términos, en el río de los Sauces, o asiento de Condorillo, le tuviesen comida, porque sería necesaria; no los quiso oír, y subcedió así como diremos, que si lo dejara proveído, no se viera el campo en la necesidad que se vio. Llegando, pues, a las puertas de las montañas Chiriguanas, luego despachó al capitán Juan Ortiz de Zárate con su compañía de cincuenta soldados, sin otros diez que le dio viejos y cursados, a un pueblo, creo llamado Tucurube, el primero por quel camino; el cual llegó a tan buen tiempo, que no halló indio en él que le pudiese hacer resistencia, sino las mujeres y niños, por haber tres o cuatro días se habían partido a cazar indios chaneses para su carnicería, y entre las mujeres vivía una mestiza que dijimos haberse quedado en los Chiriguanas cuando mataron al capitán Andrés Manso y a todos los que con él estaban, la cual con las demás indias se huyó al monte, y conocida por algunos, llamándola, no quiso volver, tiró su camino con las demás y hasta hoy se quedó hecha chiriguana. Hallóse aquí mucha comida de maíz, frísoles, zapallos, yucas y otras suertes de mantenimientos de que se sustentan y hacen sus brevajes en mucha cantidad; oí certificar a algunos que con él fueron serían de todas comidas más de 3.000 fanegas. Apoderóse del pueblo, que no era más de tres casas como las usan, muy anchas y más largas. Los del pueblo van al monte y avisan a los Chiriguanas den luego la vuelta, porque los cristianos se han apoderado de las casas y comidas; los cuales dentro de pocos días volvieron y entraron como de paz, no todos, sino los más principales, que a escondidas preguntaban quién era el capitán; si era conocido dellos, viejo o chapetón, o si por ventura era el capitán Hernando Diez de Recalde, que allí como soldado iba. El capitán Hernando Diez era dellos muy conocido por muchas y muy buenas suertes que había hecho con ellos; temíanle y deseaban haberle a las manos; mas como supieron era chapetón, y dellos no conocido, luego le tuvieron en poco y engañaron, comenzándole a servir y traer agua y leña y lo que les pedían. El capitán Juan de Zárate despachó luego al Visorrey un soldado con la nueva de la presa de la comida que tenía, el capitán alojó

sus soldados a lo largo de los buhíos, de suerte que por las espaldas estaban seguros; empero los Chiriguanas le persuadieron se metiese en uno dellos, porque las indias que traían leña y agua y demás cosas para guisar de comer tenían miedo de los soldados, y no venían de buena gana, ni se atrevían a entrar dentro del buhío., persuadióse a ello, aunque por algunos soldados le fue rogado no lo hiciese ni desamparase su alojamiento; con todo eso se metió dentro de la casa, a donde por algunos días le aseguraron los Chiriguanas sirviéndole con mucho cuidado. Empero no eran tan recatados que los que tenían alguna experiencia de sus malas costumbres, por los ademanes y otras cosas, entendíanles los pensamientos, por lo cual avisaron al capitán se velase y no hiciese tanta confianza de aquella gente sin Dios, sin ley y sin rey; no quiso admitir este buen consejo, diciendo no era él hombre a quien los Chiriguanas habían de engañar, no se acordando habían engañado al Visorrey, con todo su buen entendimiento. Los que se recelaban, que fue el capitán Hernando Díez de Recalde con un hijo suyo y un negro, y otros tres o cuatro que se le llegaron, no dormían en el buhío, sino fuera, las espaldas seguras con unas piruas de maíz juncto al buhío (pirua es un cercado como de dos varas y media, redondo, de cañas, donde se encierra el maíz), y la noche de cierto día que conocieron lo que había de hacer la gente enemiga, se repararon lo mejor que pudieron y estuvieron apercebidos velándose; esta noche, el capitán descuidado, dan los Chiriguanas en él y en los demás que dormían a sueño suelto y sin centinelas; mataron a un español y a uno o dos mulatos, y no sé cuántos indios; y hirieron a otros, y a soldado hobo, y lanza, que le pasaron un muslo con una flecha, revuelto con su frezada. Los que estaban fuera, éstos detuvieron a los indios que no entrasen tan de golpe, y mataron algunos con sus arcabuces, porque los que hicieron daño en el buhío fueron los que allí se habían quedado, como ellos decían, a dormir, y a la hora señalada tomaron las armas que entre la leña metieron, y con ellas hicieron el daño dicho, y al capitán hirieron livianamente en una mano. Los Chiriguanas, como los de fuera les daban priesa, huyeron al monte; llegó el día; curaron los enfermos y enterraron los muertos, y el capitán fue a buscar los enemigos, pero no hallándolos se volvió; los cuales se entiende haber recibido no poco daño, por la sangre que a la mañana se vio juncto a la casa. Dende a pocos días determinó el capitán dejar el pueblo y comidas, y dar la vuelta en busca del Visorrey, a donde llegando, y sabido el subceso, no le quiso ver ni hablar por muchos días, y no sin mucha razón, porque si el capitán Juan de Zárate siguiera el parecer de los expertos en la guerra Chiriguana, casi la había acabado; pero, como dijimos arriba, los que vienen de España tiénnos por más que bárbaros; dijéronle no desamparase la comida sin orden del Visorrey, ni el pueblo, la cual, si no dejara, era fácil llevarla al real y no se padeciera la hambre que después se padeció, a lo menos no tanta.

Capítulo XXXIX

El Visorrey nombra capitán a Barrasa, su camarero, y lo envía al pueblo de Marucare

Prosiguiendo la tierra adentro el Visorrey con su campo, lo asentó en cierta parte cómoda, de donde nombrando por capitán a Francisco Barrasa, su camarero, le mandó escogiese cincuenta hombres en todo el ejército, y con ellos fuese a un pueblo del curaca Marucare, que dijimos haber salido a la cibdad de La Plata con Mosquera, pero el Visorrey le dio licencia para volverse a su tierra.

Antes que pasase más adelante, se me podría preguntar por qué el Visorrey no quiso recibir el consejo de los vaquianos. A esto respondió lo que oí a un personaje con quien

el Virrey tractaba lo íntimo de su corazón, que era el padre fray García de Toledo: el Virrey se persuadió a que viendo los Chiriguanas la pujanza con que entraba él propio en persona, y que por ninguna vía se podían huir de sus manos, se le habían de venir a entregar sin tomar armas; que no se pudiesen huir, era como demostración, porque los de Vitupue habían de caer en las manos de don Gabriel, general del campo; si huían a Santa Cruz, en las de don Diego de Mendoza, a quien mandó saliese hasta tal puesto con sesenta soldados y algunos amigos indios, cual lo hizo; si la tierra adentro, habían de dar en los Tobas, que dijimos ser gigantes y enemigos capitales de los Chiriguanas; persuadido con estas conjeturas no hizo caso de los buenos consejos; digo también que la gloria de la conquista de los Chiriguanas se la quiso atribuir a sí y a los suyos, y no a los capitanes y soldados viejos, como la del Inga, por que al mismo padre fray García oí decir que si los chapetones no fueran a ella, no se hiciera el efecto que se hizo, porque éstos se echaron el río abajo, pidieron y sacaron al Inga y a sus capitanes.

Volviendo a nuestra historia, el capitán Barrasa escogió los más principales del ejército en linaje y no en trabajo, ni en ejercicio de guerra, que fueron a los vecinos de la ciudad de La Paz y otros. Desta suerte salieron en sus caballos hasta el pie de una cuesta por donde no se podían aprovechar dellos, y el pueblo estaba fundado en lo alto della; la cuesta agria y larga, el calor mucho, los cuerpos cargados de armas y no acostumbrados a traerlas, hobo algunos que dieron señal, y muy baja; finalmente, llegaron a lo alto; los indios, que antes que subieran la cuesta los habían visto, no se atreviendo a resistirlos se metieron en la montaña con sus hijos y mujeres, dejando las casas desamparadas; los nuestros, cuando llegaron, ya llevaban alguna hambre, y entrando en las casas buscaban que comer; dieron en una olla grande llena de maíz cocido; metían las manos y a puñados sacaban el mote. (mote es maíz cocido), lo cual con mucho gusto comían; empero uno, metiendo la mano un poco más adentro, encontró con un brazuelo de un niño; sacólo a fuera sin saber lo que sacaba; en viendo los nuestros la carne humana, fue tanto el asco que recibieron, que lo comido y lo que más tenían en el cuerpo, con grande asco lo lanzaron fuera, y sin hacer otro efecto se volvieron al real. No hallaron alguna comida porque los indios la tenían en la montaña puesta en cobro, y si fueran hombres de guerra y dieran sobre los nuestros cuando andaban sin orden buscando la comida, no sé cómo volvieran.

Capítulo XL

De la hambre que comenzaba en el real, y enfermedad del Visorrey

De aquí partió el Visorrey, donde tenía alojado el campo, la tierra adentro, y prosiguiendo su camino dio en el río llamado de Pilaya, a quien algunos llamaron el río Incógnito, no lo siendo; muchos iban en el real que le habían visto antes. Ya en este tiempo se comenzaba a sentir falta de comida en el real, porque la tierra no la lleva sino en los lugares donde los Chiriguanas siembran sus comidas, y siendo la tierra montosa, los árboles son infructíferos, si no son unos llamados cañares que son los azufeifos nuestros; otros no sé que lleven fructa, sino muchas garrapatas, a los cuales arrimándose, a un hombre caen tantas que le cubren de arriba abajo. Los Chiriguanas sus comidas habíanlas metido en las montañas, y aunque las buscaban los nuestros, no las hallaban. El Visorrey, o por la destemplanza de la tierra del mucho calor o por otras causas que descomponen los cuerpos humanos, comenzó a enfermar de unas bravas y recias calenturas que le iban creciendo y enflaqueciendo mucho, por las cuales e no poder caminar el Virrey en su literilla de hombros (la tierra no sufría litera de acémila

que llevaba) se detenían en los alojamientos más de lo necesario para pasar adelante; su médico todo lo posible hacía para su salud, y día de Nuestra Señora de Agosto, cuando se pensó tener acabada la guerra, le desafució, y con todo esto el Visorrey no quería sino proseguir su jornada. Lo cual visto por el licenciado Recalde, entrando a visitarle en la tienda le dijo el estado de su enfermedad, y que si Nuestro Señor disponía dél en aquella tierra, allí le habían de sepultar, aunque esto no hacía al caso, porque la común sepultura de todos los hombres es la tierra. Lo que más se había de advertir, y por lo que más se había de mirar, era que todos se perderían cuantos con él entraron, y el reino del Perú corría mucho riesgo (como era verdad) de perderse con alguna tiranía, y subcediera así si Nuestro Señor otra cosa no ordenara. También le puso delante de los ojos la hambre que se augmentaba en el real, y quien más la padecía eran los pobres indios; por tanto, le suplicaba mirase los grandes inconvenientes que se siguieran, irremediables, por los cuales perdería el crédito que con Su Majestad había ganado hasta allí, y no permitiese que los miserables indios, a quien sacó de sus tierras, tan miserablemente murieran, porque acosados de la hambre se huían del real, sin saber camino, los cuales cayendo en las manos de los Chiriguanas, luego eran comidos, y cuando no, daban en manos de tigres, de que es aquella tierra poblada, y los despedazaban; lo cual siendo como era así, Su Excelencia mandase dar la vuelta al Perú, pues ya se había hecho todo lo posible, y los Chiriguanas no parecían en el mundo.

Capítulo XLI

El Visorrey manda volver el campo al Perú

Viendo, pues, el Visorrey su poca salud, y lo que el licenciado Recalde le aconsejaba era lo justo, bueno y sancto, y el riesgo qu'e'l reino corría, determinó mandar se diese la vuelta al Perú, ya todo el campo muerto de hambre, y los que más la padecían eran los pobres indios, los cuales si encontraban con algunas sillas se comían los cordobanes y guarniciones; los más se aventuraban a salir a este reino, y salieron algunos; vi un indio en la cibdad de La Plata, del repartimiento del capitán Hernando de Zárate, que a su ventura se atrevió a salir y llego a la cibdad, y fuese derecho a casa de su amo, donde a la sazón estábamos dos religiosos; doña Luisa, mujer del capitán don Fernando, cuando le vio compadecióse grandemente y todos nos compadecimos; regalóle, acaricióle, mandó que le diesen de comer; no parecía sino la estatua de la muerte, en los puros cueros y en los huesos; al cual preguntándole el estado de los nuestros, dijo lo que habemos referido. Preguntámosle más: ¿cuántos Chiriguanas traían en colleras? lleváronlas Chichas de acá. Respondió estas palabras: Ni sólo una uña de chiriguana traen los cristianos.

Todo el real casi venia a pie, porque los caballos, pasaron de más de 1.600, se quedaban estacados de cierta yerba que comían, haciendo espumarajos; salieron cual o cual, y como no había en qué traer la ropa, quedábanse los toldos armados y las petacas llenas.

El licenciado Recalde se mostró gran cristiano para con los indios, y Nuestro Señor se lo pagó, porque encontrando al indio arrimado o a la peña, transido de hambre, le hacía dar de comer, lo traía en su compañía, y si no podía caminar, en sus caballos o mulas lo mandaba subir; dejando su caballo, y quitándolos a sus criados y a los de su casa, los daba a los indios; albergábalos, curábalos en sus toldos, con lo cual libró no pocos de la muerte y sacó a esta tierra; finalmente, sus toldos eran las enfermerías de los

pobres indios. Con mucho trabajo salió el Visorrey y el campo a la tierra del Perú, a un valle llamado Tomina, sin que en el camino recibiese algún daño de los Chiriguanas, que fue no poca merced que Nuestro Señor hizo a todo el reino, y si bien se considera, confesaremos que el mismo Dios puso en las manos de los nuestros a los Chiriguanas, y los cegó para que no conociesen la oportunidad, creo por la gran soberbia con que entraron.

Si el capitán Juan de Zárate siguiera el consejo que le daban, habría preso y capturado muchos de los principales Chiriguanas, enseñándoselos con el dedo en el pueblo donde dijimos llegó y no halló resistencia alguna. Fue señor de la comida, y si no la desamparara no se padeciera en el real la penuria que della hobo, ni hobiera hambre, y la guerra casi era acabada, y si no acabada, se habría puesto en término de acabarla presto. Puso también Nuestro Señor a los españoles en las manos Chiriguanas; empero, usando de su acostumbrada misericordia con ellos, cegó a los Chiriguanas para que no conociesen el tiempo, ni se aprovecharan dél ni de sus propias costumbres de pelear, porque con ser gente que no pelea sino a traición y de noche, con nosotros pocas veces de día, sí de noche; si fueran dando arma en el campo, de suerte que los desvelaran y hicieran estar en arma toda la noche, hambrientos, sin fuerzas para tomar armas, y desvelados, ¿cómo volvieran a este reino? ¿por qué camino?

Abriéndolo venían; cególos Dios, y olvidáronse de su orden de pelear. Del campo diose aviso al Audiencia y a la cibdad cómo salían y cuán destrozados y hambrientos. Salió con la brevedad posible el Presidente Quiñones a les llevar refresco, el cual llegando al valle de Tomina y sabiendo cuánta más necesidad traían de la que en las primeras cartas se había significado, y que los gastadores estaban cerca, ya casi arrimados a los árboles, tomando su mula y en ella unas alforjas, y los demás que con él iban haciendo lo mismo, con la priesa posible llegaron donde los gastadores estaban, entre los cuales hallaron dos o tres ya arrimados a unas peñas, los ojos vueltos en blanco, de hambre; animóles y dioles el refresco que llevaba, con lo cual los volvió en sí y avisó al campo cómo había llegado con bastimientos y otro día sería con ellos. con esto los unos y los otros se animaron y llegaron al valle nombrado Tomina, sin que se perdiesen tres soldados, a donde fueron muy caritativamente recibidos de los que en él habitaban, españoles chacareros, que con gran liberalidad daban de comer a todo el campo, vaca, ternera, cabritos, ellos y sus mujeres amasando de día y de noche el pan para los que a sus casas llegaban con no poca pérdida del crédito español.

Capítulo XLII

Lo que subcedió al general don Gabriel Paniagua

El general don Gabriel Paniagua, prosiguiendo su viaje por donde le fue mandado, con 120 soldados (como dijimos), entró en la tierra Chiriguana sin que los indios se le atreviesen a salir al camino, ni estorbar el paso. sólo un día, en un pajonal crecido, le tenían armada una celada, que sino se descubriera acaso, le hicieran algún daño; llegó a este pajonal ya tarde, donde, alojando la gente, ya comenzaban a armar sus toldos, atar los caballos y el bagax ponerlo en medio del alojamiento; un soldado iba en busca de su caballo, que se le había apartado un poco de trecho del alojamiento, el pajonal adelante, y era hacia aquella parte donde los enemigos estaban acachados y escondidos, para en comenzando a cenar, o al primer sueño, dar en los nuestros.

Los indios como vieron que el soldado iba para ellos con su escopeta al hombro, pensaron ser sentidos, levántanse y descúbrense de la emboscada. El soldado, vistos, disparó su arcabuz contra ellos y volvióse al campo tocando arma.

A esto los demás tomaron sus escopetas, y puestos en orden, como mejor pudieron se defendieron y ofendieron al enemigo, sin que ellos recibiesen en la persona daño alguno; al ruido de los arcabuces, los caballos, que no estaban atados, se metieron en la montaña y se desaparecieron, pocos de los cuales volvieron a la compañía; ésta fue la mayor pérdida que subcedió al general don Gabriel, ni tuvo otro encuentro. Puesto, pues, en medio de las montañas Chiriguanas, no sabía cosa alguna del Visorrey; no le avisó, ni pudo, como estaba concertado; indios no le molestaban ni los hallaban; el tiempo del verano era acabado; las aguas comenzaban, hasta que desde un cerro le dijeron los enemigos todo lo que pasaba en el campo del Visorrey: la enfermedad, la hambre, y que ya el Visorrey había dado la vuelta al Perú; que se saliese, por ser ya tiempo de sembrar, y no les impidiese las sementeras, porque si aguardaba a las aguas ni él podría salir, y le faltarían las comidas, ni ellos sembrar, y así perecerían todos; el consejo no fue errado.

El general, pues, viendo, y sus capitanes ser posible lo que los Chiriguanas decían, considerando el tiempo y lo demás, determinó de dar la vuelta al Perú, y saliendo sacó toda su gente sana y salva, sin más pérdida de aquellos pocos caballos que se huyeron en la refriega dicha; en llegando a tierra de paz, luego fue cierto de lo que los Chiriguanas le habían dicho ser verdad, y viniéndose para la cibdad de La Plata halló en ella días había al Virrey muy enfermo.

Capítulo XLIII

Despide los soldados el Visorrey y llega a la cibdad de La Plata

En este valle de Tomina despidió los soldados, dándoles licencia, en donde descanso el Visorrey hasta adquirir unas pocas de fuerzas, las cuales, en dándole los aires del Perú comenzó a recobrar, y la enfermedad a disminuírsele, pero no de manera que se pudiese tener en pie ni andar un paso; mas sintiéndose ya con algunas fuerzas se puso en camino para la ciudad de La Plata, adonde llegó en una literilla de hombros en que le traían dos lacayos, tan flaco y desfigurado, que se tuvo muy poca esperanza de su salud; mas Nuestro Señor se la dio enteramente, y todo el pueblo dio muchas gracias a la majestad de Dios porque le sacó vivo. Alcanzada esta salud y compuestas algunas cosas tocantes al buen gobierno de aquella provincia, dende a cinco o seis meses tomó el camino para Potosí, a donde, hallando que muchos de los que tenían indios para sus ingenios se habían ocupado más en recoger metales de los desmontes, y en traspasar la ordenanza por él hecha (como dejamos dicho), que en beneficiar y labrar sus minas, los condenó a tres tomines ensayados por quintal, con los cuales enteró la caja Real de lo que della había sacado para la guerra chiriguana, y lo demás repartió en los que más habían gastado, como fue al licenciado Recalde aplicó cierta cantidad y a otros.

Pudiera escribir otras cosas particulares que en esta provincia sucedieron, mas déjolas porque no parezca se tratan con alguna manera de pasión, de la cual estamos muy lejos; empero la verdad de la historia no se ha podido dejar. Partió de Potosí, asentado todo lo necesario para su buen gobierno, para la ciudad de La Plata; de allí a Arequipa, de donde se fue a embarcar, creo son 22 leguas, a la playa de Quilca;

embarcado, en breves días llegó al puerto del Callao, de la ciudad de Los Reyes, adonde fue muy bien recibido.

Capítulo XLIV

Del capitán Francisco Draque, inglés, que entró por el estrecho de Magallanes

El año de 77, así como en España y toda Europa, pareció en la media región del aire el más famoso cometa que se ha visto; también se vio en esos reinos a los 7 de octubre con una cola muy larga que señalaba al estrecho de Magallanes, que duró casi dos meses, el cual pareció ser anuncio que por el Estrecho había de entrar algún castigo enviado de la mano de Dios por nuestros pecados, como sucedió; que dende a dos años, poco más o menos, que se acabó, y el Visorrey don Francisco de Toledo residiendo en la ciudad de Los Reyes, entró en el puerto della un navío inglés, enemigo, con un capitán llamado Francisco Draque, de noche, sin que hobiese imaginación que tal pudiese subceder, en el Cual tiempo en la ciudad de Los Reyes no había un grano de pólvora, ni gentilhombre arcabuz que tuviese arcabuz, por se los haber comido y no les haber pagado lo situado por el marqués de Cañete de buena memoria. El ejercicio de las armas se había olvidado, no sólo en aquella ciudad, sino en todo el reino, por haber mandado el Visorrey ningún hombre caminase con arcabuz, so pena de perdido, y a los corregidores de los partidos tenía mandado lo ejecutasen. En esta sazón, pues, llegó este pirata, que robase y afrentase y, le diese un bofetón de los grandes que han recebido, ni creo recibirán tan presto los leones del Perú.

El capitán inglés, luterano, con orden de la reina María, inglesa, también luterana, una de las malas hembras y crueles que ha habido en el mundo, se aventuró con tres navíos a salir de Inglaterra y venir a estos reinos a robarlos y a hacerse señor de la mar, caso jamás imaginado, y de ánimo mas que inglés, porque salir de su tierra y venir por mares y temples tan contrarios al temple inglés, y, seguir derrota que tantos años no se seguía, ni otra que la nao *Victoria* no había hecho, porque de las que con ella salieron sola ésta volvió, las demás se perdieron, y de las del obispo de Plascencia don Gutierre de Caravajal, ni una sola se salvó: atreverse este capitán inglés a renovar esta navegación, ya casi olvidada, y a meterse en las manos de sus enemigos, como se metió, tan apartado de donde le pudiese venir socorro, fue más que temeridad, sino que como venía para castigo destos reinos por nuestros pecados, todo le subcedía bien. Partió, pues, de Inglaterra con tres navíos, según algunos referían habérselo oído; piérdense los dos a la entrada del Estrecho, o a la salida; sólo él desembocando de la vuelta sobre mano izquierda, costeano la tierra y costa primera de Chile, donde en el puerto Valparaíso, viniendo falto de comida, halla dos o tres navíos con oro, aunque poco; no fueron 30.000 pesos; halla comida, y vino, y proveyéndose de lo necesario, costeano, sondando los puertos y las caletas, sin que hallase resistencia alguna, viene hasta el puerto de Coquimbo, adonde, no hallando qué pillar, treinta leguas de allí, o poco más, llegó a la bahía Salada, donde estuvo dos meses y más dando carena a su navío y haciendo una lancha, sin que le diesen la menor pesadumbre del mundo, pudiéndosela dar facilísimamente. No parece sino que todo le subcedía al sabor de su deseo, y a los nuestros les faltaba el consejo, como es así realmente. Era azote enviado de Dios; había de azotar. En Chile, a la sazón, Rodrigo de Quiroga, de quien tractaremos adelante, bonísimo caballero, estaba en Arauco con la gente de guerra; despacha al capitán Gaspar de la Barrera, y deshace el campo, pero no fue de ningún efecto, porque se tardó mucho (y no pudo ser menos) en aprestar el navío, y cuando llegó a Coquimbo ya el

capitán Francisco había salido de la bahía Salada con su navío y lancha, y no fue seguido porque el capitán Gaspar de la Barrera no llevaba más comisión de hasta los términos de Chile. Sale de la bahía Salada y llega en breve al puerto de Arica, donde halla tres navíos, y como tal no había caído en entendimientos de los nuestros, viéndole venir de arriba, que es decir de Chile, alegráronse todos los del puerto diciendo: ¡navío de Chile, navío de Chile! de donde había días ninguno bajaba; sólo un piloto, nombrado maese Benito, en viéndole dijo: No, aquél no es sino navío enemigo. Hacían todos burla dél, y él más se afirmaba en decir era navío enemigo. Conocióle, como dijo después, en las velas; las nuestras son blancas mucho, las de los ingleses son pardas, no son tan blancas como las nuestras. Pues como el navío enemigo se viniese llegando al puerto, antes de surgir dispara una pieza de artillería; luego se entendió ser verdad lo que decía Maese Benito. La poca gente del pueblo, con el corregidor y tesorero del Rey, Pedro de Valencia, pusieron en arma para se defender; a las mujeres enviáronlas la tierra adentro, pero el enemigo no curó saltar en tierra (ni supiera, porque, como habemos dicho, no tiene sino una caletilla muy angosta para desembarcar; lo de más es costa brava, llena de peñascos); en surgiendo con la lancha y batel llenos de gente armada vase a los navíos, que sin gente estaban, y en el del pobre maese Benito, que había tardado del puerto del Callao hasta Arica más de seis meses y no había aún descargado el vino de Castilla que llevaba; entra en él y halla 150 botijas de vino de Castilla; en los otros dos solamente halló; en el uno, 12.000 pesos en barras que había embarcado un buen hombre, llamado Céspedes, que con su mujer se embarcaba para se ir a España; tenía embarcada la plata, y él con solos 500 pesos estaba en tierra, y su mujer, aguardando a que el maestre con el navío se partiesen; llevóse el capitán Francisco esta plata y vino: los navíos quemólos, no curando de saltar en tierra, no le convenía.

Luego el corregidor despachó un hombre al puerto de Arequipa, que por la posta fuese a dar aviso de lo que pasaba, y si algún navío había en el puerto, avisase luego alzase velas y se fuese, y si tenía algunas barras, las echase en tierra; fue Nuestro Señor servido que, con no ser de viaje por la mar más de un día natural de Arica al puerto de Chile, así se llama el de Arequipa, por falta de tiempo tardase el capitán Francisco Draque tres días: llegó el aviso por tierra; en el navío, que era de un Fulano del Río, donde yo estaba fletado para bajar a Los Reyes, estaban embarcadas 1.200 barras del Rey y de particulares. Luego a gran prisa las desembarcaron, y a la última batelada el Francisco con el navío, y la lancha con el batel, el cual con la mayor prisa que pudo se metió en la caleta, en la cual echó todas las barras, que eran las últimas, por miedo de la lancha, que le venía ya en los alcances, la Cual no se atrevió a entrar dentro de la caleta. La caleta es angosta, fondable, y el agua tan clara que parece se pueden contar las arenas, y muy segura.

El capitán Francisco entró en el navío, y no hallando sino el casco, lo tomó y llevó consigo, y en alta mar lo dejó con sus velas altas y prosiguió su camino y viaje para el puerto del Callao. Del puerto de Chile luego dieron mandado a la ciudad, que son 18 leguas, y no de buen camino, y sin agua, la cual se alborotó grandemente, y el corregidor despachó tres o cuatro vecinos en muy buenas mulas al puerto, para que viesan lo que había, y avisasen, creyeron que el otro había de ser tan necio que había de saltar en tierra y venir a robar la ciudad.

Los que tenían registradas sus barras, que eran no pocos, luego con sus armas caminaron al puerto, mas cuando a él llegaron hallaron sus barras en tierra y el enemigo partido. Sola una barra de más de 1.200 faltó, de un soldado que en mi compañía había

venido desde Potosí a aquella ciudad, para se ir a España con 3.500 pesos que en breve había ganado. La barra valía más de 380 pesos ensayados; el cual para cobrar sus barras fue discreto: hizo un anzuelo de cincuenta pesos de plata, echólo a la mar y halló su barra, que es decir dijo públicamente: mi barra no se puede esconder, el que la tomó de la a tal persona; yo no quiero saber quién es, y he aquí cincuenta pesos, que él dará luego los cincuenta pesos; díolos a la persona señalada, y otro día pareció su barra. De aquí del puerto se despachó otro español por tierra por la posta que diese aviso al Visorrey en la ciudad de Los Reyes, que son 160 leguas tiradas; fue con toda la brevedad posible, y en todos los valles luego le daban recado de cabalgaduras para pasar adelante, hasta dos leguas de Los Reyes, en un pueblo llamado Surco, donde halló al corregidor, que no debiera, llamado Puga, portugués, o gallego, el cual diciéndole a lo que venía, y que le diese un caballo para ir de allí a Los Reyes para avisar al Visorrey, le tuvo por loco y que venía borracho, y aun dicen le echó en la cárcel; finalmente, no le dando recado, un día que le detuvo y más, en este tiempo llegó el capitán Francisco con su navío; no pudo antes, porque en este tiempo que navegó por nuestra mar a Los Reyes era verano y hay muchas calmas en la mar, y por esto llegó el mensajero por tierra primero que él por la mar; si el corregidor le diera crédito, el puerto estuviera apercebido, y no se fuera el enemigo riendo, ni robara lo que robó; pero era azote de Dios, y había de azotar. El Puga tenía en casa del Virrey amigos que ataparon la boca al mensajero para que no dijese nada al Visorrey. Llega, pues, el capitán Francisco al Callao, y aunque le vieron sobre tarde, entendiéndose era navío que bajaba principalmente de Arequipa, a quien aguardaban por momentos; fue cuerdo, entró de noche por no ser conocido y se atrevió a mucho a entrar a aquella hora por el estrecho, que será de una legua, que hace la isla con la tierra firme, porque aunque es limpio y fondable, han de entrar por cuatro brazas de agua casi al medio dél. Pero es fama traía desde el paraje de España un portugués por piloto, que lo había sido en esta mar; de otra suerte no se atreviera a entrar; porque yo he venido de Arica al Callao, y con ser el piloto muy bueno y muy cursado, llegando a boca de noche no se atrevió a entrar, y nos quedamos mar en través a la boca de la isla; finalmente, él entró, y anduvo picando cables, y aun preguntando si el navío de San Juan de Antón estaba en el puerto, que no sabemos quién le dijo se había fletado en él la cantidad de plata que le tomó. Pero de un maestro o piloto fue conocido, el cual de su navío echándose a nado salió a tierra diciendo: ¡arma, arma! Alborótase toda la gente, que sería poco menos que a media noche; luego despáchese al Visorrey, no diciendo ni sabiendo si eran luteranos, o si era navío de tiranos, alzados en el reino o en Chile. El Visorrey, oída la nueva, y la ciudad, tocan cajas, y en las calles ¡arma, arma! sin saber contra quién, y como no había armas en la ciudad, hallóse grandemente confuso. Con todo eso, al amanecer entro en el puerto, y toda la ciudad con él, sin arcabuces ni artillería, que ni en la ciudad, sino una poca y sin municiones *había*. Pero ¿qué había de hacer? y es así que en toda esta costa en todo tiempo, en anocheciendo, casi cesa el viento, y no torna a ventar hasta las ocho de otro día. El Francisco no se atrevió, ni le convenía, saltar en tierra, porque en las ventanas de las casas, rompiendo sábanas, y por las puertas, hicieron mechas y las encendieron para que el luterano creyese eran arcabuces; habiendo picado muchos cables, y los navíos sin amarras andando de aquí para allí, él se apartó y pretendió salir del puerto, y seguir su viaje, sino que le faltó el viento, y cuando el Visorrey llegó al Callao le vio y todos los demás, en calma, las velas pegadas a los mástiles. Empero, como no tenía armas ofensivas más que espadas, cotas pocas, no se atrevió a enviar contra él algunos bateles grandes y barcos de pescadores; que si hubiera con qué esquifarlos y arcabuces para ofender al enemigo luterano, armando cinco o seis contra él, antes que viniese la marea, pudiera ser le rindieran y le hicieran pedazos el timón pero no habiendo un grano de

pólvora en la ciudad, no se podía hacer esto. El enemigo, a vista de todo lo mejor del reino, en comenzando la marea sigue la mar abajo su derrota. Los mercaderes que en el navío de San Juan de Antón, que había pocos días se había partido del puerto para Tierra Firme, que enviaban en él sus barras, así para aquel reino como para España, dijéronle al Virrey: Señor, en el navío de San Juan Antón enviamos nuestras haciendas; dadnos licencia para que despachemos de aquí un barco grande destos de pescadores a avisarle; ya nos habemos concertado con el señor del barco, y dice él ira avisará por dos o tres barras que le demos; con vuestra licencia lo enviaremos a nuestra costa, porque el Rey no pierda 300.000 pesos que allí iban ni nosotros nuestras haciendas.

El Visorrey no quiso dar la licencia; por ventura entendió era imposible que el enemigo alcanzara al navío de San Juan Antón; esto a uno o dos de los mercaderes que allí enviaban su plata, y al mismo pescador que se ofrecía a ir, lo oí como lo tengo referido, y es así. No siendo, pues,

avisado el navío de San Juan de Antón, como se fuese deteniendo por los puertos, y el enemigo en busca suya, finalmente le alcanzó en la punta llamada de San Francisco, ya que quería atravesar para Tierra Firme, y, aunque nuestro navío le vio, no imaginó tal, antes, creyendo era navío de los que quedaban en el puerto del Callao, que bajaba también a Tierra Firme, le aguardó.

El capitán Francisco, llegándose cerca dél, dispárale una pieza de artillería y, dícele: Amaina, por la tierra de Inglaterra; los nuestros pensaron ser burla y dijéronles una palabra afrentosa, sin saber eran luteranos; entonces el enemigo afierra con el navío nuestro; entró, ni llevaban armas los nuestros para ofender ni defenderse; ríndense, roba el luterano cuanta plata en él había, más de 400.000 pesos ensayados; a los nuestros no les hizo otro daño que quitarles las haciendas; no venía por más. El Visorrey, como mejor pudo despachó uno o dos navíos contra el enemigo, y metió en ellos los vecinos criollos sin armas sin artillería, sin munición, con sus capas negras y medias de punto y vestidos de ciudad; siguieron al enemigo sin verle dos o tres días, al cabo de los cuales volvieron al puerto: el Visorrey mandólos poner en carretas, y así los trujo a la ciudad afrentosamente, y no sé si con prisiones, y los tuvo algunos días en la cárcel.

Después de lo cual armó dos navíos como mejor pudo: nombró por capitán a un criado suyo llamado Frías, y por almirante al capitán Pedro de Arana, con orden que siguiese al enemigo hasta la costa de la Nueva España: salieron del puerto, y muy buenos soldados y hombres de vergüenza en ellos; pero como el enemigo había pasado adelante, sin hacer otro efecto se volvieron al Callao.

El capitán Francisco Draque prosiguió su viaje a la costa de México, donde tomó otro navío que del puerto de Guatulco había salido para estos reinos cargado de mercaderías, y como no venía por ropa, sino por plata, dejóle seguir su derrota, tornando algunas cosas de que tenía necesidad, cuales eran velas y jarcias, y sus soldados tomaron algunos fardos de ropa, no en mucha cantidad, y pasando adelante siguió la derrota a la China; de allí, la que hacen los portugueses, y la volvió a entrar en el mar Occéano, y de allí a Inglaterra, cargado de barras de plata.

Capítulo XLV

La Inquisición vino a este reino

Al mismo tiempo que Su Majestad proveyó por Visorrey destos reinos a don Francisco de Toledo, proveyó también Inquisidores que residiesen en la cibdad de Los Reyes; un proveimiento acertadísimo y necesarísimo, en lo cual se manifestó cuánta verdad sea que el corazón del Rey esta en las manos de Dios. El mismo Dios, para bien de todos sus reinos, muchas veces le pone en el corazón cosas necesarísimas, que se hagan, las cuales estaban como olvidadas, y si no olvidadas, no parecía haber necesidad de hacerse; fue, pues, moción del muy Alto que la majestad del rey nuestro señor en aquel tiempo se acordase de enviar Inquisidores a estos reinos y al de México, en la misma flota que vino el Visorrey don Francisco de Toledo; vinieron proveídos por Su Majestad dos varones tales cuales convenían para asentarla y para las cosas que subcedieron: Licenciado Bustamante, que murió en Tierra Firme, y el licenciado Cerezuela; al licenciado Bustamante subcedió el Inquisidor Antonio Gutierrez de Ulloa, todos en sus facultades muy doctos; grandes cristianos, celosísimos de las cosas de la fe, de mucho pecho y no menos prudencia, dotados del mismo Dios de las partes requisitas para el oficio; vino fiscal el licenciado Alcedo, secretario, Ambrosio de Arrieta; todos cuales se requerían. Entraron en la cibdad de Los Reyes, hízoseles el recibimiento cual convenía conforme a lo ordenado por Su Majestad; asentaron la Inquisición prudentísimamente, y comenzaron a hacer su oficio con tanta rectitud y, cristiandad cuanta se requiere, y todo el reino conoció y conoce. Luego, se vio la necesidad que della había, y como fue inspiración de Dios que Su Majestad la enviase, porque si no, corría gran riesgo la cristiandad en estas partes, como parece por las personas luteranas, y no sé si me diga peores, que luego prendieron, y por el primer aucto de la fe que hicieron, donde se vio claramente el riesgo de todo el reino, de lo cual no es de nuestro intento tractar agora, más de lo que habemos dicho, que fue providencial admirable de Dios que en este tiempo la enviase, la cual es imposible falte para el buen gobierno de toda la cristiandad.

Hecho el primer aucto, que fue famoso, el licenciado Cerezuela, proveyéndole Su Majestad a una silla episcopal de Las Charcas, por su mucha humildad y cristiandad no la acepto, antes pidió licencia para se volver a España, la cual alcanzada, llegando a Cartagena, dentro de pocos meses loabilísimamente acabó sus días. Quedó por algunos años el Inquisidor Ulloa justísima y prudentísimamente haciendo su oficio, hasta que vino el doctor Prado, varón realmente humanísimo, benignísimo, afabilísimo y humildísimo, y dotado de una gravedad, que se hace amar de todo el reino y reverenciar, por Visitador de la Inquisición, y Presidente en ella mientras hacía su oficio, la cual visitó con admirable rectitud, como ha parecido y parecerá en todos siglos, con la cual volvió a España, y, allá, aprobándola, volvió con su presidencia, donde murió; antes que el doctor Prado volviese de España, y, allá, aprobándola, volvió con su presidencia, donde murió; antes que el doctor Prado volviese de España llegó a la cibdad de Los Reyes el licenciado don Pedro Ordóñez Flores, por Inquisidor, varón no menos loable que los referidos, integérrimo en toda virtud: trajo recados para que el Inquisidor Ulloa fuese a visitar el Audiencia de La cibdad de la Plata; quedó solo en el oficio hasta que vino el doctor Prado, gobernándolo con la prudencia, discreción y justicia que todo el reino ha conocido y conoce. El Inquisidor Ulloa partió de Los Reyes; fue a visitar el Audiencia, de donde bajando a la cibdad de Los Reyes, dentro de pocos días, no fueron seis, con gran sentimiento de la cibdad, y, aun del reino, pero con gran conocimiento de Dios, recibidos todos los sanctos sacramentos, murió; hízosele solemnísimo enterramiento, donde se hallaron presentes Virrey, Audiencia, Inquisición y todas las Ordenes; así honra la Majestad de Dios a sus siervos que en las cosas de la fe le sirven. También murió antes el secretario Arrieta, y el licenciado Alcedo, fiscal: ambos

acabaron loablemente; en lugar del secretario Arrieta los Inquisidores nombraron por secretario, mientras de España venía otro, a Melchor Pérez de Maridueña, suficiente para el oficio por su mucha virtud y cristiandad, y en lugar del licenciado Alcedo a don Pedro de Arpide, el cual murió en Cartagena de camino para España; en lugar del secretario Arrieta vino de España proveído Jerónimo de Eugui, por secretario, varón de muchas y muy buenas prendas y loables costumbres, con las demás partes que para el oficio se requieren, como la experiencia lo ha mostrado y lo muestra.

Capítulo XLVI

De las virtudes del Visorrey don Francisco de Toledo

Al Visorrey don Francisco de Toledo dotó Dios Nuestro Señor de muchas y muy buenas calidades y partes, como quien lo había criado para gobernar; dióle bonísimo entendimiento, presto y subtilísimo, sino que a los de no tan bueno parecía confuso. Los de tales entendimientos en breves palabras incluyen mucho, y a los que no lo alcanzan parece confusión, por lo cual, el principio de proponérsele había de cogerle intento, porque después parecía confundirse e implicar muchas cosas. Amigo, como los demás señores, que en una palabra le propusiesen, o respondiesen, y aunque lo que proponía fuese arduo, no le daba gusto le pidiesen espacio para responder; decía que, pidiéndole término, era querer consultar al vulgo y a la plaza. En su tiempo, como habemos dicho, se descubrió el beneficio del azogue; envió mucha plata al Rey nuestro señor, así de los quintos como de otras cosas, y de un año para otro prometía más y lo cumplía. Era hombre casto y amigo de la castidad; comía como señor, su mesa abundante. Trujo buena casa de criados y pajes, y, el primero de los Virreyes que llevaba, yendo a caballo, los pajes delante de sí destocados. Fue libérrimo en no admitir dádiva, ni cohecho, ni nadie se le atrevió a tal; fue muy amigo de que se administrase justicia, y encargaba grandemente la ejecución de ella. Labró en este reino abundancia de plata, y mando esculpir particularmente en una mesa la guerrilla del Inga. Sacó la Universidad que en nuestro convento por cédula de invictísimo Carlos Quinto, de gloriosa memoria, en él había fundado, y púsola, como dijimos, en el lugar donde el Visorrey, de buena memoria, don Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, fundó el regimiento de San Juan de la Penitencia. Dábale mucho gusto se dijese dél deshacía motines y alzamientos, y sobre esto mandó dar tormento a dos españoles que de la cibdad de La Paz le trujeron presos a la de La Plata; no sé si tenían ánimo para ello; conocílos. Fue el primero Visorrey que mando le predicasen en Palacio. Salía pocas veces a pasearse a caballo por la cibdad, lo cual era frecuente en sus predecesores, el buen marqués de Cañete y el conde de Nieva. Reformó muchas cosas dignas de reformación, y cuando no hobiera hecho otra cosa sino reducir los indios a pueblos, había alcanzado bonísimo hombre de gobernador, y celoso de la policía y cristiandad destos indios. El cual, habiendo gobernado once años, si no fueron trece, se fue a España, donde en Lisboa besó las manos a Su Majestad mandóle ir a descansar a su casa, que se cree lo sintió demasiado, en la cual dentro de poco tiempo dio el alma a Dios de una apoplejía que no le dejó testar.

Capítulo XLVII

Don Martín Enríquez, Visorrey destos reinos

Importunado Su Majestad del rey Filipo nuestro señor por don Francisco de Toledo, Visorrey, proveyó en su lugar a don Martín Enríquez, Visorrey de México, el cual vivió en este reino poco más de dos años; gran gobernador, gran cristiano, gran limosnero; su salario, que son 40.000 ducados, repartía en tres partes: la una tercia parte para pobres; la otra, para su plato; la otra, para sus hijos. Era pequeño de cuerpo, delgado, el rostro un poco flaco. No consintió que ningún religioso que fuese a negociar con él, ni sacerdote, l'esperase mucho tiempo, porque tenía mandado a sus criados y, pajes que en viendo en la sala alguno deste género luego le avisasen, como no estuviese durmiendo o rezando. Luego que llevo a la cibdad hobo cierto rumor de ingleses, o nueva venida de Chile, y luego, por que no le hallasen desapercibido, nombró cuatro capitanes de infantería, todos nacidos en Los Reyes, hijos de conquistadores de los más principales: al capitán Diego de Agüero, capitán Juan de Barrios, capitán don Josephe de Ribera y capitán Pedro de Zárate, con 150 soldados cada compañía, y por capitán de los hombres de a caballo al licenciado Recalde; mandó en un domingo se hiciese la reseña; salieron los capitanes muy aderezados. El Visorrey fuese a las ventanas de Palacio, por debajo de las cuales pasaron los capitanes y soldados disparando sus arcabuces y haciendo su salva. Repartió la cibdad entre estas cuatro capitanías, mandando cada uno tuviese sus armas prestas y acudiese con ellas al tiempo de la necesidad a su bandera. La tierra, en el poco tiempo que gobernó gozó de mucha paz, y la cibdad de hartura; mas como Nuestro Señor fue servido llevarle para sí, a todo el reino dejó en gran tristeza; fue muy llorada y, sentida su muerte de toda la tierra en general, y, en particular de los pobres; murió recibidos todos los sacramentos; hízosele solemníssimo enterramiento en el convento de San Francisco.

Capítulo XLVIII

El Conde del Villar, Visorrey destes reinos

Por la muerte del excelentísimo y gran limosnero don Martín Enríquez, Su Majestad proveyó a don Francisco de Torres y Portugal, conde del Villar, bonísimo caballero y de acendrado ingenio para gobernar; amicísimo de hacer justicia y que ninguno de sus criados se oliese recibía la menor cosa del mundo; el cual, al que traía de España, por un no sé qué que dél se dijo le despidió en Tierra Firme y mandó volver a España; servíale después otro criado suyo mozo, llamado Cabello, al cual por ser comprehendido en ciertas dádivas que recibía le descompuso con gran infamia, y a un soldado, que se decía era el trujamán, llamado Gatica, le mandó, o por mejor decir condenó, al remo de las galeras, que estaban en el Callao, donde fue castigado valientemente; las cuales dos galeras, teniendo a cargo dellas el general Pedro de Arana, estuvieron muy tripuladas, particularmente la mayor, y otros dos navíos gruesos con su general llamado.... Sucedió, pues, por el estrecho de Magallanes entró el capitán Candelin, luterano inglés, y desembocó en esta mar con tres navíos, el uno de alto bordo, los dos pequeños, y descubriéndose en la tierra de Chile, luego el gobernador don Alonso de Sotomayor en un navío despachó, avisado de lo que había, a un muy buen soldado llamado Verdugo, el cual llegando a la cibdad de Los Reyes dio aviso al Visorrey, el cual se lo agradeció mucho, y aun prometió hacer mercedes; la cibdad se puso en armas, y el Callao; los capitanes nombrados por don Martín Enríquez, de buena memoria, quedáronse con solo el título, porque el Conde nombró otros; envió a Huánuco y aun a todas las cibdades los vecinos viniesen con sus armas y caballos, de las cuales vinieron de muy buena gana; pero como se tardó más de ochenta días que no pareció en la costa el enemigo, burlaban en Palacio y fuera dél del pobre Verdugo; ya no había quien le quisiese dar de comer, si

no era el licenciado Ulloa, a quien siempre le pareció ser verdadero el aviso. Los demás decían que alcatraces eran los que habían visto, y no navíos.

El enemigo, del largo viaje traía sus navíos destrozados; dioles lado en la bahía Salada, entre Caquimbo y Copiapó, en la costa de Chile, donde el capitán Francisco Draque dio al suyo y hizo su lancha; detenerse en esto fue causa no se mostrase en la costa, donde en las partes convenientes había sus atalayas.

No sabiendo nueva del enemigo en este tiempo (éralo de enviar la plata a Tierra Firme, así la de Su Majestad como de particulares), en dos navíos que había gruesos en el puerto, de Su Majestad y de armada, cargan toda la plata con la artillería en los navíos; despáchalos a Tierra Firme; despachados, y cerca ya de aquel reino, segunda la nueva que el enemigo había parecido sobre Arica, donde no se atreviendo ni a surgir, siguió su camino la costa en la mano, buscando leña, agua y mantenimientos, que ya le faltaban, pero en ningún puerto se atrevía a saltar en tierra para buscarlo; llegó al puerto de Pisco, a donde la villa de Ica y el corregimiento, con la gente que en él había, y en los valles comarcanos, había venido; tampoco aquí se atrevió a saltar en tierra. El conde del Villar ya había proveído lo necesario en el puerto, donde había más de 600 infantes y más de 200 hombres de a caballo, con muy buenas ganas de venir a las manos con el enemigo; empero no teníamos navíos gruesos para le buscar o seguir, ni artillería gruesa.

Nombró el Visorrey por General a su hijo don Jerónimo de Torres, de 22 años o 24, caballero de grandes esperanzas. A la sazón yo vivía en el convento de Los Reyes, y pidiendo licencia al Provincial me fui con un compañero al nuestro del Callao, donde vi todo lo que pasaba, y con ánimo, si se siguiera al enemigo, de embarcarme con los nuestros.

Una tarde, pues, tócase un arma a mucha priesa, que el enemigo se había descubierto con sus navíos y parecía traía su derrota de entrar en el puerto entre la isla y la tierra firme, lo cual no le pasó por el pensamiento; toda la gente de guerra salió a la plaza y estuvo en escuadrón; empero el luterano siguió su viaje la mar abajo, por detrás de la isla, de donde las atalayas le vieron muy claro, y pasando con su viaje, luego las atalayas vinieron diciendo el enemigo había pasado. Con esto se deshizo el escuadrón; ya no era necesario. Sabido por el general de las dos galeras, Pedro de Arana, el enemigo haber pasado, hizo un chasqui que en menos de media hora llegaba al Visorrey a la cibdad, como el mismo general Pedro de Arana, acabado de despachar, me lo vino a decir, avisando al Conde cómo el enemigo era pasado, y que agua arriba irle a buscar, teniendo el barlovento, no convenía, como se había hecho; pero ya habiendo pasado, iba perdido; que Su Excelencia le diese licencia para salir en pos dél, con sus dos galeras, que él se lo traería ajorro al puerto, y si no, le cortase la cabeza, porque el enemigo buscaba dónde tomar agua y leña, y ésta no la podía tomar sino en el puerto de Guarmey, donde necesariamente le había de hallar, cuarenta leguas del puerto del Callao, y allí con sus dos galeras le maniataría; yo le pregunté si las galeras estaban con el aderezo necesario, y respondióme: La grande puede ir de aquí a México y volver: la pequeña (era vieja) hasta Paita. El Conde, recibido este despacho, mandóle no se moviese hasta ver mandato suyo, el cual nunca llegó, y es cierto si sale el general Pedro de Arana con las galeras, le halla en Guarmey como lo había imaginado; allí surgió el enemigo y tomó agua y leña sin que nadie se lo estorbase. Luego, otro día que pasó el enemigo tractan de enviar dos navíos, los mayores que había en el puerto, tras él; mas

como no había artillería ni municiones, cesó todo. El luterano siguió desde Guarmey su viaje, y prosiguiendo la costa, más abajo de Trujillo encuentra con uno o dos navíos que de los valles venían para Lima cargados de azúcar, sebo, corambre y otras cosas; desbalijólos y dejó a sus dueños perdidos. En este mismo paraje, sobre el puerto de Zaña, llegó un navío llamado la *Anunciada*, cargado con más de 200.000 pesos de mercaderías, que venía de Tierra Firme para el puerto de la cibdad de Los Reyes, y el piloto e pasajeros, deseosos de saber nuevas del Perú, no conociendo al navío enemigo, arribaron sobre él, el cual les disparó muy cerca una pieza de artillería, diciendo: Amaina por la reina de Inglaterra; y como se iban llegando y oyeron las voces que amainasen, viéndose en un peligro tan grande, amainando las velas ya al medio de los mástiles se encomendaron muy de veras a Nuestra Señora del Rosario, la cual les hizo merced que sucedió una refriega de viento, embarazo las del navío luterano y las del navío católico pareció que las había aizado arriba, y en dos palabras se vieron libres de aquel peligro, el navío enemigo a sotavento y el nuestro poniéndose a la bolina prosiguió su viaje y en breve tiempo llegó al puerto de la cibdad de Los Reyes, en la cual a uno de los pasajeros oí lo referido, y los demás decían lo mismo, dando gracias a Nuestro Señor que por intercesión de su Santísima Madre les había librado.

Con el despojo de los dos navíos dichos, que le fue no de poco momento, pasó adelante y llegó a la isla de la Puna, donde descargó sus navíos y dio lado. Aquí tuvo una refriega con los vecinos de Guayaquil, donde le mataron 15 ó 16 hombres y quemaron parte de la jarcia, y si fueran hombres de guerra, o tuvieran capitán experto, le quemaran los navíos; pero como éste venía por azote para los mexicanos, contentáronse los nuestros con este pequeño efecto, como las vecinos de Santiago de Chile, que sabiendo había llegado un poco más arriba del puerto, salieron contra él, y con la gente que había echado en tierra pelearon: matáronle otros 16 ó 18 hombres, sin salir ni herido uno de los nuestros; prendieron tres o cuatro, los cuales si, como se trató aquella noche, se quedaran emboscados, les mataran muchos más, porque hobo quien dijo al corregidor, que era el capitán: Señor, quedémonos emboscados esta noche, que los enemigos han de salir a enterrar sus muertos y a tomar aguas y darémosle otra bativa arma, mayormente que ni de día ni de noche el artillería no nos puede hacer daño; no se recibió este consejo, y subcedió así, que los enemigos salieron en tierra y enterraron los muertos, y en el arena, por no se atrever a ir al río, temiendo daño, hicieron hoyos para sacar algún agua medio salobre. El capitán contentóse con lo hecho y no quiso pasar una mala noche.

Salió este pirata de la Puna; siguió su camino hasta el puerto de la Navidad, en la costa de México, adelante de Guatulco, donde vienen a reconocer los navíos de la China; allí vino uno muy grande: dicen traía oro de mercadería; como venía descuidado sin armas, facilísimamente le rindió, y dejando azotado al reino de México, volvióse a su tierra con mucha más hacienda que llevó Francisco Draque.

Después desto, pasado casi año y medio, no sé qué se les antojó a los del Callao, o algunos dellos, que a las diez de la noche había visto un farol cerca de la isla por sotavento della; tocan arma en el Callao; despachan al Conde a poco menos de media noche; tocan arma en la cibdad; alborótase toda. El General de los navíos de la armada que estaba en el puerto, sin orden del Visorrey levanta anclas y parte con sus dos navíos en busca del farol, y así se lo escribió al Visorrey. El Visorrey, a las tres de la madrugada parte de la cibdad para el puerto con lo mejor della, dejando echado bando que todo el pueblo le siguiese. A la sazón yo era prior de nuestro convento de Los

Reyes; fuime al puerto; llegué ya que era amanecido, y al Conde ofrecíle ochenta religiosos, si fuesen necesarios, para seguir al enemigo o defender el puerto, que ni pasasen de cincuenta años ni bajasen de 25; agradeciómelo mucho, y dijo: Con tan buen socorro no hay que temer aunque toda la Inglaterra venga, y cumpliera mi palabra, porque vivíamos en el convento 120 religiosos; de otras religiones no sé que saliese nadie.

Quiso Dios, y no fue nada, ni tal farol hobo, sino que al que hacía la guardia aquella hora, un planeta se ponía al poniente un poco más encendido que otras veces, y parecióle farol, o los ojos los debía tener encendidos, y alborotó el puerto y la cibdad, y al buen viejo conde del Villar hízole llevar una mala noche en peso, que no durmió en ella ni media hora.

Antes desto, estando el Conde en el Callao, habiendo despachado el armada con la plata para Tierra Firme, subcedió un temblor de tierra muy grande, que arruinó muchas casas en el Callao, y en la cibdad hizo lo mismo; fue uno de los mayores que se han visto en este Perú y tras él en el Callao se siguió retirarse la mar y luego volver con tanta vehemencia e ímpetu, que saliendo de madre anegó muchas casas y derribó, y el Conde, que estaba a la sazón, como habemos dicho, en el puerto, corrió mucho riesgo de la vida, porque las casas donde posaba, que eran de Fulano Trujillo, dieron consigo en el suelo, y la mar llegó y entró por ellas, y si no fuera por buena diligencia, y principalmente porque Nuestro Señor le quiso guardar, allí pereciera, porque en acabando de salir huyendo de lo uno y de lo otro, la escalera y lo alto dio consigo en el suelo.

Gobernó muy bien, poco más de cuatro años, aunque sus continuas enfermedades no le daban tanto lugar; tenía muy entero el entendimiento, con ser muy viejo; a sus importunaciones, el Rey nuestro señor le dio licencia para dejar el cargo; fuese a España, y como era viejo en breve tiempo acabó sus días en buena vejez.

Capítulo XLIX

Su Majestad provee a don García de Mendoza por Visorrey destos reinos

El conde del Villar, viéndose enfermo, cargado de años y cuidados del gobierno deste Perú, con cartas suplicaba a Su Majestad le librase de tan pesada carga; libróle della y diola a don García de Mendoza, hijo del gran limosnero y amigo de pobres marqués de Cañete, de felice memoria, Visorrey que fue destos reinos, el cual vino con su padre ya conocido en toda esta tierra, y dende su tierna edad dio muestras de lo mucho que había de ser y valer, y aunque cuando llegó a estas partes no había heredado el marquesado, y gobernando aca lo heredó, siempre le llamaremos marqués de Cañete. La nueva de su proveimiento causó mucha alegría en los ánimos de quantos vivíamos en estas regiones, porque se entendió había de ser para gran bien dellas (como lo fue), siguiendo las pisadas de su padre. Con próspero viaje llegó a Tierra Firme, y de allí al puerto del Callao; no quiso desembarcarse en tierra ni venir por ella, por ahorrar de gastos a los indios y a los españoles. Trujo consigo a la ilustrísima señora doña Teresa de Castro y de la Cueva, su mujer, señora de grandes virtudes, gran cristiana, de quien en breve no se puede tractar, dejándolo para otra cojuntura, y a don Beltrán de la Cueva, su cuñado, caballero de admirables y grandes virtudes, que les son como naturales a la sangre de donde descienden. Fue recibido el Marqués solemnísimamente con mucho

aplauzo y gasto de los vecinos, estantes y habitantes; halló en la cibdad al conde del Villar, a quien tractó con la cortesanía y respecto que se le debía, y el Conde hizo lo mismo como nobilísimo y generosísimo caballero. Quitó luego algunos gastos excesivos que se hacían en el puerto del Callao, de la hacienda de Su Majestad. Certificáronme eran más de 300.000 pesos cada año; tractó de hacer las casas reales; hízolas muy buenas y estrados para el Audiencia, sin llegar a quinto ni a otra hacienda de Su Majestad, sino mandando aplicar condenaciones. Halló la ciudad un poco hambrienta; en el tiempo que gobernó, casi seis años, siempre la tuvo muy abastada de pan y de lo necesario. Tuvo ánimo y valor para hacer lo que ninguno de sus antecesores, desde don Francisco de Toledo acá, se atrevió a hacer, ni el mismo don Francisco de Toledo con ser tan temido, que fue asentar las alcabalas; mandábaselo así Su Majestad expresamente. Oí decir a un criado suyo, y fidedigno, que muchas noches se le pasaban en blanco, no pudiendo dormir, antes que las pregonase, buscando unos y otros medios cómo sin riesgo del reino se asentasen, y viendo las dificultades que se le ofrecían, todo era sospirar. Por una parte temía alguna rebelión; por otra, si no lo hacía, perdía mucho de su crédito con Su Majestad, que le mandaba con los mejores medios que pudiese las asentase, y no las dejase de asentar; finalmente, dióse tan buena maña, que las publicó, asentó e hizo recibir, y aunque se temió algún escándalo, no en la ciudad de Los Reyes, sino en las demás del reino, fue Nuestro Señor servido se aceptasen como justísimo derecho debido a Su Majestad, y no se paga sino a dos y medio por ciento.

Capítulo L

Quito no quiere recibir las alcabalas, y medio se rebela

Entre todas las cibdades destos reinos, sola la de Quito no quiso acudir a lo que al servicio de su Rey debía, en la cual no sé cuántos criollos (así llamamos a los acá nacidos) de poco juicio, particularmente al que tomaban por cabeza, un muchacho de treinta años, de poca cordura y menos experiencia, que no sabia limpiarse las narices, encomendero y de buena renta y bastantes haciendas, casado, hijo del contador Francisco Ruiz, a quien conocí, conquistador y gran servidor de Su Majestad en la tiranía de Gonzalo Pizarro. Estos, con otros nacidos en España, no quisieron recibir las, y casi se pusieron en arma, a los cuales el Audiencia Real no fue poderosa para refrenarlos, no sé si por faltar el ánimo al Presidente, doctor Barros, y a los demás Oidores, o por otros respectos de atraerlos por bien. Tuvieron éstos más que necios hombres por muchos días nombrados sus oficiales de guerra, y cada día su escuadrón en la plaza de 1.800 hombres, los más arcabuceros.

El que los bandeaba y por cuyo consejo particularmente se regían era un Fulano Vellido, hombre bajo y atrevido, muy adeudado, lo cual le sacó de juicio a ser el autor deste disparate; empero, viendo el Audiencia que el todo deste dependía, dio orden cómo en secreto, en una reseña que ellos hacían, le matasen, en la cual le dieron dos arcabuzazos, de que murió en su cama, sin saber los demás quién se los dio. Era cosa de muchachos y como muchachos se perdieron.

El Marqués, con cartas y mensajeros y con todos los buenos medios posibles, prudentes y amigables, les rogaba se quitasen y no quisiesen ir contra el servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, y no se señalasen ellos solos, habiendo el Cuzco, la cibdad de La Plata y Potosí, con las demás del reino, admitido las alcabalas, enviándoles testimonio de todo; y no aprovechando cosa alguna, antes cada día se iban

desvergonzando más, determinó el Marqués enviar allá con título de capitán general y justicia mayor al General de las Galeras, Pedro de Arana, con cincuenta lanzas y arcabuces, el cual partiendo del puerto y llegando a Guayaquil, de donde sacó alguna más, convocó también de la ciudad de Cuenca otra poca, y, con toda ella se puso a 25 leguas de Quito en el pueblo de Riobamba, amonestándoles se redujesen al servicio del Rey, deshiciesen la gente, no saliesen cada día en alarde a la plaza y despidiesen los oficiales de guerra que tenían nombrados, y a la Audiencia dejasen libremente hacer justicia, no la teniendo o presa; pero todo era cantar a sordos, porque a un regidor de Quito, llamado Francisco ó Pedro de Arcos, enviaron a un pueblo llamado Llactacunga, doce leguas de la cibdad, hombre de más de 80 años, a hacer pólvora, que es la mejor del mundo (son los materiales bonísimos), el cual, llegando, luego quitó la vara al corregidor del Rey, puso otro en su lugar, hizo su pólvora, y desde allí enviaba cartas de desafío al general Pedro de Arana, diciéndole se volviese, y si no quería que ya ambos eran viejos y podían vivir poco, que los dos en campo averiguasen la justicia deste negocio; mas el General disimulaba y reíase de la locura del regidor; este buen hombre escribió también a los de Quito le enviasen ducientos arcabuceros, que él echaría de la tierra al General Arana, aunque con otras palabras, llamándole vejezuelo; los de Quito no se atrevieron o por no acabarse de declarar o por otros respetos. Si lo hacen, se declaran totalmente, y declarados teníamos la guerra civil en casa.

Mas el General Pedro de Arana fue madurando y esperando, y cansándolos, con mucha prudencia, hasta que vinieron a deshacer la gente y a no salir, ni estar en escuadrón en la plaza, en el cual, si no eran algunos vecinos viejos, los oficiales de la Audicencia y los del Sancto Oficio, todos los demás entraban en el escuadrón cada día, y el comisario de la Inquisición con sus ministros, uno de los cuales es hermano mío, que sirve el oficio de notario, salió de la cibdad y fue hasta Riobamba, donde estaba el General Arana, a ofrecerse a todo lo que les mandase, como servidores de Su Majestad; recibiólos muy bien y mandólos se volviesen a la cibdad para que le avisasen de lo que pasaba. Así, deteniéndose y madurando las cosas con mucha prudencia, el mismo que había de ser cabeza, Juan de la Vega, se le vino a rendir y a excusar; mandóle también con otros no sé cuántos mozos que con él vinieron, se volviesen y quitasen; volviéronse y quitáronse; ya no había estruendo de armas en la cibdad, en la cual fácilmente entró; puso en libertad al Audiencia, su gente apercebida en la plaza: hacíansele las ceremonias de guerra que se suelen hacer a los Generales cada día; prendió, procedió contra los culpados; a los que pudo haber a las manos ahorcó, y entre ellos al vejezuelo Arcos, dándole por traidor, derribándole su casa y arándose la de sal; fueron 24 ó 25 los que justificó, y justificara a más si el Marqués no le fuera a la mano, teniendo y usando de misericordia con los presos; a Juan de la Vega no le pudo haber; vínose a escondidas a la cibdad de Los Reyes; confiscóle los bienes y dióles por perdidos; quitóle la encomienda de los indios; perdió su casa, hacienda y el nombre que su padre había ganado. El marqués no supo estaba en Lima escondido; los que le tenían escondido dieron orden cómo se fuese a España y presentase delante de la Majestad del Rey nuestro señor, o de su Consejo Real de indias, que teniendo atención a los servicios de su padre, que por ser conquistador y servidor del Rey en la tiranía de Gonzalo Pizarro le quitó los indios y sus haciendas, y le hizo ir huyendo a México, le perdonaría; mas el miserable de su hijo, por querer ser traidorcillo, perdió cuanto le dejó su padre; argumento eficaz que confirmó aquella verdad: No gozarán los terceros herederos los bienes mal ganados. No sabemos si Su Majestad ha usado con él de su acostumbrada clemencia. Los religiosos de las Ordenes mostraron lo que debían en servicio de Dios

Nuestro Señor y de su Rey, si no fue uno a quien sus prelados castigaron rigurosamente con justicia.

Los nuestros, entre los demás, cuando tenía esta desbaratada canalla a los Oidores como presos y opresos, sin consentir se les diese de comer, rompiendo por el escuadrón estraban en las casas reales, y les llevaban la comida en las mangas de los vestidos. Si estos traidorcillos se declararan de todo punto, mucho era el riesgo que se corría de perderse el reino, porque ni por mar ni por tierra les podían hacer daño; tiene pasos fortísimos aquella provincia para entrar en ella, los cuales ocupados, no dejaran entrar un pájaro, y de asentadero pueden derribar a los que contra ellos fuesen, y mientras más fueran, más perdidos; por lo cual ni el Marqués ni el General Pedro de Arana tienen que atribuirse mucho en esta pacificación, sino atribuirla toda a Nuestro Señor, como lo hicieron, y a las oraciones y disciplinas de todos los conventos de la cibdad de Los Reyes; soy testigo que en el nuestro todas las noches después de maitines había oración común, y en la casa de novicios tres días en la semana también disciplina y oración común sin la que había en la iglesia de los padres sacerdotes, que en ella se quedaban en oración particular, y después andaba la disciplina, todos suplicando a Nuestro Señor no nos castigase con guerra civil. Nuestro Señor dio la paz, que no se esperaba por manos solas de hombres poderse alcanzar.

Lo mismo se hacía en los demás monasterios; yo escribo lo que en el nuestro vi, y fue la Majestad de Dios servida se apagase aquesta centella, por hacernos a todos merced. Ganada esta paz, llana la cibdad, castigadas las cabezas y otros que se habían desvergonzadamente señalado, el Visorrey proveyó por corregidor y con título de capitán general a don Diego de Portugal, caballero muy conocido y de partes muy necesarias para aquella cibdad, mandando se viniese el General Pedro de Arana a la cibdad de Los Reyes para hacerle merced, en nombre de Su Majestad, por sus servicios. El cual llegando al Callao por la mar, donde el Marqués estaba despachando contra un inglés, como luego diremos, que ojalá llegara un mes antes, le recibió muy bien y dióle 6.000 pesos de renta por dos vidas; empero, como era muy viejo, gozólos poco: dentro de breves meses murió. Otras sombras de rebelión hobo en el Cuzco, de gente muy baja, que es asco tractar sus oficios, ni ponerlos en historia: un botijero y un no sé qué más, pagaron su desvergüenza en la horca, porque otro lugar mejor no merecían.

Capítulo LI

El Marqués tiene aviso de Chile que un pirata inglés ha llegado aquella costa

Acabado con tan buen subceso lo que de Quito se temía, dende a pocos meses tuvo el Marqués aviso por un navío, despachado del puerto de Valparaíso de Chile, que un pirata luterano inglés había, sin se haber descubierto en otra parte de toda aquella costa, entrado en él con un solo navío de 300 toneladas, muy fuerte y bien artillado, y una lancha, y como entró de repente habíase hecho señor de los navíos, donde halló matalotaje bastante de vino, tocino, biscocho y otras cosas, y luego puso bandera de paz y de rescate; rescatáronse los navíos, aunque dicen Su Majestad tiene mandado no se haga, mas entonces fue necesario, porque si no se rescataran, los quemara, y no se avisara de Chile su entrada, como se avisó; porque en anocheciendo, el un navío alzó anclas y velas, y cogió la delantera al enemigo y vino a dar el aviso con tiempo.

Cuando el pirata llegó al puerto de Valparaíso, en uno de los navíos estaba su piloto y maestre, llamado Alonso Bueno, casado en la ciudad de Los Reyes, el cual al general de navío dijo (era hombre noble y confiado): Bien sé que me has de matar; en la ciudad de Los Reyes tengo mujer y

hijos y hacienda, y debo y me deben; dame licencia para hacer una memoria que sirva como de testamento, para se la enviar a mi mujer y descargar mi ánima, y sepa lo que le queda a ella y a sus hijos. El pirata se lo concedió, porque no le quiso rescatar, tomándole por piloto para toda esta costa y la de México. Alonso Bueno, con esta licencia, tomó tinta y papel, y escribe al Marqués dándole aviso del navío del enemigo, cuán grande, cuán fornido, qué gente y qué piezas de artillería traía, y cómo le llevaba por fuerza por piloto de toda esta costa; pero que él le llevaría poco a poco, y le metería en el Callao; que tuviese dos navíos gruesos a la punta de la isla, para que no se pudiese huir, y a dos bergantines fuera de la isla al barlovento della, que en viendo el navío enemigo huyesen para que el enemigo los siguiese y se metiese en el puerto, y se lo pornía en las manos como lo venía haciendo. Este aviso diolo secretamente en el puerto de Valparaíso al capitán Ramir Yáñez de Saravia, vecino de la ciudad de Santiago, que allí había venido con gente, entraba y salía en el navío enemigo, para que con la brevedad posible en uno de los navíos rescatados, en siendo de noche, lo despachase al Visorrey del Perú, lo cual así se hizo, y el general del navío inglés no le pidió el testamento, creyéndole; si se lo pidiera antes de darlo, luego ahorcara a Alonso Bueno. Recibese el aviso, y despachase el navío, y fue Nuestro Señor servido que no le faltase viento y llegase muchos días primero qu'el enemigo. Todo lo cual sabido por el Visorrey, no le temió, antes se alegró, por esperar en Nuestro Señor le había de haber a las manos. Luego nombró por general de dos galeones que había en el puerto, muy buenos, a su cuñado don Beltrán de la Cueva; por almirante, a don Alonso de Carvajal, caballero de hábito de Calatrava. Añadió otro navío grande y muy bueno, de quien señaló por capitán a... Manrique, Y como aquel a cuyo cargo tenía el reino, estaba apercebido de mucha munición, pólvora, balas rasas y de cadena, bombas de fuego, mucha y muy buena artillería, que se labra en la ciudad tan buena como en Alemaña, piezas de cuarenta quintales y más; fuese al puerto, en siendo avisado el luterano había llegado a Arica, donde no se atrevió ni a surgir; dio prisa al buen aderezo de los navíos, y en la Almiranta nombró otro capitán a... de Pulgar, hombre experto en la guerra, como el capitán Manrique. Proveyó otras tres fragatas, que fuesen como busca ruido, y en ellas nombró sus capitanes: en la una, a... García Gorvalán, cursado mucho en la mar, y para que si fuese necesario vinieran a dar aviso de lo que pasaba, hizo gente y pagóla; hobo muchos hidalgos y caballeros que se ofrecieron, a su costa, ir sirviendo, y aun pagaron soldados, como fue Luis

de la Serna, regidor de Los Reyes, que por ser viejo y enfermo no fue a servir en persona: envió cuatro soldados a su costa; y otro vizcaíno... Vergara, con otros dos y su persona hizo lo mismo, a quien el Marqués lo agradeció mucho y alabó. Pidió religiosos en los monasterios; la obediencia me mandó fuese con un compañero, llamado fray Bernardino de Lárraga, y fuimos en la Almiranta; en la Capitana iban dos padres de la Compañía, por respecto del padre Hernando de Mendoza, hermano del Marqués y cuñado del General. En el otro navío, llamado *San Joanillo*, y por otro nombre Nuestra Señora del Rosario, dos religiosos de Nuestra Señora de las Mercedes; iban en nuestro navío, pagados, casi ochenta soldados y más de treinta hijosdalgo y caballeros a su costa; en la capitana, otros tantos y más, y con el capitán Manrique, fuera de los soldados, otros amigos suyos, hombres de vergüenza, y entre ellos el capitán Baptista

Gallinato. Aprestáronse los navíos muy bastantemente, y seis o siete días antes que partiésemos llegó de Quito el general Pedro de Arana en la galizabra, capitán della Joan Martínez de Leiva de Lizárraga, que después fue en demanda del enemigo, y llegado persuadía al Marqués le diese licencia para ir en esta armada con su galizabra, navío menor que cualquiera de los tres, y hacía mucha agua. Al cual, diciéndole el Marqués: ¿Cómo quieres ir, si la galizabra hace tanta agua que de tres a tres horas da a la bomba? Al cual respondió graciosamente: También, señor, un hombre orina de tres a tres horas, y no se muere. Pasó esto por donaire, y no le dejaron ir.

Capítulo LII

Parte la armada del puerto en busca del enemigo, agua arriba

Con tanto y buen recado los navíos, con tanta y buena gente, y mejores ganas de se ver con el enemigo, nos hicimos a la vela una tarde, y antes el Marqués visitó los navíos y prometió hacer mercedes a todos, animándolos a que cada uno hiciese lo que debía, así al servicio de Nuestro Señor como de nuestro Rey.

Otro día salimos fuera de la isla y fuimos en busca del enemigo, que no sé si fue muy acertado, por tenemos cogido el luterano y ganado el barlovento, el cual en esta mar y en todas es la mayor parte de la victoria, y principalmente en esta nuestra costa; porque como los navíos no sean igualmente veleros, unos suben más, otros menos, que es unos son mejores de la bolina que otros, por lo cual no pueden ir en conserva como cuando navegan a popa, ni se pueden socorrer los unos a los otros tan prestos, y a veces es imposible socorrerse. Empero al Marqués parecióle no era posible el enemigo írseles de las manos, y pretendió tenerle rendido antes que al paraje de Lima llegase. Nuestra Almiranta y el pataje donde iba el capitán García Gorvalán eran los mejores veleros, y por esta razón éramos los más delanteros. La orden que llevaba era ésta: que no nos desabrazásemos de la tierra de diez a doce leguas, y que a las noches fuésemos la vuelta de la mar, y de día viniésemos la vuelta de la tierra, que era lo cierto e conveniente. El Marqués tenía por momentos chasquis por tierra, con aviso dónde llegaba el enemigo. El armada seguía su derrota en busca dél. Sucede, pues, que llega el enemigo a la playa de Chincha, y luego fue dello avisado el Marqués, el cual despachó un barco de pescadores, con orden que no parase hasta hallar el armada, avisando al General dónde había llegado el corsario, y que dos o tres días se había detenido en aquella playa. Alonso Bueno venía cumpliendo todo lo que había escrito. Sábado, pues, víspera de la Trinidad del año 94, a la tarde, hallándonos un poco en alta mar, siete leguas más abajo de donde el enemigo estaba, llega el aviso del Marqués a la Capitana. El General disparó luego una pieza de artillería; llegaron los dos navíos gruesos y patajes. No sé quién le aconsejó que mandase aquella noche le siguiesen, porque haría farol, y dio cuenta del aviso que tenía del Marqués; hízose su mandado, y en lugar de ir la vuelta de tierra la vuelta de la mar, venimos la vuelta de tierra, con pocas velas y viento, y con unas olas muy hinchadas que daban muestra del mucho temporal que otro día habíamos de tener. Cuando amaneció y volvíamos la vuelta de la mar, porque nos hallábamos no cinco leguas de tierra, descubrimos al enemigo al barlovento de nuestra armada, a lo que decían los pilotos cuatro leguas más arriba, el cual, como nos descubrió, preguntó a Alonso Bueno ¿qué navíos eran aquéllos? Respondióle: los grandes llevan mercaderías a Arica para Potosí; los pequeños son barcos que van por vino y trigo a los valles que dejamos atrás; pero viendo que íbamos la vuelta de la mar, y como en su seguimiento, él también dejó de venir a popa vía, y viró la vuelta de la mar a la bolina; el pataje donde

iba el capitán Gorvalán hallóse más a barlovento que ninguna otra de nuestras velas, y tiró tras él, y le ganó el barlovento; pero como era pataje, y sin gente ni artillería, no se atrevía a aferrar con el enemigo, y aunque aferrara era imposible nosotros favorecerle, digo la Almiranta, que se halló más a barlovento que las demás velas; tras nosotros, y a sotavento, se seguía la nao del capitán Manrique, la Capitana se halló más metida en tierra y más a sotavento; visto al enemigo, y su lancha delante dél, luego le comenzaron a seguir, atesando las velas todo lo posible para alcanzarle y pelear con él conforme al orden que del Marqués se llevaba; mas fue Nuestro Señor servido que cargó tanto el viento, y con tanta furia, que la Capitana quebró el mástil mayor de gavia, y no pudiendo sufrir la fuerza del esgarrón arribó a popa al puerto; lo mismo hicieron los patajes. Es cierto que en mi vida ceñí espada, y que viendo al enemigo y cuán lejos estaba de nosotros, y el viento que tomaba más fuerza, que ni me alboroté, ni pareció habíamos de venir a las manos. Nuestra nao seguía al enemigo, y en pos de nosotros la del capitán Manrique, y atesando todo lo posible las bolinas, con la furia del viento rómpesenos el boliche de la vela mayor de gavia, que para tomarle y coserle se pasaron más de dos horas, y como sin vela mayor de gavia, ni a bolina ni a popa salgan ni navegue mucho el navío, en este tiempo el navío del capitán Manrique nos cogió el barlovento, y delante de nosotros iba navegando, cuando con una ola muy grande da una cabezada el navío y hace pedazos la antena mayor, y no pudiendo navegar, ya nuestra vela de gavia estaba cosida, fácilmente le dejamos atrás, y nunca más le vimos hasta lunes otro día a las diez horas. La Almiranta, pues, sola iba siguiendo al luterano, y ganándole tierra, el cual bien creyó habíamos de pelear; echó la barca fuera, y alijó su navío limpiándole la cubierta; todo esto vimos, e ya que anocheció no estábamos media legua dél, pero en anocheciendo, cerrándose la noche, aunque seguimos un poco de tiempo nuestra derrota, viéndonos solos amaináronse las velas y con pocas y bajas íbamos la vuelta de la mar; ya que amaneció, ni navío de amigo, ni de enemigo, víamos. La culpa que tan mal nos sucediese, y que un solo navío con una lancha se nos fuese no se ha de atribuir sino a la soberbia nuestra: por ventura nos parecía éramos poderosos contra toda Inglaterra. También la echamos al que dio el consejo que la víspera de la Trinidad, sábado, en la noche viniésemos la vuelta de tierra; porque es así cierto que, si se hace y guarda la orden del Marqués, y aunque no la diera se había de guardar, que de noche fuéramos la vuelta de la mar, de día a la tierra, cuando volviéramos, el domingo de la Trinidad, sobre tierra, hallábamos al enemigo sobre ella y el armada a barlovento dél, y era imposible írse nos; a la mar no se podía ir, porque se la teníamos ganada; pues había de abordar en tierra; eso queríamos, sino que debió imaginar quién dio el consejo que, como estábamos enmarados y no mucho, cuando llegó el aviso del Marqués donde estaba el enemigo, si el bordo de la mar lleváramos aquella noche, el enemigo pasara entre la tierra y nosotros, y por ventura, o no le viéramos a la mañana, o no le alcanzáramos, y otra excusa no hay; también es cierto que si el capitán inglés fuera hombre de conocimiento de mar, muy a su salvo pudiera cazar a popa contra la Almiranta, viéndola sola y sin quien la pudiera favorecer, si esto hace, necesariamente habíamos de huir, porque no le habíamos de esperar con el lado descubierto a la bolina, para que en él asentara su artillería y nos echara a fondo. Nuestro navío era imposible poder disparar contra él, porque las escotillas del artillería estaban calafeteadas, y cuando no lo estuvieran, no nos podíamos aprovechar dellas, por el barlovento, por no estar muy altas, y no se poder hacer puntería: por el sotavento menos, por ir debajo del agua, sino qu'e'l enemigo, conociendo no le podíamos esperar, no quiso acometernos, y la mar andaba tan alta, que ni los de barlovento ni los de sotavento se podían aprovechar de pieza ni de arcabuz, y llegados a aferrar, mejores éramos que ellos.

Capítulo LIII

Vuélvese la armada al puerto

El Almirante, viéndose solo en alta mar, púsose mar al través para ver si algún navío de los nuestros parecía, y en particular el del capitán Manrique, el cual a hora de medio día llegó donde estábamos, a quien el Almirante mandó no se desbrazase de nuestro navío, y habido consejo pareció se debía ir al puerto en busca del General para seguir su orden, y no le hallando en la mar, cuatro leguas antes de entrar en el puerto despachó el Almirante a un criado suyo con el maestre del navío, llamado Andrés Gómez, dándole relación de lo que pasaba, y no entraría en el puerto hasta ver su mandamiento, porque no sabía del General; recibido este despacho, el Marqués le mandó se volviese al puerto, y dentro de tres días se aderezase y proveyese de todo lo necesario, y con título de General, con el navío del capitán Manrique, se partiese luego y siguiese al enemigo hasta Inglaterra, y la conducta de capitán general se la enviaría al puerto. Con este recado nos volvimos al puerto, a donde aún no había entrado la Capitana, no poco tristes, porque a seis velas se nos había el enemigo ido; la culpa ya dije fueron nuestros pecados y soberbia, y el que aconsejó aquella noche viniésemos el bordo de tierra; no la tiene el General, porque no sabe de bordos de mar ni de tierra, ni marear velas; sabe gobernar un ejército entero, sabe pelear y mandar pelear, y sabe acudir a la sangre ilustrísima de donde descende. Porque pasó así: recibida por el Almirante la respuesta del Marqués, me enseñó la carta y le dice: Señor, esto no habrá efecto, porque el General no desembarcará en tierra hasta verse con el enemigo y traerlo rendido, o morir en la demanda, y cuando el Marqués le quite el cargo, irá por soldado, porque a su ser y honra no le conviene otra cosa; y así fue, porque surto en el puerto y sabido lo que el Marqués proveía, no quiso salir del navío, sino fue un domingo a oír misa, y luego se volvió a embarcar, y finalmente, viendo el Marqués que el General no quería dejar de ir en busca del enemigo con el oficio, o como soldado, le mandó seguir al luterano tomando la nao Almiranta por capitana, y a la galizabra por Almiranta, en que se embarcase el Almirante. El cual pareciéndole se le hacía agravio, porque la galizabra es navío pequeño, y apenas cabían en él sus hijos, que llevaba dos mancebos de buenas esperanzas y pensamientos, como lo mostraron visto el enemigo, ni sus criados, pidió le diesen la Capitana en que meterse, la cual a su costa aderezaría, pues el daño no era tanto ni de tantos días, donde serviría como lo había hecho, y habría lugar para su casa y criados y los demás hijosdalgo y caballeros que se le habían allegado; en esto se pasaron algunos días, pocos, y no concediéndosele lo que pedía, pareció no satisfacía a su honra, y se le agraviaba (y si era agravio o no, no es de mío juzgarlo), se quedó y con él los caballeros y hijosdalgo que a su mesa sustentaba muy cumplidamente, y los religiosos que con él íbamos también nos quedamos.

Capítulo LIV

El Marqués despacha segunda vez en seguimiento del enemigo

Excusándose don Alonso de Carvajal porque no le daban, o su navío, o la Capitana, como habemos dicho, el Marqués nombró por almirante a Lorenzo de Heredia, hijodalgo, nacido en la cibdad de Huánuco, hombre de brío y buenas partes, dándole la galizabra, y en ella por capitán al mismo que la ha traído y nombramos arriba, gran enemigo de ingleses, sin temor alguno dellos, por haberse visto muchas veces en la mar del Norte y peleado con ellos, y haber hecho muchas y muy buenas suertes, que a esta

sazón ya tenía dado a la galizabra y tomándole el agua, donde se metieron los soldados necesarios; el General, con la brevedad posible, con sólo dos navíos muy bien aderezados y con soldados pagados; de los demás caballeros hijosdalgo que la primera vez a su costa fueron, pocos o ningunos admitió; partió del puerto del Callao, y llegando a la playa de Trujillo halla allí al piloto Alonso Bueno, que unos dicen el enemigo le echó en tierra, otros que de noche se lanzó a la mar, y nadando se escapó; recibiólo el General en la Capitana, y fuese con él; llegó al cabo de San Francisco, o un poco más abajo, antes que el enemigo atravesase para Tierra Firme; descubriéndolo la galizabra aferró con él, y la Capitana, queriendo darla favor, aferró también con la galizabra y la nao enemiga; peleó valientemente con los enemigos, de los cuales murieron más que los nuestros, y desaferrándose pelearon hasta que la noche los despartió, a cañonazos; los ingleses se espantaban viendo cuán buen artillería era la nuestra; porque les pasaban de claro en claro el navío.

Otro día de mañana tornan los nuestros a ver al enemigo (que fue necio, conociendo la ventaja de nuestra parte, aquella noche no mudar derrota y escaparse); torna la galizabra aferrar con él y a pelear, pero desaferrándose la nao enemiga dispara una pieza de artillería y da con el mástil mayor de nuestra galizabra en el agua; luego tocóle un clarín como cantando victoria; mas nuestro capitán Leiva de Lizárraga no por eso desmayó, y llegándosele el General le dijo se recogiese a un puerto allí cercano, para se reparar; respondió no tenía necesidad, porque con medio mástil seguiría al enemigo, y le rendiría, y replicándole el General que con qué velas, dijo: de las orejas mías haré velas para seguirle; llegó la noche y despartieronse; otro día de mañana tornan a ver al enemigo, al cual ya faltaba la gente, por. que viendo los nuestros que las velas aquella noche no las habían renovado ni cosido, que estaban hechas arneros de las balas de nuestra artillería, conocieron que ya. no tenía gente y le habían muerto mucha; con esto vanse nuestros navíos para el enemigo, y quiso Dios que disparando la galizabra una pieza da en la triza de la vela mayor y échala en el suelo; de la Capitana se dispara otra, que se llevó tres o cuatro soldados, apercebidos para en aferrando ponerse fuego y quemarse a ellos y a los nuestros. Entonces el cosario inglés levantó una banderilla en que confesó rendirse, entraron los nuestros dentro, saquearon lo que pudieron y alegres con la victoria, preso y rendido el enemigo, fuese a Tierra Firme al puerto de Panamá, a donde rehizo las quiebras de los navíos. Subcedió esta victoria día de Nuestra Señora de la Visitación, 2 de julio del año 94, como dijimos; luego despachó el General un caballero de los criados del Marqués con la nueva de la victoria; llegó a Los Reyes en breve, porque saltando en tierra, y caminando de día y de noche, mudando caballos, fue en menos de 25 días, a las 10 de la noche. El Marqués a aquella hora avisó a la iglesia mayor y monasterios repicasen las campanas, y saliendo de su casa, acompañado de toda la cibdad, a caballo, anduvo las estaciones por los monasterios dando gracias a Nuestro Señor por la victoria, y tan a poca costa de los nuestros.

Todo lo referido vi en una carta quel padre presentado fray Tomás de Heredia me escribió, sacada de otra que su hermano el almirante Lorenzo de Heredia le escribió de Tierra Firme.

Gobernó el Marqués seis años estos reinos, sin que le subciese cosa mal en que pusiese las manos, enviando cada año mucha plata a Su Majestad más que ningún Virrey antecesor suyo, porque sacó mucha de la composición de las tierras y heredades que los españoles poseían, para que se les quedasen fijas y perpetuas, sin que dende en adelante hobiese pleito sobre ellas; vendió otras muchas que estaban yermas por no

haber herederos algunos, particularmente en los Llanos. La cibdad de Los Reyes estuvo abundantísima de pan y demás mantenimientos, y las cosas todas puestas en mucho orden y concierto, sin que en todos estos seis años sucediese en el reino disparate digno de memoria, si no fue el de Quito, que largamente habemos referido. A su importunación Su Majestad le hizo merced mandarle ir a su marquesado, porque estando acá le heredó, dejando en el gobierno deste reino al Visorrey don Luis de Velasco; caballero del hábito de Santiago, que gobernaba los reinos de México, el cual agora con mucha rectitud y cristiandad nos gobierna.

Capítulo LV

De la jornada y descubrimiento que hizo el adelantado Álvaro de Amendaña

Aunque arriba brevemente tractamos del descubrimiento primero que hizo Álvaro de Mendaña, gobernando los reinos del Perú el licenciado Castro, y el segundo de que agora tractaremos, gobernando don García de Mendoza, marqués de Cañete; después hube a mis manos una relación larga de lo subcedido en este segundo viaje, la cual abreviaré todo lo posible. Dos años, poco más o menos, antes que don García de Mendoza, marqués de Cañete, acabase de gobernar, despachó por orden de Su Majestad del Rey Filipo Segundo, que goza del cielo (aunque contra su voluntad) a Álvaro de Mendaña con dos navíos grandes y una galeota y fragata, a que volviese a descubrir e poblar las islas que antes había descubierto, que llamaron de Salomón, y a una muy grande que pusieron por nombre Guadalcanal. Llevaba el Adelantado por almirante a Lope de Vega, y por capitán de la gente que se hizo en Lima a don Lorenzo, y su cuñado por capitán de la gente que se hizo en Lima a don Lorenzo, y su cuñado, y por maestre de campo a Merino. Llevaba consigo casi 600 personas, soldados marineros, hombres casados y gente de servicio; muchos bastimentos, piezas de artillería y municiones bastantes; todos se embarcaron en el puerto de Zaña, y porque allí no hubo cómodo para hacer aguada, bajaron a Paita, donde la hicieron, y hecha, siguieron su derrota procurando ponerse en el altura del Callao en doce grados desta parte acá de la línea y polo Antártico, y dentro de 38 días que partieron de Paita, antes que anocheciese descubrieron una isla; al parecer quince leguas de donde se hallaron. Fue grande el alegría que todos recibieron, y al amanecer se hallaron como cinco leguas della, y la mar cubierta de canoas pequeñas y mayores de que se aprovechan los indios; llegaron cerca dellos, que hacían mucha algazara y muestras de espanto, los cuales, llegándose a los navíos, y particularmente a la galeota, entraron muchos tan crecidos y dispuestos, aunque desnudos, que les parecían gigantes; pretendieron tomar la galeota, más los soldados que iban dentro fácilmente los rebatieron y echaron fuera; también quisieron entrar en los navíos grandes, y se les consintió en la Capitana; entraron admirados de ver gente vestida y navíos tan grandes; subcedió allí que uno destes naturales tomó un perrillo de falda en las manos, y luego como que jugaba con él se lanzó a la mar, zambulléndose debajo del agua, y salió más de dos tiros de arcabuz adelante con el perrillo en la mano, y se embarcó en una canoa de las suyas; desde allí este indio, con otros muchos en sus canoas, hacían señas a los nuestros que fuesen a ellos, enseñándoles como con la mano otras islas, por donde se entendió que no eran todos de la que solamente hasta entonces se había descubierto; empero, como la intención del Adelantado fuese ver aquella isla y tomar puerto en ella, declinó el piloto sobre ella y descubrió una playa, al parecer deleitosa, poblada de muchas casas, y cerca dellas gran cantidad de platanales, palmas y otros árboles fructales. En esta playa se descubrió una ensenada con ríos y muchas casas y mayor concurso de gente que se ponían a defender

el puerto, el cual no se tomó por ser el viento contrario, y visto no se podía tomar, el Adelantado mandó disparar una pieza de artillería y arcabucería, que oído el trueno no paró natural en la mar ni en la costa, y como no se pudo surgir en este puerto prosiguieron adelante en demanda de otras tres islas que a diez o doce leguas se descubrían, una dellas mayor que las otras. Otro día al amanecer se hallaron como dos leguas cerca della, de donde salieron muchas canoas con muchos indios también desnudos, y entre ellas una muy grande, encima de la cual estaba armada una barbacoa en la cual cabían setenta hombres, sin los que iban remando por banda, y así como los pasados se admiraban de ver gente nueva, lo mismo hacían éstos; usan arco y flecha de palma, y macanas y piedras, que tiran con tanta fuerza que doquiera que alcanzan no es necesario otro golpe; los navíos se fueron llegando para ver si se hallaba puerto; en unas ensenadas que se descubrían en esta isla había tres cordilleras muy alegres a la vista, muy verdes, y también se descubrían sabanas apacibles; no se pudo tomar puerto, y los navíos desembocaron por un estrecho que se hacía entre esta isla y otra, en lo más angosto de media legua, la una y otra playa muy poblada de caserías y gente desnuda, los cabellos, en hombres y mujeres, tan largos que les llegaban a los pies.

Pasado este estrecho, que no tenía de largo legua y media, se determinó tomar puerto en la isla de mano izquierda, que parecía la mayor; los soldados bien apercebidos para lo que se ofreciese, echóse a la mar un batel y en él 25 soldados, y la galeota y fragata los fuesen haciendo espaldas para descubrir algún puerto conveniente; salió el maestre de campo... Merino con ellos, a los cuales cercaron muchas de aquellas canoas, llegándose tan cerca que parecía les querían coger a manos, mas con los arcabuces los hicieron desviar, que no paró canoa ni indio delante; desta suerte prosiguieron hasta llegar a tierra, y saltaron los soldados en ella sin haber quien les estorbase el paso, y llegaron a ponerse debajo de un árbol muy grande que parecía a los que en el Perú llaman ceibas; los naturales que se habían acogido al monte, como en número de diez en diez salían dando unas carrerillas, y luego se sentaban, no se atreviendo a llegar a los nuestros; uno destes gigantes se mostró más atrevido y llegó más cerca, lo cual visto por el maestre de campo se fue solo para él con su espada y daga en la cinta, y llegando el indio tomó de la mano al maestre de campo y lo abrazó en señal de mucha amistad, y trayéndolo consigo el maestre de campo donde estaban dos soldados le hicieron muchas caricias y regalos, lo cual visto por los demás se llegaron a los nuestros, aunque con algún temor; mandó el maestre de campo se hiciese ningún agravio. Algunos traían plátanos, cocos, palmitos y otras raíces no conocidas, con que se sustentan, muestra de oro ni planta no se halló. La disposición de los miembros es proporcionada, más colorados que blancos; las mujeres también son desnudas, y algunas traen cubiertas sus vergüenzas con hojas de plátanos o cortezas de árboles, no tan dispuestas como los varones.

Porque aquí en esta playa no había puerto seguro para los navíos, se determinó que en la fragata se volviesen 16 soldados, y en el batel en que se salió a tierra se quedó el maese de campo con seis soldados y cuatro marineros, los cuales fueron costeano esta isla, y pasado como espacio de una hora descubrieron una ensenada y puerto muy seguro, con dos ríos y pueblo formado con cantidad de gente, y muchos árboles fructales, limpio y de mucho fondo; saltaron en tierra el maese de campo y los soldados, y los marineros volvieron a dar aviso al Adelantado, del puerto y seguridad dél, con lo cual todos recibieron mucho contento; partido el batel, los naturales de la isla se llegaron a los pocos soldados que habían quedado, tocándoles las manos (por ventura para ver si eran de otro metal que las suyas), con no poco temor los nuestros por ser tan pocos. Empero, para atemorizarlos, el maese de campo mandó a un soldado, bonísimo

arcabucero, llamado Andrés Días, tirase a un pajarito que revoleaba en un árbol, el cual lo hizo y derribó, y los naturales, con gran admiración, lo tomaron en sus manos espantados del caso. Aquí los naturales determinaron matarlos, desenlazando los cabellos de la cabeza, que es señal entre ellos de acometer. Los nuestros, viéndolos de mal talante, se fueron recogiendo a una ramada juncto a la playa a manera de tarazana, donde labraban los naturales una canoa muy grande, donde tuviesen las espaldas seguras, primero disparándoles los arcabuces, que hizo los naturales huir, y los nuestros sin peligro ninguno se recogieron y hicieron fuertes; era ya tarde, y los nuestros, temerosos no les cogiese la noche en aquel puesto, por tener muy pocas municiones, fue Dios servido vieran entrar en el puerto la nao Capitana disparando el artillería, lo cual visto por los naturales se fueron todos al monte; luego llegaron los demás navíos, dando gracias a Nuestro Señor que les aparejó tan buen puerto. Amanecido, el Adelantado mandó hacer aguada y que saliesen los que quisiesen a tierra, los cuales todos casi salieron, y los sacerdotes, y se dijo misa, la cual todos oyeron con mucha devoción, y viendo los naturales no se les hacía mal ninguno se llegaban a los nuestros. Entre otras frutas se halló una en árboles grandes, tan grande como una naranja, muy verde en la corteza; cómese lo que está dentro della asada, qu'es blanca como manteca, y aunque había muchos árboles destos y con mucha fructa, en pocos días no se hallaba una. Demás desto se hallaron en esta isla muchos plátanos, cocos, palmitos, cañas dulces y otras frutas no conocidas de los nuestros; puercos de monte, el ombligo en el estómago, tortugas y gallinas; al fin de tres o cuatro días los naturales les dieron un arma para echarlos de su tierra, y el mismo día, sosegado este alboroto, se vieron venir por una punta diez o doce canoas cargadas de gente caminando hacia la Capitana, y el Adelantado, temiéndose de alguna desgracia o tracto doble de los naturales, mandó a los soldados estuviesen a punto con sus arcabuces, y al artillero cargase dos o tres pedreros, y llegando a tiro, el Adelantado mandó disparar uno dellos, que, dando en las canoas, hizo mucho daño, y los que quedaron heridos y vivos, se volvieron huyendo por donde habían venido. A esta sazón el batel que venía con agua los siguió y trujo las canoas a la Capitana, con plátanos, cocos y otras frutas. Visto esto por los naturales, huían de los nuestros.

Capítulo LVI

[De cómo los nuestros llegaron a una isla poblada de negros, y de las refriegas que con éstos hubo]

Hecho esto, con toda la seguridad del mundo se hizo la aguada y leña, y pasados quince días después de llegados, los nuestros desampararon la isla y puerto. Salieron en demanda de las islas que en el primer viaje descubrió el Adelantado. Otro día siguiente se descubrieron unas islas bajas de muchos arrecifes, y detrás dellas tierras altas, con lo cual se alegró el Adelantado, diciendo ser aquéllas las que buscaban; mandó al piloto arribase sobre ellas; por el mucho viento contrario, con mucho descontento de todos, prosiguieron adelante, consolándoles el Adelantado y certificándoles que poco más adelante descubrirían muchas más islas, porque de cinco grados a quince eran sin número. No fue cuerdo el Adelantado en desamparar lo que Nuestro Señor le había dado, porque de allí se pudiera descubrir lo demás. En breves horas perdieron de vista estas islas y navegó muchos días sin ver tierra, mas vían gran cantidad de pájaros de la mar; desafiado de verla, navegando de diez a once y a doce grados se descubrió un farelloncillo redondo, no de media legua, con algunos arbolillos, despoblado, blanco con el estiércol de los pájaros; pensóse se hallaría alguna isla cerca, mas saliáles al revés

de su pensamiento, porque desde que desampararon las islas, en dos meses, poco menos, no encontraron con tierra, por lo cual toda la gente iba muy desgustada, perdidas las esperanzas de hallar otra ocasión como la pasada, faltos de mantenimientos y de agua, aunque Nuestro Señor proveyó de algunos aguaceros hubo unas nieblas muy grandes y oscuras, por ocho o diez días; al fin dellos se descubrió tierra; salieron todos a verla como si vieran su salvación: era una isla muy larga, y a la una parte della se descubrió un volcán que de rato en rato lanzaba mucho fuego; cuando llegaron a este paraje faltó la nao Almiranta, y preguntando a la galeota y fragata por ella, respondieron no la haber visto después que la noche antes la vieron a sotavento de la Capitana, de la cual respuesta se entendió haber arribado a otras islas que en aquel rumbo se descubrían. La Capitana y fragata y galeota se arrimaron a tierra y descubrieron una ensenada grande de más de diez leguas, en cuyo medio estaba el volcán arriba dicho, y con buen viento entraron en ella, en la cual se descubrían grandes poblaciones. El Adelantado mandó se arrimasen los navíos a tierra para tomar puerto antes que anocheciese; finalmente, entraron muy adentro de la ensenada y surgieron en 40 brazas, con gran admiración de los naturales y contento del Adelantado y demás soldados, aunque no parecer el Almiranta les ponía no poco temor no se hobiese perdido. Luego otro día de mañana el Adelantado mandó al capitán y piloto de la fragata fuese en busca della, y si dentro de cuatro días no la hallase se volviese; esperábase hobiese arribado a alguna de aquellas islas que de allí se parecían. Este mismo día acudieron a la Capitana muchos de los naturales, que todos son negros atezados, y otros como membrillos cochos, de cabellos largos, con sus armas, arcos y flechas; muchos destes eran potrosos y con encordios y llenos de sarna; entre ellos venía un negro que parecía ser rey, por el respecto que le tenían; el cual así como entró en el navío, lo primero que dijo fue: capitán, capitán; que admiró mucho, por oír nombre español en tierra tan remota. El Adelantado mandó que todos delante dél estuviesen destocados, para que aquellos bárbaros entendiesen era el General de todos. Este negro se llegó al Adelantado, diciendo: capitán, capitán, muchas veces; Malope capitán, y dándose en los pechos; por donde se entendió pedía al Adelantado su nombre para trocar el suyo; porque como le respondió Mendaña, el negro hizo señas qu'el se llamaba Mendaña y el Adelantado Malope. Hiciéronles buen tratamiento; dándoles algunos jugetes y cosas de comer, las cuales por ninguna vía gustaron por más que fueron importunados. Pidieron por señas fuese alguno de los soldados con ellos a tierra, y ofreciéndose a ello uno de más de 50 años, a quien el Adelantado dio licencia, quedando dos negros en rehenes, aquella misma tarde le volvieron al navío, porque no se atrevió a hacer noche con aquellos naturales; preguntósele qué le había parecido de la tierra: no supo dar razón de cosa alguna, porque apenas hubo saltado en ella cuando pidió le volviesen al navío. Dentro de dos días volvió la fragata no trayendo nueva alguna de la Almiranta, diciendo había descubierto unas islas bajas y con ellas un bajío muy grande, por el mismo rumbo que había llevado la Almiranta; por lo que luego se entendió era perdida, porque nunca más pareció. Fue mucho el sentimiento que en todos se hizo, por ir en ella casi la mitad de la gente. El Adelantado determinó saltar en tierra y aguardar por ventura arribaría si no fuese perdida. Luego se echó el batel a la mar a traer agua y leña; entraron por un río arriba poco trecho, de donde desde el mismo batel se tomaba el agua dulce, la cual tomando salieron del monte muchos de aquellos negros disparando sus flechas con mucha algazara; los nuestros se retiraron, dos soldados mal heridos: el uno de muerte; el otro quedó tuerto de un flechazo, por lo cual juró el maestre de campo que se lo habían de pagar con las septenas, y luego se determinó que aquella noche saltasen en tierra algunos soldados bien apercebidos y diesen al amanecer sobre un pueblo que desde allí se vía cerca, entre árboles, de que toda la tierra es muy poblada; hízose así, y siguiendo

el maestre de campo por una senda lodosa, una cuesta arriba y como media legua de camino, se descubrió una centinela; un soldado pidió licencia al maestre de campo para derribarle, y alcanzada dio con él en el suelo, lo cual hecho entraron todos de tropel, que serían treinta soldados, por las casas, que parecían estar vacías de gente, porque la habitación destos negros es entre suelos, cubierto el suelo con hojas de palma, y allí duermen y hacen su habitación; las casas son redondas, y por todas partes descubiertas; un soldado mirando para arriba metió una espada por el entresuelo, y los que en él estaban se alborotaron y hicieron mucho ruido, y el soldado dio voces diciendo se advirtiese había mucha gente; visto esto, el maestre de campo repartió por las casas cercanas los soldados para que se pudiesen socorrer los unos a los otros; de aquel buhío, donde se descubrió la gente de los entresuelos, por el agujero que hizo la espada del soldado se disparó una flecha y hirió a un soldado en un ojo, que no parecía sino un rasguño pequeño; empero murió dentro de 24 horas; por donde se entiende la punta de la flecha traía yerba. El maese de campo, enojado, mandó poner fuego a los buhíos, porque no se quisieron dar a paz, y los que salían huyendo del fuego peleaban defendiendo sus vidas valientemente. A las voces acudieron otros naturales con sus armas y piedras arrojadas; más de dos horas pelearon con los nuestros, y viendo el maese de campo que se defendían mandó a los soldados que de tropel los acometiesen, lo cual apenas hecho los naturales se desgalaron por aquellas cuestas abajo, dejando sus casas, en las cuales había poco más que nada; sacáronse cantidad de plátanos verdes, cocos, palmitos y doce puercos de monte que los perros que llevaban los soldados cogieron. Con esta rica presa se volvieron a la playa, donde hallaron algunos soldados y otra gente menuda que había desembarcado, así para socorrer si fuese necesario como para espaciarse. El maese de campo mandó hiciesen señas a la Capitana para que les enviase el batel y fuesen a dar cuenta de lo subcedido; la comida que se trujo se repartió entre soldados, marineros y demás gente. Aquí se determinó se fuese a buscar puerto más apacible, porque dentro de la ensenada se descubrían playas y tierras y muchas poblaciones, y la costa llena de naturales, lo cual se hizo yendo el Adelantado en la galeota, y el maese de campo; iban tan cerca de tierra que los naturales se querían entrar en la fragata, metiéndose en la mar hasta la cintura. Sondóse el puerto, hallóse limpio; dejóse un boya en lugar conveniente para que allí surgiese la Capitana, a quien se avisó y surgió donde había quedado la boya, teniendo muy cerca de allí un río caudaloso. Surta la nao Capitana y volviendo a ella el Adelantado y el maese de campo se entró en acuerdo lo que se debía hacer, y salió acordado se saltase en tierra para ver lo que prometía de sí, y si fuese tal, poblar en ella. Los negros se metían en la mar casi hasta perder pie, de donde arrojaban las flechas hasta los navíos. El Adelantado, viendo este atrevimiento, mandó saliesen algunos soldados con sus arcabuces para que los espantasen, y por capitán don Lorenzo su cuñado, el cual saltando en tierra y los negros huyendo, fue siguiendo el alcance, excediendo de lo que se le había mandado; lo cual visto, el maese de campo llegándose a bordo la fragata y galeota saltó en ella con gente para ir a socorrer al capitán don Lorenzo, temiendo los naturales no le tuviesen armada alguna emboscada; saltó en tierra y fue a alcanzar al capitán don Lorenzo una legua de camino, junto a un río, adonde le reprehendió ásperamente, el cual no respondió palabra, y todos tuvieron temor que de aquella reprehensión subcediese alguna cosa en daño de todos, como después subcedió, y pareciendo al maese de campo ser muy bueno el puerto para fundar pueblo, avisó dello al Adelantado, a quien le pareció bien, porque de allí se podría tornar a buscar la Almiranta; desembarcóse la gente y el Adelantado señaló los solares para hacer las casas, entretanto haciendo cada uno su ranchillo donde albergarse.

Capítulo LVII

[De la muerte que el adelantado Mendaña hizo dar al maese de campo]

Viendo los naturales que los españoles poblaban, al momento dejaban sus casas y lo poco que en ellas había. Visto por los nuestros, con mucha priesa fueron a ellas, pensando hallar algo de cobdicia, y no hallaron sino unos pocos de cocos con que beben, y algunas esportillas de palma con unas raíces a forma de biscochos, que es su principal sustento; empero para los españoles es como ponzoña, porque en metiéndolas en la boca se cubría de ampollas, con una aspereza grande y desabrimiento, aunque la falta de comida general las hacía sabrosas; en todas las casas no se halló memoria de oro ni plata; sólo se aprovecharon para la nueva poblazón de la madera; entre las casas destos naturales había algunas grandes que parecían ser sus adoratorios; había pintadas algunas figuras de demonios, y lo que les ofrecían colgaban junto a ellas: cocos, palmitos, plátanos y otras cosas de comida. Al fin hízose el pueblo y cerróse de palizada para defenderse de los naturales, que por momentos los apretaban, hasta que se trujeron tres o cuatro piezas de artillería, con las cuales fácilmente los desperdigaban; en todo este tiempo el Adelantado se estaba en la Capitana sin salir a tierra, sino de cuando en cuando a dar orden en lo que más convenía.

Los naturales, con todo eso, algunas veces inquietaban; otras traían cañas dulces y frutas de la tierra.

En este pueblo, por ser la tierra muy cálida y húmida, comenzaron a enfermar los españoles, que apenas enfermaba alguno que sanase; pero la mayor enfermedad fue la discordia que se encendió entre el Adelantado y maese de campo, queriendo defender con palabras a un soldado que el Adelantado tractaba mal. Las palabras fueron decir que les bastaba a los pobres soldados sus trabajos, sin malos tractamientos, y que el maese de campo en todas ocasiones había vuelto por el Adelantado.

Dende a cuatro o cinco días el Adelantado salió a tierra con algunos marineros y pilotos, habiendo tractado con ellos de matar al maese de campo, y llegando a tierra se fue derecho a la casa del maese de campo con Juan Antonio y el capitán Juan Felipe, ambos corsos, y hallando al maese de campo que acababa de almorzar le dijo le quería hablar dos palabras; salió el maese de campo con el Adelantado, y llegaron a la playa, a donde razonando los dos, a cierta seña Juan Antonio llegó y con una daga le dio una puñalada en los pechos, y queriendo meter mano a su espada llegó, el capitán Juan Felipe y con una alfange le cortó a cercén el brazo de la espada, y allí murió hecho pedazos. A las voces que dio una mujer que mataban al maese de campo, salió Tomás de Ampuero, diciendo: ¡Traidores! ¿a mí camarada? Un cuñado del Adelantado, con cinco o seis marineros dieron sobre él y a estocadas le mataron, lo cual hecho se alzó el estandarte Real, diciendo ¡viva el Rey y mueran traidores! Tomóse motivo fuera de lo dicho, para estas muertes y otras, que el maese de campo preguntó a un piloto, llamado Jordán, que para volver al Perú ¿qué derrota se podría tomar? llegó esto a oídos del Adelantado y que Tomás de Ampuero había incitado a 40 ó 50 soldados hiciesen una petición para el Adelantado, pidiendo les cumpliese la palabra que les dio en el Perú de los llevar a la tierra que había primero descubierto. Aquel mismo día, a las cinco de la tarde llegó el alférez Buitrago, del maese de campo, que había ido con veinte soldados a buscar de comer; llegados, el Adelantado, que los esperaba, como llegaban los desarmaba y mandaba poner en el cepo, y al pobre alférez Buitrago mandó echar unos

grillos y llevar a la punta del río donde estaba el padre Serpa, y mandó le confesase; el cual hincado de rodillas, porque dijo: ¿Qué he hecho yo que me quieren quitar la vida? llegó el sargento mayor, portugués, con un negro, un alfange en la mano, y dijo: Dale; el cual negro le dio tal golpe en la cabeza que le derribó muerto a los pies del confesor, dejándole ensangrentada la sotana. La mujer del alférez, que oyó una gran voz de su marido, saliendo y viendo lo que pasaba, pedía justicia a Dios; mandáronle callar, so pena que se haría otro tanto con ella.

Capítulo LVIII

[Donde se dice el fin que tuvieron Malope y el adelantado Mandaña]

Los soldados que fueron con el alférez Buitrago a buscar la comida susodicha, porque no la hallaron a donde pensaban, que era en las casas de Malope, el que trocó el nombre con el Adelantado, diciéndoles que en otro pueblo, a vista de donde estaban, la hallarían, partieron para allá, y llegando a un paso estrecho salieron a ellos muchos negros, flechándolos, y ellos se retiraron con buen orden, sacando los enemigos a lo llano, donde con los arcabuces hirieron y mataron muchos; los demás huyeron y los nuestros entraron en el pueblo, donde hallaron muy poca comida, y volviendo al pueblo donde dejaron a Malope, creyendo había sido lo subcedido traza suya, le mataron y los demás cuatro o cinco que con él estaban, lo cual sabido por el Adelantado le pesó mucho de la muerte de Malope. Al cabo de cinco o seis días dio al Adelantado una calentura acompañada de gravísima tristeza, de la cual murió dentro de siete o ocho días; murió también el padre Serpa, espantado de la muerte del alférez Buitrago, dentro de tres días que subcedió, recibidos los santos Sacramentos, con muchas muestras de gran cristiano. Sintióse mucho su muerte, porque ya no quedaba más que otro sacerdote, que era vicario.

Capítulo LIX

[De cómo los nuestros llegaron a las islas Filipinas y luego volvieron al Perú]

Muerto el Adelantado, quedó en su lugar por capitán don Lorenzo y doña Isabel Barreto, mujer del Adelantado, a quien se obedecía en todo. En el pueblo crecían las enfermedades y muertes, falta de comidas y abundancia de armas que los negros daban, hiriendo a los nuestros; lo cual visto por don Lorenzo salió a castigarlos con poca gente doce o catorce soldados, que los demás estaban enfermos. Salió a los pueblos comarcanos, y los negros salieron a ellos y a don Lorenzo dieron un flechazo y a otros tres o cuatro, y así se volvió al pueblo.

La herida fue en una pierna, tan sutil y pequeña como si le picaran con un alfiler; empero el dolor le fatigaba mucho, porque la flecha era de yerba. Al fin, visto que se iban consumiendo, con parecer de todos fue acordado dejar aquella mala tierra y buscar otra más cercana de cristianos. Tomado parecer de los pilotos, dijeron la más cercana ser la China; empero que no tenían los navíos aparejos para ir allá. En este mismo tiempo se determinó enviar la galeota a buscar el Almiranta, y que si no la hallase dentro de cuatro días, se volviese. Partió la galeota y al parecer a quince leguas de la bahía hallaron cuatro o cinco islas bajas, todas llenas de platanales y palmas muy grandes, y algunos buhíos en que los negros tenían sus mujeres y hijos recogidos; llegóse la fragata a tierra y saltó la gente toda en ella; los negros mostrando amistad,

salieron con alguna comida y un tiburón asado en barbacoa; un soldado, entrando en un buhío, halló que en él había mucha gente escondida, mujeres y niños; avisó al capitán, el cual pretendió hacer presa en ellos; empero los negros defendían sus hijos e mujeres, pero no pudieron tanto que no les tomasen diez o doce muchachos y muchachas, con los cuales volvieron al puerto, no poco tristes por no hallar rastro de la Almiranta dentro del tiempo señalado; llegados a tierra, preguntado por la salud de los enfermos, *supieron* que muchos eran ya muertos y don Lorenzo estaba expirando del flechazo, del cual murió; antes que muriese pidió confesión; trájosele al vicario, que se había recogido a la Capitana por miedo de la muerte; mas allí le salteó y así enfermo en una silla le trujeron para que confesase a don Lorenzo, a quien confesándose le dio un parasismo y otro al vicario, al cual sin habla llevaron a una casa donde se le hicieron algunos regalos con que volvió en sí; empero el capitán dio aquella tarde el ánima a Dios, el cual sepultado se dio orden que los pocos que quedaron vivos se embarcasen y fuesen en busca de las Filipinas, porque en tierra no se podían defender de los naturales; estuvieron siete días embarcados, tomando agua y leña y los más plátanos y cocos que pudieron coger, y con este matalotaje y desgraciado subceso, por no haber poblado en las primeras islas que descubrieron, se hicieron a la vela en la capitana, fragata y galeota, y dentro de pocos días llegaron a las Filipinas, de donde algunos volvieron al Perú, de quien supe lo referido. Lo más que les subcedió no es de mi intento tractarlo.

Capítulo LX

Sola una desgracia le subcedió al Marqués

Había sido el Marqués uno de los caballeros dichosos de nuestras edades, si todos estos buenos subcesos no se le aguaran con la muerte de la ilustrísima y cristianísima marquesa, que dejó enterrada en Cartagena, lo cual en estos reinos dolió mucho; empero, llevóla Nuestro Señor a gozar del cielo, donde tiene otro mejor y más perpetuo marquesado, y al Marqués con próspero viaje a España, sin borrasca, ni tormenta, ni cosa que les diese pena, la flota llena de plata, así de Su Majestad como suya y de particulares, donde Su Majestad le recibió muy alegremente haciéndole mucha merced, y le hará más, por sus méritos y partes y virtudes tan excelentes, cuantas en nuestros tiempos junctas no se hallan en un supuesto, ni en los pasados en muchos. Tiene bonísimo y galano entendimiento, como quien nació para mandar y gobernar. Con señores, es señor; con caballeros, es caballero; con capitanes, es capitán; con soldados, es soldado, y, finalmente, con todos estados se sabe acomodar muy bien; amigo de hacer bien a todos, y en particular de casar huérfanas; dio renta e hizo merced en nombre de Su Majestad al hospital de San Andrés, de los españoles, a quien dejamos dicho, su padre, de buena memoria, dio mucha limosna de su hacienda. Esto en breve, que es más recopilación de historia que historia, habemos dicho, dejando a los que son dotados de más facundia y mejor estilo que el nuestro para que sus libros se enriquezcan con las obras heroicas del Marqués y esperamos que Su Majestad le hace mercedes muy copiosas.

Capítulo LXI

Del ilustrísimo Arzobispo de México

Dentro de breve tiempo qu'el Marqués de Cañete entró en la cibdad de Los Reyes, vino a ella por orden de Su Majestad el ilustrísimo Arzobispo de México, a la sazón en

la misma cibdad Inquisidor, el licenciado don... de Bonilla, varón integérrimo en todo género de virtud, y no de pequeña penitencia y oración, como su vida y ejemplo son bastantísimos testigos; de bonísimo y claro entendimiento, y de prudencia admirable; amado grandemente de todo el reino por su mucha virtud, y temido por la mucha rectitud que en su vida se conoce; amigo y favorecedor de los que administran justicia, y de los que son en contrario, que conciernan a su tribunal, con gran cordura castigador. Proveyóle Su Majestad, siendo fiscal de la Inquisición en México, conociendo todas estas partes y calidades suyas, para que visitase la Real Audiencia desta ciudad de Los Reyes y para que tomase cuenta a los oficiales reales, a quien había muchos años ni se visitaban ni tomaban cuentas, y asimismo a otros muchos, como al cabildo de la ciudad y escribanos; a quien Su Majestad, muy servido de lo que ha hecho y hace, le hizo merced de la Silla metropolitana de México, con esperanzas que a mayor dignidad le ha de sublimar. Ha hecho y hace su oficio con tanta rectitud y cristiandad cuanta se esperaba; ha condenado y privado a algunas personas, y ha sacado a luz muchas cosas tocantes a la Hacienda Real que estaban solapadas, y aunque a algunos les parece va muy despacio y desean verle fuera destos reinos, son hombres interesados y culpados en cosas que le están encomendadas; los demás no le querrían ver fuera del reino. Luego que Su Majestad le hizo merced del arzobispado, no quiso gozar más del salario de Visitador, contentándose con la renta del arzobispado, porque no es persona que tracta de riquezas temporales, sino de las eternas y del cielo. Este capítulo en breve me pareció engerir aquí como cosa importante y que pertenecía tractar della, por haber venido el ilustrísimo de México en estos tiempos a este reino con oficio en el cual ha servido mucho, mucho, a Dios Nuestro Señor y a su Rey, y esperamos les hará más servicios.

Como los hombres seamos mortales y nuestras vidas dependan de quien es la vida por esencia, fue Nuestro Señor servido llevarsele para sí de una enfermedad que casi no fue conocida de los médicos; procedióle de que siendo quebrado y no viviendo con tanto recato de la quebradura, se rompió más de lo acostumbrado, y salieron las tripas, de suerte que no fue posible, con los remedios que se hicieron, volverlas a su lugar. Hizo su testamento, y está enterrado en nuestro convento de Los Reyes, adonde dejó cuatro mil pesos de limosna; hiciéronsele sus obsequias con la pompa requisita, con no poco dolor de todo el pueblo, y más del Virrey don Luis de Velasco, que en todas cosas le consultaba para el bien del reino; diósele sepultura en la capilla principal, junto al altar mayor, en medio de otros dos Obispos que allí están enterrados.

Con lo hasta aquí tractado nos parece haber concluido con la brevedad posible dejando escritos los caminos desde Quito a Talina, y lo demás digno de memoria subcedido en tiempo de los Virreyes que han gobernado los reinos del Perú, desde el marqués de Cañete, don Hurtado de Mendoza, de buena memoria, hasta don García de Mendoza, su hijo, subcesor en el marquesado; todo lo cual, a lo menos la mayor parte, habemos visto o sabido por relaciones verdaderas, que es lo menos que en estos ringlones dejamos a esta escritura encomendado, porque no quedase anegado en el profundo del río del olvido.

A don García de Mendoza subcedió don Luis de Velasco, caballero del hábito de Santiago, mudado del Virreinato de México al del Perú, cuyos hechos, virtudes y buen gobierno dejamos que lo traten otros, donde tendrán bien que extender las alas de sus ingenios; y porque también habemos visto la gobernación de Tucumán y de Chile, tractaremos con brevedad lo visto y sabido.

Capítulo LXII

Del camino de Talina a Tucumán

Llegamos en lo que atrás dejamos escrito al último pueblo y términos del Perú, conforme a la división de los obispados, que es a Talina, pueblo de los indios Chichas, desde el cual, siete leguas más adelante, está un arroyo y paredoncillos llamados Calahoyo, desde donde comienza la jurisdicción, conforme a la jurisdicción eclesiástica, de Tucumán. El primer obispo desta provincia, el reverendísimo fray Francisco de Victoria, de quien habemos tractado, entrando a su iglesia, aquí tomó la posesión, y por esto decimos que es de la jurisdicción de Tucumán cuanto a lo eclesiástico.

Desde aquí al primer pueblo de españoles de la provincia de Tucumán, llamado Salta, fundado en un valle muy ancho y espacioso, del propio nombre, de buen temple, con su invierno y verano al revés de España, se ponen más de cien leguas, todas despobladas, a lo menos por el camino que yo fui siendo provincial de aquella provincia y de la de Chile, que por dar orden en ciertos frailes nuestros que allí estaban me fue forzoso desde la ciudad de Lima tomar este camino por tierra. Empero al presente, después que la provincia de Omaguaca, que confina con los Chichas, y en el traje no se diferencian dellos, se ha reducido y admitido sacerdotes, vase por un camino más poblado, donde hay tambos a sus jornadas y en algunos servicio.

Esta provincia de Omaguaca es fértil de todo género de mantenimiento, y de oro, ovejas de la tierra. Sirvió a la ciudad de La Plata y estuvo repartida. Yo conocí algunos encomenderos que tenían sus repartimientos en ella, mas como se rebelaron no habían dellos algún provecho, ni alguno tienen ya reducidos. La causa por que estos indios se rebelasen, no la sé; por ventura, por se ver lejos de la ciudad de La Plata, que dista della más de noventa leguas; contra los cuales salió un vecino della con soldados, llamado Pedro de Castro, hombre de muy buenas partes, pero matándole en una guazabara, los soldados, sin cabeza, salieron, y así se quedaron juntamente con otros sus confines, llamados los Casavindos y Cochiñocas. Pero habrá siete años qu'el principal curaca desta provincia, cuando iba a Tucumán, llamado Viltopoco, envió algunos indios principales a la Audiencia de La Plata, pidiendo quería servir y pagar moderado tributo, poblar los tambos que hay de su tierra a Talina, dar en ellos al precio que en Talina gallinas, carneros de Castilla y de la tierra, para cargas, maíz, y lo demás, como en los tambos de Potosí, y admitirían sacerdotes, con tal condición que no habían de tener otro encomendero que a Su Majestad. La Real Audiencia admitió el partido, e yo, llegando a Talina, me detuve allí algunos días esperando el sacerdote señalado, que si viniera me fuera con él por ahorrar de tanto despoblado y riesgo de algunos indios de guerra, mas Nuestro Señor fue servido llegase en salvo a Salta; ya el día de hoy se entra y sale por aquel camino, y los indios han cumplido lo que prometieron; yo llegué a Salta, y en todo el camino no vi cosa digna de ser escrita, si no es, a tres o cuatro jornadas de Talina, unas salinas en despoblado, las más famosas que creo hay en el mundo; es un valle que debe tener más de tres leguas de ancho, y de largo, según me informé, más de quince; la sal más blanca que la nieve, de la cual se aprovechan los indios Casavindos y Cochiñocas y los de la provincia de Omaguaca; de lejos, con la reberveración del Sol, no parece sino río, y a los que no la han visto espanta, pensando han de pasar un río tan ancho; llegados, admira ver tanta sal; los que iban por aquel camino a Salta llevaban alguna, por ser aquella provincia falta della. Llegado a Salta hallé allí al Gobernador Juan Ramírez de Velasco, y sabiendo que Viltopoco se había reducido al servicio de Su

Majestad, envió un capitán con diez soldados bien apercebidos a tomar la posesión de aquella provincia por su gobernación, los cuales llegando y por Viltopoco sabida su venida, les dijo se volviesen a Tucumán, donde habían salido, porque no había de ser sujeto a aquella gobernación, sino a la Audiencia de los Charcas; donde no, los haría matar a todos. El capitán y soldados tuvieron por bien volverse a Salta, estando yo presente en el pueblo cuando fueron y volvieron; no creo dista Omaguaca de Salta treinta leguas.

Llegando a Omaguaca, poco menos de doce leguas está un valle muy fértil de suelo, pero no poblado de pueblos, llamado Jujui, donde habrá siete años que el mismo gobernador Juan Ramírez de Velasco pobló un pueblo de españoles que para la paz de Omaguaca, si se quisiere tornar a rebelar, y para la quietud de Salta por respecto de los indios de Calchacuy, fue muy necesario, el cual en breve tiempo ha crecido mucho, y los padres Teatinos tienen allí ya una casa, y para el poco tiempo que ha se pobló, rica de ganados y estancias. Es el mismo temple que el de Salta; a siete leguas dél envió allí a poblar con título de teniente de gobernador y capitán, a don Francisco de Argaranaiz, de nación vizcaíno, vecino de la cibdad de Santiago. El un valle y el otro son abundantísimos de comida, trigo, maíz, aves, carneros, vacas, y todas fructas nuestras, viñas, de donde el día de hoy hacen vino; tienen las plagas que hay en toda la provincia de Tucumán, que por no tornarlas a referir son las siguientes: frío a su tiempo, que es desde Mayo hasta Octubre, insoportable y sequísimo más que el de Potosí, y principalmente los tres meses junio, julio y Agosto; calor al verano de día y de noche, y más en Diciembre, Enero, Febrero y Marzo. Las hitas que dijimos haber en la provincia de Los Charcas, grandes y asimismo pequeñas en gran cantidad; en el verano mucho mosquito de los zancudos y rodadores; moscas en este tiempo son innumerables, y de tal calidad, que si se acierta a tragar una en la comida, revuelve de tal manera el estómago que hace lanzar hasta la viva sangre, por lo cual, en las cocinas, sobre el fuego, están dos indios con sus aventadores ahuyentando las moscas. Es así que en la cibdad de Esteco una mujer de un vecino tenía en su casa un soldado enfermo (en esta provincia no hay yerbas medicinales ni médicos, sino abundancia de lechetrezná, que es poco menos que tóxico), y no mejorando tomó dos moscas, desleyólas en una escudilla de caldo de ave y sin decirle alguna cosa dióselas a beber. Purgó tan bien con ella, que dentro de pocos días sano; esto yo lo pregunté a la misma que dio la purga. Es abundante de tres géneros de víboras de las de cascabel, y de otras más pequeñas, como las de España, y de otras llamadas volantines, porque abalanza más de diez pasos a picar. Proveyó Dios en esta provincia de unas culebras pequeñas que no hacen daño alguno, antes son provechosas, las cuales tienen dominio sobre las víboras, de tal manera que en viendo la víbora de cascabel a esta culebra, luego se vuelve boca arriba, y llegando esta culebra la degüella y mata; así lo afirman los nuestros que viven en aquella región.

Críanse culebras grandes de las que llaman bobas, y otras, y moscas que en asentándose sobre la carne la dejan llena de gusanos. Vientos al invierno recísimos, sea Sur o sea Norte, que son los que dominan en esta provincia y que parece andan en competencia uno un día, otro otro; al verano cualquiera destes vientos es fuego. Pedriscos frecuentes, y de tal manera, tan recios y de piedras grandes, que no se atreven a hacer atechadas las casas, si no es cual o cual; cúbrenlas con unos terrados de más de una tercia de grueso, muy bien pisados con pisones, un poco corrientes porque no haga canal el agua; es tierra en partes montañosa y muy llana, los árboles infructíferos, llenos de espinas; los más son algarrobos; empero, no se come la fructa sino de unos que se

aparran por el suelo; los otros son crecidos como encinas. Los campos son abundantes de estos animales ponzoñosos, por lo cual en apeándose el pasajero ha de mirar dónde pone los pies; hay lagartos de sequera tan grandes como los que dijimos producía la tierra Chiriguana; matamos uno en una dormida; Dios nos libró dellos; admirónos cuando le vimos; era tan grande como un caimanillo, y es cierto que se alborotó el alojamiento como si vinieran sobre nosotros indios de guerra. Es muy falta de agua, como lo son las tierras llanas, y las aguas de los ríos malas, gruesas y salobres, a las riberas de los cuales son los pueblos de los indios y de los españoles; en la tierra que es montañosa se crían leoncillos y tigres en cantidad, que no dejan de noche dormir a los caminantes con sus bramidos. Los tigres son dañosos si no ven candelada. Los indios para guarecerse dellos en los caminos que hay montaña, sus dormidas tienen en los árboles, a los cuales suben por unos escalones hechos a mano en los mismos árboles, con hachas cortando, donde ponen los pies para subir y de el suelo de toda esta provincia es salitre y mientras más cavan, más salitroso, por lo cual todas las frutas nuestras (que de la tierra ninguna vi) son de bonísimo sabor, y las hortalizas; mas los árboles duran poco. En toda esta provincia se dan viñas, membrillos, granadas, manzanas, etc.; el vino que se hace dura muy poco, porque se vuelve vinagre.

Los ríos desta provincia, particularmente el de Esteco y el de Santiago del Estero, al invierno son como el Nilo, salen de madre y extiéndense por aquellas llanadas regando la tierra, que allá llaman bañados, y aquel año es más abundante que hay más bañados; aran y en ellos siembran; los campos y llanos son espaciosísimos, porque así como estando en alta mar no vemos sino cielo y agua, así en aquella provincia de Esteco para adelante no vemos sino cielo y llanuras, éstas corren más de 400 leguas sin que se halle ni se vea un cerrillo, ni casi una piedra. Camínanse todos estos llanos y caminos en carretas, las cuales no llevan una punta de hierro, ni los caballos gastan mucho herraje, por ser tierra fofa.

Capítulo LXIII

Del valle de Salta, Comarca y Calchaquí

Volviendo a proseguir nuestro camino y descripción de la provincia de Tucumán, de Jujui se llega en una jornada al valle de Salta y pueblo del mismo nombre, de españoles, muy moderno, aunque más antiguo que el de Jujui; valle espacioso, alegre, de buenas aguas; por estar más a la cordillera participa de algunas sierras llenas de arboleda.

El asiento es bueno y llano; es abundante de las plagas que acabamos de decir. Poblólo el licenciado Lerma, gobernador de aquella provincia, para freno, como lo es, de los indios de Calchaquí, danse en él todos los árboles fructales nuestros y viñas, mucho maíz y trigo. A un lado al Poniente le demora la provincia de Calchaquí, indios belicosos; el vestido es como el de los Omaguacas y Chichas los indios, con manta y camiseta; las indias, unas camisetas largas hasta los tobillos; no hay más vestido. Estos indios por dos veces se han llevado dos pueblos de españoles, y esta última, habrá doce o catorce años, por orden de don Francisco de Toledo, el capitán Pedro de Zárate fue con sesenta hombres, pocos más, a reducirlos; tenía allí cerca indios de encomienda, pero alzados; fueron con él algunos vecinos de la cibdad de La Plata, que también tenían allí sus repartimientos y habían servido; llegó allá, pobló; parecióle tener poca gente para sustentarse; dividióse, saliendo con la mitad a Tucumán a pedir favor; visto por los indios, dieron en los otros treinta que habían quedado en el pueblo, y aunque se

defendieron bravamente, como eran pocos los mataron a todos; no se escaparon tres a una de caballo. Esta provincia de Calchaquí es tierra alta; es sierra faldas de la cordillera grande deste reino del Perú, que Norte Sur le atraviesa hasta el estrecho de Magallanes. Es rica de oro y plata; cuando se les antoja sirven un poco de tiempo al pueblo; cuando no, vuélvense a las armas.

Eran muchos; agora son pocos, porque las guerras civiles entre ellos los han consumido. Llegando yo a Salta los vi allí, y un mestizo criado entre ellos, entre otros indios con quien traían guerra. El mestizo acaudillaba aquellos con quien se había criado y tenía tan avasallados a los Calchaquí, que les forzó a venir a pedir favor a Juan Ramírez de Velasco contra el mestizo, y si se lo daban le servirían en Salta. Salió Ramírez con la gente que le pareció bastante, y en breve a los unos y a los otros redujo, prendió al mestizo, trájolo a Salta, donde le vi; no sabía nuestra lengua, porque no la había oído; agora no sé cómo están.

Capítulo LXIV

De la cibdad de Esteco

Del valle de Salta dista la cibdad de Esteco, así llamada la tercera en orden de Tucumán, cincuenta leguas de buen camino carretero; es abundante de mantenimientos y de fructas de las nuestras; en especial las grandes son de las buenas del mundo; edificada a la ribera de un río grande que en verano sólo se vadea. Los vecinos estaban descontentos del asiento, porque la madre del río es arenisca y no pueden hacer molinos en él, y tractaban mudarse, como dicen se han mudado casi 25 leguas más hacia Salta, a un asiento mucho mejor, del mismo temple y más fresco, llamado Palca Tucumán, donde el río Grande, como de un arroyo que tienen a la falda de un cerro, se pueden sacar acequias y hacer molinos, y para acabar de pacificar unos indios de aquella provincia, belicosos, llamados Lules, es asiento mucho más cómodo; si a este asiento se han mudado, será pueblo muy regalado, fresco y muy sano, donde para el edificio de las casas tienen mucha madera, y el suelo no salitroso, piedra para hacer cal y buena tierra para teja.

El un suelo y el otro es abundante de pastos, y este segundo mucho más, y para ganados mejor qu'el de Esteco, y está veinticinco leguas más cerca del Perú.

Capítulo LXV

De la cibdad de Santiago del Estero

De la cibdad de Esteco a Santiago del Estero ponen cincuenta leguas, todas despobladas, a lo menos las cuarenta, porque a diez leguas della llegamos a dos pobleuelos de indios. Esta cibdad es la cabeza de la gobernación y del obispado; es pueblo grande y de muchos indios; al tiempo de su conquista poblados a la ribera del río, como los demás de la cibdad del Estero; ya se van consumiendo por sus borracheras. Son los indios desta provincia muy holgazanes de su natural; en los ríos hallan mucho pescado, de que se sustentan: sábalos, armados y otros; saben muy bien nadar, y péscanlos desta manera, como lo he visto: échanse al agua (los ríos, como no tienen ni una piedra, corren llanísimos), ceñidos una sogá a la cintura; están gran rato debajo del agua y salen arriba con seis, ocho o más pescados colgando de la cintura;

débenlos tomar en algunas cuevas, y teniendo tanto pescado, no se les da mucho por otros mantenimientos; son borrachos como los demás, y peores; hacen chicha de algarroba, que es fortísima y hedionda; borrachos son fáciles a tomar las armas unos contra otros, y cuando no, sacan su pie y fléchanselo. Son grandes ladrones; todos caminan con sus arcos y flechas, así por miedo de los tigres como porque salen indios a saltar, y por quitar una manta o camiseta a un caminante no temen flecharle; los arcos no son grandes; las flechas a proporción; pelean casi desnudos. En toda esta tierra y llanuras hay cantidad de avestruces; son pardos y grandes, a cuya causa no vuelan, pero a vuelapié, con un ala, corren ligerísimamente; con todo eso los cazan con galgos, porque con un espolón que tienen en el encuentro del ala, cuando van huyendo se hieren en el pecho y desangran. Cuando el galgo viene cerca, levanta el ala que llevaba caída, y dejan caer la levantada; viran como carabela a la bolina a otro bordo, dejando el galgo burlado. Hay también liebres, mayores que las nuestras; son pardas, no corren mucho. Es providencia de Dios ver los nidos de los pájaros en los árboles; cuélganlos de una rama más o menos gruesa, como es el pájaro mayor o menor, y en contorno del nido engieren muchas espinas; no parecen sino erizos, y un agujero a una parte por donde el pájaro entró o a dormir o a sus huevos, y esto con el instinto natural que les dio naturaleza para librarse a sí y a sus hijuelos de las culebras. Es toda esta provincia abundantísima de miel y buena, la cual sacan a Potosí en cueros; es abundante de trigo, maíz y algodón, cuando no se les yela; siémbrenlo como cosa importante, es la riqueza de la tierra; con ello se hace mucho lienzo de algodón, tan ancho como holanda, uno más delgado que otro, y cantidad de pávilo, medias de punto, alpargates, sobrecamas y sobremesas, y otras cosas por las cuales de Potosí les traen reales. Créase en esta provincia la grana de cochinilla muy fina, con que tiñen el hilo para labrar el algodón. Es abundante de todo género de ganado de lo nuestro, en particular vacuno, de donde los años pasados, porque en Potosí u provincia de los Charcas iba faltando, lo vi sacar, y se vendía muy bien, y bueyes de arada, se vendía la yunta a sesenta pesos. Caballos solíanse sacar muy buenos; ya se ha perdido la casta y cría, por descuido de los dueños, de tal manera que es refrán recibido en toda la provincia de Los Charcas: de hombres y caballos de Tucumán, no hay que fiar, tanto puede la mala fama.

El edificio de las casas es de adobes, como en las demás ciudades, sino que en estas dos, como la tierra es salitrosa, vase desmoronando el adobe, y cada año es necesario reparar las paredes. El río es grande, y de verano se vadea, mas conviene mucho saber el vado, porque los ríos desta provincia son de tal calidad que, si no es por donde se vadean cotidianamente, y con la frecuencia del pasaje el suelo está fijo, por las demás partes, aunque el agua no llegue a la rodilla, se sume el caballo y caballero en el cieno. Es cosa de admiración pisamos aquí, y tiembla más de diez pasos adelante la tierra cenosa, detrás y a los lados; padécese en esta ciudad mucho, por no haber molino ni poderse hacer, porque ya dijimos estos reinos ser de esa calidad; pasan por tierra arenisca, donde no se halla una piedra, ni se puede hacer ni sacar acequia dellos; a la primera avenida, allá va todo. Vino a Santiago un extranjero, estando yo en aquella provincia, y proferíase a hacer un molino, como en los ríos grandes de Alemaña, en medio dél; escogió el lugar, conciertanse, y volviendo de ver el río y lugar, en llegando a la ciudad, danle unas calenturas que dentro de ocho días se lo llevaron a la otra vida. Hay algunas atahonas, no son tres, mas los dueños muelen sólo para sus casas; si otro ha de moler, ha de llevar caballo propio; si no, quédese; hacen unos molinillos que traen a una mano, de madera, con una piedra pequeña traída de lejos; muelen a los pobres indios que las traen, porque para una hanega son necesarios tres indios de remuda; empero, el pan es el mejor del mundo.

A la mano derecha desta ciudad, a las faldas de la sierra, hay otra ciudad llamada San Miguel de Tucumán, pueblo más fresco y de mejores edificios y aguas.

Capítulo LXVI

De la cibdad de Córdoba

Desta cibdad de Santiago a la de Córdoba, qu'es la última en esta provincia, hay pocas menos de noventa leguas, todas llanas, sin encontrar una piedra, y casi todas despobladas, porque en saliendo de un pueblo de indios, a quince leguas andadas de Santiago, hasta Córdoba, no se pida más poblado, si no es un poblezuelo de obra de doce casas, diez leguas o poco más de Córdoba. Pobló esta cibdad y conquistó los indios que la sirven don Jerónimo de Cabrera, siendo gobernador; llenos los campos de avestruces, venados y vicuñas y demás sabandijas. En todas estas leguas no vi cosa digna de notar. El camino, carretero, y así caminé yo desde Esteco a esta cibdad, que son poco menos de 200 leguas, si no son más, y desde aquí se toma el camino a Buenos Aires, también en carretas, que son otras 200, pocas menos; toda la tierra llana, y en partes tan rasa que no se halla un arbolillo. El hato y comida se lleva en las carretas; las personas, en caballos; pero no se ha de caminar más de lo que los bueyes pueden sufrir, que es a cuatro leguas cada día, y para cada carreta son necesarios por lo menos cuatro bueyes; pastos, muchos y muy buenos; agua, poca.

La cibdad de Córdoba es fértil de todas fructas nuestras, fundada a la ribera de un río de mejor agua que los pasados, y en tierra más fija que la de Tucumán, está más llegada a la cordillera; danse viñas, junto al pueblo, a la ribera del río, del cual sacan acequias para ellas y para sus molinos; la comarca es muy buena, y si los indios llamados Comichingones se acabasen de quietar, se poblaría más. Tres leguas de la cibdad, el río abajo, en la barranca dél, se han hallado sepulturas de gigantes, como en Tarija. Los campos crían muchas víboras y hitas, que dél vienen volando a la cibdad en anocheciendo, como si no bastasen las que se crían en las casas; es abundante de todo género de ganado nuestro, y de mucha caza, venados, vicuñas y perdices. Hállanse en esta provincia de Tucumán unos pedazos de bolas de piedra llenos de unas puntas de cristal, o que lo parece, labradas, transparentes, unas en cuadro, otras sexavadas; yo las he visto y tenido en mis manos; estas puntas están muy apeñuscadas unas con otras, y tan junctas como granos de granada; son tan largas como el primer artejo del dedo de en medio, comenzando desde la lumbre del dedo, y gruesas como una pluma de ánsar con lo que escribimos; he dicho todas estas particularidades por lo que luego diré; estas bolas son tan grandes y tan redondas como bolas grandes de bolos; críanse debajo de tierra, y poco a poco naturaleza las va echando fuera; cuando ya (digamos así) están maduras, y un palmo antes de llegar a la superficie de la tierra, se abren en tres o cuatro partes, con un estallido tan recio como un arcabuz disparado, y un pedazo va por un cabo y otro por otro, rompiendo la tierra; los que ya tienen experiencia dello acuden adonde oyen el trueno y buscan estos pedazos, que hallan encima de la superficie de la tierra; yo creo que, fuera destas puntas, hay en medio de la bola alguna cosa preciosa que naturaleza allí cría y no la quiere tener guardada. Aquellas puntas, si las labrasen lapidarios, deben ser de algún precio; allí no las estiman en cosa alguna.

Capítulo LXVII

De los gobernadores que ha habido en Tucumán desde el Marqués de Cañete acá

Los gobernadores que en esta provincia de Tucumán he conocido, el primero fue el general Francisco de Aguirre, que por Su Majestad la gobernó y acabó de allanar; varón para guerra de indios, bravo; vecino de Coquimbo, contra el cual ciertos soldados, y creo uno o dos pueblos, se le amotinaron, tomando por cabeza a un Fulano Berzocana, soldado valiente, los cuales le prendieron; pero viniendo al Audiencia de La Plata envió el Audiencia un juez y hizo justicia del Berzocana y otros, y concluidos sus negocios en el tribunal del Audiencia y del reverendísimo de aquella cibdad, volvió a su gobernación; después por orden de la Santa Inquisición salió a Los Reyes, de donde volvió a su casa a Coquimbo y en Copiapó, pueblo de su encomienda, acabó la vida, dicen, trabajosamente.

Subcedióle Fulano Pacheco, que salió bien de su gobernación; digo en paz, porque los tres que se siguen acabaron como diremos. A Pacheco le subcedió don Jerónimo de Cabrera, hermano de don Pedro Luis de Cabrera, a quien el marqués de Cañete, de buena memoria, embarcó para España, como arriba declaramos. Don Hierónimo era muy diferente en trato y condición de su hermano, muy noble, afable, con otras muy buenas calidades de caballero. Amplió aquella gobernación, porque pobló la cibdad de Córdoba y conquistó los indios de su comarca. En su tiempo comenzaron a comunicar los del Paraguay con los del Tucumán y los de Chile.

Subcedióle un caballero de Sevilla, Pedro de Abreu, dicen deudo suyo, empero enemigo capital, que desde España andaban encontrados los deudos de don Hierónimo con los de Pedro de Abreu, porque con don Hierónimo nunca había tenido Pedro de Abreu que dar ni que tomar, ni le conocía; hóbose rigurosamente con don Hierónimo en la residencia, o con testigos falsos, o sin ellos, le cortó la cabeza por traidor, diciendo tractaba de alzarse con la provincia y tiranizarla, lo cual confesó don Hierónimo, dándole tormento sobre ello; oí decir a un Oidor de La Plata habersele hecho mucha injusticia, pero quedóse degollado; sus hijos siguieron la causa y no fue dado en el Audiencia por traidor, por lo cual les volvieron los indios de encomienda y demás haciendas.

A cabo de pocos años a Pedro de Abreu subcedió el licenciado Lerma, el cual, procediendo en la residencia contra Abreu, le degolló. El licenciado Lerma, de los de Tucumán, unos le alaban, otros le vituperan; en cosa de justicia le tenían por buen juez; en otras, como desmandarse con palabras muy afrentosas contra los vecinos en presencia dellos, era demasiado. Este licenciado Lerma pobló a Salta, cosa muy importante para la quietud de Calchaquí; ya desto tractamos, y por quejas que habían ido contra él al Audiencia, yendo con socorro y de su hacienda a Salta para los que allí estaban, le encontró al alguacil mayor de los Charcas, que por orden del Audiencia le iba a prender y traer preso y que el gobierno quedase en los alcaldes, lo prendió y trujo a la cibdad de La Plata; el cual en seguimiento de su causa fue a España y miserabilísimamente y paupérrimamente murió en la cárcel de Madrid, sin tener con qué se le dijese una misa, y por amor de Dios pidieron a la puerta de la cárcel, allí puesto su cuerpo, para enterrarlo, a lo cual acertando a pasar por allí un religioso nuestro que de estos reinos había ido a los negocios desta provincia, llamado el Presentado fray Francisco de Vega, que le conocía, preguntando quién era el difunto y diciéndole qu'el licenciado Lerma, ayudó bastantemente para que le enterrasen. Todas estas particularidades, parecerán menudas, he dicho para que se vean los fines desdichados destes tres gobernadores, y que es verdad: matarás, y matarte han, etc.

Al licenciado Lerma le subcedió Juan Ramírez de Velasco, caballero bien intencionado, el cual pobló dos pueblos de españoles en las faldas de la cordillera vertientes a Tucumán, el uno donde fue poblado los años pasados la cibdad de Londres, y se despobló por no se poder sustentar, a causa de ser los indios muchos y muy belicosos; el otro más adelante, a la misma falda de la cordillera; es tierra fértil y que produce abundancia de oro y plata, los indios agora no son tantos, por lo cual han sido fáciles de reducir; hanse consumido en guerras civiles unos con otros; el Inga los tuvo sujetos, y por la falda desta cordillera llevaba su camino Real hasta Chile; servíanle y tributábanle oro en cantidad, y de allí se lo traía acá al Perú; su capitán, con la gente de guerra, estaba en un fuerte recogida, y no salía dél sino era cuando algunos indios se le rebelaran; reducidos y castigados, volvíase a su fuerte; este caballero es bien intencionado, dócil y que fácilmente recibe la razón y se convence; creo no le subcederá lo que a los sobredichos. Tomóle la residencia don Fernando de Zárate, caballero de hábito, vecino de La Plata y muy rico y de bonísimo entendimiento; no sé hasta agora más dél.

En esta provincia hay algunos religiosos del Seráfico San Francisco, y en todos los pueblos tienen, desde Salta a Córdoba, conventos pequeños de uno o dos religiosos: sólo en Santiago del Esteco se sustentan cinco o seis muy escasamente.

Pasando yo por esta provincia (y esto me compelió ir por ella a Chile) hallé seis o siete religiosos nuestros, divididos en doctrinas; uno en una desventurada casa en Santiago; más era cocina que convento; es vergüenza tratar dello, y teníanle puesto por nombre Santo Domingo el Real; viendo, pues, que no se podía guardar ni aun sombra de religión en él, los saqué de aquella provincia; es cosa de lástima haya ningunos religiosos en ella, porque un solo fraile en un convento, y en un pueblo, ¿qué ha de hacer? un ánima sola, decimos, ni canta ni llora, y más en tiempos tan miserables donde las cosas van tan de caída. De Nuestra Señora de las Mercedes hay cual o cuales religiosos, y esto de la provincia de Tucumán.

Capítulo LXVIII

Del reino del Paraguay

A la parte del Oriente de toda la provincia de Tucumán demora (hablando como marineros) el Río de la Plata; no sé la causa por qué le pusieron este nombre; en él no se ha hallado una puncta, ni de oro; acá llamámosle el Paraguay; no le he visto, mas quien ha atravesado a todo Tucumán puede decir lo que della ha oído a españoles que cada día salen a ella. Tiene algunas cibdades y grandes; la mayor y más principal se llama la Asumpción, cabeza de aquel reino, con mucha gente, los más allí nacidos, mestizos y mestizas; los españoles meros son pocos. Abundante de mucho mantenimiento, caña dulce, cosas de azúcar muchas y muy buenas; vino bonísimo; fundada a la barranca del río, que en muchos géneros y muy buenos de pescados es fértil, donde todos los allí nacidos, así varones como mujeres, desde niños se enseñan a nadar y nadan galanamente, y no es falta que las mujeres lo sepan, porque Platón en su *República* quería que las mujeres supiesen pelear. La segunda cibdad el río abajo, según dicen 150 leguas, se fundó en nuestros días por el capitán Juan de Garay, de nación viscaíno, hombre nobilísimo y muy tenido de los indios, llamada Sancta Fe; conocílo y tractélo en la cibdad de La Plata. El capitán Juan de Garay, viviendo en la Asumpción, donde era vecino, en cabildo pidió le diesen algunos mestizos, allá llamados montañeses, y pocos

españoles, que él quería aventurarse e irse el río abajo con ellos, llenos de Chiriguanas caribes (y todos los son, unos comen carne humana, otros no) a descubrir la tierra y ver si podía dar con la comarca de Tucumán, para comenzar a tener comercio con ella y con el Perú, y no estuviesen allí acorralados viviendo como bárbaros; porque si Nuestro Señor le diese ventura de comunicarse con Tucumán, y de allí con el Perú, entrarían unos y saldrían otros y les venía quien les predicase, porque había muchos años no oían sermón; diéronle la gente que pidió, y en barcos o bergantines echóse el río abajo; tuvo en el camino, por ir siempre a la ribera, muchos recuentros con los indios, que algunos dellos tienen esta calidad: cuando quieren que nadie entre en su tierra, so pena de la vida, toman un calabazo grande, y pasado con dos flechas o tres y muy embijado, cuélganlo de un árbol; cuando no quieren hacer mal a los que entran en su tierra cuelgan una garza blanca, muerta, de un árbol. No es mal aviso para los comarcanos.

El Capitán Juan de Garay, prosiguiendo su viaje, hallando buen sitio y comarca desembarcó en tierra y pobló esta cibdad de Santa Fe; con los indios no tuvo mucha dificultad en conquistarlos, y llanos, determinó caminar al Occidente la tierra adentro, por donde los indios le guiaban, diciendo haber españoles; siguiólos. A la sazón también de la cibdad de Córdoba había salido otro capitán con gente hacia el Oriente, en busca del Río de la Plata, que también los indios decían había un río caudalósísimo por aquella parte, poblado de indios, el cual los nuestros entendían no podía ser otro que el de la Plata, como lo era; fue Dios servido que los unos y los otros se encontraron, recibieron y hablaron amigablemente y desde entonces se comunica el Río de la Plata con Tucumán y Tucumán con el Río de la Plata. De Santa Fe a Córdoba no hay más distancia de sesenta leguas, llanísimas, las treinta sin agua, si no es en medio del camino un pozo muy hondo; empero de allí sacan agua para las personas y los caballos y bueyes; el día de hoy se frecuenta mucho este camino, y traen de Santa Fe bonísimo vino, y de la Asunción, porque como vienen el río abajo llegan en breve a Santa Fe, y muchas cosas de azúcar y conservas bonísimas, como se hacen en Valencia.

Estando yo en Córdoba llegó allí un mercader con tres o cuatro carretas cargadas de vino bonísimo y conservas, y le compré dos arrobas para mi viaje de allí a Chile, a quince reales de a ocho el arroba, y pasó con ello a Santiago del Estero, y estuvo determinado ir a Chile, donde las conservas y azúcar vendiera muy bien. Salieron de la Asunción pocos años ha, no son ocho, a poblar el río llamado Bermejo, donde sin dificultad los indios, que son muchos, se redujeron; son los más ingeniosos que se han hallado en estas partes; tienen buenas casas, a dos aguas; hacen arcos de madera de medio punto, como si a compás los sacasen; vi en Santiago del Estero una muchacha que, sin haber tomado aguja en su vida en la mano, labraba como si desde que nació se hubiera criado labrando.

El Río de la Plata, antes de llegar a este río Bermejo, en el camino hace un salto que por debajo dél es el camino real, por donde pasan a caballo y las carretas sin riesgo alguno; más arriba están poblados, y de antiguo, dos pueblos de españoles que ha muchos años no tienen sacerdote, fundados en tierra calidísima; los hombres allí andan y traen las caras amarillas como los de Santa Marta en el reino de Tierra Firme.

Solábase caminar desde el Brasil al Río de la Plata en el paraje de la Asunción (digo venía el camino a salir frontero ó poco más arriba de donde está poblada la Asunción), distancia de doscientas leguas, por tierra poblada y no mal camino; yo he visto hombres en la provincia de la Plata que desde el Brasil, con otros, vino hasta Asunción; agora

no se camina; los indios han cerrado el camino por los malos tratamientos de los nuestros.

Es la provincia del Río de la Plata abundantísima de todo género de mantenimientos, así de la tierra como nuestros, y para cañas de azúcar fertilísima; antes que entrara allá un Andrés Martín, que conocí en la cibdad de La Plata, no se aprovechaban ni hacían miel de las cañas, sino del azúcar que reventaba como resina dellas, agora de todo se aprovechan; si como es abundante y fértil de mantenimientos lo fuera de oro o plata, era la mejor provincia del mundo, pero Nuestro Señor no puso el oro ni la plata sino en tierras inhabitables; el oro por la mayor parte por el calor y la plata por el mucho frío, porque los hombres se contentasen con poco; mas la soberbia humana y cobdicia, lo inhabitable, como haya oro o plata, lo hace habitable.

Es la tierra abundante del mal francés, y proveyóles Nuestro Señor del palo que llaman sancto, en mucha cantidad; hay pocos médicos; púrganse de las demás enfermedades con el agua de un pescado que en ella cuecen, y el pescado sirve como gallina el día de la purga, aunque tienen abundancia dellas. Los indios son todos Chiriguanas, más tractables que los de la provincia de los Charcas; no comen carne humana, pero hablan la misma lengua; son así bien dispuestos y valientes; son grandes holgazanes, como los demás, y la fertilidad de la tierra les hace no acudan a las cosas de la fe como les era necesario. Admirado desto, diciéndomelo un padre de San Francisco que salió de aquella provincia a Esteco, estando yo allí y visitándolo, me dijo no me admirase, porque en apretando a los indios un poco a la doctrina, con sus mujeres y hijos se van veinte leguas y más de la cibdad, y tan buena tierra hallan allí y tan fértil como en la cibdad o en sus pueblos, y como uno destes tenga una víbora de cascabel que comer, tiene muy buena comida y cena, y no ha menester más, las cuales fácilmente las caza; y no las temen, que no temerlas parece barbaridad. Castigaron los viejos conquistadores y criaron en mucha policia a los montañeses y a los meros españoles, como a ellos los criaron sus padres. Ningún muchacho había de hablar, ni cubrir cabeza, ni sentarse delante de los viejos, aunque tuviesen barbas, ni los viejos al más estirado llamaban sino tú, cuando mucho un vos muy largo. A los montañeses enseñaban primero a leer, escribir y contar; luego les daban oficio, y a lo que más se inclinan es a herreros, y son primisimos oficiales; son grandes arcabuceros; flecheros y nadadores, recios hombres a caballo; andando en la guerra, luego quitan las calzas y zapatos y desnudan los brazos; ya han perdido esta policia, muertos los viejos, y son la gente más mentirosa del mundo, y como un hombre no tracte verdad, no le pidan honra.

Esta provincia tiene muchos árboles de la tierra, fructales, más que Tucumán, y mejor madera para las casas, y el temple, como el río va declinando más a la mar, se va subiendo a este nuestro polo, y así es más fresco. Sancta Fe está en treinta grados y Buenos Aires en treinta y siete, donde yela y nieva como la altura lo pide.

Capítulo LXIX

Del puerto y pueblo de Buenos Aires

El puerto de Buenos Aires, de pocos años a esta parte se ha tornado a poblar, respecto de la contratación que hay del Brasil con el Río de la Plata y Tucumán; dicen distar de la boca del río treinta leguas o pocas menos. No tiene servicio de indios, que si lo tuviera hobera crecido mucho, y por esta razón se despobló este pueblo de Buenos

Aires lo mismo que la fortaleza llamada de Gaboto. Tiene el río por aquí más de tres leguas de ancho, y la boca más de diez; cuando se despobló no pudieron los españoles traer consigo particularmente los caballos y yeguas sin que dejasen algunos.

Este ganado se ha multiplicado tanto en aquellos llanos que a los chapetones les parece montañas de árboles, y así cuando caminan y no hay un arbolillo tamaño como el dedo paralelo, viendo las manadas dicen: ¿Pues aquélla no es montaña? vamos allá a cortar leña, y son las manadas de los caballos y yeguas. Salen a caza dellos como a venados; están gordos, que al primer apretón quedan estancados; a los que son potros atan, doman y hácenlos caballos; he visto en Córdoba muy buenos caballos destos. Pero con ser este paraje a su tiempo muy frío se crían muchas víboras. Los venados en todo el Río de la Plata son muy grandes y no de menores aspás; las pieles curan y hacen dellas cueras que parecen de ante, y algunos por de ante las venden. En el camino de Córdoba a Buenos Aires, y desde Santa Fee por tierra, es necesario ir muy apercebidos de armas y arcabuces, y en las dormidas velarse, porque salen algunas veces indios cazadores de venados, y fácilmente se atreven contra los nuestros; sus armas son arco y flecha, como los Chiriguanas, y demás desto usan de unos cordeles, en el Perú llamados aillos, de tres ramales, en el fin del ramal una bola de piedra horadada por medio, por donde entra el cordel; éstas arrojan al caballo que va corriendo, y le atan de pies y manos con la vuelta que dan las bolas, y dan con el caballo y caballero en tierra, sin poderse menear; destos aillos usan para los venados; pónense en paradas, y como va el venado corriendo lo ailla fácilmente.

De la otra parte del río hay una provincia de indios llamados Charrucas, no muy bárbara en algunas cosas; son hombres que guardan palabra y quieren se le guarde. Traen continuamente guerra con otros indios comarcanos Chiriguanas, aunque no caribes, y la guerra es sobre las comidas. Los Chiriguanas no labran la tierra, sino cuando están maduras las sementeras júntanse en cantidad, y con mujeres y hijos cogen lo que no sembraron. Los Charrucas, de un navío que dio a la costa en la cual habitan, cautivaron a dos españoles, uno ya hombre y otro muchacho, que con su padre venía, de edad de ocho años. Los demás todos perecieron en la costa y se perdieron con los demás navíos en que venía por marqués Juan Ortiz de Zárate, de una tierra que prometió descubrir muy poblada al rey Felipe Segundo, de inmortal memoria, el cual antes que cumpliese lo prometido murió cerca de Buenos Aires en una isla llamada Santa Caterina, por lo cual no cumplió lo prometido, ni cumpliera, por no haber las poblaciones que imaginaba. El marqués Juan Ortiz de Zárate fue vecino de la cibdad de La Plata, a quien conocí en el Perú cuando se iba a España muy rico, a donde llegó en salvamento, y llegado a corte trató hacer este descubrimiento, con que Su Majestad le hiciese gobernador del Río de la Plata y marqués de más de 30.000 indios que había de conquistar, y poblar tres o cuatro cibdades a su costa. Empero, como fue edificio sobre arena, o por mejor decir, imaginación, así paró todo. El muchacho arriba dicho, ya hombre de 22 años, poco más, me dijo lo que referiré, al cual hallé quince leguas de Santiago del Estero, cuando yo iba a Córdoba, y le llevé conmigo dándole de comer y caballo hasta aquella cibdad. El pobre muchacho cautivo servía a su amo de traerle leña, agua, trabajar en la chácara y en lo que le mandaba.

Destá suerte sirvió más de catorce años, o pocos menos; certificóme que hasta entonces sus amos convidándole con mujeres, y aun con sus hijas, Nuestro Señor le había hecho merced que con infiel no se había ensuciado ni con otra. Este, viendo el daño que los Chiriguanas (nombraba la nación, que no me acuerdo, por eso los nombro

Chiriguanas) hacían, un día que todos los más de los Charrucas estaban muy tristes porque los otros indios les habían llevado las comidas, dijo que si le daban licencia él vendría a Buenos Aires y pediría favor a los españoles, los cuales lo darían luego, y con ellos se podían vengar y destruir a sus enemigos; sobre esto hubo entre los Charrucas muchos dares y tomares, y los más eran de parecer no le diesen licencia; finalmente se la dieron y él les dio su palabra de volver a su amo pasado el invierno, porque estaba desnudo y había de buscar con qué vestirse. Salió a Buenos Aires; trató con el capitán y cabildo a lo que venía; prometiéronle al tiempo favor, y con esto despachó a dos indios que con él vinieron, tornando a dar su palabra que con los españoles o sin ellos, teniendo salud, no dejaría de volver. En Buenos Aires no halló cómo vestirse; venía a Santiago del Estero a buscar limosna para su vestido, y encontrándole yo le persuadí se volviese conmigo, pues sabía el camino, que yo le ayudaría de mi pobreza y le haría la cosa; hízolo así y vino conmigo hasta Córdoba, y es cierto que le persuadía yo, si no había jurado (decía que no) que se quedase por acá, y siempre me dijo no dejaría de volver, o con los españoles, o sin ellos, porque entre aquellos indios es gran falta faltar la palabra, y más porque a los de Buenos Aires les convenía tener amistad con los Charrucas, y desde Córdoba en la primera ocasión se volvió; lo que ha subcedido no lo sé, y preguntándole de cosas particulares de aquellos indios, me decía que los viejos de cuando en cuando junctaban los mozos y les avisaban no hiciesen agravio ni mal a nadie, no fuesen holgazanes y viviesen de su trabajo. Es entre estos indios gran maldad el adulterio; empero conciértanse con el marido, y fácilmente da licencia a su mujer que vaya a servir por tantos días al que se la pide; ésta es mucha ceguera, y no nos tenemos de espantar que hombres sin lumbre de fe no tengan el adulterio, con esta condición, por pecado ni infamia.

Capítulo LXX

De la provincia de Cuyo, en términos de Chile

De la cibdad de Córdoba al primer pueblo de españoles del reino de Chile, desta parte acá de la cordillera, llamado Mendoza, hay cien leguas tiradas, todas despobladas y llanas, camino carretero, en el cual hay algunos ríos, al tiempo de las aguas, grandes. Al río de Córdoba llaman el Primero: al que sigue, Segundo; al otro, Tercero; al otro, Cuarto; y al último, Quinto; Tercero, Cuarto y Quinto son de bonísimas aguas. El Tercero y Cuarto, poblados de indios apartados del camino real, llamados Comechingones, bien dispuestos y valientes, sujetos a la cibdad de Córdoba; sirven cuando quieren; cuando no, izquierdean. En los términos desta cibdad, a lo menos. Cuando yo pasé por ella, no había más sacerdotes que un cura clérigo, y un fraile de San Francisco en su conventillo, gran conjurador de nublados; los indios sujetos no sabían qué cosa era Ave María, ni Páter nóster.

En el río Quinto hay indios de guerra que no se han reducido; aquí hallé tomillo salcero, y sólo éste de todos estos ríos entra en el Río de la Plata; los demás se empantanar y hacen unas lagunas grandes donde se cría mucho pescado y aves de diferentes géneros en gran abundancia; los llanos abundantísimos de pastos, que si como desto son fértiles lo fueran de aguas y ríos, creo fuera la más fértil tierra del mundo. Críanse en ellos todas las sabandijas que habemos dicho arriba, con muchos venados, vicuñas y guanacos, perdices y otros pájaros y avestruces. Vimos una cosa que nos admiró: llegamos a un arroyo a sestear, donde pensamos no hallar agua; acaso había llovido y hallárnosla; llevaron los bueyes a beber, que eran más de sesenta, porque

llevamos doce carretas; entre los bueyes, saliéndose de beber, metióse una cierva que había llegado a beber, pero bebió tanto, que a manos la tomaron los indios; cuando la vimos con tanta barriga, pensamos estaba preñada y por eso no había escapádose corriendo; ábrenla, y toda era agua; admirados, preguntamos a los indios de qué procedía aquello; respondiéronnos que al tiempo del verano los venados beben de una vez para ocho y diez días, por la falta de las aguas, y así aquella cierva había bebido tanto. Hay en este camino algunos indios de guerra, pocos, en la Rinconada, términos de Córdoba, y en la punta de los Venados, términos de Chile; empero pocas veces salen a hacer daño, porque luego son castigados por los nuestros, como se hizo poco antes que por esta Rinconada pasásemos. Nosotros uno ningún indio vimos, y si como dicen se ha poblado la punta de los Venados, no hay que temer, ni antes lo había, como no les hiciesen daño. En este camino hay despoblados sin agua de a quince leguas y más, de la punta de los Venados adelante, y casi uno tras otro, y si ha llovido no hay falta de agua; por el camino hay unas hoyas hechas a mano por los indios que allí habitaban, donde se recoge el agua; hallármolas llenas, y el agua muy sabrosa y fría, con ser más de mediado diciembre, donde los calores son crecidos. Salimos de Córdoba a primeros de diciembre, y llegamos con nuestras carretas a Mendoza, dos días antes de Navidad, antes de la cual corre el río de aquella cibdad, que en este tiempo es muy grande y extendido; augméntase de las aguas que corren derretidas de la sierra Nevada, y ensánchase tanto, que debe tener más de tres cuartos de legua de ancho, en brazos; pasámosle por 37, unos con más agua que otros, y de piedra menuda; si en un brazo se juntara, era imposible vadearle; yo hubiera de correr un poco de riesgo en un brazo, que acertó a ser el mayor; iba delante; echéme al agua; el caballo era bueno, que desde la cibdad de Los Reyes casi caminé en él; tenía buen camino; sacóme en paz, pero no era tanta el agua que nadase; los que venían en pos de mí bajaron más abajo y pasaron más fácilmente, y las carretas sin mojarse cosa de las que en ellas venían. Pasado el río, a medio cuarto de legua está la cibdad de Mendoza.

Capítulo LXXI

De la cibdad de Mendoza

Fundó esta cibdad el general Juan Jofre, vecino de la cibdad de Santiago de Chile, por orden de don García de Mendoza, que es agora Marqués de Cañete y fue Visorrey destos reinos, de quien habemos tractado, en una provincia llamada Cuyo; no se pasó mucho trabajo, ni hobo batallas con los indios para reducirlos, porque ellos mismos vinieron a Santiago de Chile a pedir a don García de Mendoza les enviase españoles y sacerdotes porque querían ser cristianos; fue el general Juan Jofre con soldados que habían quedado sin suerte después de llano Arauco, y pobló esta cibdad, a quien llamó Mendoza por respecto del gobernador; otro pobló veinte leguas más adelante, al Norte, llamado San Joan de la Frontera, en el mismo paraje que Mendoza, a las vertientes destas sierras nevadas; la cibdad es fresquísima, donde se dan todas las fructas nuestras, árboles y viñas, y sacan muy buen vino que llevan a Tucumán o de allá se lo vienen a comprar; es abundante de todo género de mantenimiento y carnes de las nuestras; sola una falta tiene, que es leña para la maderación de las casas; los indios comúnmente se llaman Guarpes, mal proporcionados, desvaídos; las indias tienen mejor proporción; es la gente que más en breve deprende nuestra lengua y la habla de cuantas hay en el mundo; las indias que crían entre nosotros hilan el lino tan delgado como el muy delgado de Vizcaya; los indios grandes ladrones y no menos borrachos., a nuestra costa nunca se ven hartos; a la suya comen poco, como los demás del Perú; de sus juegos,

grandes tahúres; en sus tierras andan medio desnudos, y cuando les dan de vestir por su trabajo, luego lo juegan unos con otros; cuando están junctos se alaban de lo que han hurtado a los españoles; así son los deste Perú, que se alaban de que nos han mentido y engañado y hurtado lo que pueden, y lo cuentan como por gran hazaña. Es abundante toda la provincia de víboras y demás animales ponzoñosos, y de las hitas, importunísimas, grandes y pequeñas; las mismas calidades tiene San Joan de la Frontera. De ambos estos dos pueblos, de cada uno por su camino salen indios todos los años para ir a trabajar a Chile; los de San Joan a Coquimbo y los de Mendoza a Santiago, del cual trabajo pagan a sus amos parte del tributo, y a ellos se les da el cuarto; en su tierra no tienen de qué tributar. Es gente poca, subjecta a sus curacas, y bárbara; túvolos el Inga subjectos, y algunos hablan la lengua del Perú, general, como en Tucumán, si no es en Córdoba, donde no alcanzó el gobierno del Inga.

Capítulo LXXII

Del camino de Mendoza a Santiago de Chile

Desde estos dos pueblos (como habemos dicho) se camina para el reino de Chile, de cada ciudad por su camino, por donde se pasa la cordillera Nevada, que es la misma que llamamos en el Perú Pariacaca, y si no se aguarda a tiempo que las nieves sean derretidas, es imposible, so pena de quedarse helados. Comiénzase a pasar casi a mediado Noviembre, y dende en adelante hasta fin de Marzo, y pocos días de Abril, porque luego se cierra con las nieves; yo la pasé a fin de Diciembre sin alguna nieve; tómate el camino desde Mendoza a Santiago que son cincuenta leguas, y ándase en ocho días por sus jornadas, todas despobladas, si no es la última; pasadas dos jornadas, que estamos ya a las vertientes de las faldas de la cordillera, encontramos a mano derecha el camino Real del Inga; dejélo a mano derecha antes de llegar a Salta siete o ocho jornadas, y a la misma mano le hallé, el cual vamos siguiendo casi hasta Santiago de Chile; el camino no es malo, ni tiene despeñadero, ni es de mucha piedra; en las dormidas no faltan pastos para los caballos, ni leña; en hallando el camino del Inga vamos subiendo un valle arriba hasta nos poner al pie de la cordillera que habemos de doblar, antes de la cual, pocas leguas, no creo son cuatro, hay una fuente famosa que terná del largo más de treinta pasos, toda de yeso, por debajo de la cual pasa el nacimiento del río de Mendoza.

Esta fuente Nuestro Señor allí la puso; será de ancho más de tres varas; fui a verla de propósito, porque está del camino Real un tiro de arcabuz apartada, y como el río no llevaba agua, no pasamos por ella. Puestos al pie de la cordillera, donde se hace noche al reparo de unos peñascos grandes, saliendo dellos, luego casi se comienza a subir la cordillera, que no tiene una legua de subida, no agría, antes arenosa y fofa, por las nieves que tienen quemada la tierra, las cuales derretidas y seca la tierra queda casi como arena muerta. Lo alto de la cordillera que encubramos no tiene medio cuarto de legua de llano, por lo cual en llegando arriba y comenzando a abajar, todo es uno. Por muchas partes en este reino he atravesado esta cordillera, pero por ninguna es tan buena en tiempo de verano; en invierno ya he dicho, por las nieves, no se camina. El bajar no es dificultoso ni malo, más de que es más larga la bajada que la subida; por este camino que voy siguiendo, de cuando en cuando, a trechos, damos en unas mesas llanas, como descansaderos, y como bajamos se va moderando el tiempo hasta llegar a la dormida, siete leguas buenas, que llaman El Camarico, pero no hallaréis de comer si no lo lleváis.

De unos ojos de agua que están a dos leguas o tres encumbrada la cordillera, nace el río del valle de Quillota, por la ribera del cual vamos prosiguiendo nuestro camino, pasándolo por poca agua, después destos ojos de agua, el cual desde su nacimiento corre por muchos peñascos, y como va bajando se va haciendo mayor y aumentando con otros arroyos que se le llegan, de suerte que el Camarico no se puede vadear, no tanto por el agua que en este tiempo lleva, cuanto por las piedras grandes; vadéanle los caballos descargados, y con riesgo de se quebrar las piernas; este río ya grande a cuatro leguas más abajo, o poco menos, del Camarico, s'ensangosta mucho entre dos cerros, que no debe ser la angostura de cuatro varas en ancho, por donde todo él pasa acanalado. En esta angostura hizo el Inga una puente, pero para pasar por ella es necesario ir el hombre confesado; para bajar ha de ser por una peña tajada, y para subir lo mismo, tan tajada que se pasa desta manera: a pie con alpargates, porque no se deslice el pasajero, atadas a la cintura unas sogas, una adelante, otra atrás; la trasera tienen los que quedan atrás, y vanla largando poco a poco, porque el que pasa no resbale y dé consigo en el cárcabo del río, y en pasando arrojan la soga delantera a los que están de la otra parte; estos indios pasan más liberalmente que nosotros, sin estas sogas, porque parecen tienen diamantes en las plantas de los pies; y así le alzan arriba, de suerte que el pasajero lleva dos sogas atadas a la cintura: una delante para subir, otra detrás para descender, y por aquí pasan y han pasado mujeres y ninguna se ha despeñado, yo no pasé por esta puente, sino por otra de madera que se había hecho poco más arriba, mas dende a breve tiempo la mandó el Gobernador quemar, no se le huyesen los soldados a la provincia de Cuyo, permaneciendo aquella puente. Ya pasada esta cordillera, no hay animal ponzoñoso en todo lo descubierto de Chile, y es tan limpia tierra cuanto de las vertientes a Tucumán es sucia. Desde esta puente a Santiago se camina en tres días, ya por tierra apacible y fértil.

Capítulo LXXIII

Prosigue el camino de Copiapó a Coquimbo

Esto en breve he dicho, cuanto ha sido posible. Hemos de volver al otro camino de Chile que corre por la costa, hasta llegar a la misma cibdad de Santiago. Dijimos que Morro Moreno era como término del Perú y Chile, dividiendo los linderos, desde donde vientan Norte, y mientras más arriba más recios. El primer pueblo de la jurisdicción de Chile es uno de indios, en el valle llamado Copiapó, y el pueblo así se llama, donde los que vienen cansados del largo despoblado de Atacama descansan y se rehacen; es valle angosto y pequeño; el río, fértil de mantenimientos, y se dan en él cañas dulces de donde el amo saca buena miel. Nunca tuvo muchos indios; agora tiene menos; fueron bellicosos y lo son, por ser casi parientes de los de Calchaquí, mas como se han apocado, también sus fuerzas; los pocos, poco pueden. De aquí a Coquimbo ponen sesenta leguas a arbitrio de buen varón, todas despobladas, si no es un valle llamado el Guasco, diez leguas de Coquimbo, de pocos indios. El valle, fértil y para viñas bueno, cuyo vino es muy bueno; todo el camino hasta este valle es falto de agua salobre, pero a falta, bebedera. Del Guasco en día y medio se ponen en Coquimbo los que van de espacio.

Capítulo LXXIV

De la cibdad de Coquimbo

La cibdad de Coquimbo es la primera del reino de Chile, puerto de mar capacísimo; el surgidero a dos leguas del pueblo, y seguro; carece de agua y de leña, todo se lleva en carretas. Fundóse sobre una barranca, no media legua de la playa, donde la mar es de tumbo; es el mejor temple que creo hay en el mundo, porque ni hace frío ni calor, en ningún tiempo, que sea penoso; cuando el invierno llueve tres veces, es milagro. El río, de bonísima agua, que riega la campiña, dende se dan todas las fructas nuestras, viñas y aceitunas, en unas partes mejores que en otras; no son tan gruesas como las de los llanos del Perú, pero muy buenas, mayores que la manzanilla grande de España; si en esta tierra lloviera, abundara en ser riquísima de oro, porque diré lo que allí me afirmaron, y no es fábula: en los vientres de las lagartijas se halla oro, y descubrióse desta manera: un indio de aquel pueblo pagaba muy descansadamente su tributo, seis pesos en oro cada año, sin ir a las minas, ni trabajar sino en su chacarilla y casa; apretáronle de dónde sacaba su tributo; dijo que de las lagartijas del campo, y es así que llegando el tiempo de pagarlo, se iba a caza de lagartijas al campo, no lejos de la cibdad, y abriéndolas sacaba cuatro o cinco tomines de oro (y si no me engaño) estando en aquella cibdad me enseñaron el indio, y no es milagro, porque el oro no se criaba en las barrigas de las lagartijas, sino, como de tierra se mantengan, a vuelta della comen algunos granillos de oro. Las minas que a poco más de quince leguas desta cibdad se labran, de oro, desde el tiempo del Inga, por una perdiz se descubrieron; y ésta es tradición: llegando el capitán general del Inga que iba conquistando, cerca destas minas, que se llaman Andacollo, y asentando su real, trujéronle unas perdices, que son muy buenas, en cuyos papos hallaron unos granillos de oro (los indios de Chile no conocían oro ni plata); trujéronselo al capitán general; preguntó dónde habían muerto aquellas perdices; respondieronle: en aquel asiento; mandó lavar y lavar; sacó mucha cantidad, y perseveró en esta riqueza muchos años, aun en tiempo de los españoles, y hoy persevera no en tanta cantidad; es muy fino, porque sube de la ley; este asiento sólo se labra en los términos de esta cibdad un poco adentro de la cordillera, donde hace muy buen frío, y labran en él todos los años nueve meses pasados de ducientos y cincuenta indios, y cada año se sacan 75.000 y 80.000 pesos, sin lo que los indios aplican para sí; y en tres meses que dejan holgar aquella tierra, se torna a criar y producir otro tanto oro, lo cual a los que no lo han visto les parecerá fábula, y es verdad lo que habemos dicho.

Esta cibdad es abundante de pescado muy bueno; péscanse algunos atunes; no andan en cuadrillas como en España, sino de uno en uno; sale el indio pescador en busca dél, dos y más leguas a la mar con su balsilla de cuero de lobos; lleva su arpón, físgale, dale sogas hasta que se desangra; desangrado le saca a la costa; vienen desde Arica a este puerto, que son más de 250 leguas costa a costa, barcos a hacer sus pesquerías de tollos, que son muy buenos y en cantidad; lizas y corvinas. He visto en este puerto cuatro barcos de pescadores venidos de Arica, poco menores que bergantines. Por cima del pueblo pasa una acequia grande de agua para todas las casas de la cibdad, y para regar las haciendas que están cerca dellas; las casas tienen sus huertas dentro, con naranjos, limos, membrillos, etc. Los vecinos viejos ya se han acabado y los hijos con como los del Perú; los vecinos desta cibdad son afables y bien partidos; no tienen las condiciones que los de puerto. Es pueblo de mucha recreación, por la caza de perdices, y de pesca en unas lagunas juncto a la mar, do se crían lizas y otros peces, y patos de agua; los indios pescan graciosamente: unos con volantines arrojados, en los cuales empalman los anzuelos grandes, y en ellos el cebo, que sacan de las conchas, atado con un hilo; arrójanlo cuanto pueden en la mar, ellos en el rebalaje de las olas a la rodilla, el volantín atado a la muñeca, y no parece si no que ven el pece que pica, y con la mano derecha dan un golpe en el volantín, y luego halan; pescan desta suerte lizas grandes, corvinas, y

tollos, y lenguados. Vi una vez a un indio así pescar, y el pece que picó debía ser grande, porque se llevaba al indio al tumbo de la ola; quiso Dios se rompiese el volantín; si no, corría riesgo de ahogarse; no tenía con qué cortar el volantín. Otros entran casi hasta la ola donde quiebra, con sus fisgas de tres narpones, y en el tumbo de las olas vemos las lizas y demás peces; arrojan la fisga, y es cosa de ver qué ciertos son a dar en el pece; luego halan a fuera y sacan su pescado. Aquí se descubrieron minas de cobre de lo bueno del mundo, lo cual se trae a Los Reyes, y dello se ha labrado el artillería para la defensa del puerto, para armar las galeras y demás navíos de armada.

De esta cibdad para Santiago hay dos caminos: uno por la sierra, que se sigue en tiempo-de aguas; otro casi por la costa de la mar; ponen 65 leguas de camino; en esta distancia hay tres valles muy buenos y fértiles; el primero se llama Limari, el río no pequeño, buen agua, buenas viñas y mejor vino. El segundo se llama Choapa; más ancho el río, mayor y más fértil, en el cual hasta agora no han plantado viñas; aquí hay un poblezuelo de indios, de los que allá quedaron del ejército del Inga; es abundante de pescado. El nacimiento deste río es de oro, y en tiempo que se derriten las nieves es muy grande; más adelante es el valle de Quillota con otro río no de tan buenas aguas; es el que dijimos pasarse por la puente del Inga, mayor, y que no todas veces se deja vadear; aquí se da mucho maíz, trigo y demás mantenimientos, y el cáñamo muy crecido, donde hay otro poblezuelo de indios; debe distar de Santiago 22 leguas, las más llanas, que al invierno son trabajosas de caminar, porque se empantan y parece el campo una mar; empero, como la tierra es recia, no hay mucha ciénaga; si no son en estos tres valles, no hay casas donde hacer noche; hácese debajo de arrayanes más crecidos que los de España, porque dellos se sacan vigas para enmaderar.

A su tiempo hay muy buenos pastos para los caballos, y en estos campos se criaba abundancia de ganado vacuno, y era tanto la primera vez que por allí pasé, agora veinticuatro años, que se nos venían los toros a las dormidas, todo hecho cimarrón; no se conocía cuyo era en los términos de Coquimbo, que corren hasta el valle de Choapa; agora no hay ninguno, porque los vecinos de Coquimbo lo han consumido matando con dejarretaderas; cual más podía, más mataba, sacaban el sebo y hacían cecinas, todo lo cual embarcaban para Los Reyes; en lugar deste ganado se crían al presente abundancia de perros cimarrones. Cerca del valle de Choapa, gobernando don García de Mendoza a Chile, se descubrieron en este camino real más minas de oro que llamaron del Spiritu Sancto, riquísimas, de donde los vecinos de Santiago y Coquimbo sacaron millares de pesos; acabáronse temprano y los vecinos no sé qué hicieron de tanto oro; si sé: gastaron sin discreción y vinieron a quedar pobres, y sus hijos mucho más.

Capítulo LXXV

De la cibdad de Santiago

La cibdad de Santiago, cabeza de obispado, y al presente del reino de Chile, se fundó por el gobernador don Pedro de Valdivia en demasiado llano, en un sitio nombrado de los indios Mapocho, a la ribera de un río, al invierno grande y peligroso para la cibdad; al verano, que es al revés de España, se pasa de piedra en piedra; ni tiene barranca, ni madre, por lo cual se ensancha, y siempre para la cibdad, la cual si no repara se la ha de llevar, como va estuvo a pique dello. Es abundantísima de todo género de mantenimientos, de vino y fructas de las nuestras, bonísimas, almendras y aceitunas, si estos dos árboles, y ninguno otro de los nuestros no tuvieran contrario, porque el

almendro comienza a florecer en medio del invierno por julio, al principio cae un yelecillo, arrebatándole la flor; y el aceituno, al tiempo que está en flor suele venir una niebla que se la abrasa; todos los otros árboles nuestros no padecen detrimentos, ni los naranjos ni limos, que se dan dentro y fuera de la cibdad. También suelen venir algunos yelos sobre las viñas, a las cuales cuando están en cierne no le son buenos amigos.

Distaba esta cibdad de la cordillera tres leguas, y con todo eso el calor a su tiempo de día y de noche es crecido, y el frío en el suyo; a este tiempo suelen venir algunas borrascas de nieve tan buenas como en Salamanca, con tanto Norte, que arrancan los árboles de cuajo, y a los que no, con la mucha nieve que cae sobre ellos los desgaja; es pueblo lluvioso desde mediado abril, que comienzan las aguas cuotidianamente, hasta agosto; unos años son más, otros menos, como en todos los reinos, que es cuando comienzan los nortes, los cuales en este reino son recísimos, y mientras más arriba, más vehementes, y al principio son poco menos que pestilencia; traen mucho catarro y dolor de costado consigo, y asimismo en todo el Perú, como actualmente lo experimentamos en este valle de Jauja, donde escribimos esto: tres meses no ha dejado de correr y nos ha traído el sarampión a los niños, y viejos, e mozos, y a las viejas bastante catarro, con el cual se ha llevado no pocas. Los vecinos y moradores todos tienen sus viñas, cual mayor, cual menor, y tierras de pan, donde cogen trigo, maíz, garbanzos, lentejas, melones y las demás legumbres, de suerte que no hay plaza donde se venda cosa alguna, ni pulpería; las camuesas y manzanas que se dan, parece no creíble; con ellas se engordan los cebones. El que no las tiene, con enviar una carreta a casa de su vecino se la darán de valde, y así se hace. Un buen hombre portugués, un poco fuera de la cibdad, aunque agora ya están dentro, plantó cuatro cuadras, unas frontero de otras, todas de camuesos y manzanas, que al tiempo de la fructa entrar en ellas es entrar en una casa de olores, y no le sirven más que de perderse, y darlas a carretadas. La comarca desde las tejas de la cibdad es abundantísima de todo género de ganado: en los campos, hatos de yeguas cimarronas, de donde cada año sacan no pocos caballos para la guerra; algunos salen bonísimos; fuera desto hay crías de caballos; los mejores son de Alonso de Córdoba, que también la tiene de mulas que envía a Potosí, y aprueban muy escogidamente; allá no se usan, porque la tierra es cenegosa, particularmente de la cibdad de Chillán adelante.

Todo este reino es faltísimo de sal, desde Coquimbo a Osorno y Chilué; llévase en navíos de acá del Perú y es una de las mejores mercaderías; vale en Santiago de Chile una anega de sal, doce pesos de oro de veinte quilates, que es el de contracto. Aunque proveyó Dios en el distrito desta cibdad, doce leguas della, una laguna que es común, donde debajo del agua (no es fábula) se cría la sal, y en el verano a tal tiempo se desacota, a donde van los indios, y vecinos envían sus carretas y traen la que pueden; andan los indios que la sacan, en el agua hasta la rodilla y con las manos sacan la sal, que en unas seras de paja echan; es negra, empero para guisar de comer y salar cecinas es bastante. Si el año ha sido lluvioso hay poca sal; si un poco seco, hay mucha; empero la sal del Perú siempre tiene su precio. Cae también al verano a la redonda de Santiago el rocío sobre ciertas yerbas, el cual cuajándose en ellas se vuelve sal, como el rocío sobre los sauces se vuelve maná; ésta es muy poca; los indios cogen estas yerbas en unas mantas, sacúdenlas y la sal despídese de ellas, es como cosa de fructa. Truena poco y llueve muy suavemente, tres y cuatro días sin cesar; miramos a la parte del Sur si comienza a aclarar un poco, y si aclara, la serenidad es cierta; es muy dolosa, por ser fundada en tanto llano, y porque el servicio es de carretas y por el consiguiente, en el verano es de mucho polvo. Sustenta cinco conventos: el nuestro con casi treinta frailes y

estudio; el de San Francisco, con otros tantos; la Merced, seis o siete; los que tienen San Agustín y los padres de la Compañía no lo sé, porque se fundaron después que yo salí de aquel reino. Sustenta también otro monasterio de monjas sujetas al Ordinario; la Orden que profesan son de las de la Encarnación de Los Reyes; debe tener veinticinco monjas de velo. La gente de la cibdad es muy afable y bien partida, y la que sustenta y ha sustentado de cuarenta años a esta parte la guerra contra Arauco, que si no ya se hubieran despoblado algunas ciudades de las de arriba, en particular la Concepción. Los campos son abundantes de madera y muy buena, roble y otra que llaman Canela, porque huele un poco a ella y los polvos hacen estornudar bastante; acipreses en la cordillera muy gruesos, muy altos, y olorosos; yo fui a cortar unos pocos para nuestro convento, doce leguas del pueblo, y corté aciprés y acipreses, que cuatro indios hacheros cortando uno solo, no se vían el uno al otro; tráense ajorro; de aquí se proveen los mantenimientos y pertrechos para la guerra. Sobre esta pobre ciudad cargan las derramas a nunca pagar, sin perdonar a viuda ni huérfana. Es de cuando en cuando molestanda de temblores vehementes, y es cosa no creíble; las casas cuyos cimientos son sobre la tierra no padecen detrimento con ellos; las que los tienen fondos, éstas corren riesgo y se abren; los temblores no son de vaivén como los deste reino, sino como saltando para arriba y son más peligrosos. Conócese fácilmente cuándo ha de venir el temblor: si a la puesta del sol a dos horas antes, a la parte de la mar hay una barda (así la llaman los marineros) de nubes, que corre Norte Sur, es cierto aquella noche o otro día el temblor. Uno vi en esta cibdad; más miedo me puso que los que he visto en este reino.

Capítulo LXXVI

De las demás ciudades de Chile

De la cibdad de Santiago, de quien acabamos de decir, a la cibdad de la Concepción, ponen setenta leguas de las buenas; todo el camino es fértil para ganados de toda suerte, para trigo y maíz y demás legumbres, y viñas, en el cual camino encontramos con algunos ríos malos de vadear, y vienen crecidos al verano con mucha agua que se derrite de las nieves de la cordillera, como son Maipo, Cachapoal, Maule, Nuble, el río de Itata; los cuales al invierno llevan poca agua y los arroyos cuyos nacimientos no es de las sierras nevadas, traen mucha agua. Esta cibdad de la Concepción es puerto de mar, con abundancia de pescado, y seguro, si no es cuando reina Norte en el invierno, y muchas veces en el verano, porque ningún mes hay en todo este tiempo que no viene poco o mucho, y siempre trae agua, la cual azota las paredes de las casas, y es necesario, por ser de adobes o tapias, aferrarlas con alguna cosa que del agua las defienda. Su asiento es sobre una ciénaga junto a un arroyo pequeño. Poblóse aquí, porque la guerra no ha dado lugar a otra cosa, y los vecinos tuviesen agua seguramente; en tiempo de paz, antes de la muerte del gobernador don Pedro de Valdivia, fue muy abundante de naturales, los cuales se han consumido con la guerra de más de 54 años a esta parte, y con matarse los unos a los otros como fácilmente lo hacen, así en las borracheras como con ponzoñas, sin que se les castigue nada. Repartimientos de seiscientos indios tributarios y más no tienen hoy veinte indios, y así al respecto. Es abundante de todas comidas el suelo, y de oro, si hay quien labre la tierra y lo saque; junto al pueblo están las viñas, y se hace vino, aunque no tan bueno como el de Sanctiago, porque la uva no madura a ponerse dulce. Los edificios son pobres respecto de la guerra continua, y bajos respecto de la vehemencia de los vientos. El invierno es asperísimo, con Nortes y lluvias; el verano es templado. Agora cuarenta años se retiró la mar, y después salió con tanta furia y

bramidos que casi anegó todo el pueblo, s, luego sucedieron terremotos muy, frecuentes, que echaron la mayor parte del pueblo por el suelo, y el año pasado de 604 subcedió a las cinco de la tarde otra inundación de la mar, con tanta vehemencia y bramidos, que anegó la mayor parte del pueblo, y en el convento del señor Sanct Francisco, donde yo residía y vivo, derribó la cerca, que es de piedra, por tres o cuatro partes, y se llevaba las piedras, grandes, como si fueran paja; anegó todo el convento, y cuando se retiró dejó algunas lizas y otros peces en el claustro, y me compelió a mí y a otros salir por las paredes; y el fuerte, qu'es de tapias, arruinó, llevándose las y dando con ellas más de veinte pasos adelante. Si esta inundación fuera de noche pereciera mucha gente, y si algún temblor viniera se arruinara todo el pueblo; fue Nuestro Señor servido que la inundación fuese de día y no subcediese temblor alguno.

Capítulo LXXVII

De algunos otros pueblos deste reino

De la Concepción, llegándonos a la cordillera Nevada, dista la cibdad de San Bartolomé de Gamboa doce leguas, cuatro de la cordillera; poblóla el gobernador Martín Ruiz de Gamboa en buen sitio, llano; la comarca de muy buen suelo, fértil de todo género de comidas y viñas, junto a un río que cría muy buenas truchas y otros peces de buen gusto. Aquí no alcanzan tanto los temblores. Casi toda la madera de las casas es de aciprés muy oloroso, que se cría en mucha cantidad en la cordillera, en la cual, en valles que hay en ella, estaban poblados indios que llamamos Puelches, bien dispuestos, belicosos, los cuales, así por nuestra parte, defendiéndonos dellos, como por las guerras civiles que entre sí han traído, se han acabado casi todos.

Ongol.- Dista deste pueblo la cibdad de Ongol, por otro nombre llamada de los Infantes, poblada por don García de Mendoza, marqués de Cañete, siendo gobernador deste reino, de muy buena gente, es un llano cuyo suelo tiene las propiedades de San Bartolomé y de la Concepción; hace ventaja en las viñas, porque el vino de aquí es muy bueno; tenía abundancia de indios comarcanos y belicosos, los cuales después de la muerte del gobernador Martín García de Loyola se rebelaron y compelieron a despoblar el pueblo, el cual despobló el gobernador don Francisco de Quiñones: si fue acertado o no, otros lo dirán.

Agora Alonso García Ramón lo pretende poblar y envía gente para ello, porque conviene así para que los pocos indios rebelados se reduzcan al servicio de Su Majestad. No se puebla donde estaba antes, aunque cerca de allí, sino más llegado al río llamado Biobio, por impedir el pasaje a los indios de Puren y a otros.

De aquí a la cibdad Imperial ponen diez y ocho leguas, en medio de las cuales está la quebrada Honda que llaman, donde cotidianamente se hallaban indios de guerra emboscados para hacer suerte en los nuestros que caminaban por allí. Esta cibdad, antiguamente, cuando la pobló Valdivia, era abundantísima de indios más que otra alguna. Vecinos hubo que tuvieron encomendados 25.000 indios y más, como fueron el Adelantado Jerónimo de Alderete y el gobernador Villagrán, y otros 18.000, y a quince mil indios, y dende abajo; todos estos indios eran dóciles y pacíficos, y pretendiendo echar de la tierra a los españoles se concertaron de no sembrar un año; las justicias no advirtieron en ello; llegó el año de la hambre, perescieron casi todos, y se comían los

unos a los otros sin perdonar padre a hijo ni hijo a padre, y se halló indio cortarse un pedazo de muslo y asarlo para lo comer.

Destá suerte los repartimientos muy grandes no quedaron en mil indios, y los menores casi en ninguno, los cuales después de la muerte del gobernador Loyola se rebelaron, cercaron la ciudad y la tuvieron en mucho aprieto de hambre; los que persuadieron esta rebelión fueron los indios más regalados de los españoles, y criados desde niños en sus casas, más ladinos que nosotros. Salió de la Concepción el gobernador don Francisco de Quiñones, y la despobló, y así se está hoy, y los indios con sus guerras civiles se han menoscabado, de suerte que cuando se tornen a reedificar habrá muy pocos naturales. El suelo es abundante para todo género de comidas y ganados, y es rico de oro, principalmente el río que llaman de las Damas; aquí no llegan las uvas a madurar de suerte que se pueda hacer vino dellas. Dista de la mar aun no seis leguas, de donde se proveía de pescado; tiene cerca la provincia de Puren, que siempre la ha fatigado con guerra. De aquí a la Villa Rica, un poco más metida a la cordillera, ponen 17 leguas, con dos ríos en medio, que no se dejan vadear; pásanse en balsas o canoas; el suelo es rico de oro; por eso la llamaron la Villa Rica. Muerto Loyola, también se rebelaron los naturales y la pusieron en tanto aprieto de hambre, que murieron casi todos los nuestros della, y no quedaron sino doce o quince soldados, tan sin fuerzas y flacos para defenderse, que fácilmente los indios entraron en la cibdad y mataron los pocos que habían quedado. Robáronla y quemáronla, y así se está hoy destruida; esta cibdad tuvo continuamente guerra con los indios de la cordillera, que usan de yerba casi irremediable.

Capítulo LXXVIII

De la cibdad de Valdivia

Desde esta Villa Rica a Valdivia ponen otras quince o veinte leguas; fue muy rica de oro que subía de la ley; parte dello se sacaba en sus términos, y parte o lo más venía de la Villa Rica a fundirse allí y marcar. Pobló el gobernador Valdivia esta cibdad a la ribera de un río navegable y seguro, a donde los navíos llegaban a surgir tan cerca de la barranca del río a donde se fundó el pueblo, que las gavias llegaban a las ventanas, y para embarcar y desembarcar no era necesario batel, sino echar una tabla ancha y entrar y salir por ella. Hubo hombre que a caballo entró y salió de un navío. Es abundante de mucho monte de buena madera para edificios, que era el trato desta ciudad, donde había muchos ingenios para sacar y aserrar la madera.

El suelo, para maíz abundante; el trigo se sembraba diez y doce leguas de la ciudad en unos llanos que se llaman de Valdivia, donde acudía con abundancia; traíase al pueblo parte por tierra hasta el río, de donde en canoa se proveía la cibdad. Agora 35 años, poco más o menos, subcedió un temblor tan vehemente que asoló cinco cibdades deste reino: La Concepción, Imperial, Villa Rica, Osorno, y esta Valdivia; y a un navío qu'estaba surto en este río lo sacó y echó en tierra buen trecho de donde estaba; que nunca más se aprovecharon dél y allí quedó como el arca de Noé en los montes de Armenia. Este río procede de una laguna grande de la cordillera Nevada; desemboca por entre dos cerros; con el terremoto se juntaron los cerros y el río quedó en seco por algunos años, hasta que creciendo la laguna emparejó y rompió por medio de los dos cerros, que se juntaron con tanta vehemencia y tanta agua, que robó mucha parte de los llanos arriba dichos, y se llevó mucha cantidad de naturales y la cibdad corrió algún

riesgo, y desde entonces corre el río por su madre como antes. Permaneció esta cibdad en mucha abundancia, así de oro como de comidas, hasta que agora cinco años, víspera de Sancta Catalina, por los pecados de los que en ella vivían, Nuestro Señor la castigó, enviando sobre ella muchos indios, así de los sujetos como de los de La Imperial, después de la muerte del gobernador Loyola, y de noche los indios dieron en la cibdad y la entraron, saquearon y mataron todos los que en ella había varones, y se llevaron más de trescientas mujeres mayores y menores, niños y niñas; robaron las tiendas y las iglesias y en las imágenes hicieron grandes crueldades, siendo todos bautizados y casados y ladinos, y los más ladinos mayores crueldades hacían en íos nuestros, y más oprobios en las imágenes, y hasta hoy no se han rescatado ni podido rescatar las mujeres, niños ni niñas, porque a los varones todos los han muerto; mas como Nuestro Señor castigó aquella cibdad, también castiga a los naturales porque se volvieron a las antiguas bestialidades de sus padres, matándose los unos a los otros, como lo hacen, así en borracheras como con ponzoña. Será muy dificultosa reedificarse aquesta cibdad por la falta de los naturales y aspereza de la tierra, y, para nosotros ser infructífera.

Capítulo LXXIX

De la cibdad de Osorno

De Valdivia a Osorno, que la pobló don García de Mendoza, marqués de Cañete; de mucha y muy buena gente, ha veintidós leguas de camino; cuando se pobló era abundante la comarca de naturales que fácilmente, al parecer, recibieron la fe y comenzaron a rescebir la pulicía humana, vistiéndose como nosotros y acudiendo a las iglesias en sus pueblos con algún cuidado. El suelo era muy abundante para comidas y ganados. Muerto Loyola, también estos indios, aunque se habían disminuido mucho, que no llegaban a 8.000, se rebelaron, cercaron la ciudad y la entraron y quemaron las iglesias, y en las imágenes hacían lo mismo que los de Valdivia; pusieron a la cibdad en mucho aprieto de hambre, y cuando la entraron y saquearon se llevaron una monja profesa de Sanct Francisco, y se la tuvieron allá algunos años, hasta que el capitán... la sacó y la restituyó a su Orden. Estos indios, en un recuento mataron al coronel Francisco del Campo, yendo por comidas para la cibdad de Osorno con otros españoles, como diremos; finalmente, en tanto estrecho pusieron a Osorno, que compelieron a todos los cercados, con el mejor orden que les fue posible, dejar el pueblo y despoblarlo y irse a la cibdad de Castro, que por otro nombre llaman Chilué, de quien luego diremos, treinta y cinco leguas, poco más o menos, de Osorno; donde en el camino padecieron mucho trabajo de hambre, ciénagas, ríos, y las pobres mujeres padescían más, porque algunas caminaban a pie. Los naturales de Osorno luego consumieron todo cuanto ganado ellos tenían, y lo que guardaban de sus amos, porque había más de 400.000 ovejas de Castilla, más de 50.000 vacas, más de 40.000 yeguas y mucha cantidad de ganado porcuno, y en tan breve tiempo lo consumieron todo, que el día de hoy, que no ha cinco años que se despobló Osorno, no se halla en el distrito una cabeza de ningún ganado. Consumieronlo porque si los españoles volviesen a reedificar a Osorno no hallasen que comer. Hicieron otra cosa en gran daño suyo; que no sembraron, y faltándoles las carnes faltóles las comidas, y sobre la hambre dieron en comerse unos a otros, y así se han consumido y acabado, que no hay hoy 2.000 indios: tomaban un cuarto de indio, echábanlo en el camino y emboscábanse; pasaban otros indios de ellos mismos, arrebatában la carne, salían los emboscados y matábanlos y comiánselos. En estas bestialidades y otras han caído por sus pecados, ya políticos

ladinos, vestidos como nosotros, los más dellos ricos de todo género de ganados; ninguno sabía cultivar la tierra sino con bueyes que propios tenían.

Capítulo LXXX

De la cibdad de Castro

En cuarenta y dos grados de altura hay cantidad de islas, unas mayores, otras menores; unas más pobladas que otras, de a legua, de a dos leguas, entre las cuales hay una, la mayor, llamada Chilué, de tres leguas de largo y de siete o ocho de circuito; fue muy poblada de naturales, donde los españoles poblaron una cibdad llamada Castro, a donde se recogieron los que vivían en Osorno. Esta isla, con las demás, no tienen suelo para trigo; dase poco y mal, por ser la costelación muy lluviosa; para cebada es mejor y para papas, que son como turmas de tierra de Castilla, sino que se siembran a mano y crecen mucho, de a dos y tres libras, de razonable mantenimiento. Los ganados nuestros multiplican, no con tanta abundancia como en la tierra firme; es abundante de mucha madera, y dende esta isla al estrecho de Magallanes, que son doce grados, la tierra es muy áspera, la costa muy brava y sin puertos, poco poblada, aunque los que en ella viven son como gigantes. La isla es pobre de oro; plata, ni por imaginación en ella se halla. Los años pasados, un pirata inglés, el tercero que desembocó por el Estrecho, llegó allí, saqueó el pueblo y mató al cura, un clérigo muy honrado y buen cristiano; predicando lo mandó arcabucear; sabido por el coronel Francisco del Campo, antes que le matasen como habemos dicho, salió Osorno con cuarenta soldados, pocos más, y entró en Castro; vino a las manos con el pirata, matóle diez y ocho o veinte luteranos; el pirata se escapó por la codicia de los soldados nuestros, que se ocuparon en robar lo que los luteranos enemigos habían robado. Algunos naturales de la tierra firme inquietan a los nuestros, por lo cual se ha puesto un presidio de soldados en un puerto veinte leguas de Castro, llamado Calermapo, con que se refrenan estos indios.

Y esto cuanto a los pueblos españoles deste reino de Chile.

Capítulo LXXXI

De los obispos deste reino

El primero, aunque no se consagró, fue don Rodrigo González, clérigo que se halló en la conquista deste reino con don Pedro de Valdivia, y fue su confesor; varón afable y predicador; murió de gota rescebidos los Sanctísimos Sacramentos; a quien subcedió el obispo Barrionuevo, de la Orden de San Francisco, varón religioso, de muchas y buenas partes; también murió en buena vejez; a quien subcedieron dos obispos, porque se dividió este reino en dos obispados; en el de Santiago, que llega hasta los Cauquenes, seis o siete leguas adelante del río de Maule.

En el de Santiago subcedió Fr. Diego de Medellín, deudo nuestro, varón gran religioso de la Orden de Sanct Francisco, que fue provincial en el Perú de su sagrada religión, de gran ejemplo Y cristiandad, así en España como acá; acabó de hacer la iglesia mayor de Santiago y el coro, y feneció en buena vejez, casi sin calentura, hombre ya de noventa años.

El otro obispado se llamó de La Imperial, desde los términos de los Cauquenes hasta Chilué; fue proveído en él por primer obispo Fr. Antonio de Sant Miguel, de la misma orden, varón de muchas y loables virtudes; gobernó con mucho ejemplo y cristiandad y fue casi como profeta del castigo que nuestro Señor, por nuestros pecados, lleva adelante en estos reinos, predicando los españoles que en ellos viven y vivían se volviesen a Dios y hiciesen penitencia y enmendasen sus vidas, porque le adivinaba su corazón había de caer la mano pesada de Dios sobre las cibdades que agora están despobladas, como ha caído; fue promovido al obispado de Quito, en cuyos términos, veinte y cinco leguas antes de allegar a su silla, murió loabilísimamente en un pueblo llamado Riopampa.

Subcedióle en el obispado de La Imperial don Agustín de Cisneros, arcidiano, varón docto en cánones y muy principal, de buenas y loables costumbres; gobernó cinco o seis años con muy buen ejemplo de vida y acabóle una enfermedad de gota; a quien sucedí yo, sin merecerlo, en este tiempo tan trabajoso, donde era necesario un varón de grandes partes y virtudes para ayudar a llevar los trabajos de los pobres y socorrerlos en sus necesidades; empero falta lo principal, que es la virtud, y el pusible, por ser el obispado paupérrimo que apenas me puedo sustentar, y no tengo casa donde vivir, que si en Sanct Francisco no me diesen dos celdas donde vivir, en todo el pueblo no había cómodo para ello; con todo esto, tengo más de lo que merezco, porque si lo merecido se me hubiera de dar, eran muchos azotes.

Capítulo LXXXII

De los prelados y religiosos de las órdenes

La primera religión que pasó a este reino creo fue de Nuestra Señora de las Mercedes; no sé qué calidades tuviesen los religiosos, porque dellos hay poca memoria. Después vinieron religiosos de la orden de Sanct Francisco, y entre ella el padre Fr. Cristóbal de Rabaneda, predicador, que fue provincial, con otros de buen ejemplo que comenzaron a poblar en los pueblos de los españoles y a doctrinar a los naturales desde Coquimbo hasta Chilué. El padre Fray Francisco de Montalvo fue varón muy religioso, buen predicador y provincial, a quien subcedió el padre Fr. Domingo de Villegas, religioso de buen gobierno y esencial; después del cual subcedió el padre Fray Joan de Tobar, a quien los indios mataron con dos compañeros cuando al gobernador Loyola; agora esta provincia está subjeta a la de Lima; gobiérnala con título de Vicario provincial el padre Fr. Joan de Lizárraga, loablemente, muy buen predicador y deudo nuestro. Nuestra religión vino la postrera, y el primero que de nuestros religiosos entró en este reino con don García de Mendoza fue el padre Fr. Gil González Dávila, varón docto, gran predicador, muy esencial, de muy buen ejemplo, con un compañero llamado Fr. Luis de Chaves, el cual, aunque no era docto, sus buenas costumbres suplían la falta en esto; después le sucedió el padre Fr. Lope de la Fuente, muy buen religioso y gran lengua en la del Perú, y llegado acá en breve tiempo deprendió la de los naturales y les predicó con mucho ejemplo de vida, así en el distrito de Sanctiago como en esta Concepción, en Arauco y Tucapel y en las demás ciudades; vino este religioso padre por Vicario provincial, a quien en el mismo cargo sucedió el padre Fr. Jerónimo de Valenzuela, buen predicador, y cumplido su término se volvió al Perú; a quien sucedió y vino por Visitador el padre Presentado Fr. Diego de Niebla, religioso muy docto; después de lo cual el Rmo. General de nuestra Orden, desde Lisbona, sin yo imaginarlo ni pedirlo, dividió esta provincia de la del Perú, y me nombró Provincial della, sin

merecerlo; hice lo que se me mandó y vine por tierra desde la ciudad de Los Reyes, donde era prior de nuestro convento, por tierra, que como dicho tengo arriba, son más de ochocientas leguas, las más de las trescientas despobladas y de diversos temples; llegado a Sanctiago, hice lo que pude, y no lo que debía, porque soy hombre y no puedo prometer sino faltas; acabado mi provincialato me subcedió el padre Fr. Francisco de Ribero, buen predicador, a quien sucedió el que agora gobierna, Fray Acacio de Naveda, hijo deste reino, que hace bien su oficio y ha poblado en la provincia de Tucumán y del Río de la Plata cuatro o cinco conventos, de pocos frailes porque la pobreza de la tierra no sufre más.

Capítulo LXXXIII

De los gobernadores de Chile

El primero de los gobernadores de Chile y el que lo conquistó fue don Pedro de Valdivia, hombre hidalgo de guerra y ánimo, de gran conocimiento, y en particular para elegir y poblar cibdades; su fin y muerte no lo trato, porque otros ya lo han hecho. El segundo fue don García de Mendoza, agora marqués de Cañete, hijo del valeroso y gran limosnero don Andrés Hurtado de Mendoza, que domó la soberbia araucana cuando la tierra hervía con indios, soberbios por la muerte de Valdivia y victoria que contra él y otros capitanes nuestros alcanzaron por justo castigo de Dios, con los cuales entrando más de veinticinco veces en batalla, siempre los venció, sujetó y dejó la tierra tan llana como la del Perú, gastando en menos de cuatro años que fue gobernador de aquella tierra mucha hacienda que su padre desde el Perú le enviaba, no de Su Majestad, sino suya propia, con los soldados que traía en su ejército. Pobló la cibdad de Osorno, y pobló la provincia de Cuyo, como habemos dicho, y hechas otras cosas como de su sangre se esperaba; salió de Chile pobre y necesitado, dando en aquel reino bonísimo ejemplo y olor de su persona, porque ni en cohecho ni deshonestidad, ni en otro vicio que los cargos traen consigo, se le conoció falta notable.

En los trabajos, el primero; en los recuentros y batallas, no el postrero; en proveer contra los pensamientos de los enemigos de Arauco, providentísimo, como si los tuviera delante de los ojos; porque si enviaba algún capitán a correr la tierra, luego proveía otro con gente bastante para que ocupase los malos pasos por donde el primero capitán había de volver, para que los enemigos allí no le hiciesen daño, con lo cual felicísimamente acabó aquella guerra y allanó, que en cuarenta y cuatro años que salió della y los indios se tornaron a rebelar, no se ha podido reducir al estado en que la dejó.

Sucedióle, proveído por Su Majestad, Francisco de Villagrán, desgraciadísimo capitán, y para gobernar no sé si de tanto talento, en cuyo tiempo la tierra se tornó a rebelar, desbaratándole no pocas veces, y principalmente en la cuesta que llaman de Villagrán, y también en diferentes ocasiones a sus capitanes, y así se ha quedado; a quien sucedió el doctor Sarabia, Presidente de una Audiencia Real que se fundó en La Concepción, con título de capitán general, la cual no permaneció veinte años; halló la tierra tal que con su mucha prudencia no la pudo remediar, antes sucedieron algunas desgracias y victorias de los indios, no por culpa suya, sino de confiados capitanes y mal proveídos.

A quien sucedió, deshecha la Audiencia, Rodrigo de Quiroga, caballero de hábito y de bonísimas partes y que tuvo a los araucanos muy apretados y casi para ponerlos en la

subjección antigua, sino sucediera la entrada por el estrecho de Magallanes del capitán Francisco, azote deste reino, a quien por seguir deshizo el ejército, y después acá no se ha puesto la tierra y, fin de la guerra en aquel estado.

Dende a poco sucedió su muerte, y en su lugar Martín Ruiz de Gamboa, a la sazón mariscal, casado con hija del gobernador Rodrigo de Quiroga; gran soldado, gran capitán, gran trabajador en la guerra, amigo de los soldados, liberalísimo con ellos, de mucho brío y de gran consejo para las cosas de la guerra de Chile, y muy caballero de la buena o mejor casa de Vizcaya; mas hallándose pobre y no con tanta gente como era necesaria, y la tierra muy necesitada, no pudo hacer mucho en dos años o poco mas que tuvo el gobierno de aquel reino; pobló, como dijimos, a San Bartolomé de Chillán, con que refrenó la soberbia de los indios comarcanos, y aseguro el paso para La Concepción y Ongol; en cuyo tiempo del gobernador Rodrigo de Quiroga, o poco antes, fue proveído por teniente general por Su Majestad para las cosas de justicia el licenciado López de Azoca, hombre hidalgo, cuya ejecutoria he visto, bonísimo juez, porque en once años que fue teniente general, ni cohecho, ni baratería, ni cosa deshonestá se le conoció; amigo de hacer justicia, y la hacía con toda rectitud. El cual, residiendo en esta o aquella cibdad podían los vecinos dormir a sueño suelto, las puertas de sus casas abiertas, sin que nadie les inquietase; tasó los indios de Osorno, lo cual ningún gobernador había hecho; fue con su residencia a España, donde en breve tiempo fue vista por el Consejo Real de Indias, y dado por buen juez.

Capítulo LXXXIV

Del gobernador don Alonso de Sotomayor

Al mariscal Martín Ruiz de Gamboa sucedió don Alonso de Sotomayor, caballero de hábito, el cual desembarcando en Buenos Aires con su gente, algunos se le quedaron en aquel pueblo, pero con pocos menos de cuatrocientos hombres, habiendo padescido grandes trabajos en los despoblados hasta llegar a la cibdad de Córdoba, de la provincia de Tucumán, llegó a ella, de allí a la de Mendoza, en su gobernación, de donde pasando la cordillera en buen tiempo llegó a la ciudad de Santiago (donde yo me hallé a la sazón), con cuatrocientos soldados (como habemos dicho), pocos menos, destrozados del camino, todos desnudos y descalzos, a los cuales los vecinos con mucha liberalidad hospedaron en sus casas, vistieron y regalaron con su pobreza y ayudaron con caballos; el cual, con venir con buenas intenciones de proseguir luego la guerra, a persuasión del general Lorenzo Bernal de Mercado, valentísimo capitán, que a la sazón se halló en Santiago, de gran conocimiento en la guerra de los indios, muy temido dellos, de los cuales ha alcanzado famosas victorias con muy pocos soldados, los indios muchos y aun algunas veces solo, y ha hecho cosas dignas de memoria; le dio 120 hombres para que fuese a descubrir unas minas de plata en la cordillera, a las espaldas de Ongol, no faltando quien al gobernador se lo contradijese, e yo fui uno dellos, que entonces era a mi cargo aquella provincia; con todo eso la despachó. Partió con ellos de la ciudad de Santiago a la ribera del río Biobio arriba; llegó a la cordillera; halló famosas minas de guijarros, pedernales, peñascos y breñas; llevaba picos, almadanas, fuelles y lo demás necesario para la fundición, y un hombre de Potosí, gran fundidor y conocedor de metales, por nombre Pedro Sandi; pero como aquellas minas no llevaban plata, ninguna halló. Pasó la cordillera, que por ser por Enero y Febrero no tenía nieve, ni por allí es muy áspera de pasar; de la otra parte halló algunos indios Poelches o de aquellos llanos algaborreros; tomó cuatro o cinco a las manos, uno de los cuales, o todos, por verse

libres dél, le dijeron que ciertas jornadas de allí, no pocas, hacia la mar del Norte, había otros españoles como nosotros, vestidos a nuestro modo, pero con pieles de venados y con barbas; que si le daba gusto, uno dellos iría y volvería y daría noticia a los otros españoles, de nosotros; como en Chile se tiene aquesta noticia, según habemos referido, dióle una mano de papel y escribióles la noticia que aquel indio dellos había dado, y que sin duda entendía ser españoles como nosotros, y por parecerle no tenían comercio con gente cristiana, lo que en España había les hacia saber: que en la Sede Apostólica residía Gregorio XIII, y que teníamos tantos de Aureo número; la letra dominical era tal; en España reinaba Filipo II, hijo de Carlos Quinto., en el Perú era Visorrey don Martín Enríquez; en Chile gobernaba don Alonso de Sotomayor, y para que le respondiesen les enviaba aquella mano de papel, diciendo quiénes eran, dónde vivían y prometiéndoles todo favor, saliendo al reino de Chile para dárselo, y la respuesta diesen aquel indio, el cual se había preferido traerlo a Ongol para el mes de Marzo; diose todo este recaudo al indio, mas hizo la ida del cuervo; no quería más que verse libre de las manos de los nuestros. Lo que yo tengo por más cierto es que los indios son enemigos nuestros capitales, y por una vía o por otra querían dividirnos para echarnos de sus tierras y matarnos, como dijimos haber hecho los Chiriguanas con el capitán Andrés Manso, y por eso inventan semejantes ficciones y mentiras; y que no haya memoria de españoles en el Estrecho, ni los que allí se perdieron, aunque saliesen a tierra, no sean vivos, es argumento eficaz lo que en Córdoba de Tucumán me dijo un vecino de aquella cibdad, por nombre Montemayor, el cual en la armada en que vino por general Álvaro Flores de Valdés, y por poblador del Estrecho, Pedro Sarmiento, con gente, y labrada madera para las casas e iglesias, y en ella también vino don Alonso de Sotomayor, gobernador de Chile, venía por escribano del armada, el cual después que el general Álvaro de Valdés, destrozado de la mar, sin poder embocar por el Estrecho, volvió a Buenos Aires y allí echó en tierra a don Alonso de Sotomayor con casi 400 hombres, para Chile. El capitán Pedro Sarmiento quedó con (los navíos para proseguir su viaje en ellos, y este Montemayor; prosiguiendo, pues, su viaje, para hacer lo que había prometido a Su Majestad, de poblar en el Estrecho y hacer fuerzas donde pusiese artillería para que los enemigos ingleses no pasasen sin echarlos a fondo qu'es imposible, porque lo más angosto del Estrecho es de tres leguas, embarcaron con viento muy próspero, pero a la mitad del Estrecho les dio un Sur tan desatinado que les compelió cazar a popa y volver a arribar, pero no arribó más que la nao donde iba el capitán Sarmiento: la otra era mejor velera, iba delante, y en una ensenada se metió y guareció del Sur; la capitana, digamos, arribó hasta tornar a desembarcar en la mar del Norte por donde había entrado, y llegó al puerto donde había salido a la boca del Estrecho. Aquí aguardó algunos días a la otra nao, y no viniendo, determinóse con 25 o 30 soldados arcabuceros ir en busca della, entre los cuales iba Montemayor, tomaron la costa en la mano, y a una o dos jornadas salieron a ellos trece indios vestidos de blanco, manta y camiseta, con sus arcos y flechas; el cabello largo, criznejado, y en las criznejas flechas largas, y los arcos grandes; ellos poco menos que gigantes, tanto y medio de más cuerpo que nosotros, uno de los cuales tomó una flecha y metióse la por la boca casi la mitad; sacóla y a vueltas unos cuajarones de sangre, que entre ellos debe ser valentía; el capitán Sarmiento, enfadado y asqueroso de aquello, hizo un ademán que los indios entendieron era de menosprecio; dejólos: pasó adelante en busca de su navío la costa adelante, unas veces por la playa, otras metiéndose la tierra adentro media legua y una, y por camino de la gente que allí vive, donde hallaban huella de pies grandes como de aquellos indios, y de otros como los deste reino. Los indios quedáronse un poco atrás como bufando; alguno de los soldados dijéronle: señor capitán, aquellos indios parece se quedan para hacer alguna traición; mande vuestra merced que se enciendan las mechas de todos los

arcabuces, y si dieran en nosotros no nos hallen desapercebidos; sólo un soldado en la vanguardia llevaba una encendida, y el cabo de escuadra, en la retaguardia el último. El capitán, con palabras ásperas los reprendió, llamándolos de gallinas, y que ¿de qué temían? mas no pasaron mucho adelante cuando los medios gigantes con gran alarido dan en los nuestros disparando sus flechas a montones; el cabo d'escuadra de la retaguardia volvió el arcabuz, puso fuego, no prendió, y danle un flechazo de que murió dentro de pocas horas. El que iba en la vanguardia vuelve al ruido, y quiso Dios que disparara y al medio gigante que venía delantero dale un pelletazo y tiéndelo; los demás, como le vieron en el suelo, con grandes alaridos métense en la montaña y nunca mas los vieron. Preguntéle: en ese viaje que hiciste hasta hallar el navío, ¿vistes o hallastes algún rastro de cristianos?, díjome: Padre, lo que pasa es que pasando adelante de la playa, hallamos una media ancla y una sonda y pedazos de tablas y un medio mástil, y más arriba, poco apartadas de la playa, como media legua, en el camino encontramos una peña grande, en la cual estaba cavada una cruz y tres renglones y medio de letras cavadas en la misma peña; escarbamos con las puntas de las dagas para ver si podíamos leerlas; solamente podimos conocer una M y una O y una D, por más que trabajamos. Preguntéle: ¿Vistes más?, respondiome: Sí, más adelante, antes de llegar al navío, sería como al tercio de lo estrecho, el navío estaba a la mitad, un poco apartado del camino, descubrimos un cerro redondo, no muy alto, y en medio de la plaza de la coronilla vimos como un árbol de navío, hincado, y, el cerro cercado de una pared; fuimos allá, y llegando; la cerca era de la estatura de un hombre, poco más, de piedras de mampuesto sin barro, y el árbol era de navío como de mezana, hincado en medio de la placeta del cerro que la figuraba, tan grande como una cuadra, y a la redonda de todo el cerro estaban unos colgadizos de la pared que dijimos le cercaba, y dentro dellos y de aquéllas casillas muchos huesos mondos y calaveras que parecían de españoles, de donde colegimos que algunos cristianos se recogieron allí y los indios los tuvieron cercados, y murieron todos, o de hambre, o de sed, o de lo uno y lo otro; y otra cosa no hallaron, ni más rastro de cristianos, hasta que volvieron al navío, en el cual entrando se volvieron al puerto donde estaba la Capitana, y de allí, no dándoles el tiempo lugar, al Brasil, donde algunos soldados se quedaron, no pudiendo sufrir la condición del capitán Pedro Sarmiento, y entre ellos este soldado Montemayor, y de allí se vino a Buenos Aires, y dende a Córdoba, donde vive casado y honrado. Lo más cierto es que la noticia que dan los indios son de los españoles que viven en el Río de la Plata; de donde se colige claramente que desde Buenos Aires a la boca del Estrecho no hay tierra poblada, sino muy poca, y esa barbarísima, aunque de la otra parte del Estrecho, antes de embocar, se han visto muchos humos, qu'es señal haber población; y el mismo Montemayor, que me refirió y certificó lo arriba dicho, también me refería que un indio qu'el capitán Pedro Sarmiento había tomado cuando desembocó por este Estrecho y lo llevó a España con otros dos o tres, y volvió consigo, decía al mismo Sotomayor que en aquella tierra donde vían los humos nació, y era muy poblada, y había allí un señor muy rico y de mucha gente que no comía carne humana como aquellos indios grandazos del Estrecho.

Volvió después el General Lorenzo Bernal antes que las nieves le cerraran el paso, porque si se detuviera quince días más no volviera tan presto, y el camino, que cuando entró estaba bueno, a la vuelta le halló peinado, sin ser posible pasar sino era despeñándose en el río Biobio, y arriba en el cerro estaban los indios con unas galgas las más peregrinas y extrañas que se han inventado; eran unas vigas largas, en cuyas cabezas y medio tenían atadas livianamente muchas piedras grandes; dábanlas con los pies, venía la viga rodando y despidiendo piedras a montones; fue Dios servido quel capitán Joan Ruiz de León, valiente capitán, que llevaba la vanguardia, llegando aquel

paraje unos peñascos donde con su gente estaba haciendo alto, se tendió por el suelo y las galgas pasaban por cima dando en el río, de lo cual avisó al general Lorenzo Bernal, por quien visto, despachó algunos soldados arcabuceros que por una cuchilla arriba subiendo echasen de allí a los enemigos; hiciéronlo y aderezando el camino los nuestros con las picas y azadones que llevaban para las minas, y para esto fueron provechosos, pasaron todos; algunos caballos volaron al río; la gente y el capitán general Lorenzo Bernal aportó a Ongol, el cual desde entonces comenzó a perder su crédito con el gobernador, y no hizo caso alguno dél ni él le encomendó la menor cosa del mundo, y viéndose así se recogió a Ongol, donde era vecino, y allí acabó sus días pobremente; hasta este no buen subceso se puede comparar con los buenos y venturosos capitanes de todas las indias, y esto no es de admirar, porque todas las cosas debajo de la luna tienen su crecimiento y mengua, si no son los amigos Dios de que de virtud en virtud crecen.

Después de salida la gente que fue con Lorenzo Bernal, don Alonso Sotomayor se ocupó en la guerra todo el tiempo que se puede hacer, qu'es el verano, permaneciendo en su gobernación; lo que en particular le sucedió no es de mi intento escribirlo; los que a su cargo lo han tomado lo escribirán. Sólo diré que tuvo muchas y muy buenas ocasiones, pero no por eso habemos de culpar a los que dellas no se saben aprovechar, porque les parece lo hecho en aquella coyuntura es bastante para lo que se pretende, y tienen sus razones que les convencen para no pasar adelante.

Gobernando el mismo don Alonso de Sotomayor se descubrieron en el paraje del puerto de Santiago de Chile, en 32 ó 33 grados, dos o tres islas grandes despobladas los puertos llanos de pescado, de mucha arboleda y gran cantidad de aves que se dejaban tomar con las manos: tórtolas, palomas torcazas y otros, de donde se ha traído mucho pescado y bueno; los puertos no muy seguros de las travesías; distan de tierra poco más de cien leguas.

Capítulo LXXXV

Del gobernador Martín García de Loyola

Al cabo de siete años del gobierno de don Alfonso de Sotomayor le sucedió Martín García de Loyola, caballero de hábito, el cual llegando a este reino y tomando el pulso a las cosas, comenzó a gobernar con mucha cristiandad entró en la tierra de guerra, y llevando las cosas con mucha mansedumbre tuvo este reino un punto que la guerra se acabase, porque si castigara a 170 indios, capitanes belicosos a quien tuvo convencidos, habiéndole venido de paz y ayudándole como amigos y vasallos del rey Felipe, que le querían matar sobre seguro con todos sus españoles que con él estaban, más de 400, la tierra quedara castigada y, menos estos valentones y capitanes, los demás naturales sujetos, escarmentados y pacíficos. Usó de más clemencia que convenía a gente traidora, y después le mataron viniendo de La Imperial a Ongol, que son diez y ocho leguas, casi en medio del camino, con otros cuarenta hombres, los mejores de todo este reino, capitanes expertos y, de muchas partes, y, con él mataron también los indios dos religiosos de Sant Francisco, el uno provincial, como habemos dicho. Ofreciósele también otra vez ocasión para castigarlos, porque tratando con estos mismos capitanes valentones indios que nos quietásemos todos y dejasen las armas y viviesen en paz, recibiesen sacerdotes que les enseñasen la ley, de Dios, y no le fuesen traidores ni mentirosos, ni ayudasen con gente a los que no se habían querido reducir al servicio del Rey Felipe, cuyos vasallos eran, como ellos parecía estar reducidos. Uno de aquellos

capitanes, más principal, le dijo: Señor, desengaña te que todos cuantos capitanes aquí están conmigo ayudamos a los rebelados con la gente que podemos de nuestra parte, y yo he sido parte de los que a mí acuden para darles más de sesenta indios de guerra. Y si entonces también como a enemigos y, traidores los castigara ejemplarmente, no le sucediera su desgraciada muerte, con la cual dentro de pocos meses toda la tierra se rebeló y mataron los indios, en diferentes ocasiones, más de trescientos soldados de los bravatos y viejos; luego se rebelaron los indios sujetos a La Imperial y la tuvieron en gran estrecho de hambre, y, traían alguna harina de maíz y trigo a los nuestros, a rescatar por capas de paño, sayos y camisas, y entre ella revueltos polvos ponzoñosos; fue Nuestro Señor servido que de los nuestros, por esta ocasión, ninguno muriese, hasta que don Francisco de Quiñones, gobernador, fue a socorrerlos y, despobló, como dijimos, aquella cibdad. Rebelada la gente de La Imperial, y muertos algunos indios principales por decirles cuán mal la habían hecho con rebelarse, cómo fue don Felipe, cacique principal de un pueblo llamado Tolten, y a otros, determinaron de ir sobre la cibdad de Valdivia, lo cual hicieron, y hallando descuido en la cibdad, una noche, víspera de Sancta Catalina, el año de 599, entraron y mataron muchos españoles, quemaron los templos, hicieron pedazos las imágenes y, robaron las sacristías y toda la cibdad, matando algunos clérigos y religiosos y llevándose captivas más de trescientas y tantas mujeres con niños y niñas; mataron a algunas, porque no querían conceder con su voluntad; fue lo que se perdió de hacienda más de 350.000 pesos, y si de aquí los indios fueran a la cibdad de Osorno, la hallaran descuidada y se la llevaran como la de Valdivia; empero no pasó mucho tiempo que los naturales de Osorno, todos bautizados y ricos de muchos ganados de los nuestros, y vestidos casi como nosotros y casados, también se rebelaron y vinieron sobre la cibdad y la quemaron y saquearon y se llevaron, entre otras personas, una monja profesa de Sancta Clara, que después se rescató; y si con tiempo los españoles no se recogieran y hicieran fuertes en una cuadra, le sucediera lo que a los de Valdivia. Sabido en el Perú por don Luis de Velasco, Visorrey que a la sazón era, la muerte del Gobernador Martín García de Loyola, despachó con doscientos hombres al coronel Francisco del Campo, que lo había sido de don Alonso de Sotomayor, el cual, llegando desde el pueblo del Callao en veintinueve días al de Valdivia, halló la cibdad arruinada y despoblada; pasó a Osorno y reprimió algún tanto la soberbia de los rebelados, de donde salió a socorrer a la cibdad de Castro, en la isla de Chilué, donde mató algunos luteranos y al pirata hizo retirar de su navío; empero volviendo a Osorno, en el camino le mataron los indios rebelados, trayendo por capitán a un mestizo que se había ido a ellos, aunque el mestizo murió en aquella refriega; después, viéndose los españoles en grande estrecho de hambre y pocas fuerzas para resistir a los enemigos, despoblaron y dejaron el fuerte donde estaban, dellos a pie y dellos a caballo, y muchas mujeres a talón, se recogieron a la isla de Chilué, cuarenta leguas de camino, la mitad por tierra y la otra mitad por unas bahías de mar, y llegaron bien trabajados a la cibdad de Castro, en la isla fundada, como dijimos.

Capítulo LXXXVI

Del gobernador don Francisco de Quiñones

Visto por el Visorrey don Luis de Velasco los subcesos deste reino de Chile tan lastimosos, proveyó, mientras Su Majestad proveía, a don Francisco de Quiñones por gobernador destes reinos, el cual, saliendo de Lima con casi 150 hombres, llegó al puerto de la Concepción, que la halló bien trabajada; comenzó a usar de rigor, que lo que quieten estos naturales, y a castigarlos ejemplarmente, con lo cual se hizo temer y

temblaban dél todos los indios rebelados a donde llegaba la fama de sus castigos; salió desta cibdad con cuatrocientos hombres para la de La Imperial a socorrerla, y en el camino tuvo dos recuentros con los rebelados, en los cuales les mató más de cuatrocientos indios, y con los castigos que en los presos hizo era muy temido; despobló La Imperial contra el parecer de muchos; sacó toda la gente y lo más que pudo della, y volvióse a La Concepción. Por su orden también se despobló la cibdad de Ongol que dijimos llamarse de Los Infantes, con lo cual los naturales de aquel distrito, que también se habían rebelado, quedaron más soberbios y más señores; vinieron sobre Chillán, saquearon el pueblo y lleváronse la mayor parte de las mujeres, y aun mataron algunas. A la sazón residía en La Concepción don Francisco de Quiñones, lo cual parece le atemorizó y comenzó a perder el brío y vigor y tratar de volverse a su casa a Los Reyes, donde tenía mujer y hijos y mucha hacienda que le tiraban por los cabellos. Importunó al Visorrey don Luis de Velasco con cartas le quitase el gobierno; hízolo así y proveyó a Alonso García Ramón, que fue maese de campo de don Alonso de Sotomayor, el cual, llegando a este reino y estando en la cibdad de Santiago, supo que otra vez los indios habían entrado en San Bartolomé de Gamboa, llamado Chillán por otro nombre, y se habían llevado algunas mujeres y niños; tomó la ligera y en breve tiempo *anduvo* sesenta leguas de camino y más, dio en los enemigos y quitó lo que más pudo, aunque no todo, porque los más de los enemigos se dieron más prisa a huir. Gobernó año y medio, en el cual tiempo no pudo hacer más de lo hecho.

Capítulo LXXXVII

Del gobernador Alonso de Ribera

Sabido por Su Majestad la muerte de Martín García de Loyola, proveyó por gobernador a Alonso de Ribera, buen caballero, muy experto en la guerra de Francia y Flandes, donde había tenido muchos y muy principales cargos; el cual, llegando a este reino, luego Alonso García Ramón le entregó la gente que tenía y se le ofreció a quedarse en la tierra como soldado suyo; no lo admitió, por lo cual se volvió a su casa a Los Reyes.

Alonso de Ribera halló la tierra muy trabajosa y falta de mantenimientos, y la cibdad de la Concepción, a donde desembarcó, toda cercada de guerra; diose tan buena maña que pacificó y redujo los alterados, de suerte que la cibdad gozaba de una poca de paz. Viniéronle de paz unos indios, que eran los que más daño hacían en este pueblo y su comarca, y el de Sanct Bartolomé, llamados Coyuncheses, y su capitán Longo Tegua, que quiere decir cabeza de perro, indio valiente, belicoso, que ha perseverado en el amistad y sirve y ha servido fielmente, y agora dos años corriera mucho riesgo Alonso de Ribera si Longo Tegua no se opusiera a los enemigos con su compañía que no llegaba a cuarenta indios.

Comenzó Alonso de Ribera a hacer muchos fuertes con presidio de soldados, lo cual unos aprueban y otros reprueban la guerra hacía diferente de lo que hasta aquí se usaba, con infantería de a pie y poca caballería, lo cual si los indios esperaran en campo raso y la guerra que nos hacen tuviera cuerpo, era muy buena manera de proceder; pero como se la habremos de hacer a saltos y los habremos de ir a buscar como quien va a caza de conejos, no se ha tenido por acertada esta manera de proceder; en lo demás es muy buen capitán, gran trabajador, que provee bien y puede ser capitán general de un ejército de 20.000 y más soldados, como capitán experimentado por muchos años en guerras más

trabajosas y, peligrosas que las de Chile, porque como los rebelados conozcan y, experimenten vigor y castigo, conforme a sus delictos, no hay, guerra en Chile, por ser gente del ánimo más servil y esclavo que hay en el mundo; como no se les castigan las traiciones y crueldades que han hecho, dicen que por eso no los castigamos, porque los tememos. Los naturales rebelados, viendo el poco vigor que con ellos se ha usado, la provincia de Arauco, Tucapel, Lebo y otras le dieron la paz y pobló un fuerte en Lebo con ochenta hombres; otro en Tucapel con otros tantos; dejó otro a la ribera de Biobio, llamado Nuestra Señora de Alí; otro Sancta Fee, otra Sancta Lucía, porque las paces que estos indios le dieron no se tienen por fijas, sino por fingidas, pues ni se les tomaron rehenes ni los tienen para darlos, ni hay, hijos de reyes que pedirles, porque no tienen ley ni rey, ni entregaron cibdades, ni fortalezas para la seguridad de la paz, que no las tienen, y así, en viendo al soldado español desmandado, le quitan la vida echando la culpa a otros indios que no han venido de paz, y fácilmente se les creen; empero en lo que más daño nos hacen los que han dado esta paz fingida, es en hurtar cuantos caballos pueden, que son las fuerzas y nervios de la guerra de nuestra parte para contra ellos. En este estado dejó la tierra Alonso de Ribera a Alonso García Ramón, que vino a este reino poco menos ha de un año, el cual con el socorro que Su Majestad le ha enviado de mil hombres que ya casi están en los fuertes, esperamos en Nuestro Señor nos ha de dar paz cumplida y la que estos naturales dieron fingida, mal que les pese, la han de hacer verdadera; tratan agora con gobernador que les entiende los pensamientos y conoce sus traiciones, y no se han de burlar con él, el cual si los saca de sus cuevas y reduce a pueblos compeliéndoles a que les den las armas y caballos, que tienen muchos mas que nosotros, con el favor divino gozaremos de paz; donde no, la guerra es infinita.

Capítulo LXXXVIII

De las calidades de los indios de Chile

Tiempo es ya tractemos de las calidades de los indios de Chile; las mismas son que las de los indios del Perú; enemigos nuestros capitales como los demás, exceden a los del Perú en ser más animosos, más soberbios, más fornidos, de mayores cuerpos y más bellicosos, y son mucho más bárbaros y temerarios, porque no creo se ha hallado alguna nación que no adorase alguna cosa y tuviese por dios; éstos ni a Sol, ni a Luna, ni estrellas, ni otra alguna cosa.

El capitán del Inga lleo hasta Sanctiago de Chile y doce leguas más adelante, y viéndolos tan bárbaros los llamó en su lengua Purun auca, que quiere decir indios barbarísimos; no tenían vestidos; de pieles de gatillos hacían unas mantas con que se cubrían; el invierno se estaban en sus casas metidos, que son redondas, mayores o menores como es la familia; al verano, grandes holgazanes, las mujeres trabajaban en todo lo necesario; fuera desto, sin ley ni rey; el más valiente entre ellos es el más temido; castigo no hay para ningún género de vicio; tienen muchos absurdísimos.

A padre ni a madre ninguna reverencia; ni subjectión. Deshonestísimos, sino es a madre, a otra mujer no perdonan: el hijo hereda las mujeres de su padre, y al contrario; el hermano del yerno, y si un hermano se aficiona a alguna mujer de su hermano, por quedarse con ella y las demás, le mata; entre éstos hay grandes hechiceros que dan bocados para matarse los unos a los otros, y se matan fácilmente, y dicen estar en su mano llover o no. No adoran cosa alguna; hablan con el demonio, a quien llaman Pilan. Dicen que le obedecen porque no les haga mal.

Creen que después de muertos van allá de la otra parte del mar, donde tienen muchas mujeres, y se emborrachan; es el paraíso de Mahoma.

Muchos éstos, aunque son bautizados, niegan serlo; lo mismo hacen las mujeres; amancebarse con dos hermanas es muy usado, no sólo los infieles, sino los bautizados, por lo cual a los españoles que tienen captivos, si el español es casado y tiene alguna cuñada, le compelen a que tenga acceso a ella delante dellos mismos, si no le matarán; conozco a quien le sucedió, y el pobre por huir de la muerte cometió tan grave incesto.

Han hecho grandes crueldades en las mujeres españolas, por haber acceso a ellas.

El padre que más hijas tiene es más rico, porque desde niñas las vende a otros para mujeres, y el que compra es perpetuo tributario.

No saben perdonar enojo, por lo cual son vindicativos en gran manera; no creen hay muerte natural, sino violenta, y acaso porque si alguno muere es porque otro le dio riñendo un bofetón o puñalada, o con un palo, o le tiró de los cabellos.

Muchas veces nos dan ponzoña en nuestras comidas, y como no nos hacen daño, dicen es la causa porque las comemos calientes. Sus consultas son en las borracheras muy frecuentes en ellas, donde tratan las cosas de guerra; llevan sus armas, y borrachos se matan fácilmente.

No guardan un punto de la ley natural, a lo menos con nosotros.

No tienen dos dedos de frente, que es señal de gente traidora y bestial, porque los caballos y mulas, angostos de frente lo son. Cada uno vive por sí, una casa de otra apartada más de un tiro de honda, a los cuales si no se reducen a pueblos y les quitan armas y caballos y les hacemos hombres políticos no los haremos cristianos.

En la guerra obedecen a los capitanes por ellos nombrados; acabada, o [en] el verano, no hay obidencia.

Finalmente, es gente sin ley, sin rey, sin honra, sin vergüenza, etc., y de aquí se infirirá lo qué inferir se puede.

Es entre ellos lenguaje de dar la paz por estos tres años en los cuales nos descuidarán y nos dividiremos, y descuidados y divididos nos matarán y se quedarán en su infidelidad y bestiales costumbres.

Si el que gobierna no los puebla, como habemos dicho, y quita armas y caballos, y castiga a los culpados, después que se les ha notificado la benignidad que con ellos Su Majestad usa, no habrá paz en Chile.

Si a los indios adultos persuadimos e indias, se bautizen, responden que tienen vergüenza de ser cristianos, y que harán burla dellos los indios rebellados; empero, que al fin de sus días se bautizarán. Tienen por gran pecado castigar o corregir a sus hijos.

No miran los padres por sus hijas; ellas busquen lo que les conviene, si acaso no las han vendido a otros indios para mujeres, como habemos dicho.

Son invidiosísimos; si un encomendero tiene en su casa tres o cuatro indias, pagándoles su trabajo como mozas de soldada, si acaso se regala más a ésta que aquella, fácilmente la matan con un bocado.

FIN